DUEÑAS *del* DESTINO

ANA CAROLINA ZEGARRA



Ana Carolina Zegarra

Dueñas del destino

Suma de Letras

Imagen de cubierta: © Getty Images

Diseño de cubierta: Sol Castillo

Edición en formato digital: agosto de 2017

ISBN 978-987-739-087-2

Conversión a formato digital: Libresque

Acerca del autor



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista

Giuliana, una joven diseñadora de moda que vive en Milán, organiza un viaje con sus mejores amigas sin saber que ese verano cambiará sus vidas para siempre. Laura aprovecha esos días para olvidar la angustia que le provoca la proximidad de un matrimonio arreglado, y Sofía sueña con descubrir un norte a la altura de sus deseos.

Una amenaza, sin embargo, pone a prueba su amistad y coraje, entorpece todos los planes y las obliga a escapar cuanto antes del peligro. Es entonces que llega el amor para enriquecer sus vidas con un nuevo rumbo.

Gracias a la pasión, la familia, los amigos y su propia experiencia, las tres protagonistas de *Dueñas del destino*, la sorprendente primera novela de Carolina Macedo, se apropian del presente, desafían el porvenir y se lanzan a lograr imposibles.

Capítulo 1

En Milán, el invierno se desataba feroz. Giuliana encontró en su viaje a Buenos Aires una tentadora oportunidad para escapar del frío. Había intentado que Paulina la acompañara, pero no había aceptado el ofrecimiento. La entendía, para ella como para su madre, volver a Villa María era algo que tenían que enfrentar.

El jet Global 5000 despegó, iniciando su ruta de vuelo. La azafata ofreció a Giuliana una copa de vino que aceptó encantada. Saboreó el primer trago de su bebida y después, instintivamente, apuró el resto en un intento inconsciente de darse valor. Los recuerdos comenzaban a amontonarse en su cabeza, que se resistía a dejarlos pasar a la velocidad en la que aparecían. Se esmeró en repasarlos en una secuencia ordenada y en cámara lenta.

Recordaba ese verano de 1975, del que habían pasado ya veintisiete años y que cambió su vida para siempre. Había decidido recorrer Europa como mochilera junto con sus dos mejores amigas. Todavía le provocaba risa recordar la cara que habían puesto sus padres. Lorenzo y Paulina intentaron extorsionar a su única hija con todo tipo de propuestas, algunas incluso la habían sorprendido, pero su espíritu rebelde disfrutaba muchísimo desafiándolos. Así como pasaba siempre, ella consiguió hacer ese viaje.

Prometieron no mencionar nada de sus vidas privadas y recorrer Europa durante los meses de verano. Tenían decisiones importantes que tomar a su regreso. Giuliana asumiría más responsabilidades en la empresa que con tanto esfuerzo habían formado sus padres. Laura debía decidir si aceptaba o no la propuesta de matrimonio de la cual estaba huyendo por lo menos durante ese verano, y Sofía tenía que encontrar el norte de su vida, una tarea nada fácil.

Giuliana, recordando ese viaje, se alegraba del destino caprichoso que la había llevado a caer literalmente en los brazos de un inglés que sus apasionadas amigas italianas intentaron juzgar como frío y desabrido, pero la evidencia física finalmente las hizo callar. Ese hombre era la excepción a la

regla.

Buscaban un restaurante en Notting Hill. Llevaban sus mochilas ya que desde ahí tenían planeado tomar un ferry a Francia, para después decidir su próximo destino. Sólo sabían que tenía que ser una ciudad que ofreciera hombres más apasionados y divertidos que los ingleses.

Sofía y Laura se adelantaron y entraron en un pequeño restaurante. Giuliana, distraída, se detuvo a observar la decoración casi pictórica de la fachada. Estaba pintada de azul, la carpintería era blanca y estaba llena de flores. Su nombre era *The Duke of Wellington*. Sonrió, definitivamente no era el nombre apropiado para ese lugar que parecía femenino, como sacado de un cuento. Cuando intentó entrar, abstraída en sus pensamientos, su mochila quedó enganchada en el picaporte de una puerta abierta, empujándola hacia atrás. Le llevó un segundo darse cuenta de que la caída no sólo era inminente sino que además sería vergonzosa. En ese mismo momento sintió unos brazos fuertes que la sujetaban desde atrás salvándola del golpe. El alivio fue inmenso y dándose vuelta, agradeció en italiano a su rescatista. Esas palabras y la penetrante mirada de sus ojos verdes hicieron estragos en Tex, que sintió cómo el fuego recorría todo su cuerpo. Era la mujer más hermosa que había tenido en sus brazos aunque fuera sólo por un instante.

—¡Giuliana! —se sorprendió Laura mientras se acercaba a su amiga—. *Stai bene?*

—Sí, estoy bien. Parece que mi mochila está cada día más pesada —contestó.

—Y los ángeles comienzan a bajar del cielo —agregó Sofía, mientras hacía un gesto de agradecimiento a Tex, quien miraba la escena incrédulo ante tanta belleza femenina, al tiempo que se sentía invadido por la curiosidad pues el diálogo entre las amigas era en un idioma tan indescifrable para él como un código secreto.

Las tres amigas se sentaron a una mesa junto a la ventana y la conversación se hizo cada vez más frenética. Tex sólo había podido llegar hasta el primer banco de la barra, se sentía aturdido y su corazón parecía tener vida propia porque lo sentía como un cuerpo extraño dentro de él, latiendo a toda marcha.

Giuliana se sonrojaba con los comentarios de sus amigas que sin disimulo miraban a Tex para luego volver a fijar sus ojos en ella. La conversación no respetaba un tono prudente y todo el bar se hubiera enterado de lo que hablaban si hubiesen tenido la gentileza de no hacerlo en italiano, pero

evidentemente ellas disfrutaban de ese camuflaje.

Tex pidió una cerveza decidido a controlar sus emociones. Nunca antes había tenido necesidad de hacerlo, pero algo diferente estaba pasando. No podía dejar de mirar a Giuliana.

Siendo uno de los solteros más codiciados de Londres, estaba acostumbrado a que las mujeres se arrojaran a él. Siempre eran ellas las que se acercaban intentando lograr una conversación y tal vez algo más. Para él esto era muy conveniente ya que las relaciones sociales no eran su punto fuerte. Era bastante tímido hasta que lograba profundizar una amistad. Tal vez por eso tenía tan pocos buenos amigos.

Estaba en un aprieto, necesitaba desesperadamente una excusa o tal vez un milagro para poder acercarse a esa mesa. Quería conocerla. Sabía su nombre desde que su amiga lo había gritado asustada al ver que se caía: “Giuliana” sonaba tan sensual como ella. Pero tenía dos dificultades. La primera, necesitaba un pretexto para iniciar una conversación, cosa fácil de resolver. La segunda, el idioma. ¿Hablaría inglés? Mientras tomaba su cerveza, pensaba en una estrategia que fuera efectiva porque sólo tendría una oportunidad.

Se abrieron las puertas de *The Duke of Wellington* y Tex supo que los milagros existían y que su amigo tenía el don de la oportunidad. Marco estaba parado junto a la puerta, mirándolo con una sonrisa burlona como si hubiera descifrado un acertijo…

—Sabía que un sábado al mediodía podía encontrarte aquí —dijo Marco.

—Estás aquí porque te necesito —se burló Tex, mientras le señalaba un asiento a su lado.

Marco lo miró con curiosidad. ¿Tex acababa de decir que lo necesitaba o el alcohol de la noche anterior seguía confundiéndolo?

Tex señaló la mesa. Marco se volteó a mirar y sin dificultad encontró el motivo de su sonrisa: la mesa estaba ocupada por mujeres espléndidas.

—Estamos muertas y llegamos al Paraíso o alguien nos mintió y no estamos en Inglaterra. Dos hombres de película están juntos en la misma barra —dijo Sofía entre risas.

—Deben ser *gays* —fue el comentario de Laura, a quien siempre le costaba creer que las cosas podían ser todo lo perfectas que uno soñara.

—Si lo son, están a punto de convertirse —agregó Giuliana— porque nos miran sin ningún disimulo.

Marco escuchó estas declaraciones y le costó ocultar su sonrisa frente a

Tex. Lo miró y le preguntó:

—¿Puedo saber por qué "me necesitas"? ¿Tengo que suponer que tres mujeres son mucho para ti?

—Hoy amanecí más generoso que de costumbre y pensé en compartir el botín, siempre que me ayudes con el idioma. No sé si lo entiendes, pero suena parecido al español que te he escuchado hablar tantas veces.

—Si entendiera el idioma, ¿entonces tendría derecho a elegir primero?

—Sí, siempre que sepas que yo ya he elegido y que de ninguna manera cambiaré de opinión.

Ese comentario le arrancó a Marco una carcajada. Era el único testigo del primer enamoramiento feroz de su amigo y supo en el acto cuál era la mujer que había escogido porque sus ojos sólo miraban en una dirección.

—Son italianas —dijo Marco.

—¿Italianas? Pero… tú hablas español, ¿eso significa que el tema del idioma no está solucionado? —dijo Tex, desilusionado de su suerte.

—Soy argentino, hablo español, y mi apellido es Scorza. Pero por un buen amigo puedo entender e incluso hablar italiano, si se trata de una justa causa.

Mientras tanto, Sofía que no había dejado de hablar confiada en su camuflaje, comenzó a describir a los galanes de la barra. Se refirió a Tex como el rescatista más apuesto que había visto en su vida. Era alto y atlético. Sus ojos eran de un color celeste casi transparente y tenía una sonrisa especial que caía del lado izquierdo y se abría amplia hacia el derecho. Giuliana, de espaldas a la escena que describía su amiga, prestaba atención a todos los comentarios. Laura, sin embargo, pensaba que el morocho a su lado era mucho más fascinante y menos inglés que su compañero.

Marco lanzó otra carcajada que disimuló con un trago de cerveza y Tex lo miró con sorpresa mientras su amigo le confesaba que eran el tema de conversación de la mesa de interés.

—Están esperando que nos acerquemos —dijo, vanidoso.

—Bueno, eso queremos —dijo Tex, confiando en el *sex appeal* infalible de su amigo.

Ellas debatían entre risas su futuro. Se les acababan los tres meses que habían destinado al viaje, y tenían pensado elegir la última parada en *The Duke of Wellington* antes de volver a casa. Dejar Londres para ellas era inminente. Intentaban concentrarse en los parisinos y en la reputación de grandes románticos que se habían forjado. Ninguna sospechaba que un

tropezón en Londres estaba a punto de cambiar la historia.

Marco hizo uso de su sonrisa y caminó con el ritmo de un rompehielos hasta el objetivo. Tex usó la sinergia para seguirlo.

—¡Hola, princesas! —dijo en español para despistarlas.

—¡Hola! —contestó Sofía—. ¿Español?

—Soy argentino —dijo Marco—. ¿Entienden español?

—Un poco —dijo Laura con timidez.

—Yo soy Marco y este es mi amigo Tex.

Tex estaba seguro de que no participaría demasiado porque no hablaba italiano. Acercó dos sillas y se encargó de sentarse frente a Giuliana. Si no podía conversar, por lo menos se garantizaría el derecho a disfrutar de la vista.

Mientras Marco hacía sufrir a Laura que se esforzaba muchísimo por comprender su español y se divertía con Sofía que intentaba terminar todas sus frases como si armara un rompecabezas, Tex cayó bajo el encanto de unos ojos verdes que lo hechizaron. Comenzó a susurrar en inglés con la intención de que sólo Giuliana lo escuchara y ella le respondió con dulzura y seguridad. A Tex le llevó un tiempo darse cuenta de que estaban conversando. Cuando lo hizo, desplegó su sonrisa más sensual en muestra de satisfacción. No sólo era una mujer fascinante, sino que además era dulce, simpática… ¡y hablaba inglés!

Marco ya había confesado que entendía el italiano, lo que le costó unas palabras poco simpáticas de Sofía y una sonrisa breve de Laura. Y mientras esto pasaba, Giuliana reconoció que las tres hablaban perfectamente el inglés.

La conversación resultó tan agradable y entretenida que la noche los encontró sentados en el mismo bar, como si el tiempo se hubiera detenido dándoles una tregua para que llegaran a conocerse.

Tex no había dejado de mirar a Giuliana en todo el día. Había aprovechado ese tiempo para memorizar cada detalle de su rostro. Su pelo castaño, largo y con ondas que se dibujaban en las puntas. Sus ojos verdes, profundos y ardientes. Sus labios carnosos que se volvían irresistibles cuando se abrían en una sonrisa. Era sensual y todo gesto o acción de parte de ella despertaba involuntariamente una reacción en su cuerpo que le resultaba imposible controlar.

Ajena a lo que provocaba y preocupada, la mirada de Giuliana estudió a sus amigas. Las veía divertirse por primera vez desde que estaban en Londres,

pero sabía que si no salían pronto perderían el ferry a Francia. El temor que sentía desde que había leído la carta que habían dejado a su nombre en la recepción del hotel, le impedía pasar una noche más en Londres.

—Tenemos que irnos o perderemos el último ferry —dijo.

Laura y Sofía no daban crédito a lo que escuchaban. ¿Había dicho que tenían que irse?

—¿Por qué la prisa? —preguntó Sofía—. Podríamos salir mañana y buscar un hotel durante el día.

Giuliana miró a Laura con ojos suplicantes y esta entendió que había algo que realmente inquietaba a su amiga, por lo que accedió a su pedido.

—Sigamos nuestro plan de ruta, hasta ahora nos ha traído suerte —dijo.

Atento a todos los detalles de la conversación, Tex notó la angustia reflejada en los ojos que lo habían encantado durante horas.

—Si esa es la decisión —dijo Marco—, las acompañaremos al puerto.

Tex se acercó a la barra y canceló la cuenta mientras las chicas lo esperaban con Marco en la vereda del bar. Salió lentamente y antes de irse levantó la vista y leyó de nuevo *The Duke of Wellington*. Hacía años que iba a ese lugar, pero esa noche todo había sido diferente, mágico.

Marco se ocupó de subir las mochilas a su jeep.

—¿Todo listo? —preguntó mirando a Laura.

Un tímido y dubitativo "sí" fue su respuesta.

Durante el viaje al puerto, Giuliana advirtió que Laura buscaba algún tema para conversar con Marco. En realidad, intentaba buscar datos. El corazón se le arrugó al darse cuenta de que su amiga moría por conocerlo. Había sido tan leal como siempre al apoyar su decisión de viajar a Francia por lo que se propuso encontrar la forma de compensarla, aun cuando quedaba poco tiempo para llegar. ¿Y si después de eso no volvían a verse nunca? No, ella no pensaba cargar con semejante culpa. Juntó valor y como un jugador haciendo su última apuesta, preguntó:

—¿Se juntarían con nosotras en París? —y agregó—: ¿Sería demasiado aventurado para ustedes?

Marco soltó una carcajada divertida que hizo sonreír a Laura. Esto alivió el corazón de Giuliana aunque la presión en su garganta y la angustia no cedían.

—¡Me encanta una invitación espontánea! —dijo Marco.

—Pero no podemos —se disculpó Tex.

Esta vez el sorprendido fue Marco, quien miró a su amigo desconcertado. Tex hizo un gesto que prometía una explicación.

—¿Hasta cuándo se quedan en París? —preguntó Marco.

—Una semana, tal vez… —contestó Laura.

—Ya llegamos —dijo Tex, rompiendo la incipiente conversación y logrando que el mal humor se apoderara de su amigo, que esperaba una buena razón para justificar ese absurdo.

Las acompañaron hasta el ferry y las despidieron con un beso. Laura notó que Marco guardaba un pedacito de papel en el bolsillo de su camisa.

—En caso de que vuelvas a Londres —susurró.

Esperaron que las chicas subieran y comenzaron la retirada.

Marco se volvió hacia Tex:

—¿Estás loco? ¿Las dejaremos escapar así? Seguro que ya no tenemos dieciocho años, pero yo encantado saltaría en ese ferry.

—Eso es exactamente lo que haremos —dijo Tex, mientras tomaba a su amigo del brazo y lo empujaba dentro.

Evidentemente, algo había cambiado a su amigo o él estaba a punto de perder el juicio. Tex, que siempre actuaba de manera meticulosa y planificada, estaba saltando con lo puesto, dentro de un ferry rumbo a Francia.

Pagaron sus pasajes y se acomodaron en la barra del bar sin decir una palabra, cada uno envuelto en sus propios pensamientos y sumergido en un torbellino de sensaciones.

Marco pidió un whisky doble para él y otro para Tex. Después del primer trago, lo miró exigiendo una explicación y para su sorpresa recibió de él algo parecido a una confesión.

—¿Crees en el amor a primera vista?

—Yo podría, si viene acompañado de unos labios voraces, un cuerpo sensual y pechos sugestivos… pero no es tu caso. Tus relaciones son tan pensadas como una movida de ajedrez.

—Pero hay algo en ella… —dijo Tex—, sus ojos, su boca, el tono de su voz… esas palabras que se le escapan en italiano mientras habla inglés. Me tocó accidentalmente dos veces, una cuando impedí que cayera de espaldas al piso, otra cuando me alcanzaba un vaso de cerveza. En esas dos oportunidades sentí todo mi cuerpo en llamas. Es un ángel o un demonio. De cualquier manera, mi intención es averiguarlo.

Abandonaron el bar y se acomodaron en sus asientos.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Marco.

—¡Sorprenderlas! Se quejaban de los ingleses aburridos. Pienso demostrarles que somos lo contrario.

Marco sonrió.

—Lamento decirte que seré yo el encargado de restar mérito a los ingleses. Seguramente dirán que fui el promotor de esta locura.

—Entonces piensa qué ideas tienes para el resto del viaje. Presiento que nos espera más acción de la que tienes en mente. Hay algo que me preocupa...

—Sí, claro. Que ella no quiera saber nada de ti y te mande de regreso a Londres —dijo Marco en tono burlón.

—Es una posibilidad —admitió Tex—, pero no es eso. Giuliana se fue de Londres huyendo de algo. Esconde una gran angustia y necesito saber de qué se trata.

Después de la típica turbulencia de un viaje en ferry cruzando el Canal de la Mancha, estaban a pocos minutos de Calais, en Francia.

Los pasajeros comenzaban a desembarcar, cuando de pronto un grito aterrador los sorprendió, obligándolos a desviar la mirada en dirección al puerto.

—¡Dos hombres se llevan a una mujer de camisa roja! —escucharon que Sofía gritaba con voz potente, pero daba todas las instrucciones en italiano, por lo que nadie le entendía aunque se acercaban al verla llorar. Algunos auxiliaban a Laura que había caído de rodillas delante de ella después de recibir un golpe en el estómago.

Tex y Marco miraban la escena con la sangre congelada, no podían creer lo que estaba pasando. Marco, que había entendido las indicaciones, le señaló a Tex la dirección que habían tomado los secuestradores.

—¡Tienen a Giuliana! —gritó.

La adrenalina los invadió. Corrieron a toda velocidad, acortando camino por una salida de emergencia, sin perder nunca de vista la cabeza de dos individuos que corrían por el puerto con Giuliana adormecida en sus brazos.

El excelente estado físico de ambos los ayudó a alcanzar a los secuestradores a quienes el peso de la joven y el gentío del puerto demoraban. Marco se arrojó a los pies de uno de ellos como si estuviera deteniendo a un jugador rival en un partido de rugby. El hombre, que nunca vio a Marco, cayó violentamente al piso. En un movimiento veloz lo tuvo encima de él y lo golpeó con tanta determinación que quedó inconsciente.

Marco se volvió y vio a Tex que seguía detrás del otro hombre que corría cargando a Giuliana como un saco de papas. Tex no lo había derribado porque estaba seguro de que ella sería la más golpeada si lo intentaba.

La policía francesa, que había advertido la escena por las cámaras de seguridad, bloqueó la salida del puerto y así el captor quedó sin escapatoria. La policía lo detuvo y Tex sostuvo por primera vez a Giuliana en sus brazos. Intentaba abrir los ojos con esfuerzo y le sangraba el labio por el golpe que había recibido en la cara. Tex sintió la impotencia más grande de su vida. La estrechó contra su pecho y besándole la frente, juró que nadie volvería a separarlo de ella.

Unos minutos después, Laura se apoyaba en Marco para caminar porque el dolor era intenso y Sofía los seguía en estado de shock.

La ambulancia llevó a los cinco al hospital más cercano.

Marco compró un café para Sofía mientras esperaban sentados noticias sobre sus amigas que estaban siendo atendidas. Ninguno dijo una palabra. Intentaban procesar los acontecimientos vividos hacía pocos minutos. Tex hablaba por teléfono constantemente y caminaba por el pasillo con su rostro desencajado y sin ninguna intención de disimular su preocupación. Cuando terminó la llamada, Marco preguntó:

—¿Con quién hablabas?

—Con Gérard. Viene para aquí. Los secuestradores son ilegales, están presos y no logran hacerlos confesar. Él se ocupará de seguir la investigación. También ha ofrecido que nos alojemos en su casa.

—¿Quién es Gérard? —preguntó Sofía.

—Un amigo con buenos contactos en Francia —contestó Marco.

En ese momento, un médico se acercó al grupo para dar el parte de las pacientes que habían sido atacadas en el puerto de Callais. Tex, que era el único que hablaba francés, fue el encargado de traducir el mensaje. Las dos estaban fuera de peligro, pero tenían que pasar una noche en observación. Habían usado cloroformo para dormir a Giuliana, y Laura estaba dolorida a causa de un fuerte golpe en la zona abdominal.

El médico se marchó, justo en el momento en que Gérard se aproximaba al grupo.

—¡Hola! —dijo en inglés mientras daba un abrazo a sus amigos.

—Te presento a Sofía —dijo Tex.

—¡Hola! Un placer —dijo Gérard, extendiendo la mano para saludarla.

Sofía le devolvió una sonrisa y su mirada indiscreta lo recorrió sin titubear. Era el hombre más apuesto que hubiera conocido y evidentemente era francés, por su acento. Usaba el pelo muy corto, de color rojizo y sus ojos eran de un azul profundo.

Tex interrumpió su delirio:

—Sofía, no queremos dejar solas a las chicas, pero tú tienes que descansar. Por eso, Marco y yo nos quedaremos en el hospital. Gérard logró posponer el interrogatorio, pero mañana todos tendremos que hacer una declaración en la policía. Si estás de acuerdo, Gérard ha ofrecido hospedarte en su casa.

—Sí, claro —contestó Sofía, demasiado cansada y aturdida como para oponer resistencia.

Giuliana se despertó y se encontró sola en una habitación del hospital. Una enfermera intentó explicarle que estaría todo bien, pero de pronto en su cabeza se ordenaron los hechos y el miedo y la angustia volvieron a invadirla. Sólo podía pensar en la carta y su contenido. ¿Estaba en peligro? ¿Estaba su padre, Lorenzo Bertolini, en peligro? Algo se rompió en lo más profundo de su alma y un torrente de lágrimas comenzó a rodar por sus mejillas. Se hizo un ovillo en la cama y escondió la cara en la almohada para silenciar su llanto.

"Sé quién eres, pero mucho más importante sé quién es tu padre. Un maldito con suerte. Un resentido que no sabe olvidar y me ha humillado. Lo pondré de rodillas y tú, preciosa, lo harás por mí."

Había memorizado cada palabra. El solo hecho de pensar que alguien podía hacerle daño a su padre, la atormentaba. Lorenzo era una persona especial. Un hombre noble, inteligente y cariñoso, dueño de toda su admiración.

En ese instante, Tex entró en la habitación. Le resultó desgarrador ver a Giuliana en esa posición de manifiesto dolor. Se arrodilló, le acarició la cabeza y ella lo miró entre lágrimas.

—¿Estás bien? ¿Puedo ayudarte? —le preguntó en un susurro.

Ella negó con la cabeza y se sentó en la cama. Tex sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo alcanzó.

—Gracias. ¿Mis amigas están bien?

—Sí, están bien. Laura recibió un golpe, pero está con Marco en la habitación de enfrente y Sofía se ha ido con un amigo mío a descansar.

Ella fijó la mirada en esos ojos cristalinos que la miraban con ternura.

—¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

—En Londres dijiste que los ingleses somos aburridos. Antes de salir del puerto, pensé que sería justo para los míos demostrarte lo contrario y con Marco tomamos el mismo ferry. Lo que nunca aclaraste fue que a las italianas les gustara tanto la acción.

Ese comentario le robó a Giuliana una sonrisa sincera, y sus ojos verdes dejaron de llorar. El contacto de la mano de Tex sobre la suya tenía poderes sanadores. Se sentía contenida. “A salvo de la mano de un extraño”, pensó.

Tex advirtió el cambio en Giuliana.

—¿Pasa algo? ¿Soy yo la causa de esa reacción?

—Es que casi no nos conocemos, y estás aquí…

—Sí, ya sé que intentas darme las gracias —dijo sonriendo.

Giuliana lo miró con manifiesta sorpresa.

—Yo no…

—Sí —dijo Tex—, estabas por agradecerme que te haya rescatado por segunda vez en menos de veinticuatro horas.

La sonrisa que se había dibujado en su rostro era la combinación perfecta entre sensualidad y dulzura. Giuliana tuvo que admitir que ese inglés estaba minando su resistencia. Era adorable y eso estaba fuera de discusión.

—Se te olvidó observar otra de las grandes virtudes de los ingleses —dijo Tex—, podemos ser fastidiosamente arrogantes.

Otra risa de Giuliana se escuchó en la habitación y Tex se sintió eufórico. Esa risa fresca estaba volviéndolo loco.

No podían dejar de mirarse. Tex ya no sabía cómo disimular las reacciones de su cuerpo ante las caricias distraídas que de manera casi automática estaba haciendo ella en su mano. Al momento le sobraron las palabras y con delicadeza apoyó sus labios en los de Giuliana.

—¿Así besan los ingleses? —susurró ella sin alejar su rostro.

—Sólo cuando besamos unos labios sensuales que están golpeados. —Y la apretó en un abrazo que la derritió.

Conversaron durante mucho tiempo como dos almas que se encuentran después de buscarse, hasta que los calmantes hicieron efecto y Giuliana se quedó dormida. Tex se acostó a su lado y supo entonces que ese era su lugar y ella, su mujer.

A la mañana siguiente, Giuliana se despertó antes que él y agradeció ese cálido abrazo que la había custodiado toda la noche. Se sentía tan segura, tan

completa entre sus brazos que rogó que nunca se alejara. Se levantó sin despertarlo y se apresuró a arreglarse. Luego, volvió decidida a molestarlo.

—¡Ya sé! —dijo en tono fuerte para que él oyera, lo que provocó que Tex casi se cayera de la cama—. ¡Dormilones! ¡Los ingleses también son dormilones! —y sonrió ante la sorpresa de Tex que de un salto salió de la cama y la abrazó. Esta vez el beso se sintió más posesivo, más intenso y Giuliana estuvo segura de haber encontrado lo que buscaba.

—¿Me acompañas a Milán? —preguntó Giuliana.

—Y al fin del mundo si me lo pidieras, pero ¿qué te parece si primero esperamos a que te den el alta y yo traigo el desayuno?

Tex pasó por la habitación de Laura y vio que aún dormía. Frente a ella, en una silla estaba Marco dormitando, vencido por el cansancio. Pensó despertarlos con un buen café o, por lo menos, con el mejor que pudiera conseguir por ahí.

De regreso, encontró abierta la puerta de la habitación de Giuliana y a todo el grupo conversando en la habitación de enfrente. El desayuno fue bien recibido y pronto se unieron al grupo Gérard y Sofía, que estaba radiante esa mañana. Su pelo negro azabache estaba más negro, sus ojos más brillantes, pero fueron sus labios los que llamaron la atención de sus amigas que se miraron con complicidad mientras ella se encargaba de hacer el relato de todo lo que había pasado la noche anterior.

Estaba segura de haber visto a los captores sentados en la última fila de asientos de su sección del ferry. Sofía era la más observadora de las tres y lo contaba con tanta seguridad que hubiera sido capaz de convencer a toda una audiencia. “Definitivamente, el periodismo es lo suyo”, pensó Giuliana mientras escuchaba el minucioso relato.

—Las tres desembarcamos por la puerta delantera. Estos hombres lo hicieron antes por la puerta de atrás. Giuliana fue la primera en bajar y cuando intentaba colocarse la mochila en un hombro, uno de los individuos se puso a su lado mientras el otro le cubrió la cara con un trapo. Fue ahí cuando Laura, ignorando su frágil naturaleza, saltó desde la escalera del ferry sobre el hombre que se encontraba al lado de Giuliana. Con su metro sesenta y sus cincuenta kilos, buscaba derribarlo, pero recibió un golpe en el estómago que la hizo volar a mis pies, que inmóviles ante lo que sucedía, no lograban coordinar mis pasos.

Giuliana, que se había perdido casi toda la acción por estar dormida,

escuchaba con muchísima atención, pero a medida que avanzaba la narración en su rostro se fue dibujando una profunda aflicción.

Marco interrumpió el relato. No podía creer que Sofía no dedicara más de un segundo a su intervención en el rescate.

—Sofía, te estás olvidando de relatar nuestra actuación, sucedió después de tus frenéticas directivas.

Una carcajada grupal retumbó por los pasillos del hospital.

—Mil disculpas, lo intentaré de nuevo, necesito práctica. Me acuerdo de que lo único que pude hacer fue gritar, pero nadie me entendía.

—Sería porque lo estabas haciendo en italiano —comentó Marco.

—¡Exacto! Y por suerte nuestro héroe es también políglota. Mide un metro noventa, es morocho y tan sexy como los de mi especie —dijo Sofía entre risas.

—Creo que realmente serás una excelente periodista. No sólo relatas de manera apasionante, sino que conoces íntimamente a los personajes de la historia. Eres capaz de desnudar sus vanidades sin el menor remordimiento.

—Típico comentario inglés —dijo Marco.

—Ya no interrumpan que sé que Giuliana muere por seguir escuchando mi historia. En el mismo segundo en que Laura caía a mis pies, los dos jóvenes más apuestos del puerto aparecieron como si fuesen los guardaespaldas de la primera dama que estaba siendo secuestrada. Marco se ocupó de volar en dirección a uno de los captores y lo volteó con un tacle digno de un campeonato del mundo. El sujeto que había golpeado a Laura cayó de cara al piso. Como el golpe no lo dejó inconsciente, Marco se aseguró de ello cuando, sentado sobre él, le dio dos trompadas que terminaron con el efecto buscado. Dije dos trompadas, tal vez se trataba de dos sílabas: “Lau-ra”.

Tal como Sofía esperaba, Laura se ruborizó y a Marco lo invadió el silencio.

—Sofía —reclamó Giuliana—, no empieces a molestar a Laura que todavía está en recuperación y yo quiero llegar al final de la historia. Sabes que me mata el suspenso.

—Lo siento. Marco se ocupó de ayudar a Laura y yo intentaba desde la escalera del vagón no perderte de vista por lo que contribuía gritando… en italiano, según me han dicho. Tex siguió corriendo detrás del otro hombre que a estas alturas te cargaba con dificultad ya que su compañero había sido abatido por un gladiador. ¡Ah! Perdón ya me han dicho que eres un excelente

jugador de rugby, así que al relato le correspondería decir “tacleado por un rugbier”.

—¡Sofía! —se escuchó decir a Giuliana que intentaba defender a Marco y a Laura que habían sido tomados como foco de bromas por la relatora.

—Ok. El tímido inglés es también un rugbier, ¿sabías, Giuliana?

—No… —contestó mientras miraba sin disimulo a Tex que sonreía apoyado en el marco de la puerta.

—El punto es que siguió a este hombre que intentaba salir de la estación contigo a cuestas casi al mismo tiempo que la policía francesa que, alertada por una italiana histérica, lo acorralaba a la salida. El inglés a quien ni los nervios ni la velocidad parecían haber alterado el ritmo cardíaco, te tomó en brazos… y como buena periodista tengo que ser fiel a los hechos e incluir en mi relato que te abrazó con fuerza y susurró algo que me hubiera encantado oír. Después te besó en la frente.

Giuliana miró a Tex, que no pudo disimular su sorpresa, como un niño pillado en una travesura.

—Luego, nuestro musculoso políglota cargó tu mochila y la de Laura mientras la ayudaba a caminar hacia la salida. A eso le siguió un paseo en ambulancia hasta aquí. Atractiva recepción, ¿no les parece?

Sofía lograba hacer reír a todos, pero lo único que le importaba era llamar la atención de Gérard, quien no había hecho ni un solo comentario.

Aprovechando la distracción de sus amigas, Giuliana se acercó a Tex, quien todavía no lograba acostumbrarse al efecto que su cercanía generaba en su cuerpo.

—Necesito volver a Milán —le susurró—. Sin embargo no quisiera que Laura y Sofía se perdieran esta semana en París. Estoy segura de que volverían conmigo, pero prefiero que disfruten y terminen el viaje como estaba planeado.

Tex pasó su brazo sobre sus hombros y dirigiéndose al grupo, les dijo:

—Tenemos un plan magnífico. Giuliana acaba de hacerme una invitación personal a Milán. Se imaginan que me resulta imposible negarme porque todavía está a prueba el concepto de los ingleses y la capacidad de las italianas para la aventura. Así que los dejaremos disfrutar de París y como estamos muy preocupados por la salud mental de Laura teniendo que escuchar lo que Marco y Sofía tienen para decir, proponemos a Gérard como mediador. ¿Qué opinas, Gérard? ¿Podrías ser el anfitrión de este grupo?

Todos se mostraron sorprendidos, mientras mentalmente se interrogaban. Sofía y Laura no sabían si era correcto que Giuliana volviera sola, pero al concentrar la atención en su acompañante y en la forma en que ella lo miraba, quedaron convencidas de que todo era parte del plan. Marco y Gérard se miraron y se dieron valor pensando que por supuesto podrían con ese par de jovencitas. Y así, todos comenzaron a organizarse.

—Lamento molestarlos —dijo Gérard—, ya hemos aceptado la propuesta, pero antes tenemos que pasar por la policía. Espero que Sofía pueda darles a los agentes la versión resumida de los hechos —dijo con una velada sonrisa.

Todos rieron sólo de imaginar una versión sintética de Sofía. Pero ella estaba feliz, había logrado la atención de Gérard.

Después de ese trámite burocrático, Gérard llevó a todos a almorzar a su casa.

Inmensa, alejada de la ciudad y construida en estilo francés, había pertenecido a su familia por generaciones. La gran arboleda que la precedía hacía la escena tan pintoresca que Laura no pudo evitar un suspiro. Por fuera la fachada antigua estaba perfectamente conservada y rodeada de un jardín magnífico donde en verano las flores resaltaban con todo su esplendor. El interior, en cambio, había sido completamente reciclado. Era moderno, práctico y equipado con la tecnología más innovadora.

Cuando llegaron, las mujeres subieron a la habitación que había usado Sofía. Aprovecharían para darse un baño y cambiarse de ropa ya que Giuliana y Tex tenían que salir al aeropuerto después de almuerzo.

La habitación era amplia y contaba con un balcón que ofrecía la mejor vista del jardín. Estaba decorada en tonos vibrantes donde resaltaba el verde. "El color que más le gusta a Sofía", pensó Giuliana.

El baño era casi tan grande como la habitación, revestido con mármol travertino y decorado con accesorios morados. Cuando Sofía terminó el recorrido, Laura y Giuliana se pusieron cómodas y sometieron a su amiga a un feroz interrogatorio.

—Gérard es bastante serio y callado para la idea que teníamos de los franceses, ¿no te parece? —dijo Giuliana—. Es como un bombón de nutella con cobertura de chocolate amargo.

—Es un bombón —dijo Sofía—, uno que me encantaría derretir en la boca.

—¡Pero es pelirrojo! Una vez confesaste que no eran tu tipo. Muy pálidos

y llenos de pecas fue tu argumento, si me acuerdo bien —dijo Laura.

—Ese es el punto. No tiene pecas y no es transparente como otros. Es inteligente, intrigante. Todo un misterio, y como periodista, esto acapara toda mi atención.

—Entonces… ¿pretendes resolver el misterio que representa Gérard sin involucrarte? El periodista nunca debe tomar parte en el asunto, eso nos enseñaste, ¿no es así? Si esa es tu intención, ¡mejor tomas un avión conmigo y usas el teléfono y tus contactos!

Giuliana y Laura sonreían felices de tener a Sofía del otro lado del mostrador por una vez, y ella, desenmascarada, se unió a las risas de sus amigas sonrojándose. Definitivamente, era más tentador un bombón en la boca que un enigma resuelto en su legajo.

El almuerzo fue entretenido. Los amigos aprovecharon el momento para impresionar a las chicas con diferentes anécdotas. Era evidente que se conocían desde hacía mucho tiempo. Formaban un trío divertido y heterogéneo ya que eran absolutamente diferentes tanto en su aspecto físico como en sus temperamentos. Esto fue lo que más le gustó a Giuliana, quien no tardó en compararlo con el trío que formaba con sus amigas. También ellas habían pasado juntas gran parte de sus vidas. Sus personalidades eran absolutamente distintas, pero se complementaban de una manera fascinante. Era como tener todo lo necesario dividido en tres y siempre a mano.

Cuando el almuerzo estaba por terminar, contaron cómo estos tres hombres tan particulares se habían vuelto tan amigos. Habían estado internados durante su secundaria en Eton, un tradicional colegio inglés. Comenzaron compartiendo un dormitorio y al poco tiempo vencieron la resistencia de sus padres y alquilaron juntos un pequeño departamento donde vivieron, según ellos, los momentos más importantes de sus vidas, esos que marcan para siempre y que los unieron en la amistad más incondicional de todas. Eran hermanos que se habían elegido y estaban dispuestos a respetar ese vínculo que para ellos era más importante que el de sangre.

—Yo fui el primero en llegar al dormitorio. Y obviamente, elegí la cama más cómoda y con la mejor vista —dijo Tex.

—Sí, muy inglés de tu parte ser el más puntual —dijo Marco—. Yo llegué después y como todavía tenía una opción, tomé la cama contra la pared, lo más alejado posible del arrogante que, acostado en la cama con las manos cruzadas detrás de la cabeza, sólo había sido capaz de contestar a mis preguntas con

monosílabos.

—Y a mí, un francés que en contra de su voluntad estudiaba en un colegio inglés, me dejaron la cama del medio. Idílico, a mi derecha un inglés y a mi izquierda un indescifrable, porque la verdad no sabía qué nacionalidad darle. Fue mi factor de distracción para ignorar a mi derecha inglesa. Mi izquierda era tan desordenada que acaparaba toda mi atención. Marco era argentino, hablaba español, italiano y pasaba muchos inviernos en Suiza. Todo un ejemplar para mi análisis.

Se los oía conversar y reírse con tanta naturalidad que era evidente que disfrutaban de cada momento que compartían. No sólo Giuliana se había dado cuenta de esto, también Laura los miraba con ojos embelesados como si el episodio hubiera sido robado de alguna novela. Sofía, siempre víctima de su curiosidad, no podía evitar interrumpir más de una vez el flujo de anécdotas, ávida por conseguir más detalles, que casi siempre involucraban alguna parte de la vida de Gérard.

Ya en el aeropuerto, Giuliana y Tex esperaban en la sala vip de Air France el vuelo que los llevaría a Milán.

Tex había estado observando a Giuliana todo el tiempo y sabía que su preocupación aumentaba a medida que se acortaba el tiempo para estar de vuelta en casa. Hasta ese momento no habían tenido muchas ocasiones para conversar en privado, pero Tex tenía la hipótesis de que aquello que la preocupaba cuando cenaban en *The Duke of Wellington* aún la seguía inquietando.

—Sé que estás nerviosa —le dijo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no has dejado de enrollar tu dedo en ese mechón de pelo que es tan caprichoso como persistente y que siempre termina cayendo sobre tu ojo izquierdo —dijo con una media sonrisa que Giuliana juzgó irresistible.

"¿Qué tiene este hombre que sigo sin conocer, pero siento tan familiar? ¿Puedo confiar en él? ¿Y por qué no?", se preguntó. Él había dejado todo por acompañarla, a pesar de sus propias dudas. La seguía a un destino incierto. Poco le había contado sobre sus padres, pero a él parecía no importarle nada

más que ella en el mundo. Sus gestos, su mirada, su sonrisa, todo la tenía como única destinataria. Y cómo negarlo, ella sucumbía ante tanto despliegue de masculinidad. Su cuerpo fuerte. Su cara de cortes angulosos. El pelo rubio que usaba muy corto. Sus ojos celestes. Para lo que nunca encontraría un antídoto era para esa sonrisa. Una sonrisa amplia que siempre terminaba desarmándose hacia su lado izquierdo. Una sonrisa tierna que mostraba la templanza de su carácter y la naturalidad de su buen humor. Tex era un inglés arrogante sólo cuando se esforzaba por mostrarse así, si lo descubría con la guardia baja parecía siempre despreocupado.

—¿Y? ¿Me contarás lo que te inquieta? —insistió Tex, sacándola de sus pensamientos.

—Tendrás que ser paciente, la lista es larga... —sonrió.

—Seré todo lo paciente que necesites —contestó poniéndose cómodo en el sillón y pasando un brazo sobre los hombros de Giuliana, postura a la que se estaba acostumbrando con mucha rapidez.

—Me preocupa enfrentar a mi padre y contarle lo que sucedió en París. Llegar acompañada de un hombre que conozco hace poco más de un día no resulta más tranquilizador. Y hay algo más. Una nota —dijo—, una que recibí la última noche en el hotel de Londres.

La postura relajada de Tex cambió a una mucho más tensa. Preocupado, la miró, y sus ojos le suplicaron que confiara en él.

—Huí de Londres, estaba aterrada y no quise afligir a Laura y a Sofía, que estaban encantadas con el desarrollo de nuestro primer viaje juntas. Y después de lo que sucedió aquí, supe que tenía que alejar de ellas el peligro.

—¿Qué decía la nota? —preguntó Tex con el tono más sereno del que fue capaz.

—Una amenaza —dijo Giuliana con un hilo de voz y lágrimas en los ojos.

Tex la abrazó fuertemente y en ese gesto dejó implícita la promesa de protegerla y amarla para siempre. Ella sería su mujer y nadie la lastimaría justo cuando la había encontrado.

Después de haber compartido el peso de su angustia, Giuliana comenzó a relajarse de a poco. Tex sacó su pañuelo, secó sus lágrimas, y en un intento por cambiar su estado de ánimo, dijo:

—Esa advertencia no es tan grave. ¿Qué te parece una como esta?: “No sé muy bien quién eres, pero mucho más importante es que sé que quiero estar a tu lado toda mi vida. Soy un arrogante con suerte. Si tu padre te ama tanto

como parece, intentará aceptar que estoy enamorado. Me pondré de rodillas y tú, preciosa, dirás que sí”. Son estas las palabras que deberías grabar en tu memoria y dejarme las otras a mí. Así tendrás una nueva preocupación. Una que este inglés te recordará continuamente.

Las lágrimas de Giuliana volvieron a escaparse de sus ojos de jade, sonrió y sus labios carnosos y rosados resultaron demasiado irresistibles para Tex que los reclamó posesivamente. Giuliana se rindió a las caricias que tanto necesitaba y a sus besos, cada vez más ardientes.

Los interrumpió el último llamado para abordar el avión que los llevaría a Milán. Al acomodarse en los asientos, Tex tomó la mano de Giuliana.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Giuliana sonrió:

—En la mejor forma de presentarte a mis padres. En realidad, no sé cómo debo hacerlo —dijo, y no pudo evitar sonrojarse.

—¿No sabes? —preguntó Tex con ojos divertidos, como si le causara mucha satisfacción ponerla en esa situación.

Giuliana negó con la cabeza y su dedo buscó de nuevo enredarse en ese mechón de pelo que delataba sus nervios.

—No te lo he preguntado —dijo Tex—, pero ¿tu padre sabe todo lo que ha pasado y que vamos en este mismo momento a Milán?

—No —respondió Giuliana—. No quería preocuparlo. Prefiero contarle todo en persona. No conoces a mi padre, hubiera mandado a toda la policía italiana a buscarme y seguramente él encabezaría las filas. Desde el primer momento se opuso a que vagáramos solas por tanto tiempo. Si le hubiera comentado el más mínimo inconveniente, nos hubiera buscado inmediatamente a las tres.

La azafata los interrumpió. Les ofrecía algo para beber. Tex pidió un whisky y Giuliana una copa de vino.

—Creo que la necesitaré —dijo mirando a Tex.

—Bueno —dijo Tex—, cuando lleguemos alquilaré un auto, iremos a tu casa, me quedaré de testigo para dar crédito a la historia y, cuando todo haya pasado, buscaré un hotel —y sonriendo, agregó—: ¡Ah!, ya sé cómo deberías presentarme. Como el hombre que te salvó dos veces en un día.

Giuliana no pudo evitar una carcajada. Definitivamente, Tex la relajaba y su temperamento empezaba a gustarle. Siempre tan seguro de sí mismo, tan sensato en su juicio. Pero sabía tan poco de él… Moría por tener la

oportunidad de llegar a adivinar su próximo juego. ¿Lo lograría?

No podía dejar de pensar que la aventura terminaba, ahora que volvía a casa. ¿Qué pasaría con Tex? ¿Había sido verdad lo que dijo en el aeropuerto o lo había hecho sólo para distraerla, usando casi las mismas palabras que el anónimo? Ella no podía dejarlo ir. Sentía que de alguna manera el destino les había dado la oportunidad de encontrarse y ella no desperdiciaba las buenas oportunidades. Eso lo había aprendido de Lorenzo. Tal vez sería ese mismo argumento el que usaría para convencer a su padre de lo que sentía por Tex. No sería fácil explicarle que lo quería sin conocerlo. Pero también estaba dispuesta a renunciar a cualquier cosa que se interpusiera entre ellos. Rogaba a Dios que no fueran sus padres, a quienes amaba con devoción.

Tex se había quedado dormido. Ella no podía. Su mente y su corazón estaban alborotados. Su mente intentaba hacer lugar a un poco de lógica, cuestionaba a un corazón desatado y a un cuerpo apasionado que admitía no controlar sus impulsos. Lo miraba dormir a su lado y se sentía feliz, protegida y orgullosa de estar cuidando su sueño. ¿Qué soñaría? De golpe, la atacaron los celos. Un sentimiento que no conocía porque nunca se había enamorado realmente y sólo había escuchado a su madre decir: "Cuando hay amor, no se sienten celos. Los celos sólo demuestran inseguridad".

Sí, eso era cierto. Ella estaba enamorada, pero todo había pasado tan rápido que también se sentía insegura. No lo conocía, no sabía si había alguien más en su vida. En realidad, no sabía nada de él salvo el par de anécdotas que había escuchado durante el almuerzo.

Aún con los ojos cerrados, Tex preguntó:

—¿Investigando?

Giuliana se sintió presa de sus propios pensamientos e improvisó una respuesta que la sorprendió por lo acertada.

—Llevas la misma ropa, salvo por la camisa.

—Sí, Gérard me la dio, pero supongo que podrás hacer compras conmigo en Milán. Dicen que es la capital de la moda. ¿O es París?

—Definitivamente, la capital de la moda es Milán —dijo Giuliana orgullosa—, y me encanta salir de compras.

—¿A qué te dedicas en Milán? —preguntó Tex—. Todavía no me has contado nada y soy mucho más curioso de lo que crees.

—Soy diseñadora de indumentaria.

—¿En serio? ¿O lo dices sólo por mi evidente mal aspecto? —y su sonrisa

turbó la razón de Giuliana—. Si es así, me consideraré el motivo de inspiración de tu nueva colección.

Giuliana no podía creer lo fácil que le resultaba a este hombre hacerla reír con sus ocurrencias. Impulsivamente, enredó sus dedos en esa cabeza rubia y reclamó sus labios en un arrebato de pasión. Tex sintió que el fuego lo quemaba y como preludio de lo que verdaderamente deseaba se abrió paso dentro de su boca, uniendo sus lenguas. Ella sin resistencia alguna se dejó invadir y sintió cómo todo su cuerpo explotaba de deseo y un gemido se silenciaba con los labios de Tex sobre los suyos.

Llegaron a Milán entre besos, risas y confesiones.

Giuliana se ocupó sólo de su bandolera, una cartera diseñada por ella misma y cosida por su madre para que la acompañara en su aventura. Si hubiera sabido antes que cada una de las puntadas de Paulina guardaba una magia especial, le hubiera pedido toda una colección exclusivamente para ella.

Paulina había puesto mucho amor en esa cartera y al entregársela le había dicho: "*Cuando la uses, mi mano será la que sientas en tu hombro y si tienes dudas te guiará en la dirección correcta. La cosí deseando que en este viaje encontraras un amor. Uno especial, como el que yo encontré. Uno que valga la pena, que valga los riesgos, que valga la vida*". Con esas palabras y dos besos la había despedido, dándole su bendición para que ese paseo resultara ser todo lo que ella esperaba.

Giuliana se acordaba de esto mientras veía a Tex retirar su mochila de la cinta para el equipaje. "Es tan buen mozo", pensó. Ojalá fuera ese amor que valiera la vida como había dicho su madre. Le gustaba tanto mirarlo que estaba segura de que nunca se cansaría de él.

Tex se acercó con la mochila al hombro. Puso un brazo alrededor de su cintura y le susurró al oído:

—*La più bella*.

—¿Aprendiendo italiano?

—Lo intento. Pero salgamos de aquí porque te quiero sólo para mí. —Y le dio un beso en la sien mientras salían abrazados en busca del auto que alquilarían.

Se acercaron al mostrador y Tex consultó si tenían algo disponible.

—¿Tienen alguna reserva? —preguntó el hombre que los atendía.

—No, ninguna —contestó Tex.

—Creo que ya no queda nada —respondió el hombre mientras intentaba averiguar en su sistema si había quedado alguna unidad sin retirar. Casi con sorpresa miró a Tex y le dijo:

—Ha quedado un mini Cooper. Podría alquilar ese, pero no es económico. Es uno de nuestros coches de alta gama.

Con una sonrisa Tex aceptó alquilar el auto por una semana y devolverlo en el aeropuerto. Mientras pactaba esto, no pudo creer que estuviera decidido a quedarse ahí tantos días. Era la primera vez en su vida que dejaba olvidadas todas sus obligaciones y su agenda por una hechicera de ojos verdes que lo atormentaba de deseo.

Salieron al estacionamiento en busca de su auto. Se encontraron con un mini Cooper rojo con dos líneas blancas perpendiculares sobre el capot y el techo. Giuliana quedó encantada al verlo y Tex aprovechó para recordarle que se trataba de un auto inglés.

—Sí, ya sabía —observó Giuliana con ironía—, muero por una vuelta. Pero seguro no podría competir con ningún pura sangre italiano.

Esto le robó a Tex una carcajada. Ella estaba a la defensiva, su sentido nacionalista era mucho más fuerte que el de él.

Salieron del aeropuerto mientras Giuliana daba las indicaciones necesarias. Pasearon por el centro de Milán en dirección a uno de los barrios más señoriales donde la familia Bertolini tenía su residencia.

Antes de salir del centro, Giuliana pidió que se detuvieran a tomar algo en un pequeño bar. Tex sabía que el hecho de tener que contar todo a sus padres la tenía nerviosa y angustiada. Entendía también que su presencia era algo más que a Giuliana le costaría explicar.

Estacionaron el auto a una cuadra del bar y caminaron abrazados. Se sentaron a una de las mesas sobre la vereda y pidieron un café. El aroma se sintió delicioso y fue suficiente para animarlos.

—Los italianos son los más sabrosos del mundo —dijo Giuliana.

Tex sonrió, no podía dejar de mirarla. Se sentía extasiado. Tomaría café o cicuta si se lo pidiera.

Esa pausa les dio la calma que necesitaban para luego explicar a Lorenzo todo lo sucedido.

Regresaban en dirección al auto cuando Tex sintió un fuerte golpe en el cuello y la mano de Giuliana se escapó de la suya. Todo pasó en cámara lenta, mientras él caía de rodillas en la calle. Un grito agudo de Giuliana lo despertó

del shock y como un poseído se levantó del suelo y corrió detrás del hombre que la sujetaba. Lo alcanzó antes de que pudiera acercarse al auto negro que lo esperaba en la vereda de enfrente. Hizo una pinza al cuello del raptor quitándole la respiración y obligándolo a soltar a Giuliana para defenderse. Cuando la vio liberada, gritó para que corriera, pero ella, aterrada, se quedó inmóvil. Tex no podía dejar de mirarla y la distracción provocó que recibiera un golpe en la cara que le partió el labio. La escena hizo reaccionar a Giuliana, quien por fin corrió al vehículo. Sabía que la llave estaba en el bolsillo trasero de su pantalón. Ahí la había puesto Tex entre mimos antes de sentarse a tomar el café. Abrió el auto, lo puso en marcha y vio que Tex peleaba con un hombre tan alto como él.

"Es extranjero, no habla italiano", pensó. Puso en marcha el motor y se acercó con intención de atropellar al atacante cuando vio que un golpe acertado de Tex lo tumbaba sobre el cordón de la vereda. Tex subió al mini Cooper y en tono imperativo dijo:

—Avanza por el camino más transitado que conozcas.

Estaba seguro de que ese Fiat negro los seguiría y fue justo lo que pasó. Tex usó el espejo retrovisor para no perderlo de vista y memorizó la placa. El tráfico ayudó a que se distanciaran, pero el peligro era inminente.

—¿Estamos lejos? —preguntó.

—No —contestó Giuliana con un hilo de voz.

—No te detengas por nada del mundo. No te asustes. Sólo concéntrate en llegar a tu casa. Nos siguen y están cada vez más cerca.

Giuliana tomó una salida a la derecha de la autopista y aceleró ante las instrucciones de Tex que sólo miraba al auto que los seguía.

—Sujétate —gritó unos segundos antes de que recibieran el primer choque en el paragolpes trasero. Por fortuna el tamaño y la estabilidad del mini Cooper eran una ventaja. Recibieron otro golpe más y después otro del lado del conductor con intención de sacarlos del camino. Tex sujetó con fuerza el volante, ayudando a Giuliana que casi no reaccionaba, presa del terror.

—A diez metros —dijo en un murmullo—, una reja negra de doble hoja.

Esto tranquilizó a Tex, pues ya casi llegaban. Cuando vio el enrejado hizo un giro violento que el auto resistió y así logró que el Fiat clavara los frenos a dos casas de ahí.

Estaban a salvo. La guardia de la residencia reconoció a Giuliana y las puertas de hierro se abrieron. El auto pasó sin detenerse en dirección a la sala

principal como si sólo buscara el refugio de lo conocido.

Lorenzo había sido advertido por la guardia que llegaba su hija Giuliana. El corazón le saltó en el pecho. Llegaba Giuliana sin avisar. ¿Qué estaba pasando? Salió del comedor donde cenaba con Paulina y corrió hacia la puerta principal donde se estacionaba un mini Cooper rojo. Corrió la distancia que lo separaba del auto y abrió la puerta del conductor donde había visto a su hija.

La cara de Giuliana estaba bañada de lágrimas y su llanto era un sollozo angustiado. Tenía el rostro desencajado por el miedo. Al verla Lorenzo sintió un nudo en la garganta, sacó a su hija del auto y la envolvió en sus brazos. Buscaba consolarla, demostrándole que estaba a salvo.

Fue eso lo que ella necesitaba. Esa contención que siempre la había hecho sentir segura, protegida, especial. Ella sabía que era la debilidad de su padre como él era la suya.

Giuliana levantó su mirada verde, casi cristalina por las lágrimas, para encontrarse con los acuosos ojos de su padre que la miraban con adoración.

Paulina observaba la imagen sin poder moverse. Ambos se le acercaron para tranquilizarla y Lorenzo abrazó a sus dos mujeres como si intentara proteger lo único que consideraba valioso en su vida.

Tex abrió la puerta del acompañante y salió con dificultad. Una vez fuera, sintió cada uno de los golpes recibidos por lo que debió apoyarse contra el auto. De pronto sintió las manos de Giuliana en su rostro y la dulzura de sus labios sobre los suyos. Era toda la recompensa que esperaba.

Fue esa una de las escenas que Lorenzo no olvidaría jamás. Su niña se escapaba de sus brazos para besar a un hombre. Uno que estaba a punto de caer al suelo, pero que se había ganado seguramente a fuerza de mérito el corazón de su hija.

Lorenzo se acercó para ayudar a Tex a entrar en la casa. Guido, el mayordomo, también colaboró en la misma tarea. Paulina y su hija caminaban detrás.

Ya en la casa, se acomodaron en la sala. El médico de la familia, a pedido de Lorenzo, estaba en camino para revisar a su hija y a Tex.

Giuliana, que con esfuerzo había logrado calmarse después de la persecución, se sentó en un sofá al lado de Tex y frente a sus padres.

Se esforzaba por comenzar su relato, cuando sintió que la mano de Tex se apoyaba sobre la suya. No la miró, pero ese gesto le confirmó que él siempre se anticipaba a sus sentimientos. Él estaba ahí para acompañarla, dándole el

coraje que necesitaba.

Lorenzo y Paulina advirtieron la complicidad y eso sirvió para relajar la tensión que el momento había generado.

—Todo pasó muy rápido —empezó Giuliana—, la última noche que nos alojamos en Londres alguien dejó una carta para mí en recepción. Me sorprendí, lo primero que pensé fue que habías encontrado una forma de romper tu pacto de silencio durante el viaje. Pero leerla me llenó de angustia. ¡Era una amenaza en tu contra y yo el medio para hacerla efectiva!

Paulina miró con terror a su marido que se había quedado mudo. Su rostro era una mezcla de sorpresa y ferocidad.

—¿Estaba escrita en italiano? —preguntó Lorenzo en un tono seco.

—Sí —contestó Giuliana—. ¿Sabes quién podría querer hacer algo así?

—No.

—Fue trazada a mano, con letra cursiva.

Giuliana metió la mano dentro de su cartera y le alcanzó la carta a su padre. Cuando Lorenzo abrió el sobre y vio la caligrafía de la carta, estuvo absolutamente seguro de la identidad del responsable. Intentó disimular su certeza, pero sólo lo logró con Giuliana que, en un intento por no olvidar ningún detalle, siguió relatando los acontecimientos de esos días.

Lorenzo daba gracias a Dios por poder escuchar la historia de boca de su hija. Le daba gracias porque la había devuelto a salvo. Giuliana podría haber sido secuestrada, pero ahora él podía protegerla.

—A la mañana siguiente fuimos a conocer Notting Hill, como me habías recomendado —continuó Giuliana—. Fue ahí donde conocimos a Tex y a un amigo suyo, Marco. Esa noche tomamos el ferry rumbo a Francia. Cuando desembarcamos, sólo pude ver a un hombre con un trapo en la mano...

A Giuliana se le quebró la voz y comenzó a llorar como una niña. Lorenzo en un ágil movimiento se inclinó a sus pies y la envolvió en sus brazos. Al momento se unió Paulina, que tampoco podía contener las lágrimas.

Tex se puso de pie con esfuerzo y se alejó hasta la chimenea del comedor intentando dar a la familia algo más de intimidad.

Lorenzo, dejando a las dos mujeres en el sofá, lo miró lleno de dudas.

—Si quiere yo podría continuar el relato en su estudio antes de que llegue la policía —dijo Tex, complacido por el fluido inglés de Lorenzo.

—Se lo agradecería mucho —contestó Lorenzo, indicándole con una mano la dirección de su estudio.

Paulina acompañó a su hija a su dormitorio para conversar con calma. Giuliana necesitaba un baño y un buen descanso.

Ya en el estudio de Lorenzo, Tex comenzó a poner un poco de orden en su cabeza. No podía creer que hacía sólo tres días había salido de su departamento para almorzar y ahora estaba enredado en un intento de secuestro y absurdamente enamorado de la posible víctima.

—Antes de que me cuente lo sucedido, le agradecería que se presentara y me explicara cómo es que conoce a Giuliana —pidió Lorenzo en tono imperativo.

—Mi nombre es Tex Cooper. Soy inglés. Tengo 28 años. Y con mi socio Marco Scorza fundé una agencia de bolsa. Conozco a Giuliana desde hace tres días. Nos conocimos en el café de Notting Hill.

—Si hace tan poco tiempo que la conoce, ¿qué lo ha motivado a acompañarla hasta aquí? ¿Cuánto sabe usted de mi hija?

—No sé tanto como me gustaría. Y he acompañado a su hija por varios motivos. Todos nobles. No soy yo de quien tiene que preocuparse. Los dos sabemos que supo quién lo estaba amenazando en cuanto vio la carta.

Lorenzo asintió con un gesto. El muchacho no sólo era inteligente sino que parecía sincero y tenía que admitir que era la razón de que su hija estuviera en casa. Todo su cuerpo golpeado era una prueba fehaciente.

—Mi amigo Marco y yo llevamos a las chicas hasta el puerto para que tomaran el barco que las llevaría a Francia. Yo había notado a Giuliana muy nerviosa todo el tiempo que estuvimos cenando. Se negó dos veces a pasar esa noche en Londres a pesar del pedido insistente de sus amigas. Pensé de nuevo en esto una vez que abordaron el barco. Algo me preocupaba. Le aseguro que no soy vidente, pero tomamos el ferry de todos modos. Podíamos unirnos a ellas para recorrer Francia y si no éramos bienvenidos visitaríamos a un amigo por una noche y volveríamos a Londres. Ese era el plan. Cuando el barco llegó a Francia, la primera en bajar fue Giuliana. Dos hombres que viajaban también en el ferry saltaron detrás de ella. Mi amigo alcanzó a uno y yo seguí al otro.

La cara de Lorenzo parecía tallada en piedra. No daba crédito a lo que escuchaban sus oídos. Sentía que estaba escuchando el relato de una película policial y no parte del inocente viaje de verano de su hija.

—La policía francesa arrestó a los dos hombres. Giuliana y Laura, que también había recibido un golpe, fueron enviadas al hospital. Esto pasó anoche

—continuó Tex—. El amigo que pretendía visitar en París es Gérard Duval. Su principal actividad son los medios de comunicación, pero maneja también una agencia de seguridad. Es un especialista en el tema y posee excelentes conexiones. Él se ocupó de que Giuliana hiciera sólo una simple exposición en la policía. Evitó que la demoraran y en este momento está siguiendo personalmente el curso de la investigación. Giuliana entendió que lo más conveniente era regresar y yo me ofrecí a acompañarla.

—Pero usted me podría haber comunicado con mi hija en ese momento, en lugar de jugar al héroe para impresionarla.

Tex asintió. Supo que si estuviera en el lugar de Lorenzo sentiría la misma furia. Y a Lorenzo lo desconcertó la actitud comprensiva de Tex. Entendió que prefería aceptar la falta como propia antes de confesar que Giuliana se había negado a hacer esa llamada.

—Giuliana pudo hacer la llamada y no la hizo, ¿verdad? —preguntó.

Tex no contestó.

En ese momento, Guido, el mayordomo, interrumpió el diálogo de ambos para anunciar la llegada del médico de la familia.

Lorenzo se puso de pie e hizo una señal a Tex para que lo siguiera, pero este no se movió de la silla. Lorenzo advirtió el gesto de dolor en su cara cuando con mucho esfuerzo hizo un intento por levantarse.

—Espérame aquí —le dijo—. Rafael puede revisarte en el estudio.

Cuando Lorenzo salió a la recepción vio que su amigo ya bajaba las escaleras acompañado de Paulina.

—¿Cómo está mi hija?

—Asustada, nerviosa. Le dimos un sedante para que descanse. No te preocupes, no tiene ni un rasguño. Todavía no entiendo cómo escapó de esos hombres sin un solo golpe.

—Ahora estás a punto de descubrirlo —dijo Paulina con una sonrisa en sus labios.

Lorenzo llevó a Rafael hasta su estudio mientras le explicaba la situación. Comentó también que Tex no hablaba italiano y le pidió a su amigo que se dirigiera a él en inglés.

—Buenas noches, soy el doctor Rafael Torelli —dijo con un tono amistoso —. Estoy aquí a pedido de estos amigos que están muy preocupados por ti. Tengo instrucciones precisas de Giuliana de dejarte como nuevo.

Tex sonrió ante ese comentario como si le sirviera de bálsamo. Lorenzo,

en cambio, frunció el ceño. Todavía no lo conocía y la vida le había enseñado a desconfiar de la gente. Solía considerar a todos culpables hasta que se demostrara lo contrario.

Rafael comenzó a revisar a Tex y advirtió que su pantalón estaba bañado en sangre. Se volteó a mirar a Lorenzo y le señaló la herida.

—No había sentido dolor hasta que no pude pararme —dijo Tex al médico.

—Hijo, tienes un corte profundo a sólo centímetros de la femoral, has tenido suerte. De no ser así ya no estarías entre nosotros. De todos modos es mucha la sangre que has perdido. Tu pantalón oscuro y la emoción del momento no te han dejado advertirlo, pero debo llevarte al hospital. Necesito coser esa herida y hacer algunas radiografías. Te han dado una buena paliza.

Tex asintió.

—Yo los acompañaré —dijo Lorenzo.

—No es necesario —dijo Tex.

—Sé que podría encomendarte sólo a Rafael, pero como me has dicho, todavía no conoces a mi hija todo lo que te gustaría. Te haré un adelanto. Le prometí cuidar de ti. Si al despertar me encuentra sentado en su cuarto cuidando su sueño, habré roto mi promesa y eso nunca ha pasado entre nosotros. De hecho, no creo tener el valor necesario para mirar esos ojos verdes si los nubla una tormenta.

Lorenzo y Rafael ayudaron a Tex a llegar al auto que los llevaría al hospital. Una vez ahí, el médico se ocupó de supervisar toda la atención que recibió el herido.

Ya con todos los resultados, le comentó a Lorenzo que Tex había tenido mucho más que suerte, si hubiera sido herido medio centímetro a la izquierda, se hubiera desangrado en unos minutos. Pero sólo tenía un corte profundo, provocado por una navaja. Y como se trataba de un hombre joven en buena forma, no había huesos rotos ni lesiones internas que lamentar. Se recuperaría muy pronto.

Lorenzo agradeció toda la información y se despidió de su amigo para llevar a Tex de vuelta a su casa. Ya era muy tarde.

De regreso, Lorenzo comentó que había hablado por teléfono al jefe de policía. Ya contaba con todos los datos que ambos jóvenes recordaban y la investigación había comenzado. Por la mañana, de todos modos, tendrían que hacer la denuncia personalmente.

—¿Es realmente necesario que vaya Giuliana? —preguntó Tex con sincera preocupación.

—Sí. Es necesario.

El resto del viaje se hizo en silencio. Ambos iban inmersos en sus pensamientos.

Tex estaba agotado y sólo deseaba volver a ver esos ojos de jade. Los necesitaba tanto que hasta sintió miedo. ¿Era posible una relación entre ambos? ¿Sentiría ella lo mismo que él? Se dio cuenta de que sólo le importaba eso. No necesitaba conocerla mucho más, intentaba concentrarse en la posibilidad de mantenerla a su lado para siempre. Y para lograrlo, se dijo, estaba dispuesto a todo.

A Lorenzo lo aturdían las emociones. En su cabeza se dibujaba la caligrafía de la carta que había recibido su hija. Sabía perfectamente de quién se trataba. Y esta vez había llegado demasiado lejos. Habían reconocido su punto vulnerable. Giuliana era su única hija y por esto, su tesoro. La protegería como fuese necesario. Era tiempo de tomar la decisión que tanto había postergado.

Las puertas de reja se abrieron para dar paso al Bentley conducido por Lucca.

En la sala los esperaba Paulina. Lorenzo la miró con ternura. Era hermosa a pesar del paso del tiempo. Era sin duda la mejor compañera que pudiera imaginar. Tenía una mezcla especial de dulzura y determinación. Era la mujer que lo había rescatado siendo sólo un niño y la que había confiado en él mucho más que él mismo. No podía imaginar su vida sin ella.

—*Caro mio* —dijo dirigiéndose a Tex. Lo abrazó y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Cuánto me alegro de que estés bien! Estaré toda mi vida agradecida contigo por haber protegido a mi hija. El destino es muchas veces caprichoso y tiene formas extrañas de reunir a esas personas especiales que tienen que entrar por alguna razón en nuestras vidas. Debes descansar. Guido tiene preparada tu habitación y puedes pedirle cualquier cosa que necesites.

—Gracias —dijo Tex, sintiendo un cariño inmenso por esa mujer de ojos grises y cabellos rubios de quien emanaba una inmensa ternura. Obediente, siguió a Guido y salió de la sala.

Paulina sintió a sus espaldas a Lorenzo que la abrazaba posesivamente. La abrazaba con fuerza, e instintivamente buscaba liberar su dolor. Ella adivinaba los estados de ánimo de su marido y sabía que había una herida en su corazón

que todavía sangraba. Debían lograr que sanara para poder dejar atrás y para siempre aquella historia de la que habían huido juntos.

Lorenzo no conseguía dormir, no podía dejar de pensar en todos los acontecimientos del día. Giuliana estaba a salvo, pero esa carta había vuelto a abrir la puerta de su pasado. Un pasaje lleno de fantasmas, de dolor, de traiciones y abandono. Repasar esa etapa particular de su vida sólo podía compararse con un viaje al infierno. Él había podido salir de ahí gracias a Paulina, su ángel de ojos grises, quien le tendió la mano para evitar que cayera en el abismo de la desesperación. Había llegado justo antes de que presentara su rendición ante la muerte que lo acechaba. Ella, sólo ella, tenía la fuerza y la fe que ambos necesitaban para sobrevivir.

Cuando salieron de esa pesadilla, Paulina le demostró que ya nada era un obstáculo para alcanzar sus sueños. Aprendieron a agradecer cada día de vida, cada logro. A fuerza de trabajo e ingenio formaron un imperio. Y el ingrediente secreto era el amor que se tenían.

—¿Duermes? —preguntó Lorenzo.

—No, no me dejas. Escucho a gritos tus pensamientos.

—¿Y qué piensas que debo hacer?

—Mañana, después de que los chicos hagan su exposición en la policía, tú deberías hacer otra. Llegó la hora de denunciar todo lo que sabemos. Mi conciencia no soporta ignorar esto por más tiempo.

—Lo denunciaré. E intentaré rescatar de esa mafia a tantas personas como pueda. Juntos salimos de un infierno. Probaremos que es posible superar el tormento y comenzar de nuevo.

Paulina lo abrazó y supo que su mujer no esperaba menos de él.

Giuliana se despertó de madrugada y ni siquiera intentó volver a conciliar el sueño. Sólo podía pensar en Tex. Le había contado a Paulina lo que sentía por él. Le había confesado que todo su cuerpo ardía sólo de tenerlo cerca, era sin duda el amor que valía su vida. El fuerte abrazo de su madre se había grabado en su corazón y su sonrisa fue la prueba de que la complicidad sólo puede tenerse con una mujer que ha vivido un verdadero amor y sabe reconocerlo.

Los intentos de secuestro y la sensación de inseguridad la preocupaban. En cambio, el amor que sentía y descubría con el pasar de los días inundaba su corazón de una felicidad que hasta ese momento nunca había sentido. La intrigaban todas esas sensaciones nuevas. Moría por conversar con Laura y

Sofía, pero se había propuesto esperar hasta que regresaran para compartir como siempre sus experiencias. Esta vez estaba segura de que las suyas se llevarían el primer premio. "Ojalá ellas tengan en algún momento un amor como el que siento", se dijo.

Pensó en Laura que había vivido siempre llena de condicionamientos impuestos por un padre autoritario. Estaba a punto de cambiar su vida para siempre. Deseó de todo corazón que esa última semana de libertad en París resultara mágica.

A las seis de la mañana, Giuliana ya había tomado una ducha. Buscó un vestido blanco de verano y unas sandalias verdes que hacían juego con su blazer y con sus ojos.

Cuando salía del vestidor, vio su jean tirado en un rincón y se acordó de que Tex viajaba sin equipaje. No tendría nada limpio para ponerse. Pensó en la ropa de Lorenzo y le llevó un segundo darse cuenta de que no era una alternativa. Tex medía por lo menos un metro ochenta y cinco. Los pantalones de Lorenzo serían cortos y las camisas pequeñas.

Llamó a su asistente; sabía que María estaría desde muy temprano en la fábrica pues trabajaban en el lanzamiento de la nueva temporada.

—¡Hola! —dijo María con sorpresa—, no sabía que estabas de vuelta.

—Sí, no estaba planeado, pero aquí me tienes. Llamo para pedirte un favor inmenso. Necesito que me mandes a casa dos mudas de ropa de hombre.

—Ropa de hombre a tu casa, ¿para tu padre? —preguntó con algo de ironía.

—No, sabes que no te llamaría por eso. Es un huésped que ha llegado de visita y sin equipaje. No hagas preguntas, tal vez lo conozcas pronto.

—Está bien, espero que no lo hayas secuestrado. De todos modos, necesito saber sus medidas.

—Tiene las mismas que Paolo. Cualquier cosa que él se haya probado últimamente estará bien. Confío en tu buen gusto. Aunque no pienso darte el crédito en público.

—¿Paolo? Sólo deseo que no tenga la misma inclinación porque con esas medidas sería otra gran pérdida para el gremio de solteras —dijo entre risas.

Se despidieron y Giuliana bajó a desayunar.

Ya salía de la cocina ese olor a café caliente y pasteles que la había despertado todos los días desde niña.

Cuando entró en el comedor se encontró con sus padres que ya

desayunaban. Lorenzo la miró y comentó que estaba preciosa y esto la hizo sonrojar. Su padre siempre la elogiaba, pero en esta ocasión Giuliana se sintió diferente. Era la primera vez que intencionalmente necesitaba verse bien.

—¿Han visto a Tex? —preguntó.

—Todavía duerme —contestó Lorenzo—, deberías dejarlo descansar y contarnos un poco más de este extranjero que hospedas con tanta disposición.

—Es alguien especial —explicó Giuliana, escondiéndose detrás de una taza de café.

—¿Con privilegios? —le preguntó, entre curioso y celoso, su padre.

—Cuenta con todo su interés —intervino Paulina, ganando los segundos que Giuliana necesitaba para organizar en su cabeza una buena explicación.

—Papá, sé que eres un interrogador implacable. Pero esta vez tendrás que modificar las preguntas habituales porque no podría contestar casi ninguna. Conocí a Tex hace cuatro días y en ese tiempo me salvó la vida dos veces. Eso habla bastante bien de él. ¿No crees? Sé su nombre y conozco a sus dos mejores amigos. Sé que es inglés y que estudió en Eton y en Oxford. Eso es todo lo que podría contestar del cuestionario.

—Puedo ser creativo, si eso sirve para satisfacer mi curiosidad —argumentó Lorenzo con una gran sonrisa—. ¿Debería tener una buena relación con este muchacho?

—Definitivamente sería un tiempo bien invertido —contestó Giuliana—. Sobre todo, sabiendo que eres un hombre al que le gusta invertir a largo plazo.

Esta respuesta dejó mudo a Lorenzo. Su cara se llenó de sorpresa y admiración. Su hija había vencido su interrogatorio por primera vez. Definitivamente, el extranjero dueño de todo su afecto despertaba lo mejor de Giuliana.

—Jaque mate, mi amor —dijo orgullosa Paulina, feliz de descubrir el brillo del amor en los ojos de su hija.

Los interrumpió Guido que sostenía unas bolsas con la ropa que Giuliana había encargado para Tex.

Giuliana sabía que tenía unos padres extraordinarios. Toda la vida se había sentido orgullosa de ambos, pues siempre la habían hecho sentir especial. La habían dejado ser libre y se lo demostraban aceptando sin reproche alguno su elección. Terminó su café y fue a despertar a Tex. Estaba segura de que necesitaba cambiarse.

—De nuevo tus pensamientos me aturden —dijo Paulina, ya a solas con su

marido.

—¿Qué crees que pienso? —preguntó Lorenzo.

—Estás trazando la estrategia para ganarte a ese muchacho. Piensas definitivamente en invertir ese tiempo porque estás seguro de que a largo plazo saldrías ganando. Esa es la parte que apruebo. La que no apruebo es tu intención íntima de investigarlo —dijo con una sonrisa que a Lorenzo se le hizo irresistible.

Se puso de pie, abrazó a su mujer y la besó. En un susurro le preguntó:

—¿Dónde escondes esa bola de cristal para adivinarlo todo?

—Tus ojos son los delatores —contestó Paulina.

Giuliana tocó la puerta del cuarto de huéspedes. Como no recibió respuesta, decidió entrar. Abrió la puerta sin hacer ruido, pensando que tal vez Tex dormía. Vio, asustada, su camisa en el sillón y un jean ensangrentado en el piso. Entró más decidida, y encontró la cama vacía y con sangre en las sábanas. Estaba al borde de un ataque de pánico cuando se abrió la puerta del baño y vio salir entre el vapor a Tex con una toalla blanca anudada a la cintura. Parecía un dios griego, con sus músculos tallados en mármol y su porte imponente.

—¡Buenos días! —dijo él.

—¡Buenos días! ¿Te sientes bien? —contestó Giuliana, mientras sentía cómo se incendiaba su cara de vergüenza.

—Muy bien, feliz de verte.

—Estaba segura de que necesitarías algo de ropa y te traje esto —dijo, señalando las bolsas que había dejado en el piso.

—¿No es demasiado temprano para haber salido de compras?

—No, si tienes mis contactos —dijo Giuliana con una sonrisa orgullosa.

—Gracias, definitivamente necesitaba ropa limpia.

Antes de que ella pudiera percatarse, Tex estaba abrazado a su cintura. Y el contacto de sus manos hizo estallar el deseo que recorrió todo su cuerpo. Ella respondía a cada una de sus caricias. Se entregó sin resistencia a un beso apasionado, que reclamaba su boca con exigencia. Sintió la tensión en los músculos poderosos que la contenían en un abrazo y en segundos la reacción de Tex a sus caricias fue evidente. Luchó contra todo lo que sentía para escapar de esos brazos pues sabía que no podría resistir por mucho tiempo.

—Apúrate, nos esperan —dijo en un susurro que delataba su deseo estrangulado en la garganta.

Salió de la habitación aturdida por todas las sensaciones que le nublaban el juicio. Si esto era lo que provocaba el amor, si era el condimento que le daba más brillo a los colores, entonces se declaraba absolutamente enamorada. Y era ese enamoramiento lo más intenso que había vivido. Era una droga que resultaba adictiva al primer contacto. No podía volver de esa manera al comedor, sería como presentarle a Lorenzo una confesión firmada. Caminó por el jardín intentando calmar los latidos de su corazón. Buscaba convencerse de que el amor tenía que tener algo racional. Tex alteraba el orden que ella suponía debía tener cualquier relación. Ella creía que la pareja primero debía conocerse, compartir vivencias y luego construir, sobre la base de la confianza y los intereses en común, un amor sólido destinado a durar toda la vida.

Sin embargo, su corazón le confirmaba su error. Era esa pasión, el deseo que él despertaba en ella, la química que surgía entre sus cuerpos sin necesidad de un preámbulo. Ese, sin duda, era el ingrediente que podía hacer un amor eterno.

Tex se había vestido con un jean, una camisa blanca y un saco sport azul Francia y ya desayunaba en el comedor en compañía de Lorenzo y Paulina.

Cuando Giuliana regresó de su paseo, habían organizado la devolución del auto alquilado y se habían puesto de acuerdo sobre la exposición que se haría en la policía.

Al verla entrar, Tex se puso de pie y la miró sin disimulo como quien admira una obra de arte. Le señaló el lugar libre a su lado y corrió la silla para que ella se sentara. Giuliana sentía que vivía el cuento de hadas que toda niña sueña.

Tex disfrutaba de la perspectiva y del escote del vestido, cómplice de una visión de ensueño.

Fiel a su estilo, Lorenzo sometió a Tex a su clásico interrogatorio, quien, en el estado de ensoñación que le provocaba la presencia de Giuliana, era capaz de cualquier revelación.

—Giuliana nos ha contado que estudiaste en Eton y en Oxford —dijo Lorenzo—. ¿Tienes alguna especialidad?

—Sí, un máster en finanzas internacionales. En Eton estuve internado desde los doce años hasta entrar en Oxford.

—¿Y tus padres?

Una nube oscura cruzó la mirada cristalina de Tex mientras contestaba.

—Murieron en un accidente cuando yo tenía doce años.

A Giuliana le vino a la memoria la historia de la infancia de Lorenzo, quien, siendo un niño, también había perdido a sus padres.

—Entiendo —fue lo único que pudo contestar Lorenzo, invadido por sus propios fantasmas.

—Mi familia son mis dos amigos del alma, Marco y Gérard. Así que podríamos decir que Giuliana ya ha sido oficialmente presentada —dijo Tex con humor, intentando disipar la pena que siempre le provocaba pensar en sus padres.

—Aquí has encontrado una familia, si lo deseas —dijo con dulzura Paulina sin poder contener su espíritu maternal.

Tex exploró la profundidad de esos ojos grises y agradeció sus palabras con una sonrisa.

"Por alguna razón, mi padre está siendo más benevolente que de costumbre", pensó Giuliana. Casi no escuchaba las respuestas, sólo intentaba memorizar el lenguaje corporal del hombre a su lado. Sus gestos, sus movimientos siempre oportunos y controlados, su voz firme. La vida había sido dura para él, pero lo había convertido en lo que era, un hombre seguro de sí mismo. Había alcanzado el éxito por mérito propio y no lo usaba como bandera, sino que era pura sencillez. No dejaba de sorprenderla.

"*Nadie llega o toca nuestras vidas por casualidad. Todos llegan con una misión, algunos nos acompañan por un momento y otros se quedan para siempre*." Esas palabras que escuchaba decir a su madre cobraban un sentido diferente. Giuliana deseaba con todo su corazón que Tex se quedara a su lado para siempre. Nunca antes había deseado algo con tanta ilusión. Sintió miedo. Desear algo con esa intensidad sólo podía generar incertidumbre y desasosiego. No sabía mucho de él, pero no quería perderlo.

Capítulo 2

En París, después de haber dejado a Giuliana y a Tex en el aeropuerto, el resto del grupo hizo un tour por la ciudad. Gérard mostraba con orgullo cada rincón de su ciudad. Era su lugar en el mundo y encontraba fascinante compartirlo con sus amigos.

Laura, coherente con su naturaleza sensible, disfrutaba de lo bohemio, de los pintores callejeros que esbozaban sus cuadros a orillas del río Sena, de los mercados que vendían antigüedades y de las flores que llenaban de color su paseo. Marco se había convertido en su compañero de ruta y juntos daban una imagen bastante divertida. Él, morocho de un metro noventa, caminaba al lado de una delicada mujer rubia. Ella lo derretía con su ternura, su sonrisa y, por supuesto, sus curvas que hacían que ese cuerpo delgado se viera voluptuoso y sensual.

Sofía, en cambio, disfrutaba del glamour de la ciudad y de lo cosmopolita y multicultural de sus habitantes. Para ella París era absolutamente perfecta. Estaba llena de vida, de historia y de modernidad en un balance impecable. Casi entró en éxtasis cuando Gérard propuso recorrer en su yate el Sena para admirar la Ciudad Luz con una cena a bordo.

Ella que había alardeado siempre con poder descifrar la personalidad masculina sin ninguna dificultad, encontraba en Gérard un verdadero desafío. Era un hombre irresistiblemente masculino, inteligente y culto, pero extremadamente reservado. Adivinar lo que sentía era un acertijo.

A la mañana siguiente de su llegada, Sofía y Laura madrugaron con intención de recorrer libremente la residencia de Gérard. Evitaron el comedor y salieron directamente al jardín.

Sofía había amanecido verborrágica —nada extraño en ella— y no dejaba de presentar su monólogo a Laura que escuchaba a medias, inmersa en su propia ensoñación.

—Soy una mujer atractiva, por lo menos una que no puede pasar

inadvertida, ¿no crees? —preguntó con algo de incertidumbre.

Entre risas, entretenida por las dudas de su amiga, Laura le respondió:

—Definitivamente no podrías pasar inadvertida ni con camuflaje, pero resulta divertido que tú dudes de eso, cuando tu lista de conquistas es casi tan grande como la de un casanova —y soltó una carcajada.

—Pero, ¿te has dado cuenta de que aunque me esfuerzo por llamar su atención, no logro despertar nada en él? Parece un dios griego hecho de piedra. ¿Dónde esconde la pasión, el deseo? ¿Lo tendrá? ¿Sentirá atracción por las mujeres? Es tan masculino, pero al mismo tiempo no ha sucumbido a ninguno de mis intentos.

—No te aflijas, yo sé que siente atracción por las mujeres. Marco me ha contado un par de anécdotas y no debería ser esa una de tus preocupaciones.

—¿Está en pareja con alguien y por eso me evita?

—No, alucina a las mujeres, pero se niega a mantener una relación seria. Sé cuál es su gran pasión.

—¿Su gran pasión? ¡Entonces algo siente!

—¡Sí, un inmenso amor por el polo y los caballos! —dijo Laura disfrutando de la cara contrariada de Sofía. La conocía tanto y, sin embargo, nunca la había visto tan desilusionada. Aunque, si lo pensaba bien, tampoco recordaba que hubiera fracasado antes en un intento de seducción.

—Laura, los dioses deben estar castigándome por desearlo con tanta lujuria. Ese porte, su cara angulosa, esos ojos azules que miran con la dureza del hielo… ¡y yo que me siento de fuego, no logro derretirlos! Pero dejando por ahora mi herida vanidad de lado, ¿te has dado cuenta de la forma en que te mira Marco? Cualquier excusa es una buena razón para estar a tu lado. Vi ese abrazo para guiarte dentro de la galería de arte. Y también cuando te subió a sus hombros para que superaras por primera vez tu metro sesenta y vieras con mejor perspectiva… y si no me distraje más de una vez, ¡hubo un beso inocente en ese tour nocturno!

Laura sintió un dolor en el estómago como si hubiera recibido un fuerte golpe. De pronto, una lágrima se escapó de sus ojos. Sofía advirtió el cambio de ánimo y se angustió.

—¿Qué sientes? ¿Te ha pasado algo?

—¡Lo amo, Sofía! ¡Lo deseo! ¡Lo necesito!

—Se supone que sólo lloramos por un amor no correspondido, pero tú sabes a ciencia cierta que este no es el caso.

Sofía sintió cómo se clavaban los ojos celestes de Laura en la negrura de los suyos.

—¡Sofía! —le gritó con una voz agónica, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y el llanto invadía el silencio con sollozos.

Sofía advirtió lo estúpido de su comentario. Había olvidado por completo que su amiga no era libre o no se atrevía a serlo. Había descubierto por primera vez algo que deseaba con toda el alma y que no podría tener jamás: un amor. La abrazó con toda la compasión de la que fue capaz, pero no pudo espantar los pensamientos de odio que sentía hacia el padre de Laura a quien consideraba un tirano, un hombre sin corazón, sin sentimientos, que trataba a su hija como una simple mercancía.

Para Sofía, no encender con su encanto la pasión en Gérard representaba un verdadero desafío, pero nadie le robaba la posibilidad de intentarlo, a pesar de que le resultara doloroso. Sintió en carne propia lo espantoso que era para Laura mirar, sentir y desear a Marco sabiendo que en un par de meses debía entregarse a un hombre que definitivamente no amaba.

Laura hasta ese momento había intentado convencerse de "las conveniencias" de un buen matrimonio. Pero Marco había roto ese caparazón que la protegía de los sentimientos. Se había pegado a su corazón como una estampilla, volviéndola absolutamente vulnerable.

Caminaron por la preciosa arboleda de robles en silencio, rodeadas de corrales llenos de caballos hermosos. En su mayoría yeguas con crías pequeñas. Todo el paisaje, las flores, los colores, los aromas eran el preludio perfecto del amor.

Laura sentía todo esto en lo más profundo de su ser. Esta sensación que debería resultar conmovedora, reconfortante, para ella se volvía asfixiante y dolorosa. Era de eso de lo que necesitaba huir en un desesperado intento por sobrevivir.

—Sofi, me voy. Vuelvo a Italia. No puedo quedarme aquí ni un día más. No lo resistiría.

Sofía no dijo nada. Si no conociera a Laura desde niña, le habría dicho: "¿Estás loca? ¡El amor no siempre llega y cuando llega es un tesoro que nadie debe dejar escapar!". Pero sabía que Laura nunca se había atrevido a enfrentar esos miedos que le robaban la libertad y se presentaban amenazantes, hambrientos por arrancar de su vida el amor. Sofía sentía tanta tristeza que se escudó en el silencio, sabiendo que si intentaba unas palabras, su voz la

delataría.

Para Sofía, el matrimonio arreglado de Laura era una muerte anunciada. Estaba viendo a su amiga caminar hacia un abismo y no sabía qué hacer para evitarlo. Deseó con todo su corazón que pasara algo, algo que le diera a Laura el coraje necesario para hacerse cargo de su propia vida. Algo que la sacara de ese estado de fingida comodidad. Algo que pusiera su vida patas arriba. La oportunidad de patear el tablero y obligarla a comenzar de nuevo, poniendo cada pieza en su lugar.

Cuando se acercaban de vuelta a la casa, las sorprendió un alocado movimiento de camiones y una inmensa carpa que unos hombres desplegaban sobre el jardín.

—¿Qué está pasando? —preguntó Laura.

—Parece que se está preparando un gran evento, nos enteraremos en el desayuno —contestó Sofía entusiasmada y apuró el paso.

Cuando entraron en el comedor, encontraron a Gérard y a Marco desayunando.

—¿Dónde estaban? —preguntó Marco mirando a Laura.

—Dábamos un paseo. ¿Qué está pasando afuera? ¿Acaso tienen una fiesta? —preguntó Sofía.

—Exactamente —contestó Marco—. Gérard tenía organizado para hoy este evento y ustedes no pueden perdérselo. Se juntan los mejores criadores de caballos de polo. Eso involucra a los jugadores de los mejores equipos y a varios de los auspiciantes de los torneos más importantes. Es una fiesta que no puede ser menos que increíble.

Laura sostenía su taza de café en silencio, como si no entendiera el significado de las palabras y su amiga, advirtiendo el terror en sus ojos, se ocupó de la conversación.

Cuando terminaron y todos estaban ya al tanto de los detalles previstos para la tarde, Sofía comentó que necesitaban ir a la ciudad para comprar algunas cosas, argumentando que en sus mochilas no tenían todo lo que necesitaban para asistir a la fiesta.

—Excelente, yo las acompañaré —se ofreció Marco.

—Te buscaremos en la sala cuando estemos listas.

Sofía sabía que el silencio de Laura era tan mortal como parecía. Subieron juntas y se encerraron en su habitación.

—No puedo quedarme. ¡Menos en una fiesta!

Sofía, que en lo más profundo de su ser sentía que esa era la oportunidad única que había pedido para Laura, usó todo su encanto e imaginación para convencerla. Ideó una estrategia inversa.

—No puedes estar diciéndolo en serio. Es ahora o nunca. Sólo te pido esta noche. Necesito que seas mi cómplice en esta fiesta y prometo no volver a pedirte un favor en lo que me quede de vida.

Laura sintió que no podía negarle a su amiga la posibilidad de un encuentro que deseaba con la misma intensidad, aunque para ella fuera imposible. Así, sintiendo espinas en el corazón, pero dibujando una sonrisa en sus labios aceptó quedarse sólo una noche más.

Sofía se sintió eufórica gracias a la respuesta positiva de Laura. "Quizás eso que siempre dice Giuliana sobre el destino sea cierto. Tal vez, cuando algo tiene que pasar, todo a nuestro alrededor conspira para que suceda", pensó.

Bajaron y encontraron a Marco de espaldas, observando por la ventana la evolución de los preparativos.

Laura lo miraba extasiada por su belleza. Era el último día que pasarían juntos y se había jurado guardar en su corazón y en su memoria cada imagen, cada gesto. Grabaría su voz y el sonido de su risa, alegre y relajada.

Pasaron casi todo el día en París. Visitaron tiendas de moda hasta que encontraron una con la elegancia y la sofisticación que buscaban. Laura fue la primera en salir del probador. Al verla, Marco perdió el control de su respiración y la miró con veneración.

—¡Precioso! —dijo pensando que el escote era todo lo insinuante que podía esperarse y que el vestido se encargaba de marcar con delicadeza cada una de sus curvas, su cintura y su cadera. Era la mujer más natural y más hermosa que había conocido.

Sofía interrumpió la ensoñación desfilando frente a sus ojos.

—¿Y? ¿Cuál es la opinión masculina en mi caso? —preguntó entre risas.

—Es perfecto —contestó Marco—, exótico y atrevido. Un reflejo exacto de tu personalidad.

El comentario dejó a Sofía mucho más que satisfecha y le robó una sonrisa.

A pesar de la negativa de ambas, Marco pagó por los vestidos y al salir de la tienda, les pidió una hora de tregua para almorzar.

Durante el almuerzo, Sofía siguió con el papel que se había propuesto e

interrogó a Marco. Si ese era el último día que Laura pasaría con él, intentaría que llegara a conocerlo.

—Marco, naciste en Argentina, ¿verdad? —le preguntó.

—Así es. Mi madre nació allí y mi padre es suizo.

—¿Suizo? —preguntó Laura—, pero tu apellido es italiano y hablas italiano con fluidez.

—Mi padre es de Lugano, próximo a la frontera italiana. Conoció a mi madre en un viaje que hizo a la Argentina y nunca más volvió a Suiza. Compró campos ahí y logró convertirse en un importante productor agropecuario. Después incursionó en la agroindustria y eso lo llevó a consolidar su negocio.

—¿Y tu madre? —preguntó Sofía.

—Mi madre es pediatra. Su pasión son los niños. Es una mujer muy dulce.

—¿Tienes hermanos? —continuó Sofía.

—No. Mi familia espera que lo compense con muchos nietos —contestó entre risas—. ¿Ustedes tienen hermanos?

—Laura es la segunda de tres hermanas. Yo soy la hermana menor de cuatro varones con los que no tengo relación, pero mi espíritu de supervivencia está entrenado.

—Nunca lo dudé, sólo que ahora conozco el motivo —dijo riéndose.

Las anécdotas se sucedían sin pausa. Laura descubría con cada una de ellas algo más de Marco. Era un hombre lleno de vida, sincero y directo. Parecido a Sofía no sólo en su temperamento sino en su aspecto físico. Eran altos, morochos y de ojos oscuros. "Podrían fácilmente simular ser hermanos", pensó.

Siguieron en la ciudad hasta que en la lista de Sofía no quedó nada pendiente. Marco no recordaba haber disfrutado tanto de un día de compras.

Cuando regresaron, se encontraron a Gérard esperándolos ansioso.

—Creí que se perderían la fiesta —dijo al verlos entrar.

—Nunca, pero no sabía que buscar un vestido significara encontrar los accesorios y los zapatos perfectos. Ya he sido instruido en el tema. Eso nos demoró bastante más de lo planeado —dijo Marco divertido.

—¡Los invitados empezarán a llegar en menos de una hora!

—No te preocupes, estaremos listas —dijo Sofía—. Es tiempo más que suficiente para desplegar nuestro glamour.

—¿Marco? —dijo Gérard.

—¿Sí?

—Ya no están en la escalera. Podrías cambiar esa cara.

—¿De qué hablas? —dijo Marco volteándose.

—Amigo —dijo Gérard—, estás jugando con fuego. Apenas la conoces. Te estás exponiendo sin estrategia.

—La estrategia es lo tuyo. Yo soy un soldado de primera línea. Es todo o nada. ¿Cuál es tu táctica para esta noche? —preguntó Marco—. Porque hay una exótica italiana capaz de provocar más de un infarto, dispuesta a ser tu compañera de velada.

—Exactamente eso. La mujer más hermosa es siempre la que va de mi brazo —contestó Gérard.

—¿Partirás otro corazón? ¿O se trata de una estrategia defensiva? —preguntó Marco.

Gérard sólo levantó una ceja mirándolo con indiferencia.

—Tal vez te aceche el amor, tal vez te encuentres con alguno que no puedas vencer y a lo mejor llegue ese digno adversario que mereces —dijo Marco mientras subía a vestirse.

Media hora más tarde, dos hombres de impecable esmoquin recibían a los primeros invitados mientras la tarde llegaba a su apogeo y el sol de un rojo intenso se perdía en el horizonte.

Ellas estaban listas. Sabían que los invitados ya comenzaban a llegar. Laura disfrutaba cada momento como quien sabe que no habrá otro; Sofía, por el contrario, se fijaba un objetivo: derretir esos ojos de hielo que se habían vuelto su obsesión.

Cuando Marco las vio bajar, se acercó al pie de la escalera para recibirlas. Le ofreció primero un brazo a Laura y después, acercándose a Sofía, le ofreció el otro.

—Gracias —les dijo con una sonrisa—, acabo de convertirme en el hombre más envidiado de la fiesta.

Laura no pudo evitar ruborizarse ante el comentario.

Marco las guió a través de la fiesta, presentándoles a distintos invitados hasta que encontró a Gérard y mirándolo a los ojos, le dijo:

—Soy un hombre honrado y estoy dispuesto a compartir el botín.

Gérard se acercó a Sofía y le ofreció su brazo. Era una mujer exótica, enigmática y atrevida. Todo eso decía el vestido que llevaba puesto. El enemigo había sido subestimado. Sólo un roce había despertado en él el deseo, tensando su cuerpo.

Ella se convirtió así en la anfitriona de la fiesta. Era un rol que le resultaba encantador. Todos los invitados eran celebridades, todos admiraban y respetaban a Gérard y ella se sentía orgullosa de ser la mujer que paseaba de su brazo.

Laura estaba preciosa. Vestida de verde, con su cabello rubio y largo sobre sus hombros, no podía pasar inadvertida. Además, por la dulzura de sus movimientos y la inocencia de su mirada despertaba admiración a su paso. Marco caminaba a su lado como un sicario, asesinando con la mirada a cualquiera que intentara acercarse a ella. Estaba sorprendido por el sentido de posesión que despertaba en él. La deseaba como nunca había deseado a otra mujer.

Laura disfrutaba de la fiesta; la atención de Marco la hacía sentir la mujer más especial del mundo. Parecía que estaba dentro de un cuento, lo que no podía olvidar era que todo terminaría esa misma noche. Eso se sentía como un inmenso peso en el pecho. Se esforzaba por consolarse diciendo que esa noche sería un recuerdo único, mágico. El que se elige de entre todos para ocupar un lugar especial en el corazón.

Cuando llegaron a la pista de baile, Gérard y Sofía ya eran el centro de todas las miradas. Bailaban, pero no podían evitar medirse, desafiarse con cada pieza. Eran dos rebeldes acostumbrados a hacer sucumbir al sexo opuesto. Y la vida los enfrentaba en ese momento. Ambos querían seducir, ninguno ser seducido. Eran puro fuego, pero el orgullo les impedía disfrutarlo sin sentirse en desventaja. “Son tan parecidos”, pensó Laura sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta.

—Eso hace las cosas más difíciles. Para los mismos ataques se preparan las mismas defensas, y así nunca se llega a ninguna parte. Si no se aprende a ceder, no se definen las posiciones. Fracasa el diálogo y la guerra se vuelve inminente… —comentó Marco—. Creo que lo ideal es ser complementario, de esa manera la vida se hace más rica, y la instancia de diálogo siempre es una opción.

—¿Describías una guerra? —preguntó Laura interesada.

—Son comparables… “en el amor y en la guerra vale todo” —dijo Marco con una sonrisa seductora.

Cuando la música se volvió melodiosa, Marco abrazó a Laura por la cintura y en un ágil movimiento la pegó a su cuerpo y comenzaron a bailar. Laura se abrazó a su cuello, entregándose al deseo que la invadía. Marco

sintió el calor de su sangre correr por sus venas. Sentirla relajada provocó en él el efecto contrario. Todo su cuerpo se tensó. Bailaban casi sin moverse, sólo deseaban sentirse.

Las caricias de Marco se volvieron cada vez más insistentes. Primero sus manos apretaron la cintura de Laura contra su cuerpo, pues quería que ella sintiera lo que le provocaba. Después movió sus manos dibujando su contorno como si intentara moldear un pedazo de arcilla. Se detuvo en cada curva, memorizándolas en su recorrido.

Laura temblaba de deseo y sus manos se aferraron a los brazos musculosos que la acariciaban para no perder el equilibrio. Marco era puro fuego y ella estaba derritiéndose. Nunca se había sentido así. Nunca unas caricias la habían hecho pensar de manera lujuriosa. Respiró hondo para que el perfume de Marco le llenara el alma y se quedara allí para siempre. En sus brazos se sentía segura, deseada. Cuando levantó su mirada celeste, se perdió en unos ojos negros, ardientes, que la miraban amorosamente.

En un instante los labios de Marco se pegaron a los suyos. La besó con pasión, con deseo. Sus lenguas se enredaron y Marco se volvió exigente mientras la exploraba. Ella sintió que ese beso demandante lograba liberar el deseo en su cuerpo, y tembló y gimió dentro de esa boca provocadora que la contenía.

Marco no podía soportar por más tiempo el dolor que le causaba la pasión y se atrevió a guiar a Laura a su habitación. No fue una sugerencia. Si algo había aprendido era que a las mujeres no les gustan las preguntas. Era él quien asumía la responsabilidad de lo que estaba a punto de ocurrir. La deseaba y nada impediría que fuera suya. Estaba seguro de que Laura sentía lo mismo que él. Lo demostraba con el ardor con que respondía a sus estímulos.

Cuando cerró la puerta de su habitación, Laura supo que el preámbulo había terminado. Se dio coraje a sí misma. Sabía que no había nada en el mundo que deseara más que esa noche con Marco. Su futuro matrimonio había sido arreglado, pero ella elegiría a quién se entregaría por primera vez. Era en brazos de Marco que quería volverse mujer. Con ese pensamiento alejó todas las dudas y los miedos que intentaban frustrar su entrega y se dejó llevar por el torrente de sensaciones que explotaban en su interior.

Marco la abrazó contra la puerta cerrada. Sus ojos negros la miraron penetrantes, suplicando un avance y recibieron como respuesta un beso apasionado. Esto rompió todas las contenciones y la lengua de Marco se abrió

paso entre esos labios dulces con movimientos que mostraban, desafiantes, sus verdaderas intenciones. Laura respondió y eso desató la pasión.

Las manos de Marco se ocuparon del vestido que cayó sin resistencia a los pies de Laura. La tomó en sus brazos y la llevó a su cama. Recorrió su cuerpo con la mirada y Laura sintió que esos ojos dibujaban llamas sobre su figura.

Marco liberó sus pechos blancos, turgentes, llenos. Besó y acarició sus pezones que reaccionaron irguiéndose entre sus dedos. Los gemidos que estas caricias provocaron en Laura terminaron de encender a Marco. Se deshizo de su ropa y se recostó a su lado mirándola lleno de lujuria.

Era esa mezcla de fortaleza, potencia y dulzura lo que Laura jamás podría olvidar. Sus caricias eran deliciosas. Ella estaba recibiendo todo el placer que podía sentir. Marco la cubrió con su cuerpo. Su perfume y sus besos la aturdían y nublaban su mente. En ese momento su cuerpo reaccionaba guiado por una fuerza externa que no podía controlar. Era su instinto en su estado más puro.

Laura sintió la virilidad de Marco vibrar en las puertas de su intimidad y sus piernas se abrieron para facilitar su entrada. Marco sintió su humedad y entró dulcemente, despacio, saboreando el camino. En su avance descubrió su inocencia. El amor explotó en su corazón y sus ojos se llenaron de ternura. Se detuvo y miró a Laura que se debatía entre ilusionada y expectante. Ella lo había elegido y él quiso que supiera que así lo entendía. Volvió a entrar en ella con determinación, derribando a su paso la barrera que lo separaba de la más dulce posesión. Laura se tensó, un gemido de dolor se escapó de su garganta y unas lágrimas bañaron sus ojos. Marco se detuvo. Enjugó sus lágrimas, la besó y la llenó de caricias dándole el tiempo que necesitaba para recuperarse.

Volvió a moverse dentro de ella, con suavidad. Su deseo y su pasión aumentaban con cada roce. Laura ardía bajo su cuerpo y cuando las embestidas de Marco ganaron ritmo, ella estalló de placer, arqueando su cuerpo y gritando su nombre: “¡Marco!”. Este fue el detonante. Marco entró desafiante en la profundidad de su ser reclamándola para él. Volvió a embestirla y en la desesperada necesidad de fundirse en ella, derramó vida en su interior. Extasiado, envolvió a Laura en un abrazo protector.

Esta no era su primera vez; había tenido sexo mil veces, había vaciado su cuerpo ante la urgencia del deseo o la lujuria. Hacer el amor con Laura había sido una experiencia nueva, diferente. Hacer el amor con ella había llenado su alma. Se sentía completo, especial.

Laura se aferró al cuerpo desnudo de Marco buscando consuelo. Ya sentía añoranza y aún estaban juntos.

Todavía la luna brillaba cómplice de esa noche mágica. Esa misma luna cumplió su deseo y Marco volvió a amarla. El milagro del amor triunfaba una vez más.

El sol volvía a pintar de colores el cielo. La luz entró en el dormitorio diluyendo la magia de una noche llena de pasión. Marco abrió los ojos para descubrir a Laura a su lado, pero ella se había ido. Sólo había dejado en sus sábanas un grabado impresionista como prueba de su pureza.

Marco se demoró repasando en su mente las imágenes y las sensaciones de una noche cargada de emoción. Estaba seguro de que la encontraría desayunando con Sofía. Se dio una ducha, se cambió y bajó ansioso por verla.

En el comedor encontró sólo a Sofía, que apretaba con fuerza una taza de café y miraba por la ventana un punto fijo, concentrada en sus pensamientos.

—¡Buenos días! —dijo Marco.

El cuerpo de Sofía reaccionó a su voz tensándose, como si se preparara para enfrentar a un titán con pocas posibilidades de salir victoriosa.

—Buenos días —respondió.

—¿Y Laura? ¿La has visto? —preguntó Marco.

—No, no la he visto desde anoche, pero sé que se ha ido.

—¿Tan temprano? ¿A dónde? —preguntó curioso.

—Laura se ha ido…, ha vuelto a casa.

Marco sintió que su corazón dejaba de latir. Su cara se desfiguró en una mezcla de sorpresa y decepción. ¡Se había ido! ¡No entendía!

Sofía sabía lo que había pasado entre ellos esa noche. Todavía no entendía de dónde había sacado Laura el coraje para hacer por primera vez en su vida lo que deseaba. Había roto los mandatos, había transgredido las reglas y por una noche había sido libre. Esa rebeldía le provocaba orgullo. “Pero Laura no dejó de ser la misma”, pensó. “No se atreve a enfrentar a su padre; no considera posible cancelar su boda y se sintió inmensamente culpable después de amar a Marco. Para ella el amor está prohibido.”

Sofía interrumpió el silencio que estaba matando a Marco.

—Dejó una nota —dijo.

Marco levantó la mirada intentando que un gesto de Sofía le dijera que en ella le daba una oportunidad. Pero no lo encontró. Sofía le extendió el papel y él lo tomó. Lo apretó fuertemente en su mano y salió del comedor.

Sofía desde la ventana veía a Marco caminar dentro de los corrales mientras acariciaba a los caballos. Parecía que buscaba consuelo entre ellos. Todavía la nota era un bollo en su mano. Lo vio elegir un caballo negro en el que se alejó en un galope furioso que reflejaba su estado de ánimo.

Sofía permaneció en el comedor, intentando poner en orden su cabeza. Definitivamente ese viaje quedaría grabado en la memoria de las tres para siempre. Estaba segura de que Giuliana había encontrado el amor. Laura lo había saboreado y se había atrevido a ser libre por una noche. Había huido, pero nunca volvería a ser la misma. Y a ella le tocaba aprender que no siempre se tiene lo que se desea. Gérard era el hombre que estaba a punto de partirle el corazón con su indiferencia.

—Una ironía —pensó. Laura y ella eran las que soñaban con París, la ciudad del amor. Y ambas terminaban su historia con el corazón roto. No en las mismas circunstancias, pero las cosas no habían resultado.

Una sonrisa iluminó su cara cuando se acordó de Giuliana. Ella había salido huyendo de Londres por alguna razón y, sin embargo, el amor la había acompañado en su escape. Eso hacía que toda la aventura hubiera valido la pena.

Subió a preparar su equipaje. El viaje ya había terminado y era hora de volver a casa. Comenzó a guardar sus cosas en la mochila, cuando de pronto vio su vestido colgado junto al de Laura, y los recuerdos de la última noche en París invadieron su cabeza.

Giuliana le había contado alguna vez todas las supersticiones de Paulina a la hora de elegir los colores de una nueva colección. Decía que una mujer tenía que ser cuidadosa a la hora de elegir el tono de su vestido pues cada color tenía un significado, algo así como su propia magia. Nunca se le podía pedir a un color que actuara en contra de su esencia. ¿Habrían elegido Laura y ella los colores equivocados? Necesitaba los vestidos como evidencia, por eso los guardó en su mochila con la intención de consultar a Paulina sobre el verde y el amarillo.

Sabía que no podría despedirse de Marco. Bajó las escaleras y se encontró a Gérard mirándola desde la sala.

—Buenos días —le dijo, acercándose a las escaleras.

—Buenos días —le contestó.

—¿También te vas?

—¿Viste a Laura? ¿Cómo sabes que se ha ido?

—Pierre, mi chofer, la llevó esta mañana al aeropuerto. Me dijo que no se la veía muy feliz, espero que no sean tristes las circunstancias que la obligaron a dejarnos de esa forma. Estoy seguro de que perdió el vuelo de esta mañana a Milán. Debe estar esperando el próximo que sale en cuatro horas.

Gérard sostuvo la mochila de Sofía, la colocó a los pies de la escalera y le señaló la sala. Ella avanzó en esa dirección como una autómata. Sus ojos negros no eran suficiente escudo para esa mirada azul, penetrante, intensa.

Se sentaron juntos en el sofá mirando hacia el jardín.

—¿Sabes por qué se fue Laura de esa manera? —preguntó Gérard.

—Creo que tengo una idea.

—¿Y qué crees que pasó?

—Es una historia larga, triste y no tengo intenciones de hablar sobre eso.

—Yo no pretendo que delates a tu amiga.

—De todas maneras, nunca lo lograrías. Antes enfrentaría a un batallón de fusilamiento —dijo Sofía con una tímida sonrisa—. ¿Y qué hay de Marco? ¿Sabes por qué huyó de aquí a bordo de un violento potro cuando supo que Laura no estaba?

—Definitivamente compartiríamos el batallón de fusilamiento —contestó Gérard, mirándola con complicidad.

—Tengo que irme, intento alcanzar el vuelo de la tarde. Esperar toda la noche en un aeropuerto no resulta atractivo.

—No te preocupes por eso. Te garantizo que no perderás ese vuelo.

—¿Y eso te da tiempo para someterme a un interrogatorio?

—No todo el que quisiera, pero suficiente. Disfruté mucho de tu compañía anoche. Ser el anfitrión de la reunión me mantuvo bastante ocupado y me disculpo si en algún momento te descuidé.

Sofía sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. Ese gesto abría en su corazón un millón de posibilidades. Para él, la velada no había resultado desastrosa por no unirlos íntimamente.

—Creo que no tuvimos tiempo para que llegaras a conocer París, pero quiero que sepas que siempre serás bienvenida en mi casa.

Sofía asintió con un gesto, pero en su interior volvían a derrumbarse todas sus esperanzas. El tono de Gérard sin preaviso volvía a ser extremadamente protocolar.

—En la fiesta de anoche me dijeron que estás trabajando a prueba en el *Corriere della Sera*.

—¿Y quién te contó eso?

—Estaba aquí el director del diario. Un amigo mío. Me contó que estás a prueba, pero que eres una periodista pura sangre. Si alguna vez te aburres de Italia, serás más que bienvenida en mi equipo de *Le Parisien*.

Ese comentario la dejó helada. No lograba entender a Gérard. De momentos la trataba con estricta cordialidad y de pronto la tentaba con un puesto dentro de su equipo. Definitivamente, era un hombre que jamás lograría descifrar.

—Gracias por el ofrecimiento, pero mi francés es pésimo. No creo que tenga posibilidades en París. Debería irme; de hecho, tal vez ya no llegue a tiempo.

—Siempre cumplo mis promesas. Y esta vez te llevaré personalmente al aeropuerto para asegurarme de que alcances tu vuelo. Y tal vez en estos días puedas meditar mi ofrecimiento.

Sofía lo miró confundida. No entendía la convicción en sus comentarios. ¿Acaso no había quedado claro que ya había rechazado la oferta?

Gérard se puso de pie. Buscó su mochila y salieron a la parte trasera del jardín. Sofía no podía creer lo que veían sus ojos. Un helicóptero los esperaba. El piloto bajó y abrió la puerta para que Sofía subiera. Regresó al lado de Gérard y le entregó el casco en una escena similar a un cambio de guardia.

Sofía pensó que era la primera vez en su vida que estaba a bordo de un helicóptero y que el piloto era el hombre más enigmático que había pisado la Tierra. Estaba segura de su afición por los desafíos, pero este francés, aunque fascinante, era imposible.

Gérard hizo toda la verificación de rutina. Le indicó a Sofía que se pusiera el casco y, cuando lo hizo, el helicóptero levantó vuelo.

El panorama de París desde el aire era indescriptible. Ni siquiera ella podría encontrar todos los adjetivos que necesitaba para ser justa con la escena. Gérard le señalaba las mejores vistas y Sofía suspiraba ante tanta belleza, intentando disfrutar del paisaje. El paseo fue breve y duda, lo más hermoso que había vivido.

Con una hábil maniobra, Gérard aterrizó en el lugar que la torre de control le había asignado. Sofía no podía salir de la ensoñación cuando él le abrió la puerta del copiloto con su mochila al hombro.

—Te acompaño. Todavía no entiendo cómo pudiste recorrer Europa con

todo este peso en la espalda.

Ella no podía emitir ningún sonido. Se escondió detrás de una amplia sonrisa y lo miró sin disimulo. ¿Cómo podía ella, que se jactaba de su fogosidad, alucinar con un hombre que parecía hecho de hielo?

Cuando llegaron a la terminal de *Alitalia*, Gérard se ocupó de entregar el equipaje. Ya llamaban a abordar y Sofía clavó su negra mirada en esos ojos azules que se habían grabado en su corazón. Fiel a su espontaneidad, abrazó a Gérard y lo besó con toda la pasión de la que era capaz. Antes de que él reaccionara, ella ya se había ido. Sofía sabía que esta no era una de sus victorias, pero tampoco dejaría que la despedida tuviera el sabor de la derrota.

En la puerta de embarque se encontró con Laura. Gérard no se había equivocado, tomarían el mismo vuelo. Abrazó a su amiga y cuando Laura levantó la mirada, vio sus ojos celestes enrojecidos por el llanto.

—¿Le diste mi nota? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, se la di.

Entraron en el avión y cada una ocupó su asiento.

—No permitiste que leyera la nota que le dejabas a Marco, pero prometiste que me contarías en persona lo que ha pasado. Todavía no puedo creer que te haya hecho caso. Esta mañana estaba feliz cuando lo vi, y cuando le conté que te habías marchado sentí que le clavaba un puñal en el alma. Después de eso montó un caballo y desapareció de escena en un galope furioso. No estoy segura si con intención de matar al animal o de morir en el intento.

Laura bajó la mirada asumiendo toda la responsabilidad por el dolor de Marco. Le resultaba tan fácil el sentimiento de culpa que enfurecía a Sofía en más de una ocasión.

—El amor no debería hacernos sentir culpables —dijo Sofía—. El amor es todo. Es esa fuerza impetuosa del corazón, que muchas veces nos lleva a hacer locuras. Esas locuras son el condimento que hace la vida más sabrosa y nos ayuda a pasar los momentos amargos.

—Sofi, anoche tuve la mejor noche de mi vida. No la olvidaré nunca. Y tuve el coraje de disfrutarla aunque sabía que era una locura sin futuro.

—Traduciré esas líneas. Anoche tuviste la mejor noche de tu vida. Asesinaste cualquier posibilidad de un futuro feliz, para volver a la celda autoimpuesta de tu vida.

Laura asintió con un gesto.

—Y para continuar con la tragedia, me designaste a mí para darle de beber cicuta a ese futuro. Soy cómplice del crimen.

Sofía se llevó las manos a la cabeza, arrepintiéndose de haber cumplido con las instrucciones de Laura.

—Si alguna vez te encuentras con un genio y te concede un deseo, pide libertad para vivir tu vida y tomar tus decisiones —dijo Sofía mirando con severidad a Laura.

—Fui libre anoche y tomé una decisión muy importante —contestó Laura en su defensa.

—¿Cuál? —preguntó Sofía.

—Sabes que no elegí a mi prometido, pero anoche elegí al hombre que me hizo mujer. Le entregué mi cuerpo y alma. Y volvería a hacerlo.

La respuesta de Laura dejó en jaque a Sofía. Las invadió el silencio.

Laura repetía en su mente las imágenes de Marco amándola. Sofía pensaba en cómo volvería Laura a enfrentar su vida cuando evidentemente ya no era la misma. "Quien saborea la libertad y la disfruta, jamás vuelve a ser feliz sin ella", se dijo.

Cuando llegaron a Milán, Sofía estaba convencida de que Laura no podía regresar esa noche a casa de sus padres. Primero tenía que recuperar la compostura. Por suerte, nadie sabía que habían adelantado su regreso y podrían pasar dos días juntas. Eso ayudaría a Laura a juntar el valor que necesitaba para volver a ver a su padre y sobre todo a Franco, su prometido.

Cuando salieron de la sala de embarque, se sorprendieron al ver que Giuliana las buscaba con la mirada entre la multitud.

A Sofía la embargó un sentimiento de profunda alegría. Su amiga las esperaba para compartir el final del viaje que habían iniciado juntas. Sintió que tenía que agradecer a Dios por las dos hermanas que le había permitido elegir. "Siempre juntas, en las buenas y en las malas. Somos tan diferentes, pero son esas diferencias las que hacen especial nuestra amistad", pensó conmovida.

Corrió los pasos que la separaban de ella y la abrazó con fuerza, como si hubieran pasado años desde el último encuentro. Esto provocó una carcajada de Giuliana, quien devolvió el abrazo entre risas. Laura se unió a ellas cuando ya se le escapaban unas lágrimas de los ojos.

—¿Qué fue lo que pasó? —le preguntó Giuliana.

Eso provocó que el llanto estallara en los ojos de Laura.

—Tenemos mucho que contarte —dijo Sofía.

Una indicación de Giuliana reveló a Tex a unos pasos de distancia.

—Gérard lo llamó y le contó que ustedes estaban llegando en este vuelo.

—¿Le dijo algo más? —preguntó Sofía.

—No, la llamada fue muy breve.

—Tenemos que hablar, Laura no puede volver hoy a su casa —dijo Sofía.

—Vengan a casa. Así estaremos juntas y podremos conversar —propuso Giuliana.

—¿Y tus padres? —preguntó Laura.

—No te preocupes por ellos. Te prometo que no nos delatarán —la tranquilizó Giuliana.

En ese momento Tex se acercaba. Saludó a las recién llegadas y les indicó que Lucca ya estaba esperándolos en la puerta.

Partieron rumbo a la casa de los Bertolini. El portón de rejas negras se abrió al divisar el auto. Al entrar, no pudieron evitar disfrutar del aroma familiar de la comida casera que Paulina se empeñaba en imprimir a su hogar.

Sin estar segura de que Giuliana lograría convencer a sus amigas, ella ya las esperaba. Una vez más adivinaba los movimientos de su hija.

—¿Cómo supiste que vendríamos a cenar?

—"Más sabe el diablo por viejo que por diablo" —fue la respuesta de Paulina, mientras saludaba cariñosamente a Laura y a Sofía.

¡Cómo quería a esas muchachas! Eran sus hijas también. Las conocía desde pequeñas y había sido su aliada en más de una oportunidad.

La cena fue rápida. Las tres estaban desesperadas por hablar de todo lo que había pasado. Paulina, como siempre, las ayudó a escapar del interrogatorio de Lorenzo y se ocupó de separar a los hombres ofreciéndoles una bebida en la sala.

Laura y Sofía subieron con intención de tomar un baño y Giuliana aprovechó el momento en que Lorenzo se levantó para atender una llamada en su estudio. Miró a Tex con picardía y este la siguió al jardín.

—No quería subir sin despedirme —dijo Giuliana con una sonrisa sensual.

Tex la abrazó con fuerza, la hizo girar en el aire y la besó con desesperación. Sus manos recorrían el contorno de su cuerpo y su lengua invadía su boca, hambrienta.

—No estoy seguro de dejarte subir —dijo Tex con una voz ronca llena de

deseo.

Giuliana lo besó y se escapó de sus brazos, aprovechando que Lorenzo regresaba y preguntaba por él.

—Diviértete —dijo Giuliana en tono burlón, mientras Tex regresaba a la sala.

Arriba, Laura y Sofía revivían épocas pasadas. Adoraban a Paulina, que siempre atenta a los detalles, había hecho ubicar dos colchones en la amplia habitación de Giuliana. De adolescentes no soportaban tener que interrumpir sus conversaciones para dormir en cuartos separados. No querían que la intimidad que compartían perdiera la magia y por ello Paulina siempre las acomodaba juntas.

Cuando Giuliana entró en su dormitorio, la escena le provocó nostalgia. "¿Cuántas noches más podremos compartir?", pensó.

—Comiencen ustedes —dijo Giuliana—, lo mío es sólo eso que imaginan.

—¿Una loca pasión? —preguntó Sofía.

—Muy perceptiva —respondió con una sonrisa—. ¿Por qué anticiparon la vuelta? ¿Qué pasó?

—Como no llegamos a la ópera en París, Laura protagonizó algo parecido a una tragedia griega. Mandó a un emisario para que diera de beber cicuta a su amado y así asesinar cualquier posibilidad de un futuro feliz. El emisario actuó de sicario sin saberlo. No conocía las intenciones de su mandante. De todos modos, lo advirtió tarde, cuando la gestión ya se había hecho.

—¡Sofía, no seas tan cruel! —dijo Giuliana, saliendo en defensa de Laura que no podía contener las lágrimas que derramaban sus ojos.

—Perdón por contarlo de una manera tan gráfica, pero es exactamente eso lo que nos trajo de vuelta.

—Laura, ¿eso fue lo que pasó? —preguntó Giuliana.

—Me enamoré de Marco con locura. Y fue esa locura la que me arrojó desnuda a sus brazos para sucumbir llena de gozo a los efectos de su amor.

—Y cuando el acto de osadía se retractó frente a las obligaciones, huyó —dijo Sofía con desilusión en su voz—. Fui yo la encargada de dar el golpe letal, al entregar la nota que explicaba su partida.

—Intentabas llamar la atención de tu padre. Desafiarlo de alguna manera —dijo en tono severo Giuliana—. Pero quien recibió el castigo es el hombre que amas. Lo peor de todo esto es que no ves la profundidad de tu herida. Tu corazón late artificialmente porque si lo dejaras marcar su propio ritmo,

entenderías que agoniza. El amor cuando es profundo no puede ignorarse. ¡Laura! Después de Marco… ¿cómo aceptarás a Franco?

Laura no recibió de ninguna de sus amigas el apoyo que buscaba. Ni siquiera el de Giuliana, que siempre acudía en su defensa. En el fondo de su corazón, sabía que no pelear por Marco era una locura, pero enfrentar a su padre la aterraba. Se sintió cobarde y avergonzada frente a sus amigas.

Pensó en Marco y la angustió saber que podría estar herido. Jamás supuso que la noche que habían pasado juntos podría dejar consecuencias dolorosas en él. Estaba entrenada para pensar que el amor nacía con el tiempo. Es lo que siempre había escuchado de sus padres. Y su mecanismo de autodefensa la obligaba a concentrarse en ese pensamiento para afrontar con toda la dignidad posible un matrimonio impuesto.

Giuliana advirtió su dolor y comenzó un interrogatorio para torturar a Sofía.

—¿Lo conquistaste? ¿Quedó rendido a tus pies, implorando que le dieras tu número? —le preguntó con sarcasmo.

—No exactamente, pero morirá por conseguirlo, por volver a escuchar mi inglés con acento. Es sólo cuestión de tiempo —contestó divertida entendiendo el juego—. Y tú, ¿ya preparas tus maletas para vivir en Londres?

—En realidad, pienso en una estrategia para raptarlo y convertirlo en un fan del Milan —dijo con una sonrisa.

—Lo tuyo sí que es un desafío —dijo Sofía—. Tanto que me atrevo a apostar que Gérard consigue mi número mucho antes.

Entre risas, siguieron las anécdotas de todo el viaje que habían compartido, uno que ninguna de las tres olvidaría.

Laura sentía tanto desasosiego que no pudo disfrutar de la misma manera en que lo hicieron sus amigas. Ellas eran libres. Pensó en su vida, totalmente predecible. Con un marido preocupado por las apariencias, pero no por el amor. Una vida con hijos, que tal vez nacieran para cumplir un destino parecido al suyo, sin más emoción que la admiración de unos pocos menos afortunados. Pero ¿quién menos afortunado que ella, a quien se le negaba el amor? ¿Quién menos afortunado que ella, que no tenía el coraje para tomar las riendas de su propia existencia?

Su corazón se llenó de pena y se hundió en una profunda depresión. Había traicionado al hombre que amaba sin darle la oportunidad de rescatarla de su destino.

Pasó la noche en vela, con el reproche como único compañero. Se rendía antes de comenzar. No podría volver a mirar a sus amigas a los ojos sin sentirse responsable de su propia miseria. Pensar en Marco la atormentaba. ¿Cómo olvidar que en el mundo ya había alguien que la amaba? Había conquistado lo que más deseaba, pero no había tenido el coraje de retenerlo.

Su corazón lleno de pena no soportaba ver la felicidad en el rostro de sus amigas. Se sintió miserable y quiso escapar. Tal vez en un intento por dejar atrás tanto dolor, que se empeñaba en seguirla.

Temprano por la mañana, cuando todavía todos dormían, se colgó su mochila, bajó y le pidió a Guido que llamara un taxi. Volvería a su casa. Necesitaba estar sola.

Lorenzo y Tex habían salido temprano pues Gérard tenía información valiosa sobre la investigación y los llamaría a las oficinas del grupo Venetto.

Paulina estaba desayunando cuando Guido la interrumpió para comentarle que Laura se había marchado muy temprano y que lo había hecho en un taxi. Esto la sorprendió muchísimo. Dio por finalizado su desayuno y subió al dormitorio de Giuliana.

Las había escuchado conversar hasta muy tarde y estaba segura de que las encontraría durmiendo. No se equivocó. A pesar de las quejas, corrió las cortinas dejando que el sol tiñera de luz las paredes verde claro del dormitorio.

—Buenos días —dijo— y ojalá sigan siendo buenos después de que les cuente que Laura huyó de ustedes esta mañana.

—¿De nosotras? —preguntó Sofía sin comprender.

—¿De quién más? —dijo Paulina—. ¿Acaso se despidió de ustedes? Tal vez fueron demasiado duras con ella anoche.

—¡Pero mamá! —se quejó Giuliana—, sólo le dimos una opinión. Eso no justifica que se fuera de esa forma.

Paulina vio la mochila de Sofía despanzurrada en el piso. Se acercó para levantarla y dos vestidos muy vistosos le llamaron la atención.

—¿Puedo verlos? —preguntó.

—Me encantaría tu opinión —contestó Sofía.

Paulina sacó primero el amarillo y lo extendió para ver todos sus detalles. La tela, su caída, el modelo. Buscó la luz del sol para que el color del vestido brillara. Después hizo lo mismo con el verde.

—¿Los dos son tuyos? —preguntó.

—No, uno es mío y el otro de Laura. Los usamos la última noche en París. Son un regalo de Marco, el hombre a quien Laura le partió el corazón. ¿Eran los colores correctos? —preguntó Sofía, mirando con curiosidad a Paulina.

—¿Cuál es el tuyo?

—El amarillo.

—¿Y qué era lo que pretendías lograr al usarlo?

—Quería mostrar toda mi sensualidad para que un francés hecho de hielo se derritiera a mis pies.

Tanta sinceridad hizo reír a Paulina. ¡Estas chicas siempre lograban divertirla!

—Si creías que por estar hecho de hielo se derretiría cuando te convirtieras en un sol usando este vestido, te equivocaste.

El comentario de su madre le robó una carcajada a Giuliana. Se imaginó a Sofía en un acto del colegio, disfrazada de sol y persiguiendo un pedazo de hielo con implacable determinación.

—Sé lo que piensas —dijo Sofía—. Deja de reírte o habrá *vendetta*.

—Estoy segura de que te sientes cómoda con el amarillo —comentó Paulina—. Es un color que refleja energía, alegría e inteligencia y tú tienes todo eso. Pero si vemos este color enmarcado en esa hermosa cabellera negra, la combinación podría entenderse como un reclamo de atención. El amarillo en una mujer provoca inseguridad en el hombre que la acompaña.

—¡Lo espantaste! —dijo riendo Giuliana.

—¡Sí! —gritó Sofía—. Eso fue exactamente lo que pasó.

—Es el vestido de Laura el que me llama la atención —dijo Paulina—. Siento en esta tela y en el brillo particular del verde algo muy especial. Este vestido tiene magia.

—Si la tiene, es magia negra —dijo Sofía—. Los resultados fueron catastróficos.

Paulina sonrió ante la creatividad de Sofía, pero no dejaba de acariciar la gasa y el raso del vestido.

—Mamá —dijo Giuliana—, está matándome el suspenso.

—El color es pura energía y afecta de forma diferente a las personas —dijo Paulina—. Muchas veces produce sensaciones de las que generalmente no somos conscientes. Este verde proporciona armonía emocional y sobre todo seguridad a quien lo lleva. Eso debe haber sentido Laura al usarlo. En su acompañante, este color debe haber despertado los instintos más primitivos.

El verde augura, sobre todo, fertilidad.

Paulina miró a Sofía casi preparada para recibir uno de sus comentarios, pero estaba en trance. De su boca no se escapó ni una sola palabra.

—Mamá, ¿cómo lo haces? —preguntó Giuliana—. Adivinaste lo que pasó.

—Es un don —contestó Paulina—, uno que heredé de mi madre. Quién sabe, tal vez algún día tú lo descubras.

—Juro que nunca más tendré una cita con Gérard sin consultar con tu madre el color de mi vestido —dijo Sofía con absoluta convicción.

Era italiana, y como buena italiana, supersticiosa.

Capítulo 3

Tex era un hombre brillante; sin embargo, jamás alardeaba de sus logros. Era sencillo en su trato con la gente. No importaba si se trataba del portero de la fábrica o del gerente de finanzas, para él todos merecían el mismo respeto.

Estos detalles de su personalidad, unidos a un buen sentido del humor, estaban haciendo que Lorenzo le tomara cariño. Lo llevaba con él a todas partes cuando no estaba con Giuliana. Ya le había presentado a sus amigos y lo había acompañado en varias reuniones.

En más de una oportunidad le pidió opinión sobre algún tema en particular, casi a modo de prueba, y siempre era Lorenzo el que quedaba sorprendido. Las respuestas eran acertadas, siempre creativas. Era un hombre original. Sus observaciones nunca eran convencionales. Tenía visión de futuro y era seguro de sí mismo. Nunca vacilaba cuando daba una respuesta y esta siempre estaba bien argumentada.

Gérard llamó. Atendió Tex desde la oficina de Giuliana, donde se había instalado para hacer algunas llamadas a Londres.

—¡Hola, amigo! ¿Cómo estás? —dijo Tex.

—Yo muy bien, pero temiendo por tu vida. ¿Te ha secuestrado una italiana y todavía te niegas a pedir auxilio? —dijo riendo.

—Si esto es un secuestro lo estoy disfrutando. Estoy en condiciones de decirte que los franceses aprendieron a cocinar en Italia.

—¡Te están drogando! Es peligroso, mejor no hagas comentarios de los que tengas que arrepentirte. De todos modos tu opinión es irrelevante, eres inglés —dijo Gérard con ironía.

—Veremos, pronto podrás verificarlo tú mismo.

—No tengo planeado viajar a Italia. Las italianas son mujeres peligrosas. No las tomes a la ligera. Marco se enamoró como un quinceañero y ahora deberías verlo. Ojalá tengas pensado regresar pronto a Londres. No creo que esté en condiciones de tomar grandes decisiones. Llámalo.

—Lo haré —contestó Tex.

—Me pediste que me ocupara de la protección personal de Giuliana. Mi gente ya está cubriendo sus posiciones. Dos personas encubiertas la seguirán día y noche hasta que se haya cerrado la investigación. ¿Su padre sabe de esto?

—Claro —dijo Tex—, fue algo que decidimos juntos.

—Hablas como si fueras parte de la familia —se burló Gérard.

—Lo seré —contestó Tex con determinación.

Gérard quedó sorprendido y se notó en los segundos de silencio que siguieron.

—Cambiando a un tema más concreto. Tengo un dato interesante. Hay un hombre buscado por Interpol de apellido Bertolini. Su prontuario es largo y los delitos que se destacan son tráfico de personas, drogas, fraude y estafa. Un matón. Aparentemente, tuvo una época de auge donde manejaba una red de burdeles y casas de juego clandestino. Intentó estafar a un pez gordo, se metió con la mafia calabresa y ahora vive en las sombras. Su cabeza tiene precio.

Tex no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Me dices que el apellido es Bertolini? ¿Y tiene en contra a la mafia calabresa? ¿Es quien contrató a las personas que intentaron secuestrar a Giuliana? —Tex sentía que su camisa ya no se le asentaba sobre la piel.

—Quien los contrató fue este Bertolini. Eran unos ilegales sin experiencia; de lo contrario, ya tendrían a Giuliana. Mi hipótesis es que buscaba extorsionar a su hermano Lorenzo ya que necesita dinero para pagar su deuda y los lapidarios intereses que debe para volver al ruedo.

—Gracias —dijo Tex—. ¿Estás seguro de poder garantizar la seguridad de Giuliana?

—Jamás te fallaría. La cuidaré como si se tratara de mi futura hermana. Estamos en contacto. Si hay novedades, te llamo. *Au revoir*.

Tex intentaba asimilar todo lo que había escuchado. No sabía cómo hablaría con Lorenzo. De pronto, todo tenía sentido. Lorenzo conocía la caligrafía de la carta, pues era la letra de su hermano. ¿Lo habría extorsionado antes? ¿Qué relación mantendría con Lorenzo? ¿Tendría Lorenzo algún vínculo con la mafia calabresa?

Las preguntas sin respuestas seguían desfilando por su cabeza, cuando una exquisita mujer entró sonriendo y se sentó en sus rodillas.

Giuliana lograba detener el tiempo con su presencia.

—¿Ocupado?

—Nunca para ti, amor —dijo Tex.

Giuliana se inclinó para susurrarle al oído un *“Mi manchi”*. Y a ese murmullo le siguió un beso. Tex no había entendido el significado de esas palabras, pero el italiano en boca de Giuliana se volvía el idioma más erótico del mundo. Todo su cuerpo reaccionaba a su voz, a sus caricias, a su sensualidad. Envolvió a Giuliana en sus brazos y la besó con posesión, con pasión, embargado de deseo. Ella respondía a sus besos con el mismo ardor y se entregaba a sus caricias, a la exploración que él hacía de su cuerpo. Tex tanteaba con la sensibilidad de un ciego cada curva de la mujer que amaba. Jamás se había sentido tan querido antes. Ella completaba su mundo y lo llenaba de color y frescura.

Siguió besándola hasta que supo que si en ese momento no se detenía, perdería todo el control. Se separó de los labios más dulces que había probado y en un intento por relajar la situación que superaba su resistencia, dijo en un susurro:

—Has olvidado mi cumpleaños.

Los ojos verdes que lo habían enamorado, lo miraron con aflicción.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó.

Tex sonrió prolongando el misterio.

—Podría ser —dijo.

Giuliana entendió que jugaba con ella para recuperarse y ganar tiempo. “Una italiana es siempre lúdica”, pensó.

—Si es tu cumpleaños, tendrás un regalo que no olvidarás jamás —dijo.

—¿Y ese regalo qué tiene de especial? —preguntó Tex curioso.

—Ese regalo representa todo el amor que puede haber entre un hombre y una mujer.

Lejos de estar logrando su objetivo, las palabras de Giuliana hacían temblar su cuerpo. Estaba seguro de que nunca se aburriría con ella.

—Ya tienes el regalo. ¿Cuándo piensas dármelo? —preguntó Tex.

—Tan pronto como confirme tu fecha de nacimiento.

La respuesta le robó a Tex una carcajada que sirvió para relajarlo. Giuliana marcaba en su vida un antes y un después. En un gesto derrotado, como de quien sabe que ha perdido una batalla, Tex sacó su billetera y extendió su licencia de conducir.

Ella la recibió sin estar totalmente segura de su victoria.

—Seis de enero de mil novecientos cuarenta y siete… ¡Se me ha pasado tu cumpleaños por seis meses! —bromeó entre risas—. ¡Pero tú te has demorado veintiocho años en encontrarme! Soy yo la que tiene derecho a reclamar.

Tex sonrió y abrazándola, volvió a besarla.

Durante el almuerzo, Tex comentó que debía regresar a Londres. Había dejado muchas cosas pendientes y lo necesitaban con urgencia. Guliana no pudo evitar que el cambio de humor se advirtiera en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tex.

—Te vas… ¡y te perderás mi cumpleaños!

Tex la miró incrédulo.

—Si no vuelves dentro de diez días, te lo perderás.

—¿Tu cumpleaños es el doce de agosto?

Giuliana asintió.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Tex con una sonrisa que derritió a Giuliana—. Sin embargo, debo irme mañana. No sólo estoy preocupado por mi oficina. Esta mañana hablé con Gérard y me dijo que Marco ha regresado a Londres. Nada bien según sus comentarios.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Giuliana.

—Aparentemente dejó que le rompieran el corazón. Me cuesta creerlo, pero ese es el diagnóstico de Gérard.

—¿Por qué te cuesta creerlo?

—Conozco a Marco desde los doce años. Desde esa época, las mujeres mueren por él y jamás lo vi enamorado. Sus relaciones siempre son breves como si todas lo aburrieran después de unos meses.

—Un rompecorazones —dijo Giuliana.

—Sí, pero parece que el destino tiene sus vueltas. Hoy es él quien sufre por amor.

Giuliana pensaba en Laura. Ella le había roto el corazón al hombre que amaba y había destruido el suyo en el mismo acto.

Capítulo 4

Laura había regresado a su casa, simulando toda la felicidad que podía. Sus padres se alegraron de verla. Le preguntaron por su viaje y ella intentó ser breve en los comentarios y obviar el hecho de haber conocido a Marco.

Cuando terminó su relato, su hermana menor la abrazó emocionada.

—Sólo falta un mes y medio para tu boda. ¡Estoy tan feliz!

Laura sintió un dolor fuerte en el pecho. Se vio invadida por la angustia, la impotencia y la falta de coraje. Se sentía tan mal que sus emociones se trasladaron a su rostro que se puso pálido.

—Sube a descansar —le recomendó su madre—. Esta noche tendremos más tiempo para conversar.

Laura subió las escaleras con urgencia y buscó refugio en su dormitorio. Se acostó en su cama y se tapó con una manta. "Si esta manta tuviera magia… —pensó—, lo único que quisiera es desaparecer. He intentado aceptarlo todo desde que supe de mi inminente matrimonio. Con el viaje quise imaginar una realidad diferente. Huí de Marco porque no soportaba amarlo tanto y me alejé de mis amigas porque sus comentarios se clavaban como dardos en mi corazón. Escapar no está ayudando. Sólo ha empeorado todo. Si no hubiera viajado, nunca hubiera conocido a Marco y hoy podría considerar a Franco como una relación aceptable. Pero después de Marco. Después de él… ¡nada! Su imagen, su voz y su perfume me persiguen como si estuviera condenada a no olvidarlo, condenada por haber traicionado al amor más puro de todos. Su maldición me perseguirá siempre y me robará un pedacito de vida todos los días…"

Laura se hizo un ovillo en la cama y lloró sus penas, su amor, hasta que sintió que esas lágrimas habían barrido su alma de todo sentimiento. Se obligaría a no sentir. Sentir dolía.

Era el primer día de trabajo de Sofía después de sus vacaciones. Entró en la redacción del *Corriere della Sera* como lo había hecho siempre. Se sentó en su escritorio y trató de ponerse al día con las cosas que había dejado pendientes.

Sofía necesitaba trabajar, no por un tema económico pues su sueldo era minúsculo. Necesitaba acción, la divertía estar al tanto de todos los acontecimientos. Soñaba con poder entrevistar algún día a los grandes personajes del mundo y con suerte llegar a la televisión con su propio programa.

"Sueña, sueña que si lo haces con tenacidad los sueños se cumplen" eran las palabras de su Nona. Una mujer extraordinaria que creía que si uno tenía la capacidad de soñar, también la tendría para concretar eso mismo que soñaba.

La volvió a la realidad el grito de su jefe, un hombre machista y frustrado que con cincuenta años nunca había logrado más que atormentar a los empleados que el diario contrataba a prueba.

—¡Sofía! ¿Te has olvidado de mi café? ¿O todavía sigues de vacaciones? —dijo con sarcasmo.

—Estaba por buscarlo —contestó.

Si hubiera tenido algo en su mano en ese momento, su jefe estaría inconsciente. No se hubiera permitido errar el golpe.

Furiosa, salió de la redacción a buscar de mala gana el café, imaginando lo divertido que resultaría derramarlo caliente sobre la camisa del gruñón que lo había pedido, pero tenía la firme convicción de mantener su puesto y no lo hizo.

Esa tarde, toda la redacción se alborotó. Sofía levantó la cabeza intentando averiguar qué estaba pasando y se dio cuenta de que conocía al hombre que, con un traje de impecable corte, paseaba por el piso en dirección a la oficina de su jefe.

—¿Quién es? —preguntó Sofía a Giovanni, su compañero.

—Es el director del diario. Es quien siempre tiene la última palabra en cualquier asunto.

—¿Y por qué tanto alboroto?

—Porque es muy raro verlo por aquí. Son muy pocos los que lo conocen. Y menos los que logran llegar a su oficina en el último piso del edificio.

—¿Estuvo en Francia la semana pasada?

—Sí, fue a un evento deportivo que se hacía en la casa de un magnate de

las comunicaciones. Creo que ese fue el motivo real de su viaje.

—¡Lo conozco! —dijo Sofía con una amplia sonrisa.

—¿A quién conoces, Sofía? —preguntó curioso Giovanni.

—A ese hombre que rotulas como "el magnate de las comunicaciones".

Giovanni quedó mudo.

—Sé que tienes una amiga importante en el mundo de la moda. Pero ¿me estás diciendo que conoces a Gérard Duval?

Sofía asintió.

La sorpresa en la cara de Giovanni era cada vez más evidente.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Sofía negó con la cabeza y se limitó a observar lo que ocurría dentro de la oficina vidriada de su jefe. Todos en el piso hacían lo mismo.

El director nunca tomó asiento. El jefe del sector se quedó de pie los cinco minutos que duró la reunión y cuando quedó solo en la oficina, cayó sobre su sillón como si hubiera recibido el impacto de una bala.

—¿Qué crees que haya pasado? —preguntó Sofía.

—Ojalá lo hayan despedido. Es un parásito —contestó Giovanni.

Media hora más tarde, cuando la jornada laboral estaba por terminar, el jefe se acercó a su escritorio. La miró con indignación y casi en un murmullo, le dijo:

—Mañana tienes que presentarte a primera hora en la oficina del director —dicho esto, se marchó.

—¿Has escuchado lo mismo que yo? —preguntó Sofía con incredulidad a su compañero.

—Definitivamente conoces al francés.

—Yo no he pedido ninguna entrevista —confesó Sofía.

—Nadie que intente hacer periodismo rechazaría la oportunidad de conversar cinco minutos con Mariano Russo —dijo Giovanni con sinceridad.

Sofía salió del edificio rayando la euforia. Estaba absolutamente feliz. No sabía por qué tendría esa entrevista con Mariano Russo, pero sospechar de Gérard resultaba agradable.

Tenía que compartir la novedad con alguien. Pensó en sus amigas. Laura no pasaba un buen momento y le pareció odioso obligarla a alegrarse por ella. Pero Giuliana siempre estaba dispuesta a festejar una buena noticia.

Subió a su auto y manejó directamente a la fábrica. Era temprano, estaba segura de que encontraría a su amiga detrás de un montón de telas de colores.

¡Cómo le gustaba ese lugar! Habían jugado entre esas telas infinidad de veces siendo niñas. Esa fábrica había sido su segundo hogar. Ella se sentía más hija de Paulina que de su propia madre, que sólo se había dedicado a sobrevivir durante su fallido matrimonio y después de él. Por el contrario, Paulina y Giuliana la habían hecho parte de un mundo lleno de alegría y color.

Entró en el taller y saludó cariñosamente a María, una santa aliada de todas sus locuras. Abrió apresuradamente la puerta del estudio de diseño y encontró a Giuliana envolviendo un maniquí con telas de colores, intentando simular un vestido vaporoso.

—¿No piensas darme una mano? —preguntó la joven diseñadora.

Sofía sonrió pues la imagen era de verdad graciosa. Tantas vueltas habían dejado a Giuliana enredada entre sus telas.

—No estoy segura —dijo Sofía—. Tal vez atada escuches con más atención lo que tengo que decirte.

—¡Sofi!

—Está bien, pero empiezo a contarte. Mañana tengo que presentarme a primera hora en la oficina del director del diario.

—¿Del director? ¿Por qué? —preguntó Giuliana.

—¡No sé! De eso me enteraré mañana, pero definitivamente es una buena noticia.

—Entonces te felicito, pero todavía pareces tener la boca llena de cosas que decirme.

—Esta tarde reconocí al director del diario. Lo he saludado en la fiesta de Gérard. Y este hombre de mil caras que huyó de mi vestido amarillo resultó ser un magnate de las comunicaciones. Es por él que mañana tengo esta reunión. ¡Estoy segura!

—Huyó del vestido, no de ti… —dijo llena de felicidad Giuliana mientras abrazaba a su amiga.

—¿Sabes lo que necesito? —preguntó Sofía.

—¿Una copa de vino?

—¡Sí!

—Entonces no perdamos tiempo. Tengo que estar en casa para la cena — dijo Giuliana.

Las dos salieron conversando entre risas y subieron al auto de Sofía.

—¿Tex tiene tu auto?

—Sí, entre otras cosas, también me ha robado el corazón y la razón.

Sofía sonrió.

—Este viaje estuvo lleno de magia, ¿no crees? Fue todo un éxito, independientemente de lo que nos depare el destino, aunque el tuyo pinta bastante claro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando Tex te mira no puedes evitar devolverle la mejor de tus sonrisas. Porque cuando están juntos la complicidad del amor se siente en el aire. *Puro amore*.

—¡Cómo negarlo! —suspiró Giuliana—. A su lado sólo puedo sentirme la mujer más feliz del mundo.

Llegaron al pub de Renzo, un amigo de Sofía. Era un lugar agradable. A esa hora estaba lleno de gente que salía de trabajar y pasaba por un trago y algo para comer. Ellas siempre tenían un lugar reservado en la barra y Renzo se encargaba de atenderlas personalmente. Moría de amor por Giuliana desde hacía tres años cuando Sofía los había presentado por primera vez.

Conversaron sobre la futura entrevista, sobre Gérard y el desafío que representaba para Sofía volver a verlo, tener esa oportunidad. Las horas pasaron rápidamente. Giuliana sabía que tenía que marcharse, pero estaba segura de que Sofía no estaba lista para dar por terminada la noche. Pidió a Renzo el teléfono y llamó a Tex para que la buscara.

Cuando volvió a su lugar, Renzo y dos de sus amigos conversaban animadamente con Sofía. Intentaban tentarla para que los acompañara a una fiesta ese fin de semana. Sofía era una excelente compañía, le resultaba muy fácil ser el centro de atención de todas las reuniones y todos morían por salir con ella.

La conversación era trivial, pero entretenida. Se estaba logrando el objetivo de relajar un poco a Sofía para que la espera de la entrevista no terminara con sus nervios. Cuando Tex se acercó a la barra a espaldas de Giuliana, Renzo, que conversaba con ella, la abrazó inocentemente para animarla a asistir a la fiesta.

La imagen hizo que a Tex le hirviera la sangre. Se acercó con paso firme, retiró el brazo que se apoyaba sobre los hombros de Giuliana, y, apoyando su mano sobre su cintura, la pegó a su cuerpo. Renzo lo miró desafiante, pero los ojos de Tex le respondieron con una firme advertencia.

Sofía vio la escena y con un gesto dio a entender la relación entre Giuliana y Tex. Esto fue suficiente para alejar a Renzo sin más resistencia.

Tex saludó a Sofía y susurró al oído de Giuliana que llegarían tarde a la cena con sus padres. Ella se despidió de todos con un beso sin lograr que Tex soltara su mano.

La escena de celos le provocó una sonrisa tierna a Sofía. Estaba feliz de saber que Tex cuidaba a su amiga con tanta devoción.

Cuando estuvieron afuera, Giuliana se pegó al brazo de Tex con ternura, pero sus pasos hasta el auto fueron en absoluto silencio. Él le abrió la puerta y dio la vuelta para subir del lado del conductor.

—¿Qué pasa? —preguntó dulcemente Giuliana.

—¿Quién era el sujeto que te abrazaba en la barra?

—Renzo. Pero no estaba abrazándome.

—¿Y qué era lo que hacía?

—Se acercó para invitarme a una fiesta el fin de semana.

—¿Irás?

Giuliana, seductora, se acercó y le susurró al oído:

—No, porque no puedes acompañarme.

Esto fue suficiente para que Tex devorara sus labios con un inmenso sentido de posesión. Cada contacto con ella era como un viaje al Paraíso, pero el deseo que despertaba en él le hacía sentir el fuego del infierno en todo el cuerpo.

Durante la tarde Tex se había reunido con Lorenzo para comentarle su conversación con Gérard. La sola mención de su hermano le provocó a Lorenzo un inmenso dolor, uno que a Tex le hubiera gustado evitar. El pesar desdibujó su rostro y se puso de pie. Necesitaba estar solo para procesar la información que había recibido.

—Por favor, necesito que tú y Giuliana nos acompañen esta noche en la cena. Hay mucho que debo contarles. Pero ahora discúlpame… —dijo saliendo de su estudio.

Tex se quedó en esa oficina un rato más. No podía creer cómo había cambiado su vida en tan pocos días. El amor literalmente había caído en sus brazos y sentía a la familia Bertolini como propia. Debía viajar a Londres al día siguiente, y ya empezaba a extrañar a Giuliana. Sentía que los extrañaría a todos. Se había encariñado con ese entorno. Nunca había disfrutado de la vida familiar, pero el destino le ofrecía todo lo que siempre había deseado.

Esa noche, la cena fue breve, pero distendida. Tex les contó que por la mañana regresaría a Londres y Paulina sonrió al ver un gesto infantil en la cara

de su hija.

Lorenzo miraba al joven muchacho con tanto cariño que parecía que ya lo había adoptado como hijo. Nunca antes había sentido simpatía por los amigos de Giuliana que visitaban la casa. Pero este inglés se había ganado su afecto desde el primer día, cuando había devuelto a su hija sana y salva.

Cuando terminaron de cenar, todos se dirigieron a la sala. Paulina se sentó al lado de su esposo y le tomó la mano. Lorenzo no sabía cómo comenzar a hablar. El dolor lo devoraba cada vez que tenía que mirar en su pasado.

—Giuliana —dijo Paulina—, esta noche tu padre intentará contarte una parte de nuestras vidas que no conoces. Hasta ahora nunca te lo habíamos comentado porque a nadie le gusta hablar de los momentos poco gratos. Son los momentos felices los que alegran el alma, aquellos que nos empeñamos en repetir. Pero a veces, el destino te obliga a mirar atrás para incorporar ese trozo de pasado al rompecabezas de tu vida. Hoy a nosotros nos toca hacer eso. Necesitamos que conozcas de una vez toda nuestra historia.

Giuliana miró sorprendida a su madre y luego con curiosidad a su padre.

—La historia es algo larga —dijo Lorenzo—. No soy muy bueno hablando de estas cosas y les pido a ambos la paciencia suficiente para escucharme. Comenzaré por contarte sobre tu abuelo —agregó con una sonrisa triste—, Dante Bertolini. Mi padre pertenecía a una de las familias del círculo íntimo de asesores del rey Vittorio Emanuele. Era originario de Venecia, por lo que conocía en detalle la situación que se vivía en Trieste, una región que fue anexada a Italia en 1920. Mi padre y mi madre se instalaron allí en esa época. Tu madre y yo nacimos entre los Alpes Giulianos y el mar Adriático.

”Mi padre era un hombre culto, preparado en ciencias políticas y de carácter diplomático. Por estas cualidades, y ante la necesidad de un plan que garantizara la “italianización” de la región, se lo designó para llevar a cabo esa misión. Cuando llegó a Trieste conoció a Francesco Giunta, secretario del partido fascista. Se hicieron grandes amigos, juntos eran una combinación perfecta. Se juntaban el carisma político de Francesco con la aguda inteligencia y la implacable capacidad de planificación que tenía mi padre. Ambos organizaron el movimiento fascista liderado por Mussolini y así lograron la hegemonía política de la región.

”Los aportes de la dupla que formaban Francesco y mi padre al movimiento los hacían depositarios de muchos favores concedidos por Mussolini ante la efectividad de sus planes. Mi padre invirtió y compró una

empresa naviera con base en el puerto de Trieste, pues su intención era incrementar el comercio con Asia. Conociendo la experiencia de la guerra, depositaba grandes cantidades de dinero en Suiza para protegerse de cualquier situación adversa. Para él todo plan debía tener una vía de escape por si las cosas no resultaban.

”Todos en mi familia eran católicos practicantes. Para mi padre la identidad nacional de los italianos, tan fuertemente arraigada en las tradiciones católicas, constituía una base sólida para alcanzar la unidad política. Estaba convencido de que sería motivo de orgullo nacional para los italianos que el centro de la catolicidad se encontrara en Roma. Fue por esto que propuso a Mussolini que fuera su gobierno el encargado de favorecer a la Iglesia Católica con el Estado independiente y soberano que reclamaba.

”Mi madre, que al principio se había opuesto a la intervención de mi padre en el movimiento fascista, cambió de opinión después de este suceso.

”Otra de las preocupaciones de mi padre era la necesidad de aumentar la población italiana. Así, logró que el gobierno estimulara la natalidad concediendo primas a las familias numerosas. Se prohibió la inmigración y se hizo propaganda para obtener el regreso de emigrantes.

”Tuve dos hermanos, Augusto y Enzo. Yo nací en 1926, cuando mis hermanos tenían ya cinco y tres años.

Giuliana se sorprendió. Nunca había escuchado nada sobre los hermanos de su padre.

—Para esa época—continuó Lorenzo—, mi padre, que siempre había sabido rodearse de gente influyente, había logrado convertirse en parte de la elite de la sociedad del norte de Italia y en asesor del alto mando del gobierno. Siempre estaba informado y hacía una excelente lectura de esa información. Eso le permitía moverse con muchísima diplomacia, manteniéndose siempre en la cúspide del poder a pesar de que corrían épocas convulsionadas.

”La delicada situación internacional preocupaba al gobierno que controlaba la prensa, las editoriales y la producción cinematográfica. Se prohibieron las obras consideradas antifascistas y las de autores judíos y rusos.

”La promulgación de las leyes raciales contra los judíos fue un duro golpe para la comunidad judía de la ciudad, la tercera más grande de Italia. Los judíos italianos, considerados ciudadanos de segunda clase, fueron excluidos

de la enseñanza, de las asociaciones, del ejército y de la administración. Para los judíos extranjeros, las disposiciones fueron todavía más restrictivas.

”Mi padre, ferviente defensor de la vía diplomática, no compartía estas disposiciones. Intentaba convencerse de que constituían medidas provisorias tendientes a mantener la hegemonía del régimen fascista. Consideraba que una guerra no favorecería al país, que no estaba preparado ni militar ni económicamente para llevar adelante semejante empresa. Sostuvo que una guerra, independientemente del resultado, sería perjudicial para el régimen italiano. En su apasionado discurso advirtió que una victoria alemana convertiría a Italia en un estado títere de Hitler, quien acabaría con el sistema fascista.

”Entre abril y mayo de 1940, Mussolini creyó que Alemania saldría victoriosa, y en contra de la opinión de sus asesores, declaró la guerra a Francia e Inglaterra. En esa época, mi hermano mayor, Augusto, fue obligado a integrar la infantería italiana y murió poco tiempo después.

”Mi padre se sintió traicionado por el partido por el que había luchado toda su vida. Sentía que traicionaba a sus compatriotas, que quedaban expuestos a las políticas nazis. De hecho, en 1943 la ciudad fue ocupada por sus tropas.

”El único campo de concentración con crematorio fue construido en las afueras de Trieste, en el Risiera di San Sabba, donde miles de judíos y fascistas italianos murieron.

”Mi padre sabía que había sido reconocido como un importante colaborador fascista contrario a los criterios nazis. Su captura y reclusión eran inminentes.

”En ese momento Enzo tenía 20 años y yo 17. Mi padre usó toda su influencia para lograr que mi hermano escapara de Italia y llegara a Suiza con toda la información que necesitaba para acceder a la fortuna que había acumulado allí. Enzo juró que una vez que se hiciera con el dinero pagaría el precio que fuera necesario para sacarme de Italia y llevarme a Suiza con él, donde podríamos continuar con nuestras vidas de manera tranquila.

”Nunca olvidaré la noche de su partida, ni la manera en que mis padres se despidieron de él. Ambos sabían que jamás volverían a verlo.

”Ese mismo día caminé varios kilómetros hasta divisar el campo de concentración nazi. Se decían tantas cosas de ese lugar que la curiosidad me obligó a acercarme. Vi con mis propios ojos la perversidad de la que es capaz

el ser humano. Vi hombres que separaban a las madres de sus hijos. Vi castigos brutales impuestos a aquellos que intentaban mantener unida a su familia. Vi el abuso y la violación de todos los derechos naturales.

”Cuando caminaba de regreso, me temblaban las piernas y no podía evitar el llanto. Sabía que jamás olvidaría esas imágenes mientras tuviera vida. Renegué de Dios, no entendía cómo podía permitir que esas cosas pasaran. La raza humana se había degenerado de una manera perversa. Las batallas ya no se peleaban entre hombres con códigos de honor. Se trataba de asesinos que no respetaban ni a las almas más inocentes.

La voz de Lorenzo temblaba mientras recordaba su pasado, pero las manos de Paulina firmes sobre las suyas le daban fuerzas para continuar.

Giuliana se esforzaba por retener las lágrimas.

—Dos noches después —continuó Lorenzo—, los nazis entraron en mi casa y capturaron a mis padres. Yo no estaba ahí, y por eso me salvé del mismo destino, pero no pude despedirme de ellos. Nunca más volví a verlos.

”La casa fue saqueada y después incendiada. Nada pude rescatar. Sólo quedaron grabados en mi mente los recuerdos de los tiempos felices y la desgarradora maldad del hombre con los de su misma especie.

”Huí de allí en pleno invierno sólo con lo puesto y me oculté durante unos días en los Alpes Giulianos. Con 17 años sentía que la vida no tenía ningún sentido. La impotencia de haber perdido a mis padres de una manera tan injusta, significó que perdiera la fe y que mi alma se llenara de desesperanza.

”Una tarde gris, el miedo me había paralizado. El frío hacía temblar todo mi cuerpo. La soledad se sentía inmensa, pero mi corazón se empeñaba en seguir latiendo. Yo sólo quería morir. Había visto tanto dolor, tanta muerte, tanto hambre.... Me habían arrebatado la ilusión. Estaba seguro de no querer sobrevivir una noche más.

”De pronto, sentí que alguien me sacudía insistentemente, intentando sacarme de mi inconsciencia. Me pesaban los párpados, pero la voz que escuchaba era tan dulce que usé todas mis fuerzas para poder levantarlos. Cuando mis ojos se encontraron con una mirada dulce y serena, pensé que estaba muerto.

”Sus palabras fueron una orden. ‘No te rindas, no te rindas’. Con mucho esfuerzo logró que me sentara y se sentó a mi lado. ‘No me dejes sola’, me pidió. ‘Juntos podemos lograrlo. Por favor, acompáñame a casa’.

”Me paré con su ayuda. Casi no podía mover los músculos de mi cuerpo.

El esfuerzo que ella hacía para que yo avanzara paso a paso era inmenso. Nos llevó todo el día llegar a una habitación de madera escondida en la montaña y camuflada por el paisaje.

”Al entrar, me desmayé y caí al piso. Desperté a la mañana siguiente. Estaba seco y tapado con una manta. Estudié la cabaña. Vi mi ropa junto a un pequeño fuego y un colchón donde dos mujeres dormían.

”Desde un principio me enamoré. Ella era hermosa y, definitivamente, la mujer más valiente que hubiera conocido. La otra mujer era tu abuela, a quien quise como a una madre.

”Así fue nuestra historia. En los cuentos es el príncipe quien rescata a la dama; sin embargo, yo fui rescatado por ella, que tenía la fuerza y la voluntad para que ambos sobreviviéramos y así lo hicimos.

”Tu madre, tu abuela y yo vivimos en esa cabaña hasta que la guerra terminó. Tu abuela murió ese mismo año de tuberculosis. El frío había minado su salud.

”Nunca volví a ver a mi hermano. No sabía si había logrado sobrevivir. En el fondo de mi corazón esperaba que estuviera buscándome.

”Tu madre y yo quedamos solos en el mundo, pero juntos jamás sentimos soledad. Éramos dos almas gemelas que la guerra había unido. Nadie podía arrebatarnos el amor que sentíamos.

”Después de la guerra, Italia era un caos. Una nación que tenía que volver a construirse. Nosotros no teníamos documentos y nos llevó dos años conseguirlos. En 1947 nos casamos en Trieste, nuestro pueblo natal. Y ese mismo día, sólo con una pequeña maleta y con lo poco que habíamos podido ahorrar vendiendo lo que había heredado tu madre, tomamos un tren que nos trajo a Milán.

—Ahí comienza la historia casi como la conoces —continuó Paulina, mirando a su hija—. Yo estaba locamente enamorada de un hombre brillante y temperamental que decidió dejar atrás su pasado y comenzar una nueva vida. Con el sí que dimos en la catedral de San Giusto comenzó nuestra gran aventura.

—Recuerdo que cuando llegaron a Milán trabajaste como costurera —dijo Giuliana.

—Al llegar conseguimos un cuarto para los dos en una pensión —dijo Lorenzo—. Eso era un lujo que sólo podíamos sostener por una semana, pero la heroína de mi cuento de hadas desarmó un lujoso vestido de tu abuela y usó

esa tela para coser un vestido que la dueña de la pensión no pudo resistir. Estaba encantada con el vestido y eso me dio a mí un par de días para conseguir trabajo.

”Conocí en ese tiempo a Giuseppe Conti. Era un hombre viudo que había perdido a sus dos hijos en la guerra. Lo encontré en la puerta de una pequeña tienda de telas. Mi llegada fue muy oportuna porque Giuseppe ya casi no tenía fuerzas para alzar y mostrar los pesados rollos de tela. Me ofrecí a ayudarlo y aceptó.

”Mi trabajo al principio consistía en limpiar el pequeño depósito y acomodar los rollos. Con el tiempo me gané la confianza de mi jefe y comencé a atender a las clientas y a mostrarles todas las telas que me pedían. Ninguna dejaba la tienda sin que les recomendara a la mejor costurera de Milán. Al principio la curiosidad llevó a algunas de ellas a visitar a tu madre. Una vez que les cosía una prenda, siempre volvían y así, en poco tiempo, fue conocida por todas las damas de Milán. Cualquiera que necesitara un atuendo especial buscaba a tu madre.

”Ella me enseñó las distintas cualidades de las telas. Ella sabía cuáles eran las más finas, las más resistentes, las más suaves.

”Todas las noches la veía trabajar y diseñar diferentes trajes o vestidos. Así aprendí y entendí cuáles eran las telas más buscadas, cómo debían combinarse los colores y lo mejor de todo, aprendí cuánto estaban dispuestas a pagar estas señoras según la ocasión para la que se vestían.

”En esa pensión, que es hoy el corazón de nuestra fábrica, nació el Grupo Venetto, que unió la genialidad de tu madre a mi habilidad para los negocios.

Giuliana sentía muchísimo orgullo por lo que sus padres habían logrado. Los amaba tanto que se levantó y los abrazó mientras lágrimas de emoción inundaban sus ojos.

Lorenzo miró con algo de vergüenza a Tex por ese exceso de sentimentalismo, pero Tex le devolvió una mirada cariñosa. La historia que acababa de escuchar era conmovedora.

—No hemos abierto la puerta de nuestro pasado sólo para que supieran que nuestra aventura fue exitosa. Es la otra hoja la que quiero explicarles, pero para eso tenía que ponerlos en contexto —dijo Lorenzo.

Giuliana lo miró extrañada.

—Cuando tuvimos suficientes recursos para contratar un investigador, encargué que buscaran a mi hermano Enzo. Era el único familiar que tenía y

que podía estar vivo. Durante años soporté la incertidumbre de no saber de él, hasta que un día llegó el informe.

Lorenzo hizo una pausa. Los sentimientos encontrados lo atormentaban y su boca se negaba a articular palabra. Tomó un trago de whisky buscando el ánimo que necesitaba para continuar.

—Mi hermano estaba vivo. Había llegado a Suiza gracias al plan ideado por mi padre. Había retirado del banco una fortuna, pero nunca hizo ni el menor intento por buscarme. Le resultó más cómodo pensar que yo había muerto como el resto de la familia. Perdió la mayor parte de ese dinero en alcohol, juego y mujeres mientras yo pasaba hambre y frío intentando sobrevivir a la crueldad de la guerra.

”Cuando entendió que el dinero se agotaba abrió casas de juego clandestino y burdeles. De todos modos, la vida desordenada que llevaba le hizo perder todo lo que tenía.

”Cuando se enteró de mi supervivencia y nuestro éxito, intentó comunicarse conmigo una vez para pedirme dinero. No lo atendí. Para mí, mi hermano había muerto el día en que dejó Italia.

”Enzo solucionó su problema económico incorporando un rubro mucho más rentable a sus negocios clandestinos. Entró en el mundo de la droga de la mano de la mafia calabresa. Yo pensé que no volvería a aparecer en mi vida, pero en contra de mis predicciones, volvió intentando tomar por la fuerza lo que yo le había negado. Dinero. Pero esta vez, supo que la única forma que tenía de conseguirlo sería mediante la extorsión. Es por esto que intentó secuestrar a su propia sobrina. ¡Es un hombre sin escrúpulos, un parásito! —dijo Lorenzo con repulsión.

A Giuliana la había invadido el pánico. ¡Ese hombre aterrador era el hermano de su padre e intentaba secuestrarla!

Tex, que advirtió su cambio de ánimo, la abrazó y le dijo:

—No tienes nada que temer. Tu padre y yo nos hemos ocupado de tu seguridad. Nadie podrá acercarse de nuevo a ti. Tienes mi palabra.

Giuliana lo besó sin timidez frente a sus padres. Amaba a ese hombre y nada impediría que lo demostrara. Al beso siguieron las lágrimas y la conmoción por toda la historia revelada.

Lorenzo, mirando a Paulina, explicó que Tex y su amigo Gérard habían averiguado todo mucho antes que la policía italiana.

Paulina miró a Tex con esa sonrisa maternal que lo conmovía. Lo abrazó

agradeciéndole su preocupación por Giuliana y se retiró a descansar acompañada por su marido.

Tex y Giuliana permanecieron en la sala.

—Amor, no tienes nada de qué preocuparte. Sólo faltan diez días para tu cumpleaños y sabes que no me lo perdería. Estarás ocupada con tus diseños y obviamente eso te impedirá esa salida a la fiesta de Renzo —dijo Tex con ironía.

Giuliana sonrió ante el comentario.

—Tal vez —contestó—. Me alejaré de todo si quieres, pero llámame o moriré de pena.

Se besaron, se exploraron como quien lee un mapa memorizándolo para no perderse en el viaje. Con cada caricia temblaban. Eso no era sólo química, era la combinación perfecta de todo. Amor, pasión, atracción, complicidad. Tex cerró los ojos y en ese acto, se entregó a los besos y a las caricias más dulces que hubiera recibido.

Se despidieron. Tex saldría en unas horas y no quiso que Giuliana lo acompañara al aeropuerto. Ella, extasiada por sus caricias, aceptó.

Ya en su habitación, esa misma noche, Paulina miró a su marido que leía unos papeles con mucha atención.

—Lorenzo Bertolini, hay algo que no me has contado, ¿verdad?

—¿Qué cosa?

—Has hablado de lo más íntimo de tu vida. Manifestaste todos tus sentimientos y contaste tu pasado en detalle delante de Tex. Cosas que ni siquiera Giuliana conocía. Diría que quieres a este muchacho como a un hijo. Pero estoy segura de que para atreverte a demostrarlo, primero has leído todo lo que mandaste a averiguar sobre él, ¿verdad?

Lorenzo se puso de pie y abrazó a Paulina con una sonrisa dibujada en sus labios.

—Claro, mujer, como siempre tienes razón. Pero confieso que este muchacho se ganó mi afecto antes de que revisara su informe. Es extraordinario. Quedó huérfano a los doce años. Sus padres le dejaron un fideicomiso que administraba una tía anciana que murió cuando Tex todavía estaba en la universidad. Ya mayor de edad, asumió la administración de esos

recursos que no eran gran cosa y hoy ha multiplicado muchas veces su valor. Tiene un nombre de gran prestigio en el mundo de las finanzas y las inversiones. Sé que su avión privado está en el aeropuerto de Milán esperando para llevarlo a Londres. Pero lo que más me gusta es que jamás mencionó nada de esto, ni siquiera a Giuliana. Es un hombre sabio que entiende que la vida le dio el privilegio de encontrar el amor en una mujer que está deslumbrada sólo por él y no por su patrimonio.

—Es un hombre sencillo y noble —continuó Paulina—. Y estoy feliz con esa relación. Deseo que llegue a ser parte de esta familia.

—Lo será —dijo orgulloso Lorenzo—. Lo será.

Capítulo 5

Enzo era un hombre de estatura mediana con exceso de peso. El alcohol era su debilidad. Vivía en un mundo paralelo, clandestino. Siempre oculto y preocupado por su seguridad. Se rodeaba de matones con los que compartía el botín de las operaciones que ideaba y su base se encontraba en un burdel barato en un barrio pobre de Londres. La trata ilegal de mujeres era lo más rentable después de la venta de drogas, a la que sin duda quería regresar.

Esa mañana se encontraba particularmente furioso. Golpeaba con los puños su escritorio pues había fallado dos veces en su intento por secuestrar a su sobrina y siempre el mismo hombre había sido el encargado de frustrar sus planes.

Hasta ese momento su identidad era una incógnita, pero acababa de recibir una foto. Se trataba de Tex Cooper, una importante figura londinense, un genio de las finanzas. Era un joven que había conseguido una fortuna. No sólo eso, además manejaba las inversiones de varios de los hombres más ricos de Europa.

Necesitaba averiguar qué relación tenía con su sobrina. Hasta ese momento jamás se los había visto juntos, pero si tenía intenciones de formar parte de la familia, el secuestro de Giuliana se volvía más interesante. Podría pedir por ella mucho más de lo que había pensado.

Mandó seguir a su sobrina y también a Cooper. Planearía mejor sus movimientos. No tenía intenciones de volver a fallar.

A la misma hora y sin sospechar lo que le depararía el destino, Tex llegaba a Londres. Sentía que la mitad de su corazón se había quedado en Milán. Estaba seguro de que necesitaba a esa mujer para vivir.

James, su chofer y mayordomo, lo esperaba en el aeropuerto para llevarlo a su lujoso piso frente a Hyde Park. En el camino lo puso al día de todos los acontecimientos que habían tenido lugar desde su espontánea partida. De todos los comentarios, sólo uno sacó a Tex de sus pensamientos. Se trataba de

Marco.

—Hace dos noches lo busqué de un bar. Alguien llamó y dijo que cerrarían y que no estaba en condiciones de marcharse solo —dijo James, mientras miraba por el espejo retrovisor la cara de sorpresa de Tex.

—Marco nunca ha bebido al punto de perder la conciencia —dijo Tex preocupado—. ¿Ha pasado algo más?

—Desde que volvió de París no es el mismo.

—¿Por qué lo dices?

—Llega a trabajar cerca de mediodía, cuando se recupera de la resaca. Y sólo sale a beber. Incluso ha llevado a su departamento tantas mujeres en estos días que he perdido la cuenta.

Tex permaneció el resto del viaje en silencio mientras mentalmente reorganizaba su agenda. Su secretaria tendría que esperar más de lo previsto. Su prioridad en Londres era averiguar qué estaba pasando con su amigo.

Llegó al edificio y subió directamente al departamento de Marco, dos pisos más abajo que el suyo. Tocó la puerta esperando que por lo menos Marta, el ama de llaves, abriera. Ella trabajaba con Marco desde que él se había instalado solo en Londres. Era de Puerto Rico y los unía el idioma, ya que entre ellos hablaban español. Marta era una mujer bonita y simpática de unos 26 años. Aprovechaba ese empleo para pagar sus estudios y había conquistado el paladar del joven argentino con sus exquisitas comidas.

Marta abrió.

—Hola, ¿me explicas qué está pasando? —preguntó Tex.

—¡Qué suerte que estás de vuelta! No tengo idea de lo que sucede, pero definitivamente no es algo bueno.

—¿Dónde está Marco?

—Duerme y no está solo.

Tex entró en el departamento.

—¿Me convidas un café? —le preguntó.

—Encantada.

Tex se sentó a esperar en la sala sin entender lo que estaba pasando con su amigo.

Marta llegó con un café delicioso y sus clásicos muffins que eran realmente una tentación.

—¿Desde cuándo tiene este comportamiento? —preguntó Tex con seriedad.

—Desde que regresó de París.

—¿Y te dijo algo?

—Ni una sola palabra. Ya no habla, sólo gruñe. No sé si está deprimido o furioso.

—¿Y es verdad lo de las borracheras y las mujeres?

—Sí, todas las noches vuelve ebrio y con una mujer nueva del brazo.

Marta se ruborizó y confesó que después del viaje un papel arrugado que se empeñaba en permanecer sobre la mesa de noche de Marco había llamado su atención. Debería haber terminado en la basura, pero su curiosidad pudo más, y después de leerlo supo que era mejor conservarlo. Estaba segura de que alguien le había roto el corazón a Marco y él pretendía ahogarlo en un vaso de whisky.

—¿Marco con el corazón roto? —dijo con sarcasmo Tex—. ¿Acaso estamos hablando del mismo? ¿De ese que duerme en este momento con la señorita número…? ¿Llevas la cuenta?

—Siempre hay una primera vez para sufrir por amor.

—¿Qué dice la nota? —preguntó Tex.

Marta fue hasta su cuarto, buscó la nota y se la alcanzó para que la leyera.

—Aquí la tienes. Esta debe ser la razón de su pena —le dijo.

Tex tomó la nota y leyó:

"Siempre serás para mí la persona perfecta que conocí en el momento equivocado. Gracias por esta noche. Nunca la olvidaré. Perdona mi cobardía y por favor no me busques. Laura".

Sus ojos incrédulos releyeron las palabras escritas con rapidez y su mente empezó a comprender lo sucedido. ¡Laura y Marco! Ahora podía relacionar las lágrimas de Laura en Milán con su contraparte, las borracheras de Marco en Londres.

—Buen diagnóstico —dijo mirando a Marta.

—¿Ves? Esa mujer le partió el corazón.

—Puede ser —dijo Tex—, lo llamativo es que el daño fue mutuo.

Marta miró a Tex extrañada.

—¿La conoces?

—Sí, y es una hermosa razón para perder la cordura.

Tex decidió volver a su departamento. Entró en su vestidor decidido a cambiarse después de un baño. Tomó uno de sus trajes y no pudo evitar la duda. Antes cualquier traje hubiera estado bien. Su única decisión podía

variar entre un azul o un gris, pero ahora pensaba en la opinión de Giuliana. ¿Qué pensaría ella de sus trajes? Sabía que eran de excelente calidad, pero ¿sería ese el corte que ella elegiría? ¿Qué corbata combinaría con su traje favorito? ¿Qué pensaría de todo su guardarropa?

La necesitaba, sólo en unos días su opinión era lo que más le importaba. Quería gustarle, tal vez tanto como ella a él. Ninguna mujer había logrado atraerlo de esa manera. Giuliana era como un imán, algo que no podía ni quería resistir.

Se vistió y James lo llevó a su oficina. Estaba seguro de que unas horas más tarde Marco llegaría advertido por Marta de su llegada. Esa noche, él invitaría las copas.

Ya en su oficina, Eleanor lo esperaba con todos los asuntos pendientes. Tenía que admitir que esa mujer era imprescindible. Fue su primera y única empleada cuando, apenas con unos pesos y recién egresados de Oxford, Marco y él comenzaron con lo que se convertiría en una famosa agencia de bolsa. Eleanor no conseguía trabajo por no contar con educación universitaria, pero se atrevió a recibir un salario básico y a compartir con ellos el riesgo del negocio. Y Argenta Investments resultó todo un éxito.

—¡Buenos días! —dijo Eleanor—. Tenemos muchísimo trabajo, pero apostaría a que esa escapada repentina ha valido la pena para ti.

Tex asintió con una sonrisa.

—Lamento contarte que tu compañero de aventuras no ha corrido la misma suerte. Me lo han devuelto en pedazos. Y no he logrado sacarle ni una palabra. Nunca me hubiera imaginado lo silencioso que podía ser.

—¿Acaso es tan grave? —preguntó Tex divertido, levantando la vista de unos papeles.

—Sí, esta vez es grave. Y lo digo en serio.

Tex todavía no había visto a Marco, pero comenzaba a preocuparse. Eleanor y Marta lo conocían muy bien y ambas tenían la misma opinión.

—¿Cómo se llama? —preguntó Eleanor con picardía.

—¿De quién hablas? —dijo Tex distraído ya que dedicaba toda su concentración a los documentos que había comenzado a firmar.

—De esa mujer que valió una escapada.

Tex levantó la vista y mirando a Eleanor con toda seriedad le advirtió:

—Esa mujer no vale una escapada. Vale una vida.

Eleanor no podía creer lo que acababa de escuchar. Sentía un inmenso

cariño por Tex a quien bien podría considerar un hijo. Nunca pensó que ese muchacho tan serio y responsable pudiera encontrar un amor tan profundo sólo en unos días.

La idea de que alguien lo lastimara como había pasado con Marco la aterraba. Pero entrometerse en la vida de Tex era imposible. A diferencia de Marco, Tex era reservado. Jamás hablaba de sus sentimientos y ella nunca había conocido a una mujer que pudiera considerarse algo más que una amiga con algún privilegio.

No volvieron a tocar el tema y trabajaron hasta la tarde sin más interrupción que un ligero almuerzo en la oficina.

En el momento en que Tex tomaba el teléfono para llamar a Marco, este apareció en su oficina.

—¡Hola! Pasé a verte esta mañana, pero no quise interrumpir tu sueño —ironizó Tex.

—Fue una noche larga —contestó Marco—. ¿Qué tal Milán?

—Mucho más atractivo de lo que pensaba. ¿Qué planes tienes para esta noche? —preguntó Tex.

—¿Unas copas y una cena?

—En eso pensaba. Creo que tenemos bastante para conversar.

—Déjame hacer unas llamadas y paso por ti en una hora —dijo Marco y se encerró en su oficina.

Libres de responsabilidades luego de una larga jornada, ocuparon el Jaguar negro de Marco. Luego de unas vueltas de rutina, llegaron a *The Black Rose*. Ese era el lugar que generalmente elegían para tener una buena conversación, acompañada de una cena deliciosa y excelentes tragos. Era un restaurante exclusivo, ubicado en Piccadilly.

Después de un whisky, con Marco más distendido y relajado, Tex se propuso averiguar qué era lo que había pasado en París.

Marco tomó otro trago de whisky, juntando el valor para revelar a su amigo su verdadera pena.

—No estoy enojado.

—¿Y entonces? —dijo Tex mirándolo como si intentara descifrar un enigma.

—Me duele una mujer en todo el cuerpo.

La voz de Marco sonó tan sincera que Tex sintió en carne propia su dolor. “Amar es peligroso, uno puede salir victorioso o muy herido en el intento”,

pensó.

—¿Laura? —se aventuró a decir.

Marco asintió y volvió a esconderse detrás de su trago. Necesitaba el efecto adormecedor que provocaba esa bebida para seguir hablando.

—¿Qué pasó? No entiendo —dijo Tex—. Yo estaba con Giuliana en el aeropuerto de Milán cuando ellas volvían de París y Laura lloraba como si la hubieran condenado a muerte. Pensé que tú habías roto otro corazón.

Marco lo miró con sorpresa.

—No fue lo que pasó. A veces en la vida te toca ser el cuchillo y otras la herida. Me enamoré de ella como nunca me enamoré de una mujer. Fui su primera vez y la amé mucho más por eso. Esa noche fue distinta de todas.

Marco hizo una pausa y sus ojos negros se llenaron de furia. Volvió a mirar a Tex y continuó:

—Pero por la mañana descubrí que todo no era más que una ilusión que se desvanecía. Ella huyó como si escapara de la escena de un crimen.

—Y tú dejaste que escapara sin exigirle ninguna explicación.

—Sí, porque me pidió en una nota que no la buscara. ¿Pretendes que salga corriendo detrás de ella? ¿De una mujer cobarde? ¡Nunca!

Tex sintió el dolor de Marco detrás de esas palabras llenas de desesperanza.

—¿El odio que sientes por ella te obliga a emborracharte todas las noches y a llenar de mujeres tu cama? ¿Qué logras? Ya deberías saber que una mujer no borra a otra y que el alcohol implica sólo una pausa que hace más lenta la recuperación. Estoy seguro de que la cura no está en mujeres de una noche ni en ese vaso de whisky. Lo único que podría hacer esto más fácil es saber por qué huye. Aquí nos falta una pieza. Laura parece demasiado inocente como para haber planeado algo así. No son muchas las mujeres que se te han escapado.

Marco se llevó las manos a la cabeza y con una voz atormentada confesó:

—Nada logra arrancarla de mi piel, no dejo de sentir su perfume, de escuchar su voz. No puedo sacarla de mi cabeza. La veo y la siento en cada mujer. Creo que estoy volviéndome loco. ¿Cómo termino con esto que siento y que está matándome?

Tex pensó en Giuliana y supo que a él nada lo curaría si ella lo rechazaba.

El silencio se hizo largo.

Tex deseaba hablar con Marco de los planes que tenía con Giuliana, pero

supo que no podía derrochar felicidad frente al dolor de su mejor amigo. Marco era su hermano. Se esforzó por lograr un clima distendido en la conversación, hablando de sus negocios y de un loco plan ideado por Marco para iniciar junto a Gérard un programa de cría y entrenamiento de caballos de polo.

Disfrutaron el resto de la noche como en los tiempos de la universidad, llenando los silencios con anécdotas y borrando las preocupaciones con comentarios cómicos de sus propias penas.

Al regresar a su departamento, Tex sintió deseos de llamar a Giuliana, pues no lo había hecho en todo el día, pero era tarde, y más aún en Milán.

Se recostó en su cama sin poder conciliar el sueño. La conversación con Marco le había generado dudas. ¿Qué era exactamente lo que él sentía por Giuliana? ¿Era amor o sólo un enamoramiento que podía diluirse con el tiempo?

¿Y ella? ¿Se olvidaría de él si no llamaba?

No lo atraía la idea de sentir tanta dependencia por alguien y después terminar herido. No le gustaba exponerse y sin embargo esta vez su escudo no había sido suficiente protección.

¿Podría ignorar sus ojos verdes o la dulzura de sus labios por unos días? Se propuso intentarlo con el afán de asegurarse no sólo de lo que él sentía, sino también de lo que Giuliana sentía por él. En el fondo de su ser, quiso darle a Giuliana la oportunidad de extrañarlo y desearlo como él lo hacía.

Esa noche no pudo dormir. No tenía idea del resultado que tendría su silencio. Inquieto, planificó su agenda llenándola de actividades, de manera de no tener tiempo para pensar en ella.

Capítulo 6

Sofía salió de la redacción del diario sin poder ocultar su sonrisa. Todo había resultado mucho mejor de lo que soñaba. Y ella soñaba siempre en grande.

Hacía unos días que ocupaba una oficina cerca del director. La entrevista con él había sido todo un éxito. En realidad, ella tenía el cargo asegurado antes de entrar, pero su encanto logró convencer a Mariano Russo de que su ascenso podría no ser el acto suicida que él pensaba.

Esa tarde, Mariano le había pedido que preparara una propuesta sobre sus objetivos a cumplir en el diario. Esto significaba que tenía que plantearse su propio plan de trabajo. Mariano necesitaba que ella definiera su perfil. Ya habían hablado de instruir a Sofía para que se concentrara en reportajes y entrevistas con personalidades, pero eso era demasiado vasto. Debía definir en qué rubro se concentraría para así obtener la capacitación que necesitaba.

La belleza de Sofía, su carácter jovial y su lenguaje atrevido hacían pensar que se inclinaría por lo que más conocía, el mundo de la moda y el jet set europeo. Pero nada de eso estaba en sus planes. Ella siempre quería más. Su hambre era voraz: quería aprender, estar informada y ser parte de las grandes transformaciones de su época. Fue así que decidió que sus entrevistas estarían dirigidas a personas con logros significativos, gente que se destacaba por su aporte a la sociedad. Médicos, economistas, políticos, filósofos y creativos.

Estaba resuelta a trabajar tan duro como fuese necesario. Esa era su meta y nada se interpondría en su camino. Mucho menos cuando la vida le daba en bandeja una gran oportunidad.

"Faltan sólo tres días para el cumpleaños de Giuliana", pensó mientras conducía rumbo a su casa, ya que habían quedado en cenar allí con Laura. "Una cena en vísperas del cumpleaños promete horas de conversación sobre los preparativos y, por supuesto, tendré que ocuparme de la lista de invitados".

Las fiestas de cumpleaños de Giuliana eran el evento del año. Lorenzo y

Paulina festejaban ese día como si fuera el más maravilloso de sus vidas. A Sofía ese gesto le provocaba una profunda emoción y tal vez envidia. Sus cumpleaños casi siempre habían pasado inadvertidos pues su infancia no había sido todo lo que un niño desea. Sus padres mantuvieron durante años una relación cargada de discusiones, desacuerdos y peleas. Desde su punto de vista, se habían comportado de una manera bastante egoísta. Sus hermanos y ella habían sido educados por institutrices y ella nunca consiguió tener una buena relación con su madre; no pudo encontrar en ella consejo, ni amistad ni consuelo. Hasta ese día, agradecía el momento en que sus padres se divorciaron. Fue entonces que decidieron librarla de sus discusiones y su falta de afecto y la internaron en el colegio donde conoció a sus amigas del alma. En Giuliana encontró una hermana tan generosa que supo compartir con ella el amor de Paulina, quien la cuidó con la devoción de una madre.

Estaba convencida de que la familia no siempre se une por lazos de sangre. "La verdadera familia se forma con la gente que es parte de tu vida y te quiere en la suya, aquellos que te aceptan como realmente eres", se dijo.

Llegó a casa de los Bertolini, y se encontró con sus amigas en el dormitorio de Giuliana. Sofía llegaba con sus pensamientos todavía efervescentes y nada la hubiera preparado para la imagen que encontró. Giuliana lloraba desconsoladamente y Laura, con poca imaginación, intentaba calmarla, sin confesar que compartía la misma pena.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía sin poder ocultar su preocupación—. ¿Por qué lloras? ¡Estoy aquí para organizar algo espléndido!

—Tex no la ha llamado —dijo Laura con una voz angustiada.

—¿Y por eso lloras? —preguntó Sofía.

—¡Sí! —gritó Giuliana casi con furia—. Es frustrante esperar una llamada que nunca llega. Cierro los ojos y veo su sonrisa. Imagino un beso y deseo sus labios. ¡Sí! ¡Por eso lloro! ¡Por el terror inmenso de perderlo!

Sofía admiró la vehemencia del discurso. Eso era prueba suficiente para confirmar que Giuliana estaba realmente enamorada.

—Prometió volver para tu cumpleaños, y todavía faltan tres días. Por lo que entiendo, aún no puede considerarse que esté en falta.

Giuliana miró a Sofía como si se sintiera traicionada. Pero la mirada de Sofía era profunda y sincera. De verdad confiaba en que nada haría que Tex rompiera su promesa.

En cambio, la mirada de Laura era completamente diferente. Era una

mezcla de dolor y frustración. Giuliana entendió lo absurdo de haber compartido su pena con ella, pues seguramente estaría viviendo un martirio mucho más doloroso que el suyo. La entristeció darse cuenta.

—¡La tragedia sólo debería ser cosa de los griegos! —dijo Giuliana, en un intento por disipar la tensión que había creado, y mirando a Sofía, agregó—: Oportuno tu comentario, todavía tiene tres días antes de merecer ser juzgado.

La abrazó, agradeciendo su optimismo y bajaron a comer. La cena fue distendida e hicieron reír a Lorenzo y a Paulina con sus comentarios.

Laura era la única que estaba más callada que de costumbre y en sus ojos Paulina advirtió un huracán. Algo importante estaba a punto de pasar en su vida. Una gran decisión, para la que necesitaría todo el coraje del que la naturaleza la había dotado. "Tal vez es ese matrimonio", pensó.

Cuando todos dormían, Paulina subió a la habitación de Giuliana y la encontró despierta. Entró y se sentó al borde de su cama.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En él, mamá. Lo amo. Sólo quiero que vuelva.

—Dicen que a un hombre se le debe dar libertad, una razón para volver y un motivo para quedarse. Tú has hecho todo eso. Le estás dando el tiempo que necesita para que su corazón y su cabeza se pongan de acuerdo. La razón eres tú, mi amor, y el motivo, tu cumpleaños.

—¿Crees que volverá? Nunca me ha llamado.

—No lo sé. Pero si vuelve, habrás conquistado su amor para siempre.

Giuliana abrazó con fuerza a Paulina. Cuánto la quería y cómo la necesitaba. Nada podría reemplazar su amor incondicional y sus palabras que de alguna manera siempre encontraban el camino más directo a su corazón.

En Londres, la frenética actividad que Tex se había impuesto llamó la atención de Eleanor. Conocía su insuperable capacidad de trabajo, pero su agenda esta vez no admitía una pausa. Notaba en él un tremendo cambio de actitud. Se lo veía nostálgico, inconforme.

Esa mañana, cuando entraba en su oficina para coordinar las actividades del día, lo vio con la mirada perdida. Eleanor sintió que debía tener el valor de hablar con él de una manera más íntima. Se estaba equivocando y ella no permitiría que eso pasara sin advertírselo antes.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Tex asintió.

—Desde que volviste de Italia estás volviéndome loca. Tu agenda y, en

consecuencia, la mía están colapsadas. ¿Qué es lo que intentas borrar de tu cabeza con tanta desesperación? ¿Por qué siento que te obligas a renunciar a algo? ¿Qué es lo que ocupa todos tus pensamientos?

—Una mujer.

Eleanor lo miró con ternura.

—No puedes renunciar a algo en lo que no dejas de pensar todos los días. La amas y no te permites estar con ella cuando es lo único que quieres. No se puede huir del amor.

—¿Y si no fuera amor?

—Si fuese sólo un capricho, no necesitarías cambiar toda tu vida para superarlo. Amar de esa forma puede asustarnos. Implica abrirle el alma a alguien para compartir pensamientos, miedos, futuro, esperanza, sueños. Pero renunciar al amor es de cobardes.

Eleanor se puso de pie. Lo miró a los ojos y con un tono casi maternal le dijo:

—Ese amor te hará sentir que has conquistado el mundo.

Esa noche, Tex volvió a salir con sus amigos a tomar unas copas. Las palabras de Eleanor retumbaban en su cabeza, tal vez por el efecto que el alcohol le estaba provocando.

Se sintió tan ridículo e infantil en ese papel de rebelde. ¿Qué intentaba fingir? ¿Acaso había podido dejar de pensar en ella?

Miró a Marco que tomaba unos tragos con dos mujeres en la barra y la imagen lo hizo reaccionar. Su estupidez lo estaba haciendo renunciar a un tesoro. Giuliana era ese tesoro, el que muchos hombres pasan la vida buscando y sólo algunos encuentran.

Se acercó a la barra, se sentó y pidió una botella del whisky más exclusivo del bar. Marco, que lo observaba, se acercó con curiosidad.

—No es bueno festejar solo —comentó.

—Te estaba esperando.

Tex tomó la botella y llenó dos vasos. Levantó el suyo mirando a Marco y con una sonrisa franca dijo:

—Un brindis por la mujer que se me ha pegado al alma. Esta es la última noche que pienso pasar solo.

—¿Es en serio? —preguntó Marco sorprendido.

—Es lo más serio que te he dicho en mi vida. Ella marcó un antes y un después en mi vida. No hay forma de negarlo.

Esa noche el whisky los acompañó hasta la madrugada. Inconscientemente sabían que sus vidas cambiarían. Hablaron de los buenos tiempos, de los desencuentros, de amores pasados, pero no se atrevieron a mencionar el futuro. El destino caprichoso ya les había mostrado el camino y para ambos la meta tenía nombre de mujer.

Esa noche James tuvo que ocuparse de buscar no sólo a Marco sino también a Tex. Cuando entró en el bar, fue recibido con una cálida bienvenida que incluyó un vaso de whisky para brindar. A esa hora el motivo ya no era claro, pero el brindis se hizo y a ese le siguieron varios que James tuvo que rechazar.

Tex amaneció alegre y entusiasmado. La resaca no atacó esa mañana, tal vez cómplice del destino. Llamó a Iván, su piloto, pues esa misma noche viajarían a Milán. Estaba seguro de lo que quería y se sentía eufórico.

Preparó su equipaje con todo lo necesario para permanecer en Italia varios días. Necesitaba sorprender a Giuliana y su cumpleaños era la oportunidad perfecta.

James ya lo esperaba en la puerta del edificio con el auto en marcha. Tex subió y le dijo:

—Nada de trabajo por hoy. Necesito comprar un regalo especial. ¿Qué recomiendas para una dama?

—¿La dama es el motivo del brindis?

—Sí, el único motivo.

—¿Entonces, quizá Tiffany? —dijo James dubitativo. Nunca antes había sido consultado para esos temas, pero una joya no podía fallar.

—¡Tiffany! Es perfecto.

Tex cruzó las puertas de la joyería dispuesto a comprar un regalo para Giuliana. El brillo de una vitrina llamó su atención, y detuvo su marcha para mirar de reojo un anillo de diamantes. Un vendedor se atrevió a interrumpir su trance.

—¿Puedo ayudarlo?

Tex levantó la vista y explicó que buscaba un regalo de cumpleaños especial.

El vendedor lo miró e intentó calcular su presupuesto. Era un hombre joven. Vestía jeans, una camisa blanca y zapatos italianos. Sin duda era ropa fina, pero lo espantaría el precio de los anillos que miraba.

Con toda cordialidad guió a Tex al fondo de la tienda y le sugirió un par de

aros de fantasía.

—Son modernos y actuales. Ni mucho ni poco. Al fin y al cabo está comprando en Tiffany.

Antes de que Tex pudiera hacer un comentario, escuchó una voz conocida.

—¡Tex! —dijo Evans, el gerente de la tienda.

Tex se dio vuelta y estrechó su mano.

—Yo atenderé a este caballero —dijo mirando al vendedor.

—Esto es toda una sorpresa… ¿Qué te trae por aquí? Dime qué buscas y me encargaré de que no salgas de aquí sin la pieza perfecta. Te vi desde mi oficina, estabas mirando los anillos de la entrada. Algo te ha llamado la atención. Eso es toda una señal. Aquí todas las piezas son extraordinarias, pero no hay nada que revierta la primera impresión. Dime de qué anillo se trata, todos tienen un significado diferente y son oportunos según la ocasión.

Tex se acercó a la vitrina y señaló el anillo que había visto al entrar.

—¡Ah, por Dios! No me digas que me estás dando la primicia.

Tex lo miró extrañado.

Evans ya había sacado el anillo y se lo acercaba orgulloso.

—Es una verdadera pieza de arte. No sabía que buscabas un anillo de compromiso, tendríamos que haber empezado por eso.

Tex sintió que todo Tiffany daba vueltas a su alrededor. La palabra compromiso le hizo sentir pánico, pero si intentaba ser sincero era exactamente lo que planeaba hacer en Milán y el anillo era un detalle que había olvidado.

—Mil disculpas por mi torpeza —dijo Evans—, pero pensé que habías dicho que buscabas un regalo de cumpleaños.

—Eso es lo que busco.

—Entonces, definitivamente no dejas de sorprenderme. ¡Un anillo de compromiso como regalo de cumpleaños! No conozco a la dama en cuestión, pero algo así es imposible de resistir.

La conversación sonaba surrealista.

—Este es un anillo que hace mérito a tu buen gusto. El diamante es la piedra más fuerte de la naturaleza y también la más lujosa.

Tex escuchaba los comentarios con atención, pero experimentaba lo más parecido a un *rigor mortis*. Ninguno de sus sentidos respondía.

—Un anillo de diamantes es el símbolo irrevocable del verdadero amor. Su elección debe ser un reflejo de la personalidad de la novia.

Tex escuchó esto y pensó en Giuliana. En su sensualidad, en su gusto sobrio y moderno. “Ella es perfecta —pensó—; por lo tanto, el anillo también tiene que serlo.”

—Necesito un anillo elegante y original, pero también práctico para que no interfiera en sus trabajos manuales.

—El que llamó tu atención cumple con los requisitos. Posee un diamante central cortado en forma circular, rodeado de diamantes en *pavé* para crear un círculo perfecto de luz. Su montura es de platino con incrustaciones de diamantes. En mi opinión, lo mejor para un anillo de estas características. Eso también te permitirá elegir alianzas de platino, llegado el momento. Ahora, tengo que advertirte que es el anillo más costoso que tenemos en la tienda.

Como si el precio no fuera algo que pensara discutir, Tex tomó el anillo y advirtió el corte perfecto del diamante central y el brillo que generaba. Se quedó mirándolo un rato como si intentara encontrar en esa piedra la respuesta a todas las preguntas que se agolpaban en su mente.

—Apostaremos a que es la medida indicada, será sólo cuestión de suerte porque en este momento resulta imposible averiguarlo —dijo Tex.

—Lo será. ¿Te gustaría que grabáramos algo en su interior?

Tex no podía creer el desenlace que estaba teniendo lo que empezó como la inocente compra de un regalo de cumpleaños. Grabar algo parecía importante. Hizo un esfuerzo por pensar unas palabras que resultaran representativas.

—*Amore mio*.

—Lo tendremos listo en un par de horas.

—Mandaré a buscarlo. Gracias por tu ayuda, Evans.

Tex pagó el anillo y salió de Tiffany mucho más que sorprendido por todo lo que acababa de suceder. ¡Estaba a punto de entregar un anillo de compromiso!

Una sonrisa le iluminó el rostro. De pronto se sintió inmensamente feliz. La decisión estaba tomada, las dudas se habían desvanecido y su deseo resurgía libre, desatado.

Ya en el aeropuerto, Tex se despidió de James y subió al avión con el anillo en el bolsillo interno de su campera de cuero.

Apenas llegó a Milán, llamó a Sofía.

—*Pronto?*

—¡Hola, Sofía! Tanto tiempo.

—¡Tex! ¡Estabas desaparecido! ¿Cómo estás? O mejor dicho… ¿dónde estás? ¡Mañana es el cumpleaños de Giuliana!

—No podría olvidarlo. Estoy en Milán, ¿puedo pasar a verte? ¿Estás sola?

—Sí, por supuesto que puedes, pero no esperes una sabrosa cena.

—Estoy en el aeropuerto, voy para allá. Ojalá tengas un sofá cómodo.

Sofía estaba eufórica. Tex había vuelto para el cumpleaños de Giuliana. No podía esperar a ver la cara de su amiga.

Una hora más tarde, Tex llegaba a su departamento.

—¿Puedo considerarte mi cómplice en esto? —le preguntó.

—Será un placer. Pero, ¿por qué habías desaparecido? ¡Ni una llamada! Eso no fue un buen gesto.

—¿Giuliana está enojada?

—Enojada no, pero triste. Esperaba tu llamada todos los días.

—Tal vez pueda compensarlo para su cumpleaños. Un dilema existencial me retuvo en Londres.

—Dilema existencial. Y me imagino que eso no es parte de lo que quieres compartir con tu cómplice.

—No por ahora. ¿Qué han planeado para mañana?

—El cumpleaños de Giuliana sigue una rutina. Seguramente desayunará con sus padres. Lorenzo ya debe haber comprado todos los tulipanes de Italia. Llenará la casa de las flores preferidas de su hija. Y durante el desayuno habrá un regalo sorpresa. Creo que sus padres usan ese día para superarse —dijo entre risas—. Yo entro en acción al mediodía. La busco por la fábrica y nos juntamos con Laura en un almuerzo íntimo en el bar de Renzo.

Tex cambió drásticamente su expresión. Sus ojos color cielo se nublaron de bronca.

—Festejarán con Renzo —dijo en lo que parecía un gruñido.

Sofía, divertida por este cambio, siguió.

—Renzo es sólo un buen amigo. Después de eso, habrá spa y peluquería. Y de ahí, iremos a prepararnos para la fiesta. No habrá menos de ciento cincuenta personas.

—Entonces lo mejor sería raptarla antes de ese almuerzo y listo. Tú podrías ocuparte de ser la anfitriona de la fiesta.

Sofía miró a Tex preocupada.

—No estarás pensando…

—¿Por qué no? Yo prefiero las celebraciones íntimas —dijo con sarcasmo

—. Pero no la secuestraré si impides que Renzo le ponga un dedo encima. Te seguiré al restaurante y si la toca, me la llevaré conmigo.

—¡Pero es Renzo! Ya sabes, la saludará con dos besos y se sentará a su lado y evitar eso implicará un ataque de estrés.

Tex la miró serio y autoritario. Se notaba que el asunto no le gustaba en absoluto.

—Si no me sigues y te comportas, haré que ese almuerzo sea más corto que de costumbre —le propuso Sofía.

Tex asintió.

—Y supongo que en un cumpleaños hay torta y velas.

—¡Claro! Giuliana soplará las velas después de la cena. Me imagino que cerca de las diez, para que después comience la fiesta.

—¿Y en dónde me esconderé hasta esa hora?

Sofía se quedó en silencio.

—Puedo buscarte después de la peluquería, cuando ella se esté vistiendo. Saldré con la excusa de haber olvidado un accesorio. Cuando lleguemos, puedes usar el cuarto de huéspedes y perderte la cena. Tal vez tenga la decencia de hacerte llegar algo —dijo con una pícara sonrisa.

Conversaron por un largo rato. A Tex, Sofía le pareció simpática, divertida y definitivamente una excelente amiga. Entendió lo fuerte de esa amistad y sintió respeto por el vínculo.

—¿Cuál será tu regalo de cumpleaños? —preguntó ella, curiosa.

—Todavía no estoy seguro. Tal vez venir a su cumpleaños. ¿Será suficiente?

—¡No, no, no! ¡Tú eres mi regalo de cumpleaños!

La seguridad con que lo dijo hizo reír a Tex.

—Tienes todo el día para asegurarte de obtener otro regalo.

Los minutos se habían vuelto horas. Sofía se sorprendió y decidió acomodar a Tex en su cuarto de huéspedes.

—Aquí tienes una llave del departamento. Abajo hay una excelente cafetería para desayunar. Pasaré por ti a las seis —se despidió.

Era de madrugada y Giuliana no conseguía dormir. Ya casi había perdido todas las esperanzas de contar con Tex para su cumpleaños. Bajó a la cocina a

buscar un poco de leche tibia con la intención de que la ayudara a dormir. Abajo se encontró con Paulina al pie de la escalera.

—¿Qué pasa, mi amor?

—No puedo dormir. ¿Me acompañas por un vaso de leche?

—Claro. Será el primer brindis que haremos por ti —dijo Paulina, acercándose a su hija y susurrándole al oído "¡Felicidades!".

Se sentaron juntas en la mesada de la cocina con dos vasos de leche tibia.

—¿Qué es lo que no te deja dormir? —preguntó Paulina.

—Él, mamá. Él está ahí, pegado a mi corazón. Y no estará para mi cumpleaños.

—No pierdas la fe.

—Ni siquiera ha llamado. ¡Y yo sólo deseo verlo!

—Dice la leyenda que cuando no puedes dormir de noche, estás despierta en los sueños de otra persona.

Giuliana sonrió y después de un rato, exclamó:

—¡Mamá! ¡Por favor que esa persona no sea Renzo!

El comentario y la cara de terror de Giuliana le robaron a Paulina una carcajada.

Unas horas después, antes de salir rumbo al diario, Sofía se encontró a Tex despierto.

—¿Madrugador?

—No podía dormir.

—¿Qué te preocupa?

—No puedo confesarlo —dijo con una sonrisa irresistible.

"Cómo puede este hombre estar tan serio y pasar de repente a una sonrisa mortal, capaz de derretir un témpano", pensó Sofía.

—Deberías salir de compras. Te daré un dato infalible para la buena suerte, tal vez esta noche la necesites. No sé si Giuliana estará feliz de verte o desatarás en ella toda su furia. Eso, créeme, no es algo que quieras que pase.

Lo invadió la intriga. ¿Podría Giuliana no alegrarse de verlo? La incertidumbre que generó ese comentario aumentó su ansiedad.

Sofía, que observaba sus gestos, se sintió feliz de haber golpeado a ese inglés poco modesto. Si conociera de verdad a Giuliana ni siquiera

consideraría la posibilidad.

—Tienes que ir a la Galería Vittorio Emanuele. ¿La conoces? Hay un mosaico célebre con la imagen de un toro que representa el escudo de Turín. Un agujero en los genitales del animal indica el sitio donde hay que pisar. Debes dar tres giros enteros mientras pides un deseo y de paso, compras tu regalo.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Tex; sin embargo, no pudo dejar de pensar que no era mala idea una dosis más de suerte.

Obediente a las recomendaciones de Sofía, Tex desayunó en la cafetería de su edificio y después visitó la galería. Una vez allí, fue fácil identificar el mosaico por la fila de turistas que esperaban su turno para pedir un deseo. Algunos lo decían en voz alta: "¡Volver a Milán!".

Formar parte de ese grupo le resultó improbable, por lo que decidió buscar primero un regalo, no para Giuliana, sino para Sofía por su complicidad y hospitalidad.

Después de varias vueltas estaba a punto de rendirse. No tenía idea de lo que podría gustarle. Decidió hacer una pausa y tomar un café en la barra de una confitería.

Mientras esperaba su expreso, vio a Laura sentada en una mesa a unos diez metros de él. Estuvo a punto de ponerse de pie y acercarse a saludarla cuando un hombre de mediana estatura, rubio como ella, se sentó a su mesa.

"Marco sufre por su amor y ella está acompañada", pensó.

Se quedó observándolos todo el tiempo que estuvieron juntos. Lo sorprendía la actitud seria, casi preocupada de Laura. No parecía que estuviera disfrutando el momento. Intentaba desviar la mirada y no mirar a los ojos del hombre que tenía enfrente. Era una actitud bastante rara para una pareja que comparte un café a media mañana. Lo único que escuchó Tex con claridad fue: "*Ci vediamo questa sera*". Eso definitivamente confirmaba que irían juntos al cumpleaños de Giuliana.

Tenía que averiguar quién era ese hombre y cuál era su relación con Laura antes de poder hablar con Marco. Siguió observando a Laura, que se había quedado sola luego de una breve despedida.

Estaba furioso. No podía evitar la confusión que la escena le había provocado. Había defendido la inocencia de Laura. Su intuición lo había llevado a hacerlo, pero los hechos se revelaban delante de sus ojos indicando lo contrario. ¿Habría jugado ella con Marco? Se negaba a creerlo, nada en esa

breve reunión era conclusivo.

Tex levantó la mirada y vio cómo los ojos de Laura se llenaban de llanto. Esto lo obligó a desistir del juicio que estaba haciendo de ella. Lloraba con sinceridad, era el llanto de una niña angustiada. Su dolor era evidente. Vio cómo secaba sus lágrimas con una servilleta y se marchaba en dirección a los sanitarios.

La siguió, preocupado. Ella caminaba cada vez más rápido, como si intentara correr. La esperó cerca de quince minutos sin saber qué hacer, y se relajó cuando la vio salir más tranquila. Se había vuelto a maquillar en un intento por borrar el dolor de su rostro.

Era una mujer hermosa y la más triste del mundo en ese momento. Tex no pudo evitar el cariño que la dulzura de Laura le despertaba.

Al ver que se detenía en una vidriera, se le acercó.

—¡Hola, Laura! ¿Cómo estás?

Laura lo miró sin poder creer lo que veía.

—No soy una aparición y tampoco un espejismo —dijo Tex con una sonrisa.

La broma relajó a Laura que de a poco recuperaba sus colores.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—En realidad, tengo que comprar un regalo.

—Para Giuliana, claro, has venido a su cumpleaños —dijo mientras ordenaba los sucesos en su mente.

—No, para Sofía.

Laura se quedó en silencio y no pudo disimular su sorpresa.

—¿Para Sofía?

—Ahora lo sabes. ¿Puedes guardar un secreto?

El juego de Tex estaba por acabar con los nervios de Laura.

—Eso no me gusta.

—¿Estás segura?

Tex sabía que estaba complicando a Laura. Ella sintió que sus ojos la delataban y su cara se tiñó de un rojo tan intenso que no pudo disimular.

—Parece que guardas más de un secreto —dijo Tex—. Yo sólo te pido uno.

Laura, paralizada ante lo que podía ser una extorsión, asintió en silencio, intentando que Tex develara un poco más de lo que sabía.

—Perfecto, sólo te pido que durante el almuerzo no le cuentes a Giuliana

que estoy en Milán. Planeo darle una sorpresa para su cumpleaños. ¿Podrás?

Laura sintió cómo luego de unos minutos su corazón volvía a latir.

—Será una hermosa sorpresa, por supuesto que puedes contar con mi silencio. Pero ¿por qué debes comprar un regalo para Sofía?

—Sofía ha sido mi cómplice y anoche me ha alojado en su casa.

Por fin Laura pudo completar en su cabeza toda la historia que comenzaba a tener sentido.

—¿Qué puedo comprarle? ¿Me ayudas?

—Si de verdad quieres que le guste, Sofía muere por los zapatos y las carteras.

—¿Qué te parece Louis Vuitton? —preguntó Tex.

—Suena perfecto.

Juntos pasearon por la tienda y Laura eligió entre casi todas las carteras para estar segura de dar con la indicada. Mientras miraba una y otra, Tex supo que había una del grupo que le gustaba muchísimo.

—¿Por qué no esa? —preguntó.

—Esa es para mí la más linda de todas, pero Sofía siempre busca bolsos más grandes, más vistosos.

Salieron de la tienda con lo que Laura había elegido para Sofía y con la cartera que a ella le gustaba, aunque nunca se dio cuenta de eso.

Laura había logrado relajarse. La compañía de Tex era muy agradable.

—Todavía tengo algo muy importante que hacer —dijo Tex.

—¿Qué cosa?

—Buscar un poco de suerte extra. Todo por instrucción de Sofía —dijo con picardía, mirando el mosaico del toro.

—¿Darás las tres vueltas y pedirás un deseo?

—Lo que abunda no daña. A nadie puede hacerle mal un poco más de suerte, ¿no crees? Y pensaba proponerte que hagas lo mismo.

—Pero se supone que eso es un cuento para los turistas.

—Lo verificaremos. Veamos si se cumple tu deseo, el mío o ambos.

Laura asintió. No tenía nada que perder.

Tomándola del codo, Tex se encaminó hacia su objetivo.

—Primero las damas —dijo.

Laura cerró fuertemente los ojos en un intento por no dejar escapar su deseo y dio las tres vueltas deseando liberarse de su compromiso con Franco.

Luego, Tex hizo lo mismo mientras deseaba que Giuliana aceptara

compartir su vida con él.

Los dos rieron cuando terminaron la hazaña.

—Ya es hora de almorzar. Tengo que encontrarme con Giuliana y Sofía. Es parte del ritual —dijo Laura.

—No me delates —dijo Tex, entregándole uno de los paquetes que llevaba.

—¿Intentas comprar mi silencio? —preguntó Laura con complicidad.

—Sólo es un regalo para que te acuerdes de este día. Para que sepas que puedes confiar en mí y me avises si esto de los deseos es sólo para turistas —dijo con una sonrisa.

Laura abrazó a Tex con inmenso cariño.

—Ojalá Giuliana no te deje escapar.

—Es la segunda advertencia que recibo en el día y no me gusta como suena.

—No lo hará, no te preocupes —dijo mientras se alejaba de él.

Tex pasó por el departamento de Sofía para dejar los paquetes y pensó en llamar a Gérard, pero desistió de la idea. No estaba listo para enfrentar el interrogatorio que le haría su amigo si confesaba el motivo de su estancia en Milán, sumado a todas las advertencias que le daría para que comprendiera que se trataba de una decisión irreversible.

"¿Habrá nacido la mujer que se atreva a llevar a Gérard Duval al altar? Definitivamente la consideraría entre las damas más osadas", pensó.

Salió a caminar, necesitaba que las horas pasaran más rápido. Cada minuto se le hacía eterno. No soportaba pensar que Giuliana estaba recibiendo todas las atenciones de Renzo. Los celos eran algo nuevo para él, pero si se trataba de Giuliana se manifestaban con claridad. Aunque le parecían absurdos, no podía evitarlos.

Buscó un restaurante lo más lejos posible del bar de Renzo y pidió el plato preferido de Giuliana: *fettuccine ai frutti di mare*.

Durante el almuerzo, pensó en los momentos más importantes de su vida. El hecho de estar a punto de pedir a Giuliana que compartiera el resto de su vida con él lo llenaba de emoción. Había quedado huérfano a los doce años y todavía sentía en su pecho la cicatriz inmensa que ese dolor había dejado. A eso le siguió la soledad, hasta que Gérard y Marco formaron con él lo más parecido a una familia. Giuliana representaba todo lo que siempre había deseado. Era una mujer hermosa, inteligente y dulce. Con ella nunca más

volvería a sentirse solo. Con ella a su lado se atrevería a todo. Las palabras de Eleanor acudieron pronto a su memoria. “Ese amor te hará sentir que has conquistado el mundo”. Y eso era exactamente lo que sentía.

Sofía y Giuliana llegaban al bar de Renzo, quien esperaba a la cumpleañera en la puerta con una rosa roja en la mano.

Mientras se acercaban, Sofía murmuró:

—Es tu día de suerte, no nos costaría convencerlo de que sea tu pareja esta noche.

Giuliana la perforó con su mirada mientras recibía el abrazo extremadamente cariñoso de Renzo y aceptaba la flor. Sofía se adelantó para que Renzo disfrutara por última vez de su amiga y se acercó a la mesa donde ya esperaba Laura.

—Sé que está en Milán. Lo he visto esta mañana.

—Sí, pero no se te ocurra decir nada.

—No te preocupes, ha comprado mi silencio.

Sofía esperaba una explicación, pero Giuliana se acercó a la mesa y abrazó a Laura.

—Me encanta que tengamos este festejo íntimo antes de la fiesta.

El almuerzo fue divertido. Sofía y Renzo eran una dupla inmejorable si se trataba de poner un poco de humor a la reunión. Giuliana y Laura no podían evitar reír con sus ocurrencias.

A fuerza de excusas, Sofía logró que el almuerzo no se prolongara mucho. Guardar un secreto semejante estaba matándola de ansiedad. Sabía que no disfrutaría del masaje relajante que habían encargado. Sufriría hasta el momento en que viera a su amiga del alma morir de emoción con la sorpresa.

A la salida del restaurante Laura se disculpó. No se sentía bien y no podría acompañarlas el resto de la tarde.

—Nos vemos esta noche —suplicó Giuliana.

Laura despidió a sus amigas con un abrazo.

—¿Por qué esa cara? —preguntó Sofía, mientras manejaba camino al spa.

—Sabes que me hubiera gustado que estuviera en mi cumpleaños. Me había prometido que vendría.

—Los hombres hacen muchas promesas y cumplen pocas. Lo bueno es que

la fiesta será sensacional, como siempre, y estará llena de los solteros más codiciados de Italia. Eso es emocionante. ¡Tendremos para elegir lo mejor de lo mejor!

—¡Sofía! No puedo fijarme en nadie, sólo pienso en él.

—Puedes ponerle su cara a todos los galanes de la noche. Aunque tendrás que filtrar a varios. No son muchos los que tienen su altura.

—Ni su dulzura, ni esa sonrisa que provoca que me desarme en sus brazos… Seguramente alguien lo ha entretenido en Londres. Muero de celos sólo de pensarlo.

—Mejor comienzas por cambiar de actitud. No podemos culpar a nadie por intentar atraparlo. Y tú tienes que brillar esta noche. ¿Quién sabe? Tal vez conozcas al hombre que borre a Tex de tus sueños.

Giuliana miró a Sofía con ojos asesinos.

—Cambiemos el tema por uno más relajado —se apresuró a decir Sofía —. ¿De qué color es el vestido de la noche?

—Naranja y sus degradés en seda natural. Diseño de mamá, por supuesto.

—¿Y el motivo de que haya elegido ese color?

—Esta vez el color es casualidad. Me enamoré del vestido hace dos semanas. Estaba puesto en el maniquí de su estudio. Se trataba de su último diseño. Me pareció sensacional y se lo pedí para usarlo en mi cumpleaños. No importa lo mucho que yo me esfuerce, mi mamá tiene una inspiración divina al diseñar.

—Pero tiene que haber estado de acuerdo con el color. ¿Qué opina del naranja?

—Si quieres palabras textuales, me dijo que "el naranja combina la energía del rojo con la felicidad del amarillo. Provoca entusiasmo, atracción y éxito".

—Suena ideal.

—Sonaba ideal cuando todavía tenía esperanzas de que Tex festejara conmigo. La verdad, no pretendo atraer a nadie más.

—Atraerás. Y yo intentaré robarme al más lindo.

—No podrás. El más lindo no irá esta noche. Y no puedo disimular mi furia. ¡Me escaparía a Londres a buscarlo!

—¡Te acompaño!, pero después del festejo.

Las dos rieron, nunca se cansarían de compartir sus vidas ni de inventarse aventuras.

Sofía no podía dejar de pensar en todo lo que pasaría esa noche. Al contrario de lo que Giuliana pensaba, la fiesta sería muy especial, tal vez, la más especial de todas.

Durante el masaje, ninguna de las dos pudo guardar silencio. Giuliana necesitaba distraer sus pensamientos y Sofía se divertía interrogándola.

—Todavía no puedo creer que no haya adivinado el color que elegiste para esta noche.

—¿Qué color pensabas que elegiría?

—Un fucsia, o alguna de sus gamas. Es uno de los colores que más te gustan.

—Es verdad. Es el que más me gusta.

—¿Y entonces?

—En ese momento el naranja sonaba ideal.

—¿Por sus cualidades?

—No, porque la intención era que Tex tuviera una corbata al tono. Eso hubiera sido perfecto.

—Una de tus parejas de pasarela.

—Exacto.

—Si quieres, llevo una corbata al tono y se la ponemos al candidato de la noche.

—¿Estás disfrutando de mi angustia?

—Nunca, sólo ofrezco alternativas.

—No las hay. No las busques.

—Pero no me dirás que con todos los hombres hermosos que ves a diario, ¡sigues perdiendo el sueño por un inglés! Reconozco que es simpático y agradable, pero no un chico de tapa.

—¡Sofía!

—Ok, me rindo. Es chico de tapa y, además, simpático y agradable.

Disgustada por no poder compartir ese tiempo con sus amigas, Laura no lograba superar su descompostura. Sentía un fuerte dolor de estómago. “No tendría que haber almorzado”, pensó.

Planeaba llamar a Franco y cancelar su asistencia al cumpleaños de Giuliana, pero sabía que debería enfrentar el mal genio de su prometido.

Franco adoraba las fiestas y el glamour. El cumpleaños de su amiga había sido más esperado por Franco que por ella. Allí podría codearse con lo más exquisito de la sociedad italiana. Grandes empresarios y sus hijos estaban invitados al evento. Nadie en Milán le negaría la invitación a Lorenzo Bertolini, uno de los hombres más ricos e influyentes. Y ningún soltero dejaría pasar la oportunidad de conocer a su única heredera.

Ella odiaba todo eso, pero sabía que Franco no aceptaría ninguna excusa. Y debía admitirlo, le tenía temor a su temperamento explosivo.

Desde su regreso, Laura había asistido a varias reuniones con su prometido, pero cada vez se hacía más evidente el rechazo que le provocaba. Franco era descortés con ella. Se fijaba en otras mujeres sin importarle su presencia. Valoraba a las personas sólo por su nivel adquisitivo y uno de sus temas de conversación favorito era la sociedad comercial que había formado con su futuro suegro, quien encontró en él al hijo que no tuvo.

Estos pensamientos, sumados al malestar que sentía, estaban acabando con el espíritu festivo que merecía el cumpleaños de su mejor amiga. Si quería evitar un escándalo, tendría que asistir y soportar una noche más al lado de Franco. Actuar cada caricia para mantener una vez más las apariencias.

Sintió lástima de sí misma. Se estaba convirtiendo en todo lo que despreciaba. Una mujer fantasma, falsa y miedosa. Pensó en Tex y en el deseo que había pedido. Más que nunca deseaba esa suerte.

En el spa, Sofía planeaba su escape.

—¿Podría Lucca venir por ti?

—¿Por qué tendría que buscarme si nos vestiremos juntas?

—Eso haremos, pero acabo de recordar que debo enviar un escrito. Me había olvidado y si no lo hago antes de las seis tendré que esperar al lunes y eso me costaría un buen reto. Si Lucca te busca, yo me demoraría la mitad del tiempo.

—No creo que haya ningún problema.

Cuando Giuliana confirmó que pasarían por ella, Sofía aprovechó para comenzar con la ejecución de su plan. Antes de buscar a Tex, pasó por una de sus tiendas favoritas, Salvatore Ferragamo. Este año Giuliana recibiría de ella un regalo más que original: la corbata naranja que llevaría Tex a su

cumpleaños.

Grande fue su desilusión cuando el vendedor le aseguró que no tenían en stock ninguna corbata en ese tono. Ya había perdido mucho tiempo. Tendría que buscar la corbata camino a la fiesta.

Tex la esperaba ansioso. Vestía un impecable traje de seda hecho a medida, de color azul marino con chaleco, una camisa blanca inmaculada y zapatos negros abotinados.

Sofía entró en su departamento y lo encontró parado de espaldas, mirando por la ventana de su sala. Su porte era realmente imponente. Cuando se volvió para saludarla, Sofía se llevó las manos a la boca como si intentara ahogar el grito que le provocó la sorpresa.

—¿Tengo algo malo? —preguntó él.

—¡Tu corbata…! —dijo Sofía con un hilo de voz como si hubiera visto una aparición o un fantasma.

—¿Mi corbata?

—¡Es naranja!

—¿No te gusta? Tengo otras, si no está bien.

—¡Es perfecta! ¡Todo lo que está pasando es perfecto!

Tex miró a Sofía sin entender lo que pensaba.

—Ya sé que no entiendes nada de lo que digo, pero esta noche todo tendrá sentido.

Tex sonrió como si no le extrañaran las locuras de Sofía. Se acercó al sofá y tomó la bolsa con lo que le había comprado.

—Esto es para la mejor cómplice del mundo.

—¿Para mí? ¡Qué felicidad! Me encantan los regalos, mucho más si son de mi tienda favorita.

Sofía abrió los paquetes y abrazando la cartera, dio tres vueltas por la sala con una alegría que hizo reír a Tex.

—Me alegra mucho que te guste, pero se está haciendo tarde. ¿Vamos?

—Sí, claro.

Y abrazando a Tex le dio las gracias. Fue un agradecimiento sincero, no sólo por el regalo, sino porque le causaba una tremenda alegría que fuera él quien había conquistado el corazón de Giuliana.

El guardia apostado en la entrada vio a lo lejos el auto de Sofía y abrió sin demora. Sofía hizo entrar a Tex por una puerta lateral para evitar que Guido lo delatara. Lo acompañó hasta el que había sido su dormitorio diez días atrás y

lo dejó esperando allí.

—Ojalá pudiera evitarte esta espera, pero es parte de la sorpresa.

Tex asintió con una mueca de dolor.

Sofía, que no podía disimular su sonrisa, subió corriendo las escaleras hasta el dormitorio de Giuliana. Allí encontró también a Paulina que intentaba consolar a su hija.

—¿Por qué esas caras? —preguntó Sofía.

—¿Y por qué esa sonrisa? —retrucó Paulina.

—¡Porque estamos de fiesta! Falta sólo media hora para que comiencen a llegar los invitados y estoy segura de que será una fiesta extraordinaria.

El ánimo de Sofía pudo diluir la nostalgia de Giuliana, pero Paulina sospechó algo.

Media hora más tarde y como de costumbre, Lorenzo vestido en un impecable traje gris oscuro pasó por el dormitorio de su hija para acompañarla al salón, donde comenzaban a llegar los invitados. Padre e hija recibían a todos con una sonrisa y agradecían los regalos y los halagos dirigidos a Giuliana.

Todos los invitados, distribuidos en una inmensa carpa montada en el jardín, se acomodaron en mesas vestidas de blanco, en las que se desplegaba una lujosa vajilla con ribetes de oro. Un bouquet de tulipanes naranjas se lucía como centro de mesa. Paulina había insistido en que las flores preferidas de su hija fuesen naranjas como su vestido.

La cena fue deliciosa y entretenida. Una orquesta ubicada en el jardín acompañaba con una melodiosa música de fondo las conversaciones cada vez más ruidosas de los invitados.

Para Tex, la espera se hacía eterna. Moría por estar con Giuliana. Ya no había dudas, lo que sentía por ella era el sentimiento más profundo que hubiera experimentado. Sabía que era la persona que completaría su vida llenándola de luz y felicidad.

Cuando la cena terminó, Sofía se puso de pie y miró a Paulina pidiendo su permiso. Ella le sonrió como si supiera que tenía una sorpresa para su hija.

Sofía encontró a Tex que ya parecía un lobo enjaulado dispuesto a salir de ahí y secuestrar a Giuliana sin tanto circo.

—Ya es hora. Mézclate con la gente. Todos se pondrán de pie para cantar el feliz cumpleaños y ver a Giuliana soplar las velas de su pastel. Yo te mostraré la mesa. Espero que todo salga bien.

Él la siguió y esperó a que volviera a sentarse.

Cuando el chef acercó el pastel de tres pisos con veintidós velitas a la mesa, todos los invitados se pusieron de pie. La homenajeada se ubicó entre sus padres que la miraban con devoción.

Cerró los ojos para pedir un deseo, cuando de pronto sintió su perfume, una combinación de bergamota, almendra y cedro. ¡Era él! Antes de que pudiera reaccionar, Tex estaba parado a su espalda y sus manos se abrazaban a su cintura. Giuliana no abrió los ojos, tenía miedo de despertar de un sueño.

—Pide un deseo —murmuró Tex pegado a su oído.

Eso fue suficiente para que Giuliana se volteara y mirándolo a los ojos dijo con una voz temblorosa de emoción:

—Tú. Mi deseo eres tú.

"Concedido" fue lo único que se escuchó antes de que sus labios se unieran en un apasionado beso.

La escena hizo vitorear a los invitados.

—Aunque el deseo se cumpla antes, debes soplar las velas de todos modos —dijo Lorenzo, mirando a su hija con picardía.

Ella apagó las velas con éxito y a eso le siguieron los aplausos de los presentes.

La felicidad en el rostro de Giuliana emocionó a sus padres que abrazaron a Tex cariñosamente.

Sofía, que no quería perder protagonismo, se acercó a Giuliana para felicitarla.

—Es mi regalo de cumpleaños —aclaró señalando con un gesto a Tex—. Espero que te guste.

—¿Tú sabías?

Sofía asintió orgullosa.

—Es la primera vez que no pensaré en cambiarlo —dijo Giuliana divertida.

El comentario le robó a Sofía una carcajada. Sabía que su estilo extravagante hacía dudar a Giuliana más de una vez.

Tex se unió a la mesa y la cena continuó con el postre y el pastel que los mozos se esmeraban en acercar a cada uno de los invitados.

Paulina, que estaba sentada frente a Giuliana y a Tex, advirtió el tono de la corbata y Sofía se adelantó a comentarle:

—El color de la corbata ha sido pura casualidad.

—Nada pasa por casualidad. Los dos pensaron en el mismo color y eso sólo puede ser una señal.

—¿Qué crees que signifique? —preguntó con curiosidad Sofía.

—Que el entusiasmo y la atracción del naranja dejarán avanzar al rojo. Se desatarán la pasión, el deseo y el amor. Giuliana soñó con este momento y el destino se muestra con claridad. Me atrevería a decir que yo he ganado un hijo y tú un hermano.

Estas palabras emocionaron tanto a Sofía que sólo pudo abrazarla con fuerza, agradeciendo esa inclusión familiar que a Paulina le resultaba tan natural.

Esa noche Giuliana no se separó de Tex. Su deseo se había cumplido de manera instantánea. “El pastel es mágico”, pensó.

La costumbre exigía que la cumpleañera concediera a su padre el primer baile que generalmente consistía en un vals. Lorenzo se acercó a su hija y bailó con ella como si supiera que esos veintidós años eran los que la vida le había regalado con exclusividad. Pero llegaba la hora de compartirla y se alegró de que Tex fuera el elegido. Cuando la canción terminaba, se acercó a él y en un gesto claro le entregó a Giuliana para el siguiente baile.

La orquesta, rompiendo la tradición a pedido de Sofía, tocó un rock que hizo vibrar a todos los jóvenes. Giuliana miró a Tex sin saber si se atrevería a bailar, pero él la sorprendió llevándola al centro de la pista, donde la guió con maestría. Bailaron como si estuvieran solos, mientras Sofía organizaba una ronda alrededor de la pareja.

Giuliana sentía que el cielo podía compararse a estar entre los brazos de ese hombre que tanto amaba.

Después de un rato de protagonismo, hicieron una pausa.

—Las apariencias engañan. ¡Quién diría que detrás de esa imagen de chico serio hubiera oculto un Fred Astaire! —dijo sonriendo Laura que se acercaba a saludar.

Tex la abrazó y vio que el mismo hombre rubio del café se acercaba detrás de ella. Como nadie hacía las presentaciones, Giuliana se adelantó en un intento por rescatar a Laura:

—¡Hola, Franco! Gracias por acompañarnos. Te presento a Tex Cooper.

—Un gusto —contestó Franco—, esta noche muchos han perdido las esperanzas por tu culpa.

El comentario se hizo en tono amistoso, pero Tex no respondió y ningún

músculo de su cara se movió.

El momento se puso tenso. Laura no resistió y se disculpó con la excusa de buscar algo para tomar. Franco no hizo ni un intento por acompañarla y miró a Tex, desafiante.

—Pensé que acompañabas a Laura —dijo Tex.

—No sólo la acompaño, soy su prometido. Será un gusto tenerlos en nuestra boda.

Tex lo miró con desprecio; le resultaba repulsivo desde la mañana en que vio el dolor que su presencia le causaba a Laura.

Giuliana no entendía la reacción de Tex. Mirando con súplica a Sofía, logró que distrajera a Franco y ella se disculpó para seguir saludando a sus invitados.

Cuando estuvieron suficientemente lejos, Giuliana le preguntó:

—¿Lo conoces?

—Lo vi esta mañana tomando un café con Laura. Ellos no me vieron, pero fui testigo de las lágrimas que ese cretino le provocó.

Tex se dio cuenta de que estaba preocupando a Giuliana y su sentido de oportunidad lo llevó a cambiar de tema.

—Después hablaremos de Laura, ahora festejemos tu cumpleaños. ¡A robarnos esa pista! —dijo mientras guiaba a Giuliana entre los invitados.

La fiesta fue un éxito. Giuliana y Tex hacían una pareja perfecta. Bailaban como si compitieran por el primer premio y el amor flotaba en el aire. Tex no dejó que nadie se acercara a ella con intención de pedirle un baile. La escoltó de manera posesiva, mostrando abiertamente que no tenía intenciones de compartirla.

Giuliana estaba radiante, definitivamente ese era el mejor cumpleaños de su vida. La presencia de Tex a su lado la hacía sentir única, amada. Era la sensación más hermosa de todas.

Los invitados comenzaron a irse y al poco tiempo la joven pareja se encontró por fin a solas. Caminaron abrazados por el jardín y se sentaron en un banco.

—Todavía no te he dado mi regalo.

—Tú eres el mejor regalo de cumpleaños —dijo Giuliana adorándolo con la mirada.

Tex pegó sus labios a los de ella. Su lengua exigente se abrió paso, explorando su boca con ardor. Besarla lo hacía perder la cordura y desataba

en él todo tipo de sensaciones. Giuliana respondía a sus besos con la misma intensidad. Sus lenguas se enredaban apasionadamente y sus cuerpos compartían un mismo temblor.

Aturdido de deseo, Tex separó su boca de la de Giuliana. La miró a los ojos con tanta profundidad que sintió que se fundía en ella. Lentamente, se arrodilló con una caja de terciopelo negro en sus manos.

Giuliana no podía creer lo que veían sus ojos. Su corazón aceleró el ritmo de sus latidos y creyó que sus oídos le fallaban.

—Con la luna llena como testigo, dime si aceptas ser mi esposa.

Giuliana enmudeció y sus ojos verdes se volvieron más brillantes. Abrazó a Tex con todo el amor del que era capaz. Besó sus labios y de pronto, mirándolo exclamó:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Es lo que más deseo en el mundo.

Tex abrió la caja, tomó el anillo y lo deslizó suavemente en el dedo de Giuliana. Besó el anillo y volvió a mirarla.

—Un recordatorio de mi amor.

Giuliana sentía que moriría de amor esa noche. Era tanta su felicidad.

—Tú nunca necesitarás un símbolo de mi amor. Te lo demostraré todos los días de mi vida.

Tex se puso de pie, levantó a Giuliana en sus brazos y la hizo dar vueltas bajo la luz de la luna. El anillo en su dedo brilló con todo su esplendor, como si su luz sellara el comienzo de una nueva vida juntos.

Sobraban las palabras, eran todas sensaciones, miradas y caricias. Nada era suficiente para calmar el deseo que sentían sus cuerpos.

—¿Y ahora? —preguntó Tex.

Giuliana lo miró confundida.

—Ya eres mía. Podemos buscar tus cosas e irnos —dijo Tex con picardía.

Giuliana sonrió y enredó sus dedos en su cabello rubio. Lo acercó, y susurró a su oído:

—Nos buscaría Interpol si dejo la casa esta noche.

—Ya no puedo estar lejos de ti, te deseo, te necesito y sin ti creo que me vuelvo loco.

—Sólo un poco de paciencia. Siempre estaremos juntos.

Tex no pudo más que sonreír e intentar controlar el deseo ya desatado en su cuerpo.

—Entremos, muero por dar la noticia.

Tex la bajó de sus brazos. Tomó su mano y con paso firme y decidido caminó junto a ella. Estaba tan seguro de lo que hacía y tan feliz que compartiría la noticia con todo el mundo.

Paulina y Lorenzo estaban sentados en la sala. Acababan de despedir a los últimos invitados, cuando vieron entrar a Giuliana con una inmensa sonrisa y el rostro bañado de lágrimas. Tex estaba detrás de ella. Lorenzo, sobresaltado, se puso de pie.

—¿Ha pasado algo?

—Algo maravilloso, papá.

Giuliana corrió los pasos que la separaban de su padre y le dio un abrazo fuerte, sentido. Un abrazo que derritió a Lorenzo. Si había pasado algo, lo que fuera, había hecho a su hija inmensamente feliz.

Tex continuaba de pie y cuando Giuliana liberó a su padre, se acercó y con voz firme anunció:

—Giuliana ha aceptado casarse conmigo.

La felicidad se reflejó instantáneamente en la cara de Paulina y la sorpresa en el rostro de Lorenzo.

—¿Tan pronto?

—No podría pasar ni una hora más lejos de ella.

—Y yo muero por estar a su lado toda la vida —dijo Giuliana.

—¡Felicidades a ambos! —dijo Paulina mientras besaba a su hija.

Lorenzo se acercó a Tex y lejos del acostumbrado apretón de manos, le dio un cariñoso abrazo.

—Dios tiene distintas maneras de bendecirnos. Hoy te acerca a nuestras vidas y con esta propuesta tú nos haces parte de la tuya. Mis ojos te verán siempre como a un hijo y si lo deseas, en mí habrá siempre un padre.

Tex sintió un ardor en la garganta que le impidió hablar, pero Lorenzo supo interpretar su silencio.

Después fue el turno de Paulina. Se acercó a Tex mirándolo con esa dulzura maternal tan propia de ella. Y el abrazo que recibió Tex hubiera podido derretir una piedra.

—Desde hoy sus corazones sincronizan sus latidos. Deseo que el amor, la felicidad y el respeto los acompañen por siempre.

Lorenzo le pidió a Guido que abriera el mejor champagne que hubiera en la casa. Cuando estuvo servido en cuatro copas, brindaron por la noticia que llenaba de felicidad a la familia.

—Pensabas que este no sería más que otro cumpleaños —dijo Paulina a su hija—. No olvides que la vida nunca dejará de sorprenderte.

Tex, tomando a Giuliana de la cintura, la acercó a su cuerpo y le susurró al oído:

—¿Pensaste que no vendría? Yo nunca rompo una promesa.

La sonrisa que siguió derribó cualquier barrera y en un arrebato de puro sentimiento, Giuliana besó a Tex con pasión ante la atenta mirada de sus padres.

—Bueno —dijo Lorenzo—, no terminamos una fiesta y ya tenemos que preparar otra. Me encantan las celebraciones. ¿Ahora sigue la de compromiso? ¿Han puesto fecha?

—Lorenzo, déjalos tranquilos, ya te dirán todo a medida que lo vayan decidiendo —los defendió Paulina.

—Por mí el casamiento podría celebrarse mañana —dijo Tex.

—¡¿Mañana?! —le contestaron a coro.

—Mejor se toman un tiempo para pensarlo —dijo Paulina—, Lorenzo y yo nos despedimos. Ha sido una noche cargada de emociones y seguramente ustedes quieren un momento a solas.

Paulina tomó a su esposo de la mano y se marchó después de dar las buenas noches a la flamante pareja.

—No puedo creer todo lo que ha pasado en una noche —dijo Paulina, entrando en su habitación.

—Y eso no es todo lo que pasará… —agregó Lorenzo mirándola a los ojos y pegando su boca a esa sonrisa familiar.

El beso fue ardiente y amplificó la pasión que ella sentía desde hace tantos años. Conocía a ese hombre de toda la vida y lo había deseado cada segundo de ese tiempo.

Él volvió a reclamar su boca con vehemencia. Paulina cerró los ojos y se entregó a ese dulce placer que sólo sentía entre los brazos de su marido.

En la sala, Giuliana se sentaba junto a Tex mirando su anillo.

—Es el más hermoso que haya visto. Me encanta. Un diamante cortado en un círculo perfecto, el mejor símbolo para la eternidad, el tiempo que tengo planeado amarte. Y los diamantes que lo rodean brillan mágicamente.

—¿Y eso qué significa?

—Que la magia de este amor nos acompañará siempre. Y todos los brillantes incrustados en esta montura de platino, cada uno único y diferente…

—¿En qué te hacen pensar? —interrumpió Tex con curiosidad.

—En todos los niños únicos y especiales que podríamos tener.

El comentario hizo reír a Tex, que volvió a besarla y a abrazarla como si fuera la última oportunidad que tendría de hacerlo.

—¡Ah! Le has puesto una inscripción, “*Amore mio*”.

Giuliana sintió por segunda vez en esa noche que moriría de amor. Y comenzó a besar a Tex ardientemente.

Las primeras luces de la mañana los obligaron a hacer una pausa en sus caricias. Tex obediente, volvió al que ya había sido su dormitorio en esa casa y Giuliana con pesar subió al suyo. Estaba segura de que no lograría pegar un ojo. Moría por gritar a los cuatro vientos todo lo que había pasado la noche en que cumplió veintidós años. La más mágica y maravillosa de su vida.

Después de un baño, se desmayó en su cama. Durmió un par de horas, hasta que se despertó y bajó a desayunar pensando que encontraría a Tex.

—¡Buenos días! —dijo Paulina que desde el comedor veía a su hija acercarse con una sonrisa radiante.

—¡Buenos días, mamá! Estoy tan feliz que todo se ve y se siente mucho más bonito.

Paulina sonrió. La llenaba de emoción ver así a su hija. Sus oraciones nunca fallaban. Desde la partida de Tex había rezado todas las noches para que ese fuera el muchacho indicado. Y los resultados eran evidentes.

—¡Mira el hermoso anillo que ha elegido para mí!

Paulina tomó la mano de su hija y la acercó para apreciarlo en detalle.

—Es verdaderamente hermoso. Un diamante circular e incoloro. Esto es un muy buen augurio. Esta piedra reflejará lo que decidas vestir, no sólo en tu piel, sino en tu alma. La vida está llena de matices y emociones. Cada color es una emoción diferente. Las vivirás todas y siempre serán intensas, no habrá medias tintas. Tu vida al lado de Tex brillará y será del color que elijas.

Giuliana volvió a abrazar a su madre.

—Te quiero tanto. Te dije que estoy feliz, ¿verdad? —dijo Giuliana exagerando cada palabra y haciendo reír a Paulina.

—Lo hiciste y se te nota. ¿Y te dije yo que estoy tan feliz como tú? Ese muchacho también me ha robado el corazón.

—No te culpo, es irresistible —comentó Giuliana llevándose ambas manos al corazón—. ¿Lo has visto?

—Claro, desayuné con él. Tu padre pensó que dormirías hasta tarde y lo

secuestró. Fue imposible evitarlo.

—¿Qué ha dicho papá?

—Que me quedara a disfrutar de mi hija. ¡Está feliz! Quiere una boda y muchos nietos.

Giuliana se emocionó tanto pensando en la maravillosa reacción de sus padres que derramó varias lágrimas.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Por qué lloras?

—De felicidad, mamá. La vida me ha bendecido con los mejores padres del mundo.

Paulina sonrió.

—Gracias. Ahora serás tú la mejor madre del mundo y yo estaré encantada de malcriar a mis nietos.

Mientras madre e hija se emocionaban ante el futuro pleno de dicha que se avecinaba, Tex aprovechó su corta estancia en la fábrica para llamar a Marco. Necesitaba compartir con él lo que acababa de hacer.

—¿Qué has hecho? —se escuchó que gritaba una voz al otro lado del teléfono—. Recuerdo que festejé borracho que dejabas tu vida de soltero, pero me imaginé que eso significaba una novia, no una esposa. ¿La conoces hace cuánto? ¿Tres semanas? ¿Y te casarás?

—Sí, y no sólo eso, estoy feliz de hacerlo, y también, impaciente.

—Entonces me alegro por ti. Y me agrada también que seas el primero en caer. No resistiría los comentarios de Gérard si estuviera en tus zapatos. ¿Ya sabe?

—No todavía. Estoy juntando convicción para cuando me toque hablar con él.

Marco reía con ganas, disfrutando el momento.

—Aprovecho para avisarte que viajo a Buenos Aires. Creo que necesito un cambio de aire. Es el cumpleaños de mi mamá y pienso sorprenderla. Aunque pensándolo bien, mi sorpresa no le hará ni cosquillas cuando le cuente que estás comprometido. Seguro querrá conocer a la novia.

—Será todo un orgullo presentársela. Ya tendremos oportunidad.

—Entonces, amigo, basta de sorpresas, tengo un corazón débil. Te llamaré cuando esté de vuelta en Londres.

Cuando la comunicación terminó, Tex advirtió que no habían hablado de Laura. Se propuso averiguar un poco más sobre esa historia antes de volver a tocar el tema con Marco.

Cerca del mediodía, Giuliana se dirigió a la fábrica. Moría por ver a Tex. Había organizado un almuerzo con sus padres y Sofía, pues quería que fuera ella la primera en saber lo del compromiso. No podía negarle la primicia después de semejante regalo de cumpleaños.

Media hora más tarde, un mensajero tocó la puerta de su estudio. Traía un ramo inmenso de tulipanes de colores que depositó en su escritorio. El ramo tenía una tarjeta: "*Hoy te amo más que ayer*". Giuliana se la llevó al pecho y después la besó. Lo que estaba viviendo superaba cualquiera de sus sueños. Se sentó frente a las flores. Eran preciosas, tulipanes rosas, violetas, blancos, rojos, naranjas, amarillos… Tex le ofrecía todos los colores, todas las emociones.

Al poco tiempo, el mismo mensajero volvió a llenar de flores su oficina. "*El amor existe sólo por ti"* se leía en la nueva tarjeta.

—¿Seguirás trayendo flores? —preguntó Giuliana.

—Es que han comprado todos los tulipanes de la tienda. Mi camión está abajo, sólo cumplo con la entrega.

Giuliana sonrió.

Toda la fábrica estaba al tanto de la noticia. Las flores salían del estudio y se seguían acomodando a lo largo del pasillo.

Cuando el mensajero terminó su entrega, se acercó a Giuliana con un tulipán rojo en la mano.

—Esta flor es la última y la acompaña esta carta.

Giuliana agradeció al mensajero. Cuando este se marchó, besó el tulipán y leyó: "*Gracias por ser parte de mi vida y por dejarme ser parte de la tuya,Tex*".

Los ojos de Giuliana se llenaron de lágrimas. Tex la amaba tanto como ella lo amaba a él. ¿Qué más podía desear?

En ese momento llegó Paulina advertida de todo lo que estaba pasando alrededor de su hija. Entró en su estudio, cerró la puerta detrás de ella y abrazó a Giuliana compartiendo la emoción inmensa que sentía.

—Mejor no hagamos esperar a nuestros hombres —dijo Paulina con complicidad.

Un rato más tarde, salieron juntas, sonrientes, rebosantes de felicidad.

Cuando madre e hija llegaron, encontraron a Tex y a Lorenzo conversando animadamente.

—Se llevan bien —observó Giuliana.

—Más que bien. Tu padre parece encantado con Tex. Se siente orgulloso de él y lo respeta. Creo que se identifica con parte de su historia.

Cuando se acercaron a la mesa, los hombres se pusieron de pie para recibirlas. Giuliana saludó primero a su padre, luego se acercó a Tex y se demoró en sus labios.

—Gracias por las flores, son hermosas.

Tex no sabía cómo evitar que todo su cuerpo se tensara con el roce de sus labios, pero Giuliana provocaba eso y mucho más en él. La deseaba con cada músculo de su cuerpo. No sabía cuánto más podría resistir sin hacerla suya. Estaba hermosa con su vestido de verano color fucsia y sus sandalias altas al tono. Adoraba su pelo castaño, largo y ondulado que caía sobre sus hombros y esos ojos verde esmeralda que lo miraban con tanto amor. Era la visión más adorable del mundo. Sus curvas perfectas y sus labios carnosos que acababan de posarse en los suyos estaban haciéndolo delirar de deseo.

Sofía interrumpió su ensueño con una ruidosa llegada, deteniéndose a saludar varias veces y alargando la espera que hacían de pie Tex y Lorenzo.

Dio a todos un beso y dejó que Tex acercara su silla.

—Todos están tan felices que da gusto verlos. ¿Me cuentan por qué?

Giuliana mostró su anillo, y Sofía se llevó ambas manos a la boca para ahogar una exclamación. En sintonía con su espontaneidad, se puso de pie y abrazó a su amiga primero y a su prometido después.

—Te dije que la sorprendieras con un regalo de cumpleaños, pero creo que exageraste —bromeó riendo de felicidad—. Es un anillo hermoso, con un diseño muy original. Perfecto para la flamante novia. ¡No lo puedo creer…, estás comprometida! Y, ¿puedo preguntar qué sigue?

—Sí, llevarme a Giuliana a Londres por el fin de semana —dijo Tex con determinación.

Todos lo miraron sorprendidos

—¿Piensan vivir en Londres? —preguntó Lorenzo con angustia.

—Todavía no lo decidimos. Es una posibilidad, pero yo hablaba de llevarla a una fiesta a la que no puedo faltar. Una a la que me encantaría ir acompañado.

—Claro que irás acompañado. A esa fiesta y a todas las demás.

—Eso sonó muy posesivo —dijo Sofía entre risas.

Todos en la mesa hablaban sobre la fiesta, menos Lorenzo que se mantuvo callado, casi meditabundo. No había pensado en la posibilidad de que

Giuliana se casara y se fuera a vivir a otro país. Era su única hija, su única heredera. Nada de lo que había logrado en Milán tendría sentido si ella se iba lejos. Y no sólo eso, él moriría de pena sin poder estar cerca de su hija y sus futuros nietos. ¡Tenía que pensar en algo urgente! Tenía que evitar de algún modo que Londres fuese una posibilidad.

El almuerzo fue animado. Sofía divirtió a todos con sus anécdotas y algunas confesiones.

—Ahora que estás comprometida y ha terminado tu búsqueda, quedaré sola de niña exploradora. Lo bueno es que ya hay objetivos más claros.

Todos la miraron sin entender.

—Me lo imaginaba. ¿Mariano te ha invitado a cenar? —dijo Giuliana.

—No, amiga mía. Pero lo hará, en un par de meses cuando viajemos a cubrir juntos un gran evento.

—¿De qué se trata? —preguntó Lorenzo con curiosidad.

—De una feria sobre tecnología. Un grupo de locos inversionistas venden aire, y literalmente están haciendo una fortuna. Han invertido en tecnología para teléfonos celulares. Los prototipos funcionan muy bien y ellos venden espacio aéreo para esas frecuencias. Suena loco, pero es todo un éxito —explicó Sofía.

—Me imagino. El negocio de las comunicaciones es de los más rentables. Y ha crecido inmensamente en este último tiempo. ¿Quiénes son estos hombres?

—Un grupo selecto, en el que se destacan cuatro. No sabemos sus nombres, hasta ahora son anónimos detrás de un nombre de fantasía. Veremos qué más podemos averiguar.

—Pero se ha escapado el punto importante. ¿Quién es Mariano? —preguntó Tex cambiando el tema.

—¿Te has alojado en casa de Sofía y no te ha hablado de él? ¿Cómo lograste el milagro? —preguntó Giuliana en tono burlón.

—No le hagas caso. No hablo tanto de él. Es mi jefe en el diario, en realidad, es el director. Al principio no me parecía interesante, pero estoy comenzando a cambiar de opinión —dijo Sofía.

—¿Y por qué al principio no te interesó? —preguntó Tex.

—Porque tiene unos cuantos años más que tú —contestó Sofía con sarcasmo.

—¿Y eso significa que soy un viejo o que estoy en el límite autorizado?

—Algo así —replicó Sofía, riendo ante la cara de sorpresa de Tex, y su risa contagió a todos.

—Giuliana tendrá que lidiar con un hombre mayor en poco tiempo —dijo Sofía.

—Intentaré permanecer en forma —se defendió Tex.

—No te preocupes, amor, el que tendrá que esforzarse es Mariano, que es mayor que tú y tendrá que soportar a Sofía si la cosa prospera.

—¿Cuántos años más que yo? —preguntó Tex.

—Siete años más.

—Ese sí es un viejo, Sofía, y tendrías que presentármelo. Además ya casi somos hermanos… —dijo Tex sonriendo.

—Ojo con él, Sofía —advirtió Paulina—, cuídate de esos que logran permanecer invictos tanto tiempo.

—Mamá, la especialidad de Sofía es terminar con los invictos —dijo Giuliana con convicción.

La charla siguió animada. Pocos en el restaurante tuvieron la posibilidad de satisfacer su curiosidad ya que debido a Tex, todos hablaron en inglés, haciendo difícil descifrar el motivo de tanta alegría.

Luego de un café, Lorenzo y Paulina se disculparon dejando solos a los jóvenes y Sofía no esperó mucho más para despedirse de la flamante pareja.

—Debo volver al diario.

—¿Una cita?

—Tex, no te preocupes. Cuando la consiga, serás el primero en saberlo.

Giuliana y Tex aprovecharon para caminar por la galería Vittorio Emanuele. Al pasar cerca del toro, donde los turistas esperaban su turno para pedir un deseo, la mirada divertida de Tex la sorprendió.

—¿Qué miras? —preguntó curiosa Giuliana.

—A mi cómplice. Aprovechaba para darle las gracias.

—¿Quién es tu cómplice?

—El toro…

—¿El mosaico del toro? —preguntó incrédula.

—Sí, ¿por qué la risa?

—Porque es un mito para los turistas. ¿Acaso te ha cumplido tu deseo?

—Sí, y era lo que más quería en el mundo.

—¿Sí? ¿Y qué era?

—Tú.

Giuliana se colgó de su cuello, reclamando sus labios con ardor. Tex la besó apasionadamente, sintiendo cómo el infierno se desataba dentro de su cuerpo. Casi sin aliento le susurró al oído:

—Eres mi tormento. Te deseo con locura, con lujuria.

Giuliana se apretó a su cuerpo y sus labios dibujaron la palabra “Londres” y como sellando una promesa, lo besó.

Esa noche, Lorenzo cenó a solas con su mujer.

—Se te ve feliz —dijo mirando la sonrisa que no abandonaba los labios de su esposa.

—Estoy muy feliz por dos motivos: Giuliana ha sabido escuchar a su corazón, y Tex ha pasado todas tus pruebas. ¿Qué más puedo pedir?

—Yo pediría que se queden a vivir en Milán. Hoy cuando escuché que Londres era una alternativa sentí que se abría el piso debajo de mis pies. No soportaría tener a mi hija y a mis nietos lejos.

—Soy italiana, Lorenzo, si fuera por mí los tendría a todos bajo mi techo. Tienes que resolverlo. Apelo a todo tu ingenio para que lo logres.

—Tus deseos son órdenes mi amor. Haré todo y más para tenerlos cerca.

Paulina tomó la mano de Lorenzo y la apretó fuertemente. Lo amaba y el paso del tiempo sólo lograba acrecentar ese amor.

Capítulo 7

Enzo Bertolini gritaba a su ayudante mientras le daba los nombres de los clientes que estaban retrasados en sus pagos o que aún tenían deudas a causa del juego o las drogas.

—Te he dicho que me des el nombre del imbécil que encabeza la lista.

—Franco….

—Ese infeliz usa mi dinero para aparentar ser un hombre de negocios próspero. Ni su familia ha descubierto que ha perdido todo. Es un hombre débil, un inepto. Su último intento es un matrimonio de conveniencia.

—Sí, ha dicho que en un mes podrá manejar el dinero de la muchacha y pagará.

—¡Yo no tengo un mes para esperarlo! Quiero que le hagan saber de manera convincente que sólo tiene quince días para juntar lo que me debe o toda Italia se enterará de que es un fraude, un bueno para nada.

—¿Qué más tienes ahí?

—No mucho, Pittsburgh se ha ocupado como un purasangre de amedrentar a todos tus deudores y ha sido muy eficiente en las cobranzas.

—Eso me gusta. Que sea él quien visite a Franco… así estaré seguro de verlo pronto por aquí con mi dinero.

—¿Para cuándo quieres la visita?

—Que Pittsburgh viaje esta misma noche a Milán. Quiero que le dé el susto de su vida a ese parásito que ya ha acabado con mi paciencia. Si no puede pedir dinero a su futura esposa que lo saque de alguna parte. No es mi problema.

Por la mañana, Marco llegaba a Buenos Aires. Pedro, el capataz y hombre de confianza de su padre, había cumplido con su pedido al pie de la letra. Una camioneta con el logo de la estancia en una de sus puertas lo esperaba en el

estacionamiento del aeropuerto de Ezeiza. Y como siempre, las llaves estaban escondidas sobre una de las ruedas delanteras, lo que le recordó el millar de veces que Pedro había sido su cómplice en sus salidas de adolescente, cuando le prestaba su camioneta para sus primeras citas. La misma camioneta en la que había aprendido a manejar de niño.

Crecer en la estancia de sus padres había dado como resultado una niñez y una adolescencia envidiables. Pero los momentos felices se empañaban con el recuerdo de Laura que reaparecía en sus pensamientos con insistencia. No sabía cómo evitarlo. Huía, pero ella lo seguía a todas partes. Sentía que los unía algo mucho más fuerte que el amor de una noche. Había algo más entre los dos y, sin embargo, ella estaba en Italia y él había cruzado un océano en la dirección opuesta.

Manejó disfrutando del paisaje hasta llegar a La Escondida. Al verla pensó en lo acertado del nombre. El arquitecto había logrado ocultar una casa de tres mil metros cuadrados entre árboles centenarios y lomadas. Sólo después de recorrer más de un kilómetro bajo un camino lleno de plátanos se lograba entrever los techos que anunciaban el estilo colonial de la estancia.

Miró con añoranza la casa donde había pasado los mejores años de su vida. Volvía buscando la paz que no encontraba desde el alejamiento de Laura.

Estacionó la camioneta frente a la casa de Pedro y caminó hacia la sala principal. Era el cumpleaños de su madre y tenía serias intenciones de sorprenderla. Si la rutina no había cambiado, estaría desayunando en la galería.

—¡Feliz cumpleaños a la mujer más especial de mi vida! —dijo al verla.

Marco se acercó a su madre y le dio un fuerte abrazo, que ella devolvió con toda la ternura de la que era capaz.

—No lo puedo creer. ¡Estás aquí! Nunca pensé que vendrías.

—¿Y por qué? ¿Cuándo me he perdido tus cumpleaños? Nada impide que esté contigo en tu día.

Josefina no podía disimular la alegría que le provocaba tener a su único hijo en casa. Compartieron un desayuno lleno de anécdotas y Marco se puso al tanto de las novedades y las actividades que estaban previstas para el festejo.

—Tu padre está en la ciudad, ya sabes, como todos los años intentará sorprenderme con algo. Y seguro lo logrará —dijo llena de emoción.

—Pero te ha dejado desayunando sola.

—Es mi segundo desayuno, tal vez inconscientemente esperaba

compartirlo contigo.

Marco sonrió y en esa sonrisa, Josefina advirtió cierta tristeza.

—Cuéntame, ¿qué pasa con este hombre de dura fachada que deja entrever un pedacito de pena?

Marco la miró con sorpresa.

—Soy tu madre, ya sabes…

—Puedes leer mi frente y saber qué me pasa —se apresuró a decir.

—Exacto, es mi frase célebre.

—Pero no lo sabes y no creo que esta vez puedas descifrarlo.

—No lo sé, pero si lo adivino, ¿hablaremos del tema antes de que llegue tu padre?

Marco asintió.

—Un corazón herido te trajo hasta aquí y no te atrevas a negar mi profecía.

—Pero…

—Tendrás cien años y seguiré leyendo tu frente.

—Sólo se trata de un amor no correspondido.

—¿Existe la mujer que pueda resistir a tus encantos?

—En realidad yo no resistí a los suyos y ella cedió a los míos, pero después huyó de mí. Y desde entonces, intento hacer lo mismo, huir de su recuerdo. No puedo sacarla de mi corazón, sin importar lo lejos que vaya.

Josefina, mirándolo, dijo:

—No se huye del amor. El amor es la meta de todo ser humano. Se puede huir de una circunstancia particular. Huye aquel que está asustado, se huye sólo por temor. ¿Por qué dices que huyó de ti?

—Porque dijo que no la buscara.

—¿Y decidiste que fuera esa la primera vez en tu vida que serías obediente?

Marcos sonrió.

—Si una mujer te hace vibrar en sus brazos y huye, la sigues. Cuando encuentras el amor, no siempre es el momento oportuno, pero insistes y el momento llega. Y ese amor florece. Pero para amar hay que arriesgar todo. Tienes que demostrarle que estás dispuesto a todo por ella.

—Pero ella confesó ser cobarde.

—¿Y lo eres tú?

—¡Mamá!

—Estás huyendo de lo que quieres. Ella hizo lo mismo. Si ninguno cambia

de actitud, pierden los dos.

—¡Ni siquiera la conoces!

—Es verdad, pero debe ser especial o no le dedicarías tanto tiempo a su recuerdo.

Marco quedó en silencio y su mirada se oscureció. Josefina, afligida, buscó cambiar de tema para alegrarlo:

—Hijo, mejor te sacas ese traje. Hay unos caballos nuevos que deberías probar. Tengo un favorito que acaban de amansar. Le he puesto Milano. Tal vez te guste —dijo mientras lo besaba en la frente. Sabía que había ganado un punto con esa charla.

Su hijo se quedó mirando en dirección a los establos. No podía creer que a pesar de los años y la distancia, su madre necesitara sólo unos minutos para leer su alma. Y como si eso fuera poco, su caballo preferido se llamaba Milano.

Se dio una ducha para despejar la mente. Se vistió y buscó sus botas de montar. Probar a Milano sería el próximo paso. Caminó con ese objetivo hasta los establos donde se encontró con su padre que acababa de llegar.

—¡Marco! ¡Qué alegría! Tu madre estará feliz de tenerte en casa.

—¡Hola, papá! ¿Cómo estás?

—Intentando hacer buena letra —dijo con una cálida sonrisa—. ¿Ya te ha contado de Milano? Es su niño mimado.

—Me dijo que lo probara.

—Hazlo, te encantará. Es suave, ágil y todo lo veloz que quieras. Tus tacos están en el lugar de siempre y la cancha es una belleza.

Marco montó y entró en la cancha con un galope suave. Disfrutaba del sentimiento de libertad que desde niño le provocaba el viento en la cara. Hizo unos tiros concentrado en la bocha que se movía caprichosa de aquí para allá sobre un manto verde. Milano comenzó una carrera agitada detrás de ella, demostrando su agilidad y destreza, pero nada lograba que Marco dejara de pensar en Laura.

—Milano, ¿acaso mi madre tenía planeado atormentarme cuando te dio este nombre? Veamos si eres tan bueno como dicen.

Marco sintió algo parecido a la felicidad cuando al ritmo del galope su mente dejaba atrás los recuerdos. Milano era un animal estupendo, rápido, vivaz. Galoparon hasta que el animal reclamó una pausa.

La Escondida se vestía de fiesta. Una enorme carpa blanca se montaba en

el jardín. Se colocaban luces adicionales y el lugar se llenaba de flores. Definitivamente, el cumpleaños de su madre no era algo que pasara inadvertido.

Desde que tenía memoria, su padre festejaba ese día como el más especial de todos. Si de algo estaba seguro era del amor que ellos sentían. Como decía ese poema que alguna vez había leído, "ellos eran amigos, cómplices y todo". Y él no quería nada menos que eso, quería a Laura.

Con el atardecer llegaron los primeros invitados. Marco saludó a todos al lado de su madre, vestido con un elegante esmoquin negro.

Josefina estaba radiante de felicidad, escoltada por los dos hombres de su vida.

Marco descubrió que su madre había roto la tradición de sentarlo en su mesa, pero se alegró de descubrir caras conocidas en la que le habían asignado. Su prima Verónica y sus amigos le hacían señas, divertidos de tener al hijo pródigo con ellos.

—¡Primo, tanto tiempo! Estás hecho un adonis.

Marco la abrazó cariñosamente.

—Y tu lengua no ha dejado de crecer —dijo en tono burlón.

—Es todo un mérito. Deberías valorarlo.

Marco saludó a todos los que compartían su mesa, mientras Verónica se encargaba de las presentaciones. Advirtió que allí estaban ubicadas las mujeres más lindas. "Mamá no da puntada sin hilo", pensó.

Conversó y bailó con todas, pero con ninguna sintió nada. Ninguna era Laura. Ninguna tenía el poder de excitarlo sólo con una caricia, sólo con un roce.

Cuando la fiesta terminó y todos los invitados se fueron, Marco se sentó en la sala y compartió un trago con su padre.

—¿Qué te ha parecido el festejo? —preguntó Emilio interrumpiendo los pensamientos de su hijo.

—Una prueba de que la Argentina sigue teniendo las mujeres más hermosas.

—Me alegro de que hayas recreado la vista. Vi que tuviste tiempo de bailar y conversar con varias de ellas.

—Sí, es reconfortante saber que hay mil mujeres para amar.

Emilio hizo un silencio largo, como si se perdiera en sus recuerdos.

—Es cierto, hay mil mujeres que podrías amar. Pero si tienes suerte como

yo, habrá una que tocará tu corazón y podrás amarla de mil maneras distintas.

Marco tomó su vaso y apuró un trago de whisky. Necesitaba calmar la furia que le provocaba saber que había dejado escapar a esa mujer. A la única mujer que deseaba con locura.

Esa misma noche en Milán, Franco salía de un bar y se dirigía a su auto con las llaves en la mano. De pronto, sintió un gigante a sus espaldas. Se volteó y el terror se apoderó de su cuerpo. Comenzó a sudar mientras su voz temblaba.

—Pagaré, ya lo he dicho.

El gigante no habló, sólo se le acercó mientras Franco retrocedía hasta chocar de espaldas contra su auto.

—Necesito un mes para disponer de los fondos necesarios —dijo intentando una defensa.

Pittsburgh le dio un fuerte golpe en la boca del estómago que lo tiró de rodillas al piso. A eso le siguió una patada a la altura de los riñones. Luego lo levantó del cuello y lo apoyó sobre el automóvil, mientras Franco lloraba como un cobarde.

—Agradece los quince días que te ha dado el jefe. Y agradece todavía más que me haya pedido que no deje marcas visibles.

Recibió unos golpes más. El último fue un rodillazo en los testículos que desfiguró su rostro de dolor.

—No lo olvides, quince días o lo lamentarás. Esta fue sólo una visita amistosa.

Franco no pudo articular palabra. Todo su cuerpo temblaba de dolor y se convulsionaba con su propio llanto. Quedó tirado en el estacionamiento un par de horas hasta que, con gran esfuerzo, pudo abrir su auto y conducir hasta su departamento.

Lo habían humillado. Su furia y su impotencia no encontraban límites. Necesitaba el dinero de Laura y lo usaría para vengarse de todos esos matones que lo trataban como a un insignificante parásito. Se vengaría de todos y se valdría de cualquier medio para lograrlo.

Capítulo 8

Lucca llevaba a Giuliana y a Tex al aeropuerto de Milán. Ella se veía feliz, pues los días después del compromiso habían sido mágicos.

Cuando finalmente llegaron a destino, Giuliana vio que Lucca se desviaba hacia la zona de vuelos particulares y se preocupó.

—Lucca, creo que vamos en otra dirección.

—No, amor, le he explicado a Lucca hasta dónde debe acercarnos.

Giuliana miró a Tex sorprendida.

—Conocerás mi avión en este viaje —le dijo a modo de explicación.

—Pero nunca me dijiste...

—No te diré mucho más, prefiero que me vayas conociendo y descubriendo de a poco, como hasta ahora.

Su sonrisa fue suficiente para desvanecer cualquier duda.

Iván, el piloto, esperaba a los pasajeros de pie junto al avión que esa tarde los llevaría a Londres. Tex lo saludó con un amistoso apretón de manos y le presentó a Giuliana como la futura señora Cooper.

Se acomodaron en sus asientos y unos minutos más tarde ya habían despegado.

—¿Por qué es tan importante la fiesta a la que asistimos? Hasta ahora sólo sé que debo vestir de gala porque has tenido la gentileza de avisarme.

—Esperaba este momento para contarte. Iremos a un matrimonio hindú. Se casa el hermano menor de un gran amigo mío.

—Nunca me has hablado de este amigo. ¿Cómo se llama?

—Kumar Singh.

—¿Desde cuándo son amigos? ¿Cómo lo conociste?

—Fue hace mucho tiempo. Yo tenía 12 años y acababa de enterarme por una tía de que mis padres habían muerto en un accidente. Fue tan duro el golpe, tanto el dolor, que sentí la necesidad de escapar, correr hasta que mi cuerpo no resistiera más. Abrí la puerta de casa y salí aturdido en medio de una tormenta

de nieve. Corrí con el viento helado en la cara, hundiendo mis piernas en la nieve que vestía de blanco la ciudad. Cuando cruzaba la calle en dirección a Green Park, el auto de Kumar, conducido por su chofer, me atropelló. El chofer intentó frenar, pero el auto patinó en el hielo y el choque fue inevitable. Cuando me desperté en la cama de un hospital, Kumar estaba sentado a mi lado. Se presentó, me explicó lo sucedido y me pidió disculpas. Yo no podía hablar, pues recordaba el motivo de mi huida. Lloré en silencio. Kumar se afligió pensando que mi dolor era físico y me dijo que necesitaba avisarles a mis padres lo que había pasado, que le dijera sus nombres para poder ubicarlos. Esperó pacientemente a mi lado hasta que puede explicarle que mis padres habían muerto y le pedí que llamara a mi tía Margaret. No pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas y el orgullo hizo que escondiera el rostro en la almohada. Él se retiró de la habitación dándome la privacidad que necesitaba para llorar mi pena. Ubicó a mi tía, que me buscaba en todos los hospitales de Londres y escuchó de ella la historia sobre el accidente de mis padres. Según él, nada pasa por casualidad, por ello sintió que el destino lo había puesto ahí por un motivo particular. Se convirtió en mi protector, mi mentor. Tenía en ese momento 32 años y ya era un exitoso empresario hindú. Con autorización de mi tía Margaret, manejó el pequeño fideicomiso que habían dejado mis padres y lo acrecentó. También se aseguró de que recibiera la mejor educación posible. Siempre estuvo presente en los momentos importantes de mi vida. Ahora yo lo asesoro en algunas de sus inversiones y somos socios en otras.

—Entonces Kumar es muy importante para ti.

—Muy querido para mí. Él y su familia. Su esposa Nidra es una mujer encantadora. Y sus hijas también. Te gustará mucho conocerlas.

—Será un placer.

—Siempre es bueno volver a verlos, pero lo mejor será darles la noticia de nuestro compromiso.

Tex sujetó la cara de Giuliana con ambas manos y reclamó sus labios sin reservas. Ella sintió cómo su cuerpo reaccionaba ante el estímulo y se entregó a esa excitante invasión.

De repente, la intimidad que disfrutaban fue interrumpida por la azafata, que inocentemente se acercó para ofrecer unas bebidas. Ante la escena no pudo más que ruborizarse por su inoportuna asistencia.

Giuliana sufrió el mismo efecto. Fue Tex quien, con su infalible sonrisa,

suavizó el momento y ordenó vino blanco para los dos.

—Me vuelves loco, es imposible resistir tanta belleza.

Giuliana respondió con una sonrisa.

La azafata volvió con las bebidas que habían ordenado. Se aseguró de que eso fuera todo lo que necesitaban y en unos segundos volvió a dejarlos solos.

—¿Es verdad que Laura también está comprometida? A ella no le has contado lo nuestro. ¿Por qué?

—Sí, está comprometida. No porque ella lo haya dispuesto, se trata de un matrimonio arreglado. De hecho, no la hace feliz, la atormenta. No supe cómo contarle lo nuestro, cuando sé que para ella un compromiso es lo más parecido al calabozo.

Tex no daba crédito a lo que había escuchado.

—¿Un matrimonio de conveniencia? ¡Pensé que eso ya no existía, por lo menos en el mundo occidental! Es una mujer mayor de edad, ¿cómo puede aceptar que dispongan de su vida de esa manera?

—El padre de Laura, Donato Bacco, es un personaje bastante particular. Un hombre con pensamientos prehistóricos, no sólo anticuados sino también bárbaros. Sus hijas le temen, jamás ninguna ha osado contrariarlo. Se someten a su voluntad absolutamente en todo, de lo contrario las amenaza o extorsiona. La vida de Laura nunca ha sido fácil. Su hermana mayor tuvo el mismo destino.

—Pensé que entre Laura y Marco pasaba algo…

—Laura lo ama con locura, pero el miedo que siente sólo de imaginar la situación que debería enfrentar, le nubla la razón y la llena de remordimiento. Es triste, pero esos son los sentimientos que la aterrorizan.

—No entiendo, Marco tiene todo el coraje que ella necesita. Es capaz de convertir su pesadilla en un cuento de hadas. ¡Él también la ama!

—¿Cómo sabes eso?

—Porque lo vi cuando estuve en Londres. Y desde que conoció a Laura no ha vuelto a ser el mismo. Ella es lo único que ocupa sus pensamientos. Y eso es de verdad algo difícil de lograr.

—¿Y por qué no han vuelto a verse? Tal vez si se confesaran lo que sienten…

—Laura le pidió que no la buscara. Eso hirió el orgullo de Marco. Cree que ella lo rechazará y eso es algo que nunca se permitirá.

—Laura piensa que así lo protege de su padre, estoy segura de eso. Ella

siempre está dispuesta a asumir las consecuencias del castigo si con eso resguarda a alguien que quiere. Me lo dice la experiencia.

—Pero se equivoca, si hay alguien que no necesita protección es Marco. Es un titán con un corazón inmenso.

—Yo no sabía que Laura le había prohibido buscarla. Hablaré con ella cuando estemos de vuelta.

Iván anunció por los parlantes que estaban a pocos minutos de aterrizar. Tex tomó la mano de Giuliana. Tal como se había prometido, no volvía solo a Londres.

Un Rolls-Royce color plata esperaba en la pista y parado a su lado estaba James. Tex ayudó a Giuliana a bajar mientras el chofer abría la puerta trasera del automóvil.

—James, la mujer más hermosa de todas y la futura señora Cooper, en la misma persona.

James le extendió la mano en un formal saludo y ella le devolvió una dulce sonrisa.

Ya en el auto, Giuliana comentó:

—Una presentación muy barroca, ¿no te parece?

El comentario lo hizo reír. Confirmaba así lo incómoda que se sentía ante los halagos y esa humildad le gustó.

Londres los recibió con sol. El recorrido fue hermoso y Giuliana no dejaba de asombrarse ante el majestuoso paisaje.

—Una ciudad muy diferente de la que conocí de mochilera.

—Yo pondré Londres a tus pies, mi amor.

James intentaba una mirada disimulada a través del espejo retrovisor. La imagen que le devolvía confirmaba lo acertado de la decisión. Se trataba de una mujer estupenda, tenía clase sin dejar que eso le robara naturalidad. Sus ojos le llamaron la atención, eran cautivadores.

Cuando se acercaban a Hyde Park, Giuliana confesó que soñaba con poder disfrutar ahí de un buen recital.

—Iremos, te lo aseguro —bromeó Tex mientras James estacionaba el auto en la puerta del edificio—, pero caminando.

—¿Vives frente a Hyde Park? ¡Me encanta! Sofía morirá cuando le cuente. Exigirá un cuarto de huéspedes.

James les abrió la puerta y Tex ayudó a Giuliana a salir del auto.

El hall de entrada era amplio, revestido de mármol y decorado en un estilo

contemporáneo, con alfombra y sillones de cuero. Una inmensa araña de cristal lo iluminaba.

Subieron al ascensor, las puertas se cerraron, y Tex dejó que Giuliana adivinara cuál era su piso. Sin dudar, ella apretó el noveno.

—¿Cuál es el secreto? ¿Cómo lo sabías?

—El nueve es mi número de la suerte, lo habría marcado de todos modos.

Tex la abrazó. La amaba a ella y a toda su superstición.

—El séptimo es el de Marco —dijo.

—No sabía que vivían en el mismo edificio. ¿Lo veremos en la fiesta?

—No, Marco ha viajado a la Argentina. No sé cuándo regresará.

El número nueve se iluminó y las puertas del ascensor se abrieron. Tex tomó la mano de Giuliana y la guió hasta una imponente puerta de dos hojas. Esta se abrió sobre una sala amplia rodeada de enormes ventanales que ofrecían una vista fascinante de Hyde Park en todo su esplendor.

Para sorpresa de Giuliana la sala estaba llena de tulipanes rojos, que hacían que la pasión flotara en el aire. Toda la escena hizo que se le erizara la piel. La magia comenzó a salir de un piano, como si cada nota intentara que la impresión de ese momento resultara inolvidable. Giuliana se acercó al instrumento hipnotizada por su melodía. Las manos de Tex bailaban sobre las teclas y las de ella se posaron ansiosas sobre sus hombros y comenzaron un atrevido recorrido, logrando así hacer temblar su cuerpo atormentado por el deseo. La canción terminó y ellos se fundieron en un abrazo.

Cuando la boca de él liberó la suya, Giuliana susurró un “gracias”. Él la miró con adoración.

El comedor se alumbró de pronto. Giuliana miró en esa dirección y sus ojos volvieron buscando los de Tex.

—No creo que pueda resistir otra sorpresa.

—Sólo será una cena —dijo él con la más sensual de sus sonrisas.

Para Tex esa cena era sólo el preámbulo de sus verdaderas intenciones. Ella, en cambio, disfrutaba de cada sensación, de cada detalle. La música de fondo exaltaba su sensibilidad, volviéndola vulnerable en ese juego del amor.

Las copas se llenaron de champagne y la comida llegó en dos platos cubiertos por vistosas campanas de plata. Una vez en su sitio, unos guantes blancos descubrieron unos vistosos *fettuccine ai frutti di mare*.

Una inmensa sonrisa se dibujó en los labios de Giuliana.

—¡Mi plato preferido!

—Los ingleses también sabemos prepararlo —asintió Tex, satisfecho.

Giuliana levantó su copa mirándolo a los ojos con amor, y él se apresuró a decir:

—¡Por una vida juntos! —Y el sonido del cristal selló la petición.

No podían dejar de mirarse. La sonrisa de Tex ejercía sobre Giuliana un efecto fulminante. Era un hombre romántico y sensible aunque su exterior mostrara arrogancia y determinación. Era una mezcla idílica de fortaleza y ternura.

Tex sabía que ella era de todas sus conquistas la única que lo hacía inmensamente feliz. Era todo lo que él esperaba de una mujer.

La música comenzó a sonar más fuerte. Tex se puso de pie y corrió la silla de Giuliana, ofreciéndole su mano. La guió a la sala y con una mano en su cintura, la atrajo a su cuerpo. Por los parlantes se escapaba una canción en italiano que llenaba la sala. Comenzaron a bailar lentamente, girando al ritmo de la música.

—¡Champagne…! —suspiró Giuliana.

—"*… per brindare a un incontro con te*" —entonó Tex en su precario italiano.

—Me encanta su letra, es delicioso bailarla contigo.

—Será nuestra canción, entonces.

Tex bailaba y sus manos aprovechaban para recorrer el contorno de Giuliana, deteniéndose en sus curvas. Su cuerpo estaba rígido. La sensualidad que emanaba la mujer que bailaba en sus brazos era embriagadora y lo llenaba de deseo.

La canción terminó y sus labios se encontraron en un beso dulce. Tex separó sus labios y dibujó con ellos una palabra. "Londres". Giuliana sonrió. El momento que ambos habían deseado llegaba para completar el amor que se profesaban.

La dulzura reflejada en los ojos verdes que lo miraban, hicieron vibrar de deseo el cuerpo de Tex. Unió su cuerpo al de ella y reclamó su boca como un sediento el agua. Sus caricias se volvieron más audaces y atrevidas. La respiración agitada de ambos delataba el deseo abrasador del que eran víctimas sus cuerpos.

Tex repasó con sus dedos el contorno de sus senos. Sus manos ágiles desabotonaron la camisa de seda, que se abría para mostrar una piel suave y unos senos firmes y sugestivos bajo un delicado encaje. Su boca llenaba de

besos su cuello, mientras ella se aferraba a su cabeza, enredando los dedos en su cabello. Tex levantó en sus brazos a Giuliana y caminó en dirección a su dormitorio. Entraron y él cerró con un pie la puerta a sus espaldas. Bajó a Giuliana a pasos de su cama. La abrazó y sus ojos se encontraron. Sin dejar de mirarla, sus manos abrieron la camisa de seda que se deslizó suavemente por los brazos de Giuliana. Liberó sus senos y los cubrió con su boca. Su lengua los acariciaba y ellos respondían irguiéndose desafiantes.

Giuliana sujetó a Tex de la cintura, aprisionándolo contra su cuerpo. Su cabello cubría su espalda desnuda. Los besos de Tex abandonaron su cuello y devoraron sus labios.

Su falda no se demoró en caer al piso. Tex recostó a Giuliana sobre la cama mientras la miraba inflamado de deseo. Estaba dotada de una femineidad voluptuosa. Sus senos eran perfectos, su cintura estrecha y mágica la curva que dibujaban sus caderas. Tex comenzó a desvestirse sin poder despegar sus ojos del espectáculo que se desplegaba sobre su cama.

Se acostó a su lado sin tocarla y luego la cubrió de besos. Acarició sus muslos, buscando su humedad con la boca y su lengua decidida la hizo jadear. La respuesta de ella lo enardecía. Su sexo latía entre sus piernas. La cubrió con su cuerpo y la penetró con suavidad, sintiendo a su paso la tibieza de su vagina y la contracción de sus músculos que lo succionaban de una manera deliciosa.

Ella se abrazó a su cuello y envolvió su espalda con sus piernas. Tex la miró con ferocidad. Ella se dejaba amar, plena, dichosa con cada movimiento que él hacía buscando internarse en lo más profundo de su ser.

Él se fundía en ella y el deseo hacía los movimientos cada vez más violentos. La respiración de ambos se agitaba y sus lenguas se enredaron en un beso. Tex levantó el torso y ella, aferrándose a sus hombros, sintió el éxtasis explotar en su interior. Temblaron y una mueca de placer se dibujó en sus rostros. En un abrazo, sus cuerpos encastrados encontraron contención. Tex la pegó a su cuerpo y ella escuchó el rugido de su corazón. Giuliana, satisfecha, se acomodó en sus brazos. Él, embriagado de deseo, volvió a amarla.

La luz de la mañana despabiló a Giuliana. Abrió los ojos buscando a Tex, pero él había dejado la cama. Con calma, sus ojos recorrieron la habitación, demorándose en los detalles que la sorprendían por su estética, como una moderna lámpara de pie de estilo cinematográfico o un exquisito sillón de lectura que combinaba cuero, madera y acero. Al bajar de la cama descubrió

que era bastante baja. Un diseño original se empeñaba en simular que flotaba y escondía las patas del somier a la vez que el colchón no cubría toda la superficie. Los colores de la habitación, chocolate, rojo y negro, reflejaban el cálido temperamento de Tex.

De pronto, Giuliana escuchó ruidos. Estiró su mano hasta alcanzar la camisa de Tex y se la puso. Al sentir su perfume, cerró los ojos y lo disfrutó. En un acto que le pareció osado, salió de la habitación sólo con esa cubierta. Se asomó a la sala con cuidado y vio a Tex leyendo las noticias con una humeante taza de café a su lado.

—¡Buenos días!

Tex bajó el diario y no dio crédito a la imagen que le revelaban sus ojos. La mujer más hermosa y sensual del mundo lucía su camisa con el glamour que ostenta una actriz sobre la alfombra roja. La había amado toda la noche; sin embargo, su cuerpo reaccionaba instantáneamente al tono de su voz.

—¡Buenos días! —dijo Tex mientras la abrazaba y se rendía a sus labios —. Esa camisa te queda muy bien, pero muero por quitártela.

—Inténtalo.

Sin dejar de mirarla a los ojos, como hechizado, comenzó a desabotonar la camisa, demorándose una eternidad en cada botón. Ella lo desafiaba, él exploraba su resistencia.

Tex vibraba no sólo por la excitación que Giuliana le provocaba, sino por saber que sus caricias tenían en ella el mismo efecto. Era, definitivamente, la mujer que quería seducir y el cuerpo que deseaba poseer.

El último botón fue el responsable de una visión de ensueño. La camisa se abrió descubriendo sus senos. Tex cubrió uno con su mano y con la boca se apoderó del otro, besándolo y succionándolo.

Giuliana sentía su sexo vibrar de excitación. Sus pezones se endurecían con las frenéticas caricias y su cuerpo temblaba en señal de rendición. Explotó de deseo en el momento en que Tex se apoderaba de su boca para ahogar un gemido que escapaba de su garganta. La envolvió en un abrazo y la guió a su habitación donde volvió a hacerla suya.

Capítulo 9

La boda de Aftan Singh, hermano del magnate hindú Kumar Singh, se llevaría a cabo en el impresionante castillo medieval de Sudeley, en el condado de Gloucestershire.

Los paparazzi llevaban horas apostados en la entrada principal. La voracidad por conseguir las mejores fotos y alguna primicia los hacía ocupar lugares insólitos e incluso peligrosos. Se esperaba que a la boda asistieran personalidades de la aristocracia, actores, modelos, diseñadores y por supuesto, los hombres más ricos de Londres.

Los invitados comenzaron a llegar después de las cinco de la tarde. Limusinas, Rolls-Royces, Bentleys comenzaban a alinearse, abriéndose paso por la inmensa puerta de reja a la entrada del castillo.

Los flashes se disparaban desde todos los ángulos. Inmensos lentes anunciaban la intención de capturar nítidamente a los convidados.

James llegó a las puertas de Sudeley conduciendo el Rolls-Royce que advirtió a todos de la llegada del reconocido financista y amigo personal de Kumar Singh. El auto resistió el embiste de varios fotógrafos que se abalanzaron con intención de disminuir su velocidad para lograr, a riesgo de sus vidas, una buena foto.

Luego de detener el vehículo sobre la alfombra roja prevista para el ingreso de los selectos invitados, James abrió la puerta trasera. Tex bajó vestido en un impecable frac negro con moño y chaleco blanco y extendió su mano para ayudar a Giuliana a descender.

La demora provocó que todos apuntaran una vez más sus lentes hacia el auto color plata para descubrir a la misteriosa dama honrada con esa invitación y retratada por cientos de curiosos interesados en revelar su identidad.

Ni Kumar y ni su esposa Nidra pudieron disimular su asombro al ver que una mujer deslumbrante por su belleza y su porte acompañaba a su querido

amigo Tex.

Giuliana lucía un precioso vestido largo color verde esmeralda, con bordados en cristal y una cintura ajustada por un fino cinturón de raso. Llevaba la espalda descubierta por un profundo escote. Su pelo castaño estaba recogido en un moño y coronado por una tiara de cristal. Con una amplia sonrisa saludó a los anfitriones y aceptó el brazo de Tex para adentrarse en el amplio salón designado para la cena.

A su paso, todas las miradas giraban deslumbradas por su encanto. Tex advertía que Giuliana era objeto de admiración y el orgullo de saberla su mujer explotaba en su pecho. La guió custodiándola de los curiosos hasta la mesa que ocuparían, donde ya estaban sentadas las hijas de Kumar y sus esposos a la espera de los anfitriones.

Tex saludó a todos con inmensa familiaridad y presentó a Giuliana como su prometida, por lo que ambos fueron felicitados cariñosamente.

La boda siguió el rito tradicional hindú, cargado de simbolismos. Uno en especial llamó la atención de Giuliana, cuando los novios dieron siete vueltas alrededor de un fuego sagrado. Una de las hijas de Kumar advirtió su curiosidad y se acercó para explicarle que el ritual del fuego simbolizaba el camino de la vida. Cada vuelta significaba un rezo y una promesa mutua. Al finalizar, los novios ya eran marido y mujer.

Los turbantes naranjas y los atuendos rajastaníes predominaban entre los asistentes. La novia había elegido un sari rojo bordado con piedras, y su cara estaba cubierta por un velo. Giuliana estaba fascinada con los colores vibrantes, entre los cuales imperaban el rosa, el verde, el morado y el amarillo. Las telas eran magníficas, ligeras, luminosas y transparentes en su mayoría.

La fiesta, tan étnica y original, parecía sacada de cuento. Giuliana no pudo más que pensar en *Las mil y una noches*.

Tex disfrutaba del asombro de su mujer que estaba dispuesta a no perderse ni un detalle. Estaba tan atenta a los acontecimientos que no advertía, como él, la curiosidad que despertaba entre los presentes.

Cuando la celebración terminó, los invitados volvieron a sus mesas y disfrutaron de una recepción a la luz de las velas.

—Es la boda más especial y romántica a la que haya asistido —dijo emocionada Giuliana.

—Una oportunidad para que empieces a planear la nuestra —susurró Tex a

su oído.

Durante la recepción, Kumar y Nidra, advertidos por sus hijas, felicitaron a la pareja y el rumor del compromiso se extendió por todo el salón en un interminable murmullo.

—El mundo es un pañuelo —dijo Kumar—, y está lleno de sorpresas. No puedo creer que estés comprometido con la hija de Lorenzo Bertolini.

—¿Lo conoces? —preguntó Tex.

—Claro. El destino unió su vida con la mía de la misma forma que lo hizo contigo.

Tex miraba en silencio a Kumar, esperando una explicación.

—Hace años, estando en Nueva Delhi, Lorenzo salvó a Jiva de ser atropellada por un camión. Jiva es mi hija mayor —aclaró mirando a Giuliana —. Lorenzo paseaba por Delhi buscando telas para su emprendimiento textil. Era un joven visionario. Él creía en el poder económico que tendría Asia, mucho antes de que nosotros mismos soñáramos con esa posibilidad. Pasaba frente a una de mis tiendas cuando advirtió que Jiva cruzaba con pasos temblorosos la calle y un camión que circulaba en dirección a ella no detenía su marcha. Saltó sobre ella y evitó una muerte segura, pero en el intento recibió un fuerte impacto, ya que el camión no logró frenar. Lorenzo se quebró un brazo, pero a Jiva no le pasó nada. Era un hombre joven y fuerte. Se recuperó pronto y salvó la vida de mi hija. Eso nos hizo hermanos para siempre. Mis telas llenan sus depósitos y se lucen en los hermosos diseños de tu madre.

Giuliana no daba crédito a lo que escuchaba. La vida de sus padres no dejaba de sorprenderla.

—Nunca me lo habías contado —dijo Tex mirando a Kumar.

—Yo no sabía que lo conocías hasta que se comunicó conmigo para disculparse por no asistir esta noche.

—¿Mis padres estaban invitados? —preguntó Giuliana.

—Siempre lo están. Pero esta vez no quisieron robarles protagonismo —Kumar miró a Giuliana—. Tú no me recuerdas, pero yo te he visto varias veces. Es evidente que el tiempo ha pasado. Ya eres toda una mujer. Tex ha sido desde nuestro primer encuentro como un hijo para mí. El destino vuelve a unir nuestras familias. Me siento muy dichoso con este compromiso.

Levantó su copa y todos imitaron el gesto.

—Un brindis para que tengan una vida plena, dichosa y fértil.

La fiesta sorprendió a los invitados con diferentes espectáculos que incluían bailes típicos y juegos con fuego. Tex y Giuliana bailaron y se divirtieron toda la noche. Intentaron seguir algunos bailes y derrochaban amor y pasión con cada caricia y cada beso que compartían.

La noche terminó tarde. James estacionó el auto al pie de la entrada, advertido de la salida de Tex. En un segundo, un paparazzi, en un acto casi terrorista, saltó frente a la pareja que descendía unos escalones y disparó su máquina varias veces antes de ser retirado por el enfurecido encargado de seguridad.

Al día siguiente, la prensa amarilla había empapelado Londres con la foto de Tex y Giuliana. Y en una foto más pequeña, enmarcada en un círculo rojo, se veía el sensacional anillo de compromiso que acreditaba la veracidad de la noticia. "El príncipe de las finanzas y la *donna* de la moda" era el título que encabezaba la nota. "La única heredera de un imperio textil italiano y el exitoso financista británico hicieron público su compromiso en la majestuosa boda del hermano de Kumar Singh, amigo personal de Tex Cooper."

Una vez más la mañana descubría a Giuliana sola en la cama después de una intensa y apasionada noche de amor. Esta vez se levantó buscando una ducha cálida y reparadora.

Ya renovada, se acercó a la sala y escuchó a Tex hablando por teléfono. Entró en silencio, con intención de sorprenderlo y parándose en puntas de pie, besó su cuello.

Tex sintió la tibieza de sus labios y se volteó atrapando a Giuliana en un posesivo abrazo.

—*La donna de la moda è svegliata* —dijo al teléfono.

—¿Con quién hablas? —preguntó con curiosidad.

—Averígualo —le dijo, pasándole el teléfono.

—¿Hola?

—¡La foto es estupenda!

—¡Sofi! ¿De qué estás hablando?

—Tu foto está en toda la prensa de Londres y obviamente algo se ha desparramado por aquí.

—Pero yo no he visto… —Giuliana dejó de hablar justo en el momento en

que Tex le mostraba la tapa de una revista donde aparecían juntos.

—Ahora puedo decir que estoy viéndola —dijo Giuliana—. Lo bueno es que con esto, el príncipe británico ya no podrá huir de mí.

El comentario hizo reír a Sofía y provocó a Tex, quien buscó la boca de Giuliana, haciendo a Sofía partícipe del amor que se profesaban. Sin pretender que volvieran a decir palabra, les deseó buen viaje y colgó.

Capítulo 10

Pittsburgh entraba en el burdel de Enzo Bertolini en silencio y vestido de negro, como de costumbre. Se abrió paso entre la cortina de humo que bañaba el lugar, se acercó a la barra y pidió un trago. La luz del día estaba vedada, ahí siempre era de noche y las luces rojas matizaban los colores.

Las mujeres se turnaban para bailar semidesnudas y atender a los clientes habituales. La música se escuchaba fuerte, camuflando gritos y conversaciones perversas.

La rutina se repetía sin modificaciones día tras día. Casi no había mujeres nuevas y ninguna se marchaba. No porque quisieran estar ahí, sino porque eran esclavas. Generalmente llegaban desde algún lejano punto del planeta. No hablaban inglés y pasaban gran parte del tiempo drogadas. Se volvían adictas y por saciar esa dependencia vendían sus cuerpos y almas a cualquier extraño.

El lúgubre lugar escondía olores que delataban la marihuana, la cocaína, el sexo y la sangre. Las peleas y la violencia eran algo cotidiano. Los excesos, el juego y el alcohol lo redituable. Era ese perfume rancio el sello que marcaba a los seres sin rostro que lo visitaban.

Alguien se acercó y susurró unas palabras. Pittsburgh se abrió paso hasta la mesa de Bertolini.

—Mira lo que tenemos aquí —dijo Enzo señalando un diario—, mi sobrina está comprometida con el financista. Es hora de hacerle una invitación. Será nuestra última oportunidad. Debemos planificarlo meticulosamente. Y lo que pediremos por ella será el doble de lo que teníamos pensado. Si la operación resulta, tendrás un treinta por ciento del botín.

Bertolini giró y mirando a uno de sus asistentes, preguntó:

—¿Tus hombres siguen a esa pareja como te ordené?

Con una expresión casi agónica, el sujeto en cuestión negó con un movimiento de cabeza.

Bertolini golpeó la mesa y con un gesto ordenó a Pittsburgh que se ocupara

del hombre a su derecha y que tomara cartas en ese asunto.

—Pensaré el momento y la forma de hacernos con la muchacha. Te mantendré informado —dijo, mientras apuraba su último trago de whisky y se marchaba.

Esa mañana, Laura había amanecido descompuesta. Las náuseas la persiguieron todo el día. No estaba segura a qué se debía la descompostura, pero las frecuentes discusiones con Franco, sus continuos reclamos y exigencias eran motivo suficiente.

En la última discusión que habían tenido, Franco le había reclamado el hecho de que ella no mencionara que estaban comprometidos. Se había sentido disminuido ante la presencia de Tex, quien definitivamente lo había tratado sin cortesía.

El corazón de Laura se llenó de nostalgia. Pensó en Marco. Sintió su perfume, la textura de su piel, su fuerza. No había noche en la que no soñara con él. Con la potencia de su cuerpo penetrándola, con esas caricias que la habían hecho temblar de lujuria. Marco, su amor.

De pronto un nudo le apretó la garganta, se sintió inmensamente sola. Lo extrañaba y lo necesitaba muchísimo. Lloró, pero el llanto no logró borrarlo de su alma. Sentía a Marco en todo su cuerpo.

Una vez más aparecieron las náuseas. De pronto, como sacudida por un rayo, Laura se tapó la cara con ambas manos y cayó de rodillas en el piso de su baño. El terror inmovilizó cada uno de sus músculos. ¡No podía ser! Hizo cuentas y llevaba unos diez días de atraso. En ese momento quería morir. ¿Estaría embarazada? ¡Soltera y embarazada! ¡No! ¡Mucho peor! ¡Comprometida y embarazada de otro hombre!

Cuando pudo recuperarse del pánico que sentía, llamó a Sofía. Necesitaba su valor y su consejo.

—¡Laura! ¿Por qué me llamas aquí? ¿Pasa algo?

—Sí, te necesito.

Eso fue todo lo que pudo decir antes de que el llanto se apoderara de ella.

—¿¡Laura!?

Sofía sólo podía escuchar un llanto que reflejaba una tremenda desesperación. No consiguió que Laura emitiera otro sonido.

Preocupada, salió corriendo de la redacción. Llegó a casa de su amiga y sin mucha explicación subió a su dormitorio. Encontró a Laura llorando junto a su cama. Sofía no daba crédito a lo que veía. Su amiga estaba deshecha de pena y angustia. Se arrodilló a su lado y sin decir nada la envolvió en un cálido abrazo.

—Necesitas salir de aquí, ¿verdad?

Laura asintió.

Eso fue todo lo que Sofía necesitaba. La ayudó a levantarse, limpió su rostro enrojecido por el llanto y la subió a su auto.

Laura sollozó durante todo el viaje. No conseguía calmarse. No podía hablar, la voz le temblaba.

Cuando llegaron al departamento, se acomodaron en la sala. Sofía le preparó té y pacientemente se sentó a su lado, hasta lograr que se calmara.

—Por favor, ahora que puedes hablar, dime qué está pasando o me matarás de angustia.

—Creo que estoy embarazada.

—¿Lo crees o estás segura?

—Creo que estoy embarazada porque tengo unos diez días de atraso y náuseas todas las mañanas.

—Pero tú y Franco…

—¡No, nunca! ¡Nunca he estado con Franco!

—¿Entonces fue Marco?

—Sí. Sólo lo hicimos una vez.

—Y obviamente no se cuidaron.

—No.

—Primero confirmemos esto. Porque si no, serán sólo conjeturas y no es mi estilo delirar.

—¿Qué haremos?

—Llamaré a Mauro, un amigo bioquímico. Si tenemos suerte, él podrá hacerte aquí la extracción de sangre para el análisis de embarazo. Lo bueno es que no hará ninguna pregunta.

Sofía buscaba el número de su amigo mientras imágenes de las diferentes posibilidades aparecían como pantallazos en su cabeza. Comenzó a sentir en carne propia el miedo de Laura. Su situación era más que delicada. Si sólo tuviera una familia más tolerante. Pero el padre de Laura armaría un tremendo escándalo. Y si a eso se sumaba toda la infamia de la que era capaz Franco, la

sentencia sería lapidaria.

Encontró el número y se comunicó con Mauro. Le comentó la situación sin mucho detalle y a continuación pidió ese favor tan especial que implicaba urgencia y silencio. Volvió a su habitación buscando a Laura que se había quedado dormida y no quiso despertarla. Su cara no lograba relajarse ni entregándose al sueño.

Si ese embarazo se confirmaba, se abrirían las puertas del infierno para ella, porque ni su padre ni su prometido pretenderían menos.

Una hora más tarde, el bioquímico tocaba el timbre del departamento. Laura ya se había despertado y esperaba en la sala junto a Sofía, que hasta ese momento se había esmerado en distraerla con un animado monólogo, esos que salían sin ninguna dificultad cuando estaba nerviosa.

—Terminemos con el suspenso —dijo, mientras abría la puerta—. ¡Mauro! Gracias por venir.

Pensó en decir que era un caso de vida o muerte, pero su cerebro tuvo la prudencia de advertir a su lengua con suficiente antelación.

Mauro se acercó a Laura y la saludó con dos besos. Abrió su maletín y comenzó a preparar los tubos que necesitaba y la jeringa.

—Sólo será un pinchazo —dijo mientras ajustaba el brazo de Laura.

Le llevó sólo unos segundos tomar la muestra. Desató la banda elástica liberando a Laura y volvió a ordenar todo dentro del maletín. Se puso de pie y se despidió.

—Mañana tendrás los resultados —dijo mirando a Sofía—, sólo te costarán una cena.

—Acepto. Estaré esperando tu llamada.

Sofía abrazó a Laura, intentando transmitirle valor, pero en el fondo de su corazón sabía que necesitaría mucho más que eso.

—Haremos la vigilia juntas. ¿Qué opinas si salimos a dar una vuelta? Tenemos que mejorar tu ánimo. Tú decides, ¿compras y café o peluquería y spa?

Laura sonrió, no había nadie mejor que Sofía si se trataba de pasar un buen rato.

—Supongo que compras y un café, no resistiría el silencio del spa.

—Entonces, vamos. Almorcemos también, no me había dado cuenta de la hora y estoy muerta de hambre.

Pasaron el día entretenidas. Sofía se ocupó de distraerla y su amiga lo

agradecía. Si no hubiera sido por su cálida compañía, el día se hubiera hecho eterno. Ya tarde, esa noche, Sofía estacionó frente a la casa de Laura.

—Te busco mañana para almorzar. Leeremos esos resultados juntas. Y cálmate. Sin importar el resultado, contarás conmigo siempre. ¡Te quiero!

—¡Gracias! —dijo Laura bajando del auto.

Caminó lentamente hasta la puerta, como si cargara con el peso de una cruz. Sofía no pudo borrar esa imagen mientras manejaba de regreso a su casa.

Esa noche Laura casi no pudo dormir. Marco aparecía con insistencia en su mente, como siempre, pero cuando intentaba cerrar los ojos para conciliar el sueño, la figura de un niño se dibujaba con claridad y miles de preguntas la invadían descaradamente… ¿Estaba embarazada? ¿Amaba a Marco? ¿Amaría a su hijo? ¿Temía perderlos? Sus lágrimas bañaron la almohada, hasta que logró hundirse en un sueño profundo.

El sol se presentó imponente y majestuoso esa mañana, despertando a Laura con su resplandor. La claridad de su habitación fue el disparador de su memoria, obligándola a recordar los sucesos del día anterior. Rápidamente se puso de pie. Sabía que pronto Sofía pasaría por ella.

—¡Buenos días! —dijo Sofía cuando subió al auto.

—Ojalá lo sean —dijo Laura saludando a su amiga con dos besos.

—Hoy temprano recibí una llamada de Mauro. Dijo que los análisis estarían listos para después de almuerzo. Tendremos que buscarlos por el hospital.

Laura se horrorizó y Sofía adivinó el motivo del susto.

—No te preocupes, estarán a mi nombre.

Laura suspiró aliviada.

—Tengo que mostrarte algo —dijo Sofía—. No sé si estoy autorizada a darte la primicia, pero no puedo seguir aguantando las ganas de hablar del tema.

Y le alcanzó una revista que descansaba en el asiento trasero de su auto.

—¡Es Giuliana!

—Ella y Tex son el tema de la semana.

—Pero yo no sabía nada del compromiso.

—Me contaron antes de irse de viaje, pero aquí todo el mundo se enteró por la prensa británica, que se ha ocupado de desparramar la noticia por todas partes. Yo no te había dicho nada porque supuse que Giuliana quería contarte personalmente, pero los paparazzi le ganaron de mano.

—¿Dónde tomaron esta foto? —preguntó Laura con curiosidad.

—En la fiesta que tuvieron en Londres. Fue un evento impresionante en un castillo medieval. Una boda hindú.

—El anillo es precioso… —dijo Laura sin poder dejar de pensar que ella nunca había recibido uno, a pesar de lo formal de su compromiso.

—Sí —contestó Sofía—. Tex se lo dio la noche de su cumpleaños. Es un inglés muy romántico. No deja de sorprenderme.

—¿Cuándo vuelven? —preguntó Laura.

—Llegan esta noche.

—¿Y ya tienen fecha para la boda?

—No me han dicho nada, pero Giuliana tendrá mucho para contarnos a su regreso.

Laura asintió con la cabeza. Tal vez ella también tendría cosas que contar. Aunque prefería espantar esos pensamientos de su cabeza. Todavía faltaban algunas horas para tener el resultado del análisis.

—¡Vamos! Mejora ese ánimo. Estamos juntas en esto —dijo Sofía en un intento por animarla.

Laura le devolvió una sonrisa. ¡Cuánto quería a su amiga! Admiraba el carácter atrevido y audaz de Sofía y disfrutaba muchísimo de su compañía. Era una mujer fuera de serie.

—Almorcemos en lo de Renzo, ¿te parece? Muero por ver su cara cuando le mostremos esta foto —dijo Sofía con malicia.

—Le partirás el corazón —dijo Laura simulando una mueca de dolor.

—Sobrevivirá, no te preocupes. Siempre supo que Giuliana no era más que un amor idílico.

Laura volvió a sonreír.

Renzo no desilusionó a Sofía. Agarró la revista que ella extendía divertida y la miró en detalle como si sus ojos perforaran la página buscando el error que convertiría la escena en una comedia. Como no lo encontró, tuvo que aceptar que definitivamente la mujer sensacional que estaba mirando era Giuliana. Un anillo brillaba en su dedo y el inglés arrogante que había conocido se abrazaba a su cintura. La comedia se convirtió en tragedia y Renzo se llevó la mano al pecho como si hubiera sido alcanzado por una bala. Se tumbó sobre una silla y simuló una tremenda agonía. La bala no lo había impactado, pero esa foto borraba sin piedad toda esperanza.

Sofía reía ante la actuación, y se apuró en socorrer al herido. Algunas

palabras de ánimo se escaparon de su boca:

—Ya llegará esa mujer que tanto esperas y quién sabe, tal vez también sea yo la encargada de presentártela.

Laura miraba toda la escena incrédula. Era digna de un teatro. Y una vez más, casi sin dificultad, Sofía se convertía en protagonista y no en una mera mensajera.

El tema de conversación durante el almuerzo fue el flamante compromiso y la inminente boda.

—¿Por qué todas las mujeres hermosas están quedando fuera del mercado? —se lamentaba Renzo.

—No todas. Yo sigo disponible y dudo de que alguien logre sacarme de circulación —dijo Sofía.

Laura no pudo evitar la risa ante el comentario.

—Soy testigo de varios intentos. Tú has desechado más propuestas de matrimonio de las que se puedan contar —dijo Laura.

Sofía sonrió.

—El destino tendrá que esmerarse para tenderme esa trampa.

—Caerás —dijo Renzo y el comentario sonó como la profecía de un oráculo.

—Tal vez, pero definitivamente no antes que tú —se defendió Sofía.

—Dejen de medir fuerzas —reclamó Laura—. Nosotras tenemos que irnos. Renzo te deseo más suerte con tu próximo amor platónico.

—*Grazie, cara mia.*

Se despidieron y ya en el auto, la cara de Laura comenzó a tensarse. Estaban sólo a unas cuadras del hospital y sentía que la sangre retumbaba en su cabeza, las sienes le latían y el dolor se estaba volviendo insoportable.

—Relájate —dijo Sofía—. No hay nada que podamos hacer para cambiar lo que diga ese resultado. Lo que pasó, pasó. Y ya sabes, nada pasa por casualidad.

Estacionaron y caminaron juntas hasta la recepción del hospital. Laura no lograba dejar de temblar y Sofía con una amplia sonrisa pidió los análisis a su nombre.

La enfermera se demoró unos minutos buscándolos, minutos que a Laura le parecieron eternos y que Sofía aprovechó para imaginar cómo contener a su amiga independientemente del resultado. Sabía que un positivo desataría el terror, pero un negativo asesinaría la esperanza que indudablemente escondía

en su corazón.

Sofía tomó el sobre y salieron del hospital.

—El resultado está en nuestras manos —dijo, extendiéndole el sobre a su amiga.

Laura lo tomó y lo apretó contra su pecho. Cerró los ojos y mentalmente se puso en manos de Dios.

—Sofi, por favor, vamos a tu departamento. Necesito un poco de tranquilidad para leer y asimilar lo que esté escrito aquí.

Sofía estuvo de acuerdo. Subieron al auto y en pocos minutos llegaron al departamento. Laura se acomodó en la sala y Sofía preparó café para las dos. Apoyó la bandeja en la mesa y se sentó al lado de su amiga.

—Llegó la hora —dijo mirando a Laura.

Laura abrió el sobre con suma prolijidad, como si romperlo significara perder parte de la información que contenía. Sus movimientos lentos advertían la angustia de una incertidumbre que llegaba a su fin. Sacó el informe del sobre, lo abrió y en sus ojos se desató una tormenta que bañó su rostro.

—Estoy embarazada —dijo en un susurro.

Sofía la abrazó con fuerza intentando con ese gesto confirmar su incondicionalidad.

Laura lloraba y esta vez no sabía el motivo. Ya había llorado de indignación. Había llorado el desamor de su padre. Había llorado su compromiso, había llorado por Marco y seguía llorando. Parecía que la vida nunca se saciaba de sus lágrimas. Apretó en sus manos el informe, mientras su corazón latía con fuerza. Miró a Sofía y se sorprendió.

—Sofía, ¿por qué lloras?

—¡Porque seré tía! Y eso me llena de emoción. ¿Y tú? ¿Por qué lloras?

—¡Por cobardía! Un hijo crece dentro de mí y estoy aterrada.

Sofía la abrazó con ternura. La emocionaba saber que Laura estaba embarazada, pero sobre todo estaba segura de que ese niño era el fruto de un inmenso amor. Un amor tan grande que sólo había necesitado una noche para hacerse eterno.

—La llegada de un hijo es una bendición —dijo Sofía—. En muchos casos una sorpresa, pero no por eso deja de tener algo de aterrador.

Laura disfrutó de ese abrazo. La contención de Sofía era lo que necesitaba.

Un negro pensamiento arruinó el momento. ¿Y si los que no se alegraran con la noticia intentaran quitarle el niño? ¿Y si la obligaban a un aborto?

Sofía advirtió la rigidez en el cuerpo de Laura.

—¿Qué piensas?

—¿Y si me quitan a mi hijo, Sofi? ¿Si me obligan a…?

—¡No! ¡No pueden! Eres mayor de edad. Necesitan tu consentimiento.

—Pero sabes que mi padre no me pedirá una opinión.

—Enfrentar de una vez por todas a tu padre será difícil, pero necesitas estar segura de lo que quieres hacer.

—Quiero tener y cuidar a este niño más que nada en el mundo.

—Estoy absolutamente de acuerdo contigo. Y cuentas con todo mi apoyo. Pero la peor parte del camino deberás andarla sola, y con eso me refiero a cancelar esa estúpida boda y hablar con tu padre y con Franco.

—Superar a ambos será toda una odisea —dijo Laura con miedo—. Espero que el toro de Turín me conceda el deseo.

Sofía la miró sorprendida.

—Mandaste a Tex a pedir un deseo y él me obligó a pedir uno también.

Sofía sonrió al recordarlo. "Cada día quiero más a ese inglés", pensó.

—El deseo que pedí fue anular mi compromiso con Franco.

—No será fácil hablar con tu padre, pero no hay otra opción. No puedes casarte.

—Lo sé.

—¿Y Marco? ¿Piensas avisarle?

—Sí, pero antes tengo que resolver algunas cosas.

—Puedes quedarte aquí si quieres.

—No serviría de nada, sólo lograría dilatar mi angustia. Tengo que enfrentarlo y aceptar las consecuencias.

—Puedo acompañarte.

Laura abrazó a Sofía.

—Llévame a casa. Esto es algo que tengo que afrontar sola.

Laura sentía unas ganas inmensas de llorar. El dolor y la angustia se anudaban en su garganta. Trató de que sus pensamientos cambiaran de rumbo y la ayudaran a escapar de su realidad por un momento.

Unas palabras que había escuchado de Paulina llegaron a su memoria. "*Solo hay un sentimiento que puede sanar un corazón herido, el sentimiento que rige al corazón… el amor. Si llega a ti, estás salvado y si no llega a tiempo, has perdido*."

"El amor llegó, como si un ángel lo hubiera puesto en mi camino. Llegó

impetuoso, vivaz, desafiante. Y ese amor del que sentí que debía huir, me despertó de una pesadilla que hasta ese momento me apresaba con barrotes de miedo. Mi cobardía me ha guiado al borde del abismo. No es eso lo que quiero para mí, y mucho menos para mi hijo. Debo forjarme de coraje y enfrentar mi vida. Marco, si supieras cuánto necesito tu amor ahora. Es el bálsamo y el antídoto para mi dolor y mi miedo", se dijo en un susurro.

Al día siguiente, con el corazón y la cabeza en sintonía, Laura estaba lista para hacer la confesión que desataría toda la ira de su padre.

Bajó a la sala donde su familia la esperaba para almorzar. Su padre y su madre se disponían a hablar del futuro matrimonio y de las invitaciones que debían repartirse al día siguiente cuando Laura, en un arrebato valeroso, anunció:

—No habrá boda.

Sus padres y su hermana menor la miraron fijamente. La cara de Laura no mostraba ninguna expresión.

—¿Cómo dices? —preguntó impetuoso su padre.

—No habrá boda, papá. No me casaré con Franco.

—¿De qué hablas? ¿Acaso has perdido el juicio?

—No, no lo he perdido y es precisamente por eso que no me casaré.

—Deberías haberlo pensado antes. ¡Habrá boda y deja los berrinches para las niñas pequeñas!

Laura, sabiendo que el coraje amenazaba con abandonar su cuerpo, decidió ser directa y clara. Miró fijamente a su padre.

—No me casaré, así que si no quieres más escándalo del que habrá, no envíes las invitaciones.

—¡En esta familia se hace lo que yo digo! Pensé que eso ya estaba claro para ti. Tienes edad de tener un esposo y estás comprometida con un buen hombre. No juegues conmigo, Laura.

—No es un juego, no me casaré con Franco porque estoy embarazada.

Laura se puso de pie, como si buscara con eso una posición de ventaja frente a su padre. Pero este se acercó a ella y amenazante dijo:

—¿Qué has dicho?

—Estoy embarazada.

—Con más razón, entonces, se celebrará ese matrimonio. Franco tendrá una seria conversación conmigo. ¡Y tú no dejas de decepcionarme!

—El hijo que espero no es de Franco —dijo Laura con sus últimas fuerzas.

Y al pronunciar la última sílaba de esa palabra, Laura sintió todo el peso de la mano de su padre sobre su mejilla. Su cabeza giró violentamente, mientras el calor y el dolor teñían su rostro. Pudo permanecer de pie sólo por estar sujeta al respaldo de la silla.

—Repite esa barbaridad, ¿qué cosa has dicho?

—El hijo que espero no es de Franco. Es de otro hombre.

Los ojos de su padre se llenaron de furia. La sujetó por los hombros sacudiéndola.

—¿Quién es el cretino que te ha deshonrado?

—No te lo diré jamás.

Otra bofetada en su rostro la hizo perder el equilibrio y cayó al suelo.

—Mañana un médico te quitará ese bastardo de las entrañas y habrá boda. Compensaré a Franco por tu indecencia.

Los gritos de su padre se sentían por toda la casa. Su hermana menor temblaba en la mesa y su madre miraba a Laura aterrada. Esa imagen la destruyó, toda la vida había deseado que la defendiera, que alguna vez se interpusiera entre su padre y ella. Había soñado con una madre de carácter, capaz de defender con su vida a sus hijas. De pronto entendió: eso era lo que ella haría con su hijo. Lo defendería con su vida. Ella sería una madre de la que su hijo pudiera sentir orgullo. Una madre valiente.

—Si le dices una palabra de esto a alguien te juro que haré que te arrepientas, maldita prostituta.

—¡Yo no me casaré con Franco!

—Me desafías. Bien, no habrá boda. Pero porque para mí estás muerta. Tienes una hora para irte de esta casa con lo que llevas puesto, que ya es más de lo que mereces. ¡Nunca volverás a ver a tu familia! ¡Ya no la tienes! ¡Eres una cualquiera, un deshonor!

Laura giró sobre sus talones y con paso calmo subió a su habitación. Cerró la puerta, se apoyó en ella esperando la habitual rutina de llorar hasta no sentir nada más, pero ni una lágrima se escapó de su rostro. Por primera vez en la vida se sentía valiente.

Buscó su diario y dejó la casa por la puerta de servicio. Nunca se despidió. Nadie la vio. Y como se imaginaba, su madre tampoco llegó.

Pasó la tarde caminando sin rumbo, tratando de ordenar en su cabeza lo que había pasado. Por primera vez había actuado de manera individual y valerosa; sin embargo, estaba confundida. Había tenido el coraje para

enfrentar a su padre, ¿pero lo tendría para enfrentar las consecuencias?

Podía recurrir a sus amigas, lo sabía. Eran incondicionales, pero en la única persona que podía concentrarse era en Marco. Nunca ni por un instante había dejado de pensar en él desde la noche que pasaron juntos. Necesitaba con toda su alma saber que él no la había olvidado. Metió la mano en el bolsillo de su saco y apretó con fuerza una servilleta. La desdobló lentamente como si temiera romperla. El logo decía "*Duke of Wellington*". Marco se la había dado el día en que se conocieron, un momento antes de despedirse, sin saber que viajarían juntos a Francia. Con una letra grande y clara había escrito "Marco Scorza", su teléfono y su dirección. ¿La perdonaría? ¿La aceptaría?

Laura sintió un fuerte impulso por buscarlo, necesitaba verlo con desesperación. Podía pagar un taxi y un pasaje a Londres. Era absurdo, tan absurdo como lo que había hecho hasta ese momento. Sin embargo, paró un taxi y partió rumbo al aeropuerto.

La hermana menor de Laura, Adriana, se había encerrado en su cuarto aterrada después de los sucesos del mediodía. Por la tarde, cuando ya su cuerpo había dejado de temblar por el llanto, salió de su cuarto para ver a Laura.

Encontró un cuarto vacío. El corazón le golpeó en el pecho y entendió que se había marchado. Laura no estaba y no volvería a verla. Tenía que ayudarla. Pero ¿a quién podría advertir sin que su padre se enterara? Giuliana era la única amiga que vivía cerca de su casa, hasta allí podría salir a pie. Seguramente no la encontraría a esa hora, pero al menos podría dejarle una nota.

Salió de su casa a escondidas y corrió las diez cuadras que la separaban de la casa de los Bertolini. En el portón de entrada el guardia la vio tan atormentada que pidió que se identificara.

—Soy Adriana, amiga de Giuliana.

—La señorita no se encuentra.

—Por favor, necesito entrar, hablar con alguien.

El guardia negó con la cabeza justo en el momento en que Lucca se acercaba al portón con Paulina a bordo del auto. Paulina bajó el vidrio de su ventanilla y vio a esta muchacha llorando en su portón.

—Lucca, ¿qué está pasando ahí?

—Por radio el guardia informó que la muchacha decía llamarse Adriana y ser amiga de la señorita Giuliana.

Paulina escuchó esto y corrió fuera del auto.

—Abran ese portón —dijo.

Las dos hojas de reja se abrieron y Adriana corrió a los brazos de Paulina como si en ellos buscara un refugio. Paulina la envolvió en un abrazo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? ¿Cómo puedo ayudarte?

—No soy yo quien necesita ayuda sino Laura.

—¿Laura? ¿Qué le ha pasado a ella? —preguntó Paulina preocupada.

—Mi padre la ha golpeado y la ha echado de casa. Le hizo jurar que nunca volvería. Dijo que para él estaba muerta. Si se entera de que estoy aquí hará lo mismo conmigo.

—Cálmate, cariño, nunca sabrá que has estado aquí.

Paulina subió al auto con Adriana y Lucca las acercó a la casa. Entraron en la sala, se sentaron y Paulina pidió que les prepararan un té. Luego se ocupó de limpiar la cara de Adriana con su pañuelo.

—No puedo quedarme aquí mucho tiempo o mi padre mandará a buscarme.

—Sólo toma este té y explícame con calma qué ha pasado. Yo te prometo que ayudaré a Laura.

—Hoy, durante el almuerzo, Laura anunció que no se casará con Franco.

Adriana se concentró en la profundidad de los ojos grises de Paulina que la miraban con inmensa ternura. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Paulina, como si adivinara el tormento que se desataba en su interior, tomó con fuerza su mano.

—Nadie sabrá lo que me cuentes. Sólo lo usaré para ayudar a Laura con la mayor discreción. Puedes confiar en mí.

Adriana cerró los ojos como si tuviera que revivir un infierno.

—Dijo que no se casará con Franco porque está embarazada de otro hombre. Tengo que irme —dijo mientras se ponía de pie—. ¡Por favor, ayude a mi hermana, nadie más lo hará!

Paulina la abrazó.

—Lo haré, no te preocupes. Ella sabrá por mí lo valiente que has sido al venir a verme. Lucca te acompañará hasta tu casa, te dejará a una distancia prudente y se asegurará de que entres. Sólo así me quedaré tranquila.

Adriana asintió y siguió a Paulina hasta la entrada principal.

El auto se marchó y Paulina volvió a entrar en su casa con el corazón deshecho. Giuliana y Sofía tenían que enterarse de esto. Las necesitaba para completar la historia. No había tiempo que perder. Tomó el teléfono y llamó a

Giuliana.

—¡Hola, mamá! Pensé que nos veríamos en la fábrica.

—Sí, pero surgió algo. Necesito que ubiques a Sofía y vengan a casa de inmediato.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Yo sí, pero algo sucedió con Laura. Vengan pronto, tu padre y Tex también serían de ayuda.

Eran las diez de la noche en Londres cuando Laura llegó al edificio de departamentos donde vivía Marco. Pagó el taxi y se paró cerca de la puerta pensando lo que diría antes de tocar el timbre. Justo en ese momento, una pareja entraba en el edificio. El hombre que abría la puerta a su esposa miró a Laura y con una sonrisa le indicó que pasara. Entraron juntos en el ascensor. Laura actuaba como una autómata, le resultaba imposible controlar sus nervios.

—¿Qué piso?

—Séptimo.

—Bien. Nosotros vamos al tercero.

Laura les devolvió una sonrisa, no podía articular palabra.

El ascensor se abrió y vio por primera vez la puerta del departamento de Marco. Estaba mareada por el torrente de emociones que se desataba en su interior. No estaba segura de la reacción que tendría Marco, ni de la que tendría ella al verlo. No sabía cómo podría mirarlo a los ojos. Levantó su mano temblorosa y tocó el timbre.

La espera se sintió eterna aunque sólo fueron unos minutos. La puerta se abrió lentamente para mostrar a una mujer radiante. Llevaba puesto un pijama de seda y una bata. Tenía un hermoso pelo castaño, que caía largo sobre sus hombros. Miró a Laura y una sonrisa amplia se dibujó en su rostro.

Laura jamás hubiera podido prepararse para algo así. Las piernas le temblaban, el corazón amenazaba con salirse de su pecho y su cara se llenó de vergüenza. Con un hilo de voz preguntó:

—¿Es el departamento de Marco?

—Sí, pero él no está en casa.

Laura escuchó esto y se sintió la mujer más idiota de todas. Él no estaba en

casa, ella sí. Obviamente era su pareja. Sintió pánico de ser sometida a un interrogatorio y sin dar tiempo a nada corrió escaleras abajo.

Marta, confundida, la siguió intentando preguntarle su nombre, pero al verla huir pensó que sólo era otra joven enamorada de Marco.

Laura salió corriendo del edificio, sentía que el mundo entero se desmoronaba. ¡Había alguien más en la vida de Marco! El dolor no la dejaba pensar con claridad. Amaba a Marco, de eso no tenía dudas, pero ellos habían compartido sólo una noche, una noche que quedaría impresa en su alma para siempre.

Pensó en su hijo, en lo mucho que lo amaba. Lo amaba desde que supo que crecía en su vientre. Él era su único tesoro.

Laura se hospedó en un hostel que podía pagar. Pasó la noche repasando cada una de las escenas que había vivido ese día. Sentía que la vida se ensañaba con ella de manera injusta. Pensó en Sofía y en Giuliana, sus amigas del alma. Supo que se preocuparían por ella y se propuso llamarlas por la mañana. Las necesitaba.

Lucca pasó a buscar a Giuliana, a Tex y a Lorenzo de la fábrica. Sofía se reuniría con ellos más tarde.

Cuando llegaron, encontraron a Paulina rezando su habitual rosario en la sala. Sus ojos delataban que había estado llorando. Lorenzo se acercó a ella agitado, se sentó a su lado y le tomó las manos.

—Mi amor, ¿qué sucede?

Paulina lo miró a los ojos. Lorenzo la cubrió con sus brazos, intentando hacer propia su angustia. Él podía resistir cualquier cosa, salvo la pena en el corazón de su esposa.

—Ese hombre perverso, Donato Bacco, ha echado a Laura de su casa.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañado Lorenzo.

Paulina miró a su hija. Tex y Giuliana esperaban expectantes los detalles de su boca.

—¿Tú sabías que Laura está embarazada?

—No, mamá. ¿Embarazada de Franco?

—El hijo que espera no es de Franco.

La sorpresa se reflejó en el rostro de todos.

—Laura nunca quiso ese matrimonio —dijo Giuliana para justificarla.

—Lo sé, hija. Esta tarde vino a verme Adriana Bacco. Estaba aterrada. Donato golpeó a Laura cuando supo de su embarazo y ella huyó de su casa.

En ese momento entró Sofía, presintiendo el tema de conversación.

—¿Sabías que Laura está embarazada? —preguntó Giuliana sin preámbulo.

—Sí, ayer se lo confirmaron. Me dijo que hoy hablaría con su padre. No he vuelto a saber de ella.

—¡Habló con él, recibió golpes y huyó de su casa! —dijo alarmada Paulina.

—¿Y dónde está ahora?

—Es lo que tenemos que averiguar cuanto antes.

Paulina miró a Sofía:

—¿Quién es el padre del niño?

Sofía hizo un largo silencio y Paulina insistió.

—Tú lo sabes y nosotros guardaremos el secreto. Necesitamos encontrar a Laura y eso puede ayudar.

—Marco Scorza.

Tex se puso de pie de un salto y acercándose a Sofía volvió a preguntar:

—¿Marco?

—Sí, Marco es el padre del niño.

Nadie en esa sala lo hubiera imaginado. Menos Tex, que no podía creer lo que escuchaba.

—Fue en París —aclaró Sofía.

—¡Pero Laura huyó de Marco! —dijo Tex con furia.

—Laura huyó por temor a su padre. Nunca quiso casarse con Franco. Cuando supo que estaba embarazada, lo enfrentó.

—Marco tiene que saber que Laura espera un hijo suyo —dijo Tex.

—¡Calma! —dijo Lorenzo—. Lo primero que necesitamos saber es dónde encontrarla.

Las lágrimas cubrieron el rostro de Giuliana.

—¿Por qué no vino aquí? Ella sabe que cuenta con nosotras. Sabe que para mí es una hermana.

—¿Qué harían ustedes en el lugar de Laura? ¿Qué harían si se enteraran que llevan un niño en su vientre y su familia les da la espalda? —preguntó Lorenzo.

—Si amara al padre de ese niño —agregó Sofía—, lo buscaría.

—¿Sabe Laura dónde vive Marco? —preguntó Paulina.

—No estoy segura —dijo Sofía.

—Tex, llama a Marco, por favor. Tal vez haya ido a buscarlo —pidió Giuliana.

Tex se sentó en un sillón y llevó ambas manos a su cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó afligida.

—Si Laura ha ido a buscar a Marco, no lo encontrará, pues se ha ido a la Argentina.

La noche en casa de los Bertolini fue larga. Organizaron la búsqueda que debía ser discreta como había prometido Paulina. Lorenzo habló personalmente con el jefe de policía, y le pidió que los mantuviera al tanto de cualquier información. Además, recorrieron todos los hospitales de Milán.

—Amor, tengo que hablar con Marco, decirle lo que está pasando, jamás perdonaría mi silencio —dijo Tex.

—¿Y qué le dirás exactamente? ¿Que Laura espera un hijo suyo y que no sabemos dónde está? ¿Cuál será su reacción?

—No lo sé, pero lo haré de todos modos. Lo más probable es que Laura se comunique contigo o con Sofía. Si esto pasa, tienes que avisarme de inmediato. Conoces todos los números del mundo donde puedes ubicarme.

Giuliana permanecía en silencio. No sabía cómo reaccionar ante todo lo que estaba sucediendo. Se despidieron con un beso.

—Tex se ha ido —dijo Giuliana mientras entraba en la sala—. Buscará a Marco en la Argentina y le avisará lo que ha pasado con Laura.

A la mañana siguiente, muy temprano, Franco esperaba a Donato Bacco en su oficina. El día anterior, su secretaria lo había citado por un tema de suma urgencia. A Donato le llevó sólo diez minutos informarle que no habría boda.

Franco quedó petrificado ante la noticia. Los colores abandonaron su rostro. Antes de que se le explicara el motivo, sólo podía pensar en el dinero que no recibiría. Dinero que él ya había gastado. ¡Su vida corría peligro!

—Entiendo que la noticia te haya alterado. Pero lo hago por tu bien. Mi hija ha muerto para mí. La he desheredado porque ha deshonrado el honor de mi familia.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No te daré detalles. Mi vida privada y mis decisiones no son algo que me guste compartir.

—¿Y qué se supone que haga yo? Mi vida estaba organizada en función de este matrimonio. Un matrimonio que usted planeó meticulosamente.

—Tú no dirás ni harás nada. Yo pagaré por tu silencio. Y acabaré contigo si dices una palabra de esto.

Franco lo miró sorprendido y furioso, pero la mención del dinero fue un bálsamo para su angustia.

Donato extendió un cheque frente a él. Era un importe generoso para comprar su silencio y prudencia, pero no era suficiente para pagar sus deudas.

Tomó el cheque con un gesto indignado.

—¿Puedo tener unas palabras con Laura? —preguntó.

—No sé dónde está y jamás volveré a verla.

Como impulsado por un resorte, Franco se levantó y salió de la oficina con paso apurado y sin mirar a nadie. La furia que sentía nublaba su pensamiento, todos sus planes quedaban desbaratados. Su vida dependía de que encontrara una solución antes de que Bertolini se enterara de que él no sería socio de la empresa de Bacco.

Necesitaba descargar la ira que le quemaba el pecho y encontrar a Laura era imperativo.

No dudó en dirigirse a la fábrica del Grupo Venetto. Si alguien sabía el paradero de Laura sería Giuliana. La engañaría para averiguarlo, era su única oportunidad. Intentarlo con Sofía sería absolutamente inútil.

Logró ingresar en el predio mencionando que tenía una reunión con la joven diseñadora. Estacionó su auto y subió en dirección a su estudio. Sólo había estado allí una sola vez con Laura y le costaba recordar el camino.

Mientras Franco recorría los pasillos de la fábrica, Laura despertaba a cientos de kilómetros, después de haber pasado gran parte de la noche en vela. La sobresaltó darse cuenta de que ya era casi mediodía. Pensó en lo preocupadas que estarían por ella sus amigas. Se vistió rápidamente y salió a buscar un teléfono. Estaba segura de encontrar a Giuliana en la fábrica a esa hora. Buscó las monedas que necesitaba y entró en una cabina roja a dos cuadras de su hospedaje. Marcó el número y esperó.

—*Pronto*.

—*Pronto, Maria!*

—¿Laura?

—Sí, soy yo.

—¡Gracias a Dios! Giuliana estaba enloqueciendo. ¡Ella y Sofía esperaban tu llamada desesperadas!

En ese momento, Franco subía las escaleras y antes de entrar, escuchó que la secretaria hablaba con Laura. Se quedó quieto e intentó memorizar la conversación.

—¿Cómo estás? Y lo más importante, ¿dónde?

—¿Giuliana no está ahí?

—Está en camino, viene para aquí con Sofía. Déjame tu dirección y tu número o me matará.

—Dile que estoy en Londres.

—¿Londres? ¿Qué te ha llevado tan lejos?

—Es una larga historia. Toma nota, esta es mi dirección y mi número de teléfono...

María repitió los datos para verificarlos. Franco no pudo creer ese golpe de suerte. Los repasó mentalmente y corrió escaleras abajo para no cruzarse con Giuliana y Sofía.

—Laura, yo les daré esta información cuanto antes.

—Gracias, María. Diles por favor que no se preocupen, que estoy bien.

—Así lo haré. ¡Cuídate!

En ese instante Giuliana y Sofía llegaban a la fábrica. El guardia, al verlas, se sorprendió.

—Señorita Giuliana, buenos días.

—Buenos días, Antonio. ¿Pasa algo?

—Creo que cometí una imprudencia, pensé que usted estaba en la fábrica. El señor Franco dijo que tenía una reunión con usted y yo lo dejé pasar.

—¡Franco! —exclamó Sofía.

El comentario de Sofía alteró aún más al guardia.

—¿Todavía está en la fábrica?

—No, acaba de irse.

El guardia estaba tan turbado que Giuliana se apiadó de él.

—No te preocupes, seguramente ha hablado con María. Gracias por avisarme.

Giuliana y Sofía corrieron escaleras arriba. El hecho de que Franco hubiera estado ahí no era para nada tranquilizador.

—¡María! —dijeron ambas al unísono.
—¡Chicas, ha llamado Laura! Se encuentra bien, en Londres.
—Fue a buscar a Marco —dijo Sofía.
—¿Ha estado Franco contigo? —preguntó Giuliana.
—No. No ha venido nadie. Sólo recibí la llamada de Laura y apunté su dirección y su teléfono.
—Yo averiguaré si alguien ha visto a Franco por aquí —dijo Sofía.
—Intenta comunicarme con Laura —pidió Giuliana—. Transfiere la llamada a mi estudio, por favor.
Después de un par de minutos que a Giuliana le parecieron interminables, María entró en el estudio para avisar que Laura no había vuelto al hostel donde se hospedaba.
—Franco ha estado aquí y salió más que apurado, como escapándose —dijo Sofía entrando en el estudio.
—María, avisa a mis padres que Laura está en Londres.
—Sofi, hablaremos con Tex ahora —dijo mientras tomaba una agenda de su bolso.
—Veamos, ya debería estar en la estancia de Marco. Llamaremos ahí.
—No te olvides de advertirle que es posible que Franco sepa también donde está Laura.
—Hola, familia Scorza, ¿con quién quiere hablar?
Giuliana tapó el teléfono con una mano.
—¡Hablan en español! —dijo.
Sofía tomó el tubo del teléfono.
—Tex Cooper —dijo en tono imperativo.
—Un momento, por favor —dijo la voz en el teléfono.
—Muy creativa —dijo Giuliana, sonriendo con ironía.
—Mi español es infalible —dijo Sofía mientras devolvía el teléfono a su amiga.
—¿Hola?
—¡Tex! Gracias a Dios.
—Amor, ¿cómo estás? ¿Qué pasa?
—Laura llamó, pero no nos encontró. Dejó los datos del lugar donde se hospeda.
—¿Está bien? ¿Dónde está?
—En Londres. Lo que nos preocupa es que tal vez Franco sepa también

dónde se encuentra.

—¿Laura se lo dijo?

—No, pero estuvo en la fábrica justo cuando Laura llamó. Tal vez escuchó a María hablar con ella.

—Es una posibilidad. ¿Intentaron comunicarse con ella?

—Sí, pero todavía no ha regresado al hostel. Quiero ir a Londres a buscarla.

—¿Sola?

—No, Sofía me acompañará. Y tal vez James pueda ir a buscarnos al aeropuerto. Nosotras estaríamos ahí antes que ustedes.

—¡Buena idea! Llamen a Laura para que las espere y yo me encargaré de que James las busque en el aeropuerto. Nosotros llegaremos a Londres esta noche.

—¿Te ha ido bien con Marco?

—Todavía no hablé con él, pero lo llevaré conmigo.

—Te amo.

—Yo a ti.

—¡Londres, ahí vamos! —gritó Sofía como si se preparara para una misión.

—María, insiste por favor con el número que te dejó Laura, y cuando logres comunicarte dile que Sofía y yo vamos para allá.

—Cuenta con eso. ¡Suerte a las tres!

Subieron al auto y salieron de la fábrica. Llegaron a casa de Giuliana, donde Sofía se ocupó de tranquilizar a Paulina, quien sintió un inmenso alivio al saber que Laura estaba bien. Unos minutos más tarde Giuliana bajaba con dos bolsos pequeños.

—Mamá, le pediremos a Lucca que nos lleve al aeropuerto.

—Claro, cuídense. Y llámame en cuanto llegues.

—No te preocupes, será lo primero que haga.

—Las quiero. ¡Buen viaje! —dijo Paulina despidiéndolas.

En el aeropuerto, Sofía y Giuliana se acercaron al mostrador de British Airways para comprar dos tickets a Londres. Ahí se enteraron de que el avión acababa de salir y tendrían que esperar dos horas para tomar el próximo.

Durante la espera Giuliana llamó a James para informarle el número de vuelo y la hora estimada de llegada. También se ocupó de llamar a María que hasta ese momento no había logrado comunicarse con Laura.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Sofía.

—¿Ahora? Ya sabemos dónde está Laura, dijo que estaba bien y en un rato estaremos con ella.

—Sí, tienes razón. Mejor concentrarse en lo positivo del día, pero no puedo dejar de pensar en Franco.

—No sabemos con certeza si Franco escuchó la conversación de María y Laura.

—¿Y si lo hizo?

—Sofi, deja de torturarme con suposiciones.

Laura caminaba por las calles de Londres sin poder ocultar su desconsuelo. La gente que cruzaba a su paso y los ruidos frenéticos de la ciudad le resultaban lejanos, nada lograba despertarla de ese letargo que la hacía deambular sin rumbo. Fue el cansancio de una noche sin sueño lo que la obligó a retomar el camino a su hostel.

En la recepción todos los rostros parecían difusos y los colores se le antojaban desteñidos. De pronto unos ojos que la miraban intensamente brillaron llamando su atención y lograron que volteara la mirada.

—¡Franco! —pensó, pero ningún sonido se escapó de su garganta.

—Supongo que te preguntas qué hago aquí. Muy simple, tu amiga Giuliana me dijo que sería prudente que conversáramos. Creo que hay algo que me debes explicar. Sólo busco eso, una charla que sirva de explicación.

El horror invadió a Laura. ¿Giuliana? Ella jamás la traicionaría. ¡No! ¡No podía ser cierto!

—¿Por qué pones esa cara? ¿Acaso no eres mi prometida? ¿Qué tiene de extraño que tu amiga suponga que debemos hablar?

Laura estaba sufriendo un ataque de pánico. Su corazón latía cada vez más rápido, las manos le sudaban, no podía articular palabra. ¿Sabría Franco que estaba embarazada? ¿Sería cierto que había conversado con Giuliana? Estaba segura de que su padre había hablado ya con él. ¿Qué le habría dicho?

Franco aprovechó el estado de confusión de Laura para llevarla afuera y escapar de la atenta mirada de la recepcionista, quien, advirtiendo el nerviosismo de Laura, había intentado acercársele para entregarle la docena de mensajes que María había dejado para ella, pero Franco se adelantó y con

una sonrisa sujetó los papeles que le extendían y los guardó en su saco.

—En diez minutos estamos de vuelta, sólo tomaremos un café en la esquina —dijo con intención de tranquilizar a la recepcionista y seguir aturdiendo a Laura. Estaba convencido de que nadie había entendido lo que hablaron porque lo habían hecho en italiano.

Tomó a Laura por el brazo simulando cortesía, pero en realidad la apretaba con fuerza. El pánico había hecho estragos en ella, estaba paralizada a tal punto que no era capaz de emitir sonido alguno.

Se alejaron unos pasos del hostel y detuvieron un taxi. Franco empujó a Laura dentro del auto cuando ella intentó sujetarse del marco de la puerta para no entrar.

—Vamos a Newham.

—¿Newham? ¿Seguro? —preguntó el chofer.

—¿Acaso no entiende mi inglés? —dijo Franco furioso.

—Tranquilo, sólo me aseguraba. Es un lugar bastante peligroso.

Laura escuchó esto y un histérico ataque de llanto la invadió. Intentaba que sus ojos, a pesar de las lágrimas, memorizaran el recorrido, pero era imposible. Lo único que pudo distinguir fue la zona financiera de Londres mientras se alejaban.

Su llanto no cedía a causa de las amenazas que Franco le hacía en italiano. En un último y desesperado intento, dijo:

—Por favor, detenga el auto, yo no quiero ir a ese lugar.

El chofer se dio vuelta y la miró. Laura no entendía por qué no se detenía.

—Hemos llegado.

Franco pagó y bajaron del auto.

—Eres tan estúpida que le has hablado en italiano.

El taxi se alejó y Laura cayó de rodillas al piso.

—No quiero estar aquí contigo, no me obligues.

—Hay mucho de lo que tenemos que hablar —dijo Franco, tomándola de los hombros y poniéndola de pie. Con brutalidad la empujó hasta la puerta de un albergue pobrísimo y sucio. La recepción era minúscula y un hombre viejo y desalineado los recibió.

—Quiero una habitación —dijo Franco, extendiendo un par de billetes.

El hombre sin decir ni una palabra le extendió una llave y con un gesto señaló la escalera. Subieron un piso y entraron en la habitación número cuatro.

James, con puntualidad inglesa, esperaba a Giuliana y a Sofía en la puerta de arribos designada.

Cuando las vio, se acercó, y extendiendo la mano, las saludó. Giuliana presentó a Sofía y James, tomando los bolsos de ambas, las guió hasta el Rolls-Royce estacionado en la puerta del aeropuerto.

—Definitivamente, Tex tiene buen gusto.

La espontaneidad de Sofía hizo reír a Giuliana.

—Estoy segura de que James podrá hacernos pasear por todo Londres después de que encontremos a Laura.

—¡Excelente! No pienso perderme la oportunidad de fanfarronear en un auto como este.

Cuando James se sentó en el lugar del conductor, Giuliana le extendió un papel donde tenía escrita la dirección del hostel donde se alojaba Laura.

—Por favor, tenemos que pasar a buscar a una amiga por este lugar antes de ir al departamento.

—Desde luego, estaremos ahí en media hora.

Comenzaba a anochecer cuando llegaron al hostel. La recepcionista no podía creer que un Rolls-Royce se estacionara en su puerta. Deslumbrada, no podía dejar de admirarlo. Lo único que le faltaba, pensó, era el escudo de la familia real pintado en la puerta. No fue menor el shock al ver que el chofer abría la puerta a dos mujeres que descendían para entrar en su humilde hospedaje. Ambas hermosas y muy elegantes.

Cuando tuvo frente a sus ojos a Giuliana la reconoció y no pudo evitar el comentario.

—¡La *donna* de la moda!

—En persona —contestó Sofía, con toda la intención de incomodar a Giuliana y disfrutar un poco de la fama de su amiga.

—¿En qué puedo ayudarlas? —preguntó la recepcionista eufórica de emoción y a punto de rogarle a Giuliana que se tomara una foto con ella.

—Buscamos a una amiga, Laura Bacco —dijo Giuliana.

La cara de la mujer que las atendía se llenó de asombro.

—Está hospedada aquí, ¿verdad? —preguntó Sofía—. De hecho, le hemos dejado algunos mensajes avisando que la vendríamos a recoger.

La mujer escuchó esto e intentaba ordenar sus pensamientos.

—¿Pasa algo? —preguntó Giuliana, preocupada por el silencio que guardaba.

—Ella está hospedada porque sus cosas todavía están aquí y no ha pagado su cuenta, pero hace más o menos una hora, un hombre vino a buscarla. Ella no parecía tener intenciones de conversar con él, salieron diciendo que volverían en diez minutos y todavía no han regresado.

Sofía y Giuliana no daban crédito a lo que estaban escuchando. El espíritu periodístico de Sofía comenzó con el interrogatorio.

—¿Ella recibió los mensajes que dejamos?

—Intenté dárselos, pero, en realidad, fue el hombre el que los sujetó y sin darles mucha importancia los guardó en su saco. No estoy segura de que ella los haya leído.

—¿Y qué fue lo que este hombre le dijo a Laura?

—Hablaban en italiano, yo no entendí el tema de conversación. Lo único que él dijo en inglés fue que irían a tomar un café y volverían en unos minutos.

—¿Cómo era el hombre? ¿Puedes describirlo?

—Era de estatura media, rubio y parecía tener mal carácter.

—¡Franco! —dijeron al mismo tiempo las jóvenes italianas.

Giuliana y Sofía se quedaron absortas. Todos los malos presentimientos de Sofía se materializaban escandalosamente. Los ojos verdes de Giuliana parecían incandescentes y brillaban intensos mientras las lágrimas, que no podía evitar, los bañaban.

Comenzaron a hablar en italiano y la recepcionista las miraba casi tan aturdida como ellas.

—Sofi, Franco no debe tener buenas intenciones. Es un enfermo capaz de cualquier cosa por vengarse de Laura.

—Tex y Marco tienen que estar por llegar en unas horas.

—Pero no podemos quedarnos sin hacer nada. ¡Laura debe estar aterrada y está embarazada!

—¿Podemos entrar en su cuarto? —preguntó Sofía.

—No debería permitirlo, pero veo que es una cuestión importante y que están preocupadas por ella. Pasen. —La recepcionista las guió hasta la habitación y las dejó solas.

Sofía vio sobre la mesa de luz un papel con los datos de Marco.

—Aquí tiene todos sus datos —dijo, y con un gesto le mostró a Giuliana la servilleta del restaurante donde se habían conocido.

—Y aquí está su diario —dijo Giuliana mientras lo abría en la última página para hacer una lectura veloz del mismo—. ¡No, no! ¡No es justo!

—¿De qué hablas? —preguntó Sofía acercándose para ver el diario que sostenía con manos temblorosas.

—Aquí dice que fue a ver a Marco, a buscarlo para que la perdonara. Fue a confesarle que estaba embarazada. Él no estaba en casa, ¡pero una mujer, una mujer hermosa ya era parte de su vida! No podría confesarle que esperaba un hijo suyo. Un hijo de una noche de amor, aunque fuera la única y la más hermosa que hubiera tenido en su vida.

—¿Y quién es la mujer hermosa que vive con Marco? —preguntó curiosa Sofía.

—¡No lo sé! ¡Tex no me ha dicho nada!

—Recojamos todas las cosas de Laura, paguemos la cuenta y salgamos de aquí. ¡Tenemos que buscarla! —dijo Sofía.

—¿Y si regresa? —preguntó Giuliana, con un hilo de voz.

—Sería un milagro. Dejaremos los teléfonos de Londres y tal vez Tex pueda encargarle a alguien que esté atento a esa posibilidad, aunque me parece remota.

Giuliana no podía disimular su desesperación. Una vez que tuvieron todos los efectos personales de Laura se acercaron a la recepcionista.

—Necesito pedirte un favor —dijo Giuliana—, nosotras buscaremos a Laura, pero si regresa tienes que darle estos números, aquí podrá encontrarnos.

—Claro, lo que usted me pida. Me encargaré personalmente.

—También dejaremos todos sus gastos pagados —dijo Giuliana extendiendo su tarjeta de crédito.

La recepcionista la recibió y no pudo dejar de pensar que tenía enfrente a una diva de la moda que además estaba comprometida con el soltero más codiciado de Londres. Una sana envidia recorrió todo su cuerpo mientras utilizaba la tarjeta para gestionar el cobro.

Sofía y Giuliana salieron del hostel y encontraron a James parado junto al auto. Él, amablemente, les abrió la puerta y se alarmó al ver el rostro de Giuliana enrojecido por el llanto.

—¿Está todo bien? ¿Puedo hacer algo por usted?

—James, vamos por favor al departamento. Necesito hacer algunas llamadas. ¿Sabes a qué hora llegan Tex y Marco?

—Tengo que buscarlos en el aeropuerto en cinco horas.

Giuliana se tapó el rostro con ambas manos y comenzó a llorar

desconsoladamente.

—Por favor, señorita Giuliana, dígame qué sucede, tal vez yo pueda ayudar. Confíe en mí.

Giuliana no podía controlar el temblor que le provocaba el llanto. Sofía fue la encargada de comentar a James lo que estaba sucediendo.

—Creemos que nuestra amiga está en peligro y no tenemos forma de averiguarlo.

Llegaron velozmente al departamento, donde Giuliana corrió al teléfono para llamar a sus padres. Mientras hablaba con Lorenzo entre sollozos, Sofía le preguntó a James si había otro teléfono que ella pudiera usar. Este asintió y la guió hasta el estudio de Tex. Sofía sacó su agenda y marcó el único número que tenía de Gérard, pero no tuvo suerte.

Volvió a buscar a James y casi en un ruego, le preguntó si tenía algún modo de comunicarla con él. No podían perder cuatro horas. Tal vez Gérard podía hacer algo en ausencia de sus amigos.

James le dijo que no se preocupara y unos minutos más tarde, le alcanzaba el teléfono.

—El señor Gérard Duval en la línea.

—Gracias —dijo Sofía, sorprendida por la eficiencia de James.

—¿Hola?

—Hola, Sofía. No preguntaré cómo estás. James me ha contado lo de Laura.

—Bueno, no es mucho lo que sabe él. Necesitamos tu ayuda. No conocemos a nadie en Londres, y Tex y Marco estarán aquí en cuatro horas.

—Dime qué es exactamente lo que sucedió.

—Laura se enfrentó a su padre para cancelar una boda arreglada con un cretino. Su padre la echó de su casa y la desconoció como hija.

—¿Por no querer casarse?

—Sí, y por estar embarazada de Marco.

—¡¿Qué?!

—¡No interrumpas! Laura vino a Londres a buscarlo y no lo encontró. Se hospedó en un hostel, llamó para avisarnos, pero nosotras llegamos tarde al rescate. Su ex prometido, advertido por el padre de Laura de la cancelación de la boda, se nos adelantó y se la llevó a la fuerza de su hospedaje. Lleva horas sin comunicarse con nosotras y estoy segura de que Franco, un resentido, buscará hacerle daño. ¡Ayúdame, por favor!

El tono desesperado con que Sofía pronunció estas últimas palabras conmovió a Gérard y lo despertó del shock de saber que Marco, su amigo, esperaba un hijo. ¡Un hijo que estaba en peligro!

—Claro que te ayudaré. Dame el nombre del hostel donde estaba hospedada. Y el nombre del supuesto raptor.

Sofía deletreó toda la información para asegurarse de que no hubiera errores.

—Pondré gente a investigar lo que ha pasado ahora mismo. Llegaré a Londres casi al mismo tiempo que Tex y Marco, tal vez para entonces tengamos algún dato. No salgan del departamento hasta que estemos todos ahí.

Sofía salió del estudio de Tex y encontró a Giuliana apretando el diario de Laura contra su pecho.

—He llamado a Gérard. ¿Qué dice tu padre?

—Se ocupará de denunciar en Interpol la desaparición de Laura y hablará con la policía italiana para alertarla, tal vez Franco intente volver a Italia.

—No hay mucho más que podamos hacer —dijo Sofía, decepcionada.

Giuliana extendió el diario que sujetaba y mirando a Sofía dijo con voz temblorosa:

—La existencia de Laura está llena de penas, muchas que ni siquiera conocíamos. ¿Por qué la vida ha sido tan injusta con ella?

En su avión, Tex pensaba la forma de abordar el tema de Laura con Marco, que hasta ese momento pensaba que la urgencia del viaje se debía a la firma del contrato multimillonario que habían elaborado con la empresa diseñadora de los prototipos de telefonía móvil.

—Marco, tengo que decirte algo sobre Laura.

—¿Laura?

—Sí, es importante.

Marco miró a Tex en silencio y en su rostro no se dibujó ninguna expresión. Tex continuó:

—Es una mujer que ha tenido una vida mucho más difícil de lo que imaginábamos. Su padre, que bien podría definirse como un tirano, había gestionado un matrimonio de conveniencia para su hija. Cuando te pidió que no la buscaras, lo hizo con intención de protegerte de él, a quien considera una

persona muy poderosa.

—¿Protegerme a mí? ¿Ella? —preguntó Marco incrédulo.

—Cálmate. Sí, por ridículo que te parezca, eso intentaba —dijo Tex con seguridad.

—¿Y quién es el imbécil con el que se casará? —preguntó Marco furioso.

—Con el que se casaba… —aclaró Tex.

—No entiendo, pero de todos modos, no me importa lo que decida hacer con su vida —dijo Marco, escudándose detrás de esas palabras.

—Lo que tengo que decirte tal vez te haga cambiar de opinión —dijo Tex.

Marco lo perforó con su mirada. El silencio de Tex prolongaba el suspenso.

—Laura desafió a su padre y canceló la boda. Enfrentarse a ese hombre le significó golpes y el desconocimiento de su familia, que sin remordimiento la echó a la calle —dijo Tex.

Marco se mantenía en silencio. Escuchar que un hombre golpeaba a una mujer le resultaba repugnante. Intentó hacer un comentario, pero Tex levantó la mano como pidiendo un minuto para terminar su relato.

—Laura logró reunir el coraje para romper ese matrimonio que nunca quiso sólo porque supo que estaba embarazada.

Al escuchar eso, Marco sintió que su corazón se aceleraba en su pecho golpeándolo con cada latido. Levantó la mirada y la fijó en los ojos de su amigo.

—Sí, el hijo que espera es tuyo —dijo Tex acentuando cada palabra.

Marco cerró con fuerza los ojos. Podía discutir la paternidad de ese hijo, pero en el fondo de su alma sabía que él era el padre. Sabía también que él había sido el primer hombre en la vida de Laura y era posible que también el único. ¡Un hijo! Su orgullo y el amor que sentía por esa mujer se batían a duelo en su interior.

Tex era testigo de la batalla interna que su amigo estaba librando y mantuvo un respetuoso silencio.

—¿Por qué no me llamó? ¿Por qué no me lo dijo?

—Hasta esta mañana nadie sabía dónde estaba. Llamó a Giuliana y no la encontró. Dejó un mensaje diciendo que estaba bien y en Londres. Tal vez intentó decírtelo personalmente.

Marco no podía creer lo que estaba escuchando. Esa mujer de la que se había enamorado a primera vista, la que se había arraigado en su corazón,

sería la madre de su hijo.

—¿Y ahora qué? —preguntó confundido.

—Creo que deberías darle la oportunidad de hablar contigo. Por lo menos ha probado no ser una cobarde. Doy fe de que se ha enfrentado a un monstruo.

Ambos permanecieron callados un rato más. Volaban sobre Europa, cuando Iván interrumpió el silencio por los parlantes del avión.

—El Señor Gérard Duval ha hecho contacto con nosotros. Va en dirección a Heathrow. Nos ubicó para conocer nuestra posición. Estaremos aterrizando con minutos de diferencia.

—¿Por qué está viajando Gérard a Londres? —preguntó Marco—. ¿No dijiste que él ya había firmado el contrato?

—Sí, ya lo hizo. No tengo idea de cuál es el motivo de su viaje.

Tex se levantó para hablar con Iván. Se demoró unos segundos y volvió a sentarse.

—¿Y? ¿Sabes algo más?

—No. Aterrizaremos en cuarenta minutos.

Cuando Marco, Tex y Gérard llegaron a Heathrow, Laura ya llevaba cinco horas desaparecida.

James esperaba ansioso en la sala de arribos internacionales preparada para los aviones no comerciales. De pronto, vio a los tres amigos caminar con bastante prisa en dirección al automóvil. Preocupados, escuchaban las explicaciones de Gérard.

—Me llamó Sofía muy angustiada. Cuando ellas llegaron a buscar a Laura, su supuesto prometido la había sacado del hostel. Lleva varias horas sin comunicarse y ellas están convencidas de que este hombre pretende hacerle daño. Por lo que he podido averiguar sobre él, se ha esforzado por ocultar su ruina económica. Aparentemente, el matrimonio con Laura resolvería ese problema. Otro factor que me preocupa es que es un hombre de mala vida, drogas y prostitución son su perdición, en eso ha perdido una importante cantidad de dinero.

—¿Y por dónde empezaremos a buscar? —preguntó Tex.

—He mandado a averiguar con todos los taxistas que trabajan en la zona del hostel para ver si alguno recuerda a esta pareja y el destino que eligieron.

—¿Alguna novedad?

—No todavía.

Marco estaba mudo, su mirada era una noche y su corazón amenazaba con

dejar de latir.

—Marco, ¿qué te pasa? ¡No has dicho nada! —dijo preocupado Gérard.

—Ella está embarazada... —fueron las únicas palabras que lograron escapar de su garganta.

—Lo sé. Y la encontraremos, ¡te lo prometo!

Capítulo 11

Franco había amarrado a Laura a una silla con unos precintos plásticos que lastimaban sus muñecas sujetadas a los apoyabrazos. Sus tobillos, atados a los pies de la silla, la obligaban a mantener las piernas abiertas. Él se sentó frente a ella y comenzó a desahogar toda su ira.

—¡Eres una perra! ¡Una prostituta! ¿Quién mierda te crees para arruinarme la vida? ¿Para humillarme frente a mis amigos? ¡Por tu culpa seré el hazmerreír de Milán! Tu padre no quiere verte, te ha desheredado y considera que has deshonrado a tu familia. Supongo que lo que le ha molestado es que confesaste haberte entregado a un aventurero. ¿Dónde está ahora ese hombre para defenderte? ¿O se trata de un mocoso? ¡Seguramente vive aquí en Londres! ¿Ya lo has buscado? Ya sé, ni siquiera se acuerda de que te tuvo en su cama, ¡maldita puta! —Y con estas palabras Laura recibía una fuerte cachetada que le hizo voltear la cara y emitir un grito de dolor.

Franco se puso de pie y comenzó a desabotonar su camisa. Laura, aterrorizada, lloraba.

—No, no, por favor no lo hagas.

—¿Por qué no hacer lo que quiera contigo, si ya lo ha hecho otro? ¿O acaso tienes honor para defender? ¿No entiendes que lo has perdido todo? ¡Eres una cualquiera, sin nombre, sin familia y estás plenamente a mi merced! ¡Jamás volverás a ver a tus amiguitas, así que mejor comienzas a acostumbrarte a tu nueva vida!

Franco seguía desabotonando su camisa y Laura gritaba pidiendo una ayuda que estaba segura nunca llegaría, pues el lugar donde estaban parecía desierto.

—¡Dime cómo se llama el miserable que te tomó antes que yo!

—¡Nunca lo sabrás!

Otro golpe surcó su cara y sintió que un hilo de sangre salía de su nariz.

—Mejor te callas —y diciendo esto, usó su corbata para amordazarla.

Luego, le abrió la camisa que mostró un busto lleno, cubierto por una fina tela de encaje. Sin liberarlos por completo, sacó con brutalidad uno de los pezones y lo tomó entre sus dedos con intención de torturar a Laura retorciéndolo. Ella lloraba, intentaba gritar, pero era inútil. La otra mano de Franco levantó su falda y uno de sus dedos, burlando la ropa interior, se introdujo con torpeza en su intimidad.

—¿Esto es lo que te gusta, perra? ¿Es con esto con lo que disfrutas? ¿Esto buscabas con los muchachos que encontrabas en tu viaje? ¿Lo pasaste bien? ¿Y alguno te llenó? ¿Alguno de esos te dejó preñada?

Cuando Laura escuchó estas palabras, su corazón dejó de latir por unos segundos y su respiración se aceleró. "¿Sabe que estoy embarazada? ¿Se lo habrá dicho mi padre? ¡No! ¡No lo sabe! Si lo supiera, intentaría matar a mi niño a golpes, me obligaría a perderlo. Lo protegeré con mi silencio", pensó desesperada.

Cerró los ojos y le pidió a Dios que le diera la oportunidad de salvar a su hijo a cualquier costo. "Él es inocente de toda culpa. Yo asumiré todas las consecuencias. ¡Protégelo, Señor!", imploró. Y lágrimas de angustia bañaron sus ojos. Concentrada en estos pensamientos se abstrajo de las torturas que recibía su cuerpo.

—Ahora aprenderás a hacer todo lo que te pida o te golpearé hasta que lo hagas.

Laura temblaba, no como producto de la crueldad con la que era tratada, sino por las convulsiones que le provocaba el llanto.

Violarla hubiera satisfecho el impulso destructivo que embargaba a Franco. Deseaba tomarla ahí, vejarla como lo haría un primitivo, un salvaje. Sin embargo, no era una opción. Su virilidad era cuestionada y no quería manifestar su vulnerabilidad frente a su víctima. Tal vez lograra una erección, pero si sucedía, lo más probable era que sufriera una eyaculación precoz antes de penetrarla. Con otras mujeres esta situación no le importaba, pero con Laura su orgullo se sentía herido, pues ella había conocido a otro hombre y podría compararlo. Prefirió que tuviera otra imagen de él, quería sobre todo aterrorizarla y humillarla. Pensó entonces en Bertolini.

Sin dejar de manosear, insultar y golpear a Laura, dijo:

—Hay unas deudas que debo pagar en Londres y tú podrías ser de mucha ayuda. Creo que haremos equipo y trabajaremos juntos.

Laura lo miró turbada. No sabía de qué estaba hablando, pero el tono

ladino e irónico que tenía su voz era suficiente advertencia.

Estaba aterrorizada y todavía tenía que soportar la humillación de sentir la lengua de Franco sobre sus labios, en sus pezones y sus dedos invasores en su intimidad. ¡Quería escapar, gritar, defenderse o morir! Pero debía proteger a su hijo: ese era su único mandato. Cerró los ojos y llamó a Marco desde lo más profundo de su ser. "¡Te necesito! ¡Ayúdame!"

En ese instante, Marco rompía una puerta con su puño. Acababa de escuchar de boca de Marta que aparentemente era Laura quien había ido a su departamento. Había buscado refugio en él, pero él no había estado ahí para ella. La había considerado una cobarde, pero era una mujer valiente. Sabía todo lo que Laura había tenido que pasar para llegar a él. Se odiaba por no haberla buscado antes.

Estaba sola en el mundo. La impotencia y el paso de las horas estaban acabando con su resistencia. Deseaba matar a todos los que habían hecho sufrir a la mujer que amaba; sin embargo, estaba ahí, en la comodidad de su departamento, rodeado de amigos y sin poder hacer nada. Se torturaba con imágenes de lo que podría estar sucediendo y lo embargaba el dolor y la furia.

Vio que Sofía leía atentamente lo que parecía un diario íntimo y las lágrimas surcaban su rostro a medida que su lectura devoraba las páginas.

—¿Qué lees? —le preguntó, mirándola con seriedad.

—El diario de Laura.

—¿Y por qué lloras?

—Porque ha sufrido en silencio demasiado tiempo. Porque siendo su íntima amiga nunca advertí las crueldades que tenía que soportar. Porque muero de dolor con cada cosa que descubro. En su infancia nunca tuvo amor y ternura, sino disciplina y castigos físicos. En su adolescencia todo estaba prohibido. Nunca se sintió amada por sus padres, vivía para ganarse un abrazo o una palabra de aliento que nunca llegó. Sólo contigo sintió que había descubierto el Paraíso. Pero no puedo dejar de pensar que en este momento vive una pesadilla.

Las palabras de Sofía fueron como un cuchillo de doble filo que se clavó en lo más profundo de Marco. Estaba en el infierno y él tenía que sacarla de ahí.

Salió del departamento a paso veloz. Tex y Gérard corrieron detrás de él.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas?

—¡A buscarla!

—¡Pero no sabemos por dónde empezar! —dijo Tex.

—No pienso quedarme aquí, sabiendo que está con un imbécil que puede lastimar a ella y a mi hijo. Empezaré en ese maldito hostel al que no debería haber llegado nunca.

Sus dos amigos lo acompañaron en silencio. Para ellos la lealtad era sagrada, era el vínculo que los había convertido en familia.

Subieron al Jaguar negro de Marco y en pocos minutos estuvieron en el hostel. Era de madrugada, la calle estaba silenciosa y deshabitada. Esa quietud contrastaba con la desesperación y la ansiedad que habitaban en Marco.

Franco terminaba de desparramar sobre Laura todos sus desperdicios: su rabia, su frustración, sus miedos, su inseguridad. Sus palabras siempre descalificativas y su abuso estaban logrando desarmar a Laura en pequeños pedazos de ella misma.

Se puso de pie para salir de la habitación y Laura lo miró con ojos suplicantes para que no la dejara en ese estado. Estaba atada, sus partes íntimas expuestas, su cabello revuelto y su cara sucia por el maquillaje y las lágrimas. Franco le devolvió una sonrisa de satisfacción y se marchó.

Todavía no amanecía en Londres cuando golpeaba la puerta del burdel clandestino de Bertolini. La puerta se abrió y un hombre alto, de color, lo miró con desprecio.

—Necesito hablar con Bertolini.

—Ahora no.

—Tengo una mercancía para ofrecer y necesito ayuda para transportarla.

La puerta se cerró y unos minutos más tarde, Pittsburgh la abría. Cuando Franco lo vio, sintió terror sólo de recordar los golpes que había recibido de su puño.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Traes el dinero?

—Tengo una parte del dinero —contestó con voz temblorosa— y por la otra parte ofrezco una bella mujer.

Pittsburgh lo sujetó del cuello y lo mantuvo así unos minutos hasta que Franco sintió la falta de aire en sus pulmones. De un empujón, el gigante lo tiró al piso.

En cuatro patas y humillado ante la fuerza bruta de su adversario, Franco

suplicó que viera lo que tenía para ofrecer. De mala gana, Pittsburgh asintió y mandó al hombre de color en un coche viejo a retirar la mercancía.

Llegaron a la pensión y ambos encontraron a Laura atada a la silla y atormentada. El hombre que acompañaba a Franco la miró con descaro. Su belleza era indiscutible.

En ese momento, Marco se acercaba a un taxista que estaba estacionado en una parada cercana al hostel.

—Quisiera saber si ayer transportó una pareja desde esta zona —le preguntó.

—Transporté cientos de parejas —contestó el chofer de mala gana.

Marco extendió un par de billetes frente al taxista.

—Puedo pagarte más si tu memoria mejora. La pareja de la que hablo es bastante particular. Hablan italiano. La mujer es rubia y tiene ojos claros, el hombre es de estatura mediana.

—¡Ah! ¡Sí, unos italianos! Pararon mi taxi cuando salían de ese hostel.

Marco se sintió eufórico por primera vez en toda la noche. Tomó un par de billetes más.

—¿Recuerdas a dónde los llevaste?

—¡Imposible olvidar! Son muy pocos los que llevo a Newham.

—¿Newham?

—Sí, yo les advertí que era un vecindario hostil, pero ese fue su destino.

—Te seguiré en mi auto. Llévame al punto exacto donde los dejaste y te pagaré tres veces lo que vale el viaje.

El taxista asintió. Marco llamó a Tex y a Gérard, que corrieron a su encuentro. Subieron al Jaguar negro y siguieron al taxi.

Paulina no podía soportar la angustia que sentía. Las conversaciones que tenía con Giuliana no ayudaban. Su hija no dejaba de llorar y Laura seguía desaparecida. Colgó el teléfono después de haber escuchado que no tenían novedades y el llanto también se apoderó de ella. Lorenzo se acercó rápidamente a su mujer y sólo pudo decir:

—¡La encontrarán!

—Necesito ir a Londres, no soporto estar lejos de Giuliana en este momento. Y si Dios permite que encuentren a Laura, quiero estar ahí.

—Entonces prepara tus cosas y cuando tengas todo listo, partiremos. Déjame hacer unas llamadas. Estaremos ahí al mediodía.

No había nada que Lorenzo Bertolini no hiciera por satisfacer a Paulina.

Franco liberó a Laura de sus ataduras y para calmar su ataque histérico la golpeó, dejándola inconsciente. La sacaron de la pensión y la metieron en una furgoneta Volkswagen negra. Franco volvió a entrar y pagó su habitación al mismo viejo que los había atendido el día anterior.

Unos minutos más tarde, el taxista estacionaba frente a la pensión donde había visto entrar a la pareja italiana. Bajó del auto, se acercó a Marco y le dijo:

—Aquí entraron ayer por la tarde.

—¿Viste algo más?

—No, sólo los vi entrar y me marché.

Marco sacó unos billetes de su bolsillo, se los extendió al taxista y le agradeció con una palmada en la espalda.

Los tres amigos entraron en la pensión. El recepcionista los miró con desconfianza. Generalmente los hombres llegaban acompañados de prostitutas y pasaban ahí sólo una noche. Ver a estos hombres lo preocupó. Podría tratarse de investigadores o policías y eso no era conveniente. Intentó escabullirse de su puesto, cuando Marco en dos zancadas estuvo a su lado.

—¿Te vas? —preguntó con un tono nada amistoso.

—¿Qué necesitan?

Gérard se ocupó del interrogatorio, mientras Marco se convertía en un enorme impedimento para el escape.

—Buscamos a una mujer que ha llegado aquí ayer por la tarde en compañía de un hombre rubio, de mediana estatura que habla inglés con un acento extranjero.

El viejo identificó de inmediato a la pareja. Había sido la única en hospedarse ese día. Se debatía entre confesar y callar cuando Marco, cansado del suspenso y los buenos modales, tomó al viejo del cuello.

—¡Sí, sí! Ahora recuerdo.

Sin soltarlo y con mirada amenazante, Marco preguntó:

—¿Dónde están ahora?

—Acaban de marcharse. Un hombre alto, de color, llegó a buscarlos. La

mujer estaba inconsciente.

Marco apretó con más fuerza el cuello del hombre. Esta vez sus ojos se pintaron de rojo, no podía contener la furia que esas últimas palabras le provocaban.

El viejo ya no podía respirar cuando Tex intervino para que Marco aflojara las manos.

—¿En qué vehículo se fueron? Y no te atrevas a decir que no lo recuerdas porque mi amigo ha perdido la paciencia.

—Una furgoneta negra —dijo tosiendo, intentando llenar de aire sus pulmones.

—¿Qué marca? —preguntó Gérard.

—Volkswagen, vieja…

Gérard tomó el teléfono de la recepción e hizo un par de llamadas. Hablaba en francés y el viejo no podía ni quería saber de qué se trataba.

Esperaron ahí veinte minutos hasta que tres hombres llegaron y se acercaron a Gérard.

—Revisen esta pensión de punta a punta y no pierdan de vista a este viejo hasta que yo vuelva a comunicarme con ustedes.

Los hombres asintieron sin decir palabra y liberaron a Marco de su posición de carcelero, quien siguió a Gérard y a Tex fuera de ese inmundo lugar.

La cara de Gérard no presagiaba buenas noticias.

—Seré directo porque no hay tiempo que perder. Por lo que ese viejo acaba de describir: el hombre de color, la furgoneta y el estado de Laura, unidos a las características de Franco, tenemos que suponer que la ha vendido a un burdel.

Marco sintió que le temblaban las piernas y cayó de rodillas sobre la vereda. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tapó con sus manos su rostro. No eran las lágrimas lo que pretendía ocultar, sino el odio que sentía por ese orgullo estúpido que se había interpuesto entre Laura y él. Era su orgullo el que había puesto en peligro la vida de ella y la de su hijo.

Tex se arrodilló a su lado, impresionado por la reacción de su amigo. Era un titán, pero lo habían herido en su punto más vulnerable. No podía proteger a los que amaba. Estaba perdido y desolado.

Gérard volvió a la pensión. Tomó el teléfono e hizo un par de llamadas organizando una pesquisa por los barrios bajos de Londres. Recorrerían cada

burdel hasta dar con Laura. Asignó para él una de las áreas y ordenó comenzar con la búsqueda de inmediato. Desistió de advertir a la policía. Sólo lograrían interferir y perderían tiempo, algo que ellos no tenían.

Josefina, que no había quedado satisfecha con las excusas de Tex para buscar a Marco con tanta prisa, llamó a Londres para hablar con su hijo. La atendió Marta, que no pudo evitar las lágrimas mientras confesaba la horrorosa situación que estaban viviendo. Josefina no daba crédito a lo que escuchaba, pero el discurso de Marta, cada vez más afligido, terminó por quebrar su temple. Cortó con la muchacha y corrió a los establos en busca de su marido.

—¡Emilio! ¡Emilio!

Cuando Emilio escuchó el llanto de su esposa corrió a su encuentro.

—¿Qué pasa, mujer? ¿Piensas matarme de un susto?

—¡Marco nos necesita! ¡Han raptado a esa joven de la que te he hablado! ¡Y espera un hijo de Marco!

Franco llegaba al burdel para presentar a la mujer que ofrecía. Entró y se acercó a la mesa donde estaba Bertolini. Laura pudo oír lo que unos hombres le decían al que parecía ser el jefe.

—Su sobrina Giuliana y Tex Cooper están en Londres.

—¡Esa sí es una buena noticia! Necesitamos traerla aquí sin demora. Pittsburgh, ocúpate de eso. Hay un negocio grande que depende del éxito que tengas.

Laura no podía creer lo que había escuchado. ¿Giuliana era sobrina de este hombre? ¡Pero querían secuestrarla! Eso sirvió para que el pánico se apoderara de todo su cuerpo.

—¡Franco! —dijo el mismo hombre horroroso que presidía la mesa—. Veamos qué tienes ahí, me han dicho que tienes voluntad de pagar, pero que no traes todo el dinero.

Franco extendió un sobre y Bertolini comentó con mal humor al recibirlo:

—Seguramente esto no cubre todo lo que me debes.

—Sí, pero el resto pienso pagarlo “en especias”.

—Muéstrame qué tienes...

Franco sujetó a Laura con fuerza del brazo y la acercó a la mesa.

—No puedo negar que es hermosa. Podríamos sacarle unos pesos, pero eso sólo servirá para extender tu plazo por unos meses.

—Pero es la mujer más hermosa que hayas tenido en este lugar, ¡eso debería cubrir mi deuda! —dijo Franco, angustiado.

—Es atractiva, sí, pero sirve para lo mismo que las otras, nadie pagará más por ella sólo por ser la nueva. Aprovecha la oportunidad y el tiempo. Tendrás que traer el resto del dinero en dos meses.

Franco, resignado, asintió.

Bertolini miró al hombre de color parado detrás de Laura.

—Llévala a una habitación y ocúpense de hacerla trabajar.

—Franco, ven, siéntate y cuéntame dónde has encontrado esta belleza.

A pesar de su nerviosismo, Franco supo inventar una historia suficientemente creíble.

Giuliana y Sofía recibían a Paulina y a Lorenzo que llegaban preocupados, intentando ser de ayuda en una situación tan delicada. Marta comentó que los padres de Marco también estaban en camino y llegarían por la noche.

—¿Han informado de esto a la policía? —preguntó Lorenzo.

—No sé, papá. Ellos están ocupándose de todo y sólo llaman cuando logran encontrar una pista. Hasta ahora Franco tiene a Laura, pero están siguiéndoles el paso. Con suerte, los hallarán pronto —dijo Giuliana desconsolada.

Lorenzo la abrazó, intentando darle algo del ánimo que había perdido. Paulina no podía más que rezar para que Laura y su niño regresaran a salvo.

Marco, Tex y Gérard ya habían entrado en tres de los cinco burdeles de la zona que tenían asignada y en ninguno habían encontrado rastros de Laura o Franco. Pararon en un bar y Gérard usó el teléfono para averiguar si había novedades en los otros grupos de búsqueda, pero hasta el momento nadie había ubicado a Laura.

La oportunidad de encontrarla en Londres menguaba con cada minuto que pasaba. Gérard sabía que había otras posibilidades que no podrían abordar y

que significarían perder a Laura para siempre. Si en lugar de venderla a un burdel en Londres, la habían sacado del país, entonces jamás podrían dar con ella, pero esto no era algo que pudiera compartir con Marco. Nunca había visto a su amigo en ese estado. Bañado de dolor y de furia, y a punto de perder la poca cordura que le quedaba.

Quedaban dos lugares por recorrer.

—¿Dónde iremos primero? —preguntó Tex.

—Hay dos opciones, una es un lugar bastante comercial con una alta rotación de prostitutas que en su mayoría son jóvenes locales. La otra es un lugar bastante más peligroso. Se lo asocia con la droga principalmente y también con la prostitución. Es más peligroso porque probablemente tengan personal armado. Y nosotros no tenemos armas —aclaró Gérard.

—¡Ahí iremos primero! —dijo Marco, en un tono que no daba lugar a réplicas.

—Podrían matarnos antes de entrar —aclaró Gérard.

—Sí, lo entiendo —dijo Marco—. Yo seré el primero en entrar. Si están armados, quedará claro y ustedes buscarán refuerzos.

Tex y Gérard no hicieron ningún comentario.

Marco manejó en silencio hasta el lugar indicado en el mapa. Estacionó a una cuadra, se bajó del auto como un autómata y, sin decir palabra, se dirigió a la puerta del establecimiento.

—Marco —dijo Gérard y su amigo se volteó para escucharlo—, primero pide una copa, tranquilo. Siéntate en la barra. Estudia cuántas personas hay y después habla con el barman y pide una mujer.

Marco asintió con la cabeza.

Caminó hasta una puerta pintada de rojo, tocó y un sujeto de color abrió. Este se demoró observando a Marco, que intimidaba con su presencia. Vestía un jean desgastado, una camisa negra y las ojeras delataban una noche de desvelo.

—Déjame entrar —dijo Marco.

El hombre abrió la puerta dándole paso.

Marco ingresó con lentitud. Siguiendo el consejo de Gérard, se sentó a la barra y pidió un whisky doble. Su posición le permitía observar con disimulo las mesas ocupadas en el salón que apestaba. Era gente mayor y uno que otro joven que jugaba su sueldo en una mesa de póker. Una mesa llamó especialmente su atención, porque estaba rodeada de hombres que aparentaban

custodiarla. El corazón le golpeó el pecho cuando advirtió a un joven que cumplía con la descripción que tenía de Franco. Estaba hablando con otro mayor, que parecía regentear ese sombrío lugar.

Marco lograba razonar con lentitud. La ansiedad por encontrar a Laura le estaba jugando en contra. Intentó concentrarse y volvió a mirar en esa dirección. El oído pudo más que sus ojos: los hombres hablaban italiano. Las dudas se esfumaron de su cabeza y ya no pudo seguir fingiendo.

Se puso de pie de un salto y se dirigió hacia el pasillo de donde acababa de salir un hombre acomodándose la ropa.

Afuera, Gérard que había visto con detenimiento al portero, estaba seguro de que habían dado con el lugar.

—Tex, aquí es donde tienen a Laura. Prepárate para un poco de acción.

Ambos bajaron del auto y entraron en una tienda de ramos generales en la misma cuadra. Gérard sacó de su bolsillo bastante dinero como para comprar un pasaje al Nuevo Mundo y pidió usar el teléfono. El dueño del lugar no pudo resistir la tentación y se lo alcanzó sin miramientos.

—Ya está —dijo Gérard a Tex—, mis hombres vienen para aquí. Creo que podemos entrar y ayudar a Marco. El apoyo llegará en diez minutos.

—Sí, pero si entramos es bastante probable que nos reconozcan, por lo menos a mí que acabo de salir en la prensa amarilla. Eso podría poner en peligro a Marco.

El comentario de Tex alertó a Gérard. ¡Era cierto! ¡Si reconocían a Tex, perderían la oportunidad de rescatar a Laura!

—Quédate afuera, espera a mis hombres y entra con ellos. Para entonces, Marco y yo estaremos bastante ocupados y una mano no nos vendría nada mal.

Tex sonrió.

—Cuida esa nariz o perderás tu encanto.

Gérard desacomodó su ropa y desordenó su pelo.

Comenzó a tocar la puerta, distrayendo al personal de seguridad que atendía los bruscos movimientos de Marco. Gérard no era el tipo de hombre que visitaba el lugar y para lograr el visto bueno del portero, sacó un puñado de billetes que ocultó en su mano mientras simulaba extenderla para saludar a un amigo. El truco resultó y la puerta se abrió.

Gérard pudo ver el metro noventa de Marco moviéndose a paso veloz por la sala, en dirección a un estrecho pasillo. Uno de los hombres que rodeaba la mesa de Bertolini intentó cortar su avance, pero Marco lo sujetó de la camisa

y lo hizo volar sobre una mesa, que se rompió en pedazos mientras el hombre caía al piso.

La escena causó gran revuelo y desorientó a todos en la sala. Gérard, que ya había identificado a Bertolini y a Franco, aprovechó ese momento para acercarse a Marco y cuidar sus espaldas.

Tres hombres se les acercaron dispuestos a sacar a los intrusos del lugar. Gérard no tenía forma de detenerlos, Marco se le había adelantado buscando a Laura.

Ansioso, Tex aguardaba en la calle. De pronto escuchó los ruidos de una pelea en el interior del burdel y no pudo evitar su impulso por entrar. Los hombres de Gérard no llegaban y seguramente sus amigos estaban en problemas.

Intentó abrir la puerta sin tocar, y, para su sorpresa, estaba abierta. Con precaución miró dentro hasta identificar la posición de Gérard que estaba a punto de enfrentarse con tres hombres para nada amistosos. Entró rápidamente y corrió en esa dirección. Sorprendió por la espalda a uno de ellos. Lo volteó y, en un movimiento veloz, alzó su pie y pateó su rostro, dejándolo inconsciente. “Uno menos”, pensó. Y en ese instante recibió un golpe en la cara que lo desorientó. Pudo evitar el segundo golpe y acomodarse para golpear a su agresor.

Gérard peleaba contra un Goliat, un hombre inmenso con una fuerza brutal. No lograba pegarle, sólo atajar los golpes que le tiraba. De pronto, como caídos del cielo, los hombres de Gérard llenaron al lugar. Al verlos, Gérard comenzó a dar instrucciones en francés para que no dejaran escapar a ninguno de los que compartían la mesa con Bertolini. Esta distracción le valió un tremendo golpe que logró derribarlo, pero sus compañeros de inmediato sujetaron al gigante.

Marco pateaba todas las puertas a su paso. La ira había teñido su rostro. La noche se había apoderado de su alma. No había golpe que doliera, ni hombre que no derribara o puerta que bloqueara su paso, hasta que llegó a una pintada de rojo con un cartel colgado del picaporte en el que se leía “keep out”. Su hombro la derribó de un solo golpe.

Nada en el mundo podría haberlo preparado para la escena que se desplegó frente a él. El dolor le quemó los ojos.

En el piso de una habitación sin ventanas, Laura yacía desnuda. Su blancura resaltaba sobre el cemento oscuro. La imagen era desgarradora. La

impresión lo paralizó. Contemplar a la mujer que amaba, vejada, era la imagen más violenta que pudiera imaginar. El tormento más fuerte que se pudiera inventar no podría superar lo que sentía. Ella estaba sucia, en posición fetal con sus manos cubriendo su vientre. El llanto la sacudía. Habían desgarrado su intimidad y su dignidad. Parecía una muñeca de porcelana rota en mil pedazos.

Marco se quitó la camisa, se acercó a Laura y la cubrió. No podía tocar nada. Todo en ese lugar le resultaba repulsivo.

Laura sintió el perfume de Marco y su voz que intentaba calmarla, pero no se atrevió a abrir los ojos. La vergüenza inmensa que sentía se lo impedía. Que Marco la viera en esa situación tan humillante le resultaba el peor castigo del mundo. Estaba sucia, ultrajada, deseaba que sus ojos no se abrieran nunca más.

Marco se arrodilló a su lado. Le acarició el pelo rubio que cubría gran parte de su cuerpo y la sintió temblar.

Gérard se acercó y sin decir nada le dio su camisa para que terminara de cubrirla. Marco la levantó con toda la delicadeza de la que era capaz; sin embargo, sintió que toda ella se desarmaba en sus brazos y escondía su rostro en su pecho. Marco la sacó de allí rápidamente, mientras Tex y Gérard los escoltaban.

—Llévense a estos hombres y dejen este lugar antes de que llegue la policía —ordenaba Gérard mientras salía a la calle.

Así, apresaron a Franco, a Bertolini y al Goliat que había golpeado a Gérard, y se marcharon.

Tex manejaba el Jaguar de Marco con Gérard de copiloto.

—¡Un hospital, rápido! —gritó Marco, al ver que Laura se había desmayado en sus brazos.

Tex manejó a toda velocidad hasta el St. Mary Hospital donde entraron por la puerta de urgencias.

Marco cargaba a Laura en sus brazos, llamando la atención de todos en la guardia. Dos hombres llevaban sus torsos desnudos y una mujer, desmayada en los brazos de uno, iba cubierta sólo con sus camisas. Tex se ocupó de dar explicaciones mientras Gérard hablaba con el médico que los recibía y le pedía una habitación privada.

Lograron todo en pocos minutos. Marco recostó a Laura en una cama limpia y la tapó. Una enfermera se acercó a él y le pidió que dejara el cuarto. Marco se negó, pero Tex y Gérard lo sacaron de todos modos.

—No pienso dejarla sola de nuevo —dijo.

—Tienen que limpiarla, revisarla y saber si el bebé está bien. Entiende, necesitan trabajar tranquilos.

Marco se arrodilló y se tapó la cara con las manos. Rezaba como nunca lo había hecho en su vida. Suplicaba a Dios que Laura se recuperara y que les permitiera conservar ese niño.

Gérard y Tex, aturdidos ante la escena, se arrodillaron a su lado y se sumaron a la súplica.

Tex se puso de pie y con ayuda de Gérard levantó a Marco. El estrés, la falta de sueño y las lágrimas habían desfigurado su rostro. Tex acercó una silla y Marco se sentó junto a la puerta del cuarto de Laura.

Gérard se ocupó de llamar para avisar a Sofía y a Giuliana de lo sucedido. Llamó también a su secretaria. Necesitaba hombres capacitados para lidiar con la prensa. Tendrían que inventar algo para ocultar la identidad de Laura y la de sus amigos.

Unos minutos más tarde, una camilla entraba en la habitación. Marco se puso de pie y el médico se acercó a darle la primera explicación. Laura seguía inconsciente y estaba deshidratada. Tenían que hacer algunos estudios para ver si el bebé seguía con vida. El abuso del que había sido víctima hacía poco probable la continuación del embarazo, pero necesitaban verificarlo antes de dar un diagnóstico definitivo.

Marco escuchaba estas palabras y por cada una sentía un dardo en el cuerpo. Tex puso una mano sobre su hombro. Cuando el médico se marchó, Marco cayó sobre la silla como si su cuerpo no tuviera fuerzas para mantenerlo erguido.

—Llegué tarde. Es mi culpa. ¡Todo esto es mi culpa!

—Cálmate —dijo Tex—. La encontraste. Está viva.

Giuliana y Sofía entraron corriendo en la guardia del St. Mary. Giuliana se abrazó a Tex y Sofía miró aterrada a Marco.

—¿Está bien? —preguntó.

Marco, sin mirarla, negó con la cabeza.

Gérard se acercó al grupo con una bata blanca y extendió otra sobre los hombros desnudos de Marco.

Sofía lo miró y dijo:

—Paulina y Lorenzo aceptaron tu consejo y no vinieron, tampoco lo hicieron los padres de Marco. Todos esperan en el departamento de Tex.

—¿Mis padres? —preguntó Marco.

—Sí, llegaron esta mañana.

Marco estaba demasiado aturdido como para pensar o hablar. Tex explicaba lo que había ocurrido y él no lograba prestar atención a los comentarios. Su pensamiento estaba ocupado sólo por Laura.

El médico de guardia volvió acompañado por el director del hospital.

—Hemos sido advertidos de que este caso debe tratarse con suma discreción por el matiz mediático de los involucrados. La paciente está estable, le hemos suministrado un calmante y la estamos hidratando. Ha sido víctima de un brutal abuso sexual. Su condición de embarazada no nos permite suministrar todas las drogas necesarias para acelerar su recuperación, pero la buena noticia es que por ahora el embarazo no se ha interrumpido.

Todos escuchaban atónitos el diagnóstico. No daban crédito a las palabras. Cada uno desataba en su imaginación el suplicio que había soportado Laura en manos de Franco.

—¿Podemos llevarla a casa? —preguntó Marco.

—No, debe permanecer en terapia intensiva. La presión uterina es alta, provocada probablemente por el inmenso estrés que ha vivido la madre. Esto puede poner en peligro el embarazo. Necesitamos mantenerla en observación.

—¿Puedo verla? —dijo Marco.

—Sólo unos minutos. Si su presencia altera de alguna manera a la paciente, deberá dejar la sala de inmediato para no perjudicar su recuperación física.

Marco asintió. Se colocó la bata que tenía sobre los hombros y siguió a los médicos.

Giuliana y Sofía se abrazaron y comenzaron a llorar horrorizadas por todo lo que habían escuchado. Gérard, que era el único que lograba mantener la calma, las guió hasta una sala apartada.

—Entiendo lo que sienten, pero les pido prudencia. Giuliana, si alguien alerta a la prensa de tu presencia aquí, no habrá manera de proteger a Laura. Este hospital se llenaría de periodistas. Todo Londres ha memorizado la cara de la *donna de la moda*.

”Las acompañaré hasta el auto y James las llevará de vuelta al departamento. Caminen sin detenerse y sin llorar, por favor —dijo Gérard en tono suplicante.

Unos minutos más tarde volvió y se sentó junto a Tex.

—Todo esto es una maldita pesadilla.

—Sí, pero una con final feliz aunque no lo creas —dijo Gérard.

—¿Qué dices? —preguntó Tex, molesto.

—Si no encontrábamos a Laura ahí en ese momento, la sacarían del país y no tendríamos ninguna posibilidad de encontrarla. Sus captores no la hubieran mantenido allí más de un día. Es así como se manejan.

Tex miró a Gérard y el horror se dibujó en su rostro.

—Vivimos con realidades como esta a diario, pero necesitamos sufrirlas en carne propia para que despierten nuestra sensibilidad.

Marco salió de terapia intensiva como un alma en pena.

—¿Qué pasó? —preguntó Tex preocupado.

—Sólo he podido verla unos segundos y cuando ella me reconoció, explotó en llanto y ocultó su rostro en la almohada.

"Necesito un favor —dijo Marco mirando a Tex—. Trae a mi madre para que cuide a Laura. Aquí nadie la conoce y no llamará la atención.

—¿Y tú qué harás?

—Gérard me acompañará a resolver unos asuntos pendientes.

—¡Estás loco! ¡No pensarás volver ahí!

—No, no lo haremos. No te preocupes, yo lo acompaño —dijo Gérard.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —dijo Tex, pero Marco y Gérard ya caminaban en dirección a una salida de emergencia.

En el departamento de Tex esperaban Paulina y Lorenzo. Estaban también Josefina y Emilio, los padres de Marco, acompañados por Marta.

No se habían conocido en un momento apropiado, pero les resultó fácil relacionarse ya que, aunque no lo sabían, tenían muchos temas en común. Paulina había estado conversando con Josefina sobre Laura, intentando contar parte de la historia que conocía. Josefina entendía que se trataba de una mujer valerosa que había protegido a su hijo y eso merecía todo su respeto. Mientras escuchaba a Paulina, el corazón se le encogía al reconocer una vida llena de restricciones y soledad.

Más allá del daño físico que Laura pudiera tener, a ambas les preocupaban las consecuencias psicológicas. Paulina había sufrido una guerra y hablaba desde esa horrorosa experiencia. Josefina era médica y aunque su

especialidad era la neonatología, había creado en la Argentina una fundación con el objeto de ayudar a madres solteras, niñas embarazadas, mujeres con niños pequeños abandonadas o víctimas de la violencia familiar. Era consciente de la importancia de la contención emocional que necesitaría Laura y después de escuchar todo lo que habían contado sobre ella, moría por conocerla.

Giuliana y Sofía habían llegado ya al departamento. Sus caras reflejaban la tragedia de la que habían sido informadas. Giuliana corrió a los brazos de su madre y Paulina la contuvo en un cálido abrazo.

—Mamá, no puedo creer que esto que ha pasado sea cierto.

Josefina, preocupada, preguntó cuál era el parte médico.

—Está estable. La tienen en terapia intensiva —dijo Sofía—. La han hidratado y ha recibido un calmante. Está golpeada, pero el embarazo no se ha interrumpido.

—Eso es un milagro —dijo Josefina.

—Sí, pero al médico le preocupa la presión uterina.

—El cuerpo sana las heridas externas mucho más rápido de lo que creemos. Son las heridas del alma las que todavía no sabemos curar.

Sofía no pudo contener el llanto y Josefina la sostuvo en un abrazo.

—Ella las necesita ahora más que nunca. Por lo que he escuchado son lo único que tiene, y por lo que veo, estará rodeada de amor.

—Necesito saber qué más podemos hacer o me volveré loco —decía Lorenzo, mientras caminaba de una punta a la otra del departamento.

En ese momento llegó Tex.

—¡Hijo! —dijo Lorenzo dirigiéndose a él y dándole un abrazo—. ¿Cómo hicieron para encontrarla? ¿Han avisado a la policía?

Tex llevaba varias horas sin dormir y el cansancio y el estrés le hacían difícil ordenar sus pensamientos. Miró a Josefina y se acercó a ella.

—Marco me ha pedido que vayas al hospital a cuidar de Laura. Intentó verla, pero ella no resiste su presencia. James podría llevarte si quieres.

—Claro —dijo Josefina—, ahora mismo.

—Yo los acompaño, por si necesitan algo estando en el hospital —dijo Emilio, que jamás dejaría sola a su mujer en una situación tan delicada como esa.

Tex miró a Marta y le preguntó:

—¿Podrías preparar una habitación en el departamento de Marco? Cuando

Laura salga del hospital, que esperamos sea pronto, será allí donde se hospede. Por favor, también avísame cuando lleguen Marco y Gérard.

Marta se puso de pie de inmediato y se marchó junto con Sofía.

Al quedarse solo con Giuliana y sus futuros suegros, Tex se desplomó sobre un sillón, como si el hecho de estar parado resultara insoportable.

—Lo que tengo que decirles no es nada agradable —dijo con voz cansina —. Anoche, ante la falta de noticias sobre el paradero de Laura, fuimos a buscar pistas en el último lugar donde la habían visto.

—¿El hostel? —preguntó Giuliana.

—Sí, un taxista nos dio la primera pista al llevarnos a una pensión en un barrio pobre, pero cuando llegamos Franco ya había sacado a Laura de ahí. Los comentarios del encargado echaron luz sobre el maquiavélico plan. La estaba vendiendo a un burdel.

Paulina y Giuliana se llevaron las manos a la boca para callar el horror que sentían.

—No sabíamos a dónde se la habían llevado. Gérard, que había contactado a gente de su empresa de seguridad y a los corresponsales que tiene en Londres, organizó en segundos un plan de búsqueda. Dividimos Londres en zonas para acelerar la pesquisa. Nosotros tres, que conformábamos uno de los grupos, entramos en varios burdeles y en ninguno había rastros de ella. Cuando se nos agotaban las alternativas, llegamos a uno más asociado a las drogas que a la prostitución. ¡Y ahí estaba! No sólo ella, sino también Franco y el regente del lugar: ¡Bertolini!

El efecto que esas palabras produjeron en el rostro de los presentes fue devastador. El martirio se dibujó en sus rostros y el silencio se volvió impenetrable. Tex esperó con paciencia a que se recuperaran del tremendo golpe que acababan de recibir.

—Aparentemente, en la vida licenciosa de Franco, Bertolini había hecho varias intervenciones, ofreciéndole mujeres, alcohol y drogas. Y en ese ambiente, Franco llegó a endeudarse mucho más allá de sus posibilidades de pago. Evidentemente, el matrimonio con Laura le proporcionaría el dinero para pagar y evitar así una sentencia de muerte. Cuando el matrimonio se canceló, ella se convirtió en el medio de pago.

—Lo que dices es lo más horrendo que he escuchado —dijo Giuliana.

—Sí, lo es. Y lo peor fue que no logramos llegar a tiempo. Laura estaba destrozada cuando Marco la encontró.

Paulina comenzó a llorar descontroladamente. No podía hablar y todo su cuerpo temblaba. Lorenzo la abrazó con fuerza y fue el único que pudo escuchar lo que ella susurraba.

—Yo prometí cuidar de ella. Yo prometí protegerla.

La sensación de culpa la llenaba de angustia y su llanto era una daga en el pecho de su esposo.

—Mi hija y ahora Laura. Todo producto de la depravación de mi propio hermano. La culpa es sólo mía por no haberlo detenido antes.

La ira se apoderó de él y poniéndose de pie miró a Tex.

—¿Dónde está ese hombre que deshonra mi apellido?

—Gérard ordenó que se lo llevaran a él, a Franco y a uno de sus más cercanos colaboradores a otro sitio. Tal vez Marco y Gérard estén ahí ahora. Después los entregarán a la policía con suficiente evidencia como para que pasen el resto de sus días presos.

—¿Y qué hacen Marco y Gérard?

Tex miró a Lorenzo con complicidad y este comprendió.

—Mis abogados se ocuparán de que ninguno pueda salir jamás de la cárcel.

—Se ocuparán también de iniciar una fundación que ayude a recuperar a todas las mujeres que han sufrido el abuso y la esclavitud como Laura —agregó Paulina—. Es algo que tenemos pendiente.

—Te doy mi palabra, amor —dijo Lorenzo—, así lo haremos.

Marco y Gérard salieron del hospital y subieron al auto. A pocas calles se detuvieron en una tienda de souvenires, donde Gérard compró dos remeras con inscripciones londinenses y se cambiaron las batas blancas que llevaban puestas con la inscripción del St. Mary Hospital.

Manejaron durante una hora en dirección norte. Ambos llevaban muchas horas sin dormir, pero la adrenalina y la mezcla de emociones que sentían los mantenían despiertos.

—¿A quiénes pudo retener tu gente?

—A Bertolini, quien maneja todas estas operaciones ilegales. Es el responsable del intento de secuestro de Giuliana y del abuso de Laura.

Marco apretó con fuerza el volante y todos los músculos de su cuerpo se

tensaron al escuchar estas palabras.

—Eso no es todo —dijo Gérard—. Bertolini es hermano del padre de Giuliana.

Marco sintió un duro golpe en el estómago. Miró a Gérard confundido y furioso.

—Cálmate, amigo, Lorenzo Bertolini lo odia tanto como tú o yo. Él será el que brinde gran parte de la información que necesitaremos para encerrar a ese tipo de por vida. También tenemos al tipo enorme. Le dicen Pittsburgh, es la mano derecha de Bertolini. Y claro, la cereza del postre, Franco. Sabes de quién hablo, ¿no?

—No me provoques, Gérard, o comenzaré a desatar mi furia contigo. Ese tipo no tiene perdón de Dios; por lo tanto, tampoco gozará del mío. Sólo que mi honor no me permite humillarlo de la forma que merece. Pero te aseguro que mis manos cobrarán parte del daño que le ha hecho a Laura y me ocuparé de que no sea popular entre sus compañeros de celda cuando lo entreguemos.

Gérard sonreía, lleno de satisfacción.

Llegaron a un depósito ubicado en una zona industrial. Estacionaron en un tinglado y caminaron unos metros hasta la entrada. Una cortina metálica se abrió. Entraron y siguieron a uno de los hombres de Gérard al primer piso.

—¿A quién quiere ver primero? Los tres están separados como ordenó.

Gérard miró a Marco y este con voz casi ronca dijo: “¡Franco!”.

El hombre abrió la puerta a sus espaldas y Gérard acompañó a Marco dentro de una amplia habitación donde no había ventanas. Un hombre sentado en el piso miraba aterrado al titán que con la cara teñida de odio y los ojos sangrientos de venganza caminaba en su dirección.

Franco comenzó a suplicar por su vida con voz temblorosa.

Esto enfureció mucho más a Marco. Ese maldito cobarde había abusado de su mujer, había puesto en peligro la vida de su hijo y suplicaba lleno de temor antes de recibir el primer golpe.

Lo tomó de la camisa y lo levantó como si se tratara de un títere. Lo apoyó contra la pared y sus manos cubrieron su cuello.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Marco.

Franco negó con la cabeza.

—Mi nombre es Marco y soy el hombre que hará que tu vida se convierta en un infierno y de que sea larga porque tu castigo se me antoja eterno.

Franco lo miraba en silencio, aturdido por el poco aire que llegaba a sus

pulmones, pues los dedos de Marco parecían de acero y su cuello estaba cerca de romperse.

En un movimiento ágil, Marco soltó el cuello que apretaba y golpeó con fuerza el estómago de Franco, quien cayó de rodillas al piso. Luego lo levantó y mirándolo a los ojos volvió a golpearlo. Franco lloraba y pedía auxilio, aterrado. Marco lo levantó nuevamente y con repulsión lo arrojó al piso. Le daba asco tocarlo. No era capaz ni de intentar defenderse.

—¿Qué pasa? —le preguntó—, ¿te asusto? Pensé que eras bravo, de mal genio. Eso se dice de ti. Pero eres un marica que sólo puede bravuconear frente a una dama. Si eres un hombre pelea como uno, ¡basura! —Y con la punta de su zapato pateó el trasero de Franco tirado en el piso—. Levántate, podría matarte sólo con mi mirada, miserable.

—Mátame, pero por mucho que intentes golpearme o humillarme, Laura ya no te sirve. ¡Eres un matón y ella una cualquiera!

Esas palabras hicieron hervir la sangre de Marco. Hablaba de Laura, ¡su Laura! ¡La única mujer que amaba!

Marco levantó a Franco del cuello y lo elevó diez centímetros sobre el piso. Lo mantuvo así hasta que sus labios comenzaron a cambiar de tonalidad. Y fue necesaria la intervención de Gérard para que lo liberara de sus manos que lo sujetaban como tenazas. Cuando lo hizo, Franco cayó al piso inconsciente.

—¿Quieres ver a los otros? —preguntó Gérard.

—No, no puedo sentir más asco del que siento. Hazme un favor, ocúpate de que no sean bien recibidos donde sea que los envíen. Los gastos corren por mi cuenta.

Ambos salieron de la habitación. Gérard dio varias indicaciones antes de dejar el lugar y unos minutos más tarde manejaban rumbo al departamento de Marco.

El viaje se hizo en absoluto silencio. Gérard tenía sentimientos encontrados. Estaba feliz de haberle dado a su amigo la oportunidad de golpear a Franco, pero la sensación de inequidad en los daños le resultaba insoportable. Él se ocuparía de que la vida de esos hombres resultara infernal, pero sabía que la de su amigo no sería menos dolorosa.

Marco escondía el inmenso dolor que sentía detrás de una máscara impenetrable. En su rostro no se advertía ninguna emoción.

Abstraído en sus pensamientos, Gérard no pudo evitar hacer una

comparación antagónica de las vidas de sus amigos: Tex, comprometido, enamorado y feliz. Y Marco, atormentado, afligido y esperando un hijo.

Él no era partidario del amor, rogaba que no se le cruzara en su vida. Para él, el amor era esa fuerza que lograba poner el mundo patas arriba, se perdía el control y uno se volvía vulnerable. Condición que no dejaría que rigiera su vida. Él era dueño y señor de sus decisiones y acciones y esperaba que eso no cambiara nunca.

Marta y Sofía acondicionaban un dormitorio para Laura, cuando Sofía escuchó un llanto quedo.

—¿Por qué lloras? —preguntó mirando a Marta.

—Porque yo podría haber evitado todo lo que le ha sucedido a Laura.

—¿Cómo? —preguntó Sofía sorprendida.

—Han hablado tanto de ella que ahora estoy segura de que fue Laura quien llamó a la puerta hace dos noches. En realidad sólo llegó hasta la puerta, cuando yo abrí me preguntó si era el departamento de Marco. Yo asentí y le dije que él no estaba. Cuando escuchó esto, me miró con detenimiento y huyó escaleras abajo. Intenté seguirla sin suerte y supuse que era otra de las tantas mujeres que Marco enamora a su paso.

—No llores, no es culpa tuya que ella huyera; además, tampoco la conocías —dijo Sofía, intentando consolarla—. Laura debe haber pensado que eras la pareja de Marco y el impacto no le permitió actuar con lógica.

—Marco volvió de París con el corazón roto —dijo Marta—, lo conozco hace años y jamás lo había visto así. Ama a Laura con locura.

Sofía sonrió. Cerró los ojos y rogó que ese amor fuera suficiente para salvar a ambos. Lo que habían vivido era lo más cerca que se podía estar del infierno.

En ese momento, Marco y Gérard entraron en el departamento, sorprendiendo a las mujeres que conversaban en la sala.

Marco traía puesta una remera salpicada de sangre y pasó rápidamente en dirección a su dormitorio sin hacer ningún comentario. Gérard se sentó en la sala y Marta le ofreció un trago que él aceptó con gusto.

Sofía estaba devastada. Ni el hecho de tener a Gérard en la misma habitación podía alejarla de sus pensamientos. No podía dejar de imaginar el

tormento por el que había pasado Laura. Su amiga, la más tímida y reservada. La más delicada en su carácter, había sido víctima de un abuso. Las preguntas y las dudas se agolpaban en su mente. ¿Podría superarlo? ¿Podría recuperar la confianza en los hombres después de todo lo que había experimentado?

De pronto, Gérard la sacó de su abstracción.

—Estás muy callada. ¿Te pasa algo?

—Creo que la falta de sueño y lo horroroso de todo esto me tienen desconcentrada.

—¿Te quedarás en Londres?

—Me encantaría pasar unos días aquí, acompañando a Laura, pero tengo que viajar a Ámsterdam para una entrevista. Giuliana se quedará hasta que yo pueda volver, supongo que en diez días. ¿Y tú, te irás?

—Esta tarde. Hay un almuerzo de hombres previsto para hoy. Tenemos que aclarar algunas cosas de todo lo que ha pasado. Después de eso, vuelvo a París.

Sofía sólo asintió y distrajo su mirada mientras se disponía a marcharse.

—Marta —dijo—, despídeme de Marco por ahora, volveré más tarde a verlo.

Luego, se dirigió a Gérard y le dijo:

—¡Suerte en el almuerzo! ¡Ojalá quede todo resuelto y haya un alto para las malas noticias!

Se acercó para despedirse. Él se puso de pie y mientras besaba su mejilla, Sofía le susurró: —Gracias por venir, gracias por recuperar a Laura.

Su mano rozó inocentemente la de Gérard mientras se marchaba, pero ese mínimo contacto produjo un efecto que ninguno pudo disimular.

Cuando se hubo marchado, Gérard pidió a Marta una muda de ropa limpia y un baño para poder darse una ducha. Ella le indicó uno de los dormitorios, se aseguró que tuviera todo lo que necesitaba y se marchó.

Gérard entró en la ducha y no pudo evitar la reacción de su cuerpo, tenso y aturdido por lo que Sofía provocaba en él aunque se esforzara por negarlo. No podía disimular mucho más la erección que ese susurro y el roce de su mano le habían causado. Necesitaba esa ducha fría. Necesitaba apagar el incendio que le provocaba ver a esa mujer de pelo y ojos azabaches, que sonreía con la naturalidad de una niña y el erotismo de una diva. Sus movimientos eran sensuales, su paso cadencioso. Su pelo negro ondulado y largo enmarcaba un rostro delicado de ojos grandes que brillaban audaces y desafiantes. Todo en

ella incitaba al pecado y a la perdición.

La ducha de Gérard fue larga y fría. Sólo después de mucho esfuerzo logró borrar esas imágenes de su mente.

Cuando se presentó en la sala, encontró a Marco sentando en un sofá, abatido. Su cabeza descansaba sobre el respaldo y su mandíbula tensionada delataba los tormentosos pensamientos de los que era víctima.

Gérard se sentó frente a él y se mantuvo en silencio. El tiempo no volvía atrás y nada de lo que hubiera podido decir sería sensato.

Los interrumpió el timbre. Marco abrió los ojos mientras Gérard se anticipaba a abrir la puerta.

—¿Listos? —preguntó Tex.

Marco se puso de pie y sin decir palabra se dirigió a la puerta.

—Lorenzo espera abajo con James.

—Nosotros te seguiremos en el auto de Marco —dijo Gérard y ante la cara preocupada de Tex, agregó—: No te preocupes, yo conduciré.

Los cuatro se reunieron en un restaurante tranquilo ubicado en un barrio residencial. Era temprano y no había mucha gente.

Marco no podía evitar mirar a Lorenzo con reproche. Sus ojos negros y profundos delataban un tormentoso dolor. Lorenzo advirtió el sentimiento que provocaba en Marco y lo entendía, pero no supo qué decir. Aguantó esa mirada como parte del castigo que sentía merecer. Enzo, su hermano, estaba involucrado en el suplicio que había soportado Laura. Y él había tenido la oportunidad de detener las actividades ilícitas de su hermano tiempo atrás, pero no había tenido el coraje de hacerlo. Debía asumir las consecuencias.

Fue Gérard el encargado de dar las novedades.

—Mi gente revisó el burdel donde Bertolini manejaba todas sus operaciones.

Escuchar su apellido involucrado con algo tan vil significaba toda una tortura para Lorenzo.

—Han encontrado suficiente información como para lograr una condena a cadena perpetua. Había un registro completo relativo al tráfico de personas. Están los nombres, las procedencias y los montos que se pagaron por diferentes mujeres que llegaron a ese lugar. También figura el destino que se les dio a las locales, que siempre son enviadas en menos de veinticuatro horas a otro país para dificultar todo intento de rescate. Está registrado también un nacimiento. Un niño nacido de una de esas mujeres. Aparentemente estaría en

un orfanato de Londres, pero todavía es algo que tenemos pendiente.

Mientras Lorenzo escuchaba esto, sus ojos celestes brillaban por cientos de lágrimas contenidas con esfuerzo. Su postura corporal cambiaba con cada palabra pronunciada por Gérard, como si un peso inmenso se apoyara sobre su espalda.

Marco observó el cambio y su mirada acusadora se suavizó.

—Se han encontrado también los nombres de los clientes que compraban sustancias narcóticas. En un cuaderno con la lista de los deudores, el nombre que encabeza es el de Franco Cosme. Si no lograba pagar pronto, esa gente se cobraría la deuda con su vida. Para evitar esto, Franco entregó un cheque librado por Dante Bacco por un alto importe y el saldo fue cubierto por Laura.

Marco no pudo controlar el impacto que le provocaron estas palabras. Se paró de golpe, tumbando su silla que cayó al piso escandalosamente y salió a paso rápido hacia la calle.

—Deberías medir tus palabras —reclamó Tex, mirando a Gérard con dureza.

—Él estuvo ahí, la imagen que tiene impresa en su alma es lo que lo atormenta, no mis palabras. Déjalo ir, necesita un poco de soledad. Un abismo se ha abierto dentro de él y le resultará difícil lidiar con los fantasmas que lo atormentan. Intentaré ser breve porque tengo que partir en una hora. El circuito de sus proveedores también estaba ahí. De modo que Interpol tiene pistas suficientes para llegar hasta la mafia calabresa que era hasta hace un año la principal proveedora.

—Lo más impactante de lo que se encontró fue todo lo relacionado con su familia —continuó Gérard, mirando fijamente a Lorenzo.

—No entiendo —dijo este.

—Se encontró un plan bastante meticuloso para secuestrar a Giuliana. La fecha prevista era el 15 de septiembre, en una semana. Hay fotos suyas, de su esposa, de Giuliana y de Tex. Estaba escrito también el exorbitante monto de dinero que pedirían por su rescate, aunque aparentemente no había intenciones de entregarla.

Lorenzo sintió que un golpe mortal lo doblaba en dos. Se aferró a la mesa con ambas manos, como si intentara no perder el equilibrio. Luchaba por no dejar que ese desvanecimiento que comenzaba a sentir se apoderara de todo su cuerpo.

—Laura ha salvado a Giuliana de un destino espantoso —dijo Tex.

Gérard asintió.

—Toda esta información y, por supuesto, los responsables están ahora en poder de la policía. Cualquier aporte que puedan hacer a la investigación será de gran ayuda. Por último, me he ocupado de que la prensa no se entere de estos lamentables sucesos. Y me comprometo a que la información que han recibido los investigadores no se vuelva pública. Entiendo que necesitan procesar todo. Yo me disculpo, tengo que comentar con Marco otros detalles y partir a París en un rato.

Poniéndose de pie, Gérard le extendió la mano a Lorenzo. Luego abrazó a Tex y salió del restaurante.

Encontró a Marco sentado en el asiento del conductor de su auto. Había apoyado la cabeza sobre el volante y todo su cuerpo era sacudido por un llanto tan conmovedor como doloroso.

Gérard subió al vehículo.

—Perdona mi dureza al hablar, pero no creo que haya palabras apropiadas para relatar algo como esto. No puedo decir que sé lo que sientes porque sería una estupidez. Lo único que tengo que decir es que ahora es tu turno de ser fuerte. Laura defendió con su honor y su dignidad a tu hijo. Ahora necesita de toda tu fuerza y tu contención para recuperarse. ¡Tú puedes con eso!

Marco puso en marcha el motor.

—Vamos al hospital —dijo Gérard—. Tengo que hablar con la gente que se asegurará de mantener alejada a la prensa. Tú puedes quedarte ahí. Ellos me llevarán al aeropuerto.

Marco asintió con un movimiento de cabeza, mientras como un autómata manejaba hacia el hospital.

Una vez que entraron, Gérard se despidió de Marco con un sentido abrazo.

—Yo te acompaño hasta aquí. Sabes que estamos a sólo una llamada de distancia. Ella vivió su infierno, transita tu parte y si me necesitas, aquí estaré, como siempre.

—Gracias —fue la única palabra que logró escapar de la comprimida garganta de Marco.

Lorenzo y Tex no lograron almorzar y poco después estuvieron de vuelta en el departamento, donde Giuliana y Paulina los esperaban.

Lorenzo entró, vio a las mujeres en la sala, pero en silencio se dirigió a la habitación que compartía con su esposa.

Tex se acercó a ellas y mirando a Paulina dijo:

—Creo que no es un buen momento para dejarlo solo.

Paulina agradeció el comentario con una sonrisa y dejó la sala.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada Giuliana.

—Gérard ha desenmascarado todas las operaciones de tu tío. Tu padre ha escuchado los horrores que ha cometido y lo embargan el dolor, la desilusión y la culpa de no haber sido capaz de detenerlo antes.

Tex abrazó a Giuliana, la acercó a la ventana y juntos miraron en silencio la espectacular vista que Hyde Park les ofrecía.

Giuliana sintió que el abrazo de Tex se volvía cada vez más posesivo, como si intentara cubrirla con su cuerpo para protegerla de algo. Giró y mirándolo a los ojos, le preguntó:

—¿Qué más tienes que decirme?

—Tenían un plan para secuestrarte. Haber encontrado ahí a Laura…

—Me salvó del mismo destino —dijo Giuliana completando la frase.

Tex no dijo nada, sólo la envolvió en sus brazos, agradeciendo a Dios que les evitara un dolor tan inmenso. Giuliana lloraba contra su pecho.

Marco encontró a sus padres en la confitería del hospital.

—¡Hijo! —dijo Josefina, señalando con su mano la mesa que ocupaban.

Marco se desplomó sobre la silla vacía.

—¿Cómo está Laura?

—Duerme, no he podido hablar con ella todavía. Le han puesto un sedante…

—¿Y el bebé?

—Eso no le hará daño. No te preocupes. El jefe de terapia intensiva es argentino, un compañero de universidad. Ha sido un gusto encontrarlo y saber que es él quien se ocupa de Laura. Es una persona excelente. Además, ha prometido darle el alta cuanto antes si yo me comprometo a supervisarla. Y tú, ¿cómo estás?

—Siento que han mutilado mi corazón.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Tapándose la cara con ambas manos y sin poder controlar el temblor que le provocaba el llanto, dijo:

—Mamá, nunca podré borrar de mi cabeza la imagen de Laura. La encontré tarde.

Josefina con un nudo en la garganta ante el inmenso dolor de su hijo, le sujetó con fuerza la mano.

—Si el amor que sientes por ella es tan grande como para provocarte tanto dolor, serás capaz de curarla.

—Siento rabia, furia, impotencia… No pude protegerla y antes mi orgullo me impidió buscarla.

—Hijo, cálmate —dijo Emilio—. A veces nuestras vidas tienen que ser violentamente sacudidas para ubicarnos en el lugar en el que estamos destinados a estar. Lo que ha sucedido ahora ha marcado un antes y un después en la vida de ambos. No pretendas parar las agujas del reloj. Concentra tu energía en construir un futuro para ambos.

Una enfermera se acercó a la mesa buscando a la doctora Quintana. El médico la mandaba llamar. Josefina se puso de pie para seguirla. Marco intentó hacer lo mismo, pero los ojos de su madre lo detuvieron.

—Ella no está lista para verte. Espera aquí por ahora. —Recomendando esto, Josefina siguió a la enfermera.

Antes de dirigirse a Terapia Intensiva, la enfermera la guió hasta la oficina del doctor Vicenzo, quien la recibió con calidez. La enfermera se marchó y Josefina aprovechó para preguntar por el estado de Laura.

—Se ha recuperado muy bien. La mejor noticia que tengo es que ese niño tiene la fuerza de un león. Su corazón ruge con muy buen ritmo.

Josefina se llenó de orgullo. ¡Su nieto! La noticia de su buena salud la llenaba de felicidad.

—Sin embargo, el hecho de que Laura esté embarazada la sensibiliza mucho más y su recuperación anímica puede llevar bastante tiempo —puntualizó el médico.

Josefina asintió en silencio. Era plenamente consciente de que lo peor recién estaba por comenzar.

—Ha sido atendida sólo por mujeres, pues la presencia masculina la altera. Todavía está tremendamente asustada. Yo estaría en condiciones de darle el alta mañana por la mañana, sólo si tengo tu palabra de que serás la responsable de su cuidado.

—Cuenta con eso. Quisiera sacar a Laura de Londres y llevarla a la Argentina. Creo que pasar un tiempo juntas en mi estancia, alejadas de todo lo que le ha provocado este dolor, puede ayudar. ¿Qué opinas?

—Es una excelente idea. Sobre todo porque necesitará un ambiente

tranquilo. El contacto con la naturaleza le será sumamente favorable, es lo mejor que podrías hacer por ella.

—¿Puedo verla?

—Claro, creo que soy yo quien prefiere dejarla en tus manos. Te acompaño.

Ambos salieron de la oficina en dirección a Terapia Intensiva. El doctor presentó a la doctora Quintana a todas las enfermeras y les dio instrucciones de seguir sus indicaciones. Luego caminó con Josefina hasta estar a unos pasos de su paciente. Se despidió, y las dejó solas.

Laura estaba acostada en posición fetal, de espaldas a Josefina, que la miraba con atención. Se hamacaba como acunándose. Tenía un pelo rubio largo y precioso. Josefina dio una vuelta y con movimientos suaves se sentó en una silla ubicada al lado de la cama. Laura hizo el intento de darse vuelta, pero Josefina la sujetó con ternura y con una voz dulce dijo:

—*Cara mia*.

Laura la miró con extrañeza. Estaba segura de que no conocía a esa mujer, pero algo en ella le resultaba muy familiar. Josefina comenzó a acariciar su brazo y Laura dejó de hamacarse.

—Tienes unos ojos hermosos, los más celestes que haya visto.

Laura no entendía cómo era posible que le hablaran en italiano si estaba en Londres. No quería hablar, pero esa mujer despertaba en ella una inmensa curiosidad.

—¿Por qué hablas italiano?

—Mi esposo fue el responsable de enseñarme.

Laura volvió a sumergirse en un profundo silencio. Josefina no se desanimó. Esperó pacientemente a su lado, mientras continuaba acariciando su brazo. Laura no rechazó ese gesto. Era un excelente síntoma. Josefina estaba convencida de que así como los golpes de la vida marcan y dejan cicatrices, las caricias humanizan y sanan el alma.

Después de un rato, Laura se quedó dormida. Fue un sueño profundo, pero breve. De pronto comenzó a agitarse, a moverse bruscamente. Josefina advirtió que era víctima de una pesadilla. Una de las tantas que debería soportar hasta lograr recuperarse.

Con una inmensa ternura tomó a Laura de una mano y comenzó a cantar una canción de cuna en italiano. La susurraba a su oído y como si su inconsciente la reconociera, Laura se calmó y despertó antes de que terminara la canción.

—¿Por qué cantabas?

—Porque estabas teniendo un mal sueño.

Laura la miró confundida. ¿Qué hacía esta mujer que no conocía, cuidándola con tanto cariño?

—Cuando mi hijo tenía pesadillas por las noches, yo cantaba esta canción acompañada de mi guitarra y él se volvía a dormir.

Laura no dijo nada. Josefina era una excelente distracción, la curiosidad que sentía por ella hacía que olvidara los horrores que la asaltaban cuando cerraba los ojos.

Llegó la cena. Consistía sólo en una sopa insulsa. Josefina tomó la bandeja e intentó que Laura comiera, pero esta se negó con un gesto.

—Vamos, come, o no podremos irnos de aquí.

Estas palabras aterrorizaron a Laura. No dijo nada, pero la expresión de su rostro la delató. "¿Irnos?, ¿¡a dónde!?", pensó.

Estaba confundida. Sabía que Marco la había rescatado, pero no recordaba nada más. ¿Y sus amigas? No las había visto. Unas lágrimas comenzaron a surcar su rostro.

Josefina hubiera querido abrazarla fuertemente, pero sabía que debía ser prudente en el contacto físico. La memoria corporal de Laura todavía conservaba el alerta del dolor. Tomó su mano.

—Llora. Llora todo lo que quieras, desahoga tus penas. Las lágrimas ayudan a aliviar el dolor. Ya no tendrás nada de qué preocuparte. Toda la gente que te ama está detrás de esa puerta esperando por ti. Sólo los verás cuando tú lo decidas.

Laura miró a Josefina agradecida. La dulzura de su voz, la sinceridad de su mirada, su sabiduría y su espíritu maternal estaban conquistándola.

Pero el llanto no cesaba y Josefina comenzó a preocuparse. Si no lograba contener la angustia y la ansiedad de Laura, tendrían que volver a sedarla y eso no sería bueno para el embarazo.

—Calma, hija, por favor. Yo sé que tienes mucho que llorar, sé que sientes impotencia, desolación, pero tienes una responsabilidad mucho mayor. La vida de tu hijo depende de que sepas manejar todas estas atrocidades de las que has sido víctima. Sólo tú y tu fuerza pueden salvarlo.

Las palabras de Josefina surgieron efecto de inmediato. Laura logró recuperar un poco la compostura y recordó que le había suplicado a Dios que le permitiera proteger a su hijo a cualquier precio. Se juró que cumpliría con

su parte del trato.

Josefina secaba con un pañuelo sus lágrimas. Mientras lo hacía no pudo dejar de admirar la belleza de esa muchacha. Era realmente hermosa.

—Cuando nos han hecho daño, cuando las cuestiones que nos atormentan son muchas, sentimos que no podemos cargar con ese peso. La clave está en ordenar nuestras penas, nuestros dolores y darles una prioridad. Primero aquellos que son fáciles de resolver porque así la carga comienza a disminuir con rapidez. Después los que son difíciles, pero posibles y necesitan de todo nuestro esfuerzo e imaginación. Al último se dejan aquellos que sabemos que no podemos resolver y buscamos la resignación necesaria para aceptarlos. Los ponemos al último porque suponemos que si hemos hecho bien las cosas, para cuando nos toque lidiar con ellos habremos aprendido bastante. ¿Cuál es tu mayor angustia? Déjame ayudarte.

Laura miraba a Josefina mientras un cuchillo perforaba su pecho y el dolor se extendía por todo su cuerpo. Sólo pensar en la mayor de sus penas lograba desarmarla.

—Laura, habla conmigo, deja salir un poco de ese dolor…

—Marco —murmuró Laura, como si pronunciar su nombre hubiera resultado un esfuerzo inmenso.

Josefina se sorprendió. No entendía.

—¿Marco? —preguntó, mientras volvía a tomar con fuerza la mano de Laura, asegurando con ese gesto que todo lo dicho entre ellas tendría el valor de una confesión.

—Es el padre del niño.

—¿Te ha hecho daño?

Laura negó con la cabeza, pero sus lágrimas no dejaban de surcar su rostro. Llenó de aire sus pulmones como si necesitara de un impulso para expulsar una gran pena y dijo:

—Tiene otra mujer. Y a mí me ha visto humillada, usada. Mi vergüenza es tan grande que no podría mirarlo a los ojos y no sé si aceptará a este niño.

Con esas últimas palabras, su cuerpo volvió a sacudirse en un llanto desolador.

Josefina, con el corazón retorcido de dolor, abrazó a Laura con fuerza. Necesitaba transmitirle a esa niña parte del amor que se merecía.

—Has ordenado muy bien tus angustias. Porque esa que más te apena, no debería preocuparte —y sin deshacerse del abrazo, murmuró a su oído—:

Marco no tiene otra mujer. Tú eres el amor de su vida y el hijo que llevas en tu vientre, su única ilusión.

Laura se separó de Josefina y volvió a mirarla fijamente a los ojos. Encontró de inmediato esa familiaridad.

—¡Eres su madre! —dijo casi desfallecida.

Josefina asintió con una inmensa calma. Laura intentó rebelarse, pero la ternura de Josefina ganó el pleito.

—Cálmate, te contaré todo lo que sé. Tal vez eso te ayude a aclarar algunas dudas y cuando tú quieras, podrás preguntarme lo que necesites saber.

Laura volvió a tomar una posición fetal y comenzó a hamacarse. No se atrevía a cerrar los ojos, temía a las imágenes atroces que su mente se empeñaba en repasar una y otra vez.

Josefina sabía que el lenguaje corporal de Laura marcaba un retroceso en todo lo que habían logrado hasta ahora. Decidió esperar en silencio junto a ella, hasta que la muchacha volvió a dormirse.

Una enfermera se le acercó para avisarle que alguien la buscaba con mucha insistencia. Josefina se puso de pie y caminó hasta la puerta de Terapia Intensiva. Afuera esperaban Marco y Emilio, quien miró a su esposa disculpándose. Era evidente que había intentado calmar a su hijo, sin mucho éxito.

—Quiero verla —dijo Marco con determinación.

Josefina se acercó y lo abrazó no sólo para calmarlo, sino para contener su espíritu desbocado de dolor.

—Hijo, ella no está lista para verte. Necesito que me des más tiempo. Te diré lo que hemos podido hablar, pero ha sido bastante poco. ¿Sabes cuál es su mayor angustia?

Marco miró a su madre y negó con la cabeza.

—Cree que tienes otra mujer. Debe haber pensado eso cuando encontró a Marta en tu departamento. Se siente inmensamente avergonzada de que tú la hayas encontrado en una situación tan humillante y cree que no aceptarás al hijo que lleva en su vientre.

—¡Pero mamá! —dijo Marco con voz grave.

—Lo sé, ya le he explicado todo, pero dale tiempo para procesar lo que ha pasado.

—Soy yo el que siente una inmensa culpa, me mata el remordimiento de no haber sido capaz de protegerla a ella y a ese niño. Un niño que amo desde que

supe que existía.

Marco no pudo contener las lágrimas. Toda la tensión del día comenzaba a ceder y su resistencia se quebró. Abrazó a Josefina buscando su consuelo maternal. Era un hombre grande, fuerte, pero estaba herido.

Josefina miró a Emilio y este tomó su lugar acercándose a Marco.

—Hijo, vamos, esta noche tu madre se quedará aquí. Nosotros vendremos por ellas mañana.

Cuando estuvieron en el departamento, Marco pidió a Marta que avisara a sus amigos que Laura estaría de vuelta al día siguiente al mediodía. Dicho esto, se encerró en su dormitorio.

Se recostó en su cama y se quedó mirando un punto fijo en el techo. Su cabeza lo aturdía llenándose y vaciándose de imágenes. Todas imágenes de Laura. Pero había una que se repetía con insistencia. Laura desnuda, temblando sobre el piso, llorando aterrorizada y con sus manos intentando proteger lo único que tenía sentido en su vida. Su hijo.

Marco supo que así comenzaba su calvario. No sólo Laura debía sobreponerse al abuso del que había sido víctima. Él debía superar el dolor que, siendo de ella, sentía como propio. Supo que debería ejercitar la paciencia, que hasta ese momento nunca había sido una de sus virtudes. Pero la necesitaría para volver a construir con Laura un futuro que nacería desde las cenizas de un pasado tormentoso.

Se trazó como objetivo borrar las pesadillas de la memoria de su mujer y espantar sus fantasmas. Su fuerza física no ayudaría, la vida lo retaba a una batalla en un campo minado de sentimientos y sensaciones, nada fácil para un hombre como él.

Marco se sorprendió al reconocer la inmensa cantidad de motivos por los que debía estar agradecido. Sí, Laura había sido víctima del abuso y la violencia. Tal vez nunca volvería a ser la misma mujer que él había conocido, pero la había encontrado. Se recuperaba y el hijo de ambos había sobrevivido.

Si no hubiera encontrado a Laura, su dolor hubiera sido infinito. Lo atormentaría de día y de noche el no saber si vivía, si su hijo había nacido, si era maltratado. Los hubiera buscado el resto de su vida. Dios le daba una oportunidad para amarlos. Se olvidó de rencores y resentimientos. La vida lo retaba a intentarlo y Marco aceptó el desafío.

Josefina, a fuerza de insistencia, logró que le permitieran pasar la noche con Laura en una habitación.

—Marco tiene la mejor mamá del mundo —dijo Laura en un susurro ahogado.

Josefina la miró sorprendida. Se le acercó y le tomó la mano.

—¿Por qué dices eso, mi amor?

—Nunca nadie ha cuidado de mí como lo haces tú y ni siquiera me conoces.

—Nos estamos conociendo. Eres la mujer que le ha robado el corazón a mi único hijo y me darás un nieto. Te adoro por eso y para mí es un placer cuidarlos, a ti y a ese hermoso niño que nos llenará de alegría.

Laura se emocionó y apretó con fuerza la mano de Josefina.

—No sigas castigando esos hermosos ojos celestes con tanto llanto. Ambas sabemos que tu fuerza es mucho más grande que tus miedos. Sabemos que aunque te embargue la duda, el corazón siempre encontrará las respuestas. Ese coraje que has demostrado te dará las certezas que necesitas para seguir adelante. Sé fuerte, por ti, por Marco, por ese hijo que con su amor los mantendrá unidos. ¡Atrévete y el futuro se dibujará a tus pies!

Esas palabras fueron un bálsamo para el desgarrado corazón de Laura.

Por la mañana, Josefina bajó muy temprano a la confitería para pedir dos desayunos decentes a la habitación. Unos minutos más tarde tocaban la puerta del cuarto para entregar su pedido. Ella tomó una taza de café y una sonrisa se dibujó en su rostro. Laura, que se despertaba, advirtió el gesto.

—Es una de mis debilidades —confesó—. El desayuno y el café por la mañana son sagrados.

Laura sonrió.

—He pedido lo mismo para ti —dijo Josefina, acercando una bandeja a la cama—. No soportaría un típico desayuno inglés.

Mientras desayunaban, Josefina entretenía a Laura con una charla ligera. Sabía que no había pasado una buena noche. Su sueño se había visto interrumpido por un centenar de pesadillas y sollozos.

Cuando terminaron, Laura con voz suplicante dijo:

—Necesito un baño —y comenzó a llorar.

Josefina se acercó a ella.

—Me siento tan sucia, las marcas en mi cuerpo son repulsivas. Hay olores que no puedo dejar de sentir.

Josefina entendía perfectamente a lo que se refería. Era un síntoma común después de un abuso tan atroz como el que había recibido.

—Prepararemos un baño para ti —dijo Josefina con ternura.

Llamó a la enfermera, y se ocupó de que retiraran el suero de Laura y que dispusieran todos los elementos necesarios para un baño reconfortante. Cuando todo estuvo listo, la acompañó.

—Te esperaré todo el tiempo que necesites, pero, por favor, no cierres la puerta con llave.

Laura asintió. Prendió la ducha y esperó que el agua tomara temperatura. Luego, en un movimiento automático, se quitó la bata que llevaba, pero la sensación de su desnudez fue brutal esta vez. De golpe se sintió expuesta, vulnerable. Con inmenso esfuerzo entró en la ducha y comenzó a refregar su cuerpo frenéticamente. Llenó de shampoo su cabeza y al cerrar los ojos la invadió un pánico feroz. Los recuerdos del abuso llegaban con prepotencia, apoderándose de ella, dominándola. Aturdida, se sentó en la bañera y se entregó a un llanto agudo que hacía temblar todo su cuerpo. Hasta ese momento creyó que las pesadillas sólo aparecían cuando uno dormía, pero ella estaba despierta, viviendo una de la que no podía despertar.

Josefina escuchó los sollozos y entró en el baño. La imagen de Laura, desarmada en la bañera y llena de espuma, fue desgarradora. El jabón sólo lograba limpiar el cuerpo, pero no lavar el abuso. Josefina se arrodilló, cerró la ducha y abrió el grifo para llenar la bañera de agua. Bañó a Laura como si se tratara de una niña. No intentó consolarla, la dejó llorar. Cuando terminó, buscó unas toallas y se las acercó. Laura se había calmado, pero su mirada se había perdido. Josefina con gran esfuerzo logró que se pusiera de pie. La secó y la vistió con ropa limpia.

En la habitación, la sentó en un sillón, y comenzó a cepillar su larga cabellera rubia. Laura, que permanecía ausente, sintió ese gesto como una bendición.

Josefina comenzó a cantar una canción en español. Su voz surtió el efecto deseado y Laura despertó del letargo en el que había caído.

—¿Por qué cantas? —preguntó.

—Porque esta canción se me escapó del alma. Extraño mi guitarra. Cantar siempre me ha hecho bien, sirve para aliviar mis penas o para compartir mis alegrías. Ahora siento ambas cosas y mi garganta sólo sigue el ritmo de mi corazón.

Laura sonrió.

—¿Cómo puedes estar apenada y feliz al mismo tiempo?

—Es algo que me pasa muy seguido. Todos los días me propongo ser feliz. Dios se ocupa de que yo siempre me sienta en deuda con él, agradecida con todo lo que dispone. Penas, todos tenemos alguna en el corazón. Cada uno es un héroe, luchando en silencio con sus propios fantasmas. Son grandes batallas cotidianas y esas que ganamos a fuerza de voluntad son nuestras victorias. No salen en los diarios, pero nos llenan de felicidad.

Laura la miró con curiosidad. No entendía cómo podía sintetizar pensamientos tan profundos sólo en un par de frases.

—Yo no puedo sentirme feliz y mucho menos agradecida. Dios ha sido bueno contigo, pero a mí me abandonó hace mucho tiempo.

Josefina se mantuvo en silencio y siguió cepillando el cabello de Laura. Las sorprendió alguien que llamaba a la puerta y Laura se puso tensa.

—No puedo ver así a Marco. Aún no estoy vestida, ¡por favor, no abras!

Josefina se acercó a la puerta y preguntó quién tocaba.

—Soy Sofía. Quiero ver a Laura.

Josefina giró para consultar a Laura y esta asintió con la cabeza.

Sofía entró como un torbellino, abrazó con fuerza a Laura y se arrodilló a sus pies. Su larga cabellera escondía sus lágrimas, pero su voz la delató cuando intentó hablar.

—¡Estaba tan preocupada! Pero ya estás aquí, con nosotras de nuevo y mi sobrino está bien. Si no estuviera tan segura de que será un varón, te pediría que se llame como la tía más loca que tiene, a la que ha hecho sufrir mucho.

Volvió a pararse y abrazó a Laura.

—Me fugué temprano del departamento para llegar aquí antes de que te buscaran. Te advierto que todos esperan para verte. Traje ropa cómoda, varias mudas para ver con cuánto glamour quieres salir de aquí.

Josefina las observaba en silencio, disfrutando del esfuerzo que hacía Sofía por animar a Laura. Era todo lo que una buena amiga debe ser.

Abría las distintas bolsas frente a Laura que miraba sin darle mucha importancia al tema.

—Vamos, no puedes ponerle tan pocas ganas a esto. ¿Sabes qué hora es?

Laura negó con la cabeza.

—¡Las diez! En una hora estará aquí Marco para buscarte.

Laura se puso tensa y Sofía advirtió el cambio.

—No te pongas así, sé que viviste cosas desagradables, pero tienes el temple para superarlas. Yo no espero menos de ti. Cuando te fuiste de Italia

buscabas a Marco. Ahora es él quien viene al encuentro y yo no pienso dejar que te vea así.

Laura miró fijo a Sofía como desafiándola con lo que diría. Su voz sonó débil:

—Marco me ha visto desnuda y humillada.

Sofía la abrazó con fuerza y con determinación.

—Pero no volverá a verte así nunca más. Llenaremos sus ojos con tu belleza y le ayudaremos a borrar esa imagen que debe dolerle tanto como a ti.

El brío de Sofía, su temperamento y sus buenas intenciones estaban obrando milagros.

—Ahora dime cuál de estas bolsas eliges.

Laura revisó una por una con mucho detalle. Una tenía un vestido, otra un conjunto de pollera y camisa y la última, que fue finalmente la elegida, un pantalón blanco con una camisa azul Francia con pequeños lunares blancos.

—¡Adiviné! Sabía que no querrías derretirlo mostrando tus piernas tan pronto.

El comentario hizo reír a Josefina que las observaba sentada sobre la cama con las piernas extendidas, pero Laura se sintió avergonzada.

—Lo siento —dijo Sofía—, pero yo no pienso dejar de ser la amiga que te atormenta, ya te encontrarás con Giuliana para que te consienta.

Sofía tomó de la mano a Laura, entró con ella en el baño y la ayudó a cambiarse.

—Estás preciosa —le dijo cuando ya lucía el conjunto—, y esas sandalias tienen el tono exacto de la camisa y podríamos decir que es el mismo de tus ojos.

Cuando salieron, Josefina advirtió el inmenso cambio que había logrado Sofía. Laura estaba preciosa, incluso con un suave maquillaje.

—¿Podrá Marco resistir tanta belleza? —preguntó Sofía mirando a Josefina con complicidad.

—Definitivamente no, ahora se preocupará sólo de custodiarla. Es un chico posesivo y celoso.

—Eso significa —dijo Sofía mirando a Laura— que no podrá quitarte lo ojos de encima.

Laura escuchaba y lo que sentía era confuso. Un miedo irracional e incontrolable se apoderaba de ella como un monstruo invisible que la sometía.

Sofía advirtió el temor que embargaba a Laura y sentándose a su lado la

abrazó con fuerza.
—Me estás asfixiando —dijo Laura con una sonrisa.
—No me importa, no puedo evitarlo, así me he sentido yo hasta ahora. No pienso hablar de todo lo que ha pasado porque no soporto el dolor que me provoca.
A Laura se le escaparon unas lágrimas. Ella no necesitaba hablar de ello para sentir ese dolor.
—Prométeme una amnesia tan colosal, que sólo te permita mirar hacia adelante. Una que borre de tu mente ese pasado que te ha dolido tanto. Tus ojos ya están cansados del llanto. Hoy empezarás a ser la mujer que siempre quisiste. No siempre se nos dan segundas oportunidades, a veces nos morimos sin probar otras vidas. Pero estoy segura de que harás que me sienta inmensamente orgullosa de la tuya.
Y como para alivianar la conversación agregó:
—Hasta en los cuentos hay personajes con segundas oportunidades. Si Cenicienta hubiera vuelto a buscar su zapato, nunca se hubiera convertido en princesa. ¡Yo besaría hasta a un sapo para encontrar a mi príncipe!
Laura y Josefina no pudieron reprimir la risa ante la escena teatral de Sofía.
Marco se detuvo frente a la puerta sin dar crédito a lo que escuchaba. Se había preparado para el llanto y el dolor, pero esas risas lo llenaron de emoción y esperanza. Abrió, sin anunciarse, para sorprenderlas y ser testigo de ese instante de felicidad.
Vio a Sofía sentada junto a Laura en el sofá y a su madre en la cama, mirando a ambas con una amplia sonrisa. Se sintió feliz, Sofía era genial y le había allanado el camino para reencontrarse con Laura.
Terminó de abrir la puerta y sorprendió a las tres mujeres. Laura quedó muda ante la imagen majestuosa de Marco. Vestía un jean y una camisa blanca. Era el hombre más hermoso del mundo. Él se acercó a ella con una rosa blanca. Ella la tomó y escondió su rostro detrás de la flor. La presencia de Marco era intimidante.
Sofía la rescató con un comentario.
—¿Sabes lo que significa entregar una rosa blanca?
Laura negó con la cabeza. Sofía miró a Marco y este con seguridad contestó:
—Devoción y amor eterno.

—Eres sin duda el sapo más lindo que me haya cruzado, pero tengo prohibido besarte —dijo Sofía divertida.

Josefina no pudo evitar la risa que se escapó de sus labios. La cara de sorpresa de Marco sirvió para que Laura lo mirara con ternura.

—¿Un sapo? —preguntó.

—Sí, pero dije que eras uno lindo —se defendió Sofía.

—¿Y tienes prohibido besarme?

—Tus labios ya tienen dueña —dijo Sofía, señalando a su amiga con un gesto.

Marco se volteó y miró a Laura. Ella estaba completamente muda y avergonzada. Su sonrisa sirvió para relajarla.

—¿Listas para irnos a casa? —preguntó Marco.

—¡Sí! —contestaron Sofía y Josefina a dúo.

Marco miró a Laura con esa profundidad tan suya que lograba quitarle el aliento. Se acercó a ella que estaba sentada en el sofá y extendió su mano para ayudarla a ponerse de pie. Él se percató enseguida que su cercanía la hacía temblar. Luego, le ofreció su brazo y Laura se sujetó con fuerza. Marco tomó las bolsas con la otra mano y salieron del hospital.

Llegaron al Jaguar negro que esperaba cerca de la entrada principal. Marco ubicó a Laura a su lado, y luego abrió la puerta trasera para que Sofía y su madre subieran.

Mientras manejaba rumbo a su departamento, Marco observaba a Laura. A pesar de la charla divertida de su amiga, Laura estaba tensa, nerviosa y no había emitido palabra. Marco se atormentaba sólo de imaginar el dolor que sentía, la vergüenza, lo difícil que podía ser para ella ver a todos después de lo que había pasado. Él también se puso tenso. Tenía que encontrar la forma de protegerla. Darle el tiempo que necesitaba para recuperarse.

Al llegar al edificio, Marco estacionó y se apuró a abrir la puerta de Laura. Sofía y Josefina ya habían bajado.

—No nos esperen —dijo Marco—, nosotros subiremos enseguida.

Sofía y Josefina los dejaron solos.

Laura miraba angustiada a Marco. Él se conmovió al ver el esfuerzo inmenso que ella hacía para mantener la compostura.

—No temas. Yo jamás te haré daño. Necesitas confiar en alguien. A mí puedes decirme cualquier cosa, lo que quieras, lo que necesites. Antes de subir quería que sepas que te amo desde el primer día en que te vi. Me

enamoré de tu dulzura, de tu sonrisa, de tu belleza. Estoy feliz de que esperemos un hijo. Y te ruego que me des una oportunidad. Prometo cuidarlos a ambos con devoción.

Laura no pudo contener el llanto. Sus ojos se llenaron de lágrimas y estas empezaron a arruinar su maquillaje.

—Por favor, no llores —dijo Marco, mientras barría esas lágrimas con su pañuelo. Intentó un abrazo, pero al sentir las manos de Marco sobre su espalda Laura se sobresaltó, rechazándolo. Él se alejó, mucho más asustado que ella ante esa reacción. Laura seguía llorando y él no podía consolarla.

Pensó en los hombres que con brutalidad habían logrado aterrorizarla y sintió una impotencia enorme. Habían usado su fuerza y su brutalidad contra alguien frágil y débil. No eran hombres, sino la encarnación de las miserias que habitan la Tierra. Gente enferma y cruel.

Marco volvió a acercarse a Laura, que no dejaba de llorar. Besó su frente, intentando borrar por un momento de su mente los fantasmas que la torturaban con su presencia. Y esperó con paciencia a que se calmara.

—Eres la mujer más valiente que haya conocido y yo he sido el más torpe de los hombres por dejarte escapar de mí. Prométeme que me darás una segunda oportunidad, una que te juro sabré aprovechar.

Laura levantó su mirada para encontrarse con esos ojos negros que la miraban suplicantes. Su voz no pudo decir nada, pero su cabeza asintió con un gesto y el corazón de Marco explotó de felicidad. Él, casi desafiando a su suerte, atrapó un dedo de la mano de Laura con uno de la suya. Ella lo aceptó y él sintió que ese gesto sellaba un nuevo comienzo para ambos.

Unos minutos más tarde, la puerta del departamento se abría y Laura pudo ver reunida en la sala a la gente más importante en su vida.

La primera en acercarse fue Giuliana, quien la abrazó con fuerza. Ese gesto fue bien recibido por Laura que lo sintió tan reconfortante como siempre.

Tex, parado detrás de ella, sólo saludó a Laura con un movimiento de cabeza y una amplia sonrisa, ya que Josefina les había advertido que su herida sensibilidad la obligaría a rechazar cualquier tipo de contacto masculino.

Paulina se acercó a Laura y la acunó en un abrazo tan familiar para ella que se permitió relajarse.

Nadie ahí la juzgaba, nadie ahí la miraba con desprecio. Todos la veían como una heroína que había vuelto a casa luego de sobrevivir a una batalla. Todos reconocían su inmenso valor. Todos se alegraban con su presencia. De

pronto, el llanto la sacudió, pero esta vez era un llanto diferente. No era dolor lo que sentía, sino una inmensa gratitud. Las palabras de Josefina se agolpaban en su cabeza mientras Paulina la contenía.

“Dios siempre nos da motivos para estar agradecidos. Siempre, de alguna manera nos reconocemos en deuda con Él.” Laura sintió que su calvario no se había podido evitar, pero había sobrevivido y Dios le regalaba una nueva oportunidad y hacía evidente el amor incondicional de sus seres queridos.

Pensó que esa familia no era de sangre y, sin embargo, eran incondicionales y estaban ahí sólo por ella. No estaban sus padres, ni siquiera estaban enterados de lo que había pasado, y si lo estuvieran, ¿habría encontrado su padre un motivo suficiente en esa desgracia como para hacer a un lado su orgullo y viajar a verla? No, tal vez no, pero ella no podía evitar ese pensamiento, ese deseo íntimo en el fondo de su corazón. Jamás se había sentido amada por sus padres, pero inevitablemente un pedazo de ellos viviría siempre dentro de ella.

Laura se fue calmando y Paulina, guiándola hasta un sofá, enjugó sus lágrimas.

Sofía, como siempre, salvó la reunión cambiando de tema.

—Tenemos lágrimas no tan amargas como las de antes. Y eso es toda una bendición. La otra es el manjar que Marta ha preparado para almorzar. ¡Y yo muero de hambre!

—Yo también —dijo Marco con complicidad.

Todos se pusieron de pie y se dirigieron al amplio comedor que mostraba el verde intenso de Hyde Park. Se ubicaron en una amplia mesa redonda. Marco se acercó a Laura y corrió su silla para que ella pudiera sentarse y luego se sentó a su lado.

—¿Qué planes tienen todos por aquí? —preguntó Josefina.

—Yo debo volver esta noche a Italia —dijo Sofía, mirando a Laura en busca de aprobación—. Me encantaría quedarme, pero eso significaría un despido seguro. Están por publicar mi primera columna en el diario que estará dedicada a la más valiente de mis amigas.

Laura sonrió.

—Yo pensaba invitar a Laura a nuestra estancia en la provincia de Buenos Aires —dijo Josefina.

Laura giró a su derecha para mirar a Marco, quien le devolvió una mirada serena.

—Si quieres, me encantaría que la conocieras.

Laura miró a Josefina y agradeció la invitación.

—Te la llevas muy lejos. La extrañaré —dijo Giuliana mirando a Marco.

—Son bienvenidos en la Argentina. Pueden visitarnos cuando quieran.

Laura estaba muy emocionada. Marco y su familia la acogían con inmenso cariño. Sintió que la vida trazaba otro rumbo para ella y estaba dispuesta a dejarse llevar.

Paulina observaba feliz la pareja que hacían Marco y Laura. Ella era una princesa, delicada y hermosa. Él, un hombre fuerte, protector y simpático. Era una excelente combinación.

Cuando miró a Giuliana, vio cómo enredaba su dedo en ese caprichoso mechón que siempre delataba sus nervios. Para ella todo lo que había pasado con Laura hasta ese momento había sido brutal. Saber que su amiga se iría tan lejos la hacía sentir nostalgia. Ya no eran niñas y la vida comenzaba para cada una, pero el cariño y la lealtad las mantendría unidas a pesar de la distancia.

Emilio miraba a Laura con un afecto especial, con añoranza, como si mirara a su propia niña. Sus recuerdos le estaban jugando una mala pasada, o tal vez la edad lo estaba volviendo más sensible. Sus ojos se pusieron vidriosos y rápidamente los ocultó de la atenta mirada de Josefina.

El almuerzo terminó. Ya se habían anunciado los viajes de Laura a la Argentina y de Sofía a Italia. Paulina y Lorenzo regresarían también, pero a la mañana siguiente.

Cuando todos dejaron la mesa, Giuliana y su familia se despidieron para dirigirse al departamento de Tex. Sofía debía preparar su bolso y ellos la llevarían al aeropuerto.

—Prométeme que me llamarás seguido y que cuidarás a mi querido sobrino —dijo Sofía abrazando cariñosamente a Laura.

Laura asintió.

—Te lo prometo. ¡Te extrañaré mucho!

—Y cuida también a ese hombre que tienes a tu lado —susurró Sofía—. Ya sabes, es un sapo extraordinariamente apuesto.

Laura miró a Marco y sonrió. Estaba de acuerdo con Sofía en eso.

Cuando todos se fueron, Emilio y Josefina decidieron dar un paseo por Hyde Park, dejando solos a Marco y Laura.

Ella se sentó en el sofá de la sala. Había tantas cosas que necesitaba conversar con él. Estaba llena de preguntas y necesitaba encontrar respuestas.

Marco se sentó a su lado en silencio. Laura volvió a sentir su perfume suave y dulce. Una imagen invasora ocupó su pensamiento. Franco en la recepción del hostel donde ella se hospedaba. Mirando a Marco, le preguntó:

—¿Cómo supo Franco dónde me hospedaba? La única que podía saberlo era Giuliana.

Marco escuchó ese nombre y su cuerpo se tensó. Luchaba mentalmente con la imagen de ese parásito que había torturado a Laura, pero escuchar ese nombre de sus labios le dolió tanto que su cara se transformó y su cuerpo necesitó un tiempo para recuperarse del impacto. Cuando pudo controlarlo, escupió con desgano lo único que sabía.

—Franco escuchó tu conversación con la secretaria de Giuliana. Cuando ella y Sofía recibieron el mensaje, Franco se les había adelantado. No lo supieron hasta que llegaron a buscarte y no te encontraron.

—¿Y qué ha pasado con él?

Marco sentía que la agonía no tenía fin. Ese hombre provocaba en él los sentimientos más oscuros y, sin embargo, Laura seguía mencionándolo.

—Está preso y pasará encerrado el resto de su vida.

Cuando Laura escuchó esto, cerró los ojos. Era un alivio saber que jamás volvería a cruzarse en su vida. De lo que no estaba segura era de poder borrarlo de su mente con la eficacia necesaria. Había imágenes que se empeñaban en torturarla.

Se quedó callada, perdida en sus pensamientos. A Marco lo consumía la ansiedad de saber qué derroteros habían tomado. Quería ayudarla, rescatarla de ese laberinto en el que se perdía.

Laura volvió a mirarlo.

—Todo esto es tan difícil. Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo que no sé cómo manejarlas.

—¿Qué es lo que no puedes manejar?

—Esta relación. Nosotros. No sé por qué dices amarme. Yo huí de ti, deberías odiarme. Y sí, estoy embarazada, pero no quiero que ese sea el motivo que te ate a mí. Y lo peor, no sé si alguna vez volveré a ser esa mujer que conociste en París.

—Si digo amarte es porque te amo. Y sí, te odié, me dolió que huyeras de mí. Ese dolor inmenso que sentí nubló mi juicio y no te seguí cuando era lo único que quería hacer. Después de esa noche juntos no he pensado en nada más que en nosotros. Y si no vuelves a ser la misma mujer que conocí, estaré

encantado de conocerte nuevamente.

Marco terminó la frase con una sonrisa sincera e irresistible.

Laura no podía negar lo mucho que la alegraban esas palabras. Sus ojos celestes se nublaron. Marco se arrodilló a sus pies.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—De gratitud.

Marco la miró sorprendido. No entendía.

—Sé que no será fácil volver a empezar. Sé que mi lucha será larga y difícil. Pero agradezco tu amor, el de todos.

Marco tomó sus manos y las apretó con fuerza, como si necesitara un medio para transmitirle todo lo que él sentía por ella. Volvió a sentarse a su lado. Y compartieron un largo silencio.

—Alguien ha pedido conocerte.

—¿Quién?

—Marta. Desde que supo que ella pudo haber evitado que te fueras, siente mucha culpa. Quiere, en cierto modo, disculparse.

—¿Disculparse por no conocerme? Fui yo quien actuó como una tonta. ¡No es su culpa!

—¿Puedes verla ahora?

Laura asintió. Marco se levantó y fue a buscarla.

Al verlos, Laura se puso de pie. Marta la miró con cariño, no con la pena que esperaba encontrar en sus ojos, y eso la tranquilizó. Marta no pudo contener su espontaneidad y la abrazó, agradeciendo que estuviera de vuelta.

Laura le devolvió una sonrisa.

—Me alegra conocerte. Y disculpa mi fuga, es uno de mis grandes defectos.

Marco sonrió.

—Es verdad, pero ahora tendrás una marca personal que dificultará esa costumbre, te lo garantizo. Idioma de rugbier —dijo Marta.

Laura sonrió. Estaba convencida de que no podría huir de él nunca más.

Josefina y Emilio caminaban abrazados por Hyde Park. Ni el paso de los años, ni las pruebas de la vida habían logrado minar el amor y la complicidad que compartían.

—¿Qué piensas de Laura? —preguntó Emilio.

—Es una niña inocente que ha sufrido mucho y que merece una oportunidad para ser feliz. Es una dulzura, pero tiene una herida profunda que tardará en cicatrizar.

—Debe ser algo más que una dulzura para haber noqueado a tu hijo de la forma en que lo ha hecho.

Josefina sonrió.

—Y tú, ¿qué piensas? No se me escapó esa mirada triste del almuerzo.

—Tú infringes todo principio de confidencialidad.

—Soy latina, no suiza. Es un don genético.

Emilio siempre reía con los comentarios de su esposa. Ella lo enamoraba todos los días.

—Ya sabes, me recuerda a… Carlota. Tendría más o menos su edad en este momento.

Josefina no dijo nada, pero ella sentía lo mismo. “Hay dolores eternos”, pensó.

Capítulo 12

Giuliana y Tex acababan de dejar a Sofía en el aeropuerto y se disponían a cenar solos en su restaurante favorito, *The Black Rose.*

—¿No te parece que el nombre de este lugar es tétrico? —comentó Giuliana.

—Tal vez un poco, pero es un buen restaurante. Además, tengo que decirte algo importante y fue aquí donde tomé una de las últimas decisiones trascendentales. Hasta ahora me ha traído suerte.

Giuliana sonrió y tomó el brazo de Tex para entrar.

La presencia de ambos no pasó inadvertida. Inmediatamente les dieron una mesa en el primer piso, el vip del restaurante, para que pudieran tener algo de intimidad.

Se acomodaron en la mesa y ordenaron la cena y champagne. La mujer encargada de atenderlos no podía dejar de mirar el anillo de compromiso que había salido en casi todas las revistas de Londres.

Luego de llenar sus copas, los dejaron solos a la espera de la comida.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —preguntó Giuliana—. La curiosidad está matándome.

—A mí está matándome la ansiedad, lo que implica que nuestro estado de ánimo es bastante parecido —dijo Tex con una sonrisa que prolongaba la espera.

—Por favor… —susurró Giuliana.

—Seré directo. Quiero salir de este lugar con una fecha para nuestro casamiento. Yo no puedo soportar tenerte lejos y mucho menos no tenerte estando cerca. ¡Te quiero a mi lado todas mis noches!

Giuliana se ruborizó, pero no pudo evitar el impulso de dibujar un beso con sus labios.

Tex no fue inmune al gesto.

—¿El próximo verano? ¿Te parece? —dijo Giuliana con un toque de ironía

en su voz.

Tex sonrió.

—De ninguna manera. No pienso esperar tanto.

—¿Y qué propones?

—Podemos casarnos el mes que viene.

—¡Tex! ¡Acaba de empezar septiembre! Octubre es muy pronto. ¡Necesito más tiempo para preparar una boda!

—¡Eso es mentira! —dijo Tex con tono burlón—. Y si tú no puedes, la preparo yo. El otoño es una estación pintoresca.

—A mis padres les dará un infarto y son los únicos que tengo —dijo Giuliana suplicante.

—¡Última oferta! Nos comprometimos para tu cumpleaños, ¡nos casamos para el mío!

Giuliana quedó en jaque. No podía rechazar el trato. Era justo y simbólico.

—Acepto. Nos casamos para tu cumpleaños y esperamos los regalos de los Reyes Magos —dijo entre risas.

Tex se puso de pie y extendió su mano para que Giuliana hiciera lo mismo. La envolvió en sus brazos y selló el trato con un beso ardiente. Cuando los curiosos descubrieron la escena, ambos volvieron a sus asientos.

—Ya tienes la fecha que querías —dijo Giuliana.

—Y aprovechando la buena suerte, tengo algo más que pedir.

Giuliana lo miró con curiosidad.

—Falta mucho para la boda. Pasa un tiempo en Londres. O moriré sin verte.

—Será un placer. Estaré una semana al mes aquí, contigo, pero después de la boda vivamos en Milán.

Tex quedó mudo.

—Yo estaba siendo condescendiente con una negociadora brutal. No parece un trato justo.

La cara de Tex hizo reír a Giuliana.

—Pongámoslo de este modo. Ubicamos la residencia oficial en Milán y viajamos a Londres todas las veces que quieras.

—Tengo unos meses para pensarlo, porque eso eventualmente pasaría después de la boda. De todos modos, exijo el inmediato cumplimiento de la primera parte del trato.

La seriedad de Tex tentaba a Giuliana, que entre risas asintió obediente

con la cabeza.

—Sí, señor, me tendrás sólo para ti una semana al mes.

La mañana siguiente, Paulina bajó al departamento de Marco para despedirse de Laura, que estaba sentada en la sala y al verla entrar, se puso de pie para saludarla.

Se acomodaron en el mismo sofá.

—No ha sido una buena noche, ¿verdad? —preguntó Paulina.

—No, es difícil dormir. Todavía tengo miedo. Cerrar los ojos es como iniciar un descenso en espiral a una realidad oscura.

Paulina tomó la mano de Laura con mucha ternura.

—La vida nos pone a prueba muchas veces. Las más duras son aquellas que intentan preparar a personas ordinarias, como nosotras, para destinos extraordinarios. Yo he visto, vivido y sentido en carne propia la guerra. He experimentado el terror, el dolor, el hambre, el frío… Todas esas son cosas difíciles de superar. Lleva tiempo y determinación salir de la oscuridad en la que te sientes caer, ese abismo intenta acabar con nuestra voluntad de seguir adelante. Pero tú no te detengas, no te rindas. Sigue avanzando aunque no veas el camino, aunque dar el primer paso resulte aterrador. No te detengas porque detenerse es rendirse, es morir. La vida es una lucha constante y no por ser una lucha deja de ser gratificante. Yo conocí en medio de mi tormento a Lorenzo, el amor de mi vida. Él está convencido de que fui yo quien lo rescató y le dio la fuerza que necesitaba para no dejarse vencer. Pero te confieso que fue la fuerza del amor la que nos ayudó a superar el momento más atroz de nuestras vidas.

—Pero uno nunca vuelve a ser el mismo —dijo Laura.

—Claro que no, hija mía. Esa es la bendición. Nunca volvemos a ser los mismos. El dolor es el mejor y el más duro de los maestros. El dolor nos fragua, forjándonos de nuevo, llenándonos de sabiduría.

—Pero yo siento tanta fragilidad dentro de mí, tanta vergüenza… Me siento vulnerable. Tengo la constante sensación del acecho.

—Te entiendo. No porque haya experimentado lo mismo, pero sí cosas igualmente impresionantes. Yo no soportaba ni el más mínimo ruido después del primer bombardeo. Me llevó años dejar de sentir el olor a sangre en todas

partes. Pero son todas cosas que debemos olvidar y dejar atrás. Esa es la única manera de seguir viviendo y de darnos la oportunidad de sentirnos victoriosas. Espero de ti un triunfo. Eres una mujer extraordinaria, valiente y, sobre todo, tienes la inteligencia necesaria para saber aprovechar la vida. Una vida que puede ser todo lo espectacular que te propongas. Nunca limites tus sueños, sueña en grande y verás que Dios los hará posibles.

Ambas permanecieron en silencio unos minutos, como repasando recuerdos. Paulina interrumpió la pausa.

—Hay algo que necesito decirte.

Laura miró a Paulina con atención.

—El día en que te fuiste de tu casa, tu hermana Adriana se preocupó mucho por ti. Fue a casa a pedirme que por favor te buscara, que te protegiera. Y yo le prometí que lo haría.

Los ojos grises de Paulina se volvieron vidriosos y Laura la abrazó con fuerza.

—No llores, por favor. Yo no tomé las decisiones correctas...

Paulina levantó sus ojos buscando los de Laura.

—Sabes que te quiero como a una hija. Hago propio tu dolor. Puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Hay algo que quisiera pedirte, pero no es fácil.

—Dime —dijo Paulina con convicción.

—Mi hermana Adriana probablemente sufrirá un matrimonio arreglado, como estaba previsto para mí. Mi padre jamás volverá a saber de mí porque esa es su voluntad, pero quisiera ayudar a Adriana. En un año será mayor de edad. Necesito que le digas que cuenta conmigo si quiere para ella una vida diferente. Dile que tú siempre podrás ponernos en contacto.

—Lo haré. Te prometo que lo haré. Nada me hará más feliz que lograr un encuentro entre ustedes. Las hermanas deberían ser como las ramas de un árbol, con la libertad de crecer en diferentes direcciones, pero sin olvidar que su raíz sigue siendo la misma. Así la vida de cada una será siempre una parte esencial de la vida de la otra y compartirán recuerdos y vivencias que sólo ustedes podrán comprender.

Se despidieron con un abrazo sabiendo que la distancia nunca las alejaría.

Por la tarde, Giuliana fue a buscar a Laura. Marta le abrió la puerta y le indicó cuál era su dormitorio, donde estaba acomodando las pocas cosas que tenía, las que sus amigas habían rescatado del hostel.

—Buenos días —dijo Giuliana desde la puerta y se sentó sobre la cama mientras veía cómo Laura terminaba de guardar su diario en un pequeño bolso.

—Tendremos que hacer algunas compras antes de tu viaje.

Laura miró a Giuliana y con espíritu derrotado se desplomó a su lado sobre la cama.

—No puedo comprar nada y tampoco quiero pedirle nada a Marco. Además, mi ánimo no está para compras. Siento que todas las personas advierten lo que me ha pasado y eso me avergüenza enormemente.

Giuliana la miró con ternura.

—Yo sé todo lo que ha pasado y no puedo verte como una víctima de abuso. Yo no puedo materializar en mi cabeza ni las imágenes ni las sensaciones que te avergüenzan y si yo no puedo hacerlo, nadie lo hará. Sólo te ves como una mujer dolida. Eres la única que puede cambiar eso. Sé que no tienes ánimo de compras, es lo más sensato. Pero de todos modos, es algo que necesitas hacer. Volver a ver en el espejo la hermosa mujer que eres ayudará a curar tu espíritu. Te ayudará a borrar las imágenes desagradables y será tu belleza la que quede tatuada en la retina de Marco. No dejes que se pegue a ellas tu sufrimiento.

Laura permaneció en silencio hasta que logró preguntar algo que de verdad la incomodaba.

—¿Crees que Marco me lleva con él sólo porque quiere proteger a su hijo?

—No, tal vez seas la única que todavía no lo sabe, pero Marco te ama. Tex me ha contado todo. Cuando huiste de él en París, Marco se dedicó a vagar como un alma en pena. Como le habías prohibido que te buscara y no soportaba el mandato, viajó a la Argentina. Cuando Tex lo buscó y le contó todo lo que estaba sucediendo, jamás cuestionó a tu hijo ni se atrevió a negar lo que sentía por ti. Fue él quien te buscó con desesperación. Encontrarte fue la mayor bendición. Ahora quiere tenerte a su lado, no por el niño, sino porque se arrepiente de haberte dejado escapar la primera vez.

Unas lágrimas se escaparon de los ojos de Laura. El hecho de que Tex le haya contado todo eso a Giuliana confirmaba que Marco le daba una oportunidad a esa relación.

—No llores. ¿No crees que esos ojos ya han tenido bastante? —dijo Giuliana mientras envolvía a su amiga en un abrazo.

—Me aterra pensar en el contacto físico con un hombre. Me espanta

pensar en una relación sexual. ¿Cómo lograré superar ese miedo? ¿Cómo puedo tener una vida normal con Marco si el solo hecho de imaginar algo así me paraliza?

—Es normal que sientas eso. Todo es muy reciente y llevará tiempo superarlo. Creo que el amor de Marco será paciente. El jamás te forzará a hacer algo que no desees. Y tienes una gran ventaja. Con él ya has tenido una relación sexual, basada en el amor y el respeto. Concéntrate en las sensaciones y el placer de esa noche para que puedas olvidar todo lo demás. Empecemos de a poco, acompáñame, compremos algo para el viaje. Salir te hará bien. James se ocupará de acompañarnos todo el tiempo. Tex y Marco se fueron juntos a la oficina para dejar sus cosas en orden. Tenemos este tiempo para estar solas.

Giuliana sonrió y Laura no pudo resistir esa invitación.

Sofía estaba de vuelta en Milán, en la redacción del diario, un lugar que disfrutaba y en el que día a día se ganaba el respeto de todos sus compañeros de trabajo. Era una mujer encantadora, pero su cualidad más impactante era su voluntad de hierro. No había meta que ella se impusiera que no lograra alcanzar. Su inteligencia y su curiosidad la estaban convirtiendo en una investigadora implacable.

El director del diario estaba feliz con su desempeño. Al principio no sabía cómo explicar el ascenso vertiginoso de Sofía, pero el puesto que le había dado parecía hecho a su medida. Ella se superaba todos los días. Era evidente que amaba lo que hacía.

Mariano golpeó la puerta de su oficina y abrió. Encontró a Sofía como siempre, haciendo notas en su cuaderno. Su inspiración y sus nuevos proyectos eran inagotables. Cuando vio a Mariano, cerró su cuaderno y esperó que se sentara frente a ella.

—Traigo el borrador que me diste de tu primera columna. Honestamente, es impecable. Quería avisarte que saldrá en el diario de mañana. Eso significa que tendrás que escribir dos columnas semanales para cubrir el espacio que te hemos adjudicado.

Sofía se demoró en asimilar el significado de todo lo que acababa de oír. Saltó de su silla y rompiendo todo protocolo, abrazó a Mariano.

—Gracias por la confianza. Gracias por darme esta oportunidad, pero sobre todo por defenderme cuando nadie más aquí tiene fe en mí.

Mariano le devolvió una sonrisa. Se puso de pie y dejó la oficina.

Sofía estaba eufórica, en doce horas su columna sería pública. ¡Su primera columna! Hubiera querido de todo corazón celebrar con sus amigas, pero tenía que acostumbrarse. Cada una tenía una vida diferente. Ya no estarían para cada festejo, pero siempre serían ellas las que, a pesar de la distancia, compartirían sus triunfos.

Laura y Giuliana pasaron un día agradable, intentando evitar todo aquello que reviviera el pasado. Hicieron compras y almorzaron juntas.

—¿Sabes que te extrañaré, verdad? —dijo Giuliana.

—Sí, casi tanto como yo a ustedes.

—Prometo visitarte en la Argentina e intentaré llevar a Sofía, aunque creo que cada vez será más difícil sacarla de esa redacción.

—Tiene un gran futuro como periodista. Estoy segura de que es capaz de llegar muy lejos.

—Sí, como en absolutamente todo lo que se propone —dijo Giuliana entre risas—. Sin importar las consecuencias, ella siempre llega lejos… ¡Tengo que darte una primicia! Sofía fue la primera en saber de mi compromiso, quería que fueras tú la primera en saber la fecha de mi boda.

—¿Ya tienen fecha?

—Sí, no sé si es la más apropiada, pero no me dieron muchas opciones. ¡Nos casamos para el cumpleaños de Tex!

—dijo entre risas, mientras la felicidad iluminaba su rostro.

—¿Y eso cuándo es?

—El 6 de enero. Supongo que ya estarás de vuelta para esa fecha.

Laura asintió con la cabeza. Sabía que su amiga se merecía otro gesto, pero su estado de ánimo le impidió decir algo más.

Giuliana le restó importancia al tema al notar un cambio en Laura y continuaron con una charla divertida sobre la moda londinense, bastante más insípida que la italiana.

Cuando regresaron al departamento, Marta ayudó a Laura con las bolsas.

Marco y Tex esperaban en la sala.

Laura intentó una disculpa por las bolsas, pero Marco se acercó a ella y le dijo:

—Estoy feliz de que hayan salido de compras. ¿Quieres salir a cenar? Tex nos ha invitado porque es nuestra última noche en Londres.

Laura estaba a punto de disculparse, cuando Giuliana la miró intimándola a dar una respuesta positiva.

—Iremos a un lugar tranquilo —le prometió.

—Está bien. Así tendremos una cálida despedida.

Marco estaba feliz. Era la primera vez que saldría con Laura en Londres.

Tex y Giuliana se disculparon y los dejaron solos.

—Nos encontramos a las seis —dijo Tex cerrando la puerta.

Marco se acercó a Laura y mirándola con ternura, dijo:

—Mis padres van camino al aeropuerto. Mi madre lamentó no poder despedirse de ti, pero su vuelta repentina se debe a algunos asuntos laborales de mi padre que no podían esperar. Ella preparará todo para tu llegada. Está muy emocionada con tu visita a su país.

—¿Y tú? ¿Piensas que será bueno para nosotros?

—Estoy seguro de que cualquier cosa que decidamos hacer juntos a partir de ahora será buena para nosotros. Y “buena” no quiere decir “fácil”, pero como dice mi padre “nada fácil vale la pena”.

Laura se perdió con la mirada en esos labios de los que siempre escuchaba palabras de amor y de aliento. Sentía que estaba despertando de una pesadilla. ¿De qué otro modo podía explicar lo que había pasado y todo lo que Marco le ofrecía? Él estaba ahí a su lado, sin cuestionamientos, sin dudas. A su lado. Y le ofrecía un futuro construido desde el amor incondicional de ambos.

—¿En qué piensas?

—En ti.

Marco no pudo disimular una sonrisa que delataba su satisfacción.

Capítulo 13

Paulina y Lorenzo todavía estaban profundamente afectados por los acontecimientos vividos. Lorenzo jamás se había sentido tan avergonzado como cuando recibió la mirada acusadora de Marco. Esa mirada lo despertó de un largo letargo. Se comprometió a mantener en la cárcel de por vida a su hermano y a rescatar a cada una de las mujeres víctimas de esa red de trata de personas y para ello se había reunido con sus abogados.

—Los hemos citado hoy aquí porque son muchas las cuestiones que necesitamos tratar y pensamos que sería mejor armar dos equipos legales. Uno tendrá como objeto el proceso penal en contra de Enzo Bertolini.

Los abogados presentes no pudieron ocultar la sorpresa al escuchar ese apellido. Un apellido que Lorenzo había llevado a la cima de la alta sociedad italiana a fuerza de trabajo, aunque todos ahí conocían sus orígenes humildes.

—Entiendo que se sorprendan. Enzo Bertolini es mi hermano porque eso dice su partida de nacimiento, pero nada más. La última vez que lo vi yo era casi un niño. La vida nos llevó por caminos diferentes. Se cruzaron cuando intentó secuestrar a mi hija. Eso ya es motivo suficiente para su encarcelamiento; de todos modos, también quiero que analicen la evidencia que me ha enviado un amigo detallando los negocios ilegales de los que participaba activamente. El objetivo buscado es una cadena perpetua.

Su voz sonó clara y fuerte, había hablado con absoluta convicción. Cuando esto pasaba, todos sabían que Lorenzo no se detendría hasta alcanzar la meta que se había fijado. Su determinación era tan conocida como implacable.

—Al otro equipo se le asignará la tarea de formar inmediatamente una fundación que llevará el nombre de Santa Ana. Tendrá como objeto rescatar a personas víctimas de la esclavitud de este siglo. Con eso me refiero a esclavitud laboral y sexual en niños y mujeres. El objetivo deberá extenderse también a las víctimas de las adicciones, como la droga, el alcohol y el juego, lo que sucederá en una segunda etapa.

”La fundación contará con los recursos económicos, el personal y las instalaciones necesarias para acompañar a toda esa gente desde un compromiso con la dignidad y el respeto por el ser humano, valores fundamentales que queremos rescatar. Además, tendrá la misión de acoger a las personas que han sufrido este tipo de abuso y de reinsertarlas en la sociedad, brindándoles contención, seguridad, trabajo a las mujeres y educación a los niños.

Paulina miraba orgullosa a Lorenzo. Dios había sido inmensamente generoso con ellos y esta era la manera que habían encontrado de retribuir parte de esa generosidad. Ella se perdía en los distintos momentos que habían marcado su vida y no encontraba ninguno en el que no estuviera Lorenzo, su gran amor, su compañero. Estaba convencida de que no había empresa que iniciaran juntos que no prosperara. La convicción y la capacidad de trabajo de Lorenzo hacían sus sueños posibles.

Cuando todos en la sala terminaron de tomar nota de las instrucciones, se pusieron de pie y se marcharon. Únicamente Alfredo, el abogado personal de Lorenzo, se quedó a su lado. Cuando estuvieron solos, preguntó:

—¿Cuál es la misión especial en la que quieres involucrarme?

—No es nada sencilla, amigo mío, pero Paulina y yo hemos decidido ponerla en tus manos. Antes de que sepas de qué se trata, quiero asegurarte que contarás con todos los recursos necesarios.

La curiosidad de Alfredo crecía exponencialmente mientras Lorenzo se demoraba en su discurso.

—Entre los papeles que encontraron antes de arrestar a mi hermano, hay una lista de las mujeres que estuvieron secuestradas en su burdel. Quiero que las encuentres y que sean las primeras en recuperarse dentro de nuestra fundación.

—Entiendo —dijo Alfredo—. Y será un honor ser parte de esta causa.

—Eso no es todo —dijo Paulina poniéndose de pie y acercándose a ambos que la miraron sorprendidos—. Un niño nació en ese burdel. Te suplico que lo encuentres.

Alfredo asintió con un gesto. Paulina, agradecida por su buena disposición, se despidió y los dejó solos para afinar los detalles de la investigación.

Esa misma noche, Sofía decidió que no podría dormir sin antes contarle a Paulina lo de su columna en el diario. Ella era su madre por elección y siempre le había hecho honor al cargo.

Manejó hasta la casa de los Bertolini. El portón se abrió y corrió hasta la sala, donde sabía que los encontraría a la espera de la cena.

—¡Qué alegría! —dijo Paulina al verla—. ¿A qué se debe la sorpresa?

—Tengo una buena noticia para compartir —anunció Sofía, eufórica de emoción.

—¿Y cuál es la buena noticia? —preguntó Lorenzo.

—¡Tengo mi propia columna en el diario y saldrá en la edición de mañana!

Lorenzo y Paulina se pusieron de pie y juntos la envolvieron en un abrazo. El corazón de Sofía brincaba de felicidad. Ellos eran lo más parecido que tenía a una verdadera familia. Sabía que ese abrazo era tan sincero como el cariño que ella sentía por ellos.

—Guido, una botella de champagne —pidió Lorenzo—. No hay que desperdiciar las oportunidades que uno tiene para festejar.

Sofía tenía una inmensa sonrisa dibujada en su rostro.

Cuando el espumante llegó, Lorenzo se dispuso a hacer el brindis.

—Por esta preciosa niña, que adoramos como a una hija, que desafía al mundo con su osadía y su elocuencia. Para que el éxito siempre la acompañe.

Las copas sonaron y Sofía, que pocas veces se permitía unas lágrimas, no pudo evitar que algunas se escaparan, haciendo brillar sus ojos negros.

—Mañana seré la primera en leer esa columna —dijo Paulina—. Será un desayuno emocionante.

—¿Y se puede saber sobre qué escribirás? —preguntó Lorenzo.

—Mañana la columna introduce los temas sobre los que escribiré. No puedo adelantar nada. Pero espero que a la gente le guste porque es la única forma de mantener ese pequeño espacio.

—Si escribes de la manera en la que hablas, todos quedarán hechizados con tus comentarios —dijo Paulina.

—Mañana le mandaré por fax tu columna a Giuliana para que ella también pueda leerla.

Sofía sonrió agradecida.

—Nosotros también tenemos que contarte algo —dijo Paulina mirando a Lorenzo con complicidad.

—¿De qué se trata? —preguntó Sofía sin poder disimular su curiosidad.

—Iniciaremos una fundación. Todo lo que hemos vivido con Laura nos ha hecho abrir los ojos a una realidad que desconocíamos. Vivimos nuestro propio infierno en la guerra y creo que ese dolor nos había cegado a otras realidades tan horrendas como aquella.

—Esa sí es una gran noticia. ¿Qué nombre llevará la fundación?

—Santa Ana —contestó Paulina—. Era una mujer estéril, algo atroz para su época. Sufrió, como han sufrido estas mujeres, la burla de sus pares. Pero recibió de Dios la más santa de las bendiciones: fue madre. Como madre de María sabrá consolar a las mujeres, y como abuela de Jesús, a sus niños. Estoy convencida de que la mejor medicina es la ternura de otro ser humano. Espero que Santa Ana inspire esa ternura a todas las personas que formen parte de este equipo.

—Eso sonó más que convincente. Cuenta conmigo para lo que necesites. Me encantará ser parte de una causa tan noble.

Capítulo 14

Tex y Giuliana se entregaban al amor. Enredados entre las sábanas, disfrutaban del deseo que se encendía en ellos. Un deseo que les hacía sentir esa inmensa necesidad de fundirse en el otro para volverse uno.

Él llenó de besos el cuerpo de Giuliana. Disfrutaba la textura y la suavidad de su piel. Su perfume lo encendía. Ella se movía con sensualidad, tentando a aquellas manos que, víctimas de la curiosidad, la exploraban. Se entregaba a esas caricias y se mostraba dispuesta a las exigencias de su amante.

Tex devoró sus labios. Acercó sus caderas con un abrazo y Giuliana sintió la firmeza de la erección, que delataba su pasión...

Tex la cubrió con su cuerpo. Inmovilizó sus manos sobre su cabeza y se apoderó de sus senos. Los besó con urgencia, los saboreó arrastrando su lengua sobre ellos. La imagen de Giuliana dilataba sus pupilas, encendiéndolo. La penetró y ella se arqueó de placer, invitándolo a lo más profundo de su ser. Tex disfrutaba adentrándose en ella y sus embestidas se volvían cada vez más violentas. Ella las acompañaba con suaves movimientos de cadera y una respiración cada vez más agitada. Sus bocas no dejaban de buscarse. Ella lo envolvió en un abrazo y él tembló de placer.

Unas horas más tarde, después de un lujurioso baño de espuma, Tex subía el cierre del vestido negro de Giuliana.

—No es precisamente esto lo que quisiera estar haciendo —dijo con una mueca de dolor en el rostro.

—Cuando estemos de vuelta podrás bajarlo —dijo, tentadora, Giuliana—. Pero es la última oportunidad de estar unas horas con Laura. No quiero más demoras.

Tex sonrió y abrió la puerta de la habitación, dejándola pasar primero. Salieron a la sala y luego en busca del ascensor para buscar a sus invitados.

Giuliana tocó el timbre y luego de unos minutos fue Marco quien abrió.

—Laura todavía no está lista. Pasen.

Tex se sentó en la sala con Marco y Giuliana fue a buscar a Laura. Tocó la puerta y entró.

—Me parecía… —dijo al ver a Laura sentada al borde de la cama—. Si se tratara de Sofía no hubiera dudado en esperarla, pero tú siempre estás lista a tiempo. ¿Por qué esa cara?

—Estoy aterrada. No sé cómo actuar frente a Marco. Me fascina y me intimida en simultáneo.

—No te culpo. Un cuerpo como el suyo y con ese tamaño puede intimidar a cualquiera, sobre todo si lo miras desde tu metro sesenta.

Laura sonrió. Sabía que Giuliana intentaba una broma, pero su sentido del humor desaparecía cuando se imponía el miedo.

Giuliana tomó una de sus manos.

—Vamos, cálmate, ya ha pasado lo peor.

—¿Y si lo peor fuera desilusionar a Marco?

—¿Por qué te torturas con esos pensamientos? Lo poco que puedas dar será suficiente para comenzar. Él será quien guíe y tú le darás el ritmo. Intenta dejar tu mente en blanco y vive cada escena como si fuera la última, como si no estuvieras obligada a un futuro. Eso hará desaparecer tanta ansiedad. Esta es nuestra última noche juntas por un tiempo. Quiero lo mejor de ti como recuerdo. Tu belleza, tu dulzura y esa charla íntima que tanto nos gusta.

Laura asintió y se puso de pie. Su amiga y Marco merecían ese esfuerzo.

Antes jamás se le hubiera ocurrido que una cena en un restaurante elegante, acompañada de un hombre magnífico, pudiera significar un esfuerzo. Pero algo en ella se había roto y nada se sentía como antes.

Cuando ambas entraron en la sala, Marco y Tex se pusieron de pie. Eran fascinantes, de eso no tenían dudas. Y hacían temblar sus piernas.

Laura estuvo bastante callada durante la cena. Sabía que todos intentaban animarla o al menos no tocar temas sensibles y agradecía ese gesto desde el fondo de su corazón, pero por más que intentara aparentar un buen estado de ánimo, lograrlo se estaba volviendo una misión imposible. No entendía lo que pasaba con ella, pero una nube negra cubría su espíritu, hundiéndola en las vivencias más dolorosas de su vida. No importaba lo elegante del escenario o lo agradable de la compañía, esta nube escondía todo con su sombra. Oprimía su corazón y la obligaba a experimentar una profunda e inevitable soledad interior.

Soportó estoicamente el resto de la cena. Su único consuelo eran unos ojos

negros que la miraban con inmensa dulzura. Eran su refugio ante la angustia que oprimía su alma.

Después de un par de horas estuvieron de vuelta en el departamento. Giuliana se despidió prometiendo ir a la Argentina en poco tiempo y en esa despedida ninguna de las dos mujeres pudo evitar unas lágrimas.

Tex y Giuliana se marcharon dejando a solas a Laura y Marco. Él se mantenía en silencio. Parado frente al ventanal de la sala, la miraba relajado. Laura se acercó y con una mirada suplicante se disculpó para esconderse en su habitación.

Cuando se marchaba, escuchó una voz profunda.

—Mañana salimos de aquí a las ocho, espero que no sea muy temprano para ti.

—Estaré lista. No te preocupes. Buenas noches.

—Buenas noches.

Laura entró en su habitación y se recostó vestida sobre la cama. Apretó fuertemente la almohada contra su rostro para ahogar el llanto que no logró retener por más tiempo y reflejaba un dolor que llevaba horas quemando su garganta y hacía arder sus ojos. Sentía que por alguna razón había perdido todo dominio sobre sí misma. Se sentía un títere de esa morbosidad que la invadía y la atormentaba. Su desahogo fue largo y luego se quedó dormida, vencida por el cansancio.

Marco caminaba inquieto por todo el departamento. Se sirvió un vaso de whisky y lo tomó de un trago, como si lo necesitara para aliviar su garganta tensa por el desasosiego que le provocaba el sufrimiento de Laura. Él era testigo del esfuerzo que ella hacía por olvidar todo lo que había vivido, pero también advertía su frustración cuando era vencida una y otra vez luego de intentarlo. Desde la sala escuchaba un sollozo suave y su corazón se agrietaba como si ese dolor lo fuera desarmando lentamente, haciendo su suplicio más largo, más sentido.

La botella de whisky se fue vaciando en su vaso, y a pesar de que la calidez del alcohol adormecía en parte el tormento, no pudo dormir esa noche. Agradecía poder marcharse de ese encierro por la mañana. Necesitaba alejarse de esa ciudad, adentrarse en la naturaleza generosa de su estancia.

Temprano por la mañana, a pedido de Marco, Marta entró en la habitación de Laura y la encontró dormida sobre la cama con la misma ropa que llevaba puesta la noche anterior. Se sentó al borde de la cama y con suavidad comenzó

a hablar para que se despertara. Laura abrió lentamente los ojos y se sorprendió al ver que su sueño había sido tan profundo que no se había quitado la ropa. Miró a Marta preocupada.

—¿Es tarde? ¿Me he quedado dormida?

—No te preocupes. Todavía hay tiempo. Puedes darte un baño y yo organizaré tu equipaje.

Laura la miró con gratitud.

Una hora más tarde estaba lista. Llevaba un vestido azul marino con sandalias al tono y un blazer fucsia. Marta la miró y no pudo guardar silencio.

—Estás hermosa.

Laura le devolvió una cálida sonrisa.

—Tu equipaje está preparado y el desayuno espera en la sala.

Laura entró en la sala y vio a Marco sentado con unos papeles entre las manos.

—Buenos días —dijo buscando su mirada.

—Buenos días —contestó él, dejando los papeles sobre la mesa—. ¿Café?

—Sí, por favor.

—Tengo una buena noticia. Una sorpresa.

Laura lo miró con curiosidad, con sus ojos celestes delineados de un azul profundo, esos mismos ojos que a Marco le cortaban la respiración.

—Sofía ha publicado su primera columna y Lorenzo nos ha mandado una copia por fax.

Laura tomó los papeles que Marco le extendía y leyó con atención. No pudo evitar leer en voz alta las últimas líneas.

> *"Para los rebeldes, los que van contracorriente, los que ven las cosas de manera diferente. Aquellos que no tienen respeto por lo establecido. Esas personas que no podemos ignorar porque cambian las cosas e impulsan el mundo hacia adelante. Los llaman 'locos', deberíamos reconocerlos como genios, porque sólo aquellos tan locos como para creer que pueden cambiar el mundo son los que lo logran."*

—Este párrafo no parece escrito por ella sino para ella. Sofía es una de esas personas que no acepta imposiciones. Ella puede cambiar su mundo y el de cualquiera que se cruce en su camino. ¡Cuánto la extrañaré!

—La visitaremos todas las veces que quieras. Y he pedido que nos suscriban al *Corriere della Sera* para que podamos leer todas sus columnas. Un pedacito de Milán con cada desayuno.

—Gracias —dijo Laura con un hilo de voz que reflejaba su emoción.

Terminaron de desayunar y ambos se despidieron cariñosamente de Marta.

—James los espera abajo. Ya tiene todo el equipaje.

Laura abrazó a Marta.

—Espero volver a verte pronto —dijo.

—Nos veremos —contestó Marta esperanzada.

Marco abrió la puerta del departamento y dejó pasar a Laura delante de él. El Rolls-Royce los esperaba en la puerta del edificio. James los condujo al aeropuerto y detuvo el auto a metros del jet que los llevaría a Buenos Aires. Abrió la puerta de Laura y Marco se apuró por ofrecerle su brazo. Caminaron hasta las escalinatas donde Iván los esperaba. Marco extendió su mano para saludarlo y Laura hizo un gesto con la cabeza.

Cuando estuvieron a bordo, Marco acomodó el equipaje de mano en un compartimento sobre sus asientos. Laura se sentó y él lo hizo frente a ella.

—¿Te sientes bien? —le preguntó.

—Sí, pero te confieso que los aviones no me gustan mucho.

—Iván es un excelente piloto, puedes quedarte tranquila.

Terminaba de decir esto cuando notó que Laura perdía todos los colores de su rostro. Casi en un movimiento reflejo se puso de pie y ella hizo lo mismo. Abrió rápidamente la puerta del baño y Laura entró.

Marco pidió al piloto que demorara el despegue y esperó sentado a que Laura saliera. La puerta se abrió y fue testigo de la vergüenza que teñía de rojo el rostro que amaba.

—¿Está todo bien? ¿Necesitas algo?

—Me descompuse, supongo que a causa del embarazo. Perdón.

—No tienes que disculparte por eso. En este embarazo estamos juntos, lamento que te toque la peor parte —dijo con una sonrisa divertida que sirvió para relajar a Laura—. ¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua, por favor.

Marco llamó a Jenny, la azafata:

—Por favor, un vaso de agua. Y avisa a Iván que ya estamos listos.

Laura no podía quitar los ojos de esa hermosa mujer que atendía con esmero a Marco. Un nudo se ajustó en su estómago. No podía creer que fueran celos los culpables de esa tremenda incomodidad que sentía ante su presencia. Evidentemente, no era la única mujer que advertía los encantos de Marco.

Aprovecharon el viaje para conversar sobre lo que les esperaba en la

Argentina. Marco le contó a Laura que sus padres estaban instalados desde hacía unos años en la estancia que quedaba sólo a ciento veinte kilómetros de Buenos Aires. De todos modos, seguían manteniendo un piso en la ciudad para esas ocasiones en las que algún evento nocturno o reuniones laborales los retuvieran ahí.

—¿Tu madre sigue trabajando?

—Sí, todos los días de su vida en el hospital donde es la directora de pediatría, y atiende especialmente a niños con cáncer. Sobre todo, niños del interior del país a quienes les cuesta llegar a Buenos Aires para recibir el tratamiento adecuado. También trabaja en una fundación dedicada a ayudar a mujeres víctimas de la violencia familiar.

—¿Y a pesar de tener ese ritmo de trabajo vive en una estancia?

—Esa estancia es su cable a tierra, su refugio, su paz. Y montar, su debilidad. Es por eso que comenzamos con el criadero de caballos. Al principio sólo eran caballos árabes, hasta que en mi adolescencia comencé a jugar al polo, entonces el criadero se diversificó. ¿Sabes montar?

—No —contestó Laura con timidez.

—Otra cosa más para aprender.

—¿Otra?

—Sí, tendrás que practicar tu español hasta que ese niño te deje aprender a montar.

Laura no daba crédito a todo lo que escuchaba. No podía creer la claridad con la que Marco dibujaba para ellos un futuro.

—Tienes que cuidarte de una persona en particular.

Laura lo miró preocupada.

—Tengo una prima que se llama Verónica. Evítala, o en poco tiempo querrás evitarme a mí. ¡Sabe todos los chismes de las tierras del sur! Algunos ciertos, otros cuestionables. Estoy seguro de que morirá por conocerte cuando se entere de que estás alojada con nosotros. Pero te cuidaré personalmente de ella.

Laura sonreía. Ella había perdido todo, pero Marco tenía un corazón tan generoso como para compartir su vida con ella.

Jenny los interrumpió para servirles un almuerzo liviano. Instintivamente, Laura necesitaba dejar en claro que Marco le pertenecía. Necesitaba con urgencia un gesto, un comentario que aclarara que él ya la había elegido. Se sentía al mismo tiempo indignada por esos celos apremiantes que la obligaban

a marcar su territorio frente a una desconocida. Fue en ese momento de lucha interior que Marco extendió sus dedos sobre la mesa para tomar con delicadeza su mano.

—Jenny, no te he presentado a Laura, la mujer que me ha robado el corazón y a cambio me dará un hijo.

Laura sintió que esas palabras habían sido dichas con un amplificador que las hacía retumbar insistentemente en sus oídos. Y vio cómo la azafata la miraba afectuosamente mientras los felicitaba.

Laura miró a Marco con veneración, como si fuera el único ser capaz de descifrar su inseguridad y rescatarla con elegancia de sus dudas.

Después del almuerzo, no pudo resistir los encantos de Morfeo y se rindió en un sueño profundo. Marco custodiaba ese descanso, deseando en el fondo del corazón que las pesadillas la abandonaran, que mudaran de cuerpo y alma, dejándola disfrutar de la paz y el amor que él deseaba darle.

Aprovechó el sueño de Laura para trabajar. Se sumergió en sus notas y reportes y no pudo evitar los recuerdos. Pensó en su adolescencia, cuando lo único que soñaba era convertirse en un exitoso hombre de negocios. Lo había logrado, pero todo lo vivido hasta ese momento había hecho girar su timón con violencia, cambiando sus sueños por otros, antes inimaginables. Deseaba sólo a la mujer que tenía enfrente, que dormía tranquila recostada sobre un sofá. Su cabello rubio cubría parte de su rostro, llenándolo de brillo. Supo que había encontrado algo que no sabía que buscaba. Un gran amor. Su pecho se llenó de orgullo al saber que no sólo la había encontrado a ella sino que el destino, generoso, le daba la oportunidad y la responsabilidad de ser padre. Estaba convencido de que esas cosas que antes no habían tenido importancia para él, como la estabilidad, la tranquilidad, la seguridad, ahora eran fundamentales, ya que debía asumir la responsabilidad de una familia. Quería eso, una familia con Laura y una casa llena de niños. Todos los que ella pudiera darle.

Iván anunció por los parlantes que estaban próximos a aterrizar en el aeropuerto de Ezeiza. Marco se puso de pie y se arrodilló junto a Laura, sus dedos corrieron un mechón rubio que tapaba su cara y en un susurro dijo:

—Estamos por aterrizar.

Laura abrió sus ojos, tiñendo de ese color celeste el corazón de Marco. Ella lo miraba, derritiéndolo con su dulzura. Marco la ayudó a sentarse y se aseguró de que tuviera puesto el cinturón de seguridad.

—¿Quieres algo para tomar? —le preguntó.

—No, gracias. Lamento haber dormido todo el viaje.

—Ahora tienes un sueño doble —dijo con una sonrisa cálida.

Laura sonrió. Tenía que admitir que el embarazo le provocaba muchísimo sueño. Por suerte, uno tan pesado que a veces hundía sus pesadillas en otra dimensión.

El aterrizaje fue suave, perfecto. Cuando se detuvieron en la pista, Marco se puso de pie y preparó el equipaje de mano. Se acercó a la puerta del jet que ya estaba abierta y bajó el primer escalón, se volteó y extendió su mano para sujetar a Laura. El contacto fue sentido por ambos. Sus ojos se buscaron, sabían que esa magia que sentían al tocarse seguía ahí, era de ellos para siempre.

Cuando estuvieron en la pista, caminaron hasta el Mercedes Benz de Emilio que los esperaba junto a Josefina.

—¡Bienvenida a nuestro país! Es un honor tenerte aquí, te he extrañado mucho —se apresuró a decir Josefina, emocionada.

Laura, invadida por la timidez, sólo pudo sonreír.

Emilio, como de costumbre, le dio a Marco las llaves del auto y abrió la puerta trasera para que las mujeres subieran. Se alejaron del aeropuerto, mientras Emilio contaba los últimos cambios hechos en La Escondida.

Con cada kilómetro que pasaba, Laura sentía que el corazón le ardía en el pecho y que se desgarraba con cada latido. Era imposible apreciar la belleza del camino o contestar los comentarios que le hacían. El pánico se había apoderado de cada músculo de su cuerpo, dominando todo su ser, y anulándola. Se sentía devastada y sin ganas de seguir adelante. La única fuerza que la obligaba a recordar el reflejo de respirar era su hijo, pues vivía sólo para él.

Antes de iniciar el viaje estaba convencida de que esta nueva aventura lograría mágicamente hacerla olvidar su pasado. Sin embargo, su pesadilla se imponía feroz, deglutiendo su ser sin piedad. Su pulso se aceleró y sus manos comenzaron a transpirar. No era capaz de ver con claridad las escenas que se desplegaban delante de ella. Los colores, borrosos, se mezclaron en uno solo y de pronto todo fue oscuridad.

Cayó sobre el regazo de Josefina que iba a su lado en el asiento de atrás, totalmente ausente.

—¡Marco, frena! —ordenó Josefina.

Marco frenó y volteó a ver qué pasaba.

—¡Se ha desmayado! ¡Vamos al Hospital Garrahan! Ahí podremos ayudarla.

El hospital no estaba lejos, Marco hizo rayar los neumáticos del auto y en pocos minutos entraban por la guardia.

Josefina bajó del auto luego de que Marco tomó en sus brazos a Laura.

—¡La doctora Quintana! —gritó uno de los camilleros, advirtiendo a todo el personal de emergencia.

Josefina entraba dando instrucciones a su paso y un ejército de enfermeras la seguían. Acostaron a Laura en una camilla y tomaron su presión, que estaba alta y era peligroso para el embarazo. Además, parecía tener dificultades para respirar. Josefina ordenó los medicamentos para suministrarle y una máscara de oxígeno alivió el esfuerzo que la joven hacía para llenar de aire sus pulmones.

La habían estabilizado.

Marco miraba la agilidad y la destreza de su madre. Mucho había escuchado de esto, pero nunca la había visto en acción. La observaba asombrado y nervioso.

—Estarán bien —dijo Josefina mirándolo a los ojos—, pero tendrá que pasar la noche aquí para monitorear a este bebé.

Marco sólo movió la cabeza mostrando su aprobación.

—¿Necesitas que hagamos algo? —preguntó Emilio.

—Ve a casa y pide a Margarita que prepare dos mudas de ropa para nosotros y un camisón para Laura. Ella sabrá todo lo que necesito.

Emilio besó a su mujer en la frente y agradeció tener una misión, no soportaba quedarse de brazos cruzados.

Marco subió a la confitería. Necesitaba tomar algo y alejarse de Laura. Estaba asustado, no sabía cómo reaccionar, cómo protegerla y eso lo hacía sentir impotente. Su rostro parecía tallado en piedra. No se permitía ninguna emoción. Sólo pidió un café fuerte y se sentó frente a una ventana mirando un punto lejano que lo mantuvo distante de todo lo que pasaba a su alrededor.

Laura recuperó rápidamente la conciencia. La tranquilizó reconocer el rostro de Josefina. En silencio observaba el cariño con el que todos se dirigían a ella. No entendía lo que decían, sólo algunas palabras sueltas. Y de pronto reconoció una de ellas: “abuela” y vio cómo las enfermeras que rodeaban a Josefina la envolvieron en un abrazo. Cuando comenzaron a despejar el cuarto, Josefina advirtió que Laura había despertado y se acercó a

su cama.

—¿Estás bien?

—Mucho mejor. ¿Ya podemos irnos?

—No, pasaremos la noche aquí. Tu presión subió bastante y eso no es bueno para el bebé. Lo monitorearemos toda la noche para quedarnos tranquilas.

Laura sonrió. Se sentía agotada y estar recostada era un alivio.

—He escuchado la palabra abuela, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Ya todos se han dado cuenta de que seré abuela, porque vieron a Marco entrando a emergencias contigo en brazos. Y mi inmenso orgullo no me ha permitido esconder una noticia que me llena de dicha.

Laura sonrió. A ella también la llenaba de dicha ese hijo. De pronto se sintió víctima de un sueño pesado. Con dificultad preguntó:

—¿Qué me pasa?

Y escuchó una voz lejana que le contestó:

—Dormirás un rato.

Josefina subió a la confitería y reconoció la figura de su hijo frente a la ventana. Marco sujetaba su cabeza con ambas manos. La imagen era nueva para ella. Su hijo no solía tomar posturas derrotadas. Era un luchador. Todo lo que había pasado estaba afectándolo mucho más de lo que había pensado.

Se sentó a su lado y Marco cambió de actitud. Miró fijamente esos ojos que parecían los espejos de su alma. Su madre siempre adivinaba sus penas y alegrías.

—Estarán bien —dijo Josefina—. Laura ha sufrido otro ataque de pánico. Tienes que entender que esas imágenes aterradoras no son fáciles de eliminar cuando nos han causado tanto daño. Nuestra mente se ocupa de volverlas todavía más aterradoras de lo que fueron cuando las experimentamos. De manera arbitraria se ocupa de repasar una y otra vez los momentos más dolorosos, logrando así magnificarlos.

—Yo puedo cuidarla, protegerla, amarla, pero no puedo pelear con fantasmas —dijo Marco con una voz atragantada.

—Nadie espera que lo hagas. Tú tienes que ser su realidad. Tienes que ser una realidad amorosa, comprensiva y tierna. Y cuando ella logre escapar de sus fantasmas, tendrá ese refugio, el de tu compañía. Y verás, la realidad siempre le gana a la ficción. Llegará el momento en que esos fantasmas se desvanecerán y ella quedará liberada.

—¿Y si no soy yo la realidad que quiere?

—Marco, jamás te he visto dudar ante lo que quieres. La amas, ya encontrarás la forma de ser su realidad más deseada. Es ahora cuando tienes que tener la actitud de un luchador. Esta es la prueba y el éxito depende de ti.

—Es la prueba más dura de mi vida.

—Nunca digas eso. Tu vida será larga y no sabemos con certeza lo que nos depara el destino. Con esto no intento sonar pesimista, pero la guerra se gana sólo después de vencer varias batallas.

Marco supo que su madre era de esas pocas personas que tenían ganada con creces la autoridad para hablar de lucha. Ella era una mujer imbatible. Había sido víctima del dolor más atroz que puede soportar una madre y, sin embargo, tenía la actitud de una guerrera. Era admirable, un ejemplo de vida. Ni siquiera el martirio más grande había logrado borrar de su rostro la sonrisa ni de su alma la ternura. El dolor la había hecho más fuerte, más sabia. Y se atrevía a sentir con profundidad a pesar del riesgo de salir herida. Ella siempre amaba con toda su alma, de vez en cuando la desilusión la embargaba, pero para ella eso era sólo una situación que le permitía salir del lugar equivocado para así volver a encontrar su norte con la pericia de un explorador.

Al día siguiente, después de haber pasado bien la noche, Laura y Josefina se preparaban para recibir a Marco, que pasaría a buscarlas.

Tocaron la puerta y antes de que ellas pudieran contestar, se abrió. Marco se asomó, y al verlo, Laura sintió cómo su presencia aceleraba el ritmo de su corazón. Detrás de esa armadura que vestía, estaba su ser más sensible que moría por un roce de esos dedos largos y fuertes, por una caricia inocente o por escuchar esa voz gruesa que sonaba siempre dulce cuando se dirigía a ella. Sin embargo, desde su prisión sólo podía devolver miradas profundas en un intento desesperado por lograr que él descubriera un poco de todo lo que ella escondía.

Marco se acercó con un ramo de flores blancas y su perfume llenó toda la habitación.

—¿Qué flores son? No las conozco…

—Son jazmines —contestó Josefina.

—Y los he cortado esta mañana para ti —dijo él.

Laura lo miró esforzándose para que sintiera el amor en sus ojos.

—Son hermosas y el aroma que tienen las hace perfectas. ¡Gracias!

Dicho esto tomó el ramo y lo apretó contra sí, en un gesto que sustituía su verdadera intención, la de abrazar a ese hombre que amaba y perderse en la amplitud de su pecho.

—Ya estamos listas. ¡En marcha! —dijo Josefina—. Muero por un desayuno en mi galería.

—Margarita ya tiene todo preparado, estaremos ahí en media hora —Marcos dijo esto mientras levantaba la pequeña maleta que estaba junto a la puerta.

Durante el viaje hablaron poco. Laura pudo disfrutar del paisaje que era precioso y muy diferente de todo lo que estaba acostumbrada a ver.

De pronto un camino con plátanos centenarios a ambos lados se dibujó delante de ellos. Parecía la entrada a un cuento de hadas. Las copas se tocaban formando un túnel que intentaba privar al sol del espacio que custodiaban y sin embargo pequeños rayos se filtraban, dándole al paisaje una luminosidad mágica, casi irreal.

—Aquí comienza La Escondida —dijo Marco.

Laura, como lo hubiera hecho una niña, se pegó a la ventana y observó con detalle los campos sembrados, los amplios corrales y los caballos que trotaban libremente.

El jardín tenía un diseño majestuoso, con grandes árboles, como había dicho Emilio, y flores silvestres que salpicaban de color el verde que parecía infinito. Se acercaban a la casa, lo supo más adelante, cuando entre las copas de los árboles, unos techos de tejas añejas delataron su existencia. Marco detuvo el auto ante un frente colonial. La casa era imponente y sencilla al mismo tiempo, una combinación deliciosa que sólo puede lograrse con la serenidad del buen gusto. Donde fuera que mirara, encontraba macetones con jazmines y al bajar del auto, ese fue el perfume que llenó sus pulmones dándoles la bienvenida.

Una mujer de unos cuarenta años, de contextura pequeña, ojos y pelo oscuro, se acercó a Josefina y la abrazó con inmenso cariño.

—¡Margarita, te he extrañado tanto! Es un placer estar de vuelta en casa.

—¡Yo también los he extrañado! El café espera en la galería, como siempre.

—Gracias, de verdad lo necesito —y mirando a Laura, Josefina agregó—: Te presento a Margarita. Ella es también parte de la familia, ha sido la niñera de Marco, y con eso se ha ganado el cielo.

Ambas rieron ante la mirada curiosa de Laura.

—Vamos —dijo Marco—, no les hagas caso. Entremos a desayunar.

La casa tenía una decoración pintoresca. Entre sus cuadros se destacaban aquellos con imágenes de caballos, escenas rurales cotidianas y flores. Grandes sillones de cuero dominaban el salón y el color resaltaba en los tejidos rústicos que cubrían los almohadones. En los adornos predominaba la plata, que relucía en portarretratos, candelabros, lámparas…

Todo lo que veía Laura le llamaba la atención; tenía ganas de detenerse ante cada objeto. Sus diseños, los materiales que los componían, todo resultaba inmensamente original a sus ojos.

—¿Te gusta la decoración? —preguntó Marco que caminaba lentamente a su lado, advirtiendo la admiración en su rostro.

—¡Me encanta! —dijo Laura con seguridad.

—Ya tendrás tiempo para revisarla con detalle, pero ahora muero por un café.

Laura apuró el paso siguiendo a Marco, quien abrió una puerta de dos hojas y con un gesto señaló la galería. La vista era hermosa. Pequeñas lomadas a lo lejos parecían pintar con sus diferentes tonos de verde la profundidad de un cuadro. En otro plano, unos corrales pequeños mostraban unos potros preciosos, más adelante árboles de copas verdes y flores de colores crecían caprichosamente por doquier.

Laura no fue consciente del tiempo que le dedicó al paisaje hasta que Marco le susurró al oído divertido: "¡Café! ¡Te lo ruego!".

Ella le sonrió y no volvió a detenerse hasta que se sentaron a la mesa redonda de la galería. Laura no daba crédito a tanta emoción, y parecía ausente de la conversación, pero La Escondida la había seducido con su belleza.

Cuando el desayuno terminó, Josefina se retiró para buscar a Emilio en los establos.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó Marco.

Una sonrisa y un sí fueron la respuesta. Salieron de la casa por la puerta principal. Marco señaló con la mano una casa hermosa a poca distancia.

—¿Otra casa? —preguntó Laura.

—Es La Casa de los Jazmines.

Laura lo miró con curiosidad.

—Sí, ese fue el nombre que le puso mi madre porque sus paredes están

cubiertas por jazmines. Casi logran camuflarla con el resto del paisaje.

Laura caminaba con la vista fija en esa casa. Era preciosa. Grandes ventanas de madera oscura parecían provocar la invasión de los rayos del sol. Las tejas coloniales se repetían, y su color era igual al de los pisos anaranjados como la arcilla. Las paredes estaban totalmente cubiertas de verde y blanco.

—Es una morada de ensueño.

Marco sonreía. La emoción y la admiración que todo provocaba en Laura lo llenaban de felicidad. El hecho de que le gustara todo eso que él amaba era especial.

—¿Podemos entrar? —preguntó Laura.

—Claro.

Marco se adelantó y abrió la puerta.

Un amplio hall de entrada hacía de recibidor. A la derecha se encontraba la sala, amplia y cálida, decorada en diferentes tonalidades de fucsia. A la izquierda se veía una larga mesa de comedor con sillas tapizadas en cuero crudo con bordados de plata. La cocina no era muy grande, pero era preciosa. En ella se lucían azulejos pintados a mano en blanco y azul, una isla central y, como detalle, una cocina de hierro antigua. La casa tenía cuatro dormitorios, Laura sólo se asomó al principal. Una cama de dos plazas estaba enmarcada por un respaldo de marco de plata, trenzado con cuero natural. La cubría un edredón blanco y a los pies, una manta azul Francia hecha de un tejido rústico marcaba el color que predominaba en el resto de la habitación.

—¿Te gusta? —preguntó Marco.

—¡Podría vivir aquí para siempre!

—Concedido —susurró juguetón.

Marco nunca supo el efecto que tuvieron esas palabras en el corazón de Laura. Ella sentía que la vida volvía a tener brillo, había un futuro posible y, sobre todo, se sentía parte de una familia.

El paseo siguió por los corrales y terminó en los establos, donde se delineaban varios boxes con los mejores caballos de la estancia. Marco le mostró cada uno, hasta terminar en el monturero.

—Este es mi lugar preferido —le confesó.

Laura intentó memorizarlo. El olor a alfalfa impregnaba el aire. Diversas monturas colgaban de las paredes. Algunas se parecían, otras eran completamente diferentes. Algunas eran muy simples, otras estaban llenas de

adornos y detalles. Una inmensa vitrina exhibía premios y trofeos. Y en otra habitación se destacaban tacos de polo, bochas, botas y un montón de elementos ecuestres que no conocía.

—¿Cómo has logrado mantenerte tanto tiempo lejos de este lugar?

Marco ya sabía la respuesta, pero se limitó a devolver una sonrisa inocente. Ese lugar volvía a cobrar la importancia que había tenido antes porque ella estaba ahí con él. Porque, sin saber que la buscaba, la había encontrado. Y del mismo modo, buscando su lugar en el mundo, terminaba reconociendo que era ese mismo que lo había visto nacer.

La vida en La Escondida se desarrollaba con naturalidad. Durante la primera semana Marco se dedicó a pasar todo el tiempo que tenía con Laura. La llevó a conocer sus lugares secretos dentro de la estancia. Le mostró los escondites que usaba de niño cuando escapaba de Margarita y su madre. Le enseñó a reconocer cada uno de sus caballos, y ella aprendió sus nombres, en su afán por ser parte de esa nueva realidad que comenzaba a conocer.

Una mañana, durante el desayuno, Josefina les comentó que organizaría un torneo de polo a beneficio de su fundación. Necesitaban recolectar fondos para ampliar sus instalaciones. Marco estuvo de acuerdo y fue quien se ocupó de la organización.

Laura estuvo siempre a su lado, ayudando en todo lo que podía, disfrutando de su compañía, de su sonrisa y de las clases de español que con esmero él preparaba. Laura agradecía su buen oído. El español no le resultaba tan difícil como lo había creído y el hecho de escucharlo todo el tiempo estaba ayudando mucho.

Josefina y Emilio estaban encantados con ella. Ver la pareja que hacía con su hijo era una delicia. Marco parecía un gigante, guardián de una delicada princesa que lo mantenía encantado y perdido en el celeste intenso de sus ojos.

Una tarde, después de haber tomado una siesta, Laura salió de la casa para buscar a Marco en los establos. Cuando ya estuvo cerca, sintió una puñalada en el corazón al ver que una joven un poco más alta que ella, de cabellos castaños, lo abrazaba y acariciaba su pelo entre risas. Las piernas le temblaron y detuvo su paso. Emilio, que observaba a corta distancia, fue testigo de su suplicio y se acercó silencioso.

—No tienes nada de qué preocuparte —le dijo—. Esa mujer que está atormentando a Marco es su prima Verónica.

Puso su mano sobre uno de los hombros de Laura y la guió hasta ellos.

—Marco, creo que debes hacer algunas presentaciones —y dicho esto se marchó.

Marco caminó hasta donde estaba Laura y la miró complacido. Su ego quedó satisfecho al ver que ella sentía celos de las mujeres que se le acercaban. Laura lo quería sólo para ella y eso era un halago.

—Te advertí que llegaría el momento de conocerla —le dijo con complicidad, y luego agregó, mirando a su prima—: Verónica, te presento a Laura.

—¡Hola! Es un placer conocer a la mujer que ha sido capaz de robar el corazón de mi primo. ¡Te advierto que serás una de las mujeres más envidiadas de Buenos Aires!

Laura la miró divertida mientras se acercaba a saludarla.

—No sé si lo sabes, pero acabas de sacar de disposición al soltero más codiciado. Para empezar todas mis amigas fantasean con él, lo que durante mucho tiempo ha colaborado con mi popularidad. Ahora tendré que mantenerla por cuenta propia y será bastante más difícil. Pero te prometo que disfrutaré muchísimo este torneo al ver a todas morir de envidia… Perdón, ¿estoy hablando muy rápido? Lo siento, pero no hablo italiano.

—No te preocupes —dijo Laura—, he entendido casi todo lo que has dicho. O por lo menos lo más importante.

—¿Y qué fue lo más importante? —preguntó Marco.

—Constatar que te he robado el corazón —le contestó con una tímida sonrisa.

Marco la miró con adoración.

—Verónica, Laura habla un inglés perfecto, por si le presentas a tus amigas.

—¡Otra políglota en la familia! Estoy impresionada. Te aseguro que mientras este hombre se bate a duelo en el polo, nosotras pasaremos un día entretenido. Y no sólo mis amigas querrán conocerte, tal vez incluso algunos rivales de Marco quieran pelear por algo más que un trofeo.

Marco miró a su prima con una mirada asesina que hizo reír a Laura.

—¿Ves? Es un chico muy posesivo, no le va muy bien eso de compartir. El síndrome de hijo único, tal vez —dijo Verónica, que disfrutaba haciendo sufrir a su primo.

El inglés hizo la conversación entre ellas mucho más fácil. Verónica estaba feliz con Laura. Pasaron toda la tarde juntas, disfrutaron de los últimos

preparativos del torneo que empezaría al día siguiente y se extendería durante todo el fin de semana. Verónica dio a Laura algunos consejos sobre cómo vestir y comentó cuáles eran las actividades previstas para las mujeres mientras los hombres jugaban. Era tan original que logró hacer reír a Laura más de una vez. Marco no pudo ser testigo de esto porque se ocupaba de sus caballos y su equipo.

Cuando comenzaba a oscurecer, Verónica se despedía.

—No te preocupes, mañana yo estaré siempre contigo para defenderte de las envidiosas que intentarán acosarte a preguntas y también te presentaré al resto de la familia. Ha sido un gusto conocerte.

—El gusto ha sido mío. Te espero mañana.

Laura se quedó sentada en la galería viendo un atardecer soñado. Cuando escuchó unos pasos que se acercaban a ella, cerró los ojos porque podía con su imaginación recrear a Marco sin ningún error. Él se sentó a su lado y se mantuvo en silencio un rato, como si intentara unirse a ese paisaje en el que ella estaba perdida.

—Tenemos un problema.

Laura lo miró preocupada.

—¿Qué pasa?

—No sé cómo tengo que presentarte mañana.

Y con esa última palabra, Marco vio cómo sus ojos celestes se llenaban de desilusión.

—Mi nombre es Laura —dijo con la voz quebrada.

Marco advirtió su torpeza y tomándole una mano se arrodilló a sus pies.

—No soy bueno con las palabras y he logrado que malinterpretes lo que pretendía decir. Sólo quería tu permiso para presentarte como mi novia o como el amor de mi vida.

—Eso debería salir de tu corazón, pero si no sabes cuál elegir, Laura estará bien para empezar.

Marco la miró molesto. Ella se puso de pie.

—Nos veremos mañana, yo iré a descansar porque no me siento bien.

Y con esas palabras se retiró a su habitación, de donde no pretendía salir hasta que empezara el torneo.

Marco se quedó en la galería un rato hasta que su mal humor se volvió insoportable y lo obligó a buscar un vaso de whisky. En la sala, sentado en un sofá, apuró el primer trago sin advertir la presencia de Emilio.

—¿Y a qué se debe ese trago?

—A la mujer más orgullosa de todas.

—A las mujeres, entonces —dijo con ironía.

—Intento desesperadamente acercarme a ella y siempre digo o pasa algo que me lleva de vuelta al punto cero. ¡Es frustrante!

—Las mujeres, hijo, son así, mitad ángeles, mitad demonios. Y ese es, en cierta forma, su gran atractivo. Y el hecho de no estar nunca seguros de cuál será su reacción es lo que nos mantiene siempre alertas y en el juego. De lo contrario, si las supiéramos totalmente conquistadas, rápidamente perderíamos el interés.

—Pero no todas son así. Hay mujeres comprensivas y tolerantes.

—Sí, claro que las hay. Mañana llegarán varias, puedes elegir entre ellas.

Marco sentía crecer su mal humor y miró a Emilio para asegurarse de que lo entendía.

—¿Sabes por qué no buscarás entre esas damas? Porque te gusta el reto, el desafío, la conquista. Laura es exigente, demandante y, al mismo tiempo, irresistible. Y es a ella a quien deseas. Me alegra que esté volviéndote loco.

Marco apuró otro trago porque no daba crédito a las palabras de su padre.

Emilio se acercó a su hijo y le susurró:

—Eso significa que has elegido bien.

Palmeó su espalda y lo dejó solo.

Marco no entendía qué era lo que acababa de pasar. Lo único que sentía con certeza era una mezcla dolorosa de furia y frustración.

Las horas pasaron y su vaso se llenó un par de veces, hasta que sintió que lograba adormecer los sentimientos que alborotaban su espíritu.

Amaneció temprano, con los últimos preparativos y la llegada de los primeros equipos. Marco recibía a sus amigos en los establos.

Laura no había pasado una buena noche y se había levantado tarde con la intención de no encontrarse con Marco en el desayuno. En la galería la esperaban Josefina y Verónica.

—Buenos días —dijo Laura mientras se acercaba y saludaba a ambas mujeres con un beso.

—No lo creerás, pero todavía no has saludado a nadie y ya eres la figura del torneo. Todos mueren por conocerte —dijo Verónica.

El comentario alegre de Verónica tenía la intención de animar a Laura, pero logró el efecto contrario. Laura levantó la mirada y suplicó un silencioso

rescate a su única cómplice. Josefina la miró con profundidad y sus ojos negros lograron acariciar una vez más su alma. Esa mirada mansa la llenaba de paz porque escondía la garantía de que todo estaría bien.

—Verónica, por favor, no abrumes a Laura. Tendrá tiempo para conocer y saludar a todos, pero lo haremos con calma y sólo si es necesario. Mantener un poco de misterio nunca está de más.

—Tienes razón, tía. Ese misterio hará todo mucho más emocionante. Imagínate la mujer más hermosa de todas, una que han visto poco y que se ha robado a Marco. Suena fascinante.

La imaginación de Verónica hizo reír a Josefina y ayudó a relajar a Laura.

—¿En qué consiste el torneo? —preguntó Laura—. Jamás he visto un partido de polo.

—Este es un torneo amistoso, con el fin de recaudar fondos para la fundación —explicó Josefina—. Habrá cuatro equipos. Hoy se jugarán dos partidos, uno a la mañana, otro después del mediodía. Luego habrá una fiesta por la noche. Mañana se jugará la final entre los dos mejores y habrá una pequeña ceremonia para la entrega de premios.

—El sorteo ya se hizo —dijo Verónica—. El primer equipo que jugará será el de Marco. Deberíamos apurarnos para tener un buen lugar cerca de la cancha.

—Haznos ese favor, intenta guardarnos un lugar apropiado. Yo esperaré a Laura y nos uniremos a ti en un rato —dijo Josefina.

—Como quieras, tía. Las espero.

Verónica las dejó solas.

—¿Qué sucede? —preguntó Josefina.

—Tener que conocer y saludar a tanta gente me resulta aterrador.

—Eso lo solucionaremos. No te dejaré sola. Y sabré con tu mirada si necesitas que nos escapemos de vez en cuando a tomar un poco de aire.

—Sí, pero siento mucha vergüenza, y esa sensación espantosa de que todos pueden leer en mi rostro las miserias que he vivido.

—Laura, deja de pensarlas tú y nadie más lo hará. Sólo Emilio, Marco y yo sabemos lo que ha pasado. Y nadie jamás dirá ni una palabra.

Una lágrima corrió por la mejilla de Laura mientras intentaba esconder su rostro detrás de la taza de café que levantaba.

—Marcos está furioso conmigo.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad Josefina.

—Anoche tuvimos un malentendido y fui descortés. A pesar de que intentó disculparse, yo me marché sin decir palabra. Pero hoy todo es más claro. Lo nuestro pasó tan rápido. No soy su novia, ni su esposa ni nada, sólo la futura madre de su hijo. Uno que tal vez no estaba en sus planes todavía.

—Hija, deja de torturarte con conjeturas. ¿Qué sientes tú por Marcos?

—Lo amo.

—Eso es todo lo que necesitas saber. El primer paso para empezar a conocerlo y a aceptarlo con sus aciertos y errores. En una unión siempre se esperan un par de choques hasta que se ajustan todas las piezas en una soldadura eterna. No te preocupes por Marco ni por las presentaciones. De todos modos, sin importar lo que planeen decir, la gente dirá lo que quiera.

Laura sonrió y miró con dulzura a esa mujer que ganaba un pedazo más de su corazón cada día.

El juego de polo había empezado cuando Josefina y Laura se acercaron a la cancha en busca de Verónica. Laura caminaba con la elegancia de una gacela. Llevaba puesto un vestido corto de lino azul Francia que resaltaba el celeste precioso de sus ojos y su pelo rubio cubría sus hombros. Todas las miradas se dirigían a ella. Se veía radiante.

Josefina saludaba a todos a su paso y presentaba a Laura con orgullo. Ese fue un gesto que Laura valoró desde el fondo de su corazón. Josefina la estaba ayudando a luchar contra sus propias inseguridades.

Cuando se encontraron con Verónica, esta las miraba divertida.

—¿Qué pasa? —preguntó Josefina.

—Marco casi se sale de la cancha, Laura ha sido una gran distracción —dijo riendo.

Laura sintió el calor que anunciaba el rojo en sus mejillas. Se concentró en observar el partido: uno de los equipos jugaba con camisetas verdes y el otro, con camisetas negras. No tardó en identificar a Marco que montaba un caballo azabache. Vestía un pantalón blanco con botas altas y rodilleras de cuero. Su camiseta era negra, con el logo de La Escondida bordado en blanco sobre su corazón y en la espalda llevaba escrito, también en blanco, “Fundación Santa María”. Su casco y sus guantes eran negros. En sus brazos se dibujaban músculos fuertes con cada golpe que daba con el taco. Su destreza sobre el caballo era genial. Laura sólo tenía ojos para él.

—Cada equipo tiene cuatro jugadores. Marco lleva el número uno porque es el goleador. El dos y el tres juegan a mitad de cancha y el cuatro es la

defensa —dijo Verónica.

—¿Y cuánto dura el partido?

—Son seis chuckers. Cada uno dura siete minutos y hay tres minutos de descanso entre uno y otro. Usan ese tiempo para cambiar de caballo, por lo general. Después de tres chuckers descansan cinco minutos, eso se llama medio tiempo.

Marco anotó el primer gol y todos aplaudieron. Laura festejó en silencio, mirando con adoración el cuerpo de Marco cubierto de sudor, en ese caballo negro que parecía la continuación de su cuerpo. Fibroso, violento, decidido, potente.

Otro gol de Marco, otra vez el aplauso. Él se mantenía distante. La había visto, sabía dónde estaba, pero no se acercaba a ella. No la miró, no hubo ningún gesto. Esa actitud estaba minando la resistencia de Laura, que hubiera corrido a la cancha a darle un beso si hubiera podido escaparse de esa armadura pesada que limitaba sus movimientos, apresándola cada vez con más violencia.

Marco aprovechó uno de los descansos para cambiar de caballo. Montó un alazán y cuando se reinició el juego, el equipo contrario anotó un gol sorprendiendo con astucia a la defensa. En poco tiempo lograron un empate.

—¿Qué pasa con Marco? —preguntó Emilio—. Está distraído, ausente del juego.

—Han sido buenas jugadas, tío. Deberías culpar a la defensa y no a Marco —lo defendió Verónica.

Laura estaba concentrada en el partido. Buscaba los ojos de Marco, intentaba transmitir con su mirada la admiración que él le provocaba.

—Ahora pararán cinco minutos —comentó Verónica acercándose a Laura—. ¿Quieres ver a Marco?

—Prefiero seguir viendo el partido desde aquí —dijo Laura, intentando convencerse de que eso era lo que debía hacer.

—Como quieras. Nos vemos en un rato —dijo Verónica mientras corría a buscar a su primo y le alcanzaba una botella de agua.

El juego continuó y Marco no jugó como su padre esperaba. Emilio caminaba nervioso al costado de la cancha mientras su hijo se debatía lleno de dudas en un partido que tendría que haberse resuelto con facilidad. Casi al final del último chucker, Marcó anotó un gol con el que logró una agónica victoria.

Josefina se acercó a Laura y con un gesto cómplice le indicó que la acompañara.

—Comeremos algo liviano y esperaremos el próximo partido.

Marco no lograba quitarse el mal humor de encima. Entró en la casa a paso veloz, se dio una ducha y se cambió, un momento después se dirigía a la carpa blanca dispuesta en el jardín donde se servía el almuerzo. Laura no se separaba de Josefina, pero era un imán para todos los jóvenes que no disimulaban sus intenciones y se acercaban a saludar con alguna excusa.

Marco observaba cómo Josefina intentaba protegerla de ese inocente acoso, sin mucho éxito. “Es hermosa, eso es innegable, y esos buitres seguirán insistiendo hasta lograr al menos un roce con ella”, pensó dominado por los celos y sin poder alejar su mirada de la mujer que amaba. Usó su metro noventa y todo su físico para marcar su territorio. Avanzó ferozmente al encuentro con Laura, y apoyó su mano sobre su hombro, mirando con una advertencia a todos a su alrededor. Laura levantó su mirada para encontrarse con unos ojos negros que la miraron posesivos.

—Les presento a Laura, mi mujer.

Y con eso dejó todo dicho. Se alejó con ella hasta la mesa designada para su equipo y en el camino le susurró al oído:

—No estaremos comprometidos ni fuimos novios, pero no puedes negar que has sido y eres mi mujer.

El tono grave de su voz no daba derecho a réplica y Laura se limitó a seguir el camino que le indicaba.

Fue una bendición ver a Verónica sentada a la mesa. Laura se apuró para ocupar el lugar dispuesto a su lado. Marco corrió su silla, pues su enojo jamás interfería con su caballerosidad. Luego se sentó a su lado. Verónica hizo las presentaciones y se ocupó de que todos conversaran en inglés, aclarando que Laura todavía no manejaba con mucha soltura el español. El almuerzo fue agradable gracias a ella. Marco se mantuvo silencioso.

Más tarde, todos volvieron a ocupar sus posiciones a los costados de la cancha para ver el partido que definiría los equipos que jugarían la final. Laura aprovechó una distracción de Marco y le pidió a Verónica que la acompañara hasta la casa.

—Necesito descansar un poco, la verdad es que no me siento muy bien. ¿Podrías avisarle a Marco?

—Claro, descansa. Yo le aviso.

Laura se recostó en su dormitorio. No era cansancio lo que sentía, sino angustia. No sabía cómo manejar su relación con Marco, él era tan temperamental. No quería desilusionarlo, quería enamorarlo, pero al mismo tiempo sentía ese terror oprimiendo su pecho, que le impedía hacer las cosas que haría una mujer seductora y sensual. Ella, en cambio, estaba mucho más cerca de desear ser invisible a los ojos de todos.

Laura volvió a la cancha cuando faltaban pocos minutos para que el partido terminara. Marco la miraba custodiando su recorrido, pero esperando que ella hiciera sola el camino. De pronto, un hombre se acercó a ella, se presentó y la saludó con un beso, lo que alteró mucho a Laura. El pánico se apoderaba de ella, sus piernas estáticas no respondían. Marco advirtió su sufrimiento y corrió los pasos que los separaban. La tomó del brazo en el instante en el que ella sentía que no lograría sostenerse de pie.

—Tranquila —susurró—, estoy aquí y no pasará nada.

Laura lo miró con adoración y sus labios se abrieron para decir:

—Perdón.

Marco sintió que esa palabra dicha con una dulzura que no merecía, marcaba la tregua. Besó su cabeza rubia y brillante y caminaron juntos hasta el lugar que habían ocupado durante el partido.

El partido terminó con un gol de diferencia. Quedaba así definido el oponente contra el que jugaría Marcos al día siguiente.

La gente comenzó a marcharse a diferentes alojamientos para regresar un poco más tarde. La Escondida comenzaba a vestirse de noche para la fiesta que se ofrecería a todos los participantes y colaboradores del torneo.

Marco caminó junto a Laura, observando un sol naranja que se ocultaba brillante sobre unas suaves lomadas verdes que parecían acogerlo con ternura.

—¿Qué piensas? —preguntó Marco, interrumpiendo su ensoñación.

—Pensaba que nunca había visto tanta belleza —contestó ella.

—Pensábamos lo mismo. Yo tampoco había visto tanta belleza hasta que te conocí —dijo Marco con una sonrisa dulce, casi tan dulce como sus palabras.

Laura no pudo evitar ese rojo caprichoso que se apoderaba de su rostro en momentos como esos. Sonrió y apretó con fuerza la mano de Marco, agradeciendo esas palabras que la llenaban de emoción.

—¿Y? ¿Te gustó el polo? —preguntó curioso.

—Sinceramente, me gustan los jugadores de polo —dijo provocativa.

Marco la miró con una sentencia en los ojos.

—En realidad, me he expresado mal. Me gusta tanto uno de los jugadores que no he prestado atención al partido, mucho menos a los caballos.

Marcos deseó con toda su alma abrazarla y cerrar su boca con un beso. Pero usó toda su resistencia para evitar ese contacto. Un contacto que lo asustaba tanto como a ella. No estar seguro de la reacción que generaría era desalentador, pero no quería equivocarse, mucho menos arruinar un momento que parecía mágico.

—Eso suena mucho mejor. ¿Y sabes en qué equipo juega?

—No, pero viste una camiseta negra que le sienta muy bien. Y su destreza es incomparable. Estoy segura de que será el encargado de dar un espectáculo mañana.

Marco la amaba con la mirada. La acariciaba con sus ojos porque sabía que todavía no podía tocarla.

—¿Estás preparada para esta noche?

—Haré mi mejor esfuerzo. Espero no desilusionarte.

—No podrías.

—Creo que será mejor volver a la casa. Está oscureciendo y tenemos que cambiarnos.

Él se hubiera perdido cualquier fiesta por un momento más con ella, pero respetaba sus tiempos con esa paciencia infinita que sólo se logra con amor.

Caminaron tranquilos de regreso, disfrutando del paisaje y de la magia que crecía entre ellos cuando estaban juntos.

Los recibió Verónica, ruidosa y alegre como siempre.

—¿Ustedes no piensan estar listos para la fiesta? En menos de veinte minutos todos estarán de vuelta.

Marco, resignado, las dejó solas. Verónica siguió con curiosidad a Laura hasta su cuarto.

—¿Ya sabes qué te pondrás esta noche?

—Sí, no son muchas mis opciones —dijo Laura con sinceridad.

—¿Puedo ver tu vestido?

—Claro, es ese que dejé colgado ahí.

Verónica lo miró y lo tomó de la percha. Se acercó a un espejo y simuló tenerlo puesto.

—¡Es precioso! —dijo mientras daba una vuelta frente al espejo.

—Me lo regaló una de mis mejores amigas. Giuliana es una importante diseñadora de moda.

—¡Es soñado! Simple y sexy al mismo tiempo… Y negro, un clásico. Me encanta. ¿Ella lo diseñó?

—Sí, lo usó en Inglaterra antes de que viajáramos y como sabía que me había gustado mucho, lo guardó entre mis cosas. Me di cuenta de que lo tenía cuando llegamos aquí. Llevarlo puesto esta noche hará que la sienta cerca.

—De verdad tienes una buena amiga.

—Creo que es mucho más que eso, es una hermana por elección, lo mismo que Sofía. Ella es periodista, una muy buena. Ojalá algún día puedas conocerlas.

—Me encantaría. Giuliana ya me ha conquistado con su vestido.

Laura sonrió con añoranza. Las extrañaba.

—Te dejo para que puedas vestirte —dijo Verónica saliendo del dormitorio.

Laura se tomó un tiempo para pensar en sus amigas. En lo especiales e importantes que eran para ella. Agradeció al destino que las había puesto en su camino. Pero había alguien más en quien no dejaba de pensar. Adriana, su hermana menor. Cómo le gustaría poder hacerla parte de esa nueva vida que se desplegaba ante ella con todos los colores del amor.

Tomó un baño que se hizo largo. No estaba apurada por aparecer en esa fiesta, de hecho hubiera preferido evitarla, pero sería demasiado descortés. En ese baño intentaba calmar su espíritu. Sabía que enfrentar a tanta gente sería todo un desafío, pero sentarse y dejarse morir no era una opción. Salió sin ganas del agua. Su piel brillaba blanca, radiante. Se demoró en una pelea con su cabello, que caprichoso y rebelde hacía del cepillado una misión difícil.

Cuando casi sin valor sujetó el vestido que tenía que ponerse, sintió a Giuliana a su lado animándola. Y sus palabras llenaron la habitación. *"Aunque tu corazón esté lleno de penas, muestra esa curva atrevida que dibuja tu sonrisa para que nadie sospeche que esa batalla interna está ganando. No te dejes vencer. ¡Si sientes que ganas, ganarás!"*

Laura se vistió y sintió un abrazo cuando el vestido se ajustó a su piel.

Frente al espejo intentó un maquillaje ligero. Y recordó a Sofía, como cada vez que necesitaba coraje. Ella estaba ahí a pesar de la distancia para retarla con un nuevo desafío. "*Resalta esos ojos que Dios debería haberme*

regalado a mí y con una mirada brillante derrite a todos a tu paso. Esa es la actitud, ese es mi truco", le diría.

Laura sonrió y se llenó del valor que necesitaba para enfrentar a toda esa gente en un momento de tanta debilidad.

Abrió la puerta de su cuarto decidida a resistir y a espantar todo pensamiento oscuro. Caminó despacio hasta la sala y desde allí vio el jardín todo iluminado. La carpa, bañada con una luz tenue, esperaba ser invadida por los invitados que todavía disfrutaban del clima agradable de la primavera en el jardín. Laura se asomó a la puerta principal y desde allí observó a un grupo de hombres que conversaban. No fue difícil distinguir a Marco entre todos ellos. Era sin duda el más alto. Vestía un traje negro con una camisa blanca y no llevaba corbata. Cuando ella dio el primer paso hacia donde estaban reunidos, Marco advirtió su presencia. Se separó del grupo para acortar la distancia entre ellos y se detuvo a contemplarla. Era sin duda la mujer más hermosa de todas. Su pelo rubio caía como una cascada, bañando una espalda semidesnuda. Su mirada inocente, de ojos claros, lo acarició con ternura y él sintió toda la felicidad del mundo explotar en su pecho. El cuerpo joven de Laura era una obra de arte, lleno de vida, con un incipiente embarazo que marcaba sus curvas con descaro. Era un cuerpo seductor, envuelto en una seda negra que caprichosa se pegaba a sus muslos y marcaba provocativamente sus pechos firmes, cada día más voluptuosos. El negro resaltaba no sólo su cabellera rubia sino también su piel blanca y suave.

Marco sintió que se quedaba sin aliento. Todo su cuerpo quedó rígido ante la belleza que se reflejaba en sus ojos. Se acercó a Laura, extendió su mano y con una voz grave, llena de deseo, dijo:

—Estás preciosa.

Laura, consciente del efecto que había causado en él, sonrió complacida, feliz.

Marco la escoltó orgulloso. Hizo las presentaciones necesarias sin dejarla sola ni un momento y evitando cualquier contacto físico con los invitados por inocente que pareciera. La protegía de todo y de todos. Era su forma de amarla.

Marco fue víctima de sus celos durante toda la noche. A pesar de que Laura actuaba de manera tímida y recatada, como si intentara practicar la invisibilidad frente a todos, no podía evitar los halagos y el murmullo que despertaba a su paso. Marco celó su paso, pero disfrutó de su belleza y su

exclusividad, que era invaluable. Ella sólo tenía ojos y gestos para él, como si el resto del paisaje se diluyera en su presencia. Él la sabía suya, suya en cuerpo y alma.

La cena fue entretenida, la conversación como siempre fue piloteada por Verónica y una que otra vez por Marco, que sólo hablaba para evitarle a Laura alguna situación incómoda.

Josefina y Emilio fueron testigos silenciosos del amor que se profesaban. Vieron en sus ojos el brillo de la ilusión. Cómplices de ese sentimiento, se mantuvieron alejados para no interrumpir los acordes melodiosos que ambos despedían.

A la hora del baile, Laura se sintió incómoda. Sabía que no estaba preparada para el contacto que este requería. Marco hubiera deseado fundirse con ella en la pista, pero paciente y comprensivo, la alejó del ruido. Tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no hacerla partícipe del doloroso deseo que se manifestaba en su cuerpo. Resistió. Ambos se sentaron en un banco alumbrado por la tenue luz de la luna.

—De todas, la mujer más hermosa de la fiesta —susurró.

—De todos, el más comprensivo —dijo ella con una sonrisa cargada de ternura.

—Seré todo lo que quieras que sea. Sólo jura que eres mía.

Ella asintió con un movimiento de su cabeza.

—Con esa certeza puedo darte todo el tiempo que necesites. Pero no será un tiempo muerto… Tengo que conocerte, quiero aprender de memoria todo sobre la mujer que amo. ¿Cuál es tu flor preferida?

—El jazmín. ¿Y la tuya?

—Laura —Marco sólo dibujó el nombre con sus labios, y aun sin sonido, ella sintió que el gesto se grababa en su corazón.

—¿Tu color preferido?

—Todos, menos el amarillo.

—¿El tuyo?

—Negro.

—¿Un perfume?

—Anaïs Anaïs —contestó ella—. ¿Una familia?

—Tú, yo y todos los hijos que quieras darme.

Laura nunca imaginó esa respuesta, pero era todo lo que hubiera deseado escuchar.

—¿Un lugar para vivir?

—A tu lado, donde quieras llevarme.

Marco quedó en jaque. Su cuerpo reaccionó y el control que ejercía era débil y resultaba frustrante. Sentada a su lado, estaba la mujer que sin saber había deseado toda la vida y no podía tocarla, no podía besarla. Rogó a Dios que lo ayudara a actuar de la manera correcta para que ella lo aceptara, para que en poco tiempo no rechazara su contacto, para que la piel de él se hiciera parte de la suya.

La fiesta había terminado, todos se marchaban y Marco y Laura se acercaron una vez más a la carpa para despedir a los invitados.

Cuando todos se fueron, Josefina rescató a Laura y la acompañó a su dormitorio.

—Debes estar cansada. Vamos, ya has tenido bastante de este muchacho. Yo te acompaño.

Marco se quedó mirándola sin advertir la sonrisa de Emilio a su lado.

—Has encontrado el amor, ¿verdad?

—Sí, y sin siquiera saber que ella era exactamente lo que yo buscaba.

—Así es como sucede la mayoría de las veces.

—Pero esto de amar no resulta nada fácil, uno se vuelve tan vulnerable.

—Y la cosa empeora con el tiempo. No sólo sigues siendo vulnerable sino que llegas a un estado de dependencia. Mi vida perdería todo el sentido si no estuviera tu madre a mi lado.

Marco puso una mano en el hombro de su padre y caminaron hacia la casa.

—Creo que el hecho de saber que serás abuelo te está poniendo melancólico.

—Es un orgullo saber que ese nieto llegará. No veo las horas de robártelo para hacer con él todo lo que tu madre no me dejó hacer contigo.

Ambos rieron y la risa se sintió con eco en La Escondida, que ya se preparaba para la próxima generación.

—Buenas noches, papá. Nos vemos en la cancha mañana.

—Buenas noches —dijo Emilio—. Puedes estar seguro… Era la mujer más hermosa de la noche y la madre de mi nieto.

El sol se levantaba perezoso esa mañana. Marco, que casi no había podido

dormir pensando que estaba sólo a metros de la mujer que deseaba en su cama, lo recibió cepillando sus caballos y tomando mate con sus colaboradores. El primero en unirse al grupo fue Emilio.

—Buenos días. ¿Listo para ganar? —preguntó dirigiéndose a su hijo.

Marco levantó una ceja dubitativo.

—Será la única manera de que Laura te entregue el trofeo; de lo contrario, será otro el afortunado.

Marco se puso serio. Generalmente el trofeo lo entregaba su madre, pero la advertencia de Emilio dio por sentado que era un tema que ya habían conversado.

Todos lo miraron, pero él se escondió detrás de ese rostro serio, impenetrable al que todos estaban acostumbrados.

Laura desayunaba con Josefina en la galería, como siempre. Era el segundo desayuno de Josefina, el primero estaba reservado siempre para Emilio.

—¿Cómo has dormido?

—Muy bien. Este niño tiene un sueño muy pesado y la verdad, lo disfruto —dijo Laura con una sonrisa.

—¡Cuánto me alegro! Ese niño es inmensamente deseado y esperado por estos abuelos. Emilio ya piensa amansar un potro para él. Tal vez aprenda a montar antes de dar sus primeros pasos.

Las palabras de Josefina llenaron de amor el corazón de Laura. Su hijo tendría la familia que ella siempre había deseado.

—¿A qué hora es el partido?

—Los equipos ya preparan sus caballos y la gente está ocupando sus lugares, me imagino que empezará en media hora. Hay algo que quiero preguntarte. A Emilio y a mí nos encantaría que fueras la encargada de entregar el trofeo al campeón del torneo.

Laura sintió cómo se aceleraba su corazón. Bajó la taza que sostenía con una mano que contra su voluntad había comenzado a temblar.

Josefina advirtió su angustia.

—Sé que no es fácil lo que pedimos. Pero sé también que si el equipo de Marco gana, él no querrá recibirlo de nadie más que de ti.

Las palabras de Josefina, como siempre acertadas, cambiaron la actitud de Laura. Con una tímida sonrisa, susurró:

—Lo haré.

Josefina sabía que cada esfuerzo, cada paso adelante era una batalla vencida. Eso era lo que buscaba, lograr que Laura no detuviera su marcha, que no perdiera esa sinergia que a veces no se valora y que da en más de una ocasión el empujón que se necesita para continuar avanzando.

—Marco ha dejado esto para ti —le dijo mientras extendía la remera negra de su equipo.

Laura la recibió y no pudo evitar el reflejo de apretarla contra su pecho.

—Pretende que la tengas puesta durante el partido. Y gracias a ese pantalón blanco, podríamos decir que la casualidad y la terquedad de mi hijo te han dejado uniformada.

Laura sonrió feliz, el gesto de Marco era dulce y para ella sería un honor llevar su camiseta. Se puso de pie y lució la camiseta negra para Josefina, quien llenó la galería con su risa.

—¡Estás espléndida! Ese nudo que le has hecho al costado es muy creativo. Ideal para disimular que podrías usarla de vestido.

Josefina abrazó a Laura y la guió hacia la puerta principal.

—Vamos, para que ese muchacho te vea y juegue sólo para ti.

El partido había comenzado cuando Josefina y Laura se ubicaron al costado de la cancha. El juego era rápido, el adversario ya había anotado el primer gol y se hacía difícil conseguir el empate.

El caballo de Marco se comportaba de manera extraña. Estaba nervioso, y su jinete tenía dificultad para guiarlo con precisión. Por ese motivo había errado dos goles.

—¿Por qué está montando Marco ese caballo? —preguntó Laura.

—Es un potro nuevo y quiso probarlo en los primeros minutos de juego —contestó Emilio.

—No parece cómodo montándolo —dijo afligida.

Nadie respondió, pero Emilio compartía su opinión y su preocupación aumentaba. De pronto, un jugador golpeó al caballo de Marco y el animal, enredándose en las riendas dobles cayó al piso aturdido, arrastrando a su jinete a un duro golpe. Marco se liberó con agilidad y el caballo corrió desbocado fuera de la cancha.

Laura vio la escena en cámara lenta y no fue consciente de su propia reacción. Corrió ciega en dirección a Marco. Emilio la siguió, protegiéndola de los otros animales que todavía no habían despejado el área de juego. Marco estaba tendido en el piso, golpeado y dolorido. Cuando abrió los ojos

fue testigo del inmenso amor que un par de ojos celestes le profesaban. Y una cascada dorada cubrió su rostro. Las manos de ella lo acariciaron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Él le regaló la mejor de sus sonrisas y disfrutó unos minutos de la magia que ella provocaba y de esas lágrimas derramadas para él. Nadie más intervino en la escena y sin embargo todos fueron testigos de un gran amor.

Marco se sentó y no la tocó, aunque su cuerpo pedía a gritos un contacto. Supo conformarse con el roce de sus manos y entonces entendió que sólo un amor así podía ser eterno. Se puso de pie, tomó la mano de Laura y caminó con ella hasta el costado de la cancha.

—No sigas jugando —suplicó Laura.

—Yo nunca me rindo —contestó con una sonrisa, mientras sujetaba las riendas que le alcanzaba uno de sus peones.

Marco montó ante la atenta mirada de Laura y entró en la cancha dispuesto a recibir de manos de la mujer que amaba el disputado trofeo.

Josefina se acercó a Laura y la acompañó hasta la posición que ocupaban para ver el partido.

—Tendrás que acostumbrarte. Estas cosas pasan y con suerte no llegan a ser graves.

Laura no dijo nada, pero sus ojos nunca dejaron de mirar el número uno estampado en la camiseta negra.

Marco jugó uno de sus mejores partidos. Y entre chucker y chucker sólo tenía ojos para su compañera de equipo.

El partido terminó. Los jugadores dejaron la cancha después de una gran ovación y ella lo perdió de vista. Su miedo no la dejaba buscarlo. Era esclava de las sensaciones más espantosas y sin embargo su corazón deseaba seguirlo, encontrarlo, no perderlo.

Josefina interrumpió sus pensamientos.

—¡Vamos! Tenemos unas horas para cambiarnos antes de la entrega de premios, a eso seguirá un coctel y todo habrá terminado. La paz volverá a instalarse en La Escondida.

Laura sonrió con dificultad. Todo su cuerpo estaba tenso y ella no encontraba forma de aliviarlo. Ya no podía recurrir a las lágrimas, estas no llegaban con la frecuencia que acostumbraban. Sabía lo que su cuerpo deseaba, pero lograrlo constituía su mayor obstáculo.

Tomó un baño y buscó un vestido que había comprado con Giuliana. Era

precioso, de una gasa en degradé que comenzaba cubriendo sus senos con un color fucsia intenso y terminaba antes de llegar a sus rodillas con un rosa pálido, casi blanco. Buscó unas sandalias al tono y dejó su cabello suelto.

Cuando terminaba de arreglarse, alguien llamó a su puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Verónica.

—Sí, claro.

La puerta se abrió y Verónica miró a Laura con admiración.

—¡Ese vestido es fantástico! Creo que tendrás que llevarme de compras. Todo lo que usas me gusta.

Laura sonrió.

—Son mis amigas las especialistas.

—Todos te esperan. Sobre todo Marco, que ha preguntado por ti como un millón de veces.

—No los hagamos esperar —dijo Laura.

Caminaron juntas hasta el lugar previsto para la entrega de premios. Marco la vio y su cuerpo se tensó. Su belleza nublaba no sólo su visión sino también su juicio. Hubiera corrido para buscarla y fundirse en ella para siempre y sin embargo de nuevo se imponía el inmenso sacrificio de esperar, esperar que estuviera lista para él.

Los ojos de ambos se encontraron y quedaron prendados en una mirada profunda. Marco le transmitía en esa mirada toda la seguridad que ella necesitaba y ella le entregaba en la suya su amor y esa fuerza magnética que los unía.

Anunciaron al equipo ganador y los cuatro miembros subieron al podio. A eso siguieron unas palabras de agradecimiento de Josefina para todos aquellos que habían participado en el torneo y de esta forma habían colaborado generosamente con la Fundación Santa María. Josefina se ocupó de presentar a Laura, quien por primera vez sería la encargada de entregar el trofeo. "Este año, he decidido romper una tradición y no seré yo quien se ocupe de la entrega de premios. Quiero aprovechar esta ocasión para presentarles a una persona muy especial. Su nombre es Laura Bacco. Una muestra de que Dios nunca nos pide más de lo que nos da. Él ha convertido a Laura en un miembro más de la familia Scorza. Esta mujer valiente ha sabido ganarse el corazón de Marco y el mío también. Por eso y sin su permiso la he adoptado como mi hija."

Laura no entendió la pausa en el discurso de Josefina, ni las lágrimas que

siguieron, pero todos ahí lo respetaron entendiendo sin duda la razón que lo motivaba.

Laura se acercó inconscientemente a Josefina, como si acudiera en su ayuda. Se paró a su lado y tomó su mano. El discurso siguió. "Quiero que sean los primeros en saber que esta familia se amplía y que con la ayuda de Dios y de estos dos jóvenes, mi sueño de llenar esta casa de niños por fin se hará realidad."

Los invitados explotaron en un aplauso, Marco y Laura estaban casi en shock ante esas palabras. Ellos aún no sabían cómo presentarse y Josefina los unía con descaro frente a todos. Ninguno, sin embargo, pudo negar la felicidad que experimentaron al oírlas.

Emilio se acercó con un trofeo en sus manos y se lo entregó a Laura. Le susurró al oído unas indicaciones y Laura se acercó al podio. Levantó el trofeo en dirección a Marco, quien lo recibió y se inclinó para besar su frente. Luego sostuvo a Laura de la mano mientras levantaba el trofeo y escuchaba el aplauso de los invitados. Un champagne se abrió para sellar el triunfo del equipo y Marco cubrió con su cuerpo a Laura para que ni una gota la tocara. No había lugar en el que se sintiera más segura que al lado de Marco. Él siempre estaba pendiente de ella. Marco la miró y ella limpió su rostro con una toalla pequeña, mientras lo besaba con la mirada.

Durante el cóctel, todos comentaron las palabras de Josefina, su presentación tan sentida como espontánea. Y nadie pudo negar la belleza de la novia. Formaban una pareja espléndida. Los viejos amigos de la familia desearon que el sueño de Josefina se cumpliera y que esa casa tuviera todos esos niños que tanto se habían hecho esperar.

A la mañana siguiente, Laura fue a desayunar a la galería. Sólo encontró a Josefina. Leía el *Corriere della Sera* que llegaba todos los días como Marcos había prometido.

—Buenos días —dijo sorprendiendo a Josefina.

—Tengo una sorpresa, esperaba ansiosa que despertaras.

—¿Qué sorpresa?

—Tu amiga Sofía está causando furor con sus columnas. Un reconocido escritor romano hizo un comentario sobre la joven columnista.

Laura sintió un inmenso orgullo. Sabía que nada detendría a Sofía, ella siempre lograba todo lo que se proponía aunque implicara un duro esfuerzo. Los retos eran su punto fuerte, su gran desafío.

—¿Qué dice la crítica? —preguntó Laura con curiosidad.

—"La revelación de la sección de opinión. Una joven que se caracteriza por un periodismo sensor de comportamientos sociales. Cargada de conciencia crítica, en sus columnas se evidencia la indignación propia de la juventud, siempre necesaria para enfrentar situaciones adversas. Su desobediencia e irreverencia con las normas pautadas por el periodismo tradicional han hecho explotar su popularidad. Una mujer valiente que se arriesga con convicción en cada línea que escribe. Apasionada, sin dudas y con un estilo directo. De carácter incisivo al tratar temas controvertidos. De pensamiento profundo, con ideas claras y bien definidas. Se aclama la ironía y el sentido del humor de sus escritos" —leyó Josefina.

—Es todo eso y mucho más. Le deseo esa carrera llena de éxito con la que siempre ha soñado. ¡La extraño tanto!

—Nada evita que la visites o que ella te visite cuando encuentre un lugar en su abultada agenda. Se rumorea que es posible que comience su propio programa de entrevistas. Aparentemente, ya ha recibido algunas ofertas.

A Laura la invadieron los recuerdos de su infancia, una infancia que había soportado gracias a ese vínculo de amistad.

Josefina interrumpió sus pensamientos:

—Dejaré aquí este diario para que puedas disfrutarlo. Llama a tu amiga para felicitarla. Los amigos se necesitan tanto en las buenas como en las malas. Yo tengo que ir a Buenos Aires. Marco y Emilio se fueron temprano, por lo que estarás sola hasta la cena, a menos que quieras acompañarme.

Laura negó tímidamente con la cabeza.

—El día pinta delicioso, aprovéchalo. Margarita siempre está en la casa, puedes pedirle a ella cualquier cosa que necesites.

Josefina besó la cabeza de Laura y se marchó.

Laura terminó su desayuno y leyó con orgullo la columna de Sofía y los comentarios que se hacían sobre ella.

Se dejó invadir por la paz y los sonidos de la naturaleza. Se dispuso a dar un paseo y recorrió el jardín, robando algunos jazmines a su paso. Tenían un perfume delicioso.

Se sentó en el mismo banco que había compartido con Marco, pero esta vez la soledad que sentía la golpeó cruda, brutal. Hasta ese momento la velocidad de los acontecimientos y el ruido de tanta gente la habían protegido de pensamientos profundos. Ahora, el silencio lograba que retumbaran agudos

en su cabeza. Y por alguna extraña razón los más horrorosos se imponían con la prepotencia de siempre, llenándola de angustia y vergüenza. Imaginar que alguien se enterara que era una mujer víctima del abuso le resultaba aterrador.

Los hombres le provocaban un rechazo irracional e inevitable. En los ojos de todos veía las intenciones perversas de las que había sido víctima. En sus cuerpos, la fuerza brutal que la había sometido. En sus manos, la violencia. De pronto, comenzó a temblar y explotó en llanto al revivir momentos oscuros. Lloró hasta que sus ojos se quedaron secos y ni siquiera así pudo sentir alivio. ¿Cómo podría amar a Marco? ¿Cómo podría entregarse a él, si sólo el hecho de pensarlo la mortificaba? Su rostro se llenó de sombra y su mirada se volvió inexpresiva, una armadura aprisionó su espíritu y ella se dejó vencer, hundiéndose en la más profunda tristeza.

Esa fue la mujer que todos encontraron esa noche. Y la que intentaron animar durante varias semanas, sin ningún éxito.

Capítulo 15

Tex y Giuliana soportaban con dificultad el tiempo que no estaban juntos. Los días pasaban muy lentos y verse sólo una semana al mes les resultaba casi ridículo.

Tex se cuestionaba su vida en Londres. Lo único que lo ataba a esa ciudad era su trabajo, que de todos modos podía realizar montando una oficina en Italia. Eleanor era más que capaz para estar a cargo de la oficina en Londres.

En cambio, si Giuliana se instalaba en Londres, debería alejarse de su familia. Él no quería ser la causa de esa pena. Sin consultar con su prometida, comenzó a pensar en un proyecto: una nueva oficina para Argenta Investments en Milán. No era para nada absurdo, podrían captar nuevos clientes, mejorar su cartera de inversiones.

La única persona que debía estar de acuerdo con su nueva estrategia era Marco, y su amigo jamás le negaría esa posibilidad. Comenzó a idear el plan para tener algo más concreto a la hora de discutirlo con él.

Paulina y Giuliana compartían y disfrutaban el diseño del vestido de novia. Madre e hija juntas llenaban el estudio de magia y creatividad. Giuliana describía a grandes rasgos el vestido que imaginaba. Divertida, se permitía soñar. Paulina la miraba con adoración y sus manos dibujaban los primeros trazos en su cuaderno. La música en el estudio se ocupaba de activar la sensibilidad de Paulina, quien comenzaba a perderse en ese mundo suyo, cargado de ingenio.

Ver a su madre tan inspirada en su vestido emocionó a Giuliana. Supo que diseñaría el vestido perfecto. Paulina cada tanto levantaba sus ojos grises del cuaderno para mirar los ojos verdes, intensos, de su hija, como si el gesto significara mirar a través de ellos.

Giuliana se hundió en sus pensamientos. Agradecía a Dios la posibilidad

de ese gran amor. Sabía que no podía vivir sin Tex después de haberlo conocido, de haber sido suya. No sólo su corazón sino cada fibra de su cuerpo lo deseaba con locura. Lo necesitaba para sentirse plena. Deseó tener una larga vida a su lado, como la que compartían sus padres. Ella había sido testigo del amor y eso la hacía creer en ese sentimiento con firmeza.

Paulina seguía trabajando en el diseño. Era el más especial y significativo de todos los vestidos que había dibujado, imaginado, creado. Ese vestido era el que llevaría su hija en el comienzo de una nueva vida y cada detalle que dibujaba llevaba implícito un deseo.

Anhelaba que Giuliana fuera amada y que viviera con pasión. Ansiaba que supiera superar las dificultades propias de la vida. Con el último trazo sobre el dibujo, pidió el deseo más importante: Fertilidad. Para que pudiera disfrutar de la experiencia más maravillosa de todas. Ser madre.

El primer bosquejo del vestido estaba hecho. Paulina cerró su cuaderno, mientras Giuliana la miraba con atención.

—¿Has terminado? —le preguntó.

—Sí, mi cabeza ya sabe lo que tiene que hacer y mis manos están ansiosas por comenzar a trabajar. No tengo mucho tiempo, porque pienso hacerlo sola. No habrá ni una puntada en ese vestido que no haya sido hecha por mis manos.

Paulina se puso de pie y abrazó a su hija con la fuerza del infinito amor que sentía por ella. Giuliana la motivaba a ser mejor cada día, a esforzarse, a ser comprensiva. Era la razón por la que se sentía feliz de estar viva.

—¿Estás segura de que no quieres ver el vestido? ¡Será el que luzca "*la donna* de la moda"!

El comentario hizo reír a Giuliana.

—Claro que estoy segura. Eres la mejor diseñadora del mundo. Y será un honor llevar ese día un vestido hecho por tus manos.

Ambas mujeres se abrazaron y ninguna pudo evitar unas lágrimas de felicidad.

—Nunca me hablaste de tu vestido de novia y hasta ahora jamás se me ocurrió preguntar.

—No llevaba un vestido de novia cuando me casé con tu padre, sino ropa de viaje. La ceremonia fue mucho más que breve, sólo necesitábamos la bendición de nuestra unión y después de eso partimos hacia Milán, donde todo comenzó para nosotros.

Giuliana miró con tristeza a su madre. Era una mujer admirable con una

voluntad de hierro y una extraordinaria sencillez. Su vida había estado llena de carencias, dificultades y dolores, y sin embargo jamás había bajado los brazos, jamás había dejado de sonreír y había sido la madre más maravillosa de todas. La había educado en la abundancia y aun así había sido capaz de tatuar en su alma los valores de la humildad y la tolerancia.

Giuliana volvió a abrazarla.

—Ojalá sepa transmitir a mis hijos el inmenso amor que derramaste en mí.

—Lo sabrás —contestó Paulina—. Y a esos niños no les faltará amor porque yo los amaré hasta el último de mis días.

En ese momento las interrumpió Lorenzo que entraba apurado, buscándolas. En su cara se dibujaba una sonrisa radiante, como la de un niño frente a un dulce.

Había atormentado durante semanas a su agente de bienes raíces y finalmente había concretado la operación que para él garantizaba que su hija viviría en Milán.

—¿Traes alguna buena noticia? —preguntó Paulina con una sonrisa.

—La mejor de todas.

—¿De qué se trata, papá?

—Debería ser una sorpresa para ti, debería esperar el momento apropiado para dártela.

—Pero la ansiedad te está matando —interrumpió Paulina.

—Como siempre, tienes razón. No puedo aguantar ni un minuto más para mostrarles lo que he comprado.

—¿Comprado? —dijeron ambas a coro.

—¡Sí! ¡Vamos! Lucca nos espera abajo.

Subieron al auto y Lucca en silencio comenzó a manejar en dirección a la casa familiar. Paulina observaba divertida la curiosidad que despertaba en Giuliana la dirección que tomaba el auto.

—¿Vamos a casa? —susurró Giuliana.

—No creo —contestó Paulina.

Esa respuesta no hizo más que aumentar su curiosidad. Unos minutos después veía cómo pasaban frente al portón de su casa y Lucca disminuía la velocidad del auto unos metros después. Sus ojos verdes se abrieron grandes y confundidos miraron a Paulina. Antes de que su madre pudiera decir algo, Lorenzo abría la puerta trasera del auto y ayudaba a su hija a bajar. Puso una mano sobre su hombro y la guió con lentitud hasta situarla frente a una casa

blanca de estilo romano, con techo en doble altura y arcos de medio punto. Era inmensa y tenía un jardín precioso.

Paulina se paró al lado de su hija para completar la escena y fue entonces cuando Lorenzo dijo:

—Este es nuestro regalo de bodas.

Giuliana se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de alegría y unió a sus padres en un abrazo.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡No tenías que ocuparte de esto, papá!

—¿Cómo no? Así estaremos seguros de tenerte lo más cerca posible, a ti y a nuestros nietos, sin invadir tu privacidad. Si fuera por mí, vivirían todos conmigo.

El comentario de su padre hizo reír a Giuliana por su sinceridad. Ese era Lorenzo, si estaba en sus manos hacer una jugada para dar el primer golpe y lograr alguna ventaja, jamás dejaría de hacerlo. De este modo, ponía a Tex en una posición mucho más delicada. Tenían una casa para compartir en Milán y sus motivos para alejar a su hija perdían argumento. Incluso desde ese momento podrían pasar más tiempo juntos si así lo quisieran.

—Desde hoy esta casa es tuya y puedes hacerle todas las modificaciones que desees. Tal vez sea algo que quieras compartir con Tex.

Giuliana estaba muda de felicidad. Sus ojos brillaban y las lágrimas amenazaban con aparecer. Era una casa hermosa y sólo a pasos de la casa de sus padres. Un lugar ideal para vivir. La asustó pensar que a Tex podría no gustarle. Rogó que no rechazara ese regalo, pero no estaba segura de su reacción. Necesitaba contarle, advertirle, para que la situación no lo sorprendiera. Sabía que Tex era un hombre independiente que tomaba sus propias decisiones y que entendería perfectamente cuál era la verdadera intención de Lorenzo detrás de este regalo.

Lorenzo caminó hasta la puerta principal, la abrió e invitó a sus dos amores a recorrer la casa. Techos altos y ventanales amplios la llenaban de luz. Los pisos eran de madera clara y la escalera principal, de mármol travertino.

Toda la decoración tenía aires clásicos con un toque del espíritu mediterráneo. La elegancia de la arquitectura quedaba evidenciada por las columnas, capiteles y cenefas. El techo del hall de entrada era una verdadera obra de arte, con una pintura romana de Venus, la diosa del amor.

La habitación principal tenía un balcón que miraba a un jardín lleno de

flores y árboles frondosos. Se divisaba también una piscina, rodeada de jarrones de mosaico que la decoraban como verdaderas joyas.

Mirando a su padre, Giuliana dijo:

—Me has comprado el Paraíso. —Y corrió a sus brazos, que como siempre la recibieron abiertos y amorosos.

—El Paraíso será tenerlos cerca. A ti, a tu esposo y a mis nietos que, con la gracia de Dios, llegarán pronto a mi vida.

Esa misma noche, Giuliana pensaba cómo le contaría a Tex sobre la casa, cuando la interrumpió el teléfono y Guido le anunció una llamada de Tex.

—*Pronto?*

—Amor, si tienes pensado hablarme en italiano, lo único que lograrás será hacer mi sufrimiento más intenso. ¡Esto de tenerte a cientos de kilómetros no está resultando!

Giuliana rió ante el tono de dolor que Tex imprimía en sus palabras.

—Yo pensaba lo mismo. Creo que me gustaría modificar nuestro acuerdo.

—¿Modificarlo? ¿Vendrás más seguido a Londres?

—No, creo que sería justo que tú también pasaras una semana al mes conmigo en Milán.

—¿En casa de tus padres?

—Podría organizar algo diferente si aceptas el trato.

—¿Por qué siento que estás segura de que aceptaré y por el mismo motivo ya te has adelantado a organizar ese “algo diferente”?

—Tal vez porque estás tan seguro como yo de que muero por verte y dormir entre tus brazos.

—Me rindo. Pero no resultará siempre tan fácil convencerme. La distancia está logrando que ceda a todos tus deseos.

—Eliminar esa distancia es mi único deseo.

—Estaré ahí este fin de semana. Y tendré unos días para adivinar qué se te ha ocurrido.

—Estaré esperándote. Te extraño. Llámame.

Tex rió sabiendo que a esas palabras teñidas de amor les seguía una sonrisa, que se dibujaba amplia en el rostro de Giuliana.

Capítulo 16

El *Corriere della Sera* había encontrado a una gran periodista. El nombre de Sofía Rossi era cada día más reconocido. Sus columnas se habían vuelto muy populares pues la gente disfrutaba de la espontaneidad de su redacción y de su sentido del humor. Eso había llevado a Mariano a pedir que Sofía escribiera una columna diaria. Muchos italianos buscaban comenzar la mañana leyendo sus artículos. Ella aceptó encantada.

La televisión italiana se sintió tentada de contratar a la popular periodista para un programa de entrevistas cuando advirtió que, más allá de ser una profesional brillante, era también una mujer hermosa.

Sofía consultó con Mariano esta nueva posibilidad y con su consejo accedió a grabar los primeros episodios para un programa televisado. Su carrera comenzaba a despegar y ella disfrutaba de cada momento.

Todavía no se definían los primeros personajes que entrevistaría. Pero todo un equipo trabajaba en posibles opciones. La imagen de Sofía se había vuelto conocida, era una mujer interesante y carismática, y el equipo de trabajo estaba convencido de que nadie rechazaría la oportunidad de conocer a la nueva periodista estrella de Milán. De todos modos, Sofía se había reservado el derecho de ser quien hiciera la última selección.

La oportunidad de las entrevistas la obligaba a estar informada sobre temas diversos. Sentía que el mundo se abría para que ella pudiera vivirlo, explorarlo y sentirlo. Así, auténtico y brutal como debería ser visto por todos. Moría por ser vocera del sufrimiento de los seres humanos, pero también quería resaltar la grandeza de los valientes dedicados al servicio de los más necesitados. Quería que se valorara a la mujer y se protegieran los derechos de los niños, pues no toleraba la indiferencia ante el abuso de poder que muchas veces se ejercía sobre estos. Consideraba también vital conocer a esos hombres visionarios que delineaban el mundo futuro que todos llegarían a vivir.

Una mañana, Giuliana sorprendió a su amiga en la redacción del diario. Giovanni, el asistente de Sofía, intentó detenerla cuando vio que caminaba velozmente en dirección a su oficina, pero cuando ella se volteó, se paralizó ante su belleza. Reconoció a Giuliana mientras en silencio admitía que en persona era mucho más hermosa que en las fotos que había visto. Ante el silencio y el asombro de su persecutor, Giuliana dibujó una sonrisa y susurró:

—Quiero darle una sorpresa. Te aseguro que no habrá problemas.

Giovanni no pudo más que asentir con un débil movimiento de cabeza. "*La donna* de la moda, como la apodaron en Londres, es realmente íntima amiga de Sofía. Esta visita confirma todos los rumores. Sofía realmente se codea con la alta sociedad italiana y sus contactos son envidiables. Sin embargo, a la hora de elegir un asistente, me nombró a mí, un simple compañero de trabajo", pensó agradecido.

Giovanni no podía dejar de sentir un inmenso respeto por Sofía. Valoraba su sencillez y su actitud ante el éxito, que sin duda a ella le resultaba indiferente. Sofía lo trataba como a un respetable periodista, y lo escuchaba con la misma atención que prestaba a un importante directivo. Había algo en ella que definitivamente la hacía diferente. Era auténtica.

Giuliana abrió con suavidad la puerta y encontró a su amiga perdida entre diarios. La sorprendió leyendo el *New York Times*.

—¡Buenos días! —dijo alegremente.

Sofía no lograba asociar esa voz tan conocida con su ambiente de trabajo. Bajó el diario confundida, pensando que se trataba de un error, pero su amiga del alma estaba ahí. Con una amplia sonrisa, la miraba divertida ante su sorpresa.

—No lo puedo creer —dijo Sofía—. Primera vez que vienes a verme.

—Siempre vas a la fábrica cuando tienes algo que contar. Y eso me trajo hoy aquí.

—¿Y qué es lo que festejaremos?

—¡Mi regalo de bodas! —exclamó Giuliana sentándose frente a Sofía, que la miraba con curiosidad—. ¡Una casa nueva!

Sofía se llevó las manos a la boca para silenciar su emoción.

—¡Una casa nueva! ¿Dónde?

—A pasos de la de mis padres.

Sofía no pudo evitar la risa.

—Lorenzo Bertolini definitivamente sabe cómo hacer grandes jugadas.

Estoy segura de que tu muchacho inglés no se imagina lo que significa la palabra familia para un padre italiano como el tuyo.

Giuliana la miró con una mueca teatral que evidenciaba su incertidumbre.

—¿Crees que le moleste?

Sofía la tranquilizó, diciendo:

—Lo resistirá. No te preocupes.

—Todavía no le he contado. Viene este fin de semana y se quedará unos días. Mi plan es que nos quedemos ahí.

—¿Y lograr así que muera por volver a casa? —la interrumpió Sofía con picardía.

—Algo así tenía en mente.

—Me encanta la idea.

—La casa está desocupada, la he mandado limpiar y pensaba comprar lo básico para poder pasar unos días ahí. ¿Me acompañarías?

—No me perdería la oportunidad de preparar la escenografía para una apasionada inauguración.

Giuliana envolvió en un abrazo a Sofía.

—Es un placer compartir esto contigo.

—Para mí también —murmuró Sofía, ante la inmensa emoción que la embargaba. Ese abrazo sincero, como tantos otros que habían compartido, confirmaba lo profundo de la amistad que las unía.

Sofía tomó su cartera y salieron de la oficina. Giovanni se le acercó cuando la puerta se abrió. Buscaba ser presentado, conocer a Giuliana era una fantasía. Sofía adivinó su intención y dijo:

—Giuliana, te presento a Giovanni, un buen amigo.

Giovanni la miró embelesado y fue sorprendido con un beso.

—Un placer conocerte. Me habían hablado mucho de ti.

Ante el silencio de Giovanni, que había quedado sin palabras, Sofía dijo:

—No estaré de vuelta hasta mañana, pero te llamaré para saber cómo marcha todo. Si ves a Mariano, dile que he salido.

—Lo haré, no te preocupes.

—Gracias.

Las amigas se marcharon, dejando atrás la mirada voraz de todos los hombres de la redacción.

—Lo has derretido con ese beso —dijo Sofía—. Creo que has materializado un sueño.

Una carcajada fue la respuesta de Giuliana.

—Si se trataba de una fantasía, estoy segura de que sólo se ha materializado la introducción.

Fueron a las mejores tiendas de Milán y lograron armar un dormitorio moderno y acogedor. Se decidieron por un respaldo de madera y un somier. Eligieron edredón y almohadones blancos. Sofía insistió en que el dormitorio debería tener el sello de Giuliana, como algún detalle de su color preferido. Sin embargo, no logró convencerla, ella esperaba decidir cada aspecto de la casa y la decoración con Tex.

Compraron velas aromáticas, sábanas de seda. Equiparon el baño y lo decoraron con jarrones de cristal que llenaron de caracoles y jabones blancos.

No se demoraron mucho en la cocina. Un amplia heladera de acero, vajilla para seis y una máquina de café fue todo lo que consideraron fundamental.

Después de terminar, decidieron almorzar juntas. Fueron a un nuevo restaurante, algo alejado de la ciudad. Ambas buscaban estar tranquilas para poder conversar sin interrupciones.

—¿Cómo le contarías a Tex lo de la casa nueva? —preguntó Giuliana con un tono preocupado en la voz.

Sofía buscaba una idea alocada y divertida.

—Tu silencio no está ayudando —reclamó Giuliana ansiosa.

Sofía sonrió.

—Pensaba en Giovanni.

—¿En Giovanni? ¿Yo necesito de toda tu creatividad y tú piensas en él?

—De alguna manera, él ha despertado toda mi imaginación. Pensaba en la cara que puso cuando le diste un beso. Y esa cara inocente y sorprendida me hizo imaginar su fantasía.

Giuliana miraba con sorpresa a Sofía, pues no lograba vincular su pregunta con Giovanni.

—¿Y qué es lo que te imaginas?

—Supongo que todo debería comenzar en el aeropuerto. Deberías buscar a Tex y una vez en el auto, vendarle los ojos con un pañuelo de seda. Suena erótico, ¿verdad?

Giuliana asintió con un gesto y Sofía dio rienda suelta a su imaginación.

—Eso definitivamente lo sorprenderá, sentirse a tu merced le resultará sensual, y así podrás evitar que descubra que la casa está a pasos de la casa de tus padres. Durante el trayecto le convidarás un champagne con cerezas, el

preámbulo clásico de una noche de amor. Cuando Lucca los deje en la casa, deberás ayudarlo a entrar. De ninguna manera debes dejar que se quite la venda, aunque lo intentará varias veces.

—¿Tu idea es que no le muestre nada y lo mantenga vendado todo el fin de semana? —dijo Giuliana entre risas.

—¡No estás tratando esto con seriedad! —reclamó Sofía—. Una vez que estén en el dormitorio, que obviamente tendremos preparado para la escena, le quitarás la venda. Él se mostrará sorprendido y curioso. No lo dejes conocer la casa en ese momento. Sedúcelo. La inauguración debe ser explosiva. El aire tiene que estar cargado de pasión. Sólo después de rendirlo en tus brazos, podrás mostrarle la casa. Te aseguro que le resultará perfecta, incluso la ubicación, cosa que descubrirá después de una noche inolvidable.

Giuliana no dejaba de admirar la imaginación de Sofía.

—Creo que tus columnas deberían dar este tipo de consejos. ¡Serías la mujer más leída del planeta!

Sofía ahogaba su risa en una copa de vino. Definitivamente, dar consejos amorosos le resultaba divertido. Sobre todo, porque estaba segura de que Giuliana lo llevaría a cabo con maestría.

—Hemos hablado de Tex, pero hace un tiempo que no hablamos de tu futuro. Hasta ahora todo es un éxito y estoy segura de que seguirá siendo así, eres mi periodista preferida, pero ¿qué planes tienes?

—Ya se empezaron a grabar las primeras entrevistas. Eso es un sueño hecho realidad, sólo falta que a la gente le guste mi estilo. Las columnas resultan cada vez más fáciles de escribir, creo que me he vuelto adicta a ellas. Y pronto viajaré a Frankfurt con Mariano.

—¿Con Mariano? —preguntó Giuliana con picardía.

Sofía sonrió.

—Un viaje estrictamente laboral. Aunque no lo creas, entre él y yo no ha pasado nada. Es un hombre sensacional. Es inteligente, creativo y dulce. Me ha ayudado y aconsejado en todos los nuevos proyectos. Se ha vuelto casi un mánager *ad honorem* o un agente muy protector. Creo que este viaje nos ayudará a afianzar esa relación y a conocernos con un poco más de profundidad.

—Entonces… ¿ese corazón sigue enredado en unos ojos de hielo?

—Algo así —contestó Sofía.

Por primera vez, Giuliana fue testigo de una duda dibujada en el rostro de

Sofía. Gérard era lo único que ella no estaba segura de conseguir.

Como estaba planeado, Giuliana esperaba a Tex en el aeropuerto de Milán. Lucca había acercado el auto a la pista y la puerta del jet de Argenta Investments se abría. Giuliana bajó del auto y lo esperó apoyada sobre el capot. Llevaba puesto un vestido morado, zapatos al tono y un saco blanco.

Tex se detuvo en la escalera para observar con detalle a la hermosa mujer que lo esperaba en la pista. Se acercó a ella, la envolvió en sus brazos y pegó sus labios a los suyos. Giuliana murmuró:

—Te extrañé.

Y él respondió con otro beso apasionado.

Lucca se ocupó del equipaje y ellos subieron al auto.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Giuliana.

—Desde hace días está torturándome la curiosidad.

—Pero antes tienes que ser obediente y cumplir un par de reglas.

Tex la miró sorprendido cuando vio que ella sacaba de su bolso un pañuelo de seda negro. Se mantuvo en silencio, mientras Giuliana vendaba sus ojos sin ninguna objeción.

—¿No dirás nada? —preguntó incrédula.

—No, cumpliría cualquier regla que impongas. Si tú eres el premio.

Esa respuesta excitó a Giuliana que acercó sus labios a los de él y lo besó con ternura y ardor. Exploró su boca y él se entregó al placer. Se dejó invadir por su perfume, sus caricias y esas palabras en italiano que ella susurraba.

—Si sigues así, tendremos que parar aquí —dijo Tex con un tono ronco en su voz.

Giuliana se separó de él y sirvió dos copas de champagne. Le alcanzó una y acercó la suya a la de él.

—¡Por nosotros! —dijo mientras hacía sonar el cristal de ambas copas en un brindis—. Y por mi sorpresa, para que te guste tanto como a mí.

Bebieron esa y otra copa más. Giuliana necesitaba relajarse y Tex controlar su excitación. Él la abrazó pegándola a su cuerpo y acarició sus piernas el resto del trayecto. De pronto sintió que el auto disminuía la velocidad, escuchó un portón abrirse y preguntó si ya habían llegado.

—Sí, pero todavía no puedes quitarte esa venda.

Bajaron del auto, Lucca entró las valijas y se marchó. Tex permanecía parado en el porche de entrada.

—Ahora describe todo lo que sientes.

—Una inmensa curiosidad por saber dónde me has traído. Espero sinceramente que estemos solos y que nadie vea lo que eres capaz de hacer conmigo.

El comentario hizo reír a Giuliana.

—No tienes que preocuparte por eso. Somos sólo tú y yo.

—Estamos en un jardín. Debe haber flores porque siento su perfume. Supongo que es una zona residencial porque no hay muchos ruidos. Los autos que pasan por la calle a mis espaldas van despacio y son pocos.

—Buena observación —Giuliana tomó la mano de Tex y guió sus pasos hasta la entrada principal. Abrió la puerta de la casa y entraron.

—Acabas de abrir una puerta, así que estoy seguro de que estamos en una casa. Parece amplia porque hemos dado varios pasos sin ningún obstáculo, o tal vez esté vacía.

A Giuliana la sorprendían los comentarios acertados de Tex.

—¿Crees que el champagne y la venda te permitan subir unos escalones?

—Hasta podría cargarte si eso ayuda a que me quites esta venda.

Giuliana reía feliz. Todo funcionaba de maravillas y Tex tenía el humor necesario para seguir con el juego.

Subieron los escalones despacio. Tex aprovechó la ocasión para exigir un beso por cada obstáculo superado.

Giuliana lo besaba y dejaba que él devorara su boca. La escalera sirvió para encenderlos, la pasión recorría sus cuerpos con cada contacto.

Cuando llegaron arriba, Tex intentó quitarse la venda y Giuliana se lo impidió. Él la tomó por la cintura y la levantó en sus brazos.

—Está bien, no me quitaré la venda, pero tendrás que guiar mis pasos con pericia para que no caigamos juntos.

Giuliana no podía sentirse más feliz en ese momento. Tex jugaba, era creativo. Entre risas llegaron al dormitorio principal.

—Estamos en una habitación —dijo Tex parado en la puerta con ella en brazos—. Todo aquí tiene tu perfume, podría decir que me has traído al Paraíso.

Giuliana permanecía en silencio y Tex a ciegas caminaba en dirección a la cama. Sus rodillas la encontraron y con dulzura recostó a Giuliana. Se quitó la

venda y la miró con adoración. Tomó sus manos y la levantó buscando su cercanía. Ambos sintieron cómo su pulso se aceleraba y en ellos ardía el deseo. Él la desvestía con ternura. Ella cerraba los ojos y sus dedos se enredaban en su pelo. Besaba su cuello y acercaba su cuerpo al de él intentando cubrir su desnudez. Ella desabotonó su camisa que cayó al piso. Sus pechos se apoyaron en un torso desnudo y fuerte. Tex la guió a la cama, donde ella se sentó, y él se arrodilló entre sus piernas. Giuliana atrapó la cabeza de Tex con ambas manos acercándola a su pecho, invitándolo a unirse a ella. Él llevó sus manos a sus muslos y con suavidad comenzó a acariciarlos. Sus manos hambrientas no se detuvieron y sus dedos la exploraron. Giuliana gimió ante la invasión. Tex se recostó con dulzura sobre ella y mientras la besaba susurró en tono suplicante:

—Déjame amarte. —Y se deslizó con facilidad dentro de su humedad.

Ambos se entregaron al placer. Giuliana arqueó su cuerpo ante las embestidas de su amante, echando la cabeza hacia atrás. Un violento espasmo la sacudió y sus gemidos enloquecieron a Tex que aceleró el ritmo, penetrándola hasta temblar de gozo. Aún dentro de ella sintió cómo su cuerpo reaccionaba ante las palabras eróticas que ella susurraba. Volvió a amarla una y otra vez hasta que sus cuerpos se rindieron.

Por la mañana, Giuliana abandonó la cama silenciosamente y buscó en la cocina el desayuno que había encargado a Fabiola, la cocinera de sus padres. La mujer había seguido sus instrucciones al pie de la letra. Sobre la isla de la cocina esperaba una bandeja preparada con café y las deliciosas confituras con las que la malcriaba desde pequeña. Todo en la cocina olía delicioso. Estaba segura que después de la noche que habían compartido, Tex estaría hambriento y disfrutarían de un desayuno en la cama.

Subió la bandeja y la colocó sobre la mesa en la antesala de la habitación. Volvió a meterse sigilosamente en la cama y comenzó a besar a Tex, haciéndole cosquillas para despertarlo. Él se volteó rápidamente y la aprisionó en sus brazos. Sus manos volvían a recorrer las curvas de Giuliana. Ella, dócil, se entregaba a sus caricias. Tex la colocó sobre su cuerpo mientras sus manos presionaron sus nalgas sobre su miembro rígido. Ella lo miró y vio sus ojos nublados de deseo.

El café fue testigo del amor y la lujuria. Y sólo fue necesario que Tex probara una confitura para que adivinara que su prisión paradisíaca no estaba lejos de la casa de sus suegros.

—Así que Fabiola nos ha acercado el desayuno —dijo riendo al ver la cara de sorpresa de Giuliana—. Es la única que prepara estos pasteles deliciosos.
—Sí, se los pedí porque sé que te gustan.
—Y como sólo bajaste unos minutos, estoy seguro de que esa bandeja estaba preparada.
Giuliana abría los ojos como una niña pillada en su travesura. No podía articular palabra. Cerró los ojos rogando que ese hecho no acabara con la magia que habían creado juntos.
—¿Por qué ese silencio? —preguntó Tex preocupado.
—Porque mi gran temor es que no estés de acuerdo con todo lo que tengo que contarte.
—¿Y qué tiene que ver eso con tus padres?
—¡Todo!
Ahora el sorprendido era Tex.
—Tendrás que contarme qué es lo que tanto te preocupa porque mis deducciones terminaron ahí.
—Mi padre nos ha regalado esta casa como regalo de bodas. ¡Está sólo a unos metros de la suya!
Tex no pudo evitar la carcajada que le provocó el tono temeroso con el que Giuliana le daba la noticia. Y Giuliana se sorprendió por una reacción que jamás hubiera imaginado.
—¿Qué es lo que te resulta gracioso?
—Dos cosas. Primero que creas que yo puedo reaccionar mal a algo que tú me dices y que estoy seguro de que te gusta. Y lo otro es la astucia de tu padre.
—¿Entonces aceptas el regalo?
—Lo has aceptado tú y yo no tengo ninguna objeción —contestó Tex con una sonrisa—. Tu padre es un hombre que habla claro, te quiere en Milán a su lado y esta casa es la evidencia. Yo no tengo ninguna razón para alejarte.
Giuliana no pudo resistir la emoción que esas palabras le provocaron y se enredó en los brazos de Tex, besándolo más enamorada que nunca.

Sofía y Mariano se encontraban en el aeropuerto de Milán a punto de viajar a Frankfurt, donde se llevaría a cabo una feria internacional. Se reunían ahí

representantes de los medios de comunicación más importantes del mundo, tanto aquellos dedicados a la prensa como los ocupados en la televisión.

—Mariano —dijo Sofía mientras se acercaba.

—¡Por fin! Pensé que ya no vendrías.

—No es tan tarde como para que pierdas la fe. Sabes que no me perdería mi primera feria.

Ambos se registraron en el vuelo, despacharon su equipaje y caminaron juntos en dirección a la puerta de embarque. Mariano tenía un trato tan amable que hacía que Sofía se sintiera siempre a gusto en su presencia.

Ya en el avión, Sofía tuvo la oportunidad que buscaba. Necesitaba hablar sin interrupciones con Mariano.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer en la feria?

—Básicamente, relaciones públicas. Y sé que siempre estás preparada para eso.

Sofía sonrió, no podía negarlo.

—Hay relaciones que se valoran más que otras, ¿en cuáles deberíamos concentrarnos?

—Buen punto. ¿Conoces a Gérard Duval?, ¿correcto?

Sofía sintió que su garganta se estrangulaba al escuchar ese nombre y sólo pudo asentir con un movimiento de cabeza.

—Te contaré su historia, porque si conoces lo que ya todos saben de él, podrás intentar averiguar lo que todos quieren saber. Gérard es hijo de Danielle y Francis Duval. Ambos pertenecientes a familias emblemáticas de Francia. Francis, su padre, era un verdadero estratega que fundó uno de los diarios más importante de París.

—*Le Parisien* —dijo Sofía.

—Exacto. Lamentablemente, Francis murió siendo un hombre joven y durante varios años fue Danielle quien se ocupó de mantener a flote el negocio familiar. Ella es una mujer sagaz, pero ya está retirada y ha dejado todo el negocio en manos de su único hijo. Gérard es un hombre muy reservado, se sabe muy poco de él. Pero ha logrado en poco tiempo convertirse en el magnate europeo de los medios de comunicación. Si bien heredó el negocio de manos de sus padres, ha logrado multiplicar exponencialmente sus ganancias.

—¿Sólo está involucrado en ese negocio? —preguntó Sofía casi con timidez.

—No, se sabe que hizo grande ese negocio para probarle a su madre que

podía ocuparse de él, pero su verdadera pasión está relacionada con la más avanzada tecnología. Hace un tiempo te comenté que había una empresa que estaba desarrollando una nueva tecnología, la del teléfono móvil. Eso cambiará completamente la forma en que se transmiten las noticias y aquellos que dispongan de ella en primer lugar tendrán una ventaja competitiva importante frente a sus competidores. Se dice que Duval forma parte de ello.

—Y eso hará que el magnate europeo se mantenga en la cima —dijo Sofía casi con orgullo.

—A Duval no le importa mantenerse, siempre busca algo más. Si ya es parte de esa empresa que ha desarrollado el prototipo, seguramente está involucrado en algo nuevo.

—Entonces, ¿no es eso lo que quieres que averigüe?

—No, el rumor que me preocupa es otro. Aparentemente, Duval ha comprado medios de comunicación gráficos y televisivos en Estado Unidos. Es eso lo que lo haría invencible. Dominar los medios de comunicación en los dos continentes más importantes.

—No me imaginé que una persona tuviera el tiempo necesario para hacer todo eso.

—Duval no trabaja solo, es un estratega como su padre. Tiene una supuesta empresa de seguridad, o mejor dicho, está camuflada bajo ese rubro. El punto es que esa empresa le permite tener espías en todas partes y contar con información secreta casi de manera instantánea.

—Pero… ¿tomará decisiones tan importantes basándose sólo en “rumores”?

—Sofía, esos rumores son generalmente mucho más verdaderos que los partes de información oficial. Gérard y su imperio son la mejor evidencia.

—Entiendo —dijo Sofía, mientras intentaba ordenar toda la información que había recibido—. Pero hay algo que necesito saber. Yo te conocí en una fiesta de Duval, quien te presentó como su amigo. ¿Por qué necesitas investigarlo? ¿No puedes hablar de estos temas con él o asociarte en alguna de sus operaciones?

El comentario de Sofía hizo reír a Mariano.

—Se trató de una presentación de cortesía. Gérard no tiene amigos en los negocios, por lo menos ninguno que yo conozca, sólo gente que trabaja para él en la más estricta confidencialidad. El apodo que le han puesto sus colegas es “Hombre de hielo”.

Sofía sintió un golpe en el estómago. Recordó esos ojos azules. No era alentador saber que no había sido la primera en advertirlo.

—No me siento cómoda con el papel de espía —agregó.

—No es eso lo que te estoy pidiendo. Sólo necesito que estés atenta a todo lo que suceda en Frankfurt. Estoy seguro de que volveremos con mucha información.

El resto del vuelo lo hicieron en silencio. Sofía simuló haberse quedado dormida. Sabía mucho más sobre Gérard y sin embargo moría de curiosidad por seguir escuchando sobre él.

Al llegar a Frankfurt se dirigieron rápidamente al hotel en el que se hospedaría la mayor parte de los asistentes a la feria. Se trataba de un hotel del siglo XIX. Su ubicación era ideal, estaba a sólo cinco minutos del centro histórico y de la ópera.

—¿Te gusta? —preguntó Mariano cuando bajaban del auto.

—¡Me encanta! —contestó Sofía con toda la espontaneidad que la caracterizaba y que siempre lograba dibujar una sonrisa en el rostro de Mariano.

—Ya es tarde y el restaurante del hotel está cerrado. Si quieres, puedes pedir algo a la habitación.

—No te preocupes —contestó Sofía.

—Recuerda que mañana te estaré esperando para desayunar y coordinar las reuniones del primer día.

Sofía asintió con un movimiento de cabeza, mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Llegó a su dormitorio y se sintió feliz. Era amplio; sus muebles dorados a la hoja y tapizados en colores pasteles seguían el más puro estilo victoriano. La cama de dos plazas estaba llena de almohadones y el techo exhibía detalladas molduras de yeso.

En el baño encontró una bañera circular de mármol y no dudó en llenarla de agua caliente y burbujas de jabón. Lo disfrutó hasta que el sueño la obligó a dar por finalizada su jornada.

Por la mañana se despertó sobresaltada. ¡Se había quedado dormida! La noche había estado llena de sueños que no lograba descifrar. Saltó de la cama y se vistió. Eligió un vestido verde, medias y zapatos negros. Se arregló a toda prisa y antes de salir buscó un anillo con una esmeralda y se colgó una cadena de oro que combinaba con el resto de sus accesorios. Sofía era una amante de

los detalles, podía llegar tarde a una reunión, pero jamás sacrificaría el glamour.

Tuvo suerte pues Mariano seguía en el comedor esperándola para desayunar.

—¡Buenos días! —dijo Sofía.

—Buenos días. Veo que no eres una mujer madrugadora.

Sofía rió ante esta recriminación, sabiendo que él la perdonaría de todos modos.

Durante el desayuno Mariano comentó lo que se decía sobre la feria.

—Hay un fuerte rumor que dice que Duval no vendrá. No me sorprende, creo que en todo el tiempo que llevo en el diario sólo lo he visto en una.

—Eso ayuda a relajarme. Es alguien difícil para empezar una conversación. ¿A quién más tienes en mente?

—Verás a nuestra competencia por todos lados. Intenta conversar con ellos y averigua sobre futuros proveedores de nuevas tecnologías para el diario. Yo me ocuparé del resto. Estoy seguro de que no tendrás mucho tiempo libre.

—¿Por qué dices eso? He venido sólo a ocuparme de la feria.

—Sí, pero te recuerdo que tu fama como entrevistadora ha trascendido las fronteras de Italia y aquí hay más de un colega con intenciones de hacerte pasar de entrevistadora a entrevistada.

Esta vez fue la cara de incredulidad y sorpresa de Sofía la que hizo reír a Mariano.

—No niegues ninguna entrevista, para mí es todo un honor haber descubierto a la nueva sensación periodística del siglo.

—¿Piensas dejarme sola?

—No haremos mucho si estamos juntos, pero esta noche conversaremos durante la cena.

Mariano se acercó a Sofía y se despidió con dos besos.

—El verde te sienta muy bien —dijo con simpatía.

Sofía terminó sola su desayuno, mientras disfrutaba de la vista del casco histórico. Por primera vez se sentía tremendamente confundida. No sabía si tenía que estar aliviada por no tener que reunirse con Gérard o desilusionada por su ausencia. Y como si eso no fuera suficiente para distraerla, Mariano comenzaba a tener un trato familiar que le resultaba reconfortante. ¿Podía haber algo entre ellos? Una cena juntos, eso era una excelente oportunidad de averiguarlo.

A Sofía no le costó convertirse en el centro de atención de la feria. Su porte, su belleza y su personalidad fueron sus primeras armas. Cuando entró en el inmenso auditorio del hotel, cientos de cabezas voltearon para mirarla. Eso no la intimidó, al contrario, pensó que esos hombres deberían salir de sus oficinas más seguido.

Se acercó a unas personas que conversaban cerca de la puerta y su inteligencia y su sentido del humor lograron que la hicieran parte de la charla. Se trataba nada menos que del grupo de más prestigio de la feria. Ella no tardó en darse cuenta de que eran los norteamericanos que había mencionado Mariano. "La suerte es para todos, pero esta mañana se ha levantado conmigo", pensó.

Almorzó con ellos y recibió todo tipo de información, incluso ofertas de trabajo que descartó con toda la amabilidad de la que era capaz.

Durante el almuerzo un empresario televisivo le pidió una entrevista que no pudo rechazar y que realizó esa misma tarde. Fue todo un éxito.

Sofía contestó todas las preguntas sin vacilar. Con la sagacidad, la ironía y el humor que la caracterizaban y lo hizo todo en un perfecto inglés.

Cuando terminaron se despidió afectuosamente de sus nuevos amigos y se retiró a su habitación para descansar y cambiarse para la cena que había programado con Mariano. Necesitaba llegar a conocer con más profundidad a ese hombre gentil que ya no era sólo su jefe sino un consejero y amigo.

Mientras Sofía tomaba una ducha, Gérard se enteraba de su presencia en Frankfurt y de su entrevista para la *ABC*. Esta era la cadena que había comprado en el más absoluto secreto y los ejecutivos que había mandado lo llamaron para comentarle que habían descubierto a la mujer perfecta para llevar el programa norteamericano de entrevistas a la cima del ranking.

Gérard sintió orgullo y celos casi en las mismas proporciones. No había nada que justificara esos sentimientos; sin embargo, no podía dejar de imaginar a todos esos buitres intentando lograr algo más con Sofía. Las palabras que habían usado para describirla resonaban en sus oídos. "Hermosa, sensual, inteligente". No era una combinación habitual.

Después de esa llamada, Gérard no pudo sacar a Sofía de su cabeza. Llamó a su secretaria y le pidió que cancelara sus reuniones y que su avión estuviera listo para viajar a Frankfurt.

Media hora más tarde salió de su oficina en *Le Parisien*. Pierre lo esperaba en la puerta.

—Buenas tardes, Pierre. ¿Tienes todo lo que te pedí?

—Su equipaje está en el baúl y su avión espera en la pista.

—Perfecto.

Gérard ya había hablado con su gente en Frankfurt para que se ocuparan de ubicar a Sofía en la misma mesa que él. Si quería verla, nada se lo impediría.

Sofía cepillaba su larga cabellera azabache, mientras miraba de reojo el vestido negro de seda que Paulina había recomendado. En realidad, lo había diseñado para ser su cómplice en la difícil hazaña de acaparar la atención de Gérard. Eso era algo que lamentaba, esa noche no sería él quien se sentaría a su lado.

Recordó lo que Paulina opinaba del negro. Para ella era elegancia, profundidad y misterio. "Es lo que Gérard verá", le había dicho.

Cuando terminó de arreglarse, se probó el vestido. El calce era perfecto, la caída de la tela marcaba con delicadeza sus curvas y un atrevido escote dibujaba un busto generoso. La espalda quedaba descubierta, sólo protegida por su larga cabellera. Como único accesorio llevaba unos aros de diamantes que Giuliana había aportado al atuendo. Supo que se veía sensual y sonrió pensando en las sabias palabras de Paulina. Si no era Gérard, algún hombre moriría por ella esa noche.

Bajó al lobby y robando suspiros se acercó al restaurante principal del hotel donde estaba prevista la cena para un selecto grupo de participantes. Encontró a Mariano preocupado, esperándola en la puerta.

—Estás hermosa —dijo en un suspiro.

—Gracias —contestó Sofía halagada.

—Tengo que confesarte que por cuestiones de organización han numerado las mesas y no estamos en la misma.

Un puchero se dibujó en el rostro de Sofía que hizo reír a Mariano.

—Sospecho que hoy has roto algún corazón influyente que se ha ocupado de sabotear nuestra cena.

Mariano indicó a Sofía cuál sería su mesa y le señaló la que le habían asignado a él.

—No estaremos lejos, si necesitas algo sabes dónde buscarme.

Sofía agradeció con dulzura el gesto de Mariano, pero le sorprendió su falta de interés por llevarla con él. Estaba acostumbrada a incitar los más bajos instintos en los hombres; sin embargo, Mariano era diferente. Siempre estaba ahí para ayudarla, pero jamás buscaba privarla de su libertad y de las

oportunidades que la vida ponía en su camino. Era protector y cariñoso, pero Sofía advertía que su trato era básicamente fraternal.

Caminó decidida hasta la mesa correspondiente. Reconoció a Larry, quien la había entrevistado por la tarde. Era el único que ocupaba su lugar. Al verla, se puso de pie y señaló una silla para que se sentara justo frente a él y le aclaró que los lugares ya estaban asignados.

—Estás en la mesa de la *ABC*. Los ejecutivos están un poco atrasados, cosa que agradezco —dijo con una sonrisa pícara en los labios.

Todos llegaron unos minutos más tarde y ninguno ocupó el lugar a la izquierda de Sofía. Esto le llamó la atención. Como si hubiera nombres sobre los platos, cada uno elegía un lugar específico. Sofía no pudo con su curiosidad y preguntó:

—¿Nadie ocupará este lugar?

La miraron sorprendidos por su osadía.

—Si está libre, quisiera que se una a nosotros mi jefe.

—En realidad no está libre —contestó con cortesía uno de los principales de la *ABC*—, todavía no han llegado todos. Me disculpo por la impuntualidad.

Cuando terminaba de decir esto, un bullicio se escuchó en el salón. Sofía miró en dirección a la puerta y su corazón dejó de latir. Gérard estaba parado ahí, con un reluciente esmoquin negro. Sus ojos azules la miraron sólo a ella y sin aceptar interrupciones caminó hasta la mesa. Se disculpó por la tardanza y se sentó a su lado.

Sofía sentía que se había olvidado de respirar. Todo el salón daba vueltas a su alrededor y ella no podía articular palabra.

Gérard se acercó a ella y murmuró a su oído:

—Tanto tiempo.

Ella no pudo más que asentir. Necesitaría varios minutos para recuperarse de la sorpresa.

La mesa cobró vida. Los americanos eran grandes conversadores y la ayudaron a calmarse contando todo tipo de historias. Sofía estaba concentrada sólo en Gérard, en sus comentarios, sus movimientos, sus pausas y su perfume, que parecía hechizarla. Todo en él le resultaba fascinante.

Una orquesta ubicada detrás de una improvisada pista de baile comenzó a tocar cada vez más fuerte. Larry se acercó a Sofía y cuando estaba a punto de pedirle que bailara con él, los ojos azules de Gérard se clavaron como dagas en su pecho y lo detuvieron. Fue tan evidente el gesto posesivo de Gérard que

los otros hombres de la mesa quedaron sorprendidos. Para escapar del juicio de sus empleados, Gérard se puso de pie y sin hacer pregunta alguna tomó la mano de Sofía. Sólo necesitó de un gesto para que ella lo acompañara a la pista. Sofía acaparaba toda la atención. Todas las miradas estaban puestas en ella. Su sensualidad, sus curvas, su cabellera negra la llenaban de misterio. Gérard supo que era la presa codiciada y su ego lo impulsó a conquistarla. No dejó que nadie se les acercara y la custodió con su cuerpo y su mirada.

Sofía sentía que toda la escena era irreal. Casi no habían cruzado palabra, pero las manos de Gérard en su cuerpo hacían que su sangre ardiera. Él inspiraba el sabor de lo prohibido, de lo clandestino. Sofía no pudo resistir ese juego de seducción y supo que se rendiría con facilidad al roce casual de sus cuerpos, al clamor de la pasión que crecía entre ellos. Su sonrisa provocaba a Gérard y la mirada penetrante de él la excitaba.

Lograron escapar del lugar sin llamar la atención, aprovechando el apogeo de la fiesta. Gérard no había dicho ni una palabra, pero sus ojos de hielo ardían de deseo. Tomó a Sofía de la mano y la guió hasta el ascensor. Marcó el octavo piso. Sofía lo miró sorprendida, él pegó sus labios a los de ella, atrayéndola contra él y reclamando su boca con voracidad. Ambos respiraban con dificultad cuando el ascensor se abrió.

Caminaron hasta la habitación de Sofía sin dejar de tocarse, de sentirse. Ella sacó las llaves de su bolso y Gérard abrió la puerta. Entraron embriagados de excitación.

Sofía no podía creer la transformación en Gérard, sus ojos recorrían su cuerpo como dos brasas ardientes. Sus manos la desnudaron con pericia. Sofía tomó el mando deteniendo el tiempo. Apoyó sus manos sobre los hombros de Gérard, quien custodiaba con la mirada su erótica desnudez. Ella lo desvistió con dulzura, adorando con sus besos cada centímetro de piel que descubría. Gérard soportó estoico la tortura de esa boca que lo inflamaba de deseo e invitó a Sofía al contacto de su piel contra la suya. Ella se olvidó de todo y se rindió ante la evidencia de un cuerpo poderoso sobre el suyo.

Gérard la acariciaba con maestría. Sus manos recorrieron su anatomía, deteniéndose en lugares estratégicos, logrando así que Sofía delirara de placer y suplicara su cercanía. Gérard reclamó sus labios, su lengua se apoderó de su boca y sus cuerpos se enredaron cargados de lujuria. Él aprisionó un pezón erguido entre sus labios y su boca lo succionó con urgencia. Insaciable, su lengua se apoderó del otro, logrando que Sofía gimiera de placer. Un temblor

recorrió todo su cuerpo cuando sintió la invasión de Gérard, que con firmeza se adentraba en lo más hondo de su ser, provocando que ella disfrutara del éxtasis del amor. Ella se sentía arcilla en las manos de un escultor, uno demandante y exigente. Se dejó moldear satisfaciendo todas las pretensiones de su amante y disfrutando de cada una de ellas. Se amaron hasta fundir sus cuerpos, hasta lograr el más perfecto complemento. Gérard tembló, inundando toda su intimidad, llenándola con su calidez. Sus brazos la rodearon y la contuvieron durante toda la noche.

La mañana iluminó la habitación de Sofía y los ruidos de la ciudad se filtraron por su ventana. Todo su cuerpo era evidencia de una apasionada noche de amor. Buscó a Gérard entre las sábanas, pero se descubrió sola. Él no estaba y su ropa tampoco.

Sintió el infinito vacío de la soledad y su cara se llenó de llanto. Lloró de impotencia, lloró ante la crueldad de su amante. Había sido la mejor noche de su vida y sin embargo la mañana delataba la emboscada. Para él, ella había sido sólo otra de sus tantas conquistas.

Acostumbrada a manejar la situación, la embargaba la decepción. Había entregado el alma a la persona equivocada. Él había descubierto su vulnerabilidad y no había dudado en acertar el golpe. Le dolía el orgullo. Se avergonzaba de su apresurada rendición.

Tomó una ducha larga, intentando borrar de su piel cada uno de sus besos. Pero su mente caprichosa insistía en repetir las imágenes que la habían llevado al éxtasis de una manera gloriosa.

Se demoró en arreglarse. Tendría que disimular su estado de ánimo para que Mariano no descubriera lo que había sucedido. Tendría que actuar para esconder un corazón roto por la actitud cobarde de su amante.

Cuando juntó el valor que necesitaba para bajar a desayunar, pasó por el mostrador de recepción y, de inmediato, una mujer la alcanzó para entregarle un sobre con su nombre. Sofía detuvo la marcha y lo observó. Su corazón dejó de latir ante la posibilidad de encontrar adentro una disculpa. Lo abrió y su sorpresa fue mayor. Gérard le daba una excusa, una muy buena, para que ella justificara la ausencia de ambos sin generar sospechas.

Guardó la carta en su bolso y se acercó a Mariano que desayunaba en una mesa junto a la ventana.

—¡Buenos días! —dijo con el buen humor de siempre.

—Buenos días —contestó Sofía esforzándose por evitar que su voz

temblara.

—Sé que en tu mesa estuvo Duval. Todos hablan de eso.

Esas palabras lograron que Sofía advirtiera el motivo que escondía la excusa de Gérard. Sofía se preparó para su mejor actuación.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Que estaba loco por ti y que dejaron la fiesta temprano.

—Siempre hay algo de verdad en los rumores —dijo Sofía dejando crecer el misterio.

Mariano la miraba intentando no perder la paciencia. Moría por saber con detalle todo lo que había pasado.

—¿Y cuál es la verdad de este rumor?

—Que está loco por mí —contestó Sofía con la voz cargada de ironía.

—Vamos, cuéntame, no me hagas suplicar por esta historia.

—Dejamos la fiesta temprano, es verdad, pero no para lo que seguramente todos han pensado.

Mariano miró con sorpresa a Sofía. Él mismo era uno de los que consideraba la posibilidad.

—Lamento decepcionarte —le dijo Sofía.

Mariano supo que había advertido su hipótesis y no pudo más que ruborizarse.

—Por el cariño que siento por ti, aliviaré tu tortura.

Mariano agradeció con un gesto.

—Nos retiramos de la fiesta porque le pedí unos minutos para una entrevista personal.

—¿Te concedió una entrevista sin más?

—Sí, tengo muchos datos importantes. Como detalles de la compra de un porcentaje mayoritario de las acciones de *ABC*, inversiones en nuevas tecnologías y un plan de gestión global para los medios de comunicación.

Mariano no podía gesticular. Sofía había logrado en una noche mucho más que cualquier reportero que respetara.

—¿Podremos tener la primicia?

—Ya la tenemos, puede estar en la prensa de mañana si llegamos a tiempo a Milán para la impresión de esta noche.

—Eres genial. Esto dejará callados a muchos.

—A muchos que pensaron como tú —contraatacó Sofía.

Mariano recibió el golpe y como un caballero asumió la responsabilidad.

Gérard estaba de vuelta en París, pero le resultaba imposible dejar de pensar en Sofía. La había tratado como a cualquier otra conquista, pero ella era diferente. Se había entregado con un amor incondicional, despertando en él la necesidad de amarla con ferocidad. Había sido suya y él, no podía negarlo, se había rendido ante ella. Como nunca antes esa noche había abierto su corazón a la pasión. Pero después del amor, la dejó dormida. Sabía que no podía despertar a su lado. No podía arriesgarse al deseo que ella despertaba en él. No podía proponer una relación que pensaba imposible. No creía en relaciones a largo plazo. El amor era algo que se diluía con el tiempo.

Estaba seguro de haber actuado correctamente. La había amado con sinceridad y había contribuido a callar cualquier rumor sobre esa noche. Sería la única periodista que lograba una exclusiva con el director del grupo de comunicaciones más grande del mundo en ese momento.

Ya en Milán, Mariano leía eufórico el escrito que Sofía había terminado a tiempo para la impresión del diario esa misma noche.

—Es la mejor primicia que el diario tiene en años —dijo entusiasmado—. Pero todavía no entiendo por qué te la dio a ti cuando todos esperarían que fuera publicada por *Le Parisien*.

—Puedes estar seguro de que Gérard Duval ya ha pensado en eso y ha aprovechado la oportunidad para usarnos.

—No tienes una buena imagen de él por lo que veo.

—No, no es eso. Pero estoy convencida de que es el tipo de hombre que “no pisa en falso”. No está haciendo caridad con nosotros. Te recomiendo que jamás bajes la guardia frente a un hombre así.

—De todos modos, esto será muy bueno para nosotros, independientemente de que de alguna manera lo beneficie a él.

—Me alegro de que todo haya resultado bien. Ahora te dejo, el viaje se ha hecho largo y estoy algo cansada.

—Desde luego, tómate todo el tiempo que necesites. Y gracias una vez más por tu eficiencia. ¡Es un placer tenerte en este equipo!

Sofía sonrió ante el comentario y volvió a su oficina, recogió sus cosas y

se marchó a su departamento.

Se dio un baño y sintió que el agua caliente reconfortaba todo su cuerpo, pero el profundo dolor de la desilusión seguía ahí oprimiendo su pecho. Se vistió con un suave pijama de seda y abrió una botella de vino tinto. Llenó su copa y no pudo evitar las lágrimas.

Su mundo se había detenido mientras Gérard acariciaba su piel. Su corazón se había acoplado al suyo y lo había amado como nunca antes; sin embargo, había despertado sola, como una prostituta que ha hecho un buen trabajo. Y así fue, como si fueran pocos los gestos del caballero, había dejado la paga en recepción, una que servía también para proteger su reputación. Seguramente no quería que se dijera que había sido seducido por una reportera.

La impotencia y el dolor que sentía por haber sido humillada de esa forma lograron que el llanto sacudiera su cuerpo con sollozos. Aun así, su mente no dejaba de repasar imágenes de Gérard. Había sido el amante más experto y sus cuerpos habían logrado un clímax casi irreal. Todo eso tenía que quedar en el olvido, ella no volvería a ceder. Con esos recuerdos, cada vez más difusos, debido al efecto que el vino provocaba, Sofía se quedó dormida.

Por la mañana decidió no ir a trabajar. Salió a caminar y no pudo evitar comprar un ejemplar del diario, pero no lo leyó. Decidió almorzar en el bar de Renzo. Necesitaba despejar su mente de lo que consideraba un viaje nefasto.

Su amigo, como siempre, se ocupó de hacerla reír y así, olvidar por unas horas las penas.

Giuliana, que sabía que Sofía estaba de regreso en Milán, había llamado con insistencia a su departamento sin poder encontrarla. Se inquietó y decidió ir a verla. Cuando llegó eran las cinco de la tarde de un viernes. Tocó el timbre y Sofía abrió la puerta.

—¿Dónde estabas? —le preguntó preocupada—. ¿Y por qué estás en pijama a esta hora?

Sofía no pudo evitar que unas lágrimas se escaparan de sus ojos. En silencio, Giuliana la abrazó con fuerza. Cerraron la puerta del departamento y Sofía se sentó en el sofá preparándose para una confesión.

—¿Qué ha pasado? ¡Por favor! ¡Dime por qué lloras! —suplicó afligida Giuliana—. Pensé que ese viaje había sido todo un éxito.

—Tuve la mejor noche y el peor día de mi vida. Creo que no podría resistir nada como eso otra vez.

Giuliana miraba con seriedad a Sofía.

—No te entiendo. ¿Qué pasó?

—La última noche hubo una cena y un baile. Yo tenía previsto cenar con Mariano, pero por alguna razón me asignaron otra mesa. Y cuando ya servían la cena apareció Gérard y se sentó a mi lado.

Giuliana escuchaba con atención sin poder advertir qué podía tener eso de malo.

—Me sorprendió su presencia ahí y obviamente caí en su trampa. Me dejé llevar por la tremenda atracción que siento por él. Bailamos y terminamos en la cama. Es un amante experimentado por lo que no podría negar que disfruté de su pericia, pero por la mañana todo se veía diferente. Fue tanta la soledad, que me sentí usada y abandonada, inerte. Y eso no fue lo peor. Cuando bajé a desayunar, la gente de recepción me entregó un sobre con información confidencial para que fuera publicada por el diario. Fue lo más espantoso que me ha pasado. Sentí que se trataba de una compensación por los servicios prestados o bien el cobarde magnate necesitaba silenciar los rumores que había generado nuestra temprana partida de la fiesta.

Giuliana permaneció en silencio unos minutos mirando con dulzura a Sofía.

—Es evidente que te sientes herida. Pero tal vez no sea esa la única lectura que pueda hacerse de los hechos.

—¿Acaso le darás algo de crédito?

—Jamás defendería a alguien que te ha hecho daño. Pero tal vez no amaneció contigo para protegerte de los rumores y honrar tu reputación. Y con esa información que dejó tuvo la misma intención.

—Si yo de verdad le importara, no hubiera necesitado su ausencia ni el premio consuelo de un falso reportaje.

Giuliana no pudo revertir esos comentarios. El argumento de Sofía era válido.

—Es un cobarde, se arrepentirá. Y tú no derramarás ni una lágrima más por él, no lo merece. Ahora vístete que saldremos a divertirnos como en los viejos tiempos. Ni pienses que te dejaré sola aquí para que sigas deprimiéndote por alguien que no vale la pena.

—¿Me acompañarías a la fiesta de esta noche? —preguntó Sofía.

—Claro que sí. Cualquier cosa para levantar ese ánimo.

—¿Y Tex?

—Morirá de celos, tal vez así entienda que debería estar aquí conmigo y no en Londres sin mí.

Ambas rieron y se vistieron juntas para asistir al evento. Uno importante donde asistiría la alta sociedad italiana. Sofía podría recrear la vista y olvidarse de ese francés por un tiempo.

Gérard recibía la llamada de Danielle, su madre.

—Te llamo por curiosidad, me han contado que estuviste en Frankfurt. Pensé que no irías.

—Fue algo de último momento, a pedido de los ejecutivos de *ABC*.

—¿Y ese viaje tendrá algo que ver con el artículo que publicó el *Corriere della Sera* sobre tus nuevas adquisiciones?

—Así es. Decidí dar una entrevista y me pareció que ese periódico era una buena opción.

—¿El diario o su periodista estrella, Sofía Rossi?

—El diario, mamá. ¿Desde cuándo te preocupa tanto mi agenda laboral?

—Sólo me queda una duda. ¿Por qué no fue *Le Parisien* el privilegiado con esa primicia?

—Porque siempre es mejor que los elogios vengan de otra parte. Eso habla bien de nosotros, que trabajamos con humildad y hablamos poco de nuestros logros.

—Buen punto. Si por casualidad te vuelves a encontrar con Sofía Rossi, me gustaría conocerla. ¡Que tengas un buen día, hijo!

Danielle podía vivir retirada de la ciudad; sin embargo, no había nada que su hijo hiciera que ella no lograra averiguar. Ella moriría siendo una periodista sagaz y jamás perdería sus fuentes de información que la mantenían siempre actualizada.

Cada vez que Gérard conversaba con su madre no podía evitar la sensación de sospechar que ella siempre sabía mucho más de lo que decía. Tal vez era cierto que sus personalidades eran parecidas por más que él rechazara siempre esa posibilidad. Danielle era sin duda una mujer brillante y enigmática.

Algo en el tono de voz de su madre lo llevó a repasar mentalmente la conversación que habían mantenido. Ella jamás había tomado con seriedad

ninguna de sus relaciones y de hecho evitaba cualquier conversación al respecto. Encontraba frívolos sus parámetros de selección y era una convencida de que ninguna belleza de pasarela lograría retenerlo.

Sin embargo, en una llamada de sólo unos minutos había mencionado el nombre de Sofía en dos oportunidades. Eso definitivamente era algo que resultaba curioso. ¿Podría haber algo sobre Sofía que él desconociera y que a su madre le resultara tan interesante?

Su carácter le impedía mantener el suspenso, por lo que mandó a investigar todo sobre la vida de la mujer que invadía sus pensamientos.

Capítulo 17

Josefina sabía que era urgente sacar a Laura de esa depresión en la que día a día seguía hundiéndose. Esa mañana parecía el momento indicado para comenzar. Estaba cansada de verla sufrir y sabía que Marco estaba a punto de perder la paciencia. Tomó un último trago de café y se dirigió a la habitación de Laura, que había tomado como costumbre pasar allí largas horas. Tocó la puerta y antes de obtener una respuesta, entró. Encontró a Laura sentada en una silla mirando el jardín, perdida en sus pensamientos.

—Buenos días. ¿Cómo te sientes hoy? —preguntó, sentándose en la cama frente a ella.

—Igual que ayer, igual que siempre. Siento un peso tan grande en mi pecho que sentiría alivio si dejara de respirar.

La mirada de Josefina no fue la que Laura esperaba. Se había acostumbrado a inspirar pena en otros, pero ahí estaba Josefina mirándola con reproche y decepción.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Laura intimidada.

—Porque sé que tienes el carácter para superar esto y no lo estás intentando. No admito una derrota sin lucha. Siéntete herida, pero no vencida. Permite que te vean llorar si te sientes apenada o furiosa, pero nunca dejes que te vean derrotada. Tienes que vaciar tu alma de todo lo que te atormenta para que puedas llenarla de esas cosas que te hacen feliz.

—No es tan fácil como suena —dijo Laura en un murmullo.

Josefina abrazó a Laura con ternura y antes de marcharse y cerrar la puerta, dijo:

—Mi amor, la única responsable de tu pena o tu felicidad eres tú. En ti hay un cielo y un infierno, tú eliges de qué lado estar. Y ojo con los miedos, les encanta robar sueños.

Estas palabras se grabaron a fuego en el sensible corazón de Laura.

A la mañana siguiente, Laura esperaba a Josefina en la galería para

desayunar.

—Buenos días —dijo al verla.

—Muy buenos —contestó Josefina—. Me alegra verte aquí. Extrañaba desayunar contigo.

—Yo también —dijo Laura con un temblor en la voz—. Quiero intentarlo.

—No esperaba menos de ti —dijo Josefina mientras llenaba de café la taza de Laura y hacía lo mismo con la suya—. Marco y Emilio han salido temprano a la ciudad. Yo tengo que ir a la fundación. ¿Me acompañarías?

Laura sentía un nudo inmenso en la garganta que le impedía hablar, pero un gesto afirmativo fue suficiente para Josefina.

—La Fundación Santa María se creó con el objeto de ayudar a madres solteras o víctimas de la violencia doméstica. Todas mujeres valientes sólo por el hecho de seguir adelante a pesar de la adversidad. La primera vez que visitas un lugar así recibes un fuerte impacto. No es fácil escuchar historias dolorosas, pero mucho peor es esconder la mirada y desconocerlas. Un mundo diferente no se construye con gente indiferente.

Josefina advirtió el terror en los ojos de Laura.

—Tú no tienes que hacer nada, sólo acompáñame.

Cuando llegaron a la fundación, Josefina supo que Laura necesitaba algo de tiempo antes de conocer a las mujeres que ella visitaba allí. Por eso, le pidió a Ramona, la portera del edificio, que le mostrara a Laura las instalaciones, el jardín, la huerta y el taller de oficios. Sabía que eran lugares que no la impresionarían.

Josefina se despidió de ellas, y comenzó su ronda de rutina, que le llevó dos horas. Un tiempo que Ramona utilizó para conocer a Laura.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Ramona con genuina curiosidad—. ¿Por qué conoces a la doctora Josefina?

Ramona era una mujer mayor. Tenía una mirada dulce y amable. Laura se sentía cómoda con ella y no le resultó difícil satisfacer su curiosidad.

—En realidad, la conocí a través de su hijo. Ahora estoy hospedada en su casa.

—Marcos —dijo Ramona emocionada—. Es el muchacho más dulce y hermoso que haya conocido.

Laura no hizo ningún comentario, pero definitivamente compartía la opinión de su nueva amiga.

—Y si la has conocido a través de él y te hospedas en su casa, ¿podría

decir que eres su pareja?

—Algo así —contestó Laura con timidez. No estaba segura de merecer el calificativo. Su relación con Marco no iba bien, ella no lograba vencer sus miedos y seguía evadiéndolo. Agradeció que su embarazo no se notara todavía, porque le resultaría difícil explicarlo.

—Eres italiana, ¿verdad?

—Soy del norte de Italia, de Milán.

—Tu español ya es bastante bueno.

—Gracias —contestó Laura ante el cumplido.

Ramona se esmeraba por mostrar todas las reformas que se habían hecho en la estructura y repetía con insistencia: “esto gracias a la doctora Josefina”.

—¿Qué es exactamente lo que hace ella en esta fundación? —preguntó Laura—. Entiendo que ella es pediatra.

—Pediatra y neonatóloga. Ella ha estado presente y colaborado en varios partos aquí mismo. Eso es lo que hace como profesional, pero lo más importante es lo que hace como ser humano. Ofrece su tiempo, su cariño y su consejo a muchas mujeres y niños. Hay algunas que sólo hablan con ella. Y en gran parte todo este edificio se mantiene con su generoso aporte y el de sus amistades.

Laura era consciente de la dedicación de toda la familia Scorza por la fundación. Incluso había sido testigo de la última recaudación de fondos.

—Muchas mujeres morirían de celos de saber que tienes a un hombre como Marco a tu lado —dijo Ramona—. Ahora dime: ¿por qué esos ojos tristes y esa cabeza gacha cuando eres joven y hermosa?

Laura se sorprendió y no supo qué contestar. No quería hablar sobre ella, pero mentirle a Ramona y no ser atrapada en el intento parecía imposible.

—No todo es lo que parece —dijo pensando que con eso quedaría salvada de la inquisición.

—Tal vez eso creas, pero te diré qué veo. Para mí, eres una mujer dulce y sensible que ha sufrido mucho. Ese dolor sigue viéndose en tus ojos. Yo no desprecio al dolor; de hecho, lo respeto muchísimo.

Laura miró a Ramona sin entender lo que quería decirle con esas palabras.

—Verás, el dolor no sólo es el mejor maestro, sino que muchas veces nos da esa oportunidad que necesitamos para salir del camino equivocado, concediéndonos una nueva oportunidad para retomar los sueños.

—Ramona, hablas con mucha sabiduría —dijo Laura con dulzura.

—Niña, no es sabiduría, yo todavía no aprendo a leer. Pero estos ojos han visto tantas cosas y este corazón ha sentido tantas penas y alegrías que sólo te hablo desde la experiencia. En este lugar hay milagros todos los días. Muchas mujeres llegan derrotadas, lastimadas, heridas. Sin ninguna esperanza y con unas ganas inmensas de morir. Sin embargo, cuando se van de aquí, cruzan esa puerta transformadas. No sólo se recuperan de sus heridas físicas sino que curan su alma. Vuelven a sentirse útiles, amadas y aprenden a agradecer cada día de esa nueva vida. Estoy convencida de que ese mágico proceso de nacer, morir y volver a nacer puede repetirse infinidad de veces en la misma persona y cada vez que sucede, renace más fuerte y sabia. Lo único que necesita para lograrlo es coraje.

Ramona hablaba de las mujeres de la fundación; sin embargo, Laura no podía evitar el impacto que esas palabras le producían. Ella podía ser una de esas mujeres.

—¿Y qué les dices cuando no tienen todo el coraje que necesitan?

—Que si se rinden hoy, no habrá servido de nada todo lo que hicieron hasta ayer.

Ramona terminaba de decir esto cuando Josefina las encontró.

—¿Han terminado el tour? —preguntó con humor.

—Claro, doctora. Le he mostrado todo lo que me pidió.

—Gracias, Ramona, por tu tiempo. Estaremos aquí de nuevo mañana.

Laura y Josefina se despidieron con un beso y volvieron a La Escondida.

Después de almorzar, Laura se había instalado en la galería de La Casa de los Jazmines. Era su lugar preferido y el perfume se sentía delicioso. No podía dejar de pensar en las palabras de Ramona, sobre todo su última frase "*Si te rindes hoy, no habrá servido de nada todo lo que hiciste hasta ayer*". Era tan simple y tan cierto. Se había encariñado con esa mujer después de unos minutos de charla. Sabía que la vería al día siguiente y pensó en llevarle algún obsequio. No iría a la ciudad, por lo que sus opciones se limitaban a algo que ella pudiera preparar. Se había enterado de la debilidad de Ramona por los dulces, y por eso decidió preparar canolis que eran su especialidad.

Decidida, fue a la cocina donde encontró a Margarita que terminaba de lavar los platos del almuerzo.

—¿Necesitas algo? —preguntó Margarita al verla.

—Sólo quiero preparar una receta italiana. Necesito hacer un obsequio. He conocido a una persona muy especial.

—¿Quieres que te ayude?

—Gracias, Margarita, pero has estado trabajando hasta ahora y estoy segura de poder con esto.

—Como quieras, sabes que puedes buscarme si me necesitas.

—Lo haré. Gracias.

Laura se sentía diferente. Ramona, de alguna manera, había acomodado una pieza dentro de ella y todo se sentía distinto, posible.

Le llevó tiempo encontrar todo lo que necesitaba. La cocina parecía territorio desconocido. Se arrepentía de eso, porque de verdad, cocinar era algo que disfrutaba.

Marco había regresado de la ciudad. Entró en la cocina buscando un vaso de limonada y se sorprendió al ver a Laura.

—Podría decir que te he pillado con las manos en la masa —dijo lleno de risa.

Laura lo miró con adoración y sonrió con toda la dulzura de la que era capaz. Con esa sonrisa intentaba disculparse. Disculparse por su encierro que hasta podía haberse entendido como desamor. Y en silencio agradecía la paciencia de Marco. Sabía que debía valorarla como un tesoro. Él no era un hombre que derrochara esa virtud.

—¿No me contarás qué estás haciendo?

—Amaso lo que pretendo transformar en unos canolis. ¿Los has probado?

—Sí, pero no los tuyos.

Marco se sentó en un banco que había arrimado a la mesa de la cocina y se puso cómodo. No tenía ninguna intención de dejar sola a Laura.

Su presencia sin duda la desconcentraba, y el silencio la hacía sentir incómoda. Lo único que se le ocurrió para escapar de la profunda mirada de Marco fue recitar la receta como si él muriera por conocer al detalle que los canolis estaban rellenos de ricota y se decoraban con chocolate derretido y azúcar impalpable.

—Deliciosos, pero no pretendo prepararlos, así que con que tú sepas la receta es suficiente —dijo burlón—. Lo que sí quiero saber es para quién los estás preparando.

—Para ti —contestó Laura, sabiendo que cualquier otra respuesta heriría su ego.

Marco sonrió con satisfacción. Laura no pudo resistir la tentación de un nuevo comentario.

—Pero como eres generoso, compartirás parte de la preparación con Ramona.

—¿Ramona? —preguntó incrédulo.

—Hoy la conocí. Mañana volveré a verla y estoy segura de que nunca ha probado un canoli.

—¿A mí me lleva tres meses lograr algo hecho por tus manos y Ramona lo consigue en una mañana? ¿Y como si eso fuera poco, tengo que compartirlos?

Laura sonreía y asentía con un evidente movimiento de cabeza.

—Está bien, compartiré con Ramona lo que no pueda comerme esta noche —dijo.

—¿Sólo te has sentado ahí para pelearme o me contarás algo más?

—Tengo una excelente noticia —dijo entusiasmado.

—¿De qué se trata?

—Esta mañana, mientras Ramona se ganaba unos canolis, yo llamé a Tex. Planean visitarnos en tres semanas.

El rostro de Laura se iluminó.

—Esa sí es una buena noticia. Muero por ver a Giuliana.

—La verás y pronto —dijo Marco mientras se levantaba para atender una llamada telefónica.

Laura siguió laboriosa hasta terminar una fuente grande de canolis que se veían deliciosos.

Esa noche la familia Scorza disfrutó de la comida y también de un extraordinario cambio en Laura, que estaba orgullosa de su hazaña.

Por la mañana, la joven visitó la fundación con Josefina. Laura llevaba la fuente de canolis en sus manos y al ver a Ramona se la extendió.

—Esto es para ti, Ramona. Quería que probaras una típica receta de mi país.

La emoción invadió a la mujer que la miraba incrédula.

—Los he probado anoche y te aseguro que son una delicia que no querrás compartir —dijo Josefina—. Yo haré mi ronda, mejor esconde esa fuente y nos buscas.

Ramona abrazó a Laura con el brazo que tenía libre y la besó.

—Niña, gracias. Juro que habrá para ti una oración por cada uno que pruebe.

Laura rió ante el comentario de Ramona y se apresuró por alcanzar a Josefina.

—Si ha dicho que tendrás una oración por cada uno, la tendrás —dijo Josefina con complicidad—. Ramona nunca miente.

—Serán todas bienvenidas —dijo Laura.

Laura acompañó a Josefina durante la ronda. Comenzaron por una amplia habitación, similar a una sala de hospital, con varias camas alineadas a ambos lados. Josefina se acercaba y saludaba a algunas mujeres por su nombre y conversaba con cada una unos minutos. Todas ellas sólo tenían palabras de agradecimiento para la doctora. Muchas le hacían consultas entre lágrimas, relacionadas con su salud y sobre temas muy personales. Josefina contestaba siempre con infinita paciencia, como si entendiera lo difícil que resultaba para esas mujeres contar su historia y como si encontrara en ese gesto de compartir la experiencia un acto de valentía.

Laura intentaba acercarse sin invadir la intimidad que estas mujeres buscaban al hablar con Josefina, pero lo suficiente como para escuchar sus comentarios. Advirtió que todas habían vivido momentos de violencia o abuso. Algunas habían sido separadas de sus hijos y otras los habían perdido.

Cuando salieron de esa sala, Josefina advirtió el impacto que había sufrido Laura.

—¿Cómo logras que ellas hablen contigo con tanta facilidad? Te cuentan cosas atroces sin vergüenza —preguntó Laura.

—Ese no es mérito mío —dijo Josefina—. Lo logran porque tienen humildad y coraje. Humildad para reconocer que necesitan ayuda y coraje para seguir adelante sin entregarse, sin dejarse vencer.

Laura recordó las palabras que Josefina le había dedicado en su habitación y comenzó a entenderlas.

—En esta sala que acabamos de visitar están las mujeres más recuperadas. Las que están prontas a retomar sus vidas. Cuando dejan la fundación, son mujeres que han decidido seguir adelante, que han logrado enfrentar sus miedos. Mujeres que se conceden una nueva oportunidad para avanzar sin detenerse, sin mirar atrás. Así comienzan a delinear un nuevo futuro, uno que construyen sólo a fuerza de voluntad.

Josefina terminaba de decir esto cuando vio a Ramona acercarse.

—Ramona, por qué no compartes con Laura los canolis que te ha preparado. Estoy segura de que quedan sensacionales con una taza de café. Yo necesito ver a Violeta.

—Claro —dijo Ramona entusiasmada, mientras la guiaba a la cocina.

Laura disfrutaba del café y sobre todo de la felicidad de Ramona al probar su primer canoli. No dejaba de alabar sus habilidades culinarias.

—Puedes venir y prepararnos cosas ricas cuando quieras —Ramona dijo esto como si se tratara de una idea alocada, pero Laura en silencio lo pensó como algo posible.

—¿Quién es la mujer que tenía que ver Josefina? —preguntó Laura con curiosidad. Prefería escucharlo de boca de Ramona. Josefina era muy reservada cuando de hablar de otros se trataba.

—Es una niña de catorce años que acaba de ser mamá. La doctora Josefina la revisa a ella y a su bebé.

Laura se horrorizó con el comentario.

—¿Has dicho que acaba de ser mamá?

—Sí, otra historia triste a la que intentaremos darle un final feliz como dice la doctora.

—¿Cuál es su historia?

—Su padrastro abusaba de ella y la dejó embarazada.

La imagen mental que se repetía en la mente de Laura hizo que comenzara a sentir todos los síntomas de un ataque de pánico. Su corazón se aceleró, sus manos comenzaron a sudar y evidentemente el color abandonó su rostro porque Ramona se calló instintivamente y se acercó a Laura preocupada.

—¿Te sientes bien? —preguntó afligida.

Laura cerró con fuerza los ojos. No podía articular palabra.

Ramona rápidamente sacó unas hierbas de una lata y preparó en unos segundos una infusión con un aroma muy intenso.

Se la ofreció a Laura que la miraba aterrada.

—Toma esto, niña, sabe como los mil demonios, pero te sentirás mucho mejor.

Laura, obediente, tomó la infusión que le ofrecían. Era agria y tenía algo que hacía que se sintiera ahumada. El primer trago la sacó del shock y el resto la calmó en pocos minutos. Su corazón recuperó su ritmo y su cuerpo entero se relajó.

Al verla mejor, Ramona se disculpó.

—Perdona mi torpeza. A veces no puedo evitar decir las cosas con tanta crudeza.

Laura, aferrada a la taza, le preguntó:

—¿Qué es esto que me has dado?

—Una infusión que preparo con algunas hierbas. Una vieja receta familiar —dijo con algo de misterio en su voz.

—Es mágica —dijo Laura.

—Es mágica para combatir el miedo. Ese miedo que aterroriza y oprime el pecho al traer de nuevo a nuestro recuerdo malas experiencias.

Laura quedó muda ante las palabras de Ramona.

—No tienes que compartir la tuya conmigo, pero yo te ayudaré a combatir tu miedo, así lo hacemos aquí. Necesitamos que todas las mujeres que dejan la fundación se vayan llenas de coraje.

—¿Y cuál es el secreto de la infusión? —preguntó Laura con curiosidad.

—Te contaré uno: sólo puede prepararlo una mujer para otra mujer. Eso fue lo primero que me enseñaron. El coraje de una mujer no tiene límites y esta infusión ayuda a compartirlo. Puro coraje femenino en unas pocas yerbas.

Laura quedó sorprendida por la solemnidad con que Ramona había dicho esas palabras.

—Entonces esto se trata de mujeres ayudando a mujeres.

—Es una buena forma de decirlo —concluyó Ramona con una sonrisa.

En ese momento entró Josefina en la cocina.

—Lamento interrumpirlas, pero debemos marcharnos.

Laura se despidió de Ramona y lo mismo hizo Josefina, quien se demoró dándole algunas recomendaciones.

Ya en el viaje de regreso, Laura se preocupó al advertir que eso que había bebido podría afectar a su bebé. Instintivamente llevó ambas manos a su vientre.

—¿Te sientes bien? —preguntó Josefina.

Laura la miró preocupada.

—He tomado una infusión de hierbas. ¿Puede eso dañar a mi bebé?

En el rostro de Josefina se dibujó una sonrisa.

—Así que Ramona también piensa usar su magia contigo —dijo satisfecha —. No te preocupes, eso no afectará en nada tu embarazo ni al niño. Pero si Ramona vuelve a ganarme con sus hierbas, creo que empezaré a creer en ellas.

—¡Funcionan! —dijo Laura entusiasmada, sin saber que había caído en la trampa.

—¿Sí? —preguntó Josefina.

—Estaba teniendo un ataque de pánico y una taza de esa infusión detuvo la explosión en segundos.

—Si has encontrado la cura, te corresponde ofrecer algo a cambio. Eso es lo que siempre exige Ramona a sus pacientes.

—¿Y qué debo ofrecerle? —preguntó Laura intrigada.

—Un servicio a la fundación. De alguna manera, Ramona siempre consigue que las mujeres que han sido “rescatadas”, ese es el término que ella utiliza, devuelvan el favor. Así, nunca nos falta alguien que ayude con las distintas tareas que se llevan a cabo ahí.

Laura se quedó en silencio unos minutos.

—Yo podría enseñarles algunas recetas, ¿podría ser esa mi contribución?

—Sería una fantástica. Porque no sólo les estarías dando una clase de cocina, sino una herramienta para que se valgan por sí mismas cuando dejen la fundación.

Laura se sintió feliz, ahora tenía un nuevo proyecto y se ocuparía de planificarlo todo.

Capítulo 18

La prioridad de Paulina era hacer de ese vestido de novia la mejor de sus creaciones. Había dibujado en sus bocetos un vestido romántico y vanguardista, logrando así imprimir en él detalles contemporáneos que le permitían acceder a la elegancia de un estilo sin perder la sencillez del otro. Estaba totalmente abocada a su confección. Había delegado varias de sus tareas cotidianas. Su tiempo, su amor y su genio estaban comprometidos con el proyecto que tanto había deseado. En sus progresos advertía lo fascinante que resultaba sorprenderse de su propia imaginación. Se permitía soñar, y así, soñando, desafiaba los límites de su creatividad. Jamás había disfrutado tanto de ese juego que se desataba en su interior. Su ingenio retaba a duelo a sus manos con cada puntada.

Lorenzo se ocupaba de que el equipo que había contratado para la organización del matrimonio trabajara con buen ritmo. Él personalmente verificaba el progreso y repasaba cada detalle. Era el único matrimonio que organizaría y por eso mismo estaba obsesionado con que fuera perfecto. Perfecto para esa hija que amaba tanto y que lo llenaba de felicidad día a día. Esa hija de quien esperaba el resto de su descendencia.

Giuliana había elegido para la ceremonia religiosa la iglesia Santa Maria delle Grazie. Tex había estado de acuerdo y Lorenzo había logrado reservar esa iglesia para la fecha de la boda. No había nada que su perseverancia no consiguiera.

Esa mañana, Lorenzo recibió la llamada de Alfredo, su abogado. Lo llamaba desde Londres pues habían encontrado a tres de las mujeres que buscaban. Se seguiría el protocolo de la Fundación Santa Ana para lograr su recuperación. Eran buenas noticias, pero cuando Lorenzo escuchó que habían encontrado también al niño, su corazón comenzó a latir fuertemente en su pecho.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Estaba en un orfanato cercano al hospital donde había nacido.

—¿Puedes estar seguro de que es el niño en cuestión?

—Sí, lo verificamos primero en el hospital. Su nacimiento se registró con el apellido que dio la madre, así estaba también registrado en la lista de nombres que me entregaste. Ella murió en el parto y nadie reclamó al niño, por lo que las autoridades del hospital lo llevaron al orfanato.

—Entiendo, ¿y es un niño sano? ¿Qué edad tiene?

—Es un bebé de ocho meses en excelente estado de salud.

—¿Has averiguado si la madre tenía algún familiar que podamos contactar?

—Hemos intentado dar con alguien, pero desconocemos la nacionalidad de la mujer y rastrear un pariente ha resultado imposible.

—¿El niño está en condiciones legales de ser adoptado?

—Sí, superando la correspondiente burocracia.

—Gracias por el informe, Alfredo. Me alegra que la fundación comience a funcionar, pero sobre todo me alegra que ese niño esté sano. Ocúpate de que no le falte nada. Volveré a llamarte.

Lorenzo estaba feliz con la noticia, pero al mismo tiempo le preocupaba el destino de ese pequeño. De camino a su casa, le comentó a su chofer sobre el niño. Lucca estaba acostumbrado a escuchar largos monólogos de Lorenzo. Siempre que algo ocupaba sus pensamientos, necesitaba exponerlo con detalle. Eso fue lo que pasó esa noche. Sólo que por primera vez las palabras de Lorenzo tocaron el corazón de su silencioso amigo. Lucca no hizo ningún comentario, pero escuchó con atención toda la historia.

Durante la cena, Lorenzo compartió las buenas noticias con Paulina.

Les alegraba la posibilidad de recuperar a esas mujeres y de a poco lograr su reinserción en la sociedad. Pero el hallazgo del niño era lo que más los conmovía.

Ellos podían brindarle la posibilidad de un futuro prometedor, y de hecho lo harían, pero no podían darle una familia. Eran ya personas mayores y no se sentían en condiciones de asumir una responsabilidad como esa.

Conversaban este tema en la sala cuando los interrumpió Guido.

—Señor, Lucca y su esposa han venido a verlo.

Lorenzo miró con sorpresa a Paulina y dijo:

—Hazlos pasar.

Lorenzo se puso de pie cuando Lucca y su esposa entraron en la sala.

Paulina también se levantó para saludar y luego los cuatro tomaron asiento.

—Lorenzo, lamento esta tardía interrupción, pero Antonia no quiso esperar hasta mañana.

Lorenzo y Paulina escuchaban con atención, sin adivinar el motivo de la visita.

—¿Qué es lo que no ha podido esperar hasta mañana? —preguntó Lorenzo.

—Queremos al niño —dijo con un hilo de voz Antonia—. Llevamos ya diez años de matrimonio y no hemos podido tener hijos —agregó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No te angusties —dijo con ternura Paulina y miró con determinación a Lorenzo.

—Si ustedes están dispuestos a asumir una responsabilidad como esa —dijo Lorenzo con seriedad—, yo me ocuparé de todo. Lucca, ¿Antonia sabe los orígenes de este niño?

—Sí —contestó Lucca—. Le he contado todo. No nos importa de dónde venga, para nosotros ya es un luchador que ha comenzado su vida de una triste manera. Queremos darle la oportunidad de tener una familia que cuide de él.

Paulina se puso de pie y abrazó a Antonia.

—Eres una mujer valiente, lo que estás dispuesta a hacer por este niño es invaluable. Algún día, él sabrá que has sido el ángel que Dios puso en la Tierra para cuidarlo.

Antonia no pudo contener el llanto y los ojos de Lucca se humedecieron al verla.

—Ni antes ni después, los tiempos de Dios son perfectos —dijo Lorenzo.

Luego de una noche que pareció eterna, Lorenzo se comunicó a primera hora con Alfredo, quien seguía en Londres. Le explicó eufórico que había encontrado una familia para ese niño y le pidió que se ocupara de los trámites de adopción sin importar el costo que tuvieran. Su único anhelo era ver a ese niño con su nueva familia lo antes posible.

—Me alegra escucharlo —dijo Alfredo—. Este niño se merece una oportunidad. Lo haré con gusto. Pero necesito que me envíes todos los datos de los padres adoptivos. Son ellos quienes deben venir por el niño.

—Claro, hazme saber cuándo y yo me ocuparé de que viajen a Londres.

—Así lo haré. Saludos a Paulina.

La llamada había sido breve, pero todo lo satisfactoria que esperaba.

Gérard intentó que su vida volviera a la normalidad después de su fugaz viaje a Frankfurt. Ni su agenda, siempre cargada de actividad, ni su tiempo libre lo protegían del recuerdo de Sofía, sólo ella había vencido su indemnidad.

Ninguna mujer que había pasado por su cama logró hacerlo sentir igual. En general, satisfacían su cuerpo y saciaban su deseo, pero eso era todo lo que lograban. A eso siempre le seguía un inmenso vacío. Sofía había tatuado en su piel el sabor de la pasión y sólo ella había logrado que se sintiera amado. A pesar de esto le resultaba absurdo pensar en una relación entre ambos. Toda su vida seguía un meticuloso plan y no permitía que nadie alterara su rumbo. Ella no sería la excepción.

Sofía leía con atención una columna que estaba escribiendo cuando Mariano la interrumpió.

—Perdón, pero no puedo esperar para darte esta noticia.

—¿Qué es lo que te tiene tan contento?

—Has recibido una invitación. La televisión francesa quiere hacerte un reportaje sobre el artículo que escribiste de Duval.

Sofía sintió que su corazón dejaba de latir. Lo que menos deseaba en el mundo era volver a ver a Gérard.

—¿Pero no es la televisión francesa de Duval?

—Su grupo maneja algunos canales. La invitación es precisamente de su más acérrima competencia.

—Pero yo soy sólo la reportera. ¿Por qué quieren entrevistarme teniendo al mismísimo Duval en París?

—Supongo que él no ha aceptado darle de comer a la competencia.

—¿Y por qué debería aceptar yo la invitación, cuando la información que obtuvimos fue proporcionada por Duval?

—Porque eso te convertiría en una reportera independiente, sin ataduras, ni vinculaciones con nadie en particular. No existe ninguna ley que te impida dar tu opinión sobre los artículos que escribes.

—¿No crees que deberíamos pensar esto con calma?

—Sofía, es una oportunidad en un millón. Este es el segundo grupo más importante de Europa, no es algo que suceda todos los días.

—Está bien, sólo te pido que me acompañes. Como siempre, necesito que

me cuentes todo lo que sabes para contestar con calma las preguntas que me hagan.

—Cuenta con eso. Yo mismo me ocuparé de concretar esta entrevista que se llevará a cabo en París la próxima semana.

Mariano dejó la oficina y Sofía tapó su rostro con ambas manos. No estaba segura de que fuera correcto aceptar esa entrevista. No por cuestiones profesionales sino porque a pesar de sus esfuerzos, Gérard seguía siendo una debilidad que se negaba a enfrentar.

La carrera periodística de Sofía no dejaba de progresar. Había comenzado como una columnista y ya dirigía un programa televisivo donde entrevistaba a importantes personalidades. Su audiencia crecía todos los días y eso la había llevado en más de una ocasión de entrevistadora a entrevistada. Las cadenas de televisión peleaban por ella.

Mariano había ocupado el lugar de un mánager. Era un buen amigo y consejero. Sofía era la joya que había encontrado y la cuidaba con recelo. Se desvivía por protegerla.

Gérard no desconocía la incondicionalidad de Mariano por Sofía y la relación entre ambos comenzaba a incomodarlo. No tardó en enterarse de que su competencia había citado a Sofía a una entrevista y que el mismo Mariano se había ocupado de aceptar la invitación.

La furia lo invadió. Sofía llegaba a París en unos días con el descaro de asistir a una entrevista que su competencia había organizado para obtener alguna información adicional sobre sus operaciones. ¿Por qué invitaban a una simple periodista para hablar sobre él? Nada había entre ellos, ni siquiera una vieja relación. Sofía estaba abusando de su confianza. Sentía esa llegada a París como una traición.

Se ocupó de conocer al detalle su rutina. El hotel donde se alojaría, los lugares que estaba previsto que conociera y, por último, la fecha de su regreso.

El día de la entrevista llegó. Sofía no lograba la claridad que necesitaba para sentirse cómoda con su rol de entrevistada. El retraso del vuelo la obligó a ir al canal de televisión desde el aeropuerto de París y no tuvo tiempo para pasar por el hotel. Este percance evitó que Gérard se encontrara con ella antes, como tenía previsto.

La entrevista comenzó a tiempo.

—Buenas tardes. Tengo el honor de contar con la presencia de la periodista Sofía Rossi. Como todos saben, en poco tiempo se ha convertido en

una verdadera celebridad. ¡Hola, Sofía! Te agradezco que hayas aceptado nuestra invitación.

—Gracias a ti, Henri, por la invitación. Antes que nada, quiero disculparme ya que mi francés todavía no alcanza estándares apropiados.

—Agradezco tu esfuerzo. ¿Cómo te sientes?

—Sorprendida. No sé cómo haré para no decepcionarte. Generalmente, soy mejor haciendo preguntas que respondiéndolas —dijo con una sonrisa sincera.

—En París vinculan tu éxito profesional a tu amistad con Gérard Duval.

Sofía actuó su mejor sonrisa y contestó con determinación.

—Lo conocí casualmente porque tenemos un amigo en común, pero no creo que eso signifique que existe una amistad entre nosotros. Y en cuanto al éxito profesional, creo que lo vinculo más al cariño de la gente que todos los días dedica unos minutos a leer mis columnas o a escuchar mi programa.

—¿Cómo lograste esa brutal primicia sobre las inversiones ultrasecretas de Duval?

—Simplemente pregunté si podíamos hablar sobre el tema y gentilmente fue él quien me dio la información que publiqué. No hubo nada de investigación propia en ese artículo. Creo que ustedes, teniendo a Duval en París, podrían acceder a mucha más información que yo.

—Ese fue un duro golpe —contestó el entrevistador, quien comenzaba a advertir el carácter directo de su entrevistada—. ¿Has pensado invitarlo a tu programa de entrevistas?

—La verdad no había pensado en eso, pero ahora que lo preguntas, es una posibilidad. Duval es un hombre visionario con ideas revolucionarias, y ese es el espíritu de mi programa.

—¿Qué opinas de la incorporación de tecnología en el periodismo?

—Estoy a favor, considero que sería sensacional contar con información en tiempo real.

—¿Estás de acuerdo con el pensamiento global de Duval?

—Lamento decepcionarte con mi respuesta, porque pareciera que tú no lo estás, pero definitivamente la globalización de la información debería ser el proyecto de todos a futuro.

Gérard veía la entrevista en el estudio de grabación y las respuestas divertidas y acertadas de Sofía borraban la furia que le había provocado saber que ella estaría en París para hablar de él. El entrevistador la había tentado

varias veces para que alardeara con conocerlo y sin embargo Sofía había contestado con muchísima humildad cada una de las preguntas.

Estaba hermosa y no pudo evitar el deseo de amarla. Su cuerpo reaccionaba a su voz y sus músculos se tensaban como si actuaran de manera independiente. Su corazón latía veloz sólo de imaginar un posible encuentro.

La entrevista terminó y Gérard escuchó cuando el entrevistador invitaba a cenar a Sofía. Su instinto posesivo se apoderó de él. Caminaba en dirección a Sofía cuando escuchó que ella agradecía y declinaba la invitación, por lo que se volteó en ese instante para no ser descubierto. Esa noche Sofía sería suya.

Ya en el hotel, Mariano y Sofía compartieron la cena.

—Tus respuestas fueron excelentes —dijo Mariano.

—No me gustó la insistencia de Henri. Buscaba que yo atacara a Gérard.

—Era la oportunidad que tenía para averiguar algo más sobre él. Es un hombre amado y odiado en el medio.

—De todos modos, yo jamás delataría a una buena fuente y eso fue él con nosotros. Una fuente que nos acercó un valioso material.

Mariano podía leer la furia en los ojos de Sofía.

—Lamento que el entrevistador intentara vincularte con él de manera tan insistente.

—Yo también lo lamento —dijo Sofía con un matiz de desilusión en la voz.

—Sé que estás cansada, pero si quieres podemos salir a caminar.

—Gracias, pero preferiría acostarme. El vuelo de mañana es muy temprano.

Sofía se sentía aturdida, no estaba segura de entender por qué necesitaba defender a Gérard. Era un hombre poderoso y seguramente sabía de la entrevista en cuestión y nada de lo que ella dijera podría dañarlo y sin embargo había cuidado cada palabra para no comprometerlo de ninguna manera. No sabía si sentirse orgullosa o furiosa por seguir pensando desesperadamente en él.

Tomó un baño para relajarse, pues definitivamente no había pasado un buen momento durante la entrevista. Los franceses no tenían fama de ser amistosos y ahora entendía el porqué.

Estaba cansada y el baño fue corto para evitar quedarse dormida entre las burbujas. Su mente la había dejado descansar por unos minutos y el alivio era evidente. Se puso la bata de baño y caminó hacia el dormitorio cuando sintió

que tocaban la puerta. Se acercó y preguntó:

—¿Mariano?

—Lamento desilusionarte, pero no.

Esa voz era inconfundible. El reciente alivio se desvaneció. Su corazón comenzó a latir descontrolado y sus manos temblaron al sujetar el picaporte. Sólo abrió para explicar que no podía hacerlo pasar, cuando Gérard avanzó sobre ella haciéndola retroceder y cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Esperabas a Mariano? —preguntó con voz amenazante.

—No, pero definitivamente a ti tampoco —contestó Sofía con toda la serenidad de la que fue capaz.

El silencio crecía entre ambos, mientras Gérard la recorría con la mirada. Después de la inspección, los ojos negros de ella se clavaron en los suyos, encendiéndolo. Sofía lo desafiaba. En un movimiento ágil, pegó su cuerpo al de ella atrapándola entre sus brazos. La besó, logrando vencer la resistencia que ella se había impuesto. Sus dedos desataron la bata que se deslizó sin dificultad por los hombros de Sofía, cayendo desordenada a sus pies. Ella no pudo mantener una actitud pasiva cuando todo su cuerpo ardía de deseo. Desabotonó la camisa de Gérard y recorrió con sus manos su torso desnudo. Delineó cada uno de sus músculos, sabiendo que sus caricias lo excitaban. La energía más primitiva se apoderó de ellos. Él reclamó su boca que se abrió sin resistencia y sus lenguas se enredaron y saborearon con desesperación. Sus cuerpos se acoplaron y se arquearon de placer ante el primer contacto. Ella se desarmaba entre sus brazos y él saboreaba la conquista acariciándola hasta hacerla enloquecer de placer. Los gemidos de Sofía delataron su invasión mientras él se deslizaba en su interior. Disfrutó de la tibieza que lo recibía y, posesivo, se fundió una y otra vez en su intimidad. Ella temblaba y él prolongaba su delirio. Ella susurró su nombre y quebró su resistencia. Gérard la cubrió con su cuerpo mientras la llevaba al éxtasis. Permaneció dentro de ella disfrutando su cercanía, absorbiendo su perfume, memorizando su cuerpo hasta quedarse dormido.

Esta vez fue Gérard quien encontró la cama vacía al despertar y supo que Sofía le devolvía la gentileza.

Ella se había marchado temprano, casi había huido de su habitación para evitarlo. Agradecía ver a Mariano esperándola en el lobby del hotel. Lo único que quería era estar de vuelta en Milán.

—¿No quieres desayunar? —preguntó Mariano con preocupación al verla

nerviosa—. Tenemos tiempo para tomar un café si quieres.

—Gracias, pero lo único que quiero es estar de vuelta en casa.

—Si es así, ese es el taxi que nos espera.

Mariano no dejó de conversar en todo el trayecto. Sofía sólo lograba contestar usando monosílabos.

Ya en el avión, simuló que dormía para disfrutar de un rato de silencio. Cerró los ojos y la imagen de Gérard se ocupó de atormentarla.

Estaba segura de que la relación entre ellos no era más que un amor contrariado, nacido de dos tempestades. Sí, apasionado y vibrante, pero ocasional y lleno de ausencias. Un amor que sólo podía ser libre, demasiado libre para el resto de los mortales y tal vez mortal para dos almas libres.

Capítulo 19

Laura disfrutaba dando clases de cocina. La noche anterior a cada clase, Marco degustaba la receta que prepararía con las mujeres de la fundación. Se había vuelto un crítico culinario y eso hacía que Laura se esmerara por complacer su exigente paladar.

Él degustaba los distintos platos que Laura preparaba para la cena, pero su mirada devoraba a la mujer que se los servía. La atracción que sentía por ella crecía a diario. Veía cómo el embarazo modificaba su cuerpo, sus curvas se hacían más pronunciadas, sus senos se llenaban, su piel era más suave y su pelo brillaba quitándole protagonismo al mismo sol.

Ella se esmeraba por complacerlo, pero sabía que todavía no podía darle la intimidad que él anhelaba. Lo amaba, pero su cuerpo todavía estaba herido. Sólo su cambio de actitud, sus palabras cariñosas y sus cuidados preservaban la ya poca paciencia que quedaba en Marco.

Una tarde, después de la clase de cocina, Ramona conversaba con ella.

—Eres una mujer muy reservada, pero no puedo evitar decirte que ya me he dado cuenta de que estás embarazada.

Laura asintió en silencio. Sería inútil negarle algo así a Ramona.

—Una mujer embarazada, en tus circunstancias, debería estar radiante de felicidad. ¿Qué es lo que hace que te esfuerces tanto por ocultarlo?

Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas y se tapó la cara con ambas manos.

—Mi vida no es todo lo que parece. Este embarazo no estuvo planeado, fue algo que sólo pasó. Después de eso no vi más a Marco hasta que me rescató de la peor pesadilla. Desde entonces, entre él y yo no ha pasado nada.

—Has detenido tu vida y has obligado a los que tienes a tu alrededor a hacer lo mismo. Eso no durará mucho, si no cuidas a tu hombre, él se cansará de ti y seguirá adelante. Nadie puede pararse al costado del camino una eternidad.

—Yo no le he pedido que se detenga.

—Pero tampoco le has dicho que se vaya y siga con su vida. Eso es bastante egoísta.

Los ojos de Laura se llenaron de furia.

—¿Por qué me llamas egoísta? Estoy aquí, ayudando, intentando colaborar…

—Colaborar es algo que uno hace de corazón, y eso está bien, pero no por eso merecemos una medalla. El mérito se logra sólo cuando somos capaces de superar los obstáculos que encontramos en nuestras vidas.

—El mío ha sido uno tan grande que no puedo superarlo.

—Te equivocas. Puedes y ya es hora de que lo hagas. Muchas mujeres superan cosas mucho más difíciles y miran adelante con una sonrisa en su rostro. Eso no significa que no les duela o no lo recuerden a menudo, simplemente deciden seguir adelante.

—No veo sonreír a muchas mujeres por aquí —dijo Laura con su orgullo herido.

—La doctora Josefina amanece y se va a la cama con una sonrisa todos los días.

—De acuerdo, pero ella no ha tenido que enfrentar un gran dolor.

—¡Qué poco la conoces! Ella ha enfrentado el dolor más grande que puede sufrir una mujer. Y no me mires con esa cara de sorpresa. No hablo de una violación. Ese dolor se supera con amor, y tú lo recibes en cantidad, pero la pérdida de un hijo es irreparable y el dolor tan profundo que puede llegar a quebrar al espíritu más fuerte.

Laura quedó paralizada después de estas palabras. Intentaba estar segura de lo que había escuchado. ¿Ramona sabía de su violación y Josefina había perdido un hijo? ¿Era eso? No pudo mirar a Ramona a los ojos y arrancándose el delantal que llevaba puesto salió al jardín, intentando huir de todo lo que había escuchado.

Se sentó en un banco alejado y durante un rato largo su cuerpo tembló sacudido por el llanto. Ramona se acercó en silencio. Se sentó al lado de Laura y le extendió una infusión de hierbas. El gesto se entendió como una tregua.

—Perdona mi crudeza al hablar, pero yo no entiendo de medias tintas. Todas las lágrimas que has derramado son las que regarán y llenarán de fertilidad tu futuro. Atrévete a imaginar un futuro feliz. Sólo así sabrás qué es

lo que buscas y no te conformarás con menos. Aquí la doctora siempre dice que inteligente es el que sabe dónde quiere ir, pero mucho más el que sabe dónde no quiere volver. No dejes que los malos recuerdos te lleven con insistencia a ese mismo lugar.

Diciendo esto, Ramona se marchó. Laura estuvo sola el resto de la tarde, hasta que Josefina pasó por ella de vuelta del hospital.

—¿Has tenido algún problema? —le preguntó preocupada al ver la tristeza dibujada en sus ojos.

—No, pero he escuchado duras verdades.

—Estoy segura de conocer la fuente —dijo Josefina con complicidad.

—¿Por qué te esmeras tanto con esta fundación?

—Porque morimos el día que guardamos silencio ante las cosas que importan.

—Entonces Ramona será inmortal.

El comentario hizo que Josefina riera a carcajadas.

—Creo que por fin llegas a conocerla.

Gérard estaba obsesionado con Sofía. No de un modo romántico sino posesivo. Necesitaba sentirla suya, escucharla gemir entre sus brazos. La deseaba con locura. Se ocupó de estar presente en todos los eventos a los que ella asistía fuera de Milán, pero jamás se los vio juntos. Nadie en el medio podía vincularlos; sin embargo, no había noche en la que la pasión no los juntara.

Sofía entendía el juego y aceptó esa relación apasionada, sanguínea, pero fugaz. Sabía que ninguno estaba dispuesto a deponer armas. Los dos ostentaban su libertad como un divino tesoro. Se tenían, se amaban y se alejaban.

Gérard adoraba su intensidad, su espíritu libre y su actitud lúdica e irreverente.

Ese día Sofía llegaba a Praga. Había sido invitada al Festival Internacional de Música Clásica. Era el evento cultural más importante de la ciudad. Incluía presentaciones de artistas, orquestas sinfónicas y conjuntos de música de cámara de todo el mundo.

Su equipo había coordinado una entrevista personal con el famoso

violinista Rafael Kubelik, en ese momento Director Musical de la Metropolitan Opera House de Nueva York.

Para Sofía llegar a Praga fue como viajar en el tiempo y pararse en épocas pasadas, con castillos, palacios y puentes. Sintió que esa era la ciudad más romántica del mundo.

Se alojó con su equipo en el Mark Luxury Hotel Prague y no tardó en salir a caminar por la ciudad. Esa noche acudirían a la Ópera, pero tenía todo el día libre.

Había visto fotografías del famoso reloj astronómico y fue lo primero que quiso ver. Era una pieza única que indicaba la situación del sol, la luna y los planetas. Para Sofía no sólo era preciso sino también precioso, como todo lo que podía ver en Praga. Después de eso deambuló por las estrechas calles de la ciudad, sorprendiéndose y deteniéndose en todos los negocios a su paso.

La gente le resultaba simpática y acogedora. Compró anillos y colgantes de cristal de Bohemia para ella y claro, siempre encontraba algo ideal para Giuliana o para Laura. Siguió su recorrido hasta llegar al puente de Carlos con sus magníficas estatuas de reyes y santos y la silueta de la catedral de San Vito y el castillo de fondo. Al final del puente se perfilaba la torre de la ciudad vieja, una de las torres medievales más hermosas que existen.

Praga hechizaba. Sofía caminaba en un total estado de ensoñación, escuchando la música que se filtraba deliciosa por las calles de la ciudad. La caída del sol la sorprendió y corrió de regreso al hotel. Parte del equipo ya la esperaba en la recepción y ella vestía jeans, zapatillas, una remera y llevaba el pelo atado.

—¿Crees que puedas estar lista en menos de una hora? —preguntó incrédulo Giovanni.

—Te sorprenderé, no te preocupes —le contestó con una amplia sonrisa—. Tú todavía no te has vestido. ¿Acaso no vendrás conmigo?

—No, la única que asistirá a la Ópera eres tú. Nosotros debemos cubrir el evento.

—Pero eso no tiene nada de divertido —dijo Sofía intentando que la acompañara.

—Lo siento, pero yo tengo que ocuparme de no perder de vista a Rafael Kubelik. Luego será trabajo tuyo entrevistarlo. No tiene fama de ser muy conversador.

—Es checo, le mostraremos el encanto italiano —dijo con convicción.

Sofía estuvo lista en cuarenta minutos, los que necesitó para darse un baño, arreglar su larga cabellera azabache y enfundarse en un vestido rojo de seda. La imagen que le devolvió el espejo antes de salir fue mucho más sensual de la que imaginaba. Definitivamente, los diseños recomendados por Giuliana eran infalibles.

Su aparición en el lobby del hotel provocó un minuto de silencio que sólo fue interrumpido por algunos suspiros.

Dos autos esperaban fuera del hotel. Uno fue ocupado sólo por Sofía y Giovanni y el otro condujo al resto del equipo a la Ópera. Durante el trayecto, Giovanni confirmó que Rafael Kubelik había aceptado sin rodeos ser entrevistado durante la cena después de la función. Cenarían en el restaurante del hotel y Giovanni se ocuparía de esperarlos en una salida lateral con un auto.

Sofía estuvo de acuerdo con los preparativos. Una vez que llegaron, tuvo el coraje suficiente para salir sola del auto y caminar con el glamour que la caracterizaba hasta el palco que le habían asignado.

Abrió con sigilo las cortinas y vio que una de las dos sillas ya estaba ocupada. Entró silenciosa y se sentó. De pronto su olfato delató a su compañero. Era su perfume. Gérard estaba ahí, sentado a su lado.

Sofía lo miró de reojo, como resistiéndose al encuentro.

—Pensé que necesitabas compañía.

—La verdad no la necesito, la ópera es una de las pocas cosas que pueden disfrutarse en soledad.

—Entonces prometo no interrumpir si antes aceptas cenar conmigo.

—Lo siento, pero estoy en Praga por trabajo y mi cena ya está comprometida.

Gérard se mantuvo en silencio. Ninguno dijo ni una palabra más.

El corazón de Sofía latía con tanta fuerza que la ópera se hacía difícil de escuchar. Gérard la devoraba con esa mirada de hielo que tanto le costaba resistir.

Sofía sentía que todo su cuerpo ardía encendido por el rojo de la seda que lo cubría. Ahí estaba él, seguro, imponente, vestido de frac, con la elegancia de un príncipe en una ciudad de ensueño. Sofía se sentía transportada a otra época.

Unos minutos antes de que terminara la representación, Sofía dejó el palco sin despedida ni explicación. Gérard la esperó unos minutos y al ver que no

regresaba, la buscó y vio que saludaba a un hombre y subía a un auto que esperaba en una puerta lateral.

Instantáneamente lo embargaron los celos. Sofía tenía que morir de amor por él, eso era lo que había planeado, pero ella dejaba la Ópera acompañada de otro hombre. Su juicio se nubló y su instinto lo obligó a seguirla en un taxi hasta el hotel.

En el bar pidió un trago para relajarse y su memoria hizo de antídoto. Ella había dicho que estaba allí trabajando, seguramente estaba realizando una entrevista. Gérard observaba la mesa que ella y Rafael ocupaban y le llevó sólo unos segundos comprobar que se trataba del famoso violinista checo. La diferencia de edad era evidente; sin embargo, la reacción que Sofía provocaba en los hombres era siempre la misma. Rafael contestaba y reía con cada pregunta y comentario. Sofía lucía sensual, hermosa. Verla, aun a la distancia, hacía que la sangre le hirviera de deseo. Su piel tenía un brillo especial esa noche y su cabello estaba más negro que nunca. Su boca pintada de rojo resultaba irresistible. Gérard apuró el trago que llevaba en las manos en un vano intento por controlar el deseo que se manifestaba en todo su cuerpo.

La cena terminó y Giovanni se ocupó de llevar al entrevistado a su hotel. Sofía se despidió y se marchó en dirección al ascensor. Cuando las puertas se cerraban, una mano las detuvo. Era Gérard, y ella supo que una vez más, no lo resistiría.

Gérard buscó su boca con urgencia y esta se abrió para recibir su lengua que arrasaba todo a su paso. Él ajustó su cintura contra su erección, en un desesperado intento por comunicar lo que ella le provocaba y Sofía se aferró a sus hombros para mantener el equilibrio.

La puerta del ascensor se abrió y entre besos y caricias llegaron al dormitorio de Sofía. Como tantas otras veces, se entregaron a la pasión y a ese sentimiento arrollador que les permitía amarse sin restricciones ni prejuicios. En ese momento, sus cuerpos sólo respondían a los impulsos que provocaba el deseo. Se acoplaban de manera perfecta y sus músculos se tensaban y contraían rindiendo así un culto al placer que ambos sentían.

Sofía no podía resistir la fuerza de Gérard y se dejaba amar sin reservas, dichosa, plena. Gérard acariciaba sus piernas y sus besos tomaban posesión de cada centímetro que recorrían. Su boca buscó su humedad y su lengua la hizo jadear y arquearse de placer. Gérard contemplaba con ferocidad la desnudez del cuerpo que tenía entre sus brazos. Volvió a buscar su sexo y los

movimientos de su lengua se volvieron más atrevidos. La respuesta de Sofía a su invasión lo enardecía. Buscó sus labios y los mordió instintivamente. Su boca los dejó sólo para succionar unos pezones erectos que se erguían desafiantes y se exponían con la respiración agitada de Sofía. Se apoderó de ellos, los besó y los succionó logrando que Sofía cerrara los ojos intentando retener el placer que sentía. Gérard la volteó y la penetró casi con violencia, intentando fundirse en su calor. Se amaron hasta que sus cuerpos, exhaustos, se rindieron.

Esa mañana Sofía no se sorprendió al no encontrar a Gérard a su lado. Esta vez, él se había despedido y antes de marcharse sus cuerpos habían vuelto a amarse con desenfreno, como todo lo que pasaba entre ellos.

Tomó un baño de espuma, intentando borrar con la suavidad del agua tibia la evidencia de una noche cargada de lujuria. El baño logró devolverle la energía que necesitaba para asistir al almuerzo que los organizadores del festival daban en agradecimiento a los principales sponsors del evento.

Para ese día eligió un vestido amarillo hasta la rodilla, ajustado en la cintura y sin mangas, con rebordes en negro. Lo acompañó con un saco negro y zapatos altos del mismo tono.

Ella asistiría sólo con Giovanni. Esos eran los momentos en los que extrañaba a Mariano y toda su experiencia.

Cuando llegaron al lugar, ocuparon la mesa que les habían asignado. La sorprendió coincidir con Henri, el periodista francés que la había entrevistado.

—Sofía, un verdadero placer encontrarte aquí. Estás tan hermosa como siempre.

—El placer es mío —contestó Sofía—. Te presento a un compañero de trabajo, Giovanni Cano.

—Un gusto —dijo Giovanni.

—¿Piensas entrevistar a alguien aquí? —preguntó Henri mirándola.

—No, sólo vinimos al almuerzo y de aquí partiremos a Milán. ¿Y tú? ¿Ya tienes una víctima? —preguntó Sofía con ironía.

El comentario hizo reír a Henri.

—No una víctima, pero ya sabes que cualquier cosa que haga Duval me interesa.

—¿Y Duval está aquí? —preguntó Sofía con curiosidad.

—Pensé que lo sabías. Duval es el principal sponsor. Ya debería estar

aquí —dijo Henri.

En ese momento la prensa corría a recibirlo. Sofía pudo verlo. Vestía un traje azul marino y camisa celeste. Sus miradas se encontraron un segundo que para ella fue eterno.

El almuerzo fue más entretenido de lo que Sofía pensaba. La compañera de Henri, Camille, era una mujer conversadora y agradable que se ocupó de contar todos los pormenores del festival. Cuando ya habían servido el postre, la presentadora del festival subió al escenario. Estaba planeado entregar a los sponsors una distinción conmemorativa.

—Ahora entiendo por qué Duval está aquí —dijo con malicia Henri.

—¿Por qué? —preguntó Sofía.

—Él odia recibir este tipo de distinción, pero la presentadora es Gabrielle Bouffart, ex modelo francesa y la única ex novia conocida que ha tenido —dijo Henri.

—No entiendo cómo pude perderme ese detalle —dijo Camille.

Sofía no hizo ningún comentario, pero la invadieron los celos. Gabrielle era una mujer hermosa, rubia, alta, con unas curvas perfectas y una cara angelical.

—Nadie sabe por qué una pareja que parecía perfecta terminó su relación de una manera tan sorpresiva. Se rumoreaba que habría matrimonio —dijo Camille.

El comentario hizo que Sofía sintiera un fuerte golpe en el estómago. Lo que ella tenía con Duval era sexo y debilidad. Él evadía cualquier compromiso, escudándose en su personalidad y un profundo sentido de libertad. Una fachada que escondía al hombre que había estado comprometido. Esa mujer que ella tenía enfrente había sido la elegida y él había viajado a Praga sólo para recibir la distinción de sus manos.

Sofía no podía escuchar con atención lo que se conversaba en su mesa, toda su atención estaba puesta en Gabrielle Bouffart. Ella tomó el micrófono y se ocupó de mencionar y distinguir a todos los sponsors invitados. El último fue Gérard, quien al escuchar su nombre, subió al escenario con la seriedad de siempre. Gabrielle dijo algunas palabras sobre la trayectoria y los valores del hombre al que había llamado al escenario y, sorprendiendo a toda su audiencia al momento de darle la distinción, lo besó. Ese gesto fue la cereza del postre para toda la prensa que cubría el evento.

—No parece que la relación haya terminado, Camille. Deberías volver a

verificar tus fuentes. De haber sabido esto antes, podríamos haber incomodado un poco más a Duval durante el festival —dijo Henri.

Sofía no daba crédito a lo que veía. Todo el salón giraba a su alrededor. Sentía que su corazón había dejado de latir y que ese beso había sido el golpe más duro que hubiera recibido. Se sentía usada. El hombre que había compartido su cama y gozado con su cuerpo se burlaba de ella de una forma cruel.

Giovanni vio la palidez en el rostro de Sofía y la ayudó a salir del lugar.

—¿Quieres que nos vayamos al aeropuerto? Esto parece haber terminado.

—Sí, estoy algo mareada y sería magnífico no tener que despedirme de Henri —dijo Sofía.

—No te preocupes. Espera aquí, yo llamaré al chofer que nos han asignado.

Cinco minutos después Sofía y Giovanni se dirigían al aeropuerto para tomar un avión a Milán.

En ese vuelo, Sofía supo que jamás volvería a sentirse infalible; no lo era para Gérard y eso bastaba.

A la mañana siguiente, toda la prensa amarilla exhibía el beso de Gabrielle Bouffart y Gérard Duval. Muchos lo dieron a entender como una reconciliación.

Gérard leía los diferentes comentarios, cuando su secretaria le pasó una llamada de su madre.

—Si llamas para preguntar cuál es la relación entre Gabrielle y yo, te aseguro que ninguna.

—Me alegro. Supongo que a una mujer como Gabrielle, lograr un poco de prensa puede resultarle gratificante. Lo que no logro explicarme es tu presencia en Praga.

—Mamá, somos sponsors del Festival —dijo en tono defensivo.

—Correcto, desde hace varios años y tú nunca quisiste estar presente en la entrega de esas distinciones que hasta ayer te parecían ridículas. Parece evidente que alguien, y me niego a decir "Gabrielle", te ha hecho cambiar de opinión.

Gérard se mantuvo en silencio.

—Cuando logres silenciar tanto ruido, espero me consigas una reunión con Sofía Rossi. Parece ser la única periodista independiente con popularidad propia que ha logrado una extraordinaria entrevista con Rafael Kubelik, la más

acertada de todo el festival —dijo Danielle.

—¿Qué tiene Sofía Rossi que ha logrado hacerte su fan? —preguntó Gérard.

—Personalidad e inteligencia. Ojalá estuviera de nuestro lado; sin embargo, se rumorea que le harán una oferta para llevarla a Norteamérica.

—Imposible, no he escuchado nada de eso.

—Porque últimamente estás distraído; ya me ocuparé de averiguar el motivo que te tiene tan silencioso y distante. Averigua si ha recibido la oferta. Yo, mientras tanto, intentaré una reunión con ella.

—Como tú digas.

Gérard cortó la comunicación después de esas palabras. No podía permitir que Sofía se fuera a América, no tan lejos de él.

Giuliana decidió sorprender a Sofía en su departamento. Hacía días que no la veía y estaba segura de encontrarla a esa hora. Tocó el timbre y subió. La escena la sorprendió: su amiga estaba completamente desalineada y bebía mientras lloraba compulsivamente.

El shock la mantuvo inmóvil unos minutos. Buscaba con su mirada los ojos de Sofía, pero ella no la miraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un hilo de voz—. ¿Por qué lloras?

—Por amor.

—¡El amor no debería hacerte derramar lágrimas! ¡Nadie las merece!

—Es que me ha complicado la vida.

—¿De quién hablas? ¿Quién te ha complicado la vida?

—¡Gérard!

—¿Gérard? ¿Hay algo entre tú y Gérard? ¡No me habías contado nada!

—Es que lo que hay entre los dos me avergüenza, resulta humillante y doloroso.

—Sofía, ¿te ha hecho daño? Porque yo misma puedo acabar con ese francés arrogante.

—¡No! No me ha hecho daño, simplemente no me ama. Estamos juntos, pero de a pedazos, de a ratos. Lo humillante es mi debilidad. No resisto su presencia y me rindo a todos sus deseos. Sexualmente me enloquece, sentimentalmente me enamora y podría acusar a su sonrisa de violencia

emocional. Mi insomnio lleva su nombre.

—Deja esa botella y toma este café. Necesito verte lúcida para hacerte entrar en razón. Tú eres la mujer inconquistable, la que todos los hombres desean. Si Gérard no te ama como mereces, declárate en desobediencia afectiva, pero deja de llorar. Explícame: si no te ama, ¿cómo es que han logrado llevar adelante una relación y además mantenerla en secreto?

—No hay una relación. Somos pura física, química y anatomía, por eso funciona. —La desilusión en la voz de Sofía conmovió a Giuliana.

—No dejes que juegue contigo.

—Sé que sólo está jugando conmigo. Pero todo comenzó así, yo me sentí usada e intenté hacer lo mismo con él. Dejé que el juego se saliera de escala y ahora no tengo fuerzas para dejarlo, se ha convertido en un mal hábito.

—¡Claro que puedes dejarlo! No es más que un hombre malcriado que tiene todo y quiere todo. Solo negándole eso que quiere lograrás que reaccione.

—No soy yo lo que quiere, ¡mira! —dijo mostrándole a Giuliana el beso con Gabrielle.

—¡Olvídate de esa foto! Eres periodista y sabes que la mitad de lo que dicen ahí es mentira. Recuperaremos tu espíritu libre y salvaje. No te merece. Tienes que planear tu mejor venganza.

—¿Una venganza?

—Sí, te obligarás a ser feliz sin él.

—¡No puedo! Lo necesito tanto como al café por las mañanas.

—Sofía, si no puedes, actúalo, pero hazle creer que te has cansado del juego.

—¿Y cómo lo hago? Él sabe derretirme con su presencia.

—Ya no estarás sola, conseguirás un novio. ¿Qué tal Mariano? Él asiste a las mismas reuniones que tú.

Sofía miró a Giuliana como si hubiera tocado un tema prohibido.

—¿Qué he dicho? —preguntó Giuliana confundida.

—Juré no contárselo a nadie, pero tú serás la excepción. Mariano es gay.

Giuliana no pudo evitar una exclamación de asombro; sin embargo, se apresuró en continuar.

—Mucho mejor, será el cómplice perfecto —dijo Giuliana con voz triunfal —. Gérard no podrá avanzar si no puede alejar a Mariano de ti.

Sofía cubría su cara con ambas manos, como si no estuviera convencida de

poder actuar con tanta osadía.

—Vamos amiga, inténtalo. Cuando las cosas no van bien, mantener la sonrisa es un acto revolucionario y propio de ti.

La frase de Giuliana hizo reír a Sofía, que comenzaba a recuperar la confianza en sí misma. Haber compartido su angustia con Giuliana hacía la carga menos pesada. También estaba segura de que conseguiría el apoyo incondicional de Mariano.

Por la mañana siguiente, Sofía planificaba su charla con Mariano. Necesitaba hacerlo pronto, antes de perder el valor que había despertado en ella Giuliana.

Llamó a su interno y le pidió verlo con urgencia.

—¿Te sucede algo? —preguntó preocupado.

—Sí, es algo personal y necesito tu ayuda.

Mariano sólo tardó unos minutos en entrar en la oficina de Sofía. Se sentó frente a ella con seriedad.

—Vamos, dime qué te pasa.

—No creo que te sientas orgulloso de mí después de escuchar la historia, pero tú te has atrevido a compartir conmigo un tema muy personal y ahora es mi turno de hacer lo mismo.

Mariano se mantuvo en silencio, decidido a escuchar con atención.

—Hace meses que mantengo una relación secreta. Una relación que comenzó con una alocada atracción física y se ha vuelto un juego inmanejable del que necesito escapar. Esta persona me atrae de una manera irresistible, pero no desea una relación. De alguna manera permití que él invadiera mi corazón y desde ese momento, cada separación ha resultado dolorosa. No pretendo hacerle daño, sólo quiero que pierda el interés en mí y continúe con su vida como antes de conocernos.

—¿De quién me estás hablando?

—De Gérard Duval…

La cara de Mariano quedó petrificada ante la sorpresa que ese nombre le causó.

—¿Ese cretino ha estado jugando contigo? He visto la foto con Gabrielle Bouffart esta mañana.

—En realidad sí, ha jugado conmigo, pero con mi consentimiento y gracias a mi falta de resistencia.

—¿Y cuál es el plan?

—Necesito a alguien a mi lado que actúe como una pareja posesiva para que Gérard entienda que lo nuestro ha terminado.

—Será un honor, amiga mía. Y será un placer hacerlo sufrir. Lo haremos, pero nunca diremos que somos pareja. Nada mejor que la falta de certezas para un hombre como Duval. Sembraremos en él la duda y la incertidumbre, esa será su tortura —dijo Mariano con una mueca de satisfacción en su rostro.

Gérard pasaba otra noche de insomnio con una botella de whisky como única compañía. No podía dejar de pensar en Sofía. La necesitaba, deseaba sentir la pasión que sólo ella despertaba en él. Todo entre ellos había empezado mal, pero él no podía tenerla cerca sin que lo invadiera una necesidad casi angustiosa de fundirse en su cuerpo sensual hasta perder el juicio.

El whisky y el cansancio lo obligaron a recorrer las cicatrices de su corazón. Un corazón que se había abierto al amor una vez, volviéndose vulnerable y a cambio había quedado marcado por la desilusión.

Al pensar en Gabrielle un acto reflejo lo obligó a vaciar el vaso de whisky de un trago. Revivir el pasado resultaba siempre doloroso. El alcohol se ocupó de diluir el dolor y su mente continuó mostrando los pantallazos de su peor pesadilla, una que sólo su madre y él conocían.

Él había amado a esa mujer casi con devoción, sin prudencia ni control. Y en su inocencia lo habían herido. Gabrielle lo había embriagado de amor. Le había confesado que esperaban un hijo y de hecho las pruebas de embarazo dieron positivas. Gérard estaba feliz con la noticia y le propuso matrimonio. Una oportunidad que una mujer frívola como ella encontraba como un excelente negocio, en el que ganaría una posición social, prestigio y más dinero del que pudiera contar. Su único obstáculo en un plan casi perfecto fue Danielle, quien como buena periodista, sabía distinguir una actuación. Las de Gabrielle eran muy buenas, pero no lograron conmover al entrenado instinto de Danielle, que la mandó a seguir durante meses, hasta lograr las fotos que siempre supo que conseguiría. Gabrielle no podía resistirse a un hombre atractivo y eso sirvió para que descubriera el romance que vivía con el fotógrafo de modas con el que trabajaba. No fue fácil usar esa información en su contra, porque desenmascarándola rompía también el corazón de su hijo. La motivó saber que eso lo libraba de vivir un infierno mucho más largo al lado

de una mujer sin escrúpulos.

Danielle la citó en su oficina con el pretexto de organizar la fiesta de compromiso y fue allí donde le mostró las fotos y la puso en evidencia. Gabrielle negó que el hijo que esperaba fuera de su amante, pero Danielle la acorraló con evidencia y fotos comprometedoras que de todos modos arruinarían su reputación. Así, y a cambio de un vil trato comercial, logró que confesara que el hijo que esperaba no era un Duval. Gérard escuchaba todo esto del otro lado de la puerta. Lo había engañado; su interés sólo había estado puesto en su fortuna y su estatus social. Gérard se sintió miserable y se juró no volver a abrir su corazón.

Lo que Danielle no pudo evitar porque jamás lo imaginó fue que Gabrielle interrumpiera ese embarazo de manera clandestina para no perjudicar su figura. Al fin y al cabo, vivía de su belleza y no estaba dispuesta a sacrificarla.

El whisky volvía a recorrer la garganta de Gérard, calmando el dolor. Sin darse cuenta había vuelto a enamorarse y la posibilidad de experimentar nuevamente una desilusión lo atormentaba.

Esa mañana llegó a su oficina con los rastros de una mala noche delineando su rostro. Tomó el teléfono y se ocupó de ordenar que sus mejores agentes siguieran a Sofía a donde fuera, las veinticuatro horas.

Capítulo 20

Giuliana y Tex ya habían puesto fecha para viajar a la Argentina. Tex quería entregar las invitaciones personalmente. El cariño que sentía por los padres de Marco era inmenso, los consideraba sus propios padres, como consideraba a Marco su hermano.

—Ya tenemos fecha y aunque no te lo había dicho todavía, acompañante —dijo Giuliana divertida mientras conversaban sobre los preparativos del viaje.

Tex la miró con curiosidad.

—¿Acompañante? —preguntó.

—Sí, Sofía muere por ver a Laura y creo que también necesita unos días libres, por eso le propuse que nos acompañara.

—¡Excelente idea! Laura seguramente la extraña mucho.

—Entonces la primera semana de diciembre… —dijo Giuliana ilusionada.

—Así es. Estoy seguro de que te enamorarás de Buenos Aires, de sus gauchos y tradiciones. Tal vez hasta te guste el mate.

—¿El mate?

—Una bebida que no podrás negarte a probar.

—Lo haré encantada —dijo Giuliana con emoción—. Haría cualquier cosa por abrazar a Laura. ¡La extraño tanto!

En La Escondida, Laura se esmeraba en repasar cada detalle. Había preparado La Casa de los Jazmines para alojar a sus amigas y a Tex. Cada habitación estaba decorada con la calidez típica de ella. El solo hecho de saber que ese día estarían ahí sus amigas, hacía que su corazón explotara de alegría.

Laura había preparado también el almuerzo con ayuda de Margarita, quien estaba encantada con sus recetas y con su compañía en la cocina.

—Hoy te ves radiante —dijo Margarita.

—Es que hace mucho tiempo que no me siento tan feliz. He extrañado tanto

a mis amigas que estas horas de espera se están haciendo eternas.

—Deben ser muy especiales para haberse ganado tu corazón.

—Lo son y mucho. Son las hermanas que la vida me ha permitido elegir. No las cambiaría por nada en el mundo.

Laura decía estas palabras cuando escuchó el ruido de la camioneta de Marco que estacionaba cerca de la casa. No dudó en correr afuera y al ver a sus amigas bajando del vehículo, se tapó la boca con ambas manos para ahogar un grito de alegría.

Giuliana y Sofía la abrazaron al mismo tiempo. Nadie que viera la escena podía discutir el cariño inmenso que se tenían. El abrazo se hizo largo, como si no quisieran volver a separarse, como si esa cercanía reviviera en cada una de ellas todas las experiencias compartidas. Fue Tex quien en tono burlón logró separarlas para saludar a Laura.

—¡Permiso! Tienen tres días para conversar sin interrupciones, pero dejen que salude a esta hermosa mujer y a mi sobrino. —Y miró con dulzura a Laura y le besó la frente.

—¡Nuestro sobrino! —dijeron a coro Giuliana y Sofía—. ¡Cómo ha crecido!

—Ya tiene cinco meses —dijo Marco, acercándose al grupo y mirando a Laura con adoración. Ella fue la única que pareció no darse cuenta del amor con el que la miraban esos ojos negros.

Laura guió a sus amigas hasta la casa que había arreglado para ellas.

—Este es mi lugar preferido —dijo entrando en la galería—. Ese delicioso perfume es de estos jazmines, que dan nombre a la casa.

—Sofi, esta es tu habitación. Y la del frente es para Giuliana y Tex.

—No me digas que tendré que escucharlos todas las noches. ¿No sabes lo melosos que pueden ser? ¿Acaso tienes intención de torturarme?

El comentario las hizo reír.

—No creo que nosotros te quitemos el sueño. Además, no tienes más opciones; si vas a la casa principal seguramente tendrás que escuchar a Laura y a Marco. Y no creo que ese morocho sea más silencioso que Tex.

Laura perdió todos los colores al escuchar el comentario.

—¿He dicho algo malo? —preguntó preocupada Giuliana.

—No, nada de eso. Las dejo para que se acomoden. Iré a terminar de preparar el almuerzo. Nos vemos en unos quince minutos.

Laura caminó a paso veloz hacia la casa, intentando que la velocidad

arrancara de su pecho ese dolor inmenso que le provocaba su distancia con Marco.

—¿Te has dado cuenta de esa reacción? —preguntó Giuliana.

—Sí, es evidente que Laura y Marco no duermen juntos aún. Por eso no supo cómo seguir la conversación.

Giuliana se sentó a los pies de la cama, como si lo que acababa de oír fuera algo para lo que no estaba preparada.

—¡Pero él la mira con tanto amor…!

—Tal vez, Laura no ha superado su pasado. Si no la ayudamos, terminará con la paciencia de Marco. Un hombre es un hombre y no creo que la abstinencia vaya a durar mucho tiempo más.

Unos minutos más tarde, todos se reunían en la galería para almorzar. La mesa estaba decorada con jazmines, mantel de hilo y vajilla blanca.

Las primeras en llegar fueron Sofía y Giuliana, que al ver los colores de la mesa supieron que Laura le estaba poniendo su toque personal al almuerzo.

La vista desde la galería les pareció hermosa, los árboles en distintos tonos de verde y el lago en el que se reflejaban sus copas hacían que la escena pareciera sacada de un sueño. En esa ensoñación las interrumpió Josefina, quien las saludó con mucho cariño.

—¡Por fin! Es un gusto tenerlas en casa, las hemos esperado mucho tiempo. ¡Laura moría por verlas! Ha estado trabajando desde muy temprano en la cocina porque quería sorprenderlas con una de sus recetas secretas.

—Eso es muy típico de Laura —dijo Sofía con una sonrisa—. Pero no he viajado miles de kilómetros para perderla de vista. ¿Puedo buscarla en la cocina?

—Claro —dijo Josefina, señalando el camino.

Giuliana y Josefina se quedaron en la galería conversando sobre los preparativos de la boda y lo mucho que Tex y ella deseaban que pudieran acompañarlos.

—No nos perderíamos ese matrimonio por nada del mundo. Tex es un hijo más para nosotros.

En ese momento, Josefina sintió a Tex a sus espaldas quien la envolvía en un abrazo, como si con ese gesto agradeciera sus palabras.

Sofía acompañaba a Laura en la cocina, e intentaba una conversación con Margarita a quien acababa de conocer.

—No sabes todo lo que me han hablado de ti —dijo Margarita—. No veía

la hora de conocerte y honestamente eres todo eso que Laura logró que imaginara.

El comentario tan sincero de Margarita hizo reír a Sofía.

—Gracias, pero te haré una confesión y no soy del tipo de chica que visita los confesionarios. Has transformado a Laura. Creo que la última vez que la vi cocinar con tanto esmero, todavía estábamos en el internado, y en esa época cocinaba para que sobreviviéramos. Pero ahora parece un ama de casa perfecta. ¿Ya ha conquistado a su hombre por el estómago? —preguntó con complicidad mirando a Margarita.

—Creo que lo ha traído de vuelta a casa ya conquistado.

—Yo tendré que ocuparme de que este nuevo rol de cocinera no te quite el glamour —dijo Sofía mirando a Laura—. He escuchado por ahí que mañana habrá una fiesta por el compromiso de Giuliana y Tex. Y quiero verte derrochar encanto.

—¡Cómo te extrañaba, Sofi! —dijo Laura abrazándola—, pero vamos, levántate y ayúdanos a llevar estos platos a la mesa.

El almuerzo estuvo delicioso. Todos alabaron las destrezas culinarias de Laura y se divirtieron escuchando anécdotas de los novios sobre los preparativos de la boda. Tex aprovechó la ocasión para pedir a Josefina y a Emilio que fueran sus padrinos. Aceptaron encantados y no lograron disimular el brillo que la felicidad provocaba en sus ojos.

—¡Mañana esta casa se viste de fiesta! ¡A festejar el casamiento del hijo pródigo hasta que las velas no ardan! —dijo entusiasmada Josefina.

Todos levantaron sus copas y brindaron en honor a los novios.

Cuando el almuerzo terminó, Josefina ayudó a las tres amigas a escaparse de los hombres para pasar una tarde tranquila.

—Ustedes no se preocupen por nada y disfruten de este rato juntas, yo me ocupo de entretener a los hombres.

Sofía la envolvió en un abrazo y puso una actuada cara de gratitud que la hizo reír.

Luego, las tres se acomodaron en la sala de La Casa de los Jazmines. Sofía se paró frente a la amplia ventana y se entretuvo con el paisaje.

—Este lugar es hermoso y estar de nuevo juntas un sueño hecho realidad.

—¿Estoy escuchando bien o el tono en esa voz es melancólico? —preguntó Laura a Giuliana.

—Tienes un buen oído y Sofía mucho que contarte.

Sofía se volteó y miró a Laura.

—Mucho que contar y un plan que tienes que conocer.

Laura miraba con curiosidad a Sofía.

—Vamos, dilo.

—He perdido mi magia y el hombre que amo me ha partido el corazón.

Laura buscó los ojos de Giuliana que confirmaron la noticia.

—¿Quién ha sido capaz de llegar a ese corazón con la osadía necesaria como para dañarlo y dejarlo herido?

—Alguien tan inteligente como sensual, capaz de descifrar sin dificultad el laberinto que había diseñado para protegerme del amor.

—¿Lo conozco?

—¡Sí! ¡Gérard!

Laura se tapó la boca con ambas manos.

—Tuvimos una relación clandestina, esa es la única palabra con la que puedo definirla. Una relación ocasional en la que como adolescentes nos entregábamos a la euforia y al goce que nos provocaba la cercanía del otro y con la misma madurez la mantuvimos en secreto.

—No entiendo por qué el secreto. ¿Y qué ha hecho Gérard para herirte?

—Él se ocupó de mantenerla en secreto porque no quería una relación, de eso estoy segura, y por el mismo motivo, me ha herido al desear sólo mi cuerpo. No me ama, no como yo lo amo a él.

Laura no pudo decir ni una sola palabra. Ver a Sofía sufrir por amor era algo para lo que no estaba preparada.

—Ahora la síntesis del plan —dijo Giuliana, decidida a cambiar el tono de la charla—. Sofía necesita mantenerse alejada de Gérard. Hemos conseguido un novio que la mantendrá a salvo el tiempo suficiente como para que su amado francés entienda que el juego ha terminado.

—¿Han conseguido un novio? ¿De qué están hablando?

—Mariano, el jefe, amigo y ahora novio de Sofía, cumplirá el rol durante un tiempo —dijo Giuliana divertida—. Necesitabas saberlo porque será la pareja de Sofía en mi fiesta.

—¿No les parece más sensato hablar con Gérard y sincerarse?

—Ese sería el caso si habláramos de dos personas maduras, pero ya te he dicho que frente a Gérard pierdo el control, se me nubla el juicio y me invade el deseo.

—No hay más qué decir. Será un placer conocer a Mariano y espantar a

Gérard —dijo Laura con complicidad.

Unos minutos más tarde, entraba Tex.

—Lamento interrumpir la reunión de esta logia, pero necesito cambiarme para acompañar a Marco a recorrer unas tierras que quiere mostrarme. ¿Puedo robar a mi novia sólo unos minutos?

—Si la robas, que sea sólo unos minutos. Una duda, ¿la necesitas para que te ayude a vestir o para desvestirte? Es un punto que todavía no entiendo —dijo Sofía con ironía.

—Lamento la descortesía, pero dejaré el tema librado a tu imaginación. —Y con esas palabras, levantó a Giuliana en sus brazos y la llevó a la habitación que les habían asignado.

—Esos dos de verdad se adoran —dijo Sofía mirando a Laura—. Es el amor más sincero del que he sido testigo y me hace inmensamente feliz.

Laura se mantuvo en silencio y en su mente se desplegaban imágenes contradictorias sobre el amor.

—¿Y tú? —preguntó Sofía—. ¿En qué piensas?

—Yo quisiera amar sin miedo, pero pensar en entregarme al amor de un hombre sigue resultándome difícil y aterrador.

—Laura, Marco sólo puede ser aterradoramente hermoso. Parece una escultura tallada en granito con ojos de azabache. Su virilidad resulta tentadora y como si eso fuera poco, es un hombre de un gran corazón. ¿Has vuelto a estar con él después de Londres?

Laura negó con la cabeza mientras sentía cómo la cobardía se clavaba en su corazón, quitándole la fuerza que necesitaba para respirar.

—Amiga, nunca podrás leer el próximo capítulo de tu vida si te empeñas en releer el último. Es un despropósito porque sabes que no ha sido uno venturoso. Necesitas olvidarlo y traer a tu memoria los recuerdos que guardas en tu corazón con preferencia. Piensa en esa noche mágica en que Marco te hizo mujer, recuerda las sensaciones. Revive el placer de sentirte amada y deseada. Deja que te proteja entre sus brazos y espante con su amor tus fantasmas.

Laura no pudo evitar las lágrimas.

—Lo amo con locura, pero mi cuerpo sigue rechazando cualquier contacto. Me domina un miedo irracional que me obliga a alejarme de él.

—Busca la forma de vencer ese miedo o perderás a Marco. No creo que esté dispuesto a convertirse en monje. Ya te ha dado suficiente tiempo y si

sigues rechazándolo, no habrá vuelta atrás. En el amor sólo tienes que entregarte, dejar tu mente en blanco y permitir que las sensaciones te invadan. Dale la oportunidad de borrar el horror y sé feliz al lado del hombre que amas.

Sofía abrazó a Laura intentando trasmitirle toda la seguridad que necesitaba.

—Sabes que siempre contarás conmigo. Suelo tener chispazos de genialidad cuando se trata de seducir a un hombre.

El comentario hizo reír a Laura.

—Pero lo que todavía no aprendo es cómo mantenerlo a mi lado —agregó con un fingido puchero en su cara.

Giuliana entró de nuevo en la sala, con la evidencia de la pasión en sus labios.

—¿De qué hablaban?

—Del miedo que siento cada vez que pienso en el contacto con un hombre —dijo Laura con la angustia pegada a su voz.

—No dejes que el pasado te defina y no pierdas la oportunidad de sentirte amada aunque hayas sufrido. Creo que el amor es un tesoro y a veces lo encontramos cuando estamos en ruinas. Estoy segura de que aparece para rescatarnos, renovando todo lo que sentimos. El amor es un sentimiento poderoso que te hace sentir viva y saca lo mejor de ti. ¿Cómo negarnos a algo así?

—Exacto —dijo Sofía—. Si lo descuidas, por el motivo que sea, lo pierdes, y amores hay muchos, pero nunca el mismo dos veces. Sabes que puedo certificar esto que digo —dijo Sofía con picardía.

—Entendí el mensaje —dijo Laura apesadumbrada—, pero ahora necesito algo de aire fresco. ¿Me acompañan a dar un paseo?

Sofía y Giuliana asintieron.

Las tres recorrieron gran parte de la estancia y entre risas y sermones lograron ponerse al día. La noche las sorprendió sentadas cerca de la laguna.

—Me imagino que conoces el camino de regreso —dijo Giuliana preocupada.

—Lo conozco, podría hacerlo a ciegas.

—Estoy segura —dijo Sofía—. Y sé que hay muchas otras cosas que podrías hacer a ciegas, cosas que Marco agradecería con mucha más euforia que tus postres.

La cena fue entretenida y todos estuvieron de acuerdo con los planes para la fiesta que había organizado Marco.

Cuando todo terminó y las luces se apagaron, Laura se sintió más sola que nunca. Las palabras de sus amigas seguían sonando en sus oídos y saberse tan cerca y tan distante de Marco le dolía.

Esos ojos negros le resultaban irresistibles tanto como su cuerpo fuerte y joven. La ternura de su sonrisa era un bálsamo para su angustia, pero la soledad de su cama se sentía fría, como estaba también su cuerpo que empezaba a desear el calor que provoca la pasión.

Marco seguía en su piel. Recordaba la sensación de su cuerpo sobre el suyo. Su perfume, su aliento, su entrega. Sofía tenía razón, ella podía revivir sus momentos mágicos. Era peligroso, casi como jugar a la ruleta rusa, pero necesitaba intentar el juego del amor una vez más. Sabía que un rechazo de Marco la mataría, como la mataría que su cuerpo instintivamente lo rechazara.

Por la mañana, Laura deseó más que nunca verlo en el desayuno. Saber que estaba ahí, buscar sus ojos y perderse en su mirada, pero en la galería sólo estaban las mujeres.

—Parece que el embarazo da sueño —dijo Giuliana mirando el vientre apenas abultado de cinco meses.

—¿Marco ya ha desayunado? —preguntó Laura mirando a Josefina.

—Sí, los hombres se han ido muy temprano. Tenían cosas que hacer en Buenos Aires. Yo también las dejo porque debo ir al hospital, pero hay un auto en el garaje por si quieren salir a dar una vuelta.

—¿Salir del Paraíso? No creo —dijo Sofía con una sonrisa.

—Aprovechen el día para descansar, estoy segura de que la fiesta de esta noche será larga —dijo Josefina con una sonrisa mientras se despedía de todas.

—Lo haremos. ¡Muchas gracias por todo! —dijo Giuliana.

—Dormilona, ¿así que extrañas a tu morocho? —dijo, juguetona, Sofía.

—Tus palabras me han taladrado el cerebro toda la noche y no me han dejado dormir.

—Ese era el punto. Y ahora te sientes un poco más territorial. Es bueno que aprendas a cuidar lo tuyo.

—Y a lucirlo. Ese morocho llevará de su brazo a la mujer más hermosa de la noche —dijo Giuliana—. Tu embarazo me ha inspirado y tengo un regalo para darte.

—¿Un regalo? —preguntó Laura con sorpresa.

—He diseñado mi primer vestido para una mujer embarazada.

—Pero yo no quiero parecer una "mujer embarazada" en la fiesta —dijo Laura preocupada.

—Quiere sensualidad, insinuación y misterio —dijo Sofía.

—Serás todo eso —dijo Giuliana—. El vestido es sublime. Lo he diseñado en un momento de creatividad.

—¡Estoy salvada! Porque ya ninguno de mis vestidos me entra.

El comentario de Laura provocó la risa cómplice de sus amigas.

En Buenos Aires, en las oficinas de Emilio Scorza, Marco y Tex hablaban de negocios. Después de recorrer juntos La Escondida el día anterior, Tex estaba decidido a hacer algunas inversiones inmobiliarias en la Argentina y Marco se ocuparía de hacer la preselección. También habían acordado con Gérard asociarse en su negocio de cría y venta de caballos de polo.

—Tengo algo importante que conversar contigo —dijo Tex con seriedad.

—¿De qué se trata?

—Me mudaré a Milán. Giuliana muere por estar cerca de sus padres y yo no quiero negarle algo así. He pensado abrir una filial allí para Argenta.

—No tengo ningún inconveniente, si es por eso que me lo cuentas. Milán es un punto importante en Europa; la idea es interesante.

—¿Tú volverás a Londres? —preguntó Tex con curiosidad.

—Buen punto —dijo Marco—. Me gustaría contestar esa pregunta con seguridad, pero la verdad es que la relación entre Laura y yo es tan extraña que no parece una relación. Ella no supera sus vivencias y yo comienzo a sentirme un extraño para ella.

—No es algo que tengamos que decidir ahora. Tomate el tiempo que necesites. Yo me ocuparé de organizar una oficina en Milán y supervisar la de Londres. Todos tus informes y pálpitos han sido un éxito.

Marco interrumpió la charla para atender una llamada telefónica.

—Mis vecinos, que están invitados a la fiesta de esta noche, nos retan a un partido de polo esta tarde.

—¿Qué les has dicho?

—Que perderán, y que los espero.

—Si criaremos los mejores caballos de polo, no viene mal un poco de publicidad —bromeó Tex.

Sofía tomaba sol, mientras Giuliana y Laura conversaban en la galería después de un almuerzo liviano.

—¿Cómo va mi bronceado? —preguntó Sofía, aún con los ojos cerrados cuando sintió que alguien se paraba a su lado. Unos segundos después, escuchó que la conversación entre Giuliana y Laura no se había interrumpido.

Abrió los ojos y se encontró con unos ojos grises que la miraban con descaro y recorrían cada curva de su cuerpo. Sofía, en un acto reflejo, se cubrió con una toalla.

—Eso que has hecho es lo más parecido a un acto criminal.

El comentario le robó a Sofía una sonrisa.

—¿Quién eres?

—¿Italiana?

—Sí, y con acento evidente —contestó Sofía.

—Soy Manuel Balcarce. ¿Y tu nombre?

—Sofía Rossi.

Manuel se sentó en la reposera junto a Sofía y la miró con profundidad.

—Me encantaría quedarme aquí para juzgar tu bronceado, pero tengo que ayudar a bajar mis caballos del camión.

Sofía lo miró con sorpresa.

—Hay un juego de polo en una hora entre mi equipo y el de Marco. Me encantaría verte ahí. —Y poniéndose de pie, le besó los labios con descaro y se marchó.

Sofía sentía que tanto sol le había provocado alucinaciones. Manuel podía compararse con algún dios del Olimpo. Su pelo castaño claro, sus ojos grises y un físico imponente eran características más que suficientes. Tenía que admitir que lo que más le había gustado era su audacia.

Se vistió y buscó a sus amigas en la galería.

—¿Han visto a esa belleza?

—Sí —contestó Giuliana—. Por lo visto, sigues siendo irresistible.

—Hay un partido de polo, ¿ustedes sabían?

—No —contestó Laura—. Todavía Marco no ha regresado.

—Deben estar por llegar, porque esa belleza ha venido a jugar al polo y yo no pienso perderme el partido.

En ese momento escucharon la voz de Tex preguntando por Giuliana.

—¡Aquí estamos! —dijo Sofía.

Ya en la galería, Tex abrazó y besó a Giuliana, sin ocuparse de disimular

la satisfacción al tenerla entre sus brazos.

—¿No aprenderás que no se come frente a quien tiene hambre? —dijo en tono de reproche Sofía.

—¡Nunca! —contestó Tex provocándola.

—¿Y Marco? —preguntó Laura.

—Ha entrado a cambiarse y yo haré lo mismo porque nos están esperando. ¿Saben lo del partido?

—Nos hemos enterado de una manera encantadora —contestó Sofía.

—Entonces las veo en la cancha.

El partido estaba peleado. Sofía no entendía mucho de polo, pero la guerra entre las camisetas rojas y negras era evidente. Sin embargo, su mirada sólo estaba atenta a una melena revuelta por el viento y a la sonrisa de satisfacción de Manuel después de anotar un gol.

Laura miraba el partido casi sin prestar atención. La distancia que había marcado Marco cuando ella más lo necesitaba la angustiaba. No podía negar que era la consecuencia lógica al espacio creado entre los dos.

Giuliana veía jugar a Tex por primera vez. Él montaba con la seguridad de un guerrero y golpeaba la bocha con precisión, pero no podía evitar la histeria cuando otro jugador se interponía en su camino o cuando los caballos chocaban en un intento por llegar a la bocha.

—¿Qué es lo divertido de ver un partido de polo? Me encantan los uniformes y lo elegantes que quedan arriba de esos caballos, pero estoy cansada de sufrir.

—Deja que nos muestren su virilidad; la competencia los excita y nosotras recibimos la recompensa —dijo burlona Sofía para enervar a su amiga.

—A mí no me entusiasma que intenten tirar a Tex de su caballo, ni me gusta que levanten ese palo cerca de su cabeza.

—Laura, ¿qué te tiene tan callada? —preguntó Sofía.

—Desde que llegaron, Marco ha estado mucho más distante conmigo.

—No es lindo lo que diré, pero sabes que no me sale bonito cuando es obvio —dijo Sofía—. Te trata así porque no sabe cómo hacerlo. No has dejado que se acerque a ti en todo este tiempo. No pretenderás que lo intente ahora frente a todos. Marco es orgulloso y sólo está siendo prudente. No hará nada que pueda ponerlo en evidencia. Es un estratega y piensa sus jugadas.

—Sofía tiene razón. No le exijas nada ahora, el momento de intentarlo será cuando estén solos.

—Tengo miedo de perder esta pizca de valor que siento cuando estoy con ustedes.

—Laura, no es valor lo que necesitas, sino todo tu amor para no estar pendiente sólo de lo que tú sientes, sino de lo que él también pueda sentir —dijo Giuliana.

El partido terminó y las camisetas negras se impusieron por un gol de diferencia. Giuliana se acercó al costado de la cancha para besar a Tex, que se inclinó sobre su caballo acercando sus labios a los de ella.

Manuel saltó de su caballo y caminó a paso lento buscando a Sofía que seguía sentada junto a Laura.

—Esta tarde no he tenido suerte, pero soy un hombre optimista. ¿Serías mi acompañante en la fiesta de esta noche?

—Será un placer —dijo Sofía.

Manuel guiñó un ojo en gesto de complicidad y se marchó.

Marco nunca se acercó. Se ocupó de acompañar a sus peones a los establos y ayudó con los caballos. Unos minutos más tarde, Tex se unía a él.

—Tex me ha dicho que la fiesta comenzará a las siete. De hecho ya están armando una carpa en el jardín y la gente del servicio ya ha llegado —dijo Giuliana.

—Escapemos de aquí. Podríamos vestirnos juntas en La Casa de los Jazmines —dijo Sofía.

—Me encantaría. ¡No veo la hora de probarme mi nuevo vestido! —agregó Laura.

Las tres se tomaron el resto de la tarde para arreglarse. Laura disfrutaba de su vestido de gasa color lavanda, strapless, con un corte debajo del busto marcado por una cinta bordada en piedras al tono. Debajo de ese cinto, el vestido se abría mostrando una tonalidad más fuerte. La mezcla de colores no sólo disimulaba el incipiente embarazo de Laura sino que le daba al vestido un toque mágico.

—¡Te queda justo como imaginé! —dijo Giuliana—. Lo hice corto para que fuera más informal.

—Definitivamente, eres la mejor diseñadora del mundo. ¡De verdad, es un vestido soñado! —dijo Laura abrazando a Giuliana.

—Marco podrá mantener distancia, pero estoy segura de que con ese vestido llamarás la atención de todos —agregó Sofía con una sonrisa.

—¿Ustedes qué se pondrán? —preguntó Laura con curiosidad.

—Yo no traje vestido —dijo Sofía—. Jamás me imaginé que tendríamos otra fiesta de compromiso. Pero nuestra amiga es tan detallista que tuvo la gentileza de traer dos.

—Sí —contestó Giuliana—. Yo me pondré uno verde, y dejaré el fucsia, mucho más sensual y provocativo, para nuestra amiga —dijo mirando a Laura.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sofía.

—Porque muero por ver la cara de Manuel cuando te vea. Si no se ha caído del caballo durante el partido, ha sido de puro milagro. ¡Estuvo pendiente de ti todo el tiempo!

—Será un placer darte el gusto —dijo Sofía con picardía.

Tex fue el encargado de buscar a las chicas de La Casa de los Jazmines, mientras Marco recibía a los invitados junto con sus padres.

—¡Están hermosas! —dijo Tex—. Parece que Giuliana promocionará sus nuevos diseños esta noche.

Luego sujetó la cintura de Giuliana, pegándola a su cuerpo, besó su cuello y susurró a su oído:

—¿Sabes que ese color verde es igual al de tus ojos y provoca que pierda la cordura?

—¡Tex! ¿No venías a buscarnos? —dijo Sofía.

—Sí, pero ahora que lo pienso, el efecto puede ser devastador si llegan las tres juntas. Creo que demoraré a Giuliana unos minutos más.

Sofía miró a la flamante pareja con gesto de rendición y caminó con Laura rumbo a la recepción.

—Marco está ahí —dijo Laura, mientras lo señalaba con discreción.

—Sí, es bastante evidente —contestó Sofía—. Con ese tamaño no debe resultarle fácil pasar inadvertido.

—¿Debería buscarlo? —preguntó Laura llena de dudas.

—No, deja que él te busque. Primero muéstrate, asegúrate de que todos te vean y entonces verás cómo no resiste la ocasión de comportarse como el hombre territorial que es.

—Yo no quiero mostrarme —dijo Laura angustiada.

—Laura, no lo dije en sentido literal. Sólo saluda a los invitados conmigo. Todo lo demás pasará.

Manuel esperaba ansioso a Sofía. El cuerpo le tembló cuando la vio cubierta en un sensual vestido fucsia, que dejaba al descubierto unas piernas largas y torneadas. Un escote provocador insinuaba un busto generoso y su

cabellera negra y larga la llenaba de misterio. Se acercó a ella y la besó en la mejilla casi rozando la comisura de sus labios, al tiempo que su mano exploraba su espalda descubierta.

—Cómo estás… —dijo con una amplia sonrisa.

—¿Conoces a Laura? —dijo Sofía mientras se acercaba a ella.

—He oído muchísimo de ti, pero todavía no nos habían presentado.

Manuel se acercó y la saludó con un beso.

—Acompáñenme, las presentaré.

Manuel caminaba entre Laura y Sofía, saludando a los invitados. Todos quedaban extasiados con la belleza de ambas y la simpatía de Sofía. Tex se acercó al grupo y presentó a Giuliana como su futura esposa.

Mientras tanto, Marco observaba la situación a cierta distancia. Laura estaba hermosa y el hecho de que tantos hombres la saludaran y ella no reaccionara comenzaba a molestarlo. A paso firme se abrió camino entre los invitados y se acercó a ella. No le dijo nada, sólo se paró a su lado. El gesto fue suficiente para que todos entendieran que marcaba su territorio, fue claro que ella estaba con él.

Durante la celebración, Tex y Giuliana no se separaron de Marco y Laura, logrando así distender los ánimos de ambos y hacer de la velada un momento agradable para todos.

Sofía, en cambio, se entregó a la diversión y al baile escoltada siempre por Manuel, que disfrutaba de la fiesta tanto como ella.

El festejo terminó a la madrugada.

Después de despedir a los últimos invitados, Laura se disculpó aludiendo cansancio y se retiró a su dormitorio. Marco escoltó a Giuliana y a Tex hasta la casa de invitados. Sofía no estaba.

—Mañana saldremos temprano para el aeropuerto —dijo Marco—. Los estaré esperando para desayunar a las ocho en la galería.

—Perfecto —dijo Tex.

Marco abrazó a su amigo y se despidió de Giuliana con un beso.

—No sabes lo que significa para mí volver a tener una hermana.

Con esas palabras se marchó.

—¿Qué fue eso? —preguntó Giuliana a Tex con curiosidad.

—Marco tuvo una hermana que murió cuando eran niños. Ahora a ti te considera su hermana.

—No me habías contado nada —le dijo con un reproche.

—Es cierto, lo haré, pero definitivamente no será esta noche.
Tex la abrazó y así entraron en su dormitorio.

A esa hora de la madrugada, Manuel y Sofía habían llegado al clímax. Se habían entregado a la pasión con la desesperación de quien busca desahogo en el amor. Sus cuerpos se habían excitado, agitado y temblado, hasta volverse uno solo.

Cuando Sofía despertó se sentía sorprendentemente cansada y al girarse encontró a su lado el cuerpo firme y tibio de Manuel.

—¿Cómo se llama? —preguntó él, mirándola con ternura.

—¿Quién?

—Ese hombre con el que has hecho el amor toda la noche.

Sofía miró a Manuel confundida.

—Has vibrado en mis brazos y te has dejado amar, pero no estabas conmigo.

Sofía no podía creer lo que estaba escuchando.

—No es un reproche. Eres una mujer estupenda, hermosa, pero en la cama desnudamos también el corazón y el tuyo está marcado.

Las palabras de Manuel sonaron a profecía.

—Hubo un amor —dijo Sofía—. Uno reciente y tal vez sea eso lo que tu fina percepción ha detectado.

—Hablas con esa seguridad porque todavía lo sientes en todo tu cuerpo y pretendes ocultarlo con tu descaro.

—¿Eres psíquico o algo así?

—Me gustaría, pero no. Tal vez soy otro amante herido, sólo que yo sé reconocer las marcas que deja el amor.

Ya amanecía y Laura no había podido dormir en toda la noche. El trato frío y distante de Marco, sumado a la partida de sus amigas, habían perforado su corazón. “Me marcharía con ellas encantada”, pensó y de pronto escuchó una vez más las palabras de Ramona. “*Si te rindes ahora, de nada servirá todo lo que has logrado hasta hoy.”*

No podía pasarse la vida huyendo de las dificultades. Menos cuando

tendría un hijo, un hijo que soñaba criar en la seguridad de un hogar.

Esa mañana, Sofía llegó tarde al desayuno, pero a tiempo para salir al aeropuerto.

Manuel la había dejado en la puerta de la casa de invitados. Tomó una ducha rápida y terminaba de empacar, cuando Giuliana entró en su dormitorio.

—Te vimos llegar. Ya estaba preocupada, pensé que tal vez decidías quedarte en Buenos Aires con Manuel.

—Nada de eso; mi aventura porteña ha terminado —dijo Sofía con una amplia sonrisa.

—Me imagino que tienes algo que contarme.

—Claro que sí. He pasado la noche con un psíquico.

Giuliana miró más que sorprendida a Sofía.

—Un hombre intuitivo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que mi corazón está marcado por otro hombre y que a pesar de haberme amado con pasión, sus besos jamás podrían borrar los rastros de ese otro amor.

Giuliana se tapó la boca incrédula.

—Sí, ese mismo efecto provocó en mí —dijo Sofía.

Tex tocó la puerta del dormitorio.

—¿Listas?

—Sí —dijo Sofía.

—Me llevo tu equipaje. Las espero afuera.

Sofía y Giuliana salieron detrás de él. Sofía vio a Laura que se acercaba caminando desde la casa principal y corrió a su encuentro, envolviéndola en un abrazo.

—Te extrañaré —dijo emocionada.

—Yo mucho más —contestó Laura—. Llámame, así no me pierdo detalle de tus aventuras.

—Lo haré. Cuídate mucho y sobre todo a mi sobrino.

—Todavía no sabemos si será varón —dijo Laura.

—Lo será, estoy segura. Y a su padre, mejor intentas metértelo en el bolsillo. ¡Está cada día más guapo!

—Vamos, Sofía, se hace tarde —dijo Marco desde la camioneta.

—*Arrivederci* —y con una sonrisa se despidió de Laura.

Después de dejar a sus amigos en el aeropuerto, Marco se refugió en sus

oficinas todo el día. Era difícil para él retomar la relación con Laura. No tenía la menor idea de cómo hacerlo y sentía que le ganaba una inmensa ansiedad por volverla a tener en sus brazos. Lo interrumpió una llamada de Gérard.

—*Bonjour*.

—Hola —dijo Marco.

—¿Has hecho una gran fiesta y no me has invitado?

—Sí, eso es técnicamente correcto.

—No me dirás que era sólo por el compromiso de Tex porque hasta Sofía estuvo invitada.

—¿Y cómo sabes eso? ¿Acaso tienes espías en mi casa?

—Eso podría ser, pero no en este momento. ¿Ya han decidido entrar en la cría de caballos?

—Sí, hablé de eso con Tex y estuvo de acuerdo. De hecho, también hará una inversión inmobiliaria por aquí.

—¿A ustedes qué les pasa? ¿Nunca dejarán de vivir juntos? En Londres comparten edificio y ahora, ¿me dices que en Buenos Aires piensan ser vecinos?

—No te pongas celoso, puedes volver a vivir con nosotros si quieres —dijo Marco con una carcajada.

—No, prefiero declinar el ofrecimiento —contestó Gérard en tono burlón —. Te pasaré por fax el proyecto para que lo analices así podemos comenzar con la compra de los primeros ejemplares cuanto antes.

—Suena bien. Lo veré y te llamo.

—¡Hasta pronto!

Gérard cortó la comunicación. Había llamado con intención de saber más sobre Sofía, pero no tuvo éxito, Marco no habló de ella. Desde que había recibido el informe de sus hombres moría de celos. Sofía había pasado toda la noche en la casa de alguien que acababa de conocer. Él no podía recriminarle nada, porque lo de ellos era algo casual, pero el sentimiento posesivo que lo invadía cuando se trataba de Sofía estaba cambiando las cosas.

Laura necesitaba distraerse. Sentarse a esperar a Marco no tenía ningún sentido. Cocinar y conversar con Ramona sonaba bien y eso fue lo que hizo.

Ya en la fundación, buscó a Ramona en la cocina.

—Hola, niña, ¿cómo has estado? —preguntó Ramona.

—Muy bien —contestó Laura—. Ya extrañaba nuestras charlas.

—Me alegra escuchar eso. ¿Cómo te ha ido con tus amigas?

—Ellas son lo más especial del mundo para mí. Son la única familia que tengo.

—Te equivocas —dijo Ramona con seriedad—, mejor preparo un té y conversamos.

—He perdido a mi familia. Mi padre me ha echado de casa y estoy segura de que jamás volveré a verlos —dijo Laura intentando una explicación.

—En eso estamos de acuerdo. Y es parte de un pasado que no queremos repasar. Tú tienes una hermosa familia, el problema es que todavía no lo reconoces. Tu familia son tu hijo y ese hombre del que has estado escapando todo este tiempo y que tanto necesitas.

—Marco... —dijo Laura en un suspiro.

—Sí, lo necesitas más de lo que crees. Y es un ser adorable que he tenido el placer de conocer desde que era un bebé.

Laura miró sorprendida a Ramona.

—Hay muchas cosas que no te he contado, pero ahora tenemos tiempo. Te contaré algo más. Yo trabajé en La Escondida desde que Josefina se casó. Estuve con ella durante el nacimiento de Marco y hasta la muerte de Carlota. He cuidado a esos niños como si fueran míos y he descubierto que el verdadero amor existe, prueba de ello es el matrimonio de Josefina y Emilio.

—¿Dejaste La Escondida cuando Carlota murió?

—No pude estar ni un minuto más en ese lugar después de su muerte. Ver partir a una niña de esa forma es muy doloroso, pero ver a la madre que la ha perdido lo es mucho más. El día en que Carlota murió pensé que Josefina moriría a su lado. Sin embargo, ella me ha demostrado el significado del coraje, la entereza y la determinación. Es una mujer fuera de lo común. O tal vez sí murió esa noche, pero renació más fuerte y más sabia. Un proceso de transformación que no cualquiera logra con éxito.

—¿Qué enfermedad tenía Carlota? —preguntó Laura.

—Leucemia —dijo Ramona—. Imagínate lo que eso significa para una madre y sobre todo para una pediatra como Josefina. Ella se culpaba por no haberlo descubierto antes, y sabía de antemano todo lo que sufriría su hija y lo poco que le quedaba de vida. Su agonía comenzó el día en que recibió el diagnóstico. Vivió una muerte anunciada.

—¿Cuántos años tenía?

—Cuando murió tenía cuatro años y Marco nueve. Pero Carlota y Josefina pelearon hombro a hombro contra esa terrible enfermedad durante un año, hasta la noche de su muerte. Ese día no podrá borrarse de mi memoria ni con amnesia. Carlota murió en su cuarto, en La Escondida, de la mano de su madre, que no dejaba de custodiar su lecho ni para comer o dormir. Yo estaba en ese dormitorio cuando mi niña partió.

Laura escuchaba con atención a Ramona y un profundo dolor invadía su pecho.

—Josefina se abrazó a Carlota como si quisiera fundirse en ese cuerpo, como si buscara desesperadamente marcharse con ella. Lloró de una forma desgarradora. Presenciar ese dolor era desolador, más de lo que se pudiera soportar y todos dejaron la habitación. Casi una hora más tarde, Emilio intentó separar a Josefina del cuerpo sin vida de su hija, pero no lo logró. Josefina liberó desde lo más profundo de su ser un grito desgarrador que terminó por minar toda la fuerza de Emilio, que salió de esa habitación casi corriendo, con los ojos inyectados en sangre y con el rostro desencajado de dolor.

”Fue tu Marco, con sólo nueve años, quien se ocupó de su madre. Puso su mano pequeña sobre su hombro y se mantuvo así en silencio un rato. Parecía como si con ese gesto él buscara evitar que ella se marchara con Carlota, recordándole con su contacto que él todavía estaba vivo y la necesitaba. Josefina volteó para mirarlo y Marco le devolvió una mirada profunda y serena. Y dijo: “No te preocupes, mamá. Yo te cuidaré”. Ese fue el golpe que volvió a Josefina a la realidad. Ella había olvidado por completo que todavía tenía un hijo. Durante meses casi no lo había visto y, sin embargo, él estaba ahí, ofreciéndole su protección. Josefina se puso de pie y abrazando a Marco con todas sus fuerzas, se aferró a la vida. El proceso de duelo fue largo y doloroso. Pero Josefina evitaba llorar delante de Marco. Él estaba ahí y ella viviría por él. El tiempo y su coraje lograron sanar su alma. Eso es dolor, Laura, y el más crudo de todos. Ya verás, ser padres nos convierte en seres vulnerables. El dolor de los hijos se vive en carne propia, pero exacerbado por el inmenso amor que les profesamos.

—Creo que yo jamás podría recuperarme de la muerte de un hijo —dijo Laura en un hilo de voz.

—Muchos no lo logran —dijo Ramona—. No te he contado esto para que te pongas triste por algo que no has vivido, sino para que veas que tus

problemas no son tan grandes como piensas. Y te he puesto de ejemplo a Josefina porque la ves todos los días. Aprovecha a esa mujer, Laura, habla con ella. Nadie mejor para ayudarte que aquellos que saben el dolor que se siente al caer.

Esa noche, Josefina buscó a Laura para cenar y la encontró sentada en la galería.

—¡Hola! ¿Cómo ha estado tu día? Me imagino que ya extrañas a tus amigas.

—Sí —contestó Laura—. Las extraño siempre. Hoy hablé con Ramona de mi familia, le dije que no volvería a verlos, pero en realidad deseo con todo el corazón reencontrarme con mi hermana menor. Su nombre es Adriana.

—Y deberías hacerlo, gracias a las hermanas nunca envejecemos, ellas saben cómo fuimos siempre. Te confieso también que las mías han sido varias veces la razón por la que he deseado ser hija única.

El comentario hizo sonreír a Laura.

—Yo te buscaba para avisarte que hoy cenaremos solas. Marco y Emilio se quedarán en Buenos Aires. Podemos cenar aquí afuera si quieres —dijo Josefina.

—Me encantaría.

Margarita sirvió la cena y ambas mujeres aprovecharon ese momento de soledad para conversar.

—Me siento terrible —dijo Laura mirando a Josefina a los ojos.

—¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada Josefina.

—Me he dado cuenta de lo egoísta que he sido con todos ustedes y especialmente con Marco. Lo amo, pero he cavado con mi silencio y mi distancia una fosa entre los dos. Y jamás les he agradecido a todos por convertirse casi mágicamente en mi única familia.

Los ojos de Laura se llenaron de llanto.

—No llores…. Me alegra que seas consciente de lo que sientes. Cuando estamos heridos, nos cuesta mucho actuar correctamente. Yo también he sufrido y en esos momentos he desconocido a los que más amaba pensando que nadie comprendía mi dolor, hasta que entendí que cada uno sentía su propio sufrimiento de una manera diferente. Hoy me río, pero mucho tiempo estuve triste. Me ves fuerte porque fui débil, y lucho porque eso lo aprendí de una niña valiente.

—¿De Carlota? —preguntó Laura con un hilo de voz.

—Sí —contestó Josefina—. Ella con sólo cuatro años me enseñó que luchar no se trata de ganar sino de no rendirse. Le debo ese esfuerzo, el que ella hizo por aferrarse a la vida. Le debo una lucha eterna. Murió con una sonrisa en los labios, una sonrisa que supo dejarme como herencia y que jamás permitiré que nadie borre de mi rostro. Cada vez que sonrío la siento pegada a mi alma.

Josefina hizo una pausa, porque intentaba con todas sus fuerzas no derramar lágrimas y porque no estaba segura de que el nudo que sentía en la garganta la dejaría seguir conversando.

Laura se puso de pie, se ubicó detrás de la silla de Josefina y la abrazó con fuerza, transmitiéndole en ese abrazo todo su amor y admiración. Josefina cubrió los brazos de Laura con sus manos y los acarició con ternura.

Margarita las interrumpió para levantar la cena.

—¿Les traigo algo de postre o prefieren un café?

—Para mí un café —dijo Laura mientras volvía a su silla.

—Para mí lo mismo. Gracias, Margarita.

Josefina miró a Laura con esa profundidad tan parecida a la de Marco.

—Hablábamos de esos momentos de dolor que nos aíslan y después nos provocan sentirnos egoístas con los que nos rodean. Cada persona que conocemos está luchando con sus propios temores, con su dolor. Carlota me enseñó a tratar a todos con dulzura y a sonreír porque es la única forma de acariciar las heridas del alma, esas que los médicos no sabemos curar.

—¿Es por ella la Fundación Santa María?

—No, la fundación comenzó mucho antes de que yo supiera que Carlota tenía leucemia. Por ella trabajo en el hospital todos los días. Soy parte del equipo de oncología. Cuando Carlota murió, pensé que jamás podría ver a un niño con cáncer sin morir de dolor, pero esos valientes nos enseñan a dar todo. Ellos sufren y no se rinden. Esos corazones inmensos que soportan tratamientos dolorosos y todavía se preocupan cuando ven los ojos tristes de sus madres. Carlota no quería que yo tuviera ojos tristes. Cuando los médicos me apedreaban a preguntas delante de ella, ella me defendía como si se tratara de un adulto retando a niños revoltosos con delantales blancos. *"Los ojos tristes sólo necesitan abrazos"*, eso fue lo que me dijo. Era un alma sabia dentro del cuerpo de una niña.

El llanto bañó los ojos negros de Josefina. Laura sintió una explosión en su pecho y todo su cuerpo se llenó de remordimiento. De pronto se sentía una

mujer débil de carácter y malcriada, insensible ante el dolor de los otros. Apretó con fuerza la mano de Josefina y se unió a su llanto. Juntas barrieron sus almas de los recuerdos dolorosos, cuidando de no perder esos tan valiosos que se encuentran una vez que se supo transitar el dolor y salir de allí victorioso.

Después de ese llanto compartido, Laura nunca volvió a mirar atrás. Dios no le había arrebatado a su hijo y eso era motivo más que suficiente para ofrecerle su vida, su lucha eterna. Agradeció desde el fondo del corazón haber encontrado a la familia de Marco y sobre todo sentirse parte de ella. Se sentía orgullosa, radiante. Y su alma volvió a llenarse de luz, una luz que jamás dejaría de compartir con los demás.

Al día siguiente, Laura se quedó dormida, se había acostado tarde y el llanto y el desahogo la habían agotado.

Se dio una ducha y se puso un vestido liviano. Buscaba algo cómodo y fresco. El calor del verano hacía más complicada la selección de su ropa y los pantalones hacía un tiempo habían dejado de ser una opción.

Bajó al comedor y vio que todos estaban por sentarse a almorzar.

—Buenos días —dijo Laura con timidez—. Perdón, pero he sido presa de Morfeo.

—No te preocupes —dijo Emilio, acercándose para saludarla con un beso —. Nosotros recién llegamos.

—Y yo no hace mucho que me levanté. Creo que nuestra fiesta de anoche nos ha dejado exhaustas —dijo Josefina.

—¿Han estado de fiesta? —preguntó Emilio.

Marco miró con seriedad a su madre.

—Cosa de mujeres —contestó Josefina sin más explicación.

Durante la siesta, Emilio y Marco recorrieron los establos y hablaron sobre caballos. Debían hacer una preselección de los mejores padrillos y yeguas que sentarían las bases del criadero que Marco empezaría en sociedad con sus amigos. Un negocio muy lucrativo cuando se contaba con los contactos adecuados.

Al atardecer, volvieron a la casa y encontraron a Josefina y a Laura tomando una limonada en la galería. Laura estaba hermosa en un vestido blanco de verano. Marco no podía evitar el deseo de mirarla, de memorizar a esa mujer que lo embrujaba con su aspecto angelical.

Él vestía jeans, botas y una camisa celeste. Su melena negra lucía un poco

despeinada y la sombra de una barba delineaba su rostro anguloso.

—¿Quieres salir a caminar? —preguntó mirando a Laura fijamente a los ojos. Su mirada seria no daba lugar a un no.

—Claro. Me encantaría —dijo Laura sorprendida por el cambio de actitud de Marco.

Caminaron en dirección a la laguna. Al principio lo hicieron en silencio, ninguno de los dos sabía cómo llenar esa distancia que se había abierto entre ambos. Deseaban decir lo que sentían, pero cada uno tenía razones para callar.

Marco miraba a Laura con descaro, concentrado en cada detalle. Su piel parecía más blanca, su cabello más claro.

Ese pensamiento le robó una sonrisa.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Laura con curiosidad.

—Juntos parecemos el día y la noche. Tu piel blanca y tu cabello rubio brillan como el sol. Y yo parezco una noche oscura sin luna.

Laura sonrió.

El último comentario volvió a cambiar el ánimo de Marco, borrando su sonrisa. "Una noche oscura sin luna", volvió a repetirse en silencio. Sin darse cuenta había descripto exactamente su estado de ánimo. Así se sentía. La distancia entre Laura y él era oscura y profunda y él estaba ahogándose en esa situación.

Cuando llegaron a la laguna, se sentaron en la orilla. Marco ayudó a Laura y luego se sentó a su lado.

Laura hablaba sobre todo lo que había hecho con sus amigas y resaltaba lo mucho que les había gustado conocer La Escondida y Argentina.

Marco, en cambio, estaba concentrado en su vestido, que en ese momento oficiaba de cómplice. Era corto y mostraba con descaro las piernas de ella. El escote dejaba ver su busto cada vez más generoso. Marco no podía negar que la deseaba con locura. Estaban tan cerca que podía escuchar su respiración, sentir su perfume. Esa cercanía lo excitaba y la reacción de su cuerpo resultaba dolorosa.

Laura no era inmune a la presencia de Marco. Sabía el efecto que ella provocaba en él y lo único que deseaba era poder rendirse entre sus brazos. Recordaba las palabras de Sofía, sabía que rechazar a Marco podía significar perderlo.

Laura lo miró con ternura y él se perdió en esos ojos color de cielo sin poder contener el impulso de voltearla con delicadeza sobre la yerba y

acercar su cuerpo al de ella. La miraba con sus ojos negros, ya nublados de deseo, mientras apoyaba con ternura sus labios sobre los de ella. Ambos respiraban agitados. Ella abrió sus labios y él se apoderó de su boca y la besó con pasión. Sus manos comenzaron a acariciar el cuerpo de Laura. Sus curvas habían cambiado, sus pechos voluptuosos eran toda una tentación. Marco sujetó uno entre sus manos, sin liberar la boca de su amada, y comenzó a acariciar un pezón erguido, que delataba la excitación que ella también sentía.

Laura se debatía entre el deseo oculto dentro de su cuerpo y el temor que le provocaba el arrebato de Marco, que no dejaba de avanzar en la conquista de su cuerpo que ya temblaba bajo el suyo.

En él se había desatado un deseo arrollador que buscaba poseerla.

—¡Basta, no sigas! —suplicó Laura en un hilo de voz, intentando liberarse de él.

Marco se detuvo, jadeante, agitado, confundido. Se sentó todavía aturdido, intentando controlar un cuerpo que ardía bajo su ropa. Cuando volvió a ser consciente de la realidad, vio que Laura volvía a huir de sus brazos.

La había asustado. Su imprudencia no tenía perdón, sólo había logrado que ella huyera como una persona herida que espera ser atacada.

Laura caminaba en dirección a la casa, llorando de impotencia ante su estúpida reacción. Su mente volvía a dominarla y en su terror se alejaba de la única persona que amaba. Una vez más ese miedo irracional y poderoso recorría todo su cuerpo. Una vez más, las imágenes del abuso la torturaban.

Llegó a la casa y se encerró en su cuarto. Buscó el refugio de su cama y abrazó la almohada con fuerza. Lloró hasta que se acabaron sus lágrimas y se quedó dormida.

Marco se quedó recostado junto a la laguna. El silencio fue testigo del atardecer y luego de la luna, como si sintiera que ningún tiempo sería suficiente para curarlo del rechazo del que era víctima. Hubiera esperado ahí otro sol y otra luna, pero eso no haría cambiar a Laura ni lograría arrancarla de su corazón.

Él la amaba, de eso estaba seguro. Nunca había sentido por nadie lo que sentía al verla, pero parecía evidente que ella no podía quererlo. La habían herido y él no podía curarla.

Había sido paciente, pero la reacción de Laura ante su contacto lo había decepcionado. Todo lo sucedido había acabado con su resistencia y su fuerza. Necesitaba desesperadamente alejarse de ese dolor inmenso que no sabía

manejar.

Marco no volvió a la casa esa noche.

A la mañana siguiente, Laura buscó a Josefina y la encontró desayunando en la galería.

—¿Has visto a Marco? —preguntó Laura angustiada—. Tengo que hablar con él, tengo que disculparme.

—Marco ha desayunado temprano conmigo y se ha ido —dijo Josefina con seriedad.

—¿A dónde? —preguntó Laura, ingenua.

—A Londres.

Laura sintió que todo a su alrededor se movía. Su centro de equilibrio amenazaba con desaparecer y el aire no lograba llegar a sus pulmones.

Josefina advirtió su agonía.

—Te ha dejado una carta.

Tomó un sobre blanco y lo dejó frente a Laura y poniéndose de pie, dijo:

—Te dejaré sola para que puedas leerla tranquila. Si quieres, después puedes buscarme en mi estudio.

Laura no dijo nada. Todavía intentaba recuperar sus sentidos. Saber que Marco se había ido era un golpe para el que no estaba preparada.

Sus dedos temblorosos acariciaban el sobre. Reconoció la caligrafía de Marco, una letra clara y grande: "Laura". Al leer su nombre extrañó su voz. Abrió el sobre con lentitud como si sus movimientos sólo pudieran coordinarse en cámara lenta.

Mi amor:

No pienses que en mi ausencia te quiero menos. No busco la distancia para alejarme de ti, sino para darte el espacio que creo que necesitas. No por ello es menor el amor que siento.

Tú eres la mujer que habita mi pecho, pero tu rechazo y tus silencios me atormentan. Mi boca grita tu nombre y reclama tu amor. Sin ti, mi alma vaga perdida. Sé que estás herida, sólo quiero que entiendas que esa herida sangra en mi corazón. Hoy habitas el lugar más oscuro de tu alma, necesito que despiertes de esa pesadilla, para que juntos vivamos "nuestro sueño". El de amar como si nunca nos hubieran herido, con la fe y la confianza de la inocencia.

Tuyo siempre,

MARCO

PD:

Si quieres la luna,
no te escondas de la noche.

Si quieres una rosa,
no huyas de las espinas.
Si quieres un amor,
no te escondas de ti mismo.
Rumi

La carta sacudió el corazón de Laura. Él no sólo la amaba sino que sufría por ella. "Si quieres la luna, no te escondas de la noche". Marco era su noche, también su día y su vida. Se había acostumbrado tanto a su presencia y su cercanía que no había sabido valorarlas, hasta ahora, que él no estaba. Laura reconocía, en un sollozo cargado de angustia, cuánto lo necesitaba y lo amaba.

Se acababa la tarde y se moría el sol. Laura había pasado todo el día sola. Había vuelto a la laguna y esperaba ver la luna, esa luna que llegaba con la noche, esa luna que le hablaba de Marco.

En esa soledad entendió que el horror que había vivido y el dolor que había sentido habían puesto su vida en pausa. La ausencia de Marco, esa distancia que él había impuesto, estaba despertándola de un mal sueño.

Miró la luna pidiendo su auxilio y sintió que los recuerdos felices que guardaba volvían a aparecer. Recordó los besos y las caricias de Marco. Supo en ese instante que eso era lo único que anhelaba. Lo necesitaba a él para poder vivir. Él era su fuerza y su paz.

La carta de Marco impulsó a Laura a dejar su pasado atrás. Ella, definitivamente, no era la misma persona que había buscado refugio en la oscuridad.

Laura entendió que todo este tiempo se había estado extrañando a ella misma, extrañaba su sonrisa, su alegría. Se extrañaba como se extraña la juventud al ver una foto vieja. Se dio cuenta de que era ella la que se privaba de las cosas que la hacían feliz. Nada, ni el recuerdo más horroroso, tenía derecho a quitarle un día más. Ella asumiría conscientemente el control de su vida desde ese momento y para siempre.

Vio la luz de una linterna y escuchó la voz de Josefina diciendo su nombre. Se puso de pie y se acercó a ella.

—Aquí estoy.

—¡Gracias a Dios! Te he buscado por todas partes y ya empezaba a asustarme —dijo Josefina mientras envolvía a Laura en un abrazo.

—Disculpa, no quería preocuparte, pero tenía tantas cosas en qué pensar.

—No te aflijas, me alegra saber que estás bien. Vamos a la casa, he

preparado una cena para las dos. Emilio ha llamado para avisar que no llegará a cenar.

La cena estaba servida en la galería para disfrutar de la brisa fresca del verano. Laura estaba sentada y sus manos acariciaban su vientre cada vez más grande.

—¿Cómo está mi nieto? —preguntó con dulzura Josefina.

—Supongo que desilusionado con su madre —dijo Laura.

—¿Y eso por qué?

—Porque Marco se ha marchado por mi culpa. He sido egoísta, he pensado sólo en lo que yo sentía y no vi que mi actitud lo hería.

—Creo que el problema es que no le has dicho lo que sientes. Eso que no decimos se transforma en un dolor que estrangula la garganta, en gritos mudos que siempre terminan en un angustioso destiempo.

—Quisiera dar marcha atrás y cambiar todo lo que he vivido —dijo Laura con dolor en la voz.

—En la vida no hay marcha atrás —dijo Josefina—. Siempre caminamos hacia adelante y debemos hacerlo con optimismo, porque así tal vez nos esté esperando algo mejor.

—Siento que mi vida ha sido más difícil de lo que yo podía aguantar.

—Nada de eso. Si te tocó esta vida es porque eres lo suficientemente fuerte como para vivirla. Dios siempre compensa nuestras cargas. Y nunca es tarde para tomar las riendas si sigues en carrera.

—Yo lo amo con locura. Lo he herido y sólo quiero recuperarlo —dijo Laura con la voz estrangulada.

—Si el plan "A" falla, entonces recurre al plan "B" o mejor aún al plan "Ve".

—No entiendo —dijo Laura.

Josefina deletreó la palabra.

—"Ve", búscalo, dile todo lo que sientes.

—¿Dices que viaje a Londres? —preguntó Laura.

—Yo viajaría al fin del mundo a buscar a Emilio si se me escapa —dijo Josefina entre risas.

—Pero Londres…

—Sí, sé que ahí empezó tu pesadilla, y tal vez tengas que volver ahí para sepultarla. Laura, las mujeres podemos pensar con el corazón, actuar guiadas por la emoción, pero si vencemos, generalmente es porque estamos motivadas

por el amor. Sólo por amor sobrevivimos.

Esas palabras se pegaron al corazón de Laura. Josefina era una sobreviviente. Una heroína de la vida. Había peleado la batalla más dura y seguía caminando hacia adelante.

Laura se puso de pie, rodeó la silla de Josefina y la abrazó con fuerza.

—Eres la mujer más especial que he conocido. La más valiente de todas. Tu familia es el regalo que Dios me ha hecho para compensar mi carga y tu hijo es el hombre a quien quiero entregarle mi alma y hacer plenamente feliz.

—¿Eso quiere decir que viajamos a Londres? —preguntó Josefina con complicidad.

—¿Me acompañarás? —preguntó Laura incrédula.

—Jamás te dejaría sola en un momento tan importante. Tú también eres para mí un regalo de Dios para compensar mis penas. Él ha vuelto a poner una hija en mi vida y nadie te alejará de mi lado.

Londres había recibido un Marco silencioso y triste. En los ojos podía verse la pena honda y profunda que lo consumía. Su corazón moría por volver a encenderse de amor, pero estaba frío como el viento helado que pintaba de blanco las calles de la ciudad. Su vida se llenaba de sombras si Laura no estaba a su lado. En ella encontraba el brillo y la tibieza del sol. Un sol que había tenido tan cerca como para quemarle el alma y ahora sentía lejano.

Supo que por amor haría cualquier cosa, todo por sentirla suya de nuevo. Laura lo había buscado, él quiso hacerse cargo de sus temores, pero ella no supo entregárselos. Él buscaba cuidarla, pero no sabía pelear con fantasmas, y ahora los separaba la distancia que había impuesto el miedo. Cargaba con un alma rota que no encontraba sosiego. Nada sino ella podía rescatarlo de la soledad. No podía arrancar a Laura de sus ojos, mucho menos de su piel.

Con esos pensamientos angustiosos en el alma se quedó dormido. Despertó de madrugada, sobresaltado y con el sexo erecto, turbado por las escenas de un sueño lujurioso. Tomó su reloj de la mesa de noche: las cuatro de la mañana. Cerró los ojos con fuerza, buscando la inconsciencia del sueño que tardó en llegar. Se durmió sin la certeza de haber tomado la decisión correcta al distanciarse. Ella estaba allá, él aquí. Uno de los dos debía estar en el lugar equivocado.

Unos días más tarde, Laura, Josefina y Emilio llegaban a Londres. James, siguiendo las instrucciones de Tex, había sido el encargado de buscarlos en el aeropuerto. Josefina y Emilio se alojarían en su departamento y Laura intentaría darle un punto final a sus desencuentros con Marco.

El avión había aterrizado en Heathrow por la madrugada. Una vez instalados, Laura se preparó una infusión de hierbas siguiendo las instrucciones de Ramona. Sólo así estaría segura de contar con el coraje que necesitaba para sorprender a Marco y no morir en el intento. Bebió el té con lentitud, como si temiera que el poder mágico que le adjudicaba a esas hierbas pudiera a escaparse de su boca. Josefina era una espectadora silenciosa de la ceremonia, pero igualmente creyente de los efectos que el brebaje producía en Laura. Cuando esta terminó, Josefina sonrió y se despidió de ella deseándole toda la suerte del mundo en su cruzada.

Laura bajó al departamento de Marco muy temprano por la mañana, abrió silenciosa la puerta con la llave que Josefina le había dado y caminó sigilosamente hasta su dormitorio. Marco dormía con la puerta entreabierta. Laura se acercó y sin abrir contempló la escena. Incluso acostado y dormido, Marco daba la imagen de un adversario formidable. Dormía boca abajo, abrazando su almohada. En sus brazos se dibujaban unos músculos torneados y su espalda se exhibía desnuda, ancha, poderosa. Era un hombre fuerte y hermoso.

Laura entró en la habitación y el crujir de la puerta delató su presencia. Marco giró bruscamente la cabeza hacia ella, que se sintió paralizada. Él la miraba fijamente, con una mirada intensa, como si buscara desvanecer un espejismo. Ella lo miró, adorándolo con sus ojos claros, llenándolo de luz.

—No quise hacerlo, no quise herirte —dijo Laura en un susurro.

Ante el sonido de su voz, Marco se incorporó de la cama con un movimiento ágil que a Laura le resultó aterrador. Su mirada era impenetrable, como una noche oscura. Se lo veía tenso.

—Yo no quise… —dijo Laura con dificultad.

Él dio un paso al frente y ella retrocedió.

—Viniste —dijo Marco con voz grave.

Los ojos de Laura comenzaron a brillar por las lágrimas que los inundaban.

—Sí, porque no soporto tu ausencia.

—¿Me amas?

—Muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque me has amado incluso cuando no lo merecía. Porque pensarte agita mis sentidos y tu recuerdo quema mi piel.

—¿Por qué me buscas?

Laura permaneció en silencio, intentando organizar en su mente todo lo que sentía. Temblaba y no estaba segura de poder pronunciar una palabra, y de pronto, como si algo las impulsara desde lo más hondo de su ser, dijo:

—Necesito tu invasión para borrar el saqueo y la profanación que siento en todo mi cuerpo, necesito fundirme en tus brazos para volver a nacer. —Su voz se escuchó frágil.

Marco la abrazó con fuerza. Fue un gesto protector, buscaba transmitirle toda la seguridad y el amor que ella necesitaba.

Laura se esforzó por hablar.

—Prométeme que olvidaremos juntos ese capítulo de mi vida. Ayúdame a sepultarlo para siempre. Ayúdame a borrar de mi mente la imagen de esa mujer rota que fui por tanto tiempo y que quiere morir para siempre.

—Quiero volver a pintar de cielo tus ojos —susurró Marco en sus oídos.

Laura temblaba en sus brazos y sus labios se llenaban de vida con los besos apasionados que Marco no podía contener.

—Creo que estoy asustada —dijo Laura, cerrando los ojos.

Marco, pegándose a ella, susurró:

—No soy bueno con las palabras, pero en mis caricias descubrirás lo que no te sé decir.

Laura sintió que sus pantorrillas chocaban contra la cama impidiendo cualquier posible retirada. Sus miedos buscaban apoderarse de ella, pero Marco comenzó a hablar de manera pausada y tranquila sin dejar de mirarla nunca a los ojos.

—No escuches los ruidos en tu cabeza, no me dejes solo, quédate aquí conmigo, la única manera de espantar tus demonios es enfrentándolos. Deja que sea yo quien te ayude. Mírame… te necesito. No cierres los ojos, no dejes de mirarme, deja que borre el dolor de tu alma y calme el clamor de tu cuerpo.

—Bésame —suplicó Laura.

Esas palabras retumbaron en los oídos de Marco. El deseo se apoderó de él y acercó sus labios a los de Laura. La levantó en sus brazos con dulzura, la recostó en su cama y pegó su cuerpo al de ella sin dejar de mirarla. Sus manos

comenzaron a acariciarla, recorrían su contorno descubriendo los cambios en su cuerpo. La respiración acompasada de Laura comenzó a agitarse con esas caricias y se aferró a Marco, refugiándose en su fortaleza. Esa cercanía los llenaba de ansiedad.

Marco desabotonó su vestido, y cubriéndola de besos, terminó por desvestirla. Laura se esforzaba por mantener sus ojos abiertos pegados a la intensa mirada de Marco. Él la liberó de su ropa interior y recorrió su cuerpo con la mirada. Sus pechos cargados, sus caderas anchas y sus muslos llenos. Las manos de Marco delinearon su vientre, mirándola con complicidad. Los ojos de Laura dejaron escapar unas lágrimas. Él reclamaba con ese gesto todo, a ella y a ese niño que los había unido para siempre. Marco limpió con sus labios esas lágrimas. Se apoderó de su boca, besándola con lujuria. Su lengua la invadió y exploró su boca con anhelo. Sus labios abandonaron su boca para besar su cuello y así bajar buscando sus senos. Su lengua se apoderó de uno, sus labios lo presionaron mientras sus dedos acariciaban el otro. Laura sintió un shock en todo su cuerpo, estar embarazada hacía que sintiera potenciadas todas esas caricias. Su cuerpo ardía de deseo y sus pezones se erguían como prueba de ello.

Él se separó de ella. Sus brazos la levantaron de la cama y la sentaron sobre su cuerpo, sus manos guiaron sus piernas hasta lograr que abrazaran su torso. Buscaba penetrarla, poseerla, pero no quería desatender su mirada. Ella necesitaba ver el amor en sus ojos. Sentados de frente, ella abrazaba con sus piernas una espalda fuerte y él la acercaba en un abrazo contra su pecho. Las manos de Marco sujetaron sus nalgas elevándola y logró así que sus cuerpos se encastraran. La penetró con delicadeza sintiendo centímetro a centímetro la humedad y el calor con que era recibido. La pasión se desató en sus cuerpos y sus movimientos se volvieron más atrevidos. Marco comenzó a moverse dentro de ella y Laura se mordió los labios para silenciar sus gemidos. Marco siguió embistiéndola hasta que ella arqueó su cuerpo dejando caer para atrás su cabeza. Un gemido se escapó de su garganta y su cuerpo tembló. Marco la sujetó en sus brazos, mientras su boca succionaba esos pezones expuestos ante él. Sus brazos volvieron a pegar a Laura contra su cuerpo, ella apoyó su cabeza sobre su pecho y sintió la agitación del corazón de Marco cuando explotaba llenándola y temblando en su interior. Se quedaron así, fundidos uno en el otro, mirándose con adoración. Lentamente, Marco volvió a recostar a Laura en la cama y la envolvió en un abrazo.

—Ahora y para siempre sólo mía —dijo Marco con voz grave.

Ella no pudo hablar, sólo pegó sus labios a esos labios gruesos que tanto placer le daban.

—Temo las noches sin ti —dijo Laura en un susurro.

—Ya no habrá ninguna, nadie me separará de ti. Y nunca más volverás a dormir sola, me ocuparé de eso.

El amor y la devoción de Marco lograron que Laura superara el dolor, la perversión y el flagelo al que había sido sometido su cuerpo, y la decepción, la desilusión y la angustia que había sufrido su espíritu. Ella volvió a sonreír y el tiempo le permitió enterrar su pasado.

Josefina de pie frente a la ventana contemplaba la hermosa vista de Hide Park. Emilio se acercó a ella y la abrazó desde atrás con ternura, envolviéndola en sus brazos.

—¿Estás preocupada? —le preguntó.

—Ya no, ahora estoy feliz.

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque Marco y Laura se han reencontrado.

—¿Y cómo puedes estar segura de eso?

—Porque si no fuera así, a Marco le hubiera llevado sólo un par de segundos espantar a Laura.

El comentario hizo reír a Emilio que conocía muy bien a su hijo.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Ahora sólo siento ganas de festejar —dijo Josefina.

—Tus deseos son órdenes. Nada me gustaría más. ¿Pero no crees que deberíamos esperarlos?

Esta vez fue Josefina la que rió.

—Sólo espero que lleguen puntuales a la boda.

Capítulo 21

En Milán, Lorenzo esperaba a Lucca en su despacho. No podía evitar recordar todo el tiempo que habían compartido juntos. Lucca también era de Trieste y había sido compañero de Paulina en el colegio antes de que estallara la guerra. Sus orígenes eran humildes, pero era juicioso y trabajador, y de más está decir, valiente. Había sobrevivido una guerra sin padres, y había huido a Milán como ellos.

Paulina lo reconoció cuando se acercó una mañana a pedir trabajo en el incipiente taller que el matrimonio Bertolini había abierto en Milán. Lorenzo supo que Paulina necesitaba ayudarlo y fue así que él y su mujer Antonia, diez años menor, fueron los primeros empleados de los Bertolini. Lucca, un hombre callado y prudente, se convirtió en el hombre de confianza de Lorenzo, y Antonia comenzó a coser siguiendo las instrucciones de Paulina y ayudando en el taller.

Habían pasado veintidós años desde entonces. Y ahora Lucca y Antonia estaban cerca de cumplir su sueño de ser padres. Lorenzo había sido bendecido con Giuliana y estar en posición de ayudar a su amigo a alcanzar una felicidad tan inmensa lo llenaba de gusto.

Lucca tocó a la puerta y entró.

—Me has mandado llamar —dijo mirando a Lorenzo.

—Sí, tengo buenas noticias para darte —dijo Lorenzo poniéndose de pie.

—Hay un niño esperándote en Londres y estoy seguro de que está deseoso de pasar la Navidad con sus padres.

Lucca sintió que lo golpeaban con la contundencia de un rayo. Se quedó de pie; ningún músculo de su cuerpo respondía. Como nunca antes, lo embargó la emoción, y volteó el rostro al ver que una lágrima intentaba rodar por su mejilla.

Lorenzo se acercó a él y apoyó una mano sobre su hombro.

—Todo llega, como dice mi mujer, los tiempos de Dios son perfectos. Y

deja caer esa lágrima, eso es lo que provocan los niños, un amor tan grande que se nos escapa por los ojos. Recuerda, desde ahora jamás volverás a ser el mismo, un hijo nos cambia para siempre. No demores, ya he arreglado todo, esta tarde pasarán por tu casa a buscarlos y mi avión los llevará a Londres. Ahí te estará esperando Alfredo. ¿Lo recuerdas? —preguntó Lorenzo.

Lucca asintió con la cabeza.

—Buscarán al niño y mañana estarán de vuelta con él.

Lucca sólo pudo decir un “Gracias” que salió de su boca con dificultad.

Esa tarde, según lo planeado, Lucca y Antonia dejaban Milán llenos de ilusión.

La llegada del niño hacía para ellos maravilloso el momento, llenaba sus vidas de luz y felicidad. Ese niño era recibido por ambos como una bendición, un regalo que Dios les enviaba desde el cielo.

Los nervios y la tensión del momento provocaban efectos contradictorios en ambos. Lucca estaba mudo, ni una palabra lograba salir de su boca. Antonia, en cambio, no dejaba de hablar, de soñar, de dar gracias a Dios por la oportunidad de ser madre, algo que siempre había deseado.

Desde el aeropuerto de Londres fueron trasladados a las oficinas de Alfredo Carusso, quien los esperaba para acompañarlos al orfanato donde debían buscar al niño.

Alfredo era un hombre dotado de una inteligencia sagaz, de mirada distante, casi fría, pero con sentimientos nobles. Recibió a Lucca y a su mujer con respeto y amabilidad y de inmediato los llevó al orfanato.

Una vez ahí, se ocupó de agilizar todos los trámites con los escribanos que dejaban constancia de la adopción. Gracias a su intervención, el papeleo llevó poco tiempo. Lucca y Antonia ya eran oficialmente los padres del niño. Sólo faltaba llenar la documentación con el nombre que sus padres habían elegido.

—¿Cómo se llamará el niño? —preguntó Alfredo.

—Giusto —contestó Antonia—. Como el Santo Patrono de nuestra tierra.

—Giusto Ranni —completó Lucca con orgullo.

—Así será —dijo Alfredo, mientras terminaba de completar la información.

Una enfermera del orfanato había vestido al niño y lo había envuelto en unas mantas. Era un bebé hermoso, de cabellos rubios y ojos claros. Estaba sano y generalmente tenía dibujada una sonrisa en el rostro.

Llevó al niño con Lucca y Antonia, que esperaban junto a Alfredo y a la

directora del orfanato.

—Es un niño con suerte —dijo la mujer al ver que la enfermera se acercaba—. No todos llegan a tener una familia.

—Él la tendrá —dijo con emoción Antonia—. Mi oportunidad de ser madre se había desvanecido hace tiempo, sólo quedaba la ilusión. Este niño es el milagro por el que he rezado durante años. He soportado la decepción tantas veces mientras buscaba un hijo y sólo lo he soportado por este instinto que nos obliga a sobrevivir. He cuidado a todos mis sobrinos; sin embargo, dentro de mí crecía un vacío, un anhelo insatisfecho por ese hijo que nunca llegaba. Pero como dice Paulina, los tiempos de Dios no se discuten y hoy ha dado consuelo a mi corazón.

Lucca se mantenía expectante mientras la enfermera se acercaba para poner al niño en brazos de Antonia.

—Cuídelo —dijo la enfermera—. Es un niño especial.

—Lo haremos —contestó con determinación Lucca—. Nada le faltará, se lo prometo.

Con el niño en brazos de Antonia, dejaron el orfanato. No podían dejar de adorarlo con la mirada, y en ese estado de inmensa felicidad, Lucca recordó las palabras de Lorenzo: "Jamás volverás a ser el mismo, un niño te cambia para siempre". Era verdad, lo que sentía era totalmente nuevo, un sentimiento que no quería dejar escapar.

Como todo se había resuelto en poco tiempo, Lucca y Antonia volvieron a Milán esa misma noche. Se sorprendieron al entrar en su casa y encontrar todo un ajuar para el niño. Cajas y cajas. Una cuna inmensa y mucho más de lo que un niño pudiera necesitar. Lucca se acercó a la cuna y sobre ella encontró un papel escrito por Lorenzo.

"Un niño es el milagro del presente y la esperanza del futuro. Le damos la bienvenida al nuevo miembro de su familia. Les deseamos salud, amor y prosperidad. ¡Felicidades! Sus amigos, Paulina y Lorenzo."

Esas líneas trasladaron a Lucca al tiempo en que con hambre y desesperación buscaba trabajo después de la guerra. Fueron esos amigos, Paulina y Lorenzo, los que sin dudarlo lo acogieron y le dieron la posibilidad de vivir dignamente. Hoy volvían a ser ellos partícipes de su alegría. Sintió que no le alcanzaría la vida para agradecerles tanto.

Antonia puso un poco de orden en la casa y acostó al niño en la cuna, quien se durmió aferrado a su dedo, mientras ella le cantaba por primera vez

una canción de cuna. Al verlo, sentía en su pecho un vuelo de mariposas y sus ojos no tardaron en llenarse de emoción.

Lucca se acercó a ella y se arrodilló a su lado, mirándola preocupado.

—No te preocupes mi amor, son lágrimas de alegría, de emoción —dijo Antonia con ternura—. Este niño llenará nuestras vidas. Será un honor y, cómo no, un placer ser sus padres, ¿no crees?

Lucca envolvió a su mujer en un abrazo que selló con un beso. Y le susurró al oído las líneas que había escrito Lorenzo: “Un niño es el milagro del presente y la esperanza del futuro”.

Antonia miraba a su hijo con devoción.

—¿Qué piensas? —preguntó Lucca.

Ella miró a su marido a los ojos y embargada por el más profundo sentimiento contestó:

—Siento que lo he extrañado toda mi vida.

Capítulo 22

A pesar de haber recibido reportes detallados que informaban de una relación seria entre Mariano y Sofía, nada lograba convencer al obstinado corazón de Gérard, ninguna prueba era suficiente.

Él la deseaba y ella debía sentir lo mismo. Nada entre ellos era normal. Ella jamás había preguntado cuándo se verían, nunca lo llamaba y no había hablado de sentimientos. Todo en Sofía era desconcertante. Era diferente de cualquier mujer que hubiera conocido. Pero no era cualquier mujer, era locuaz, inteligente, espontánea y jugaba su juego…

Gérard estaba acostumbrado a conseguir todo lo que se proponía. En ese momento, su único objetivo era volver a ver a Sofía, tenía que estar seguro de que ella seguía siendo suya, a pesar de Gabrielle, a pesar de Mariano. De pronto, recordó el nombre de Manuel Balcarce y la sombra de la duda se apoderó de él. Imaginó a Sofía entre sus brazos y sus puños se cerraron con fuerza golpeando su escritorio. Ella despertaba su yo más primitivo. No era suya y sin embargo no podía evitar los celos.

Su pasado volvía al acecho, él había amado con exclusividad y había cosechado una perversa traición. Con esfuerzo, descartó esos pensamientos.

La buscaría y ella volvería a amarlo. Gérard buscó convencerse de que lo que sentía no era más que un enamoramiento que se apagaría con el tiempo. No podía creer en el amor, por lo menos, no en un amor a largo plazo. Cualquier compromiso se sentía como grilletes en el alma.

Sólo Sofía podía amar como lo hacía, sin pretensiones ni exigencias. Ella era libre, se entregaba sin reparos, en cuerpo y alma.

Gérard ideó una estrategia que parecía diseñada por un relojero suizo. Se ocuparía de alejar a Mariano de Sofía para poder abordarla sin interrupciones. Habló para ello con su equipo de adquisiciones y les ordenó hacer una oferta por un importante porcentaje accionario en el *Corriere della Sera*. La operación le interesaba, no tanto por el rédito económico que

recibiría, sino porque la adquisición le confería una jerarquía real sobre Mariano. Sería a él a quien debería reportarse y para un estratega como Gérard, esa era una posición de ventaja que valoraba, sobre todo, si eran ciertas las pretensiones de este por Sofía. A esa reunión debería asistir como condición fundamental el director del diario. De esta manera, ubicó a Mariano en París la misma semana que Sofía pasaría en Ámsterdam.

Ella viajaba una semana antes de Navidad para cubrir una serie de entrevistas que revelarían los procedimientos y beneficios del proceso de globalización del que tanto se hablaba. Un proceso económico, tecnológico y cultural a escala planetaria. Era un tema que le resultaba apasionante y estaba decidida a terminar el año con ese artículo en su columna.

Después de cuatro días de agitadas jornadas en la capital holandesa, Sofía terminaba su última entrevista.

La noche estaba fría.

Gérard esperaba en su auto cuando la vio salir. Bajó a su encuentro antes de que detuviera un taxi para regresar a su hotel. Pero al acercarse, le sorprendió que Sofía decidiera caminar. ¿Por qué lo hacía? Nevaba, el viento helado amenazaba con lastimarla y no traía puestos zapatos adecuados. Gérard temía que esperara a alguien o que fuera a su encuentro.

—¡Sofía! —dijo casi pegado a sus espaldas.

La voz que Sofía oyó detrás de ella la dejó paralizada. Su corazón comenzó a latir con fuerza, como si buscara delatar su emoción. Con esfuerzo logró calmarse y giró lentamente la cabeza para mirar a Gérard por encima del hombro con toda la indiferencia de la que era capaz.

Gérard pegó su cuerpo al de ella, tanto, que Sofía pudo sentir su aliento sobre su cuello. Llenó de aire sus pulmones, sólo para estar segura de que todavía podía seguir respirando.

—¿Estás sola? —susurró Gérard a su oído.

Sofía, sin moverse, asintió con un movimiento de cabeza.

—Deberías haber tomado un taxi.

—¿Por qué? —preguntó Sofía con inocencia.

—Porque hay luna llena —dijo Gérard aumentando el misterio.

—¿Crees que pueda ser presa de un hombre lobo? —dijo Sofía en tono

burlón.

Gérard sonrió.

—Tal vez algo peor —dijo en un susurro que erizó la piel de Sofía—. La luna hace que aquello que es difícil de resistir de día, sea imposible de noche.

No podía estar más de acuerdo con sus palabras. Gérard estaba minando toda su resistencia. De pronto sintió los labios de él sobre su cuello, en un punto sensible que hasta ese momento no sabía que tenía. Pero Gérard lo descubría todo, como si estuviera diseñado para descifrarla. Sólo con su mirada se volvía esclava del deseo que desataba en su cuerpo. Sintió un ardor húmedo cuando sus labios volvieron a besarla y el fuego recorrió su cuerpo, nublando su razón.

Gérard hizo una seña y su chofer acercó el auto. Abrió la puerta, tomó a Sofía de la mano y la ayudó a subir. El viaje fue corto; sin embargo, ninguno habló.

Sofía caminaba por el lobby de un exclusivo hotel con la elegancia y la sensualidad que la caracterizaban. Todas las miradas se dirigían a ella, pero no era consciente del efecto que causaba. Hizo un intento por ser fuerte, por no dejarse arrastrar por el deseo que esa luna llena hacía imposible de resistir, pero en ese instante sintió la mano de Gérard ajustarse a su cintura y sólo pudo rendirse a la pasión que se apoderó de ella. Sabía que el dolor se instalaría en su pecho a la mañana siguiente, pero se permitió una noche más.

Subieron a la habitación, buscando esa soledad que los acercaba, que los unía, que los liberaba de todo.

—Me vuelves loco —dijo Gérard con voz grave.

Sofía no contestó, sólo sabía que lo deseaba como no había deseado a otro hombre en su vida.

Gérard acercó su rostro y ella se perdió en esos ojos azules que la desafiaban. Sintió los labios de él sobre los suyos y la presión de su pecho musculoso contra sus senos.

En un movimiento, Gérard la liberó de su abrigo y sus manos tibias se deslizaron por debajo de su camisa de seda, recorriendo con ternura su cuerpo, haciendo que Sofía se estremeciera de placer.

Gérard acariciaba sus senos, mientras sus bocas y sus lenguas se reclamaban hambrientas. Los pezones de Sofía se endurecían en respuesta a las caricias y su respiración se agitaba.

Sofía ardía de deseo y sus manos temblorosas desnudaban a Gérard, quien

la tomó de la cintura, ajustando su cuerpo al suyo. Ella sintió su erección bajo la fina tela del pantalón, segundos antes de que su falda resbalara por sus piernas.

Solo él podía desvestirla con esa habilidad e ingenio. Sofía lo miró y supo por qué no podía resistirlo. Así, desnudo y de pie era un hombre imponente, seductor y el más seguro que hubiera conocido, una combinación perfecta, imposible de rechazar.

Gérard acercó su rostro al de ella y reclamó su boca, exigente, posesivo. Sofía sintió su sexo latir entre sus piernas y humedecerse de placer.

Él se recostó, volteándola sobre un costado y apoyó su sexo contra sus nalgas. Volvió a besar su nuca, haciendo que se estremeciera de placer, mientras una de sus manos acariciaba sus senos y la otra presionaba su cadera. Sofía tembló como si hubiera sido víctima de una descarga eléctrica.

Así, con su cuerpo pegado al de ella y su boca sobre la nuca, Gérard la penetró con suavidad y comenzó a moverse dentro de ella buscando su profundidad. Hundiendo su rostro en el cuello de Sofía, comenzó a respirar de manera agitada, a medida que sus embestidas aumentaban el ritmo hasta explotar en la tibia humedad de su sexo.

Sofía temblaba envuelta en sus brazos, experimentando una dulce fatiga. Se quedaron así unos minutos que parecieron una eternidad.

Gérard se separó del cuerpo de Sofía buscando su mirada. Esos ojos negros lo encendían. Cubrió su cuerpo voluptuoso con el suyo y una vez más se deslizó entre sus muslos. Sofía lo envolvió con sus piernas y él aceleró sus movimientos hundiéndose en ella, acoplando sus cuerpos. Sofía no pudo reprimir el gemido del éxtasis y Gérard hundió su miembro, temblando entre sus piernas.

Luego llegó el silencio y el abrazo que calma la respiración agitada y la pasión desatada dentro del corazón. Un abrazo que deja sentir la tibieza del amor. Un abrazo que contiene.

Sofía sintió unas lágrimas recorrer su rostro, lágrimas que nublaron sus ojos, pero que Gérard no pudo ver. Ella hubiera querido detener el tiempo y evitar el vacío que traería la mañana. Cerró los ojos y se sumergió en un largo sueño.

Al día siguiente, Sofía abrió los ojos y demoró unos segundos en recordarlo todo. Estaba en una inmensa habitación enredada en sábanas blancas de seda. Él ya no estaba y eso no la sorprendió.

Cerró los ojos y recordó ver el amor reflejado en esa mirada azul que la cautivaba. Algo inusual la unía a él. Se sentía en el lugar correcto, sentía que el mundo se detenía cuando él tocaba su piel, pero sin excepción, a la mañana siguiente todo cambiaba. Se evaporaba la magia y su príncipe azul se desvanecía.

Tomó una ducha, se vistió y regresó a su hotel en un taxi. Al entrar en su habitación escuchó el teléfono.

—¡Hola!

—¡Hola, Sofía! Soy Mariano. Te llamo porque quería avisarte que el cretino de Gérard me ha engañado.

—¿De qué hablas?

—Se suponía que debía asistir a la reunión a la que su grupo me había citado y no lo hizo. Tal vez tenga pensado verte.

Sofía se sintió víctima de una trampa, una en la que siempre caía y no podía evitar.

—¿Y cómo ha resultado esa reunión? —preguntó.

—Nos ha comprado. Ahora es el dueño mayoritario del diario. ¿Entiendes lo que eso significa?

Sofía permaneció en silencio.

—Ahora él será mi jefe, nuestro jefe de alguna manera —agregó furioso Mariano—. Ya te contaré con más detalle los pormenores de la operación. ¿Tú, cómo estás? ¿Cómo han resultado tus entrevistas?

—Todo ha salido bien, pero debo apurarme o perderé el vuelo a Milán. Hablamos a mi regreso.

—De acuerdo, sólo quería estar seguro de que ese cretino no había aprovechado la ocasión para hacerte una visita.

—Cálmate, aquí todo está bien. Hablamos luego.

—De acuerdo. ¡Buen viaje! Nos veremos en la redacción a tu llegada. Tu columna es lo primero que quiero ver.

—Así será.

Sofía sentía un hueco en el corazón. Amar a Gérard de esa forma debía ser su castigo, pero ¿cómo soportarlo? ¿Cómo resistir la tentación de entregarse a él, si ese hombre le hacía el amor como si fuera la única mujer sobre la Tierra, como si fuera su último día de vida? Nadie podía fingir en su estado más primitivo. Era un hombre insaciable, apasionado y con una imaginación que lograba encender su cuerpo. El arrebato de Gérard en el amor era lo que

siempre provocaba su rendición.

Sofía llegó a Milán y fue directamente a la redacción. Debía entregar el material para que su columna se imprimiera en el próximo ejemplar del diario. Mariano había salido y tuvo tiempo de marcharse antes de que él volviera y la sometiera a un interrogatorio que no estaba en condiciones de contestar.

Pero necesitaba hablar con alguien, necesitaba desahogar su corazón de tanta pena. Como una autómata manejó hasta la casa de Giuliana. Era tarde, pero sabía que la encontraría ahí.

Llegó hasta la puerta, tocó el timbre y nadie respondió. Las luces estaban apagadas. Volvió a su auto y retrocedió hasta el portón de hierro de la casa de Lorenzo. El portero vio el auto de Sofía y el portón se abrió.

Sofía entró en la casa y encontró a Lorenzo en la sala.

—Buenas noches —dijo Lorenzo con una sonrisa mientras se acercaba a saludarla—. ¿Qué te trae por aquí?

—Busco a Giuliana —dijo Sofía con una velada sonrisa.

—Me lo imaginaba, sube. Está en su dormitorio.

Sofía corrió escaleras arriba. ¡Cómo le gustaba esa casa! No había ningún rincón que no le trajera buenos recuerdos. Extrañaba esos tiempos de antes, en los que enfrentaba junto con sus amigas un mismo camino. Ahora la vida les mostraba las bifurcaciones que cada una debía seguir; sin embargo, Sofía sabía que nada en el mundo haría que ellas dejaran atrás la amistad que las unía.

Entró en el dormitorio de Giuliana y escuchó la ducha correr. Unos minutos más tarde, Giuliana salía del baño con su bata y una toalla anudada en la cabeza.

—¡Sofi! ¡Qué alegría verte!

—Fui a tu casa, pero parece que sigues prefiriendo esta.

Giuliana sonrió.

—La verdad que sí. Tex ha tenido que viajar a Londres y no pensaba quedarme sola ahí. ¿Qué tal el viaje?

Sofía cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué pasa? —preguntó Giuliana preocupada, sentándose a su lado en la cama.

—Lo tengo todo perfectamente descontrolado.

—¿De qué hablas?

—Desnudó mi corazón, y ya sabes, la ropa no fue un impedimento.

—¿Gérard? Pero ¿cómo? ¿Cuándo lo has visto?

—¡En Ámsterdam! Apareció sólo para llevarme a la cama como siempre y desapareció por la mañana, como si huyera de un hechizo, como si verlo de día estuviera prohibido. No sé qué me duele más, si la idea de no tenerlo o la debilidad de no resistirlo.

—Uno puede cerrar los ojos y dejar de ver, pero dejar de sentir es muy diferente —dijo Giuliana abrazando a Sofía—. Vamos, no llores. ¿Qué te parece una noche de mujeres para recordar los viejos tiempos?

Giuliana logró dibujar una sonrisa en el rostro de Sofía.

—Nada mejor que eso —dijo recuperando el ánimo.

—Entonces, vamos. Tengo mucho que contarte.

Sofía miró a Giuliana con curiosidad.

—No me mires así. No te diré nada hasta que te hayas vestido y tengamos una copa de vino en las manos.

Un momento más tarde, bajaron listas para una noche especial. Salían de la casa cuando escucharon a Lorenzo.

—¿Y ustedes a dónde van?

Giuliana se acercó a su padre, que adoraba.

—Tenemos una misión —dijo.

Lorenzo arqueó una ceja y miró a Sofía.

—Lo de siempre: ¡poner la noche a nuestros pies!

Lorenzo no pudo retener la carcajada que ese comentario provocó.

—Espero que lo logren —dijo en tono cómplice.

Fueron a cenar a un exclusivo restaurante en el centro de Milán.

—Ya tengo una copa de vino en la mano —dijo Sofía—. ¿Qué es lo que tienes que contarme?

—Marco y Laura han curado las heridas y han vuelto a estar juntos —dijo Giuliana.

Sofía se tapó la boca con las manos para evitar un grito de emoción.

—¿Laura se ha atrevido a hacer el amor?

—No sólo eso, sino que está feliz —dijo Giuliana.

—¿Cómo lo sabes?

—He hablado con ella. Está en Londres, viajó con Josefina y Emilio y enfrentó sola a Marco.

Sofía sonrió, se sentía orgullosa por Laura.

—Definitivamente, no hay nada que una mujer no haga por amor —dijo

Giuliana, sabiendo el efecto que sus palabras causarían.

—Lo mío es diferente —se justificó Sofía.

—Eso no es lo único que tengo que contarte —dijo Giuliana para cambiar de tema—. Hay más. Lucca y Antonia ya son oficialmente los padres adoptivos del niño que había sido abandonado. Se llama Giusto Ranni y festejará su primera Navidad con sus padres.

—¡No sé si estaba preparada para tantas buenas noticias! No sé qué tiene esta época de Navidad, pero siempre trae consigo algo de magia.

—Supongo que eso es lo que la hace especial —dijo Giuliana.

—La adopción… ¡Ese será el tema de mi próxima columna! La incentivaremos en esta época. Intentaré conmover el corazón de la gente.

Giuliana levantó su copa.

—Por la adopción, la amistad, el amor y la Navidad.

La noche no terminó ahí, sino que siguió en el bar de Renzo. Las dos bailaron y se divirtieron como en los viejos tiempos, y fueron como siempre la atracción principal del lugar. Renzo disfrutó ver a Giuliana soltera por última vez. Y Sofía volvió a desplegar su glamour, renaciendo como un ave fénix de las cenizas en las que se desvanecía después de cada encuentro con Gérard.

Capítulo 23

En la fábrica del Grupo Venetto todos se habían marchado ya menos Paulina, que seguía trabajando en su estudio, y Lorenzo, que se ocupaba de terminar de leer unos contratos mientras la esperaba. Ella había sido clara al decir que nadie debía interrumpirla hasta que terminara, y Lorenzo sabía respetar sus momentos de inspiración. Pocas veces Paulina buscaba estar sola, pero cuando lo hacía se trataba de algo sumamente especial. Lorenzo recordaba que en uno de esos momentos, Paulina había diseñado el primer vestido que cosió y que en cierta forma les había marcado un rumbo.

La prioridad de Paulina era hacer del vestido de novia de Giuliana la mejor de sus creaciones.

Era un diseño laborioso y no había dejado que nadie participara en él. Sólo tenía una hija y ese era el único vestido de novia que haría de principio a fin. No tendría ni una puntada que no hubiera sido hecha por sus manos. De esa forma, en él quedaría impreso todo su amor, su devoción y su incondicionalidad con su hija.

Después de mucho trabajo y una semana antes de la boda, el vestido finalmente estaba terminado. Paulina vistió con él al maniquí de su estudio y se llenó de satisfacción al repasarlo con la mirada.

Combinaba perfectamente tradición y modernidad y estaba confeccionado en satén en tonos marfil y blanco. Un corsé con escote corazón tenía superpuesto un canesú escote en V de encaje francés con mangas largas, que se ajustaba a la cintura para terminar en una falda voluminosa, con una cola de casi tres metros de largo con apliques de encaje y flores de seda.

Paulina rodeó el vestido sin dejar de admirarlo. La parte superior que cubría los hombros estaba bordada a mano con un motivo de tulipanes, la flor preferida de su hija.

Hasta ese momento había logrado mantener el diseño en secreto y pretendía que fuera así hasta la boda. Cubrió con una seda oscura su última

creación intentando controlar el deseo inmenso de correr a buscar a Giuliana. Entró en la oficina de Lorenzo, quien al escuchar sus pasos levantó la vista para mirarla.

—¿Has terminado?

Paulina asintió con un movimiento de cabeza y sus ojos grises se llenaron de un brillo especial, ese brillo que sólo dan las lágrimas.

Lorenzo se puso de pie, rodeó el escritorio y la abrazó para contener ese llanto que estaba a punto de emerger.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—Sí —contestó Paulina.

Caminaron hasta el maniquí cubierto por la seda oscura y mirando a Paulina, Lorenzo volvió a preguntar.

—¿Estás segura de que puedo verlo?

Paulina asintió con una sonrisa.

—El novio es el único que no puede ver el vestido de la novia, ¿no es así? No me gustaría romper ningún rito. Ya sabes que me persigue la sombra de la superstición.

—Puedes verlo, no te preocupes —dijo Paulina ansiosa.

Lorenzo descubrió el vestido con lentitud.

—Un sueño hecho de seda —dijo con voz grave, emocionado.

Mientras observaba el vestido, sintió un inmenso placer. Recordó que la genialidad de Paulina había ampliado los límites de sus vidas, permitiéndoles el alocado y magnánimo sueño de formar un imperio. Ahora lo veía así, sus sueños, los de ambos, siempre habían sido hechos de seda.

Paulina, como tantas otras veces, adivinó sus pensamientos y se unió a él en un abrazo.

A la mañana siguiente, Lorenzo terminaba una llamada telefónica cuando Paulina entró en su estudio.

—¿Qué sucede? —preguntó Lorenzo al ver la expectación en el rostro de su esposa.

—He olvidado un detalle muy importante. Necesito que me acompañes a comprar una tiara para el vestido de Giuliana. Es la pieza fundamental que sujetará el velo y no estoy segura de poder encontrar la indicada en tan poco tiempo.

—No te preocupes, mujer —dijo Lorenzo poniéndose de pie—. Si quieres una tiara, la conseguiremos, así usemos estos últimos días para recorrer

Europa.

Lorenzo puso su brazo sobre sus hombros y salieron de la fábrica rumbo al centro de Milán. Recorrieron las joyerías más prestigiosas y fue en la tienda Cartier donde Paulina encontró lo que buscaba. Era sin duda una tiara preciosa, delicada y elegante. Confeccionada en platino, oro blanco y diamantes, era ideal para que Giuliana la luciera el día más importante de su vida.

Paulina tomó la tiara y miró a Lorenzo.

—Es más hermosa de lo que había imaginado. ¿Podemos comprarla?

—Claro que podemos, todo lo que quieras.

El vendedor que los atendía reconoció a la pareja en ese momento y quedó perplejo.

—Señor Bertolini es un placer tenerlo en nuestra tienda. ¿La tiara que han seleccionado es para el matrimonio de su hija?

Lorenzo asintió con un movimiento de cabeza.

—Un honor para esta tienda —dijo el vendedor entusiasmado.

Un momento después, Lorenzo confeccionaba el cheque y salían de la tienda Cartier rumbo a su domicilio, donde Paulina guardaría la tiara hasta el día de la boda.

—Estoy encantada. No puedo dejar de soñar con que esta tiara pase de generación en generación y así, de manera figurativa, estaremos presentes en las bodas de todos los integrantes de la familia.

Lorenzo apretó con fuerza la mano de Paulina. Hacerla feliz con cualquier cosa que ella deseara le provocaba una inmensa satisfacción.

Después de un agitado fin de año, la mañana de la boda había llegado. No nevaba en Milán, pero toda la ciudad estaba vestida de blanco.

Paulina despertó a Giuliana, se sentó en su cama y acarició con ternura su rostro. Había llegado el día en que ella comenzaría una vida nueva al lado del hombre que amaba. Ya no sería la niña que ella arropaba para dormir ni la que despertaba por las mañanas. Ese lugar quedaba reservado para los nietos que habrían de llegar.

Giuliana abrazó a su madre, y en sus ojos vio una mezcla de añoranza y felicidad.

Detrás de Paulina pudo ver un maniquí cubierto con una seda oscura. Salió de la cama y mirando a Paulina dijo:

—¡Por fin lo veré!

Se apuró para descubrir el vestido. En ese instante su corazón dejó de latir y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sus manos ahogaron un grito silencioso de admiración. Era el vestido más hermoso que hubiera visto en su vida. Definitivamente, su madre hacía magia con sus manos, había logrado el vestido de sus sueños.

Observó cada detalle, describiéndolo como si lo presentara en uno de sus desfiles. Descubrió los tulipanes y compartió con Paulina una mirada cargada de complicidad.

—¿Me he perdido algo?

—Sí —contestó su madre—. No has mencionado los botones.

—¿Los botones? —preguntó con sorpresa.

—Son cincuenta y tres.

—¡Como el año de mi nacimiento!

—El más feliz de mi vida —dijo Paulina.

Giuliana la abrazó.

—Eres la madre más especial que alguien pueda tener. Y este vestido, el más espectacular de todos tus diseños. Será todo un honor, un privilegio lucirlo.

—Y tú, la hija que toda madre quisiera tener. Sólo espero que al lucirlo sientas el amor que he intentado impregnar en cada costura, bordado y detalle. No hay nada en él que no tenga un significado especial para mí.

Las interrumpió la llegada de los peluqueros y cosmetólogos que se ocuparían de arreglar a la novia. Paulina aprovechó la invasión para dejar la habitación y vestirse.

Era temprano; sin embargo, Sofía ya llegaba a casa de los Bertolini. Nada en el mundo impediría que fuera ella una de las primeras en ver a la novia. Lucía un vestido de seda que cubría un solo hombro, fruncido con un agarre al estilo árabe. La falda era angosta para resaltar el corte desde el muslo hasta abajo. Definitivamente se trataba de un vestido sensual y atrevido que lucía espléndido en ella.

Guido abrió la puerta al verla llegar. No pudo evitar un halago y después con un gesto le señaló la escalera. Sofía subió al dormitorio de Giuliana, donde sabía que vería un despliegue sensacional.

—Esto parece el *backstage* de uno de tus desfiles —dijo Sofía abriendo la puerta.

Giuliana volteó para verla.

—Y tú pareces lista para la pasarela. ¡Ese vestido es precioso! —dijo Giuliana poniéndose de pie y obligando a Sofía a dar una vuelta.

—Pero lo más importante, es púrpura —dijo Sofía feliz.

—¿Eso fue idea de mi mamá?

—En realidad, ya tengo apuntado el significado que le da a cada color y me atreví a elegir este.

—¿Por las propiedades del púrpura o por lo atrevido del diseño?

Sofía sonrió con complicidad.

—Entiendo —dijo Giuliana.

—Ojalá conociera al hombre que lea mis pensamientos como lo haces tú.

El comentario de Sofía hizo reír a todos en la habitación.

—Los instruiré —dijo Sofía con solemnidad—. El púrpura combina la estabilidad del azul con la energía del rojo. Y necesitaré ambas para sobrevivir esta noche. Si no recuerdo mal, también tiene magia y misterio.

—Mientras no conviertas a nadie en sapo, puedes hacer lo que quieras —dijo Giuliana entre risas.

Ya estaba maquillada y terminaban de peinarla. Había decidido llevar el pelo suelto, apenas recogido a los lados para despejar el rostro y unos bucles en las puntas.

Sofía dirigía al grupo cuando vio a Paulina.

—Es la novia más hermosa de todas —le aseguró.

Paulina sólo pudo sonreír y asentir con la cabeza. La emoción no le permitía las palabras. Definitivamente, su hija era una mujer hermosa.

Sofía despejó la habitación obligando a todos a bajar. Sabía que ese momento entre madre e hija tenía que ser especial.

—Mamá, si lloras se arruinará todo tu maquillaje y estás hermosa.

Paulina abrazó a Giuliana como si no fuera a hacerlo nunca más.

—No hay maquillaje en este mundo que resista mis lágrimas el día de tu boda —dijo con ternura.

—¿Este es el momento donde debería escuchar un consejo? —dijo Giuliana con picardía.

—Sé feliz y no te demores en darme nietos.

El comentario de su madre la llenó de alegría. Sólo un par de palabras

cargadas de significado.

Paulina ayudó a vestir a su hija. El calce era perfecto, parecía que lo había cosido sobre su piel. Para la prensa sería un delirio de la moda.

Giuliana se paró frente al espejo para admirar el diseño.

—Mamá, este vestido es mucho más de lo que había soñado.

—Nada de lágrimas —dijo Paulina acercándose—. Tengo algo muy especial para darte.

Era un alfiler de gancho que Giuliana conocía muy bien, una pieza de oro blanco que había pertenecido a su abuela materna. De ese alfiler colgaban una pequeña herradura de plata, una moneda antigua y un corazón de cristal azul.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad.

—Toda novia debe llevar algo viejo, por lo que te doy este alfiler de gancho, que es lo único que conservo de mi madre, y se supone que conecta a la novia con su pasado. También debe llevar algo nuevo, para eso elegí una herradura, así tu comienzo como mujer casada estará lleno de buena fortuna. También algo azul porque significa felicidad en el matrimonio, por eso colgué este corazón de cristal, y por último algo prestado, para lo cual Sofía me dio su moneda antigua de la suerte. Lo prestado se vincula a la amistad, y la que existe entre ustedes es todo un tesoro.

Giuliana se llevó ambas manos a la boca para ahogar su emoción.

—Es la sorpresa más hermosa de todas —dijo mientras Paulina lo prendía en el forro del vestido.

—No es lo único que tengo para ti, hay algo más.

Paulina abrió una caja de terciopelo negro delante de sus ojos y dejó al descubierto una hermosa tiara.

—Deseo que esta tiara que hoy llevarás en tu boda sea la que usen todas las mujeres de la familia.

—¡Mamá, es preciosa! —dijo Giuliana tomándola de la caja—. Has elegido una joya exquisita, pero ¿qué ha pasado con las perlas que tanto te gustan?

—Nada de perlas en una boda, dicen que las perlas traen lágrimas y no es eso lo que deseo para ti.

—Te prometo que se lucirá en las bodas de la familia para siempre.

Paulina acomodó el velo y lo sujetó con la tiara.

—Mi princesa —dijo en un hilo de voz mirando al espejo que reflejaba la imagen de Giuliana—. Me encantaría hacer eterno este momento, pero si me

aferro a este, no llegarán los que tienen que venir. Ya debería estar en la iglesia —dijo mientras dejaba la habitación—. No te demores o tu padre no podrá con sus nervios.

Paulina dejó la casa rumbo a la iglesia acompañada por Sofía. Lorenzo esperaba ansioso a Giuliana al pie de la escalera.

Unos minutos más tarde, veía a su única hija bajar vestida de novia. Nada lo hubiera preparado para la emoción que sintió en ese momento. Era algo ambiguo y poderoso. Por un lado, hubiera querido retenerla con él para siempre y, por otro, sabía que ese momento marcaba la continuación de su descendencia y una vida nueva para Giuliana. El amor invadió sus ojos y las lágrimas no tardaron en poblarlos. Era su niña, pero se había transformado en la mujer más hermosa del mundo sin darle tiempo a darse cuenta. Tal vez para él siempre sería una niña.

Giuliana se acercó y lo besó con ternura. Él, orgulloso, le alcanzó su brazo.

—¿Estás segura de que quieres que te lleve a la iglesia? Estamos a tiempo y podemos fugarnos —dijo con una amplia sonrisa.

—Papá, claro que estoy segura. Amo a Tex como tú amas a mi madre.

Lorenzo le guiñó un ojo. Y después de una pausa dijo: —Tengo que confesar que esto de entregarte en matrimonio necesita más coraje del que siento en este momento. ¡Guido! ¡Por favor, un vaso del mejor whisky que encuentres o la novia no llegará al altar!

Lorenzo sintió el alcohol recorrer su garganta y sólo después de eso fue capaz de subir al auto con su hija.

Al llegar a la iglesia, Giuliana pudo ver a Sofía en la puerta. Su amiga, su hermana, su apoyo. Lucca estacionó y Sofía se acercó para ayudar a la novia a bajar. Se abrazaron una vez más llenas de emoción. Lorenzo se paró junto a su hija y le acercó su brazo. Sofía acomodó la cola del vestido y la escoltó hasta la entrada.

La marcha nupcial comenzó a sonar. Giuliana, aferrada al brazo de su padre, avanzaba a paso lento por la nave central de la iglesia.

Tex, parado frente al altar, no podía dejar de mirar a la mujer que se convertiría en su esposa. No sólo estaba preciosa sino que su belleza le resultaba demoledora. Giuliana había fijado su vista en la sonrisa de Tex que estimulaba cada uno de sus pasos. Vestido de jaquet, era la viva imagen de la fortaleza y la virilidad. Definitivamente, era el hombre que había ganado su

corazón.

Finalmente, Giuliana estaba a su lado en el altar y alzando la mirada que lo había embrujado para fijarla en sus ojos, decía: “Sí, acepto”. Tex sintió que la felicidad le inundaba el corazón y la sangre fluía atropelladamente por sus venas.

La ceremonia fue breve. En menos de una hora, los novios salieron de la iglesia con las manos entrelazadas, caminando bajo una lluvia de arroz y confeti que los presentes arrojaban a su paso.

En casa de Lorenzo, Sofía y Laura acapararon a la novia, secuestrándola por unos minutos antes de que se dispusiera a recibir las felicitaciones del resto de los invitados.

Tex esperó a Giuliana en compañía de Marco.

—Estás preciosa —dijo Laura abrazándola—. Lamento no haber llegado antes, pero Marco no ha podido viajar hasta ayer y no ha dejado que viniera sola.

—Estoy feliz de que estés aquí y ahora —dijo Giuliana—. Y me parece extraordinario que Marco sea tan protector contigo. Extrañaba esa sonrisa que veo.

—Es que soy tan feliz a su lado. Gracias por el vestido, has logrado que no me sienta enorme y al mismo tiempo pueda lucir este azul que tanto me gusta.

—Siempre es un placer vestir a una amiga.

—Si siguen con esa conversación empalagosa, tendré que dejarlas solas —interrumpió Sofía, provocando la risa de las dos.

—Tienes razón, pero han pasado tantas cosas en tan poco tiempo.

—No se preocupen, les garantizo que tendrán oportunidad para seguir con esto, pero ahora tenemos que irnos para que los novios hagan su entrada triunfal.

No tardaron en salir del estudio de Lorenzo y se dirigieron a la recepción escoltadas por Marco. Laura sentía celos de las miradas lascivas y lujuriosas de las que era objeto Marco, pero este instintivamente la abrazaba, la acercaba a él y le transmitía con su devoción toda la seguridad que necesitaba. Ella era la dueña de su corazón.

—Ahora es mi turno de unos minutos a solas con mi mujer —dijo Tex cerrando con llave la puerta del estudio.

—¿Tienes malas intenciones? —preguntó Giuliana con la voz cargada de

sensualidad.

—Si fuera por mí, evitaría esa recepción y la luna de miel comenzaría ahora mismo.

Giuliana sintió que estallaba de deseo cuando los pulgares de Tex delinearon el contorno de sus pezones sobre la fina tela del vestido. A Tex lo invadió el placer de saberla suya; recorría sus hombros con manos posesivas que bajaban por su espalda buscando su cadera para ajustarla contra su cuerpo. Giuliana, parándose en puntas de pie besó su frente, sus ojos y sus labios.

—Te amo, te necesito, te deseo.

Los labios de Tex se abrieron voraces, cubriendo su boca y silenciando sus palabras. Giuliana se zambulló en ese mundo mágico que aparecía ante el reclamo ardiente de las manos de Tex sobre su cuerpo. Un lugar mágico que atormentaba su cuerpo haciéndolo temblar de deseo.

Guido tocó a la puerta, interrumpiendo el idilio de los novios para anunciar que los esperaban en la recepción. Necesitaron unos segundos para tranquilizar sus pulsaciones y Giuliana intentó arreglar su vestido. Cuando estuvieron listos, Tex abrió la puerta, dejó salir a Giuliana y después le tendió su brazo.

Caminaron así hasta la recepción, donde antes de entrar fueron presentados como el señor y la señora Cooper. Siguieron hasta su mesa mientras eran aplaudidos por todos los invitados y los fotógrafos se deleitaban con unas fotos de revista.

Antes de dirigirse a su lugar junto a Laura y Marco, Sofía buscó a Mariano.

—Estás espectacular —dijo Mariano haciendo una reverencia.

—Y tú, mi compañero, me habías olvidado.

—Eso jamás, sólo estaba esperándote y pienso seguir tus instrucciones al pie de la letra. ¿Buscas darle celos a Gérard?

—No creo que su ego le permita sentir celos. Sólo quiero que tu cercanía le impida acercarse a mí. No puedo contra él. Despierta todo tipo de sentimientos en mí y nubla mi razón sin piedad.

—Hoy estarás escoltada, no te preocupes —dijo Mariano, colocando su brazo sobre los hombros de Sofía.

Gérard había buscado a Sofía en la iglesia pero fue inútil, ella estaba con la novia. Él, en cambio, ocupaba el primer banco cerca de Tex.

Estaba seguro de que en la fiesta lograría ese tiempo a solas que necesitaba y que su orgullo le había impedido tener.

Cuando llegó a la fiesta, la buscó con la mirada. La encontró aferrada al brazo de Mariano y ese fue un golpe para el que no se había preparado. Había convertido a Mariano en uno más de sus empleados, pero eso no evitaba que fuera el acompañante de la mujer que deseaba.

Ella lucía un vestido sensual. La espalda descubierta revelaba su piel y en la mente de Gérard estallaron las imágenes de la intimidad compartida.

Sofía volteó, su cabello cubrió su espalda y sus ojos negros, brillantes como joyas, lo miraron. Él desvió la mirada, y ella sintió como si la hubiera abofeteado.

Sus miradas volvieron a encontrarse. Los ojos de Sofía se nublaron, ella sonrió como quien añora viejos tiempos y antes de que Gérard pudiera reaccionar, se perdió entre la gente.

Gérard no entendía qué le provocaba la parálisis que estaba experimentando, pero de pronto algo en él se quebró. Esas lágrimas de Sofía, unidas a su sonrisa, y a la añoranza que expresaban, sólo podían significar que ella estaba poniendo punto final a la relación, a los retazos y a los pedazos incompletos que él le había ofrecido.

Hubiera querido dejar la fiesta en ese momento, pero tratándose del matrimonio de su mejor amigo resultaba imposible. Agradeció que no tuvieran que compartir la mesa, no resistiría algo así.

Después de la cena, Lorenzo bailó el vals con la novia y en la pista la entregó a su esposo. Fue un gesto que conmovió a la concurrencia tanto como a los protagonistas. Después del vals, comenzó la fiesta con una explosiva canción seleccionada por la orquesta.

Gérard se esforzaba por reprimir el deseo de buscar a Sofía, cuando Marco y Laura se acercaron a conversar con él.

De pronto la vio. Bailaba con Mariano como si nada hubiera sucedido. Gérard miró con desprecio a ese hombre que se entrometía en sus planes y Mariano percibió su mirada altiva y arrogante. Sentía los ojos de Gérard pegados a su espalda. Sabía que un hombre como él jamás podría enfrentarse a un oponente rico y poderoso, y en ese momento, supo que tenía la oportunidad de vengarse. Envalentonado por unas copas de más y sin pensarlo, atrajo a Sofía contra su cuerpo y la besó apasionadamente, cuando estuvo seguro de que el joven francés los observaba.

Una furia combativa se apoderó de Gérard cuando vio la satisfacción en el rostro de Mariano. Su instinto lo hizo avanzar, buscando una lucha cuerpo a cuerpo. Los colores abandonaron la fiesta. Gérard dejó de escuchar la música, aturdido por las pulsaciones que retumbaban en su sien. Sabía que le llevaría sólo unos segundos acabar con esa sonrisa burlona que lo insultaba a gritos. Fue la mano de Marco sobre su hombro la que lo detuvo. Gérard lo miró con ojos de fuego.

—Me impides hacer lo que debo.

—Sólo impido que le des el gusto de parecer un cavernícola en la boda de tu amigo. Las mujeres no se ganan en un campo de batalla.

Sofía, ajena a todo lo que pasaba a su alrededor, miró a Mariano con una mezcla de furia y sorpresa.

—¿Por qué lo hiciste?

—Gérard nos estaba mirando y quise evacuar sus dudas.

Sofía buscó llena de angustia a Gérard entre la gente, pero no lo encontró. Cuando volvió la mirada, sus ojos se habían apagado. La expresión era torturada y enfadada. La desilusión la obligó a callar y a alejarse de Mariano, quien bajó la vista con culpabilidad; con su atropello había traicionado su amistad.

Laura siguió a Sofía en su huida hasta alcanzarla en la habitación de Giuliana, donde lloraba tendida sobre la cama. No dijo nada, sólo le brindó su compañía pues entendía que a pesar de lo inoportuno de la situación y del caos emocional que reinaba en su vida, Sofía se había enamorado. Eso hacía que se sintiera aterrorizada.

Gérard no soportó la situación y abandonó la fiesta. Volvió a su hotel y se sumergió en una botella de whisky hasta perder totalmente la conciencia y quedar sumido en un profundo y tortuoso sueño.

Sin embargo, ni siquiera el alcohol lograba que dejara de pensar en ella. ¿Dónde estaban sus suspiros, esos que escuchaba cuando le hacía el amor? Lamentó cada minuto y cada noche que la había dejado sola, porque lo único que deseaba era tenerla a su lado.

Capítulo 24

Después de la boda, Sofía pidió unos días libres en el diario. Necesitaba estar sola por un tiempo. Se sentía traicionada por Mariano a quien consideraba un amigo y la reacción que había tenido Gérard la confundía. No podía dejar de pensar en él. Sabía que había impreso en su vida un nuevo capítulo. La última noche que estuvieron juntos lo sintió íntimamente unido a ella, pero a eso le siguió, como siempre, su ausencia. Necesitaba poner distancia para curar la herida que dejaba cada vez que se alejaba de ella. Quería detener el vacío inmenso que crecía en su corazón.

Gérard la había cautivado con su misterio, con la intriga que le provocaba su comportamiento, pero había puesto su mundo patas arriba. Su espíritu rebelde y caprichoso la incitaba a marcharse, a alejarse de todo, a salvar su orgullo.

Sabía que no podía volver a mirarlo sin caer rendida en sus brazos. Tenía miedo de las consecuencias de tanta debilidad. Por un tiempo se había permitido pensar en el amor, en la existencia de almas gemelas y había soñado con un compañero incondicional. La indignaba haber caído en pensamientos mágicos y estaba empeñada en matar esos anhelos. ¿Cómo podía ella haber soñado con algo así? ¿Cómo imaginarlo después de haber sido testigo de las continuas peleas entre sus padres? ¿Después de haber sido parte silenciosa de un divorcio? ¿Acaso todo eso no la había preparado para la vida real? Por el contrario, parecía que su triste infancia la obligaba a desear un imposible cuento de hadas.

Pensar en Gérard hacía que una sirena de alarma aturdiera su razón. Había perdonado demasiadas faltas de consideración y comportamientos que juzgaba inaceptables. De pronto, sintió el coraje que necesitaba. Tomó el teléfono y reflotó una oferta laboral que había recibido del *New York Times* hacía meses. No se trataba de nada importante, sólo la oportunidad de ser parte del equipo de redacción con un sueldo mínimo que garantizaba una modesta subsistencia.

Nueva York estaba suficientemente lejos de Gérard.

Sin perder tiempo, como si temiera también perder el coraje, redactó una carta de renuncia al *Corriere della Sera* y luego se ocupó de preparar su equipaje.

Esa última noche en su departamento se hizo eterna. No resultaba fácil dejar atrás tantos recuerdos. Pero tenía que admitir que ya nada era lo mismo. Giuliana era una mujer casada y con un futuro que se delineaba con claridad. Laura seguiría sus pasos a miles de kilómetros de Milán ya que había decidido vivir en la Argentina, su Paraíso.

Por la mañana Sofía se sentía agotada y confundida. Lo único que tenía claro era que quería cruzar el océano y darse una nueva oportunidad.

Todavía faltaban varias horas para su viaje. Supo que podría encontrar a Paulina en su casa antes de que iniciara su jornada laboral, por lo que pidió un taxi para ir a su encuentro.

Guido la recibió en la puerta, bajó su equipaje del taxi y lo acomodó en la recepción, mientras ella entraba en el comedor, donde encontró a Paulina sola.

—Buenos días —dijo Sofía al verla.

—Buenos días —respondió Paulina sorprendida—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? ¿Quieres desayunar conmigo?

—Me encantaría —contestó Sofía, acercándose a saludarla con un beso.

—¿Es idea mía o hay algo realmente importante que tienes que decirme?

Sofía asintió con la cabeza. La angustia parecía haber confiscado su voz. Sintió la mano de Paulina sobre la suya y ese cariño incondicional que siempre recibía fue el disparador de las lágrimas que se había esforzado por contener.

Los ojos grises de Paulina la miraron con inmensa ternura.

—Sabes que te quiero como a una hija. Dime qué es eso que te preocupa.

—Esta noche dejo Milán. He renunciado a mi trabajo y he aceptado un modesto empleo en Nueva York.

Los ojos de Paulina se abrieron grandes ante la sorpresa que provocaron esas palabras.

—¿Cómo que te vas? —preguntó incrédula.

—Sí, necesito tomar distancia por un tiempo.

—¿Distancia de qué?

Sofía se demoró en contestar. Las emociones estaban apoderándose de ella.

—De un amor que duele.

—Todos los amores duelen en algún momento. Algunos al comenzar, otros durante la marcha o al terminar. Si te abres al amor, lo siguiente es abrirte al dolor. Esos sentimientos son las dos caras de una misma moneda. Cuando la tienes, nunca sabes de qué lado caerá.

—Me enamoré, pero Gérard no me ama, no como pretendo. Una mujer sabe que si la quieren sólo de a ratos es mejor que no la quieran.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Paulina.

—No le tengo miedo al amor. Por el contrario, lo anhelo. He tenido amores antes de él, pero deben haber sido platónicos, porque no he sufrido ni llorado por ellos, no me han hecho soñar ni me han quitado las ganas de comer o dormir.

—El amor se siente o no. Y cuando lo sientes te golpea con la contundencia de un rayo. Simplemente, cambia tu vida para siempre —dijo Paulina hablando desde la experiencia.

—Eso es lo que siento —dijo Sofía con la voz estrangulada.

—Por lo visto, necesitas esa distancia que te has impuesto. Mi madre siempre decía que si amas a alguien debías dejarlo ir. Si volvía era porque te amaba, y si no lo hacía, nunca había sido tuyo. Le daremos a Gérard el beneficio de la duda. Dejaremos en manos del tiempo la definición de tu destino. Pero recuerda, cuando dos almas tienen que encontrarse, Dios acerca sus mundos, eliminando la distancia y logrando lo imposible.

Sofía sonrió, una vez más sus palabras la llenaban de esperanza.

—Los extrañaré mucho.

—Nosotros a ti. Cuando llegues a Nueva York me llamarás para darme tu número, así estaremos en contacto el tiempo que dure tu reclusión.

El comentario de Paulina la hizo reír.

—Hija, tú estás destinada a vivir en plenitud. Nueva York temblará con tus encantos y yo, como siempre, estaré orgullosa de ti.

—Y si encuentro el amor y mi propio cuento de hadas…, ¿podrás coser otro vestido?

—Si es para ti, será todo un honor.

Sofía no pudo contener el impulso de abrazar a Paulina. Ella era su madre por elección, jamás la había decepcionado.

—¿A qué hora tienes programada la fuga?

—Esta tarde, a las cinco.

—Tengo una reunión en la fábrica, pero estaré aquí a esa hora para llevarte al aeropuerto.

La carta de renuncia de Sofía había revolucionado a todo el personal del *Corriere della Sera*. Giovanni, su asistente y amigo, no podía creer que Sofía renunciara de esa forma. No podía creer que abandonara todo lo que había conseguido sin el más mínimo remordimiento.

Mariano se sentía culpable y en parte responsable por la decisión de Sofía. Pero el hecho de que renunciara de esa forma era castigo suficiente, ya que debería responder por ella y lidiar con todos los compromisos pendientes.

Por la tarde, Paulina y Sofía partían rumbo al aeropuerto.

—Giuliana no podrá creerlo cuando regrese —dijo Paulina.

—¿Dónde crees que estén ahora?

—Deberían estar en México hasta mañana. Después pasarán unos días en Colombia, Perú y Brasil. La luna de miel termina en la Argentina. No entiendo el empeño de Giuliana por conocer Sudamérica.

—Con buena compañía, cualquier lugar del mundo resulta atractivo —dijo Sofía.

—Eso debe ser.

De camino al aeropuerto, Sofía supo que aunque no volviera a ver a Gérard, él había cambiado su vida. La había hecho sentir cosas que jamás había sentido y estaba segura de que todo eso la había convertido en una persona diferente.

Como si adivinara sus pensamientos, Paulina dijo:

—Es así. No importa lo lejos que vayas, después del amor, nunca vuelves a ser la de antes.

Lucca detuvo el auto y Sofía y Paulina se despidieron en la puerta del aeropuerto.

—¡Gracias! —dijo Sofía.

Paulina la envolvió en sus brazos y despidiéndose susurró a su oído con complicidad.

—Si el amor te sigue, no lo dejes escapar.

A la mañana siguiente, Sofía aterrizaba en Nueva York. Nunca antes había estado allí. Sentía una inmensa curiosidad. Conocería una de las ciudades más

importantes del mundo.

Buscó su equipaje y siguiendo las instrucciones que había recibido salió del aeropuerto y se ubicó en la larga fila que esperaba los famosos taxis amarillos. Pronto estuvo a bordo de uno y le pidió al conductor que la llevara a las oficinas del *New York Times*.

El conductor del taxi reconoció su acento italiano y comenzó a hablar con Sofía en su propia lengua.

—¿De dónde nos visita la señorita?

—Vengo de Milán.

—Yo soy napolitano. Definitivamente, las mujeres italianas son un orgullo nacional.

El comentario hizo sonreír a Sofía, quien aprovechó la simpatía de su chofer para hacerle varias preguntas sobre su nueva ciudad. Este le advirtió que sería muy temprano para encontrar a alguien en las oficinas e inmediatamente se ofreció a hacer un tour por la ciudad.

—Suena fantástico. Será un placer tener un pantallazo de esta magnífica ciudad sin tener que hablar inglés.

Lo primero que hicieron fue recorrer la emblemática Quinta Avenida, la calle más famosa de Nueva York. Todavía adornada con motivos navideños daba un espectáculo impactante y soberbio. "El edificio de Grand Central Terminal se ve antiguo y majestuoso. Eso tal vez ayuda a que se la considere la estación de trenes más famosa del mundo", pensó Sofía contemplándola desde el interior del taxi.

El taxi se detuvo sobre el lado opuesto a la vereda del Empire State para que Sofía pudiera echarle un vistazo volcada sobre el asiento trasero. Luego, al pasar por Rockefeller Center, pidió que detuviera el auto.

—Parece sacado de un cuento —comentó.

—Es un lugar muy popular, sobre todo en la temporada de invierno. Muchos vienen a patinar en la pista de hielo.

—Eso será lo primero que haga una vez instalada.

Al pasar por St. Patrick, su chofer le explicó que se trataba de la iglesia católica más importante de la ciudad. Anduvieron unos minutos más y delante de sus ojos apareció un parque soberbio rodeado de edificios.

—El famoso Central Park —dijo Sofía.

—Sí, lo he caminado todo. Tiene cuatro kilómetros de largo y ochocientos metros de ancho. Es el pulmón de esta gran ciudad.

—Es mucho más hermoso de lo que había imaginado. Y estoy segura de que es espectacular en todas las estaciones, pero todas esas ramas delineadas por la nieve lo hacen mágico… —dijo Sofía emocionada.

El recorrido continuó en dirección al puerto. Pasaron por Wall Street, el distrito financiero, el edificio de la Bolsa y la Reserva Federal. De pronto, Sofía distinguió a cierta distancia la famosa Estatua de la Libertad, para ella el símbolo más conocido de esa ciudad. El taxi se detuvo una vez más y Sofía se atrevió a bajar y a caminar unos metros para verla mejor. No podía dejar de pensar cuántos inmigrantes habían anhelado ver esa imagen, cuando huyendo de la guerra y la pobreza llegaban buscando refugio. No se alejó mucho, un viento helado golpeaba su rostro y el frío la detuvo. Cuando regresó al auto, casi suplicó a su chofer que la llevara a la mejor confitería que conociera.

—Eso está incluido en el tour. Estamos cerca de Little Italy.

Sofía lo miró extrañada.

—¿Y eso qué es?

—El barrio donde se instalaron los primeros inmigrantes italianos. Y si de verdad quiere un desayuno como los nuestros, conozco el lugar perfecto. *Ferrara Bakery*, una de las pastelerías más famosas donde podrá tomar un verdadero café italiano.

Cuando llegaron, el joven italiano se bajó para abrir la puerta de su pasajera.

—Vaya y disfrute su desayuno, yo la esperaré para llevarla a su destino cuando termine.

—¿No quiere acompañarme? —preguntó Sofía con naturalidad.

—Se lo agradezco, pero prefiero quedarme junto al auto. Usted no se preocupe.

Sofía entró en la pastelería y sintió esos olores tan familiares del café italiano y las confituras. Observó una vitrina que exhibía todo tipo de manjares. Fiel a sus preferencias, señaló un canoli y pidió un café expreso. Se sentó a una mesa junto a la ventana y un joven le acercó su pedido. Podía escuchar a varias personas hablando italiano en las mesas cercanas. Verdaderamente ese barrio era un pequeño trozo de Italia en Nueva York.

Terminó su café y volvió al taxi. Domenico la esperaba con la puerta abierta.

—Mi tour termina aquí —dijo con simpatía—. Las oficinas ya deben estar abiertas.

—Entonces será hora de comenzar mi nuevo trabajo —dijo Sofía, enérgica.

Al llegar al *New York Times*, el chofer bajó la maleta de Sofía y la acercó a la puerta principal. Sofía pagó por el paseo y agregó una generosa propina.

—Muchas gracias —dijo y extendió una tarjeta—. Tenga mis datos, será un placer asistirla durante su estancia.

Ella agradeció con un gesto y con esa sonrisa suya que podía derretir el hielo incluso en el crudo invierno de Nueva York.

—Volveremos a vernos —dijo mientras entraba en el edificio.

El portero se ocupó de guardar su equipaje y le indicó dónde se encontraba la oficina de Recursos Humanos.

El ascensor se abrió en el quinto piso. El número cinco era para ella un símbolo de buena suerte. Era un buen comienzo, pero no podía dejar de pensar en todo lo que había dejado atrás para volver a empezar de cero. Debía de estar loca, pero no podía evitarlo. Cuando algo no era como esperaba, ella sólo podía cortarlo de raíz. Tendría que vivir con eso siempre, parecía un estigma grabado a fuego en su ser.

Vio cómo los empleados llegaban y se acomodaban en sus escritorios. El piso era un espacio amplio donde parecían funcionar varios departamentos. Las instalaciones eran mucho más modernas y lujosas que las de su antiguo diario, lo que la entusiasmó.

Con la mirada buscó la oficina de personal. Distinguió una placa con el nombre “Linda Foster”, Directora de Recursos Humanos. Esa era la mujer con la que había hablado por teléfono cuando decidió aceptar el empleo. Caminó con seguridad hasta esa oficina y golpeó la puerta. Era toda vidriada, y pudo ver a Linda mientras, distraída, hablaba por teléfono. Era una mujer joven de unos treinta y cinco años. Rubia, delgada y con rasgos dulces. Linda advirtió la presencia de Sofía y con un gesto le indicó que entrara.

—¡Hola! Tú debes ser Sofía Rossi. Yo soy Linda Foster, hablamos hace un par de días.

—Sí, he seguido tus instrucciones y aquí me tienes —dijo Sofía.

—Tengo que admitir que el hecho de que aceptaras el empleo me ha causado una gran curiosidad.

Sofía miró con sorpresa a Linda.

—¿Y eso por qué?

—He leído varias de tus columnas. Son muy buenas. Además, sé que el

empleo que dejaste en el *Corriere della Sera* era mejor que el que te ofrecemos aquí.

—Sí, pero esta será una nueva experiencia y un desafío. Tal vez la oportunidad de probar mi capacidad periodística escribiendo en otra lengua e intentando llegar a una sociedad diferente.

—Espero que logres todo eso —dijo Linda—. Sabes que aquí no tendrás tu propia columna, pero la publicación de tus investigaciones y escritos dependerá de la Directora de Edición, Rebeca Harrison. Espero que sepas ganártela, porque ella podría considerarse la persona más influyente dentro del diario. No hay nada que ella proponga que el Director General no acepte.

—Entiendo —dijo Sofía.

—Tendrás un escritorio cerca de su oficina —dijo Linda mientras señalaba hacia la otra punta del salón—. Ella te entrevistará mañana por la mañana. Seguramente, en ese momento sabrás con más claridad cuáles serán tus funciones.

—No hay problema —dijo Sofía.

—¿Ya te has instalado? —preguntó Linda.

—No aún; mi maleta está en recepción. Venir aquí ha sido lo primero que he hecho.

—Está bien. El trabajo te garantiza el alojamiento en un departamento a sólo unas cuadras de aquí. Es pequeño, pero en Nueva York vivir cerca del trabajo es todo un privilegio.

—Entiendo. ¿Cuándo empezaría a trabajar? La verdad es que no hay mucho que hacer por aquí con tanto frío —dijo Sofía ansiosa.

—Tómate el día de hoy para instalarte y mañana, después de tu entrevista, comenzará tu jornada normal.

—¡Suena perfecto!

—Sé que llegar a un nuevo país es algo difícil al comienzo. Yo vivo en el mismo edificio que te han asignado. Mi departamento está en el séptimo piso. Búscame si necesitas algo. Estas son tus llaves y en recepción te pedirán un taxi.

—Has sido muy amable —dijo Sofía con una sonrisa.

—Ya verás, en unos días te enamorarás de esta ciudad. Aprovecha el día y no dudes en llamarme si necesitas algo.

Se despidieron y Sofía se marchó.

Cuando estuvo en la recepción, pidió un taxi. El recorrido fue breve pues

el departamento estaba a sólo cuatro cuadras de su oficina. Se acercó a la puerta de ingreso, el portero le preguntó su nombre y luego de verificarlo en su lista la dejó entrar.

—Su departamento está en el quinto piso.

—Gracias —dijo Sofía sin dejar de sentir que el número cinco la perseguía.

El departamento era diminuto. Una sola habitación, un baño, una cocina insignificante y una sala casi tan pequeña como su dormitorio.

—Está cerca de la oficina… —se consoló Sofía.

La vista no era para nada especial, sólo un inmenso rascacielos a pocos metros de la ventana. El color gris predominaba y asociado al crudo invierno norteamericano, invitaba a la depresión. Sofía se esforzaba por convencerse de que el cambio sería bueno. Acomodó sus cosas, se vistió de manera más adecuada, buscó sus botas de goma y salió decidida a comprar algo que le diera a su nuevo hogar un poco de calidez. Y no olvidaría pasar por el supermercado; definitivamente, ese día libre resultaba necesario.

Salió del edificio determinada a conocer su barrio. No contaba con el viento helado como compañero, que la obligaba a detenerse en cualquier negocio luego de caminar sólo un par de cuadras. Compró una manta fucsia y almohadones estampados con flores al tono, toallas moradas para el baño y una alfombra persa para la sala. Por último, ya saliendo de un supermercado, compró flores. Nada mejor que eso para levantarse el ánimo. Un taxi volvió a dejarla en la puerta del edificio cuando comenzaba a oscurecer.

Decoró su departamento con todo lo que había comprado, improvisó un florero con una jarra de vidrio y se sentó con una copa de vino a disfrutar de su obra. Cerró los ojos y no pudo evitarlo, Gérard insistía en aparecer en su mente una y otra vez, sin importar lo lejos que se había ido. Un trago de vino recorrió su garganta disipando la pena.

Esa mañana Gérard había tenido reuniones fuera de su oficina. Regresó por la tarde y vio que sobre su escritorio se amontonaban varios papeles. Uno en particular llamó su atención. Tenía el membrete del *Corriere della Sera*.

Se acomodó en su escritorio y comenzó a leer con curiosidad. La nota informaba que Sofía había renunciado. Volvió a leerla como si estuviera

seguro de que no había comprendido el texto, pero ella había renunciado y saberlo le había nublado el entendimiento. Por unos segundos cerró los ojos como intentando poner en orden sus pensamientos.

Tomó el teléfono y llamó a Nolan, uno de los hombres que seguía a Sofía, pero no lo encontró. Inmediatamente llamó a su secretaria, que entraba en su oficina unos segundos más tarde.

—¿Tengo algún recado? —preguntó.

—Sí, Nolan lo ha llamado insistentemente. Ha dejado este número para que lo localice —dijo su secretaria extendiéndole un papel.

Gérard vio el número y la sorpresa se dibujó en su rostro. Levantando la mirada del papel, dijo:

—Es un número de Nueva York.

—Nolan me comentó que tuvo que viajar. Necesitaba con urgencia comunicarse con usted.

—Llámalo y pásame la llamada.

Unos minutos más tarde, su secretaria establecía la esperada comunicación.

—¿Dónde está? —dijo Gérard con voz grave.

—Lo he llamado varias veces. La he seguido hasta Nueva York, no sabía si debía hacerlo, pero ante la falta de respuesta no quise perderle el rastro.

—Nueva York —repitió Gérard incrédulo.

—Sí. Esta mañana estuvo en las oficinas del *New York Times*. Se ha instalado en un edificio cercano.

—¿Un hotel?

—No, un departamento. Ha hecho compras por la tarde. Me atrevería a decir que está instalándose aquí.

—No la pierdas de vista —dijo Gérard y colgó.

Se puso de pie, se sirvió un vaso de whisky y apuró el primer trago. Caminaba por su oficina con el vaso en la mano y la mente llena de imágenes que no lograba asociar. ¿Por qué había renunciado? ¿Qué hacía en Nueva York? ¿Una mejor propuesta laboral? ¿Qué la había llevado a tomar esa decisión? ¿Y su relación con Mariano? Investigaría a ese imbécil hasta averiguar todo sobre su vida.

La noticia que había recibido lo había golpeado con fuerza. Tomó sus cosas y se marchó. Necesitaba estar solo. Necesitaba de esa soledad para recuperar su orgullo, para retomar el mando. Era lo que hacía cuando no sabía

qué hacer.

Lo que no podía negar era eso que ella provocaba en él. La amaba con una furia que no imaginaba. La amaba así, rebelde y obstinada.

Sofía se despertó muy temprano esa mañana. Estaba ansiosa por comenzar a trabajar, el único obstáculo que debía superar antes de eso era la entrevista con Rebeca Harrison. Eso la ponía un poco nerviosa. Se trataba de una mujer con una trayectoria admirable, quien gracias a su esfuerzo y dedicación había logrado convertirse en Directora de Edición de uno de los diarios más prestigiosos del mundo.

Rebeca era una mujer famosa por su mirada crítica y analítica. De un temperamento intenso y vehemente y conocida por tener un pensamiento independiente. Lograba sus objetivos a cualquier costo. Se sabía que era una experta tanto en diplomacia como en manipulación, dependiendo del terreno en el que tuviera que desempeñarse. Sofía sabía que no sería fácil impresionar a una mujer como ella. Con sus casi sesenta años, era una leyenda como periodista.

Llegó a las oficinas del diario y buscó a Linda para confirmar su entrevista con Rebeca. Supo por ella que la estaban esperando y se apresuró en dirección a la oficina de la Directora de Edición. Pudo ver a Rebeca dando instrucciones a su secretaria. Era una mujer de cabello entrecano, ojos celestes, casi turquesas. Usaba anteojos de marco ancho, de un material que parecía carey. Vestía un traje de saco y falda. Mientras observaba concentrada lo que sucedía dentro de la oficina, advirtió de pronto que Rebeca fijaba su mirada en ella y haciendo un gesto le indicó que pasara.

—Buenos días —dijo Sofía acercándose a Rebeca para presentarse—. Soy Sofía Rossi.

—Lo sé. Toma asiento —dijo Rebeca indicando una silla frente a su escritorio—. He pedido esta entrevista contigo porque no entiendo qué te ha motivado a aceptar este empleo.

Rebeca sabía que la frialdad con que estaba tratando a la joven hubiera amedrentado el espíritu de cualquiera; sin embargo, Sofía sostenía su mirada con seguridad. Su postura y el tono de su voz eran muestra evidente de un alma orgullosa y valiente.

—Busco una nueva experiencia —contestó Sofía.

—En Italia tenías un puesto mucho mejor del que se te ofrece aquí. ¿Hay algo más que deba saber? —preguntó Rebeca intentado lograr una confesión o aún mejor, una temprana rendición.

—Con trabajo duro he logrado buenos reportajes y artículos en Italia y puedo sin duda lograrlos aquí también.

Definitivamente no era esa la respuesta que Rebeca esperaba escuchar, pero la seguridad y determinación de Sofía le gustaban, aunque antes de confirmarlo la pondría a prueba. Si era tan buena como parecía, debería superar algunos obstáculos.

—Veo que crees que el trabajo aquí es fácil, ya descubrirás que no lo es. Son muchos los periodistas que trabajan en mi departamento. Deberás sorprenderme con algo nuevo para asegurar tu puesto. Ahora Paty, mi secretaria, te asignará un escritorio y te dará las primeras instrucciones para que comiences a trabajar.

Sofía se puso de pie inmediatamente y salió de la oficina decidida a ganarse el respeto de esa mujer.

Lo primero fue lidiar con la discriminación que sus compañeros de trabajo le habían impuesto. Sofía, acostumbrada a causar admiración no sólo por su belleza sino por su simpatía, no podía creer que se la sometiera a tanta hostilidad sólo por ser extranjera. No podía entender que empleados de años se sintieran amenazados, o incluso ofendidos, con su presencia.

Rebeca se había asegurado de tener a Sofía cerca de su oficina. Quería ser testigo de su desempeño. Sabía que era una mujer con potencial y carácter y eso era algo que admiraba. La había puesto en una posición complicada. La recién llegada debería corregir y criticar los artículos de sus mejores reporteros. Sabía que esto le generaría un inmenso rechazo.

A Sofía le llevó casi una semana entender qué era lo que se esperaba de ella y acostumbrarse al ritmo de trabajo. Criticar artículos de periodistas reconocidos que casi la ignoraban no la asustó. Al contrario, se empeñó en hacer acotaciones y comentarios que dieran crédito a su sagacidad.

Rebeca en ocasiones aceptaba las correcciones propuestas por Sofía, pero la mayoría de las veces las rechazaba sólo con la intención de hacer explotar el carácter temperamental de Sofía ante lo absurdo del rechazo. Pero no lo logró. Sofía se desempeñaba en el ámbito laboral con un profesionalismo intachable. Aceptaba los rechazos como desafíos y las nuevas correcciones

eran cada día más creativas.

Su escritorio se había vuelto una isla en el piso de oficinas. Rebeca podía observar cómo cada día se volvía más difícil para Sofía. Su escritorio era saboteado por lo menos una vez a la semana. Los papeles que ella mandaba a impresión generalmente tardaban mucho más que los del resto del equipo y en más de una ocasión volvían incompletos o desordenados. Sofía entendió el complot, y lejos de la queja, se ocupó de manera personal de todo el proceso. Esto la obligaba a trabajar un par de horas más que sus colegas y muchas veces perdía su hora de almuerzo o se quedaba en la redacción cuando ya todos se habían marchado.

Rebeca comenzó a sentir admiración por ese espíritu imbatible y se ocupó de no perderla de vista. Comenzaba a entender su plan. Sofía, rechazada por sus compañeros de sección, diseñó una audaz estrategia. Desplegó todo su encanto ganándose aliados en diferentes secciones dentro del diario. Comenzó con Harry, el portero del edificio, que no sólo la escoltaba hasta un taxi cuando Sofía dejaba el edificio tarde por las noches sino que la mantenía informada de todos los movimientos y eventos que se llevaban a cabo dentro y fuera del diario. También logró una amistad con el joven encargado de administrar los suministros, quien la alertaba de conversaciones diarias a sus espaldas. La gente de impresión desistió del pedido de retrasar sus trabajos a partir del día en que Sofía bajó a imprimir sus escritos saboteados con la dignidad de una reina sin reclamos ni lamentaciones. Sabían que ella era consciente de lo que pasaba, pero nunca intentó delatarlos. Su silencio y su trabajo la llevaron a ganarse el respeto de ese equipo.

Nadie más que Rebeca valoró lo que su personal dejaba pasar inadvertido. Sofía estaba armando su equipo con la gente correcta. Tenía ojos y oídos en todos los departamentos del diario, mientras que sus periodistas más destacados sólo estaban pendientes de su reputación y de las críticas de sus artículos. Sofía tenía una estrategia bien pensada. Conocía las distintas alianzas dentro del diario sin tener que formar parte de ninguna. Usaba esa red casi secreta de contactos para averiguar las fortalezas y debilidades de cada uno dentro del departamento de redacción. De esta forma, sus respuestas cínicas y acertadas alejaron de ella los comentarios punzantes de muchos de sus compañeros de trabajo.

Ya habían pasado semanas desde su llegada, y a pesar de sus esfuerzos, su ambiente de trabajo seguía siendo hostil. Esto comenzaba a minar su

resistencia. Se sentía inmensamente sola y esa soledad se clavaba como un puñal en su pecho. Una noche, a la salida del trabajo, decidió entrar en un bar situado frente a las oficinas del *Times*.

Muchos de sus compañeros estaban ahí y todos murmuraron a sus espaldas mientras ella buscaba un lugar en la barra. Pidió un martini, el trago típico de la ciudad y apuró el primer trago buscando el valor para mantenerse en ese lugar cuando lo único que quería era salir corriendo y buscar el refugio de su departamento. “Si existe un ángel de la guarda, este es el lugar indicado para que aparezca”, pensó.

Unos minutos más tarde, alguien ocupaba el lugar a su lado. Sin desviar su mirada, acabó de un trago el martini que tenía en sus manos.

—¿Un mal día?

Sofía volteó para mirar al hombre que había hecho el comentario. ¿Podía un martini lograr que los ángeles cayeran del cielo? Ese hombre parecía la respuesta al misterio.

Tenía una voz profunda y grave. Era alto, de pelo castaño con reflejos dorados y ojos verdes. Facciones angulosas, hombros amplios y brazos fuertes. Podía tratarse de un espejismo o del hombre más atractivo del Nuevo Continente.

—Me llamo Eric Spencer. No te había visto por aquí antes. ¿De dónde eres?

—De Italia. Mi nombre es Sofía Rossi.

—¿Y qué te trae por Nueva York?

—Un trabajo en el *Times*.

Eric miró a Sofía con sorpresa.

—¿Eres periodista?

—Sí. ¿Tiene eso algo de malo?

—No, en realidad no, pero nunca había visto una mujer tan hermosa en un puesto como ese. Se supone que llevan el pelo recogido y usan anteojos.

El comentario hizo reír a Sofía, que comenzaba a sentirse más relajada.

—¿Supongo que no tienes planes para cenar? —preguntó Eric.

—¿Es eso tan evidente como suena? —preguntó Sofía.

—Detesto confirmarlo, pero sí. Acabas de decir que trabajas en el *Times*. Este es el bar de la gente del *Times* y estás sola.

La cara de dolor que Sofía exhibió de manera teatral le robó a Eric una carcajada, llamando la atención de aquellos sentados en las mesas más

cercanas. Eric se puso de pie, dejó unos dólares sobre la barra y ayudó a Sofía con su abrigo. La tomó de la mano y salieron juntos del bar.

Sofía no podía dejar de pensar que con ese gesto Eric acababa de salvar su día. Habían sido obvias miradas de sorpresa las que se dibujaron en las caras de sus compañeros de trabajo al verlos salir de esa forma íntima.

Caminaron media cuadra. Eric señaló una Ferrari roja y se adelantó para abrir la puerta del acompañante. Sofía no podía disimular la emoción al descubrir que *il cavallino* resplandeciente estacionado a pasos del bar era del hombre que acababa de conocer.

—Es la primera vez que subo a una Ferrari, a pesar de ser italiana —dijo Sofía.

—Y es la primera vez que una italiana sube a mi Ferrari —contestó Eric.

Después de un paseo por la ciudad, Sofía y Eric cenaron en el restaurante del Hotel St. Regis. Era evidente que Eric era un cliente habitual, ya que todos lo trataban con mucha familiaridad.

—¿Cómo te ha tratado la ciudad hasta ahora? —preguntó Eric, mientras llenaban de champagne la copa de Sofía.

—Definitivamente, no con la hospitalidad que esperaba. No todos por aquí tienen afición por lo extranjero —contestó Sofía.

—No es eso, es temor por la competencia. Si te consideran un rival potencial, entonces te tratarán con hostilidad. Así es esta ciudad, podrías compararla con una jungla. Una feroz, donde sólo sobrevive el más fuerte y el más astuto.

—Gracias por la advertencia, intentaré formar parte de los sobrevivientes entonces; rendirme no es algo con lo que me sienta cómoda.

La cena transcurría entre risas y confesiones. El champagne había relajado a ambos, que se atrevían a revelar cada vez un poco más de ellos mismos. De alguna manera se sentían identificados, como si se reconocieran en su tipo. Ambos conquistadores y no conquistados.

—¿Qué te ha llevado a refugiarte en el Nuevo Continente? Y no trates de mentir. Una mujer como tú no deja su vida para intentar una nueva sólo por el placer de la aventura.

—¿Insinúas que escapo de algo?

—O de alguien. Sé que escapas, sólo intento averiguar por qué.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Porque yo mismo soy un eterno escapista. No como Houdini, claro, pero

escapista al fin.

—Tal vez tengas razón.

—La tengo —afirmó Eric con vehemencia—. El punto es que cuando uno vive escapando sabe que el juego nunca termina sino que sigue complicándose. Al salir de algo, siempre te vuelves presa de otra cosa.

—Espero que tu oráculo no esté en lo cierto. Yo sólo pretendo un borrón y cuenta nueva.

Eric sonrió. Él sabía que eso nunca funcionaba.

—¿Y tú de qué escapas? —preguntó Sofía.

—De casi todo. Escapo de las relaciones serias, de las responsabilidades y sobre todo de las exigencias familiares. Escapar de eso se ha vuelto mi especialidad en los últimos años. Y tú, ¿de qué escapas?

—De los imposibles —dijo Sofía, desnudando con esas palabras su corazón.

—Eso me deja tranquilo. Sé que no huirás de mí. Yo no estoy prohibido para nadie.

Sofía sólo sonrió ante el comentario.

Ya eran los últimos en el restaurante y de a poco las luces eran menos brillantes.

—Creo que ya no nos quieren aquí —dijo Sofía.

Eric pidió la cuenta y se marcharon. Unos minutos más tarde se despedían en la puerta del departamento de Sofía.

Subió al quinto piso aturdida no sólo por el efecto del alcohol, sino por la naturalidad con la que había conversado con Eric. Por fin alguien en esa ciudad era amable con ella.

El sábado por la mañana, Sofía intentaba su primera visita al departamento de Linda, a quien no había vuelto a ver. Necesitaba hablar con alguien, desahogar su espíritu de tantas emociones.

Tocó el timbre y Linda no se demoró en abrir.

—¡Sofía! ¡Qué sorpresa! Pensé que nunca vendrías. Pasa.

Linda le recordaba a Laura, no sólo físicamente, sino por ese espíritu inocente y hospitalario que mostraba el brillo de sus ojos.

—No he venido antes porque no quería molestar. Pero creo que tanta soledad está ahogándome.

—Extrañas a tu gente, me imagino.

—Sí, a mis amigas sobre todo. Pero no creo que eso sea lo más duro.

Jamás imaginé la hostilidad que recibían los extranjeros en Nueva York.

—Lo admito. No son fáciles estos comienzos. El derecho de piso es un precio alto por pagar.

—Ni me lo digas —dijo Sofía teatralmente.

—¿Te pudiste comunicar con tus amigas? A veces eso hace el cambio más llevadero —dijo Linda intentando una solución.

—No, creo que he tomado este tiempo como un retiro. Hablar con ellas sólo provocará que las necesite más. Antes tengo que reinventarme o todo habrá sido en vano.

—¿Ya has conocido a alguien? —preguntó Linda

—Anoche se produjo el milagro, un alma caritativa se atrevió a dirigirme la palabra y terminamos cenando juntos.

—¿Dónde lo conociste?

—En el bar frente a las oficinas del diario.

—¿Entonces trabaja en el diario? —preguntó Linda.

La pregunta sorprendió a Sofía.

—No lo sé —contestó. Sofía no podía creer que un detalle como ese se le hubiera escapado.

—No son muchos los extras en ese lugar —dijo Linda—. ¿Cómo se llama?

—Eric Spencer.

Linda tapó su rostro con ambas manos.

El gesto preocupó a Sofía.

—¿Lo conoces?

—¡Claro! Yo y casi toda la ciudad. ¡Cruzarse con Eric es sinónimo de mala suerte!

Sofía no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Pero es un hombre encantador —dijo Sofía.

—Por supuesto que lo es —dijo Linda—. Es un hombre que jamás pasará inadvertido, pero es un aventurero y un libertino confeso. Seducir es su única misión, de alguna forma siempre logra su propósito.

—Es un seductor, pero… ¿cómo está asociado a la mala suerte? —preguntó desconcertada Sofía.

—Es un hombre rebelde, conflictivo y con una insuperable capacidad para meterse en problemas.

—¿Y de dónde lo conoces?

—Es el hijo menor del dueño del *Times*, por lo que es miembro de una de

las familias más adineradas de Nueva York. Pero hace tiempo ha perdido no sólo el respeto sino también el afecto de su familia. Es un adicto a las fiestas, el juego y el despilfarro. A lo que podríamos agregar, sin miedo a equivocaciones, que es también la oveja negra de la familia.

—Todo un prontuario —dijo Sofía algo más relajada.

—No pensé que esta parte de la confesión te fuera a dejar más tranquila —dijo Linda confundida.

—He cruzado el Atlántico en busca de emociones y acabas de confesarme que eso es exactamente lo que tiene Eric para ofrecer.

Linda miró con dureza a Sofía.

—No lo malinterpretes. No soy una cazadora de fortunas, pero no resisto un poco de adrenalina.

La sinceridad del comentario hizo reír a Linda, que empezaba a conocer el carácter impredecible de la italiana.

La sonrisa en el rostro de Giuliana era imperturbable desde que había comenzado la luna de miel. El sol había dorado su piel, sus movimientos tenían la gracia y la sensualidad del viento y su figura era la envidia del selecto grupo de huéspedes que se alojaban en el hotel.

Tex ocupaba sólo un par de horas al día, las únicas que resistía alejado de su mujer, en tomar clases y excursiones de buceo. El mundo submarino que descubría le resultaba asombroso y se ocupaba de relatar en detalle a su mujer sus experiencias. Había intentado convencer a Giuliana de que lo acompañara, sin éxito. Ella no tenía ninguna intención de encontrarse con animales exóticos y mucho menos de cargar el equipo o de sostener entre sus dientes el gigantesco pedazo de goma que prometía el oxígeno suficiente para cumplir con la hazaña de recorrer los arrecifes de corales.

La vista de Giuliana esa mañana se había sumergido en la mansedumbre del horizonte cuando sintió la presencia de alguien a sus espaldas y descubrió a un hombre de cabello oscuro que la miraba fijamente. Tenía un cuerpo atlético y una sonrisa confiada. Él se acercó a saludarla con un beso amistoso y espontáneo que ella no esperaba. Tampoco esperaba que Tex decidiera regresar de sus clases de buceo justo en ese momento y apurara su paso para ubicarse a su lado y sujetarla de la cintura.

El hombre, que no podía dejar de recorrer a Giuliana con su mirada, extendió la mano a Tex, presentándose como un admirador de su mujer. El comentario sólo sirvió para desdibujar la sonrisa que a Tex tanto le había costado simular. No fue capaz de ningún sonido. Hizo un movimiento con la cabeza y abrazando a su esposa, se alejó de ahí.

—Eso no fue muy cortés —reclamó Giuliana.

—¿Un admirador? —preguntó Tex cargando de ironía su voz.

—Acabo de enterarme y ahora nunca sabremos de quién se trata.

—Y no necesitamos saberlo, ¿o sí?

Giuliana no pudo evitar una sonrisa, comenzaba a acostumbrarse al carácter posesivo de su marido.

Por la noche cenaban en un conocido restaurante de la ciudad con una privilegiada vista sobre el mar. La música era perfecta, cálida, y la comida, con los picantes sabores mexicanos, se acoplaba delicadamente al tequila con el que los habían recibido.

De pronto, advirtieron que algo sucedía en la playa cuando un murmullo se generalizó en el lugar. Giuliana volteó para ver sobre sus hombros y se sorprendió al descubrir que la persona a quien casi todos observaban y de quien seguramente estaban comentando era el mismo hombre que había conocido en la playa.

El maître que los atendía advirtió la curiosidad de la pareja y explicó que se trataba de un futbolista adorado por los mexicanos. La estrella de la selección nacional de fútbol.

—¿En qué club juega? —preguntó Tex.

—Dicen que rechazó una propuesta del Manchester para aceptar una del Milan.

El comentario resultó muy divertido para Giuliana, que disfrutaba de la cara de sorpresa de Tex. Y saboreaba la estrategia que se tejía en su mente para torturar al orgulloso inglés que tenía enfrente.

—¿Así que rechaza el fútbol inglés por el italiano?

—Sí, eso hizo. Aquí se comentaba que aunque el club inglés es bueno, los ingleses suelen tratar con bastante hostilidad a los extranjeros. Los italianos en cambio tienen la calidez a la que los mexicanos estamos acostumbrados, seguramente eso influyó en la decisión.

—Tu saludo de esta mañana, amor, sólo le debe haber servido para comprobar el grado de hostilidad de la que son capaces los ingleses, ¿no te

parece? —dijo Giuliana provocándolo.

—Mientras no pretenda verificar la calidez de la que eres capaz… —respondió Tex mientras desvestía a su mujer con la mirada.

El Caribe los había envuelto en un mundo de texturas y sabores diferentes. Incluso la música era para Giuliana una debilidad. Esa tarde en la playa, los acordes dulces de la guitarra y las notas alegres y brillantes de una trompeta llamaron su atención. Un violín se ocupaba de extender sobre los músicos un velo de magia que parecía tener el poder de transportarla a otro tiempo. Se acercó sin pensarlo, o tal vez fueron sus pies los que la situaron ahí, como si obedecieran a los sonidos potentes que marcaba la trompeta. Comenzó a moverse sintiendo la música en su cuerpo, sin notar a la multitud que se unía al baile que inocentemente había iniciado. Alguien se acercó a ella y reconoció al famoso futbolista. Él se movía con agilidad y seguía sin ninguna dificultad el ritmo que los músicos imponían. Extendió su mano atrapando la suya entre sus dedos, desafiándola con un movimiento que se volvía cada vez más sensual.

Tex, que era testigo de la escena, buscó los ojos de Giuliana con la furia que despedían los suyos. Ella advirtió los celos que comenzaban a oscurecer el humor de su marido y moviendo sus caderas con un ritmo cadencioso, se acercó a él. Tex tomó su mano para asegurarse de no volver a perderla y ella siguió caminando en dirección al mar. Él la seguía, respondiendo al juego de esos ojos verdes que amaba.

Ya en el mar, Giuliana se aferró a sus hombros. Ese cuerpo fuerte era su ancla frente a las olas que se empeñaban en alejarla. Cuando Giuliana se mordió los labios, él instintivamente la besó. Si el objetivo era ahuyentar su mal humor, lo estaba logrando. El sabor de esos besos embriagaba sus sentidos e intensificaba con brutalidad su deseo.

Ella buscaba más, su cuerpo femenino obedecía moviéndose con sensualidad. Lo que sentía era volátil, explosivo. Lo abrazó con fuerza y lo envolvió con sus piernas sin dejar de besarlo. Cuando lo sintió en su sexo, le susurró al oído: "*Qui, ora*". Esas palabras provocaron un temblor involuntario en el cuerpo de Tex. Ella se aferró a su espalda cuando él invadió su intimidad y su cuerpo comenzó a balancearse. Tex sujetó con fuerza sus caderas para intensificar el ritmo.

Les costaba respirar, sus corazones latían con tanta fuerza que les impedían escuchar algo más. Giuliana saboreaba la gotas de agua salada en el

rostro de Tex, quien le ofreció su cuello donde ella dibujó besos tan suaves que le erizaron la piel. El deseo los hacía arder. Cuando ella cerró sus labios sobre el botón plano de uno de sus pezones, él dejó escapar un gruñido de placer.

El mar cubría sus cuerpos con complicidad mientras Giuliana enloquecía a Tex con sus movimientos. Él estaba dispuesto a ahogarse en esos besos. En un instante su mirada quedó fija y sintió que el placer lo engullía y se perdía en ella. La intensidad del momento los obligó a inspirar hondo y suspirar. Sólo el tiempo que permanecieron abrazados, acunados por las olas, les permitió calmar sus pulsaciones.

En su nuevo trabajo Sofía seguía desempeñándose con el profesionalismo de siempre. Sus observaciones eran dignas de elogios, pero no recibía nada parecido a ello. Seguía siendo rechazada, a lo que se había acostumbrado, pero sus trabajos ya no eran saboteados y su red de colaboradores la mantenía informada con infinita precisión. Sabía quiénes escribían sus propios artículos y quiénes intentaban sabotear a sus compañeros para ganar una primicia. Comenzaba a disfrutar de su rol de crítica aunque la tentación de escribir sus propios artículos no era fácil de contener.

Las salidas con Eric eran cada vez más frecuentes. No había noche que no asistieran a un restaurante, al cine o a algún bar. Durante este tiempo creció entre ellos una sana amistad. Eric se sentía cómodo con Sofía, quien entendía ese carácter rebelde que sólo buscaba un poco de atención de las personas que amaba. Tenían algo en común. Ninguno había tenido una infancia feliz y la coincidencia en varios aspectos de sus vidas los volvió inseparables. Eric sabía que ella nunca se dejaría seducir y decidido a no perderla, la adoptó como a una hermana.

La noche del 31 de enero de 1976 se festejaba en Chinatown el Año Nuevo Chino. Eric pasó a buscar a Sofía que se había empeñado en no perderse un espectáculo como ese. Estacionó su Ferrari a unas cuadras de donde se realizaba el desfile y caminaron admirando la cuidadosa decoración de las calles circundantes.

Sofía sintió que se había transportado a un país asiático cuando las cabezas de dragones, adornadas con sedas, piedras y lentejuelas hicieron su

aparición. Las seguían personas vestidas con trajes típicos y elaborados, que bailaban tiñendo de color las calles. Carrozas, acróbatas, magos y músicos acompañaban el desfile haciendo de este algo espectacular.

De pronto, comenzó una increíble demostración de fuegos artificiales. Sofía escuchó a alguien en la multitud que explicaba que, según las creencias chinas, servían para ahuyentar los malos espíritus.

—El Dragón es el único animal mitológico dentro del calendario chino. Y por esta y alguna otra razón es también el más respetado y venerado de todos —dijo Eric.

—¿Y cómo sabe un chico como tú de estas cosas? —dijo Sofía burlona.

—He salido alguna vez con una mujer asiática sólo para comprobar si como amantes eran diferentes y especiales.

Sofía no pudo evitar una carcajada ante lo ingenuo del comentario.

—¡Buscabas una geisha tal vez, pero esas ya no existen! —agregó.

Cuando el desfile se alejaba y el frío se hizo imposible de aguantar, comenzaron a caminar por Chinatown buscando un lugar para cenar.

Cuando se acercaron al restaurante que estaban buscando, Sofía vio un letrero que decía “Conozca las predicciones para su signo en el Año del Dragón”. Inmediatamente volteó para mirar a Eric.

—¡Tengo que entrar! Muero de curiosidad por conocer las predicciones para este año. Es mi oportunidad —dijo entusiasmada—. No tienes que esperarme, puedo alcanzarte en el restaurante, si quieres.

—Claro que te acompañaré —dijo Eric—. No te dejaré sola en ese rústico almacén.

Al abrir la puerta unas campanitas colgadas en el marco anunciaron su presencia y un hombre de unos setenta años, bajo y con gafas, los recibió.

—Quiero saber las predicciones para mi signo —dijo Sofía.

El hombre corrió unas cortinas rojas a sus espaldas e hizo pasar a Sofía a una humilde estancia que contaba sólo con una mesa de madera pequeña y dos sillas.

El lugar era bastante lúgubre. Eric se acomodó en la recepción y esperó.

El hombre extendió un pedazo de papel y una pluma y le pidió a Sofía que escribiera allí su fecha y hora de nacimiento. Luego levantó el papel y lo leyó con detenimiento. Unos segundos después, colocaba sobre la mesa una lámina con el dibujo de una serpiente y varios renglones escritos con letras chinas.

—Este es su signo en el horóscopo chino —dijo.

Sofía se mantuvo en silencio, como si no quisiera distraerlo con sus comentarios. Aunque ser una serpiente no sonaba muy alentador.

—La serpiente es capaz de cambiar de piel y dejar atrás con naturalidad aquello que no sirve. Se caracteriza por ser astuta, sensual y posesiva. El Año del Dragón será vital para reformular distintos aspectos de su vida. Pero nunca lo olvide, para el dragón no hay medias tintas, las cosas pueden ir muy bien o terriblemente mal. Dependerá sólo de usted que este año sea todo lo que soñó o se convierta en todo eso que pudo ser y no fue. El ímpetu del dragón de fuego hará arder su espíritu. Se sentirá llena de energía y coraje. Se atreverá a hacer cosas de las que nunca se hubiera imaginado capaz. Grandes cambios le darán un vuelco a su vida y el amor y la tragedia caminarán de la mano.

—¿Amor y tragedia? —preguntó Sofía con un hilo de voz.

—Tal vez sea una tragedia la que la acerque a un gran amor.

Con estas últimas palabras el hombre se puso de pie, miró a Sofía y con una seña le indicó que se marchara. Ella intentó abrir su bolso para pagar, pero él la miró con dureza y negó con la cabeza.

Sofía salió a la recepción y encontró a su amigo esperándola.

—Vamos… —dijo como si necesitara escapar de ese lugar.

Eric abrió la puerta y caminaron una cuadra hasta el restaurante. Una vez sentados a la mesa que les habían asignado, Eric preguntó:

—¿Cómo te ha ido con las predicciones?

—La verdad no me dejaron tranquilas, pero tampoco estoy segura de haberlas entendido. Ese hombre parecía tener afición por los acertijos.

Eric rió.

—Yo sólo le presto atención a la galleta de la fortuna. Así que en un instante sabremos lo que nos depara el futuro.

Alguien se acercó para levantar el pedido y antes de marcharse dejó una pequeña panera con dos galletas de la fortuna envueltas en papel celofán. Eric levantó la panera y la acercó a Sofía para que fuera la primera en elegir. Luego tomó la que quedaba y ambos sincronizaron sus movimientos para leer su suerte en simultáneo.

Sofía no pudo evitar la cara de sorpresa al leer el papel escondido dentro de su galleta.

—¿Qué dice? —preguntó con curiosidad Eric.

—*“Sol y Luna viven separados. Él finge ser feliz y ella no puede disimular su pena. Pero en un eclipse, el Sol cubrirá a la Luna.”*

—Suena a una profecía de amor —dijo Eric.

—¿Qué dice la tuya? —preguntó Sofía.

—*"Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo."*

—¿Haces siempre lo mismo? —preguntó Sofía.

—Supongo que sí, porque sigo metiéndome en los mismos problemas —contestó Eric con una sonrisa.

Capítulo 25

Una semana después, fiel a su bajo perfil, Rebeca Harrison festejaba su cumpleaños número sesenta en el penthouse que era su refugio desde hacía varios años. Ubicado frente al Central Park y con una vista privilegiada, parecía el lugar perfecto para un panorama romántico de la ciudad.

Al festejo estaban invitados sólo sus amigos más íntimos; entre ellos, por supuesto, la familia de Eric. Él, sus padres y su hermano mayor Robert. Además de otras diez personas entre escritores, periodistas y músicos, ya que el arte era una de las pocas debilidades de la anfitriona.

Eric y Sofía fueron los últimos en llegar y fue Rebeca quien les dio la bienvenida.

—Pensé que no vendrías —dijo Rebeca con un tono de ironía en la voz.

—Me alegra que lo pensaras, odiaría ser tan predecible —dijo Eric con una sonrisa seductora.

Sofía se aferró con fuerza al brazo de Eric. En ese momento sólo deseaba torturarlo por haber omitido el detalle de comentar que asistían a un festejo íntimo, organizado nada más ni nada menos que por su jefa, quien de seguro no esperaba verla allí.

Eric miró a Sofía, que se veía espléndida en un vestido negro de noche. Llevaba su pelo suelto con ondas en las puntas y tenía el porte de una reina.

—Te presento a Sofía Rossi —dijo volteando para mirar a Rebeca.

—Nos conocemos. Sofía trabaja en mi departamento. ¡Bienvenida!

Danielle Duval observaba a los recién llegados a poca distancia. Al escuchar el nombre de Sofía, no pudo evitar fijar los ojos en ella e inmediatamente se acercó a Rebeca para ser presentada.

—Eric, Sofía, les presento a una gran amiga, Danielle Duval. Ha venido desde París sólo para mi cumpleaños y eso es un gran honor.

Eric extendió su mano para saludar y Sofía en un acto reflejo hizo lo mismo, aunque después de haber escuchado ese apellido, su cara perdió todo

el color y de pronto sintió que sus piernas no podrían sostenerla por mucho tiempo más.

—Sofía Rossi —dijo Danielle—. Por fin te conozco, he escuchado hablar mucho de ti.

—¿Se conocen? —preguntó Rebeca confundida.

—No hasta este momento, pero Sofía es una periodista sagaz. Ha logrado su propia columna en tiempo récord y hasta un programa de reportajes. ¿Qué te trae por Nueva York?

—Un trabajo en el *Times* —dijo Sofía con intención de dar por terminada la conversación.

Eric sintió las uñas de Sofía clavándose en su antebrazo y sólo así entendió el mensaje. Hizo un gesto con la cabeza para alejarse de la anfitriona y siguió saludando junto a su compañera al resto de los invitados.

Cuando la cena estuvo lista, todos los invitados ocuparon el comedor. La anfitriona se ubicó en la cabecera. El lugar reservado a su derecha era para Danielle y el de su izquierda para el padre de Eric, presidente del diario.

Eric y Sofía se ubicaron lejos del centro de acción con intención de pasar inadvertidos. Ninguno de los dos era aficionado a ese tipo de reuniones. Cuando la cena estuvo servida, Sofía aprovechó la distracción de los comensales a su lado para amenazar de muerte a Eric.

—Esto se llama alta traición —dijo en un susurro.

—Sí, pero prometo compensarte. Esta cena era de vida o muerte; si no asistía, mi padre me desheredaría y sabes que un hombre como yo no podría vivir con eso. Sin embargo, estar aquí servirá para que Robert pueda alardear de sus logros. Tú eres la responsable de neutralizar la situación.

—Robert no me conoce, ¿cómo es que yo neutralizo la rivalidad entre ustedes?

—Eres una mujer hermosa —dijo Eric mirando a Sofía con dulzura.

—No intentes eso conmigo. Robert debe estar más que acostumbrado a verte con mujeres hermosas colgando de tu brazo.

—Correcto, pero nunca una hermosa e inteligente —dijo en tono seductor.

—No tenemos ninguna posibilidad de llamar la atención en esta cena. Rebeca es mi jefa y para ella no debo ser más que un microbio con escritorio.

—Pero Danielle Duval, su mejor amiga e ícono del periodismo mundial, no te ha quitado los ojos de encima.

—Hay un detalle sobre Danielle Duval que no está en tus apuntes. Tiene un

hijo, la causa de mi exilio —dijo Sofía en un hilo de voz.

Robert, sentado frente a Sofía y ajeno a la recepción que ella había recibido, estaba dispuesto a lapidar a su hermano por su carácter libertino y por su frívola compañía. Necesitaba asegurarse el puesto de sucesor. Para ello, primero necesitaba poner en evidencia a su hermano, para tener de esta forma el camino abierto a la futura presidencia del diario. Hasta ahora todos sus planes marchaban bien. Su padre estaba convencido de su capacidad, pero Rebeca no era una mujer fácil de complacer y por alguna razón todavía miraba a Eric con cariño.

La belleza inusual y exótica de Sofía estaba casi a punto de hipnotizarlo. Sus ojos grandes de mirada profunda y su boca carnosa parecían diseñados para el pecado. Era sin duda otra mujer de pasarela, una más de las que siempre escogía su hermano, y si su juicio no fallaba, bastarían sólo unas preguntas para poner en evidencia su falta de cultura y clase.

—Dime, ¿qué te ha prometido Eric para que lo acompañes a esta reunión? —preguntó Robert mirando a Sofía de manera altiva.

—Ahora que lo mencionas, no me ha prometido nada. Tal vez logre solucionar ese tema después de la cena.

—Lamento decirte que los puestos de secretarias del diario están todos ocupados.

—¡Qué alivio! Porque ser secretaria de Eric podría desquiciar a cualquiera —dijo Sofía con una dulce sonrisa mirando a Eric con complicidad.

—¿Y qué es lo que buscas? ¿Acaso algún tipo de promoción o publicidad? Esos son los temas sobre los que tiene injerencia mi hermano.

Danielle, atenta a todo lo que sucedía cerca de Sofía, escuchó el irónico comentario y no pudo callar.

—Robert, si tu hermano es el responsable de las relaciones públicas del diario, deberías estar orgulloso de él. Evidentemente, no conoces a la persona sentada a su lado. Sofía es una periodista brillante y exigente que incluso se ha dado el gusto de rechazar varias ofertas de trabajo, entre ellas una de *Le Parisien*, mi diario.

El comentario de Danielle dejó mudo a Robert y despertó la curiosidad de todos los invitados.

—Amiga —dijo Danielle dirigiéndose a Rebeca—, tienes un diamante en tus manos. Si tuviera que pensar en un titular no sería otro que la joya del

Times. Edward, definitivamente tu hijo es un excelente reclutador. Toda Europa quisiera en su plantel a una periodista de ese calibre.

Los comentarios de Danielle no sólo enorgullecieron al padre de Eric sino que lo sorprendieron. Jamás se había imaginado que una mujer con la naturalidad de Sofía pudiera ser tan reconocida. Ni hablar del efecto que todo provocó en Robert, que recibió como trofeo la mirada dura y reprobatoria de su padre.

La única que pareció no inmutarse fue Sofía, pero intentaba disimular las revoluciones de un corazón desbocado.

Cuando la cena terminó y antes de que Sofía lograra escapar, Danielle se acercó a ella. Mirándola a los ojos como si intentara llegar a su corazón, dijo:

—No te rindas sólo porque las cosas se pusieron difíciles. Recuerda, si vale la pena, no será fácil.

En ese momento, Eric se acercó con el abrigo de Sofía en las manos y Danielle calló, pero fijó una mirada muy elocuente en los ojos de la joven periodista, quien, perturbada, se despidió y arrastró a Eric con ella.

Cuando la fiesta terminó, Rebeca y Danielle se sentaron en la sala del espacioso departamento. Eran amigas desde que podían recordarlo y habían compartido gran parte de sus vidas, incluyendo penas y alegrías.

—¿Es Sofía la mujer que deseabas para Gérard? —preguntó Rebeca.

Danielle asintió con un movimiento de cabeza mientras perdía la vista en el paisaje invernal del Central Park.

—Estoy convencida de que es la mujer que lo haría inmensamente feliz. Si Gérard fuera menos terco y Sofía más paciente, yo no tendría que sufrir tanto.

—Dales tiempo. El destino tiene muchos caminos que llevan al mismo sitio.

Un par de días después de haber coincidido con Sofía en Nueva York, Danielle estaba de vuelta en París. Hasta ese momento nunca había intervenido en las elecciones amorosas de Gérard, pero haber conocido a Sofía cambiaba las cosas.

Tomó la decisión de despertar a su hijo del letargo en el que había caído. Había conocido a la mujer indicada y estaba a punto de perderla. Lo llamó y lo invitó a cenar a su departamento. Él, como siempre, intentó una excusa, pero Danielle dejó claro que la invitación era impostergable.

Esa misma noche, madre e hijo se acomodaban en la sala del piso que Danielle tenía frente a Les Champs Élysées.

—Dime, ¿cuántas ganas tienes de verme que no has podido postergar esta cena íntima para mañana? —dijo Gérard con ironía, mirando a su madre.

—Muchas, en verdad. Acabo de volver de Nueva York, fui sólo para asistir al cumpleaños de Rebeca Harrison. ¿A que no sabes a quién tuve el placer de conocer?

El corazón de Gérard comenzó a acelerar sus pulsaciones tan sólo con escuchar "Nueva York", pero se mantuvo en silencio.

—Finalmente he conocido a Sofía Rossi —dijo Danielle emocionada—. Es una mujer enigmática y fascinante. Trabaja en el *Times* para Rebeca. —Danielle hizo una pausa y miró con detenimiento a Gérard—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, está en Nueva York desde comienzos de este año.

—¿Y no has hecho nada para retenerla?

—Tomar distancia y alejarse de personas complicadas mejora la salud, madre.

—Tal vez, pero la tuya no ha mejorado. A mi juicio te ves triste. Es evidente que el espíritu joven y brioso de Sofía ha llenado todo, incluso el gran vacío que habitaba tu alma. Ojalá algún día reconozcas que no quieres estar solo.

Gérard miró a su madre sin demostrar la más mínima emoción.

—No soportas la idea de que se aleje de ti, ¿verdad? —dijo Danielle—. Tú le ofreciste una relación con puntos suspensivos, no dejes que ella ponga fin a algo que aún no ha comenzado. Estoy segura de que Sofía sólo intenta abrir su corazón a un amor posible. Tú le has negado eso.

—¿Cómo puedes pensar que deseo una relación? —dijo Gérard indignado ante la presión de su madre, como si mencionar una relación significara algo parecido a la traición.

—No seas necio, la vida pasa más rápido de lo que crees y si no te atreves a amar con desenfreno y libertad, tu corazón se endurecerá hasta volverse de piedra.

—Madre, no he venido aquí para recibir un sermón sobre mi vida amorosa. Pero por si todavía no lo has notado, puedo tener conmigo a la mujer que quiera cuando lo desee.

—Cuidado —dijo Danielle—, hasta tú puedes perder un diamante por andar juntando piedras. Si dejas que se vaya, se llevará consigo ese pedazo de ti que se ha quedado en ella.

Gérard, como solía hacer cuando se sentía presionado y sin argumento suficiente para enfrentar a su madre, tomó su abrigo para marcharse antes de la cena. Cuando se acercaba a la puerta a paso veloz, escuchó:

—Si te demoras, la suerte decidirá por ti y ya sabes lo que pienso yo de la suerte.

—Sí, que es para los tontos —dijo Gérard volteando para mirar a Danielle que se había puesto de pie.

—Es una mujer brillante, especial y camina hacia adelante con determinación. Nadie la detendrá, sólo podrás estar a su lado si te acoplas en su vuelo; es más, intenta volar más alto para llamar su atención, y aliéntala tú a acercarse. Ella jamás rechazará un desafío.

Después de escuchar esas palabras, Gérard cerró la puerta a sus espaldas.

Salió del departamento de su madre aturdido. La relación entre ellos nunca había sido fácil, eran demasiado parecidos para eso. Pero se respetaban. Su madre era una mujer de pocas palabras, pero muy sabia.

Gérard sabía que de alguna manera lo que había dicho Danielle era cierto. No había sido Sofía la que se había marchado, sino él quien no supo retenerla.

Solo y después de dos vasos de whisky, Gérard no lograba dejar de pensar en Sofía. Se sentía inquieto. Apuró otro trago de su vaso intentando adormecer sus pensamientos, pero las palabras de su madre seguían escuchándose en sus oídos. *“Si dejas que se vaya, se llevará consigo ese pedazo de ti que se ha quedado en ella.”*

Si su rechazo al compromiso era lo único que lo alejaba de una verdadera oportunidad de ser feliz, tenía un grave problema. Arrancar a Sofía de su corazón era una estupidez, pero tal vez dejarse llevar por lo que sentía sería igual de estúpido. El amor siempre suponía dolor, él estaba convencido de que tarde o temprano el idilio acababa. Se sintió irónico, le preocupaba estar solo en el futuro, como si se hubiera olvidado que lo estaba hacía tiempo, pero esta vez la soledad se sentía inmensa.

Esa noche llamó a Nolan para recibir noticias de Sofía.

—Hola —dijo Gérard con voz grave—. ¿Novedades?

—Sí, su madre y Sofía coincidieron en una cena.

—Estoy enterado de eso. ¿Quién la acompañó? —preguntó Gérard.

—El señor Eric Spencer. A esa cena acudió también toda su familia.

—¿Algo más?

—Nada más por ahora.

—De acuerdo, te llamaré.

Toda la familia Spencer y Sofía. Eso fue un golpe duro. Sabía que el motivo de la cena era el cumpleaños de Rebeca, pero saber que Eric usaba a Sofía para fanfarronear con su familia lo irritó. Eric no era para Sofía, de eso estaba seguro.

Capítulo 26

Tex y Giuliana disfrutaban de sus últimos días de luna de miel. Giuliana estaba enamorada del Caribe mexicano, de ese mar lleno de magia que combinaba como en una sinfonía todos los tonos de turquesa; de sus playas de arenas blancas y palmeras; de su cultura llena de historia y misterio; del colorido de sus artesanías; del picante de las comidas y esas margaritas endiabladas que la encendían provocando en ella la pasión que siempre era correspondida.

Pasaron ahí una semana más de lo previsto. Tex sólo pudo alejar a su mujer de esas playas con el pretexto de conocer la capital mexicana. Giuliana sentía que en alguna otra vida esa había sido su tierra. El canto de los mariachis acariciaba su alma y la devoción de todo un pueblo por la Virgen de Guadalupe la emocionó tanto que fue a visitarla casi todos los días que duró su estancia. Sabía por lo que había escuchado que no sólo era la patrona de los mexicanos sino también la protectora de las mujeres embarazadas.

Nada deseaba más que concebir un hijo que fuera el fruto del inmenso amor que sentía por Tex. Al ver en sus visitas a tantas mujeres suplicando por ese niño que no llegaba, se llenó de incertidumbre. La vida misma era un milagro, uno que no todos recibían. Sintió temor y fue allí, en tierra mexicana, donde hizo una promesa que cumpliría el resto de su vida si la Virgen la bendecía con la llegada de un hijo. Se comprometió desde ese día a trabajar en forma activa en la fundación que sus padres habían iniciado. Prometió defender desde ese lugar a mujeres embarazadas y niños pequeños, y luchar contra la violencia de género y el tráfico de personas. Giuliana sabía lo vulnerable que podía ser una mujer ante la fuerza bruta; su amiga del alma había sufrido ese tipo de violencia y ella estaba dispuesta a ayudar a mujeres en situaciones similares.

Tex no era católico y no entendía a Giuliana; sin embargo, en su deseo de complacerla, asistía con ella a todas las iglesias. A esa altura ya se

consideraba un experto en arquitectura colonial e incluso balbuceaba algunas palabras en español, idioma que su mujer se había empeñado en aprender.

La luna de miel se acotó a México, Giuliana ya no quiso seguir recorriendo Sudamérica. Para ella, ese país le había brindado toda una experiencia cultural que ahora sólo necesitaba asimilar.

Cuando llegaron a la Argentina, se alojaron en La Escondida, donde Laura había acondicionado para ellos La Casa de los Jazmines. Fueron recibidos por Marco y Laura en el aeropuerto de Ezeiza, con el cariño y el afecto que se reserva sólo a aquellos más queridos.

En Buenos Aires, Giuliana y Tex disfrutaban de la compañía de sus anfitriones. Las mujeres no dejaban de hablar sobre los detalles del viaje y Laura se emocionaba con todo lo que Giuliana había traído para su futuro sobrino. Entre los obsequios había mantas tejidas en telar, algo que a Giuliana le había resultado fascinante y, por supuesto, una medalla de la Virgen de Guadalupe.

Tex y Marco aprovechaban los momentos a solas para hablar de negocios y de las inversiones inmobiliarias que Tex especialmente había encargado.

El criadero de caballos de polo, un proyecto que fascinaba a Marco, ya se había puesto en marcha.

Marco y Laura habían decidido casarse después del nacimiento de ese niño que esperaban ansiosos. No elegirían el nombre hasta conocer el sexo del bebé. Los abuelos no podían disimular la felicidad que la proximidad del nacimiento les provocaba. Una felicidad que se hizo mayor cuando Marco y Laura les comunicaron que habían decidido quedarse a vivir en La Escondida y que ampliarían para ello La Casa de los Jazmines que a Laura le gustaba tanto.

Josefina no opuso resistencia alguna, sentía que la vida la llenaba de gratificaciones. En sólo un año había ganado una hija por la que sentía un inmenso cariño y próximamente habría un niño corriendo por su casa. Nada podía superar la alegría que eso le provocaba.

Giuliana y Tex tenían dos objetivos importantes que cumplir en Buenos Aires. Ella deseaba tomar clases de tango, un baile que encontraba tan original como sensual. Como contraparte, Tex quería comprar algunos caballos de polo sobre los que había estudiado mucho durante el viaje. Sin embargo, lo primero que hizo fue cumplir el deseo de su mujer, y por ello terminaron paseando por el barrio de La Boca, donde Giuliana se enamoró de “Caminito”, la famosa

calle de los tangos y uno de los rincones más populares. También la deslumbraron los lienzos de varios artistas que intentaban plasmar el espíritu bohemio de esa famosa calle porteña y las artesanías que exhibían diversos puestos callejeros.

Giuliana, aferrada al brazo de Tex, disfrutaba de un paseo tan inusual como original. Descubrió que los colores característicos de las casas tenían un curioso origen. La Boca había sido un barrio de marineros españoles e italianos que pintaban sus casas con el resto de la pintura que usaban para sus barcos. Por eso, esos colores dispares que en un tiempo habían sido símbolos de pobreza y mal gusto, enamoraban a una afamada diseñadora, quien encontraba a la cultura latinoamericana cada vez más atrevida.

Sentada en una confitería en el corazón de La Boca, Giuliana vio por primera vez bailar el famoso tango "Caminito", inspirado en un paseo romántico por ese lugar. De todos los instrumentos, fue el bandoneón el que llamó su atención. Su sonido tan peculiar lograba en ella todo tipo de emociones.

Vio cómo el baile se desarrollaba a partir del abrazo de la pareja y se volvía sumamente sensual y complejo. Un baile que insinuaba.

Esa misma tarde y luego de resistir todo tipo de chantajes por parte de Tex, se inscribieron en una academia que aseguraba que bailarían tango en el plazo de una semana. Y así se iniciaron en una danza que con el tiempo llegarían a dominar con naturalidad.

Las primeras lecciones ya lograban encenderlos. Tex advirtió que si el tango despertaba con tanta brutalidad la sensualidad de Giuliana, cosiéndola a su cuerpo, entrelazando sus piernas como los hilos de un telar, podría bailarlo a diario.

Ese abrazo, seguido de una caminata y algún firulete, transmitía sin duda no sólo un lenguaje corporal sino una inmensa complicidad con la pareja. Tex no podía disociar sensualidad de sexualidad cuando sentía a su mujer moverse con una cadencia sugerente. El rostro de Giuliana se encendía cada vez que él la tomaba por la cadera para acercarla a su cuerpo, devorándola con la mirada. Una mirada que lograba que sus ojos verdes ardieran de deseo y que el cuerpo viril de él se tensara en ese baile de sólo tres minutos, preámbulo perfecto para el amor.

Lo que seguía a las tardes de tango eran noches de tórrida pasión. Los invadía el deseo y necesitaban saciar sus cuerpos, enredando sus piernas y

anudándose en un abrazo. Se volvían uno, se acoplaban sin perder la candencia del movimiento, que en su ritmo dejaba alcanzar el éxtasis, en ese instante justo donde ambos se entregaban por completo.

Un domingo por la mañana, Marco y Laura se reunieron con Giuliana y Tex para asistir a una estancia a pocos kilómetros de distancia, donde jugarían un partido amistoso. Como tantas otras veces, a esto seguiría un almuerzo ya que todo el evento se organizaba con fines solidarios y lo recaudado se donaría a la fundación de Josefina en la que Laura estaba cada día más involucrada.

—¿Iremos a esa estancia de la que tanto me has hablado? —preguntó Giuliana a Tex cuando ya los cuatros estaban en la camioneta de Marco.

—Sí, a esa misma —contestó Tex.

—Además del partido de polo y un almuerzo, ¿tienen planeado comprar algún caballo?

—La intención es comprar más de uno —contestó Marco, uniéndose a la conversación—. Las instalaciones de esa estancia son ideales para la cría de caballos y han hecho un buen trabajo con los animales que tienen ahí.

Giuliana se imaginaba sólo una cancha de polo y algunos corrales. Nada la había preparado para el paisaje que comenzó a desplegarse ante sus ojos.

Pasaron un enorme arco de ladrillo diseñado en estilo Tudor, que marcaba la entrada. En grandes letras fundidas en el portón de hierro se leía el nombre “Villa María”. Recorrieron un sendero empedrado de varios kilómetros, inundado por el perfume embriagador de los eucaliptus que delineaban su contorno. Al final, se erguía majestuosa una casa de estilos Tudor y normando. Era una belleza de tres plantas, con techos a dos o más aguas y de pendientes pronunciadas. Sus muros gruesos, entramados, estaban formados con piezas de madera de roble oscurecida en la planta alta y de piedra en la planta baja, cubiertos por enredaderas verdes que lograban acoplar la casa al paisaje circundante.

Giuliana no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Es la casa más hermosa que haya visto —dijo ahogando entre sus manos un suspiro de admiración.

—Es un símbolo de la antigua aristocracia porteña —dijo Marco—. Fue construida en 1927 por un arquitecto francés. Tiene alrededor de 600 hectáreas de tierra y una de las canchas de polo más hermosas de la zona.

—¿Quiénes son los dueños? —preguntó Giuliana con curiosidad.

—Los dueños originales la vendieron hace poco tiempo. No se sabe

mucho sobre los detalles de la operación. Solo sé que la dueña es una mujer joven, que ha prestado la casa para este evento de beneficencia.

Giuliana no terminó de oír lo que Marco decía, sus ojos se perdieron en la inmensidad de un jardín que combinaba diferentes tonos de verdes y un juego de volúmenes en altos y bajos que acaparó toda su atención. Los verdes cambiaban de acuerdo con las diferentes variedades de árboles distribuidas de forma creativa para lograr un paisaje lleno de magia.

—Dicen que este es el jardín más hermoso de Buenos Aires y que tiene más de 300 variedades de árboles —comentó Laura.

—¡Estoy segura de eso! —contestó Giuliana sin apartar la vista del paisaje. Jamás había visto algo así.

Tex se mantuvo en silencio, se deleitaba con la expresividad de su mujer que se emocionaba con cada detalle. Verla radiante y disfrutando de todo a su paso lo hacía inmensamente feliz.

Sobre el jardín, frente a uno de los laterales de la casa, estaban dispuestas dos carpas blancas donde se llevaría a cabo el almuerzo luego del partido.

Estacionaron la camioneta cerca de los establos, donde la gente de Marco ya había acondicionado los caballos para su equipo y los petiseros los hacían entrar en calor ya que sólo faltaban algunos minutos para dar comienzo al juego.

Marco y Tex ya vestían los uniformes del equipo y sólo se ocuparon de ponerse sus botas frente a la atenta mirada de sus mujeres. Se despidieron con un beso y montaron listos para entrar en la cancha.

Laura y Giuliana se dirigieron a las sillas dispuestas cerca del campo de juego desde donde observarían el partido. Laura, que ya conocía a gran parte de las mujeres que habían asistido, presentó a Giuliana y armaron un grupo animado. Unos minutos más tarde se unía a ellas Josefina con una de sus hermanas.

Con la excusa de un calambre, Laura se alejó del grupo en compañía de Giuliana.

—No es que me alegre de que sufras calambres —dijo Giuliana con una sonrisa—, pero estoy feliz de poder dar un paseo por este jardín.

Laura llevó a Giuliana por unos senderos peatonales diseñados para disfrutar de las mejores vistas del parque.

—Lo único que le falta a este lugar para competir con mi versión del Paraíso es una laguna —dijo Giuliana.

—Entonces tu versión del Paraíso es sudamericana... —dijo Laura—, y no estoy segura de que tu padre esté de acuerdo con esto.

—¿Acaso hay una laguna? —preguntó curiosa Giuliana.

—Sí, es artificial, pero eso es sólo un detalle.

Caminaron hasta divisarla y al verla Giuliana se detuvo como si no fuera capaz de dar un paso más.

—Este lugar es pura magia —dijo—. Definitivamente, un diseño genial. La laguna está justo donde debería, para reflejar como en un cuadro la belleza de la casa.

—Por algo Villa María es un lugar que muchos admiran. Es verdaderamente hermosa —dijo Laura.

—Muero por conocerla por dentro, de verdad me resulta irresistible —dijo Giuliana—. Vamos, acompáñame.

Caminaron por la galería, intentando encontrar alguna puerta abierta y espiando todo lo que podían a su paso.

—Es asombrosa —dijo Giuliana—, tiene una escalera de mármol blanco.

—Tiene dos por lo que he escuchado —comentó Laura, que se divertía con la emoción casi infantil de su amiga.

—Los ambientes tienen exquisitos muebles de época y los pisos están dispuestos en damero —dijo Giuliana justo antes de toparse con un hombre mayor vestido con traje oscuro.

—Buenos días —saludaron las amigas a coro.

—Mi nombre es Ernesto y lamento decirles que el acceso a la casa está estrictamente prohibido. La nueva dueña así lo ha dispuesto. Sólo ha ofrecido las instalaciones de la casa de huéspedes y el jardín para el evento.

Ni siquiera el acto teatral que hizo Laura aludiendo a su embarazo fue suficiente para conmover a Ernesto que seguía fiel a las instrucciones que había recibido.

Giuliana dejó la casa sin poder disimular la frustración que sentía por haber sido interceptada y Laura no podía dejar de reírse de ella.

—Vamos, cambia la cara y regresemos a la cancha. El partido debe estar por terminar y Marco no me perdonará si sabe que no lo he visto jugar. Siente eso como una traición.

—No te preocupes, nunca se enterarán —dijo Giuliana relajada.

Ambas se unieron al grupo antes de que terminara el partido, justo a tiempo para aplaudir la victoria del equipo de las camisetas negras.

Durante el almuerzo, Marco y Laura se ocuparon de presentar a todos sus amigos. Y eligieron una mesa donde Giuliana y Tex pudieran conversar en inglés con los comensales. Todo resultó más que agradable, ambos se sintieron muy bien acogidos y el almuerzo fue entretenido.

Cerca de las seis de la tarde todo había terminado y ellos eran los últimos en la estancia.

—¿Te gustaría conocer la casa? —preguntó Tex.

—No podremos —contestó Giuliana—. Laura y yo lo intentamos, pero nos han dejado en claro que está rigurosamente prohibido.

—No perdemos nada con probar de nuevo —dijo Tex caminando con Giuliana colgada de su brazo y escoltado por sus amigos.

Cuando subieron los escalones de la entrada principal, como de entre las sombras de una noche sin luna, apareció Ernesto, el mismo que horas antes había negado a ambas mujeres el ingreso a la casa. Giuliana apretó con fuerza el brazo de Tex en señal de advertencia, casi al mismo tiempo que Marco se adelantaba para saludar a Ernesto con un apretón de manos. Giuliana veía toda la escena desconcertada. Cuando escuchó a Marco:

—Ernesto, has hecho una excelente labor hoy y te estamos muy agradecidos. Te presento a mi amigo Tex Cooper.

Tex saludó a Ernesto con un apretón de manos. Su español todavía dejaba bastante que desear.

—Ernesto ha sido el administrador de esta casa por cuarenta años —dijo Marco mirando a Giuliana—. Él ha nacido en esta estancia igual que sus hijos y algunos de sus nietos. —Volteándose para mirar a Ernesto, agregó—: Ernesto, ha llegado la hora que esperabas. Te presento a la joven dueña de Villa María. —Y con un gesto señaló a Giuliana.

Ambos tuvieron reacciones encontradas. Ernesto se avergonzaba de haberle negado la entrada a la mismísima dueña, y Giuliana, en la más absoluta confusión, se aferró al brazo de Tex sintiendo que la tierra debajo de sus pies no era suficiente para sostenerla.

—Amor, tú elegiste nuestra residencia permanente. Yo me atreví a elegir para ti el Paraíso. Me encantaría que fuera este el lugar que usara nuestra familia para veranear y escapar del frío invierno europeo.

Giuliana envolvió a Tex en sus brazos y lo cubrió de besos. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿No te gusta la idea? —preguntó Tex con una sonrisa.

—¡Me encanta! —contestó Giuliana eufórica—. ¡Me encantará compartir contigo el Paraíso!

Recorrieron la casa esa noche y festejaron la adquisición con una cena íntima. Villa María y La Escondida estaban lo suficientemente cerca como para garantizar que tanto ellos como su descendencia permanecerían en contacto por siempre.

Capítulo 27

De regreso en Milán, Giuliana buscó la oportunidad para hablar con Sofía.

—*Pronto* —dijo Giuliana al escuchar un ruido en la línea.

—¡Giuliana! ¡Por fin! Pensé que nunca llamarías —dijo Sofía.

—¿Cómo no hacerlo si llego a Milán y lo primero que me dicen es que te has mudado al otro lado del Atlántico? —reclamó Giuliana—. ¿Puedo tener el honor de saber qué te ha pasado?

—Sólo una rabiosa necesidad de no volver a cruzarme con Gérard.

—¿Y eso es suficiente para abandonarme a mí, a tu trabajo y toda tu vida? —preguntó Giuliana ya convencida de la respuesta que recibiría.

—Ya sabes… —dijo Sofía creando misterio.

—"Si buscas un cambio, muda de raíz" —dijo Giuliana.

—¡Exacto! —contestó Sofía eufórica.

—No creas que porque recuerde de memoria las locas frases célebres que inventas estoy de acuerdo con la mudanza. ¿Por qué no mandas a Gérard al otro lado del mundo? —dijo Giuliana casi furiosa—. Soy yo la que se ha quedado sin amigas en Italia, ¡no él!

—Pero por lo que me han contado, ya no tendrás residencia fija. Y si los argentinos siguen siendo tan buenos como recuerdo, estaré encantada de visitarte en tu nueva estancia, si eso me ayuda a escapar de este frío glacial.

—Evidentemente, sabes mantenerte informada —dijo Giuliana con algo de ironía en la voz—. ¿Cómo te trata tu nuevo trabajo?

—No ha sido nada fácil, pero creo que empieza a mejorar, sobre todo porque he conocido a un alma gemela.

—Entonces ha sido fácil olvidar a Gérard…

—No metas el dedo en la llaga, porque esa todavía no se cierra. Un alma gemela que es sólo un compañero de tertulia y no pretende nada más que eso a cambio.

—Eso no suena en nada a la Sofía que dejé en Milán antes de irme.

—Este es el nuevo modelo. Estaré encantada de verte por aquí una vez que hayas puesto tu vida en orden.

—Lo haré, será lo primero en mi agenda. Además, Nueva York tendrá pronto su Semana de la Moda.

—Te estaré esperando. Y no te olvides de llamar…

Sofía sabía que no se acababa el amor sólo con decir adiós, pues alejarse no anulaba los recuerdos. La distancia, para ella, sólo lograba aumentar el deseo. Necesitaba volver a sentir en su piel ese ardor abrasador que sólo él provocaba. Ella se había entregado sin medida y sin tiempos, pero sólo quedaba aprender del tropiezo y armarse de coraje para alguna vez volver a intentarlo.

Por ahora el amor le estaba negado. Había aprendido la lección. Era cruel, dolía y su umbral de dolor era bajo, muy bajo. "Esta nueva vida me servirá para dejar todo atrás", se dijo y con estas palabras dejó su departamento para encerrarse en el refugio de una jornada de trabajo voraz.

A Rebeca le impresionaba su orgullo. Después de coincidir con ella en su casa, incluso después de saber de su amistad con Eric, hubiera esperado de su parte algún acercamiento, incluso más, un favor. Pero para Sofía todo seguía exactamente igual. Ni una sola vez había buscado acercarse a ella ni se había relajado en su trabajo; por el contrario, cada día se exigía un poco más. Parecía que nunca estaba conforme con su propio rendimiento, incluso cuando era por lejos superior a lo que se esperaba de una persona en su cargo.

Rebeca no podía dejar de pensar en las palabras que había dicho Danielle. "Tienes una joya entre tus manos". Danielle no se caracterizaba por ser generosa en sus halagos, y que hubiera dicho eso significaba que la capacidad de Sofía estaba comprobada. Ella no desperdiciaría la oportunidad de contar con alguien como Sofía dentro de su personal.

La necesitaba para dos misiones impostergables. La primera, conseguir una primicia explosiva para el *Times*, algo que no sucedía hacía tiempo. La otra, ayudarla a posicionar a Eric como sucesor de su padre. A diferencia de la familia Spencer, que tenía todas sus expectativas puestas en Robert, Rebeca consideraba a Eric un hombre brillante para continuar en el cargo de presidente del diario. Contaba con el encanto y la diplomacia. Era excelente buscando relaciones y nuevos contactos. Nada de eso encontraba Rebeca en el carácter mezquino e inseguro de Robert, que se escudaba sólo detrás de logros académicos. Nada tenía que ver la vida real con eso. Eric no temía probar

cosas nuevas, mezclarse, usar camuflaje y todo lo que fuera necesario para conocer cada fibra de su ciudad. Eso era lo que ella entendía como real. Nada de eso se enseñaba en una universidad, por más prestigiosa que fuera.

Esa misma tarde Rebeca llamó a Sofía a su oficina. Cuando entró, le señaló la silla frente a su escritorio.

—Sofía, te he mandado llamar porque necesito encomendarte una misión. Tu trabajo hasta ahora ha sido excelente, pero no puedo evitar sentir que estoy desperdiciando tus capacidades teniéndote encerrada en esta oficina todo el día.

Sofía miró con incertidumbre y sorpresa a Rebeca.

—No te asustes, sólo pretendo encomendarte un trabajo un poco más confidencial.

—No me asusta —dijo Sofía—. Una nueva oportunidad sólo me entusiasma.

Rebeca intentó con dificultad ocultar la sonrisa que le provocó esa respuesta. Definitivamente, algo en Sofía le recordaba el entusiasmo de sus comienzos.

—Lo que necesito es una bomba. Quiero una noticia que haga temblar a Nueva York y que sea exclusivamente del *Times*.

Sofía miró a Rebeca como si esta le hubiera pedido que encontrara una lámpara mágica con un genio dormido dentro.

—No me mires así Sofía, esa primicia es posible y tú eres la única en este piso con la imaginación suficiente como para buscarla.

—Pero yo casi no tengo contactos y recién estoy conociendo la ciudad…

—No pongas excusas. Y por ese tema no te preocupes, lo tengo resuelto.

Sofía seguía mirando fijamente a Rebeca.

—Sólo hay una persona dentro del diario en la que realmente confío y será tu socia para lograr lo que te pido.

—¿Y de quién hablamos? —preguntó Sofía.

—De Eric Spencer.

Sofía no pudo más que abrir la boca ante la sorpresa. Escuchar ese nombre era algo que nunca hubiera imaginado.

—Entiendo que te sorprenda —dijo Rebeca—. Pero a diferencia de la mayoría dentro de este diario, estoy convencida de las capacidades de Eric y de su fidelidad con el diario. Él tiene todo lo que a ti te falta. Contactos, conexiones, apellido. Serán un equipo imbatible si tú tomas el timón.

—Cualquier cosa para salir de esta oficina —dijo Sofía con una amplia sonrisa dibujada en los labios—. ¿Cuándo puedo comenzar?

—Ahora mismo. Y tú serás la encargada de informar de esto a Eric cuando lo encuentres conveniente.

Sofía se puso de pie y salió de la oficina. Ante la sorpresa de todos, tomó sus cosas y se marchó. Todos en el piso de edición estaban convencidos de que había recibido algún tipo de sanción. Incluso se dijo que la misma Rebeca Harrison la había despedido.

Sofía regresó a su departamento agotada, sentía que una aplanadora había arrasado con ella, y tal vez eso era literalmente lo que había pasado. Una charla como la que había tenido con Rebeca era suficiente para lograr ese efecto.

Esa noche casi no pudo dormir. Un millón de imágenes desordenadas invadían su mente, mientras intentaba imaginar qué le diría a Eric para lograr que aceptara la propuesta.

A la mañana siguiente lo llamó al diario usando otro nombre. Después de varios intentos, logró que Eric la atendiera.

—Hola, Eric, soy Sofía. Por favor, no digas mi nombre.

—De acuerdo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito hablar contigo fuera del diario. ¿Podríamos almorzar en el Central Park a las doce?

—Tendré que postergar una reunión, pero creo que de todos modos no resistiría tanto misterio. Te veo ahí.

—¡Gracias!

Caminar hasta el Central Park con el aire frío del invierno soplándole el rostro ayudó a Sofía a despejar la mente. Por alguna razón, una que ni ella comprendía, sentía que esto en lo que estaba a punto de embarcarse marcaría su destino para siempre.

Vio el cartel verde con letras doradas del restaurante *The Loeb Boathouse* y eso la animó a apurar el paso.

Era la primera vez que visitaba ese lugar. La recibió un ambiente luminoso a pesar del día gris de invierno. La calefacción hubiera sido suficiente para hacerla feliz en ese momento, después de una caminata helada. Se sentó a una mesa donde la vista era inmejorable. Se veía el lago congelado y la nieve que contorneaba cada una de las ramas de los añosos árboles que lo rodeaban. Todo el paisaje sirvió para animarla.

Sabía que Eric no llegaría con la puntualidad inglesa que ella pretendía, por lo que se adelantó a pedir un vino italiano. Hasta ese momento no había logrado probar un vino americano que satisficiera su exigente paladar. Y pensar en uno francés era inadmisible, sólo lograría hacerla pensar en Gérard.

Unos minutos más tarde, Eric se acercaba a la mesa con esa sonrisa tan suya dibujada en sus labios.

—¿Alguna buena noticia? —preguntó Sofía.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no puedo creer que siempre lleves esa sonrisa sin un motivo específico.

—Tu misterio la enciende —dijo Eric divertido, mientras se sentaba frente a ella.

—Pero tú sabes que lo nuestro es estrictamente laboral —dijo Sofía preocupada.

El comentario hizo reír a Eric.

—Me lo has aclarado un millón de veces. Puedes quedarte tranquila, no soy un depredador sexual.

Esta vez fue Sofía la que sonrió. Eric era definitivamente de su estirpe y sumamente sensual.

—¿Es verdad lo que se comenta en el diario? —preguntó Eric.

—¿Qué dicen?

—Qué estás suspendida o tal vez despedida. ¿Ha pasado algo grave?

—No que yo sepa. Pero Rebeca me ha pedido algo bastante particular y tal vez haya hecho circular ese rumor, ya que por un tiempo no iré a la oficina.

—¿Y qué es lo que te ha pedido? —el tono en la voz de Eric revelaba una inmensa curiosidad.

—Antes de saberlo debes prometerme confidencialidad —dijo Sofía.

—Lo prometo.

—Y no sólo eso. También necesito tu incondicionalidad.

—No creo que eso sea un problema.

—Y definitivamente necesito tu ayuda, porque sin ti este proyecto no será posible.

El gesto en la cara de Eric cambió totalmente pasando de expectante a prudente.

—¿Mi ayuda?

—Sí, y te aseguro que por alocada que suene esta conversación, nunca me

he desviado de lo estrictamente laboral.

Esas palabras lograron que Eric volviera a relajarse.

—De acuerdo, si sólo se trata de algo laboral, entonces cuentas con mi confidencialidad, incondicionalidad y ayuda. ¡Por un momento pensé que estabas a punto de pedirme matrimonio y lograste asustarme!

—¡Eric! —dijo Sofía intentando sonar firme—. Esto es algo muy serio. Creo que es mi posibilidad de lograr un sueño.

—Agregaré a mi lista la seriedad entonces. Nunca pondría en peligro uno de tus sueños; sobre todo, porque son los que hacen la vida interesante.

—Gracias.

—No agradezcas, porque sea lo que sea que hagamos juntos, será una sociedad —dijo Eric.

—Eso es exactamente lo que pretendía.

Sofía se ocupó de explicar a Eric lo que necesitaba. Una noticia explosiva que le diera al *Times* el prestigio y el brillo de una primicia espectacular y que al mismo tiempo fuera algo con un fuerte impacto social.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó Sofía.

Eric se tomó un tiempo para contestar, como si mentalmente organizara lo que estaba a punto de decir.

—Hay algo que preocupa al FBI, tanto que han intentado varias estrategias sin éxito.

—¿Y no hay nadie detrás de esa historia?

—No —dijo Eric.

—Eso es bueno —dijo entusiasmada Sofía.

—Tal vez no, todavía no te he dicho de qué se trata. Y te aseguro que si el FBI ha fracasado en sus intentos y nadie más lo intenta, se trata de algo suficientemente peligroso como para mantener a los más ambiciosos al margen.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó Sofía ya al límite de su curiosidad.

—Narcotráfico y mafia.

Esta vez fue Sofía la que se quedó sin habla. Sabía perfectamente que ese era un mundo aparte, uno peligroso del que muchos sólo conocían el camino de ida.

—Claro que hay otras opciones —dijo Eric intentando calmarla.

—¿Y por qué fue tu primera elección? —preguntó Sofía.

—Porque definitivamente sería explosiva y con alto impacto social y político. Un ámbito hasta ahora exclusivo del *Times*. Y porque tenemos dos armas secretas a nuestra disposición.

—¿Puedo saber cuáles?

—Hablas italiano, eres irresistible. Y yo tengo la mala reputación y el dinero que necesitamos para que crean que estamos interesados en el negocio.

Eric era mucho más inteligente de lo que se hubiera imaginado. Definitivamente, Rebeca Harrison merecía reconocimiento por ser una mujer brillante y con ojo clínico. Había descubierto a Eric desde un principio y tenía claras intenciones de hacer brillar sus capacidades.

—Piénsalo, si aceptas que sea ese el tema de nuestra investigación, tendríamos que empezar a actuar pronto. Habrá varias fiestas a las que tendremos que asistir y uno que otro casino que visitar para coincidir con los peces más gordos e intentar averiguar algo.

Sofía asintió con un movimiento de cabeza. Estaba perdida entre un montón de hipótesis. Eric se puso de pie, pagó la cuenta y se despidió de ella con un beso.

—Llámame cuando hayas decidido algo —y diciendo esto se marchó.

Sofía se quedó ahí con la vista perdida en el lago un rato más. Siendo italiana entendía perfectamente el peligro implícito dentro de la palabra mafia. Y como periodista detestaba que el miedo la detuviera en su convicción.

La conversación con Eric había resultado mucho más que satisfactoria. Aparentaba ser un libertino irrecuperable; sin embargo, era un hombre de pensamiento práctico.

La mañana amanecía particularmente gris, y la soledad se ocupaba de agujerear el alma de Sofía, quien no se resignaba a dejar de extrañar a Gérard. No había noche que no lo pensara, ni sueño en el que no lo encontrara.

El ruido del teléfono la despertó de su letargo.

—Hola, Sofi, ¿cómo estás?

Escuchar la fresca voz de Giuliana fue el bálsamo que necesitaba para detener el proceso de autodestrucción que había iniciado.

—¿La verdad? —preguntó Sofía.

—Si es muy dura y planeas algo drástico, me conformo con una mentira piadosa —dijo Giuliana divertida.

El comentario hizo reír a Sofía.

—Adoro las mañanas grises y heladas de Nueva York y me resulta casi

excitante el café de filtro.

Esta vez la carcajada se escuchó del otro lado del teléfono.

—Lo extrañas, ¿verdad? —dijo Giuliana.

—¿Si lo extraño? Siento que mi corazón se quedó latiendo en el suyo y él todavía no se ha dado cuenta. Aquí, mi corazón consigue cierto ritmo sólo de manera mecánica…

—¡No seas tan dramática! —dijo Giuliana.

—Tú lo serías si estuvieras encerrada sola en este monoambiente, con una tormenta de nieve impidiéndote salir corriendo y si supieras por sobre todas las cosas que estás enamorada y tu amor no es correspondido.

—Sofi, si sigues hablando así, me obligarás a compartir contigo ese departamento y te juro que preferiría verte en cualquier otro lugar.

—Bueno, entonces cuéntame cómo va tu vida de mujer casada.

—Maravillosamente, sobre todo desde que Fabiola se ocupa de mi casa y yo sólo de mi marido.

—¿Fabiola? ¿Ha dejado la casa de tus padres para irse contigo?

—Sí, y ha sido idílico desde entonces.

—¡Eres la mujer más malcriada que conozco! —bromeó Sofía.

—Sí, es verdad y mueres por convertirte en la próxima. Eso de que te estés acostumbrando a una vida dura es puro cuento.

—Tal vez, pero no se lo digas a nadie hasta que pueda salir de esto de manera estoica.

—De acuerdo. Debo ir a trabajar, pero no te olvides de llamar… —dijo Giuliana antes de despedirse.

Sofía colgó el teléfono y entendió que la única manera de terminar esa aventura que había comenzado en Nueva York era arriesgándose a lograr esa nota para el *Times*. Tomó nuevamente el teléfono y llamó a Eric. Esta vez, su secretaria la comunicó en el acto.

—¡Hola! —dijo Eric.

—Acepto —dijo Sofía—. Ven a verme para que coordinemos las primeras reuniones y pueda estudiar lo que tú ya sabes.

—Perfecto, te veré en un par de horas.

Sofía aprovechó ese tiempo para darse un baño, relajarse y vestirse con ropa cómoda. Esperó a Eric con la mente en blanco para mimetizarse en el rol que desempeñaría durante la investigación.

Él llegó al departamento de Sofía según lo acordado. Llevaba con él la

única información con la que contaba hasta el momento. No era mucho, pero tenían algunas pistas para comenzar.

Sofía leyó con detenimiento la síntesis elaborada por Eric y levantó la mirada para encontrarse con unos ojos verdes que la miraban llenos de confianza.

—¿Esto es todo lo que tienes? —dijo desilusionada.

—Sí, pero juntos podremos averiguar mucho más en poco tiempo.

—¿Nosotros? El FBI sólo sabe que una organización de sicilianos importa droga a Nueva York y tiene intenciones de distribuirla. Esto no ayuda en nada. ¿Cómo es que ellos no han averiguado nada más?

—Es difícil seguirles el rastro. Y el idioma es otro factor determinante.

Sofía se llevó ambas manos a la cabeza y se puso de pie frente a la ventana. Intentaba con ese gesto controlar su decepción y su mal humor.

—Tienes que ser un poco más optimista, si las cosas ya estuvieran cocinadas la primicia nunca sería nuestra —señaló Eric.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó Sofía.

—Tú serás mi pareja, deberás actuar como una mujer sensual, pero frívola y despreocupada, amante de las fiestas y el dinero. Y liberal, como si tu relación conmigo fuera estrictamente necesaria para satisfacer tus caprichos. Asistiremos a algunas fiestas y reuniones como te había anticipado. Haremos correr el rumor de que la enemistad con mi familia crece a pasos agigantados y que tengo firmes intenciones de hacer inversiones en negocios menos lícitos pero más rentables. Eso irá acercándonos a dos personas importantes: Carmelo Cuffaro y Paolo Violi, representantes máximos del grupo siciliano en Nueva York. Si llegamos a ellos, entonces podremos averiguar mucho más.

—¿Qué es exactamente lo importante? —preguntó Sofía.

—Conocemos sólo un tramo del negocio. La droga se procesa en Sicilia y se vende en Nueva York. Necesitamos saber dónde la compran los sicilianos y cómo la distribuyen en esta ciudad.

—¿El FBI sabrá que estamos metidos en esto como periodistas suicidas? —pregunto Sofía.

—Lo sabrán cuando tengamos algo más sólido como para conseguir su apoyo. Antes de eso, estaremos solos…

—Supongo que es obvio que eso no me deja muy tranquila.

Eric sólo fue capaz de asentir con un movimiento de cabeza. Sabía que nada de lo que dijera podía cambiar eso.

—Empecemos esta noche. Estaré lista a las seis.

—¡Excelente! Pasaré por ti. Cenaremos en un exclusivo restaurante italiano, uno que acaban de inaugurar. Se comenta que es de Carmelo Cuffaro, sería perfecto que comenzáramos a llamar la atención. Deberías lucir atrevida, ya que a la cena le seguirá una vuelta por el casino, propiedad del mismo sujeto y uno de los principales centros de lavado de dinero en Manhattan.

Sofía miró a Eric con fuego en los ojos, como si detestara escuchar ese tipo de sugerencias. Ante el temor de perder su apoyo, Eric se marchó antes de que ella pudiera decir una palabra.

Esa misma tarde a las seis en punto, Eric tocó la puerta del departamento de Sofía. Ella abrió y al verlo sólo pudo pensar en las mujeres que matarían por una cita con él. Vestía un impecable esmoquin negro con moño y saco blanco. Su altura y su porte hacían de él un hombre difícil de resistir.

Eric, al verla, no pudo disimular su asombro. Sofía lucía un vestido rojo, largo con un tajo más que sugestivo. Un escote corazón que resaltaba unos senos generosos y su pelo negro azabache suelto sobre sus hombros. Estaba vestida para matar o morir en el intento.

—En este momento no estoy seguro de si prefiero ser asesinado por la mafia o arrestado por el cargo de acosador —dijo Eric con total sinceridad.

Sin darle ninguna importancia al comentario, Sofía tomó su abrigo negro de piel y cerró la puerta a sus espaldas.

Llegaron al restaurante Toscana veinte minutos más tarde. Durante el camino, Eric le recordó a Sofía que no debía decir ni una palabra en italiano. Debería hablar su mejor inglés y evitar cualquier comentario que pudiera advertir sobre su nacionalidad.

—No será fácil —dijo Sofía—. Mi inglés todavía tiene un acento extranjero.

—Tu inglés es exquisito. Si alguien pregunta sobre tu nacionalidad, deberás jurar que eres americana, hija de mexicanos si lo deseas.

Sofía asintió con un gesto.

Eric estacionó frente al restaurante. Un valet abrió la puerta de Sofía y le extendió una mano para ayudarla a bajar. El joven se quedó inmóvil durante unos segundos al ver la pierna de Sofía descubierta por el tajo provocador de su vestido. La mano de Eric sobre su hombro sacó al joven de la ensoñación, quien tomó el lugar del conductor para estacionar el vehículo.

—Si logras ese efecto en todos los hombres, avanzaremos mucho más

rápido que cualquier servicio secreto —dijo Eric en un susurro al oído de Sofía.

El restaurante era muy barroco. El lujo y la sofisticación le daban un marco casi palaciego aunque recargado para el gusto de Sofía. Tenía que admitir que si de opulencia se trataba, sus compatriotas no habían escatimado esfuerzos.

Ocuparon la mesa que Eric había reservado y entablaron una animada conversación. La risa y el aspecto sensual de Sofía obligaban a varios de los presentes a voltear la mirada en más de una ocasión. Cuando terminaron de cenar, Eric pidió la cuenta.

Unos minutos más tarde, recibían en su mesa una botella del mejor champagne de la casa como cortesía para la dama. El maître señaló a un hombre a unas mesas de distancia. Sofía volteó para verlo. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, de piel trigueña y pelo oscuro que vestía un sofisticado traje de seda gris claro.

—Es una buena señal —dijo Eric.

—¿Alguien importante? —preguntó Sofía.

—Sólo el administrador de este restaurante, pero Carmelo se enterará de que hemos estado aquí.

Tomaron una copa del champagne que les habían servido y se marcharon. Nada hubiera podido evitar las miradas lujuriosas que acompañaron a Sofía hasta la puerta.

Ya en el auto, Sofía preguntó si se dirigían al casino.

—No —contestó Eric—. Ya saben que hemos estado aquí. Es mejor avanzar con prudencia para no despertar sospechas. La próxima salida será el viernes. Intentaré que nos inviten a la casa de unos socios de Carmelo.

Sofía se alegró de escuchar esto. El estrés de la primera noche la había dejado agotada. Necesitaba desesperadamente el refugio cálido de su departamento.

Eric la escoltó hasta la puerta y allí se despidieron.

—Tienes dos días para pensar en otro look audaz y atrevido —dijo Eric, mientras ella cerraba la puerta en sus narices.

Sofía aprovechó su día libre para dormir hasta tarde. Almorzó en un pequeño restaurante cerca de su departamento y después tomó un taxi para hacer algunas compras en tiendas como Gucci y Louis Vuitton, sus preferidas. Volvió a su departamento por la tarde y llamó a Giuliana.

—Sofi, no puedo creer que me llames. Estaba pensando en ti.
—¿Bien o mal? —preguntó Sofía cargando de ironía su voz.
—Mal como siempre —rió Giuliana.
—Me alegro de que no pierdas la costumbre —dijo Sofía—. Te llamo porque necesito un favor.
—Lo que quieras.
—Tengo que asistir a más de una reunión representando al diario y necesito lucir sofisticada y sensual. ¿Me mandarías tus diseños más atrevidos y contemporáneos?
—¿Acaso tienes una víctima en el Nuevo Continente? —preguntó Giuliana.
—Te contaré cuando esté más segura, pero te delego la responsabilidad de inundar de sofisticación mi guardarropa, porque mis nervios están jugando en contra.
—No te preocupes, ahora mismo seleccionaré mis favoritos y María los mandará por avión mañana temprano.
—Gracias, te extraño —dijo Sofía nostálgica.
—De nada —dijo Giuliana—. Y no me extrañes, estoy sólo al otro lado del teléfono.
Sofía terminaba la llamada cuando sintió que alguien golpeaba su puerta. Abrió pensando que era Eric, pero se encontró con Linda.
—Linda, ¡qué sorpresa! —dijo.
—No he pasado antes a verte porque acabo de enterarme de tu suspensión —dijo en tono angustiado—. ¿Qué ha pasado? Sé que Rebeca puede ser injusta a veces y no quería que eso te deprimiera.
Sofía hizo pasar a Linda con intención de calmarla, pero supo que no había mucho por decir.
—Esta mañana Rebeca ha dejado tu suspensión firmada sobre mi escritorio. Lo que llamó mi atención fue que pidió que se mantuviera en la más estricta confidencialidad. Ella generalmente no tiene ese tipo de detalles cuando algo la enfurece.
—No te preocupes. Hemos tenido una diferencia de opiniones, pero estoy segura de que lograremos resolverlo con un poco de tiempo —dijo Sofía.
—No sabes cuánto me alegra saber que lo has tomado así. Muchos morirían de terror si tuvieran que enfrentarse con ella.
—Vamos, no te preocupes si yo no lo hago. Acompáñame a tomar un café —dijo Sofía aprovechando la única visita del día.

Linda aceptó encantada. Sofía era sumamente amigable y su espíritu fuerte y decidido resultaba cautivador.

Mientras Sofía disfrutaba de una conversación animada, Nolan, que no había dejado de seguirla, recibió una llamada de su jefe.

—¿Tienes novedades? —preguntó Gérard.

—La señorita Rossi ha dejado de ir a trabajar al diario y se ha aficionado a las salidas nocturnas con Eric Spencer.

—¿Eso es todo?

—Sí por ahora.

—No la pierdas de vista —dijo Gérard y colgó el teléfono.

Lo que acababa de escuchar lo enfureció y desilusionó casi al mismo tiempo. ¿Qué le ofrecía un hombre como Eric a Sofía? Eric no podía prometer una relación seria, era un hombre de mala reputación y sin embargo lograba retenerla a su lado.

Ajenos a la vigilancia impuesta por Gérard, Eric y Sofía seguían saliendo con frecuencia, asistían a las fiestas y reuniones más exclusivas de Nueva York, por ser Eric miembro de una de las familias más prestigiosas y adineradas de la ciudad. Eso no los alejaba de otras muy diferentes, en las que Eric obtenía gran parte de la información que necesitaba para continuar con la investigación que habían comenzado. Y sin duda, siempre estaban bien dispuestos para aquellas en que ambos tenían un papel que actuar. Eric interpretaba a la perfección su papel de rebelde y derrochador. Sofía era la compañera perfecta del joven playboy.

Fue así que, ante la curiosidad que despertó esta sociedad tan peculiar, lograron ser invitados a una fiesta en la casa de Carmelo Cuffaro. La convocatoria los tomó desprevenidos mientras visitaban el casino, donde uno de los hombres de Carmelo se acercó a Eric con una nota. Él la leyó sorprendido y cuando levantó la vista, el hombre que se la había entregado ya no estaba. Buscó a Sofía y sin darle explicaciones salieron del casino. Una vez en el auto y con el rugir de los motores acelerando sus pulsaciones, Eric le comentó lo sucedido.

—¿Qué decía la nota que te dieron? —preguntó Sofía algo preocupada.

—Sólo tenía escritas una dirección y una hora. Tendremos que estar ahí en cuarenta minutos, casi el tiempo que nos demoraremos en llegar, por eso no podía explicártelo en el casino.

—¿Y si se trata de una trampa?

—Nosotros no sabemos nada, no sería lógico. Si desapareciéramos, generaríamos sospechas; para ellos no representamos riesgo alguno.

—¿Por qué crees que te han invitado?

—No es para mí la invitación, estoy seguro de que eres tú quien ha despertado la curiosidad de Carmelo Cuffaro. Siente debilidad por las mujeres exóticas y creo que has calificado para el papel.

Por primera vez Eric vio el miedo reflejado en los ojos de Sofía.

—No te preocupes, tiene reputación de mujeriego, pero es respetuoso y civilizado. No dará un paso al frente sin contar con tu permiso. Supongo que lo que más le atrae es la conquista. Y como supuestamente tú eres mi pareja, no pretendo hacerle fácil el trabajo.

Sofía suspiró algo más relajada, pero de todos modos decidió no bajar la guardia ni un instante.

A la hora acordada llegaron a la casa de Carmelo que parecía un búnker con cámaras de seguridad y guardias distribuidos no sólo en la puerta de acceso sino en distintos puntos estratégicos. Sofía nunca había visto nada así. Eric tuvo que admitir que él tampoco. Esta vez habían llegado lejos y definitivamente necesitaban controlar los nervios para salir vivos de ahí.

Sofía entró en la casa aferrada al brazo de su amigo. Lucía un vestido de seda color champagne, largo y atrevido. Su espalda descubierta dejaba ver algo más allá de su cintura. Su acompañante, como de costumbre, vestía un esmoquin.

Para sorpresa de Eric, en la fiesta había más personas conocidas de las que esperaba encontrar. Definitivamente, Cuffaro tenía intenciones serias de rodearse de gente respetable para camuflar con cierta legalidad sus diferentes emprendimientos.

Una hora más tarde, el anfitrión se acercó a ellos para darles la bienvenida a su casa. Fue amable con Eric y llenó de halagos a Sofía, sin dejar de recorrer cada una de sus curvas con la mirada.

—Si siempre estás tan bien acompañado, deberíamos vernos más seguido —dijo mirando a Eric cuando se alejaba para saludar a alguien más.

—Pensé que sería un hombre aterrador —dijo Sofía—. Pero al contrario, parece carismático y encantador.

—Es la cara visible que usa Paolo Violi para introducirse en ámbitos a los que él, por su procedencia y cultura, no tendría acceso. Pero te garantizo que Carmelo sería capaz de matar por menos de un dólar.

Sofía y Eric recorrieron los salones destinados a la fiesta mientras saludaban a todas las personas que conocían a su paso. Eric intentaba memorizar las caras de los presentes. Había más de una sorpresa en esa reunión, pero fue un hombre en particular quien llamó su atención.

—¿Quién es? —preguntó Sofía.

—Mica Polack.

—¿Y por qué lo miras así?

—Porque no entiendo qué está haciendo aquí. Es un magnate de la logística y la distribución y Carmelo no tiene, según lo que sabemos, suficiente mérito como para que un hombre como Mica asista a una fiesta en su casa. Entre ellos debe estar por gestarse algo mucho más grande de lo que imaginamos.

—¿Qué es lo que distribuye?

—Cualquier cosa que le pidas. Cuenta con una red ferroviaria propia y una inmensa flota de camiones.

—¿Y qué hay del transporte marítimo? —preguntó Sofía.

—Ese debe ser su único punto débil. Tal vez intente gestar una flota de buques y asociarse con Paolo usando a Carmelo de intermediario. Eres brillante —dijo Eric besando a Sofía en la cabeza.

—Son sólo hipótesis, no tienes nada para probar eso —dijo Sofía mirándolo con seriedad—. No sueñes que con sólo entrar a una fiesta y desatar tu imaginación habrás logrado tu propósito.

—¿Nunca eres optimista?

—No si mi custodio tiene tanta imaginación como tú.

Sofía dejó solo a Eric para ir al baño. No se sentía nada cómoda en ese lugar. Estaba nerviosa y segura de que era una advertencia de su instinto de supervivencia. De camino al baño se sintió algo mareada y se acercó a una ventana que daba a un inmenso balcón con intención de sentir el helado aire invernal.

Todo sucedió en un segundo. Vio a Carmelo apagar un cigarro con la punta de su zapato y escuchó una conversación breve en un dialecto muy familiar. De pronto dejó de sentir el aire fresco en el rostro y sus pulsaciones se aceleraron violentamente. Volvió al pasillo y caminó buscando a Eric entre los invitados.

—¡Vamos! —dijo Sofía al verlo.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—No me siento bien, necesito salir de aquí. Por favor, no hagas más

preguntas.

Sólo cuando estuvieron dentro del auto, Sofía sintió que volvía a respirar. Llenó de aire sus pulmones como si por un instante creyera que no podría hacerlo nunca más.

—Cálmate —dijo Eric en tono serio.

—Eso intento, pero no puedo dejar de sentir que mi corazón está a punto de explotar.

—Respira tranquila, tienes otros cuarenta minutos para contarme qué fue lo que pasó.

—Escuché una breve conversación entre Carmelo y un hombre que parecía formar parte de su equipo de seguridad. No fue sólo eso, sino el reconocer el dialecto siciliano después de tantos años lo que casi me mata del susto.

—¿Por qué te asustó escuchar el dialecto?

—Porque la última vez que lo escuché tenía diez años. Mi abuela materna era siciliana y nunca habló italiano. Fue ella quien me lo enseñó, pero pensé que no podría recordarlo; sin embargo, entendí hasta la última palabra. Tal vez no lo entiendas, pero para mí fue un shock, sentí que era ella misma la que estaba traduciendo para mí el mensaje. Tal vez por eso lo viví como una advertencia y sentí la urgencia de salir de ahí.

—Está bien. Pero intenta calmarte y decirme qué fue lo que escuchaste.

—El hombre de seguridad le dijo a Carmelo que habían identificado a los infiltrados del FBI en la fiesta.

—¿Y quiénes eran? —preguntó Eric con curiosidad.

—Los que seguían a Polack a sol y a sombra. Definitivamente, puedes descartarlo de tu lista de sospechosos. Lo están usando para despistar al FBI. Seguramente esperan que sus agentes tengan la misma imaginación que tú y supongan que los sicilianos que buscan perderán años de trabajo en una sola gran operación. Mi instinto me dice que su estrategia es absolutamente diferente.

Sofía terminó su monólogo cuando Eric estacionaba frente a su departamento. Se despidió de él con la promesa de analizar cada palabra que había escuchado.

—Sé que no avalas mi optimismo —dijo Eric—, pero hemos averiguado más que el FBI sólo en un par de semanas.

Sofía puso en blanco los ojos en señal de agotamiento y cerró la puerta. Había sido una noche larga y cargada de estrés. Necesitaba descansar, pero le

llevó un par de horas silenciar el ruido en su cabeza.

Capítulo 28

Los encuentros entre Eric, Sofía y Carmelo se hicieron más frecuentes. Eran comensales habituales de Toscana y siempre el anfitrión se acercaba a saludarlos. Era la simpatía de Sofía la que lograba retenerlo en la mesa más de una vez. Al mismo tiempo, lo tranquilizaba saber que Eric era un personaje de alta alcurnia, pero con una reputación cuestionable. Alguien sin las agallas suficientes para infiltrarse en su organización y tal vez corruptible llegado el momento de necesitar un favor.

Eric, fiel a su estilo y con la marcada intención de mantener su fama, salía con diferentes mujeres, tal vez una distinta cada noche. Lo hacía de manera tal que si alguien lo seguía supusiera que estaba engañando a su actual pareja. Las veía antes de encontrarse con Sofía o después de dejarla en su casa. Nunca las llevaba a lugares públicos, pero se dejaba ver en ocasiones que pudieran parecer circunstanciales.

Sofía podría haber seguido una conducta similar, pero no lo hacía, contribuyendo de manera implícita al plan de Eric. En el silencio de su alma seguía sufriendo de desamor, un sentimiento que jamás pensó que pudiera padecer alguien que durante toda su vida había fascinado sin dificultad al sexo opuesto. Sin querer seguía amando a Gérard y sin tenerlo lo seguía esperando. Él seguía encerrado en sus labios como un secreto.

Los primeros días de marzo, Eric recibió una invitación para almorzar en Toscana. Al entrar en el restaurante buscó con la mirada a Carmelo intentando ubicarlo en alguna mesa, pero no lo encontró. Se acercó a la barra y el barman le indicó con un gesto que subiera al segundo piso. Desde el primer escalón pudo ver a dos hombres custodiando la puerta de una oficina. La escena no fue la que esperaba, pero sus opciones eran bastante limitadas a esas alturas.

No había forma de salir de ese lugar sin ser abatido. Lo único que podía salvarlo era actuar con naturalidad, lo que implicaba mostrarse un poco sorprendido.

Cuando terminó de subir la escalera, se acercó a los dos hombres, quienes lo miraron fijamente. Uno abrió la puerta de la oficina y, levantando una ceja, le indicó que avanzara.

Al verlo entrar, Carmelo se puso de pie, rodeó su escritorio y se acercó a saludarlo con un abrazo. El saludo de Eric fue mucho menos expresivo.

—Pensé que almorzaríamos —le dijo.

—Lo haremos —respondió Carmelo—. Pero antes quisiera unos minutos para pedirte un favor.

—¿De qué se trata? —preguntó Eric.

—Es algo simple. Quisiera que algún periodista del *Times* escriba una nota a modo de primicia dando a conocer el nombre de una compañía en la que yo y el señor Mica Polack seremos socios. Una empresa visionaria, dedicada al transporte marítimo.

—¿Y esa empresa existe? —preguntó Eric.

—Claro que existe —contestó Carmelo algo disgustado por la pregunta.

—¿Polack también quiere esa nota en el *Times*?

—No, él quiere mantener nuestra sociedad en el anonimato. Pero a mí me gusta el reconocimiento y te estaría agradecido si lo consideraras.

Eric prefirió guardar silencio.

—Creo que ya es hora de almorzar —dijo Carmelo poniéndose de pie y abriendo la puerta de su oficina.

Durante el almuerzo, Eric hizo uso de toda su simpatía para mostrarse entusiasmado con la posibilidad de hacer la nota.

—Creo que una nota como esa es algo muy bueno para el diario —dijo—. Y agradezco que me lo propongas. Será mi oportunidad para levantar el aplazo con mi familia que piensa que sólo sirvo para las fiestas.

—Yo reconozco un hombre capaz cuando lo veo —dijo Carmelo.

—Pensé que me pedirías que te presentara a una de mis amigas. Eso hubiera tenido respuesta inmediata.

—Siempre puedes presentarme a alguien, sobre todo si se parece a tu mujer —dijo Carmelo.

Ese comentario lo obligó a apurar un trago. El solo hecho de imaginar a Sofía con un rufián como Carmelo lo horrorizó.

El almuerzo fue breve. Era evidente que Eric había sido invitado sólo con un propósito.

Regresó a su oficina en el diario y estuvo varias horas intentando deducir

con qué objeto pedía Carmelo un favor tan absurdo. Habló con Rebeca sobre el tema, ella tampoco tuvo una respuesta inmediata aunque estaba segura de que se trataba de una trampa.

—Creo que deberías conversarlo con Sofía. Tal vez en una cena. Ella parece pensar de un modo más simple y no por eso menos efectivo.

Esa misma noche Eric y Sofía salieron a cenar en lo que parecía una cena íntima y romántica.

—¿Puedo saber cuál es el misterio que encierra esta cena? —preguntó Sofía cuando llegaron al restaurante.

—Claro, necesito descifrar un acertijo —dijo Eric.

Sofía sonrió con una sensualidad que obligaba a Eric a hacer enormes esfuerzos para controlar sus instintos más primitivos.

—Si vuelves a sonreír de esa forma no dejarás que me concentre —dijo Eric con un brillo especial en los ojos—. El tema es serio. Si no lo resuelvo, probablemente esta sea nuestra última cena y si lo hago bien podría recibir una recompensa.

—¿Cuál es el acertijo? —preguntó intrigada Sofía.

—Carmelo me ha pedido que publique en el diario una nota a modo de primicia anunciando el nombre de una sociedad que comparte con Mica Polack.

—¿Con qué motivo? —preguntó Sofía.

—Dijo que buscaba reconocimiento, aunque Polack prefiere un bajo perfil.

—¿Y cuál es tu primera impresión?

—Que independientemente de lo que conteste, caeré en la trampa. Siento que él no me ha dejado ninguna escapatoria. Si acepto publicar semejante barbaridad como una primicia, algo que ningún diario serio de la ciudad haría, levantaría sospechas. Porque nadie aceptaría hacer algo así si no está seguro de recibir un beneficio mayor.

—Correcto —dijo Sofía—. Además, sabemos que están enterados de que el FBI sigue a Polack.

—Y si no acepto y me excuso de manera razonable, sabrá que no soy un hombre de fiar.

—Peor que eso, sabrá que eres inteligente y capaz —dijo Sofía—. Y no lo tomes como un cumplido porque yo no soy Carmelo.

—Gracias —dijo Eric con dulzura.

Sofía lo miró fijamente a los ojos y sostuvo la mirada unos segundos que

se hicieron eternos.

—Si sigues mirándome de esa forma no responderé por mis actos —dijo Eric, intentando sacarla del trance.

—Disculpa —le contestó—. Estaba concentrada en la tercera opción, una que todavía no has dicho y parece la más sensata.

—¿Y cuál es la tercera opción? —preguntó Eric con curiosidad.

—Tienes que dar una respuesta franca. Le dices que cuando propusiste publicar la nota, tu padre y la jefa de edición dijeron literalmente que necesitabas tratamiento psiquiátrico.

Eric miró a Sofía confundido.

—¿Tan mal te he tratado para que quieras acabar conmigo tirándome a la jaula de los leones?

Todo el restaurante escuchó la risa que Sofía no pudo contener.

—Juro que es la respuesta que Carmelo está esperando. De esa forma estará seguro de que eres suficientemente estúpido para creer lo que él te dice y para exponérselo a tu padre. Además, lo dejará tranquilo el hecho de confirmar que tú no representas ninguna amenaza. Te catalogará como alguien con recursos e imagen a quien puede manejar a su antojo.

Eric miró a Sofía incrédulo, pero sentía que eso que sonaba estúpido era lo único que podía hacer.

—Está bien —dijo Eric—. Le diré eso y ojalá no te equivoques, porque volver a sentarme en su oficina con dos gorilas apostados en la puerta no es una experiencia que disfrute.

—Cuando dudes frente a un italiano, sé frontal. Te sorprenderán los resultados —dijo Sofía con picardía.

—Pero a mí no me gustan las sorpresas —dijo Eric.

—Lo siento, pero sorpresas es lo único que tendremos a partir de ahora. Estamos a punto de entrar en el juego.

Al día siguiente Eric se encontró con Carmelo en Toscana y esta vez la visita no incluía un almuerzo. Sabía que su estancia sería breve. Había ensayado varias veces durante todo el día la manera de enfrentarlo a la hora de comunicarle su incapacidad para lograr el cometido.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Carmelo.

—No son buenas, ni para ti ni para mí —dijo Eric.

Carmelo no pudo disimular su sorpresa al escuchar lo que le estaba diciendo.

—Supongo que entiendo por qué no son buenas para mí —dijo—. El artículo no se publicará. ¿Pero por qué razón no son buenas para ti?

—Porque yo deseaba cumplir con tu pedido y ahora me siento en deuda —contestó Eric con seriedad.

—¿Puedo saber por qué motivo no lo publicarán?

—Probablemente porque lo he propuesto yo y para mi padre y los ejecutivos responsables del *Times* necesito algo parecido a un tratamiento psiquiátrico.

Esta sincera confesión hizo reír a Carmelo.

—Creo que tú y yo nos llevaremos muy bien. Espero verte en Hudson Valley este fin de semana, habrá una reunión a la que asistirán amigos importantes.

—No te preocupes por eso. Las fiestas son lo mío —dijo Eric.

Carmelo se puso de pie y lo despidió en la puerta de su oficina.

Eric subió a su automóvil absolutamente confundido. No estaba seguro de nada de lo que había sucedido en los quince minutos que compartió con Carmelo. La única certeza que tenía era que Sofía no se había equivocado y que la recompensa recibida era la invitación a Hudson Valley.

Durante la semana usó todos sus contactos para averiguar cuál era la residencia a la que habían sido invitados y quiénes serían algunos de los asistentes. Una de sus fuentes le reveló el lugar. A juzgar por la fotografía que había recibido, se trataba de una casa estilo romano, de tres plantas con muros de piedra cubiertos por enredaderas y un amplio y elegante jardín, abarrotado de pinos y arces. Lo interesante fue averiguar que la propiedad pertenecía a Delko LiCalzi, el guardaespaldas de Paolo Violi. En este caso estaba casi seguro de que se trataba de su testaferro. Habían sido invitados al ojo de la tormenta.

Intentando ser precavidos, Sofía y Eric estudiaron los planos de la casa y ensayaron sus diálogos para que una conversación trivial no pudiera complicarlos. Si eran una pareja, debían coincidir en algunas respuestas.

Finalmente el sábado por la tarde, Eric llegó al departamento de Sofía para buscarla y llegar con puntualidad a la recepción que comenzaba a las seis. Tocó el timbre y Sofía no tardó en abrir la puerta e invitarlo a pasar.

La sorpresa mereció unos segundos de silencio. Sofía lo había deslumbrado con su look.

Había elegido para esa noche un sensacional vestido de gasa natural en

color naranja. Un exquisito drapeado cubría su busto, unido al frente con un nudo sobre el que lucía un prendedor con piedras al tono. El vestido largo caía pegándose a sus caderas y marcando sus curvas con suavidad.

—Si tengo tu atención, tendré la de todos —dijo con una sonrisa burlona.

—Con ese color podríamos perdernos en la nieve y nos encontrarían —dijo Eric en su defensa.

—El color es parte de la estrategia —dijo Sofía—. Pero la moda no es lo tuyo, así que no pretenderé que lo entiendas.

—Tenemos un largo camino y estoy seguro de que podrías instruirme —dijo Eric mientras abría la puerta y la dejaba pasar.

—Es la primera vez que llevas el pelo recogido. ¿Eso también es parte de la estrategia?

—Lo del pelo recogido fue sólo un capricho, pero el color del vestido es fundamental. El naranja representa energía y alegría. Provoca entusiasmo y atracción. Funcionó contigo —dijo mirando a Eric con picardía—. Lo más importante es el agradable efecto de tibieza que siento y que me garantizará inmunidad en una noche como la que estamos a punto de compartir.

Agradecieron llegar casi al mismo tiempo que otros dos autos. Esto les permitió un ingreso disimulado y rápidamente se unieron al resto de los invitados.

Con intención de alejarse del ruido y del humo de los habanos que inundaban la estancia, Sofía se retiró sola a un salón más pequeño y despoblado. Se acercó a una ventana que estaba entreabierta y que permitía renovar el aire de la estancia. Se distrajo en un instante de gozo, cuando sintió que dos hombres entraban en la sala y cerraban la puerta a sus espaldas.

Sofía se paralizó al volver a escuchar ese dialecto tan lejano y familiar al mismo tiempo. Se congeló unos segundos, para luego ocultarse detrás de un biombo. Sentía la arritmia de su corazón latir fuerte en sus sienes. Estaba aterrorizada y atrapada. Sólo podía quedarse quieta, controlar sus nervios y rezar para no ser descubierta.

Los hombres comenzaron a hablar en un susurro que con dificultad lograba oír. No entendió las primeras palabras. El estrés que le provocaba la situación estaba jugándole en contra. Intentó calmarse y concentrarse en esas palabras susurradas. De pronto, uno de los hombres se puso de pie y se acercó al biombo donde se escondía. Todo su cuerpo tembló ante la posibilidad de ser descubierta y cerró los ojos en un infantil intento por escapar de la realidad.

De pronto, el olor a licor invadió la estancia.

El hombre volvió a tomar asiento y el efecto del alcohol los hizo hablar más fuerte. Sofía, un poco más tranquila, intentaba memorizar todo lo que escuchaba. Hablaban muy rápido y ella era consciente de que perdía algunos detalles, pero acababa de ser testigo de un meticuloso plan de narcotráfico.

Estuvo escondida media hora, pero le pareció toda una eternidad. A partir de ese momento, podría reconocer la voz de Paolo Violi en cualquier parte. El miedo que sentía agudizó todos sus sentidos. Esa voz gruesa, pausada y cargada de acento era definitivamente la voz del hombre más peligroso que hubiera conocido.

Cuando dejaron la sala, Sofía se demoró ahí unos diez minutos más. Quería ser precavida, pero sobre todo necesitaba estar segura de poder mantenerse de pie y lograr que su cuerpo dejara de temblar.

Cuando pudo salir, inmediatamente buscó mezclarse con los invitados en un desesperado intento por camuflarse. De pronto sintió una mano sobre sus hombros y no pudo evitar un grito de angustia.

—Soy yo —dijo Eric.

—Perdón —dijo Sofía—, me asustaste.

—¿Pasa algo? Te estuve buscando. ¿Dónde estabas?

—Jamás me creerías. Pero tenemos que irnos.

La falta de color en el rostro de Sofía y sus nervios a flor de piel fueron razón suficiente para que Eric encontrara la forma más veloz de marcharse.

Subieron al auto y salieron de la propiedad luego de despedirse de los anfitriones de la fiesta.

—No me lleves a mi departamento. Quiero ir al tuyo —suplicó Sofía.

Eric la miró, levantando una ceja.

—No pensé que estuvieras de humor para ese tipo de proposiciones.

—Y no te equivocas —contestó Sofía—. Pero estoy demasiado asustada como para quedarme sola.

—Entonces sí escuchaste algo.

—Algo no, ¡todo! ¡No quiero volver a ver a ningún siciliano por el resto de mi vida!

—¿Eso significa que tenemos el material que necesitamos para el artículo?

—¡Sí! Tengo nombres, lugares y estrategias. El resto es todo tuyo. Pero esta noche terminaron las fiestas para mí —dijo Sofía con absoluta determinación.

Cuando llegaron al departamento, Sofía confesó que necesitaba tomar un baño para relajarse. Eric le señaló el cuarto de huéspedes.

—Encontrarás todo lo que necesites.

La habitación era moderna, espaciosa y decorada de manera exquisita. Predominaban la madera de roble claro, el blanco para la ropa de cama y el negro. Definitivamente, los colores de etiqueta a los que se ajustaba Eric. Dos sillones de cuero armaban un pequeño estar frente a un amplio ventanal. No fue sorpresa que el baño estuviera diseñado en mármol blanco.

Sofía tomó una ducha. Sentir el agua sobre su cuerpo logró su propósito. La tranquilizó y le permitió ordenar en su mente la conversación de la que había sido testigo.

Salió del baño vistiendo una bata negra y con el pelo atado. Eric la esperaba en la sala, ya se había quitado el saco y el moño. Se servía un trago junto a la barra del bar.

Sofía se sentó en el sillón frente a la ventana, desde donde podía observar gran parte de Manhattan. Estaba oscuro y las luces de la ciudad parecían llenar la noche de estrellas. Eric se acercó a ella:

—Toma —dijo ofreciéndole un vaso de whisky con hielo—. Esto sin duda desatará tu lengua.

Ella tomó el vaso entre sus manos. Eric se sentó frente a ella y la observó en silencio durante unos minutos, descubriéndola abstraída en sus pensamientos.

—Eres, definitivamente, la compañera de trabajo más difícil que he tenido —dijo con seriedad.

Sofía levantó la mirada de su vaso, clavando sus ojos en él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque has desafiado conmigo todos los límites y me has obligado a ejercer una resistencia que no sabía que tenía. ¿Quién puede trabajar y mantenerse concentrado si estamos en mi departamento, vistes sólo una bata y luces infartante?

—Sólo tú —dijo Sofía—. Porque eres ambicioso. Valoras tu vida sólo en función de los resultados. No te importa lo que opinen de ti, pero contigo mismo eres muy exigente. Y en este momento sólo quieres lograr tu objetivo. La nota sobre narcotráfico que todos quieren y nadie ha conseguido hasta ahora.

Eric sonrió, aceptando de esa forma los calificativos.

—Tengo que confesar que nunca antes había sentido tanto miedo —dijo Sofía—. Paolo Violi es un hombre mucho más peligroso de lo que piensas. No es sólo un representante de la mafia siciliana en Nueva York. ¡Es la mafia siciliana!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eric.

—Él es el capo, está en Nueva York sólo para hacer efectivo un nuevo negocio, luego volverá a Sicilia dejando a uno de sus hombres a cargo de la operación.

—Carmelo Cuffaro —dijo Eric.

—No, Carmelo no es importante dentro de la organización. El hombre con el que estuvo reunido Paolo de manera confidencial se llama Delko LiCalzi.

—Su guardaespaldas, por lo que entiendo —agregó Eric.

—Es mucho más que su guardaespaldas. Es su jefe de operaciones en América y será su sucesor cuando el negocio se ponga en marcha y Paolo regrese a Italia. Evidentemente, LiCalzi es siciliano, porque ese es un apellido típico de la región.

—¿Qué más sabes? —preguntó Eric ansioso.

—La droga se produce en Turquía. Mencionaron un nombre “Burak”… es a él a quien se la compran. Es despachada a Sicilia desde el puerto de Kas. Luego llega a Sicilia escondida en sacos de harina de garbanzo y se procesa en Siracusa, donde Paolo tiene su centro de operaciones.

—¿Y cómo logran introducirla en Estados Unidos? No creo que los agentes de aduana dejen de advertir droga escondida en sacos de harina.

—¡Por supuesto que no! Mis compatriotas son mucho más creativos de lo que piensas. ¡Llega en botellas de vino! De ese delicioso vino tinto que tanto disfruto.

—¿Botellas de vino? ¿Y cómo la ocultan? Las cajas deben ser abiertas, de eso no tengo dudas.

—Te ilustraré. Si compras una botella de vino de calidad regular, verás que es liviana y el vidrio de la botella es fino. Pero si el vino es de calidad, la botella es pesada y el vidrio mucho más grueso, sobre todo en su base.

—Sigo sin entender —dijo Eric—, ve al grano.

—Esconden cocaína en la base de las botellas, obviamente tienen un doble fondo. No se ve porque el vidrio es grueso y oscuro. Al estar oculta de esa forma tampoco puede ser olfateada por los perros de la policía antinarcóticos.

—¡Eso es brillante! —dijo Eric, poniéndose de pie y llevándose ambas

manos a la cabeza en un intento por calmarse—. ¿Y sabes cómo piensan distribuirla?

—No, pero es fácil de deducir si escuchas que lo que necesitan con urgencia son inmuebles ubicados en barrios lujosos para extender una red de restaurantes —dijo Sofía.

—Claro, a nadie le llamaría la atención que un restaurante compre grandes cantidades de vino, sobre todo si la especialidad de la casa es la comida italiana que debe acompañarse preferentemente con vino tinto.

—¡Exacto! —dijo Sofía—. Y será Toscana uno de los establecimientos ubicados de manera estratégica para facilitar la distribución.

—¡Ya tenemos todo! —dijo Eric—. ¡Con eso lograremos un artículo único!

—Eso no es todo... —dijo Sofía—. Paolo está aquí porque tiene un problema mayor.

Eric volvió a sentarse y miró a Sofía incrédulo.

—Paolo sólo controla el territorio de Nueva York. Para que su negocio sea rentable y seguro necesita un acuerdo con el capo de la familia italiana que controla Nueva Jersey.

—¿Por qué?

—Porque si esta otra familia se entera del negocio de sus compatriotas, intentará arrebatarlo o delatarlo. Paolo prefiere compartir una pequeña porción desde el comienzo, lo que garantizaría neutralizar cualquiera de las otras dos posibilidades.

—¿Y el capo de esa familia es…? —dijo Eric.

—Enrico Fabbro.

—¡No! ¡Eso no puede ser! —dijo Eric confundido.

—¿Por qué? ¿Lo conoces? —preguntó Sofía.

—Claro, es un reconocido empresario de la industria farmacéutica.

—Una cadena de farmacias no es una mala opción si se trata de distribución, ¿no? —dijo Sofía, sintiendo que el socio para el negocio de Paolo era perfecto.

—Enrico Fabbro... —volvió a repetir Eric, como si le resultara difícil de creer.

—Averigua sus orígenes. Si es inmigrante y en poco tiempo ha logrado una fortuna, te aseguro que ha usado un atajo.

El domingo, después de instalarse en su departamento, Sofía decidió dar un paseo por el Central Park. El aire frío del invierno y el paisaje siempre lograban calmarla. Después de la fiesta del día anterior y de la conversación que había tenido con Eric se sentía nerviosa. Ya contaban con toda la información que necesitaban, sólo era cuestión de tiempo conseguir pruebas que avalaran la historia en su conjunto para lo que Eric hablaría con el FBI, y después de eso la primicia sería del *Times*.

Sofía no entendía por qué no lograba sentirse conforme, había logrado su objetivo; sin embargo, ni siquiera eso podía borrar su dolor más hondo: Gérard.

Caminaba distraída, inmersa en sus pensamientos, cuando un hombre que corría por el Central Park la empujó en lo que pareció un accidente casual. Se detuvo de inmediato y se acercó a Sofía para disculparse. Toda la situación llevó sólo un par de segundos, pero fue suficiente para que el hombre le entregara una tarjeta que Sofía sostuvo en la mano mientras lo veía retomar su rutina. Cuando la miró, leyó: “FBI – Agente especial – John Perkins”. Eso la dejó paralizada unos minutos. En su cabeza se dispararon miles de hipótesis, pero todas la ponían en una situación incómoda. ¿Cómo sabe el FBI de mí? ¿Por qué un agente encubierto intenta hacer contacto conmigo? ¿Eric ya habrá hablado con ellos?

En cualquier caso, Eric había jurado no dar su nombre. Eso sólo lograba confundirla y al mismo tiempo atemorizarla. “Tal vez los sicilianos me descubrieron, como lo hicieron con Mica Polack”, pensó.

Apuró el paso y regresó a su departamento para hablar con Eric.

A Paolo Violi le había resultado sospechosa la despedida de Eric y Sofía el día de su fiesta. Ella había llegado deslumbrando a todos sus invitados y cautivándolos con su personalidad y su belleza, pero en su despedida se había comportado como una mujer asustada y desesperada por marcharse. Lo primero que pensó fue en algún problema de pareja, ya que Eric se había comportado como un imbécil coqueteando con otras mujeres en la fiesta. Por ello consideró la posibilidad de los celos; sin embargo, no era un hombre que se conformara con la duda y desde ese momento había mandado seguir a Sofía.

Lo sorprendió que justamente esa noche ella durmiera con él. Si el malentendido había sido con Eric, entonces, en su furia, debería haber elegido la soledad de su departamento, pero no había vuelto a su casa hasta la mañana del domingo. Lo que le dio crédito a su intuición fue la llamada que recibió de

uno de sus hombres que le aseguraba que un agente encubierto del FBI había hecho contacto con Sofía en el Central Park. Eso despertó la ira de Paolo.

No le llevó más de medio día averiguar la nacionalidad y la profesión de Sofía. Era italiana y periodista. Nada podía ser peor que eso si además estaba asociada con el FBI y frecuentaba las instalaciones de Carmelo.

Unas llamadas a Italia fueron suficientes para conocer la historia de Sofía. Su foto llegó a todos los círculos poderosos de la mafia que colaboraban con Paolo hasta que uno de ellos la relacionó con Bertolini, ex miembro de ese grupo que se encontraba preso en Londres. Fue este quien ante el cuestionario poco amistoso del que era presa sumado a su sed de venganza, la identificó. No sólo era amiga íntima de su sobrina sino que mantenía una relación amorosa con el magnate de los medios de comunicación europeos. El responsable de su cadena perpetua en ese lúgubre lugar.

Paolo confirmó entonces que había dejado una posición de privilegio como periodista para aceptar un trabajo insignificante en Nueva York, lo que no tenía ningún sentido a menos que fuera un elemento importante para una investigación que podría tener carácter internacional. Paolo siguió indagando sobre Sofía hasta descubrir la pieza clave que la volvía una amenaza de escala. Su familia materna era de origen siciliano, por lo que era una probabilidad importante que ella hablara y entendiera su dialecto.

Furioso con el comportamiento irresponsable de Carmelo, Paolo lo citó en su casa con motivo de una reunión de último momento.

Cuando Carmelo cruzó el portón de entrada en su auto, supo que algo estaba mal. Dos de los hombres de Paolo lo detuvieron y lo sacaron de ahí de manera poco amistosa. Rápidamente lo llevaron hasta la sala y lo sujetaron del cuello, arrodillándolo frente a su jefe que se mantuvo sentado en un sillón. Carmelo fijó la vista en el biombo con decorados chinos a sus espaldas.

—¡Eres un imbécil! —gritó Paolo.

—Yo no he sido desleal, ¿por qué me tratas así? —dijo Carmelo casi en un susurro.

—¿De dónde conoces a Sofía Rossi? —preguntó Paolo.

Carmelo lo miró sin saber de quién estaba hablando.

—¡Sofía Rossi! —dijo furioso Paolo—. La acompañante del niño del *Times*.

—La conozco por él. Nunca la he visto a solas —dijo Carmelo con la voz entrecortada.

—Te dije que investigaras a la gente que se acercara a ti. ¿No sabes nada de ella?

—Investigué a Eric Spencer, incluso verifiqué los datos con algunas mujeres con las que engaña a su pareja. Pero ella nunca llamó mi atención, nunca habla de nada que no sea trivial.

—La verdad es que eres mucho más inútil de lo que pensaba y absolutamente prescindible en este momento.

—¡No, te lo suplico! —dijo Carmelo sin poder evitar el llanto que le provocaba escuchar algo parecido a una sentencia de muerte.

Con un gesto Paolo indicó a uno de sus hombres que lo golpeara.

—Veamos si así te concentras —dijo Paolo—. Esa mujer trivial a la que no se te ocurrió investigar es una periodista italiana, que probablemente hable y entienda el dialecto siciliano y esta mañana un agente del FBI tuvo un encuentro con ella.

Carmelo no podía controlar los espasmos de su cuerpo.

—Deja de temblar como una niña o yo mismo te mataré —dijo Paolo sin poder controlar la repulsión que le provocaba un hombre asustado.

Inmediatamente, Carmelo recibió otro duro golpe en la espalda.

—Dame una oportunidad —suplicó desesperado Carmelo—, haré lo que me pidas.

—Claro que lo harás, porque nunca estarás solo. Si logras lo que te pido, probarás tu lealtad y te perdonaré la vida, pero si fallas, tu muerte tendrá el sello de la mafia siciliana. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Carmelo sólo pudo asentir con un movimiento de cabeza.

Por la tarde, Eric y Sofía se reunieron a tomar un café. Sofía estaba mucho más nerviosa que de costumbre y Eric intentaba calmarla.

—Me dijiste que hablarías con el FBI —dijo Sofía sin poder disimular su decepción.

—Y lo haré, hoy mismo, pero necesitaba recibir unos documentos para respaldar la historia antes de conversar con el Director de Narcóticos. No es un hombre fácil.

—Hay un detalle que me preocupa mucho. Si todavía no hablaste con nadie en esa agencia, ¿con qué motivo, el agente John Perkins me dio su tarjeta

cuando yo intentaba una caminata relajada por el Central Park?

Eric miró a Sofía sorprendido.

—No hay ningún motivo para que lo hiciera.

—¿Entonces, cómo lo explicas? A mí se me ocurren un millón de hipótesis y te garantizo que ninguna nos resultaría favorable. Si no lo recuerdas, los sicilianos sabían que el FBI seguía a Mica Polack, tal vez ahora saben que nosotros buscamos una buena historia.

—¿Crees que tengan un informante dentro de la agencia? —preguntó Eric —. ¿Y que sea el mismo que te contactó?

—A esta altura, no estoy segura de nada. Pero sé que algo no está bien y definitivamente necesitamos la protección del FBI.

—Ahora mismo iré a la agencia y tendrás noticias mías esta noche. Si quieres, puedes acompañarme o quedarte en mi departamento. Incluso podrías quedarte en casa de Rebeca hasta que el FBI garantice tu protección.

—Eso sólo serviría para exponer a Rebeca. Tú consigue la protección del FBI para esta misma noche, supongo que es todo lo que podemos hacer por el momento.

—De acuerdo. Tienes mi palabra que desde esta noche habrá alguien vigilándote.

Sofía, aturdida y cansada de sentirse vulnerable, se puso de pie y se marchó. Eric intentó detenerla, pero no lo logró. Supo que debía esforzarse para recuperar la confianza de Sofía.

Esa noche no pudo dormir. Cualquier ruido, incluso los habituales, le resultaba aterrador. La llamada de Eric tendría que haberla dejado tranquila. Ya tenía protección y, sin embargo, se sentía más nerviosa que nunca.

Esa misma noche, Nolan se comunicó con Gérard.

—¿Tienes algo nuevo? —preguntó Gérard.

—Definitivamente. Esta mañana, en una de sus caminatas habituales, Sofía fue abordada por un agente del FBI.

—¿El FBI? ¿Sabes el nombre de ese agente? —preguntó Gérard.

—No, lo vi de espaldas.

—¿Y cómo sabes que era un agente? —preguntó Gérard incrédulo.

—Porque a pesar de la distancia, vi el logo de esa agencia en la tarjeta que le entregó a Sofía. Lo que llamó mi atención fue que alguien, no precisamente de origen americano, se ocupó de fotografiar la escena.

—¿Sabes su nombre?

—No, le dicen Bono. Es italiano y trabaja para la mafia siciliana de Nueva York.

—¿Y qué tiene que ver Sofía con esa gente? Si hasta ahora sólo se dedicaba a seguir los pasos libertinos de Eric Spencer.

Nolan hizo una pausa, intentando organizar lo que tenía que decir.

—¿Estás ahí? —preguntó Gérard ansioso.

—Sí. Cometí un error. Uno grave —dijo Nolan.

—¡¿De qué hablas?! —Gérard perdió la calma al otro lado de la línea.

—El sábado por la noche Sofía asistió a una cena privada en casa de uno de los peces gordos de la mafia siciliana. No dije nada antes porque sólo después de identificar al hombre que sacó la foto pude asociarlos. Todas las fiestas a las que ha estado asistiendo están de una u otra forma vinculadas al mismo grupo mafioso. Pero todavía es una hipótesis —dijo Nolan.

—No la pierdas de vista ni por un segundo. ¡Y no cometas más errores! —dicho esto colgó.

Gérard ya tenía motivos suficientes para odiar a Eric Spencer, pero si de alguna manera había puesto a Sofía en peligro, estaba dispuesto a matarlo sin remordimientos. Estaba aturdido por la ambigüedad de sus sentimientos, no entendía su empeño en proteger a Sofía y, sin embargo, sabía que no resistiría perderla. Pasó toda la noche haciendo averiguaciones, intentando que alguna de sus fuentes en el sur de Italia pudiera confirmar la hipótesis de Nolan.

Finalmente por la mañana, en su oficina, donde había pasado toda la noche, Gérard recibió la llamada que había estado esperando. Una fuente confiable le advirtió que el nombre de Sofía Rossi se había escuchado en las esferas de la mafia siciliana. Gérard sintió que la sangre se le congelaba en el cuerpo. Eso, unido al comentario de Nolan que aseguraba haber visto a Sofía reunirse con un detective del FBI, fue suficiente para atar los cabos sueltos.

Eric estaba usando a Sofía para una investigación del *Times*. Ese cretino había puesto a Sofía en la línea de fuego sólo para lograr una primicia.

Llamó a su piloto y le ordenó que tuviera listo el avión para viajar a Nueva York en un par de horas.

Unos minutos más tarde, su secretaria lo comunicaba con Nolan.

—¡La hipótesis es correcta! Lo que nos garantiza que Sofía no contará con el apoyo del FBI, pues se mantendrá a una distancia mucho más que prudente a fin de no arruinar la captura de Paolo Violi, el capo de la mafia siciliana. La policía italiana acaba de ser informada a fin de colaborar con la captura.

—¿Y en qué parte del plan aparece Sofía? —preguntó Nolan preocupado.

—No lo sé, lo único evidente es que Sofía está en riesgo de muerte. Yo estaré ahí lo antes posible, pero consigue todos los hombres que necesites para protegerla. Si nosotros sabemos que Sofía ha hablado con alguien del FBI, entonces los sicilianos también.

Con esas palabras, Gérard cortó la comunicación para dirigirse al aeropuerto Charles de Gaulle.

Sofía había tomado una pastilla para dormir con intención de someter su insomnio. Eso, unido al cansancio que experimentaba, la había sumido en un profundo sueño y cuando despertó la sorprendió ver que su reloj marcaba las cuatro de la tarde. Había pasado todo el día recluida en su departamento. Tomó un baño y llamó al diario con la intención de hablar con Eric, pero sólo pudo hacerlo con su secretaria quien le confirmó que no había ido a su oficina en todo el día.

Sofía intentó llamar a su departamento, pero nadie respondió. El miedo que había sentido la noche anterior se había potenciado.

Si Eric no estaba en el diario y tampoco en su departamento, las opciones se acotaban a dos: o estaba con los buenos en el FBI o con los malos. La última parecía la más probable y no era para nada alentadora. Mucho menos si ella estaba asociada a él porque en ese caso sería, sin duda, la próxima víctima. Procuró calmarse y pensar que estaba exagerando; sin embargo, no lo logró.

En su desesperación, llamó a Rebeca, pero no la encontró en el diario. Su secretaria le informó que ese día era disertante en una conferencia sobre estrategia comunicacional y que no volvería al diario hasta el día siguiente.

Sofía sabía que salir de su departamento sería definitivamente peligroso, pero las horas que estuvo ahí se le hicieron eternas. La angustiaba pensar que Eric podía estar en problemas y que ella era la única capaz de ayudarlo. Decidió buscar a Linda, con quien podía hablar sin dejar la seguridad del edificio.

Salió de su departamento con precaución observando que los pasillos estuvieran despejados y eligió las escaleras. “Si veo algo extraño, será más simple esconderme”, se dijo. Sintió un alivio inmenso al ver el pasillo despejado y apuró el paso hasta la puerta del departamento de Linda.

Su corazón dejó de latir antes de que su cerebro asociara el humo en la sala con la puerta abierta. En ese segundo intentó escapar, pero un hombre se

pegó a su espalda impidiendo su retirada.

—Puedes unirte a nosotros —dijo una voz desde la sala.

—¡Carmelo! ¿Qué haces aquí? —preguntó Sofía.

—Te buscaba y fue fácil. Tu departamento podía ser peligroso, pero sabemos que has hecho pocos amigos en la ciudad. Eric ya está con nosotros y seguramente Linda sería tu último recurso, así que decidimos esperarte aquí.

—¿Dónde está ella? ¿Qué le han hecho?

—Nada, parece que hoy es su día de suerte y el trabajo la ha demorado, pero ya que estás aquí, no tenemos motivo para esperarla.

Sofía en vano intentó escapar. A cambio, recibió un golpe en la cara que la dejó inconsciente.

Al despertar vio que estaba acostada en el asiento trasero de un auto. Tenía los pies y las manos sujetados con cinta de embalar, y la misma cinta cubría su boca. Gritaba en un ataque de pánico, gritaba con todas sus fuerzas, pero la cinta cumplía con el objetivo de mantenerla en silencio. Quiso sentarse, pero el dolor en su rostro y la advertencia que recibió de sus captores la desanimaron.

Capítulo 29

Gérard estaba a punto de aterrizar en Nueva York. Durante todo el viaje, la única imagen que su mente había repetido con claridad e insistencia era el rostro de Sofía. Ella se había vuelto un fantasma del que no podía seguir huyendo, pretender escapar de ella estaba volviéndolo loco.

Necesitaba encontrar una estrategia para ponerla en jaque, de esa manera la rendición sería mutua.

Estaba convencido de que no abandonaría Nueva York sin Sofía. Encontraría la forma de convencerla para que regresara con él.

En ese momento la azafata lo interrumpió.

—Una llamada para usted —dijo.

Levantó el tubo del teléfono con la peor sensación de todas: miedo.

—¡Se han llevado a Sofía! —dijo una voz al otro lado de la línea.

—¿Quién eres? —preguntó Gérard.

—Oscar. Estoy con Nolan en la operación, usted nos asignó.

—No reconocí tu voz. ¿Qué has dicho? ¿Acaso no estaban con ella?

—Cubríamos todos los accesos del edificio. El hombre que estaba adentro fue asesinado. Vimos cuando la sacaban y la metían dentro de un auto.

—¿La están siguiendo? —preguntó Gérard casi sin poder escuchar su voz por la fuerza con que su corazón hacía vibrar todo su cuerpo.

—Sí, Nolan los sigue con un par de hombres. El FBI ha perdido el rastro, tenían un hombre asignado para su custodia, pero sigue en la puerta del edificio y no ha dado aviso a la policía.

—¿Es el mismo que se acercó a ella en el parque?

—Creemos que sí —dijo Oscar.

—Entonces está comprado. Espérame al pie de la pista y trata de averiguar a dónde se dirigen.

Gérard colgó y logró comunicarse con el FBI. Su nombre era conocido y su denuncia estaba bien fundada. Eso le dio acceso al jefe de narcóticos. Lo

alertó sobre la situación y denunció también la ineficiencia de su equipo que tenía una o tal vez varias personas en peligro.

Ninguna gestión lograba calmarlo. Ella podría estar muerta y si no lo estaba, algo mucho peor podría estar esperándola. El FBI había perdido el rastro y no estaba seguro de que sus hombres la siguieran una vez que aterrizara en Nueva York.

Bajó de su avión y saltó dentro del auto que lo esperaba en la pista con el motor encendido.

—¡Vamos! —dijo Gérard—. ¿Sabes dónde están?

—Sí, Nolan va comunicándome su posición por radio.

Gérard tomó la radio:

—¡Nolan! ¿Dónde la llevan? —preguntó.

—Se dirigen al puerto. Estoy seguro de que irán al único depósito en ese lugar rentado a nombre de Carmelo Cuffaro.

—Tienen que detenerlos antes de que entren o será demasiado tarde. ¿Cuántos autos sigues?

—Sólo uno —contestó Nolan.

—Entonces intenta desviarlo de su camino, distráelo. Dame el tiempo que necesito para llegar a ese depósito antes que ellos.

—Lo haremos, pero es probable que así nosotros quedemos fuera. Estarán sólo ustedes dos para evitar que entren.

—Le avisaremos a la policía cuando estemos cerca del lugar. Pero consigue a cualquier precio el tiempo que te pido.

Gérard dejó la radio y se mantuvo en silencio unos minutos.

—¿Conoces el depósito del que habló Nolan? —preguntó a Oscar.

—Sí, Nolan me ha dado la dirección exacta y desde este punto estamos a diez minutos.

—¡Que sean cinco! —exigió Gérard mientras manipulaba la radio, cambiando de frecuencia para advertir a la policía de un homicidio en el depósito al que supuestamente llevaban a Sofía.

“El lugar es ideal para esconderse”, pensó Gérard, mientras se ubicaba entre unas latas de aceite cerca de la puerta trasera. No estaba seguro, pero era el momento para confiar en sus instintos. Si la policía no fallaba, llegaría en unos segundos y llamarían la atención de la gente en ese depósito por la puerta principal. Los secuestradores buscarían ingresar por la puerta trasera para no llamar la atención.

Fue la primera vez en su vida que Gérard cerró los ojos pidiendo un milagro. Si las cosas no se desarrollaban como él suponía, el resultado sería desastroso.

En ese instante un auto se estacionaba a metros de distancia. Dos hombres descendieron y sacaron a Sofía del asiento trasero. Mientras uno la cargaba sobre su espalda, se dirigieron lentamente a la puerta. De pronto, el agudo sonido de las sirenas dejó atónitos a los captores paralizando sus movimientos.

Gérard aprovechó la confusión para ordenar a Oscar que disparara. Uno de ellos devolvió los disparos mientras el otro tiraba a Sofía al suelo para unirse a su compañero.

Los disparos que se escuchaban dentro del depósito los obligaron a intentar un escape, voltearon para recuperar a Sofía, pero Gérard saltó para caer justo frente a su cuerpo, logrando ubicarse entre ellos y su objetivo. Esta posición, sin embargo, no impidió que un disparo de Carmelo lo impactara. A pesar del dolor, siguió moviéndose, asegurándose de cubrir a Sofía con su cuerpo.

La eficacia de Oscar logró derribar a otro hombre, pero Carmelo dio más pelea y tuvo tiempo de un segundo disparo antes de ser detenido.

Sofía había cerrado los ojos durante todo ese tiempo. No imaginaba quién era la persona acostada a su lado. Estaba de espaldas y vestía de negro. Creía que el intercambio de disparos había sido entre los hombres de Carmelo y el FBI, pero cuando Oscar se acercó a ellos para ponerlos en una posición más segura, Sofía vio el rostro de Gérard.

Su cuerpo comenzó a moverse con desesperación y angustia. A pesar de los intentos de Oscar por explicar la situación mientras los ponía a salvo, Sofía no lograba calmarse.

Oscar, desesperado, decidió no quitarle la cinta de su boca hasta que llegaran los refuerzos. Su jefe estaba gravemente herido y el resultado del enfrentamiento con la policía no estaba garantizado. Volvió al auto para usar la radio.

—Nolan, ¿me escuchas?

—Sí, estamos cerca.

—¡Llama a una ambulancia! ¡El jefe está herido! Estamos en el contrafrente del depósito.

Dicho esto, volvió a acercarse a Sofía.

—Trabajo para Gérard Duval —dijo con aplomo—. Le quitaré la cinta, pero si quiere ayudar no grite.

Sofía asintió con un movimiento de cabeza.

Oscar despejó su boca y liberó sus manos y sus pies. En un segundo, Sofía estuvo junto a Gérard, se quitó su abrigo y apretó con fuerza sus heridas.

—Tenemos que parar la hemorragia o estará muerto cuando llegue la ambulancia.

Oscar imitaba los movimientos de Sofía intentando evitar que Gérard perdiera más sangre. Todo duró unos minutos. La sirena de la ambulancia siguiendo al auto de Nolan fue la bendición por la que ella rezaba.

Los paramédicos atendieron al herido rápidamente y lo subieron a la ambulancia junto con Sofía. Oscar y Nolan los escoltaron hasta el hospital.

Mientras revisaban a Sofía en la guardia, Gérard fue llevado a un quirófano con urgencia. Ella, recostada sobre una camilla, cayó en un sueño profundo provocado por el calmante que le habían inyectado.

Diez minutos más tarde otra ambulancia con un herido llegaba a la guardia del Presbyterian Hospital. Se trataba del hijo del respetado dueño del *New York Times*, Eric Spencer. Su familia, contactada por la policía, ya lo esperaba en el hospital.

El joven presentaba golpes, fracturas, pero lo habían encontrado a tiempo y su cuerpo no tenía impactos de bala. Debían descartar la presencia de hemorragias internas, pero el diagnóstico médico era alentador.

Rebeca llegó a la guardia unos minutos después. Buscaba a la familia Spencer cuando descubrió que Sofía también estaba ahí, gracias al comentario de una enfermera.

La encontró dormida. Preguntó por su condición y los médicos le informaron que estaba fuera de peligro, que el hombre que había llegado con ella estaba siendo intervenido en el quirófano y que Sofía había sido sedada porque se encontraba sumamente alterada por la situación de estrés que había experimentado.

Rebeca estaba confundida. ¿De qué hombre estarían hablando si Eric había llegado en una ambulancia unos minutos más tarde? Nadie tenía la información que necesitaba, por lo que se dispuso a esperar que el médico saliera a informar sobre el resultado de la cirugía.

Unas horas más tarde, la puerta que daba acceso al quirófano se abrió y un médico alto y joven llamó a la familia del señor Duval. Cuando Rebeca

escuchó ese apellido se sintió perturbada. Sólo conocía a un Duval que vivía en Francia. Como una autómata se acercó al médico sin advertir que otro hombre también lo hacía.

—¿Es usted miembro de la familia del señor Gérard Duval? —preguntó el médico mirando a Rebeca.

Ella sólo asintió con un movimiento de cabeza.

—No lo es —dijo el hombre a sus espaldas.

Rebeca volteó para mirarlo, pensando que podría reconocerlo, pero no fue así.

—¿Y usted quién es? —preguntó Rebeca con desconfianza.

—Trabajo para el señor Gérard Duval. Su única familia es su madre, la señora Danielle Duval. Ella está en Francia y no está al tanto de la situación.

El médico miraba confundido a ambos, sin saber con quién debía hablar.

—Soy Rebeca Harrison, la mejor amiga de la señora Duval. Si usted trabaja para Gérard sabrá que ella estuvo en Nueva York hace un par de semanas para mi cumpleaños.

Sólo después de ese comentario, Nolan reconoció a Rebeca.

—Disculpe, no la había reconocido. Es que todo lo que ha sucedido hoy es muy confuso.

—¿Puedo hablar ahora? —preguntó el médico.

—Sí —dijo Rebeca, esperando que no se tratara de malas noticias.

—El señor Duval recibió dos impactos de bala a corta distancia. En cualquier caso heridas como esas tienden a ser mortales por la inmensa hemorragia que provocan y porque generalmente dañan algunos órganos a su paso. Este caso podría catalogarse como una excepción, porque a pesar de haber perdido bastante sangre, las balas no alcanzaron ningún órgano vital.

—¿Eso quiere decir que se recuperará? —preguntó Rebeca angustiada.

—Todavía no está fuera de peligro, hay cosas que podrían complicarse, infecciones, por ejemplo. Estará en terapia intensiva por 24 horas y daremos otro parte médico después.

—¿Está consciente? —preguntó Rebeca.

—No, lo mantenemos sedado. Es necesario para su evolución.

—Gracias —dijo Rebeca.

Nolan miraba a Rebeca como si estudiara su comportamiento.

—¿Cómo es tu nombre? —preguntó Rebeca.

—Nolan.

—Tú estuviste esta noche con Sofía y Gérard, ¿es correcto?

Nolan no dijo nada, y clavó su mirada en los ojos de Rebeca.

—¿No hablarás conmigo? —preguntó Rebeca incrédula.

—No puedo. Tengo órdenes —le contestó.

—Si yo hablara con Danielle para explicarle lo que ha pasado aquí, ¿hablarías conmigo? Te advierto que el FBI está aquí con intención de hacer más de un interrogatorio y yo podría liberarte de esa tarea, pero tienes que colaborar.

—La señora Danielle no está al tanto de esto, pero me conoce y sabe que trabajo para su hijo. Si ella me autoriza, hablaré, pero sólo con ella.

—De acuerdo —dijo Rebeca—. Saldremos del hospital, me acompañarás a mi casa y hablaremos con ella desde ahí.

—No puedo dejar el hospital. Tengo asignada la custodia de la señorita Sofía y ahora también la de mi jefe.

—Te he dicho que el FBI cubre cada rincón de este hospital y protege especialmente a los testigos —dijo Rebeca a punto de perder la paciencia—. Puedo explicarles todo lo que sucedió, excepto la participación de Gérard en todo esto y te aseguro que no tenemos mucho tiempo antes de que lo averigüen. Para entonces debo tener la respuesta correcta para todas sus preguntas.

—Llamaremos a la señora Duval desde un teléfono público. Están en este piso —dijo Nolan.

Rebeca no podía creer el grado de lealtad del sujeto, y como sus opciones para negociar eran pocas, aceptó.

Buscaron el teléfono más distante. Nolan se puso de espaldas a Rebeca para vigilar que nadie escuchara la conversación, mientras ella buscaba en su agenda el número de Danielle. Sabía que Danielle se demoraría en atender y que lo haría preocupada. Debido a la diferencia de horario, en París eran aproximadamente las cuatro de la mañana.

—¿Hola? —dijo Danielle.

—Hola, soy Rebeca.

—¿Qué es tan importante para que me saques de la cama? —preguntó Danielle con algo de ironía.

Rebeca necesitó unos segundos que a Danielle le parecieron eternos.

—Gérard… —dijo en un hilo de voz. La angustia se ajustaba a su garganta impidiendo que su voz fluyera con naturalidad.

—¿Qué pasa con Gérard? —preguntó Danielle preocupada.

—Está en Nueva York, ha sido herido y han tenido que intervenirlo.

Fue Danielle quien se mantuvo en silencio esta vez. ¿Qué hacía Gérard en Nueva York? ¿Quién lo había herido? Su mente no dejaba de hacer conjeturas y su corazón se aceleraba desbocado por el temor de perder a su hijo.

—Cálmate —dijo Rebeca—. Él estará bien. La intervención ha sido un éxito.

—Ayer estaba en París —dijo Danielle confundida—. Dime todo lo que sabes.

—Gérard ha participado en un encuentro entre el FBI y un grupo de la mafia siciliana. Fue herido de bala, pero está fuera de peligro aunque en terapia intensiva.

—¿Qué tenía que hacer Gérard en esa escena? —preguntó Danielle preocupada.

—Sofía Rossi estaba ahí... —dijo Rebeca—. Y podría averiguar mucho más, pero para eso necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? Yo no tengo idea de lo que está sucediendo. Sólo puedo asegurarte que Gérard no tiene nada que ver con la mafia siciliana. El hecho de que Sofía estuviera ahí puede haber sido motivo suficiente para que se involucrara.

—¡Exacto! —dijo Rebeca—. Pero un hombre que trabaja para Gérard y ha sido testigo de lo sucedido, se niega a hablar sin tu consentimiento. Amiga, te advierto que el hospital está lleno de agentes del FBI que comenzarán a hacer preguntas pronto. Sólo intento sujetar esto a tiempo.

—Entiendo —dijo Danielle—. ¿Quién es el hombre que tienes ahí?

—Su nombre es Nolan. ¿Lo conoces?

—Sí, claro que sí. Déjame hablar con él, entenderá que tiene que hacer todo lo que le pidas. Yo estaré en Nueva York tan pronto como pueda.

—De acuerdo —dijo Rebeca y con una seña llamó a Nolan y lo puso al teléfono.

La comunicación fue breve. Nolan colgó el teléfono y se dirigió a Rebeca que lo esperaba a unos metros de distancia.

—La señora Danielle me ha ordenado que colabore.

—Me alegra saber que entiendes que jugamos del mismo lado. Ahora cuéntame lo ocurrido desde el principio. No podemos dejar ni un cabo suelto.

Nolan contó que había llegado a Nueva York siguiendo a Sofía, pues Gérard le había asignado su protección.

—Al principio pensé que la señorita Sofía había dejado el diario y que salía con el señor Spencer, pero hace unos días comencé a sospechar que estaba en otra cosa. Fue después de que asistió a una fiesta en la casa de Paolo Violi. Algo ahí salió mal y la asustó. En el Central Park la abordó, de manera casual, un agente del FBI. Sé que el señor Spencer fue a esa agencia y pidió protección para la señorita porque fue el mismo agente del Central Park quien se apostó en la puerta de su edificio para vigilarla. Pero cuando se la llevaron, él lo advirtió y no dio aviso a la policía. El señor Gérard me dijo que no dejara que me siguiera, pues seguramente estaría comprado. No sé por qué lo dijo —continuó.

—El comportamiento de ese agente es más que sospechoso. ¿Podrías identificarlo? —preguntó Rebeca.

—Sí —contestó Nolan con seguridad—. Ante la situación, el señor Gérard me ordenó que consiguiera más hombres que me ayudaran con la vigilancia. Mataron al que custodiaba el interior del edificio. Yo estaba afuera en un auto y fue por eso que vi cómo sacaban a la señorita Sofía del edificio y los seguí.

—Eso está claro. ¿Y cómo entra Gérard en todo esto? —preguntó Rebeca.

—Él estaba seguro de que la señorita Sofía estaba en peligro de muerte. Sospechaba que podrían secuestrarla y que el FBI esperaría hasta último momento para intervenir pues su prioridad sería atrapar a los capos de esa organización.

—Lo que me has dicho ha sido de mucha utilidad. Pensaré una buena historia que será la que le daremos al FBI para que ustedes puedan regresar a París tan pronto se recupere Gérard. No aceptes hablar con nadie hasta que mi abogado esté contigo. Él te dirá exactamente qué decir.

Nolan asintió con un movimiento de cabeza.

—Supongo que te quedarás en la puerta de cuidados intensivos —dijo Rebeca.

El hombre volvió a asentir con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo, me ocuparé de Sofía —y diciendo esto, se marchó.

Dormida en la guardia, Sofía esperaba ser trasladada a la habitación que se le había asignado y donde pasaría la noche bajo supervisión.

Rebeca llamó a Linda. La necesitaba para lidiar con los periodistas y el FBI y podría traer del departamento de Sofía lo que pudiera necesitar estando internada.

—¿Linda? —dijo Rebeca.

—Hola, ¿cómo te has enterado? —preguntó Linda.

Rebeca se mantuvo en silencio. Nada de lo que ocurría en el hospital era de conocimiento público, mucho menos la captura de Paolo Violi. ¿De qué hablaba Linda?

—No me he enterado de nada —dijo Rebeca—. Necesitaba un favor.

—Hay un hombre muerto en el edificio y los asesinos entraron en mi departamento. La cerradura estaba forzada, la puerta abierta y unos habanos apagados en la alfombra de mi sala —dijo Linda angustiada—. La policía está aquí. Yo los llamé.

—Evidentemente, sabes sólo una parte de la historia —dijo Rebeca—. Prepara un bolso con una muda de ropa y lo que consideres necesario para Sofía y ven urgente al Presbyterian Hospital.

—¿Sofía está internada? —preguntó Linda.

—Sí, y no sólo ella. Deja a la policía ahí y ven cuanto antes. Tenemos mucho que resolver.

Rebeca fue la encargada de hablar con el jefe de operaciones del FBI en representación del *Times* junto con el abogado de la familia Spencer. Su impecable actuación logró que se garantizara la seguridad y el anonimato de los periodistas que habían participado de la investigación encubierta. El FBI les brindaría protección hasta el momento de su testimonio. Eran testigos clave para poner tras las rejas a Paolo Violi, capo de la mafia siciliana, una de las más peligrosas del mundo.

El abogado se ocupó de garantizar la inmunidad de todos los civiles que participaron esa noche. Eso incluía a Gérard Duval y a sus hombres de seguridad, quienes se ocuparon de mantener con vida a los únicos testigos que podían incriminar a Violi y a su organización. Rebeca, fiel a su oficio, se aseguró que todo lo relativo al caso fuera publicado exclusivamente por el *Times*.

Una sed apremiante despertó a Sofía.

—Quiero agua, por favor —dijo en un susurro.

Rebeca, que esperaba sentada al lado de su cama, le acercó un vaso y la ayudó a mantener el equilibrio sujetando su espalda.

Se sentía mareada, confundida, y en unos instantes sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Si algo le sucede, me arrepentiré de esto el resto de mi vida —dijo con una voz quebrada por el llanto.

—Gérard está fuera de peligro. Salvó tu vida y los médicos salvaron la suya. No te angusties —dijo Rebeca.

—¿Se recuperará? Perdió mucha sangre.

—Te aseguro que lo hará, es fuerte y obstinado, no dejará que un par de balas lo alejen de ti.

—¿Por qué estaba él ahí? —preguntó Sofía confundida.

—Porque de alguna manera supo que estabas en peligro.

Esas palabras sólo lograron intensificar el llanto. Sofía no podía contener los espasmos. "Él buscaba protegerme. ¡Le importo!", pensó.

Rebeca esperó pacientemente que se calmara. Entendía los sentimientos encontrados con los que lidiaba. Después de unos largos minutos, le hizo una pregunta.

—¿Tú sabías que tenían a Eric?

Sofía negó con la cabeza.

—No lo sabía, pero cuando llamé al diario y me dijeron que no había ido y tampoco pude ubicarlo en su departamento, me alarmé. Intenté buscar a Linda, pero ellos me esperaban ahí.

—Entiendo —dijo Rebeca.

—¿Cómo está? —preguntó Sofía temiendo la respuesta.

—Está bien. Golpeado, quebrado, pero a salvo. Lo encontraron atado a una silla en el depósito. Se ocupaban de él, pero te esperaban a ti. Gérard los salvó a ambos. Había dado aviso a la policía que fue la que sacó a Eric del depósito donde pretendían llevarte con vida y su objetivo fue lograr que no entraras ahí porque sabía lo que planeaban.

Otra vez los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas.

—Quiero hacer una llamada —dijo angustiada.

—Claro, ¿a quién quieres que llame? —preguntó Rebeca.

—A Giuliana Bertolini, mi amiga.

Rebeca tomó nota del número e hizo la llamada desde la habitación. Cuando Giuliana la atendió, aprovechó el momento para presentarse y exponer los hechos de forma breve y concreta. Luego de esto, puso a Sofía al otro lado de la línea.

—¡Sofi, me matarás de un susto uno de estos días! —dijo Giuliana.

—Gérard está aquí. Lo hirieron —dijo Sofía desolada.

—Tex y yo saldremos para Nueva York esta misma noche, estaremos ahí mañana. Intenta calmarte. Te quiero.

—Gracias. Rebeca sostuvo el teléfono y cortó la comunicación.

—Deberías descansar. Linda vendrá temprano por la mañana para acompañarte. Ya dejó una muda de ropa y algo más en el clóset de la habitación.

—A ella no le hicieron nada, ¿verdad? —preguntó Sofía.

—No, tuvo suerte. Ahora se aloja en tu departamento y la policía también la custodia. Ya no tienes que preocuparte por nadie.

—¿Y por qué estás tan preocupada tú? —preguntó Sofía.

—Porque ambos están vivos de milagro. No debería haberlos dejado llegar tan lejos, pero definitivamente lograron la mejor primicia de los últimos años.

Rebeca se puso de pie, besó a Sofía en la frente y se despidió. Ella también necesitaba descansar y pensar cómo enfrentar a los curiosos al día siguiente.

Muy temprano por la mañana, Sofía intentó salir de su habitación. Necesitaba ver a Gérard y a Eric. Abrió la puerta e inmediatamente un agente del FBI y uno de los hombres de Gérard se acercaron a ella, cubriendo la puerta con sus cuerpos. A Sofía la tranquilizó reconocer a Oscar, era él quien la había liberado. Mirándolo a los ojos preguntó:

—¿Quiénes son?

—Soy Oscar, trabajo para el señor Duval.

—Yo soy el agente del FBI asignado a su vigilancia.

Sofía no miró a este último. El FBI no le traía buenos recuerdos.

—Quiero ver a Gérard —dijo mirando a Oscar.

—El señor Duval está en cuidados intensivos. Sólo podrá verlo en el horario de visitas. Eso será al mediodía.

—Entonces quiero saber en qué habitación está Eric Spencer.

Oscar señaló una habitación a pocos metros de distancia.

—La acompaño —le dijo.

—No puede salir de su habitación —dijo el agente al que Sofía había ignorado.

—No estoy detenida, no puede impedirme que vea a mi amigo.

Sofía caminó a la habitación de Eric escoltada por Oscar, quien permaneció fuera de la habitación luego de verificar que Eric estaba solo.

Ver a su amigo fue algo muy duro para Sofía. Estaba brutalmente golpeado. Tenía vendada la cabeza, su cara desfigurada por la inflamación y una pierna

en tracción. Se acercó silenciosamente y se paró a su lado. En un susurro dijo:

—Lo logramos.

Eric abrió los ojos en ese instante y murmuró:

—Sí.

—¿Sabes todo lo que pasó? —preguntó Sofía.

—Sí.

—Me imagino que Rebeca te ha hecho un relato minucioso —dijo Sofía.

Eric levantó el pulgar de su mano izquierda en señal de asentimiento. Luego hizo un gesto para que Sofía se acercara. Ella se agachó lo suficiente como para escuchar un susurro. Eric intentaba decirle algo que parecía importante.

—La galleta de la fortuna.

Sofía se incorporó y lo miró a los ojos.

—No entiendo —dijo confundida.

Otra indicación de Eric y Sofía volvió a acercarse.

—Repite lo que decía tu galleta.

—*"Sol y Luna viven separados. Él finge ser feliz y ella no puede disimular su pena. Pero en un eclipse, el Sol cubrirá a la Luna."*

Eric volvió a levantar su pulgar.

Sofía se mantuvo en silencio unos minutos. En su cabeza habían explotado un conjunto de imágenes. Gérard, el Sol. Ella, la Luna. La situación extrema que enfrentaron, un eclipse y Gérard cubriéndola con su cuerpo para salvar su vida.

Volvió a mirar a Eric y este haciendo un esfuerzo dijo:

—El destino.

—¿Por qué has pensado en eso? Han pasado tantas cosas, todo ha sido confuso, violento y a ti se te ocurre pensar en una galleta de la fortuna.

—Si él no hubiera aparecido, estaríamos muertos —murmuró Eric contrayendo los músculos de su cara en señal de dolor.

—Tienes que descansar, no te esfuerces —dijo Sofía preocupada—. Vendré a verte más tarde.

Eric levantó su mano y moviendo un dedo le indicó que no estaba de acuerdo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Sofía—. Dilo. ¿Qué es lo que quieres que diga? ¿Una confesión? ¿Una rendición?

Eric levantó dos dedos. Y el gesto le robó a Sofía una sonrisa.

—Tú ganas. Me rindo. Desde hoy creo en las galletas de la fortuna.

Eric levantó su pulgar. Sofía se acercó y con delicadeza besó su frente.

—Gracias —dijo antes de marcharse.

Linda la esperaba en su habitación.

—¿Cómo estás? —le dijo al verla entrar.

—Muy bien, Eric y Gérard se llevaron la peor parte.

—¿Cómo está Eric? —preguntó Linda sin poder evitar que su expresión delatara su interés.

—Necesitará tiempo para recuperarse. Pero sigue siendo el mismo de antes —dijo Sofía.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Linda.

—No ha perdido su sentido del humor —dijo Sofía con una sonrisa en los labios.

—Eric está asociado a la mala suerte —dijo Linda.

—Al contrario, si fuera así, no estaríamos todos vivos —aseguró Sofía.

Sofía se dio un baño, se vistió y Linda la ayudó a cubrir con maquillaje el golpe que tenía en la cara.

—No sé si es correcto que hagamos todo esto antes de que el médico te dé el alta —dijo Linda.

—Sólo ganamos tiempo. Cuando venga, tendrá que firmar ese papel y estaremos listas para dejar este deprimente cuarto de hospital.

Al mediodía, Sofía fue la primera en entrar a cuidados intensivos para ver a Gérard. Las piernas le temblaban. Verlo dormido y vulnerable quebró su resistencia.

Se sentó en una silla a su lado y acercando sus labios a él, comenzó a hablarle.

—Quizá nunca entiendas lo que esconde mi mirada, pero tienes que saber que sólo tú la enciendes. Y sé que sólo yo soy capaz de derretir el hielo de tus ojos.

Gérard escuchaba la voz de Sofía sumergido en una agradable sensación de ebriedad. No sabía si ella estaba ahí o la estaba soñando. Intentó abrir los ojos, pero no pudo y volvió a caer en un sueño profundo.

Cuando el horario de visita terminó, Sofía abandonó la sala. La sorprendió ver a Danielle esperando junto a la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó acercándose a Sofía.

—¿Por qué no pasó a verlo?

—Porque sabía que estaba en buenas manos. Supongo que era a ti a quien quería ver.

—En realidad, todavía está sedado. No ha abierto los ojos. Los médicos esperarán hasta mañana para trasladarlo a una habitación —dijo Sofía—. Yo no sabía que Gérard…

—Yo tampoco —interrumpió Danielle—. No sabía que te seguía, ni que era capaz de arriesgar su vida para salvarte. Sólo sé que desde que te conoció no ha sido el mismo. Y eso es bueno.

Sofía intentó controlar las emociones, pero la situación y la sorpresa le jugaron en contra. Su cara se llenó de llanto y el abrazo consolador de Danielle sólo logró intensificar el efecto.

Esa tarde, Giuliana y Tex llegaron al hospital. Encontraron a Sofía y a Danielle en el piso de cuidados intensivos. Giuliana apuró su paso para acercarse a Sofía cuando esta se ponía de pie para salir a su encuentro. Las unió un abrazo largo.

—Creo que nunca he estado tan feliz de verte —dijo Giuliana.

Tex, atento a la intimidad que ambas necesitaban, las alentó a bajar por un café. Él se ofreció a acompañar a Danielle para saber con algo más de detalle lo que había pasado.

La confitería era pequeña, pero encontraron una mesa desocupada y algo alejada de la multitud para disfrutar el reencuentro.

—Todavía no puedo creer que hayas estado a punto de morir por una primicia. ¿Acaso vale el riesgo? —preguntó Giuliana en un claro reclamo.

—Si me lo preguntas ahora, no. No vale la pena. Pero cuando llegué, parecía mi única opción —dijo Sofía.

—La línea que separa el instinto de supervivencia del orgullo es muy fina por lo visto. Y evidentemente el tuyo, como de costumbre, tiende a imponerse.

—Mi vanidad estaba herida cuando llegué a Nueva York —se defendió Sofía—, huyendo de un traumático desamor. Y supongo que necesitaba recuperarse.

—El hecho de que Gérard salvara tu vida cambia las cosas. ¿En qué situación deja eso a tu orgullo? —preguntó Giuliana con ironía.

—Rendido a sus pies, como cada célula de mi cuerpo al verlo. Cuando descubrí que era él quien se había interpuesto entre las balas y yo, sentí que moriría de culpa. Ahora que sé que se recupera he vuelto a lo mismo, a ese sentimiento al que me tiene acostumbrada, a morir de amor.

—Analizando los hechos, no creo que tengas que morir de nada. Él volvería a impedirlo. Y esta vez, no vuelvas a huir por favor.

—Es él quien ha huido de mí siempre —argumentó Sofía.

—Evidentemente, ya no. Creo que lo que pasó entre tú y Mariano en mi boda fue el golpe que ambos necesitaban.

—¿Cómo sabes eso?

—Tex me ha contado que desde entonces Gérard no sólo ha investigado a Mariano haciéndole la vida imposible, sino que también supo que es gay. Eso le ayudó a aclarar su mente y a entender que era de él de quien huías.

—¿Y por qué tuvo que esperar hasta ahora? —preguntó Sofía.

—La verdad no lo sé, pero me pareció más que oportuna su llegada —dijo Giuliana con una sonrisa en los labios.

Sofía no podía disimular la preocupación plasmada en su rostro.

—No sé qué pasará cuando Gérard despierte y la verdad es que la incertidumbre está destruyendo mis nervios.

—En tus relaciones anteriores siempre tuviste el control. Todo se movía siguiendo tu ritmo, pero ninguna fue suficiente. Esta, la que de verdad te importa, exige parte de tu rendición. Gérard ya lo ha hecho, salvando tu vida sin medir el riesgo. Ahora es tu turno de arriesgarte y decir sinceramente lo que sientes.

—Él lo sabe, sabe que sin esfuerzo logra vencerme —dijo Sofía.

—Lo sabe, pero no se lo has dicho. Creo que se ha ganado una confesión —dijo Giuliana.

Cuando subieron al piso de cuidados intensivos, Rebeca, Tex y Danielle conversaban animadamente. Rebeca ponía a ambos al tanto de todo lo ocurrido con lujo de detalles. El FBI se había ocupado de mantener a la prensa alejada y custodiaría a sus testigos hasta que dieran su declaración. El anonimato de todos estaba garantizado, pero tanto Eric Spencer como Sofía habían revelado sus identidades y recibirían una custodia adicional. La *vendetta* dentro de la mafia era frecuente. La investigación en la que habían participado les había asegurado algunos enemigos futuros.

Tex supo que Gérard no estaría feliz con lo sucedido, pero nadie mejor que él para mantener a Sofía a salvo.

Esa tarde, Danielle y Tex entraron a ver a Gérard, quien todavía seguía bajo los efectos de los sedantes. Sólo pudieron manifestar un gesto de cariño y asegurarse de que estuviera bien atendido. Uno de los médicos se acercó a

ellos y confirmó que sería trasladado a una habitación a última hora de la noche.

Sofía decidió quedarse en la habitación para acompañarlo. Lo dijo con tanta convicción que nadie quiso contrariarla. Todos se marcharon con la promesa de regresar por la mañana.

En las primeras horas de la madrugada, Gérard abrió los ojos y emitió un quejido. Los calmantes comenzaban a ceder. No reconoció la habitación, pero supo que estaba en un hospital. Cerró los ojos y soltó el aliento en forma brusca, no entendía qué le provocaba tanto malestar. Un instante después lo recordó. ¡Habían intentado matar a Sofía!

—¡Sofía! —Un grito ronco inundó la habitación.

El esfuerzo y la tensión se manifestaron como un latigazo de dolor que sacudió todo su cuerpo. Su cara se contrajo en una mueca y su respiración se aceleró.

—Estoy aquí —dijo Sofía, acercando su rostro al de Gérard y tomando con fuerza su mano—. Estoy bien, llegaste a tiempo, me salvaste...

Sus lágrimas cayeron sobre el rostro de Gérard. Él tenía los ojos cerrados. Escuchar su voz, saber que estaba a salvo, era lo único que necesitaba. Se escapaba de ella tanta ternura que deseó que el momento fuera eterno, mientras volvía a caer en un sueño tranquilo.

Sofía se quedó dormida junto a la cama. Su cabeza descansaba al lado de Gérard, su pelo negro desparramado sobre él y sus manos entrelazadas. Gérard abrió los ojos y aún dolorido, sólo quiso disfrutar de esa intimidad que era tan difícil de conseguir y en ellos resultaba siempre natural. Recordó todo lo que había motivado su viaje a Nueva York. No fue sólo la noticia de que Sofía estaba en riesgo, sino también el deseo inmenso que sentía por recuperarla. Él se había negado la felicidad, pero ella lograba despertarla. Estaba llena de amor y magia, una combinación ideal y el antídoto para su soledad.

Una enfermera interrumpió su ensoñación, despertando también a Sofía. Gérard cerró los ojos simulando que dormía, pues todavía no sabía cómo enfrentarla.

—Señora, debe dejar la habitación un momento. Tenemos que atender a su marido —dijo la enfermera.

Sofía no negó ni admitió el vínculo, pero que alguien lo supusiera le resultó agradable. Salió al pasillo en silencio, disfrutando de su imaginación.

Cuando cerraba la puerta de la habitación vio a Giuliana y a Tex.

—¿Cómo han pasado la noche? —preguntó Giuliana.

—Él se quejó un poco, pero todavía no está totalmente despierto. La enfermera que lo revisa me pidió que lo dejara solo —dijo Sofía.

—Tomen un café —dijo Tex—. Yo veré a Gérard cuando la enfermera se vaya.

Unos minutos más tarde la enfermera dejaba la habitación y Tex entró sorprendiendo a Gérard que ya estaba despierto.

—¿Qué te trae por Nueva York? —preguntó Gérard con su clásica ironía.

—Una mujer, como a ti, sólo que la mía no está golpeada. Mi custodia resulta bastante efectiva. ¿Cómo te sientes? —preguntó Tex.

—Furiosamente enamorado.

—Esa respuesta me confunde. Yo diría que la primera palabra resulta precisa para describir episodios frecuentes de tu comportamiento. En cambio, encuentro la segunda, delirante, sospechosa.

Una sonrisa rígida se dibujó en el rostro de Gérard.

—Es una ambigüedad, lo reconozco, pero Sofía se empeña en despertar en mí ese tipo de sentimientos. Creo que la combinación resulta adictiva. Y se trata de una adicción a la que no quiero renunciar.

—Tengo que felicitarte por batir la marca. Cometiste el primer acto suicida hace un par de días y estás próximo a cometer el próximo. Bastante típico de un francés presuntuoso como tú.

—¿Qué sabes de esa noche? —preguntó Gérard.

—Arrestaron a Paolo Violi, el único detenido —dijo Tex—. El FBI tiene asignada la custodia de los testigos hasta su declaración.

—El FBI —dijo en tono burlón Gérard—. Gracias a ellos estoy aquí. ¿Y mis hombres?

—Siempre hay alguien frente a tu habitación y otro de ellos vigila a Sofía. Nunca han dejado el hospital, están organizados por turnos.

—Sofía corre peligro aquí. No puede quedarse. Paolo Violi es peligroso aunque esté en aislamiento. Esa organización tiene ojos y oídos en todas partes.

—Pero no puede irse hasta prestar declaración y ella se ha negado a hacerlo hasta hablar contigo. Además, ¿dónde podría ir Sofía? —preguntó Tex.

—Se irá conmigo —dijo Gérard.

—¿Ya lo han hablado? Sofía piensa que todavía estás bajo el efecto de los

calmantes —dijo Tex confundido.

—Correcto, eso piensa. Pero se irá conmigo porque no le daré opción.

—Supongo que eso para ti suena romántico y apropiado a tu estado de enamoramiento.

—Sólo se trata de ser práctico. Este hospital puede resultar una trampa mortal. Es grande y Sofía es un blanco fácil. Necesito hablar con ella y organizar nuestra declaración para esta tarde. Tengo un abogado al que me gustaría que llamaras. Él debe estar presente para garantizar el anonimato en todo momento y necesito que mi avión esté listo para salir mañana temprano.

—De acuerdo, puedo ocuparme de todo eso. Supongo que no importa que los médicos hayan recomendado por lo menos dos días de internación.

—Buena suposición —dijo Gérard con seguridad.

—Tu madre también está aquí —dijo Tex.

—¿Mi madre? —preguntó Gérard confundido—. ¿Tú la has llamado?

—No, su amiga y editora del *Times* se ocupó de eso.

—Rebeca Harrison y el arrogante Eric Spencer. Será grato no volver a verlos.

—Estás mucho mejor de lo que pensaba. No sólo eres el dictador de siempre, sino que sigues agrandando tu colección de “amigos” —dijo Tex en tono burlón—. Eric no recibió ni una sola bala, pero lo golpearon minuciosamente y estará inhabilitado para un duelo por mucho tiempo. Eso es lo que hacen los caballeros civilizados como tú, ¿correcto?

—Sería correcto si se tratara de un caballero, pero como sabrás, un caballero jamás pondría en riesgo la vida de una dama. Eso lo exime de la condición y le quita el derecho a un trato digno.

Tex sólo pudo sonreír ante la inagotable ironía de Gérard.

Danielle golpeó la puerta de la habitación y entró. Encontró a Tex y a Gérard conversando animadamente.

—Los dejo solos —dijo Tex—. Ya me han asignado un par de cosas para hacer.

Gérard despidió a su amigo con un apretón de manos.

—Me alegra verte bien —dijo Danielle—. Pero no te mentiré, casi me matas del susto.

—Lo siento —dijo Gérard—. Las cosas fueron bastante más graves de lo que esperaba.

—¿Y puedo saber cómo te enteraste de que Sofía estaba en peligro? —

preguntó Danielle.

—Hice seguir a Sofía —dijo Gérard.

—¿Por qué dejaste que se involucrara en algo así? —preguntó sorprendida Danielle.

—Al principio, sólo sabía que buscaba una primicia importante. Cuando confirmé de qué se trataba, ya era demasiado tarde. Fue Eric Spencer quien la involucró en esto. Lo mataré con mis propias manos —dijo Gérard.

—He pasado a verlo —dijo Danielle—. En este momento está con Sofía.

La cara de Gérard se contrajo y su mirada se volvió glacial.

—¿Qué tiene de malo lo que te he dicho? —preguntó su madre.

—Ese imbécil casi consigue que maten a Sofía, ¿y ella se preocupa por él?

—Siempre he dicho que los celos nunca son productivos, pero en tu caso en particular creo que pueden ser un buen síntoma —dijo Danielle con una sonrisa—. ¡Deja de fingir! Ya no hace falta que lo digas, lo has demostrado de una forma bastante evidente. No creo que sea un hobby arriesgar la vida por cualquier mujer. Estás enamorado de Sofía y no puedes evitar ser posesivo con ella.

—Intento protegerla. Evidentemente, el FBI deja bastante que desear. Dos testigos juntos en una misma habitación no es lo que indica un protocolo de seguridad. Sería lo mismo que darle a sus captores la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro.

—Cálmate, no creo que tarde mucho. Sofía no quiso interrumpir tu conversación con Tex. Te ha cuidado toda la noche. Está golpeada y no se ha alejado de ti en ningún momento.

Gérard no dijo nada. Detestaba la facilidad con que Sofía lograba enfurecerlo.

Capítulo 30

El golpe en el rostro de Sofía fue lo que llamó la atención de Gérard cuando ella entró sigilosamente en la habitación. Había intentado cubrirlo con maquillaje, pero nada escapaba a su inquisitiva mirada.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sofía acercándose a él.

Gérard no contestó, sólo clavó sus ojos en ella.

—No me mires así —dijo Sofía en un reclamo.

—¿Cómo? —preguntó Gérard provocándola.

—Tus ojos denuncian mi estupidez. Lo acepto. Todo esto podría haber salido muy mal, pero lo que menos necesito en este momento es tu enfado.

—Te equivocas. Es alivio lo que siento, pero sí, todo podría haber salido mal. Lo que no soporto es ver ese golpe en tu rostro.

La ternura cargada en esas palabras hizo que Sofía se llenara de emoción. Sentía que debía agradecerle que le había salvado la vida, pero resultaba muy difícil entablar una conversación. No sabía cómo empezar. Lo de ellos era el contacto físico, hasta ese momento sólo habían usado la piel y la pasión que explotaba en sus cuerpos para comunicarse. Nunca habían estado juntos más de veinticuatro horas sin hacer el amor.

Gérard deseaba demostrarle a Sofía que podía ofrecerle una vida normal, pero con su cuerpo ardiendo de deseo y sus sentimientos oscilando entre el reclamo y la admiración, decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Le he pedido a Tex que organice todo para que podamos prestar declaración esta misma tarde. En unas horas vendrá un abogado que he contratado para que nos asesore sobre lo que deberíamos decirle al FBI. Eso acelerará los tiempos, podríamos salir a París por la mañana.

—¡Tú tienes un par de días de internación todavía! ¿Por qué iremos a París? ¿Por qué debo ir yo?

—Porque yo necesito dejar de extrañarte —dijo Gérard.

Sofía sintió un temblor en las piernas y apoyó sus manos sobre la cama.

—Estoy seguro de que te he enfurecido y confundido, pero eso fue antes de que aceptara el hecho de que no puedo estar lejos de ti. Sé que me amas y me odias casi al mismo tiempo…

—Te amo —lo interrumpió Sofía—. Aunque haya estado odiándote cordialmente por estar lejos.

El comentario dibujó una sonrisa en el rostro de Gérard.

—¿Eso significa que me darás la oportunidad de reparar el error?

Sofía asintió con la cabeza. Su garganta atravesada por la emoción le impedía las palabras. Ella acercó su boca y sus cuerpos se tensaron con el roce de sus labios.

Ese roce bastó para que Gérard se olvidara de todo lo demás. Sólo existía ella. Su olor, su sabor, su presencia.

Una enfermera los interrumpió para revisar a Gérard. Su carácter autoritario hizo enfurecer al paciente, quien estaba a punto de ponerse de pie y discutir sobre su capacidad de recuperación. Sofía lo detuvo, acercándose diplomáticamente para evitar la confrontación.

—No se preocupe, yo me ocuparé de vigilar que no haga movimientos que puedan comprometer la cicatrización de sus heridas.

La enfermera sonrió con ironía mirando a Gérard en un claro gesto de victoria.

—¿Estás de su lado? —preguntó Gérard.

—Sí, si eso logra que te quedes quieto conmigo —dijo Sofía mirándolo a los ojos.

Gérard comenzaba a acostumbrarse a esa mirada ardiente que lo afectaba tanto. Definitivamente no era inmune a Sofía, ella lo excitaba de una manera que jamás había experimentado.

Sofía sentía que los ojos azules de Gérard ejercían sobre ella un efecto hipnótico, llevándola siempre a una rendición. Acercó su rostro buscándolo con su boca y lo besó posesivamente.

Después del almuerzo, Tex llegó al hospital en compañía de Carter Philips, el abogado que Gérard había contratado. Este se presentó y escuchó el relato de Sofía y Gérard con atención.

—El FBI intentará que testifiquen en el juicio contra Violi, eso puedo garantizarlo —dijo Philips—. Generalmente cuando un testigo da una declaración desde el estrado no está obligado a someterse a un contrainterrogatorio ni a contestar pregunta alguna. Eso ayudaría al FBI a

garantizar que la defensa de Violi no pueda argumentar contra los testigos.

—Daremos una declaración escrita —dijo Gérard sin vacilar—. No nos presentaremos a declarar con motivo de mantener nuestro anonimato frente a la prensa.

—El FBI intentará proponer un cambio de identidad, argumentando que Sofía Rossi ha ganado un enemigo de alto riesgo, quien evidentemente podría planear una venganza.

Sofía no dijo nada, pero el comentario le provocó un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Sus ojos no pudieron ocultar su miedo.

—No aceptaremos un cambio de identidad —dijo Gérard—. Eso no es negociable.

—Pero sería verdaderamente riesgoso para usted —dijo Philips mirando a Sofía—. El detenido conoce su identidad.

—Yo me ocuparé de su seguridad —dijo Gérard clavando su mirada en el abogado—. Usted prepare la declaración que estamos pidiendo.

Así dio por terminada la reunión. El abogado se puso de pie y se marchó.

Tex miró con solidaridad a Sofía, entendía el plan de Gérard, pero sabía lo asustada que podía sentirse.

Philips demoró un par de horas para redactar el borrador de la declaración y regresó al hospital sólo unos minutos antes de la reunión prevista con el FBI. Esperó que Gérard leyera y aprobara el escrito tras algunas modificaciones.

El agente a cargo de los testimonios de los testigos se presentó en el hospital de acuerdo con lo previsto y se sorprendió por la presencia de un abogado. Philips se ocupó de manifestar la voluntad de sus representados y la noticia cambió el humor del agente, quien pretendía que subieran a un estrado para reconocer y declarar en contra de Violi. Intentó algunas estrategias para retenerlos, pero Philips se ocupó de aclarar la nacionalidad de estos y amenazó con dar aviso a las correspondientes embajadas sobre la detención ilegal de sus ciudadanos si el FBI les impedía por algún motivo salir del país. El agente llamó a su superior y se vio obligado a aceptar la declaración escrita que le habían ofrecido, dejándolos desde ese momento sin custodia.

Philips informó del resultado de la reunión a Gérard y luego abandonó el hospital para terminar con la burocracia que el acuerdo implicaba.

Era tarde, el día había estado cargado de emociones y Sofía, contra su voluntad, se había quedado dormida en el sillón de la habitación. Se despertó con la luz de la mañana. Apenas abrió los ojos, vio varias bolsas cerca de la

puerta. Reconocía todas las marcas de ropa, pero no se imaginaba quién las había llevado. Hizo un esfuerzo por sentarse y vio que Gérard aún dormía.

Silenciosamente se acercó a revisar aquellos paquetes, pero el ruido de uno de ellos la delató y despertó a Gérard.

—Buenos días, ¿quién ha traído esto? —preguntó Sofía sin disimular su alegría.

—Si hubiera sabido que un par de bolsas pueden provocar esa sonrisa, hubiera salido yo mismo a buscarlas. Las trajo Giuliana, pero dormías y no quiso despertarte. Ellos se marcharon a Italia anoche. Tex tenía unas cosas urgentes que atender y Giuliana te dejó unas líneas a modo de despedida.

—Ella es definitivamente un ángel. Tomaré una ducha, muero por ponerme ropa limpia.

—Recuerda que saldremos del hospital a las diez —dijo Gérard.

Sofía caminaba rumbo al baño, pero se detuvo antes de entrar, y volteando preguntó:

—¿Tu madre ha venido?

—Sí —le contestó—, pero tampoco quiso despertarte.

—¿Ella volverá con nosotros?

—No. Ha decidido quedarse un par de días más con Rebeca.

Sofía entró en el baño y cerró la puerta. Tomó una ducha larga, intentado que el agua caliente masajeara su espalda y lograra relajarla. No estaba segura de todo lo que pasaría. Sentía que volvía a huir. Esta vez no huía de Gérard sino con él. Todo parecía un sube y baja pero ese era un ingrediente que nunca le había faltado a su vida. Amaba a Gérard, de eso estaba segura. Lo que la aterraba era volver a perderlo.

Salió del baño vestida con un pantalón de bota ancha azul marino y zapatos cerrados con tacos al tono. Una camisa de seda blanca cubría su pecho sugerente. Gérard, como atraído por un imán, fijó sus ojos en ella. Era hermosa y suya para siempre. Despertaba en él una obsesión que le resultaba difícil de controlar.

Ella decidió maquillarse fuera del baño y Gérard aprovechó para ducharse. Cuando salió, Sofía no estaba en la habitación. Preocupado, preguntó a uno de sus hombres apostados en la puerta.

—¿Dónde se ha ido?

—Está en la habitación del señor Eric Spencer —dijo Nolan.

Gérard cerró la puerta furioso. No soportaba que Sofía volviera a ver al

hombre que la había puesto en peligro.

—Buenos días —dijo Sofía abriendo la puerta de la habitación de Eric.

—Hola. Pensé que no vendrías —dijo Eric con sorpresa.

—¿Y eso por qué?

—Porque me enteré de que hoy te marchas a París. Los rumores de hospital son mi fuerte.

Sofía sonrió. El carácter relajado y bonachón de Eric le gustaba.

—Estás preciosa. Ese look es muy europeo y elegante. Y esa camisa definitivamente te sienta bien.

—Gracias —dijo Sofía.

—Soy yo el que debe darte las gracias —dijo Eric.

Sofía lo miró sorprendida.

—Por presentarme a Linda. Es una mujer distinta de todas las que he conocido.

—¿Podrías recordarme qué decía tu galleta de la fortuna? —preguntó Sofía.

—*"Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo."*

—La traduciré para hacerla más explícita: si buscas resultados distintos, no salgas siempre con mujeres del mismo tipo.

El comentario hizo reír a Eric.

—Si logras conquistar a Linda, y no hablo de una noche, entonces definitivamente lograrás que crea en esas galletas.

—Serás la primera en saberlo —dijo Eric, aprovechando la oportunidad para despedirse de su compañera de primicias.

Sofía regresó a la habitación de Gérard. Él ya estaba vestido con un impecable traje azul, y esperaba parado de espaldas, con la vista fija en el paisaje urbano.

Al escucharla, se volteó y caminó en su dirección. Sofía intentó decir algo, pero antes de que pudiera abrir la boca para hablar, los labios de Gérard cubrieron los suyos y ella se estremeció cuando él con firmeza la apretó contra su cuerpo.

Un gemido de protesta se escapó de la garganta de Sofía, pero fue silenciado por el éxtasis que le provocaban las caricias de Gérard sobre sus caderas.

Él la besaba posesivo, con ardor, con furia. No podía amarla menos, tampoco de otra forma. Supo que debían parar antes de que resultara

imposible, Gérard abandonó sus labios y sujetó ese rostro que amaba con ambas manos.

—Siempre supe lo que esconde tu mirada. Encuentro el fuego de tus ojos irresistible. Y sí, sólo ese fuego logra derretir, no mis ojos de hielo, sino mi corazón.

Esas palabras le mostraron a Sofía el lado sensible del hombre que amaba. Se alegró de que Gérard todavía la acogiera entre sus brazos porque ella no estaba segura de su estabilidad. Levantó su mirada y él no pudo resistirse a su boca. Devoró sus labios y su lengua se abrió paso invasiva, recorriendo la tibieza de su boca y encendiendo en ella el deseo. Ese deseo que sólo él despertaba y que resultaba irresistible.

Nolan golpeó la puerta. Una mueca de dolor se dibujó en el rostro de Sofía cuando Gérard se alejó de ella para abrir.

—El auto está listo para ir al aeropuerto. La salida está prevista en una hora. Deberíamos irnos ahora.

Gérard miró a Sofía y ella se acercó a él. Lo tomó de la mano y así salieron del hospital.

Llegaron a París esa misma noche. La Ciudad Luz definitivamente inspiraba. Iluminada y majestuosa, despertaba la sensibilidad de cualquiera.

—Conocerás mi refugio —dijo Gérard, mientras Pierre conducía rumbo a su departamento.

La ansiedad embargó a Sofía, quien nunca había estado allí. Sabía que ese lugar tan reservado tenía mucho que contarle sobre Gérard. Deseaba llegar y descubrir en cada detalle algo de su personalidad.

Comenzaba el barrio Saint-Germain-des-Prés. A pocas cuadras, Pierre detuvo el auto. Gérard bajó y extendió su mano para ayudar a Sofía.

Entraron en un edificio antiguo totalmente restaurado. El lobby era amplio y luminoso y la seguridad, una de las obsesiones de Gérard, evidente. El portero los saludó con un gesto y avanzaron hasta el ascensor.

El departamento ocupaba evidentemente todo el piso y había sido reformado. Una puerta de doble hoja indicaba la entrada principal y otra más pequeña y oculta, la de servicio.

Gérard ingresó en un hall de entrada donde una pintura moderna y abstracta era el primer punto visual. Detrás de ella, una amplia sala con un marcado estilo moderno ofrecía una exquisita vista de la ciudad.

Gérard cerró la puerta y se acercó a Sofía, que se había adelantado y

esperaba absorta frente a una de las pinturas.

—Henri Matisse —dijo mientras se acercaba—. Un pintor francés. La obra es de su período neoimpresionista.

—Así que el arte es otro de tus hobbies.

—Sí, aunque en este momento tengo otra cosa en mente —dijo sujetándola de la cintura y obligándola a voltearse.

Sofía vio cómo se oscurecía su mirada azul y comenzaba a brillar en ella el deseo.

Gérard era una tentación difícil de resistir. Recorrió con sus manos los músculos de sus brazos. Su fortaleza, su virilidad y su evidente excitación no hacían más que aumentar la suya.

Él tomó su mano y ella lo siguió hasta su habitación. Con el silencio como único aliado, Gérard se acercó y con delicadeza desabotonó la camisa de seda que lo había obsesionado. Besó su cuello y los besos descendieron por su cuerpo. El roce áspero de su barba la excitó y la sensación le endureció los pezones. La boca de Gérard se apoderó de uno de ellos succionándolo, saboreándolo, mientras sus manos seguían intensificando las caricias que incendiaban el rostro de Sofía.

La presión de su cuerpo contra el de Gérard delató la rigidez que ella provocaba y un calor agradable se esparció por los muslos de Sofía intensificando su deseo.

Se desvistieron con lentitud sin dejar de adorarse con la mirada. Ella necesitaba sentir el peso de él sobre su cuerpo. Sentía su proximidad, pero él seguía torturándola con sus caricias y su lengua seguía humedeciendo sus pezones ya inflamados por la excitación. Cuando la agonía se hizo evidente, Gérard comenzó a invadir la tibieza de su sexo lentamente.

Las manos de Sofía buscaron sus muslos mientras él la penetraba. Arqueó su espalda acercándose, provocando que el ritmo aumentara. Abrazó con sus piernas la cintura de Gérard y él se hundió en ella. Sus respiraciones se agitaron y sus gemidos se mezclaron. El placer se volvió más intenso con cada embestida hasta explotar en un orgasmo liberador.

La mirada cómplice de Gérard la emocionaba. Él se recostó a su lado y la envolvió en un abrazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Gérard en un susurro.

—Es la primera vez que tus ojos me miran con ternura.

Él no dijo nada, pero besó su espalda, provocando con su barba que ella

se erizara y se pegara a él para superar la sensación de escalofrío.

Cuando Sofía abrió los ojos, encontró a Gérard durmiendo a su lado. Una inmensa sensación de satisfacción la invadió, borrando de su alma la imagen de abandono a la que él la había acostumbrado. Sofía se volteó para mirarlo y su dedo dibujó el contorno de su cuerpo sin tocarlo.

Deseó que esa mañana se repitiera siempre. Sabía que nunca más lograría resistir la soledad de su cama. Necesitaba su calor, su protección.

Pensó en un baño reparador y salió de la cama sin despertarlo. Dejó correr el agua caliente y disfrutó sintiendo cómo recorría todo su cuerpo. Cerró los ojos y repitió en su mente las escenas de una noche mágica.

Una caricia en su espalda la sobresaltó. Gérard estaba en la ducha con ella. Sus manos sujetaban su cadera y su boca recorría su espalda sembrando besos a su paso.

Un cúmulo de sensaciones sacudió su cuerpo. Tenía la piel caliente y sensible al tacto. Se volteó, pegando sus labios a los de él y suspirando contra su boca. Él la encendía con la intensidad de siempre, pero lo que la hizo temblar fue la dulzura de su voz que susurraba en su oído un “Te amo”.

Capítulo 31

Saint-Germain-des-Prés era sin duda uno de los barrios más elegantes de París. Sofía había descubierto el motivo que llevaba a Gérard a vivir ahí. Era un lugar de intelectuales, escritores y artistas modernos. Se encontraba allí la Escuela de Bellas Artes, por donde habían desfilado alumnos tan famosos como Delacroix, Monet y Renoir.

Ese escenario sin duda satisfacía gran parte de sus pasiones. Sofía valoraba también las famosas casas de antigüedades, que visitaba con regularidad, y por supuesto, las boutiques de lujo, que resultaban una gran tentación.

Estaba convencida de que había encontrado en Saint- Germain su lugar en el mundo.

Desde que se había instalado en París, sus ocupaciones primordiales habían sido plasmar su sello en la decoración de su nuevo hogar y aprender a hablar francés. Saber sólo inglés le había hecho todo más difícil, sobre todo cuando intentaba comprar piezas antiguas y conocer su historia. Pero siempre contaba con Nolan, quien oficiaba de traductor mientras ejercía una minuciosa custodia.

Unas semanas más tarde, Gérard regresó a su departamento y al entrar lo sorprendió la rapidez con la que Sofía había transformado su refugio citadino en un verdadero hogar.

Ella había creado un ambiente ideal con delicadeza, buen gusto y sensibilidad, creando una mezcla única que representaba a ambos.

El estilo seguía siendo moderno, pero los detalles le daban calidez. Había reorganizado sus obras de arte logrando que todas se lucieran. La modernidad de sus muebles y de la iluminación contrastaba con objetos antiguos que transmitían originalidad y elegancia. Había utilizado diferentes colores para darle a cada ambiente una personalidad propia. En algunos casos, había logrado mayor amplitud y en otros, dramatismo.

Llegar y apreciar una exquisita combinación de aromas y saber que ella estaría ahí era lo único que a Gérard le importaba.

Buscó a Sofía y la encontró hablando por teléfono animadamente en italiano, por lo que dedujo con quién conversaba.

Se quitó el saco y se sirvió un vaso de whisky mientras veía a Sofía sentada en el sofá con las piernas cruzadas, en una posición que dejaba gran parte de su muslo al descubierto. La imagen le resultó irresistible. Se sentó a su lado, con el trago en la mano, y comenzó a torturarla con sus caricias.

El tono de voz de Sofía cambió a uno más grave.

—¿Te pasa algo? —preguntó Giuliana al otro lado del teléfono.

—Gérard está aquí y literalmente está atormentándome para que termine la conversación.

—Dile que tendrá que ser en otro momento, porque estamos a punto de ser tíos.

Sofía separó el auricular de su boca y le dio el mensaje a Gérard que sólo pudo mirarla con sorpresa.

—Ya lo sabe —dijo Sofía.

—Laura habló conmigo desde el hospital. En este momento debe estar entrando en la sala de partos.

—Me hubiera gustado estar ahí. Supongo que es un momento para sentirse acompañada.

—No deberías preocuparte, hace un par de meses que Adriana vive con Laura en la Argentina. Y no sólo eso, sino que ha conquistado a Manuel Balcarce. Supongo que te acuerdas de él.

—Remotamente…

Una risa divertida se escuchó al otro lado del teléfono.

—Seguro guarda buenos recuerdos del acento italiano y tal vez eso le hizo las cosas más fáciles a Adriana, que parece decidida a vivir cerca de Laura.

—Me alegra saberlo. Era hora de que Laura recuperara parte de su familia.

—Casi me olvidaba, me pidió que te llamara. Ella y Marco los han elegido a ustedes como padrinos —dijo Giuliana.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida Sofía.

—No me lo dijo, pero como el bautismo será en estos días, Tex y yo saldremos a Buenos Aires por la mañana. Avísame qué planes tienes cuando Gérard se haya calmado.

El comentario hizo reír a Sofía.
—De acuerdo, te llamaré.
Sofía colgó el teléfono, miró a Gérard y se sentó sobre sus piernas. Rodeó con sus brazos su cuello y lo besó con ternura. Durante unos minutos, Gérard no pudo más que mirarla y entregarse a las sensaciones que su boca provocaba, mientras recorría con una mano su espalda.
El cuerpo de Sofía reaccionó tensándose, cuando sintió la humedad de unos besos sobre sus puntos vulnerables. Sin que sus labios abandonaran su cuello, Gérard seguía explorando su cuerpo con seguridad. Acarició su cintura, su abdomen y fue subiendo hasta sus senos. Sofía respondió con un gemido mientras arqueaba su espalda. Embriagado de pasión bajó su mano y subió su falda, acariciando posesivamente la cara interna de sus muslos. Instintivamente Sofía abrió las piernas y las caricias de Gérard alcanzaron su sexo.
Él alzó la mirada fijándola en los ojos negros de Sofía y en ellos vio una súplica. La levantó en sus brazos, y juntos se perdieron en la oscuridad de otra noche de pasión.
Gérard estaba acostado junto a Sofía con el corazón todavía desbocado. Su aroma lo embriagaba y despertaba en él el deseo de sujetarla entre sus brazos para siempre. Cuando sus respiraciones se acompasaron y sus cuerpos enredados se relajaron, preguntó:
—¿En qué piensas?
—Laura ya habrá dado a luz a esta hora —dijo Sofía—. Giuliana llamó para avisar. También me dijo que tú y yo seríamos los padrinos.
—¿Nosotros? —preguntó Gérard sorprendido.
—Bueno, también somos parte de la familia, ¿no? Aunque estoy segura de que hay un motivo, lo averiguaré cuando vea a Laura.
—¿Cuándo quieres viajar? —preguntó Gérard.
—Tex y Giuliana saldrán por la mañana. Yo no quisiera…
—Perder la primicia —interrumpió Gérard.
—¡Exacto! Sobre todo si seré la madrina.
—Saldremos por la mañana también, si eso es lo que quieres.
Sofía se volteó para mirarlo y sólo pudo buscar sus labios, entregándose una vez más a sus caricias.
Por la mañana partieron rumbo a Buenos Aires. Cuando el jet había alcanzado la altura crucero, Sofía advirtió un estado de ánimo particular en

Gérard. Se había comportado de un modo extraño desde que dejaron el departamento y parecía preocupado.

—¿Pasa algo? —preguntó Sofía.

—Sí. Pero no sé cómo decírtelo —dijo Gérard.

Sofía lo miró expectante. Gérard se quitó el cinturón de seguridad y se colocó frente a ella.

—¿Mantendrás el suspenso o piensas satisfacer mi curiosidad?

Gérard buscó en el bolsillo interno de su saco y el corazón de Sofía se detuvo cuando vio una caja de Cartier en sus manos.

—Acepta ser mi esposa —dijo Gérard mirándola a los ojos y pulverizando su corazón con el azul de su mirada.

Sofía se cubrió el rostro en un acto defensivo.

—No puedo prometerte nada eterno. Esa palabra me resulta imposible y además me da terror.

—De acuerdo, viviremos este amor como lo que somos, un par de locos.

—¿Y por qué necesitamos casarnos entonces?

—Porque quiero que lleves mi apellido —dijo Gérard con seriedad.

Unas lágrimas se escaparon de los ojos de Sofía y un temblor se instaló en sus labios.

—¿Eso es un sí? —preguntó Gérard con dulzura.

Sofía asintió con la cabeza.

—Sí —dijo unos segundos después—. Tú y yo tenemos unos cuantos infiernos pendientes.

Gérard sonrió eufórico de felicidad. Esa sin duda era la mujer que amaba. Abrió la caja que tenía en sus manos y colocó el anillo en el dedo anular de Sofía.

Un diamante cuadrado con vértices rectos y esquinas recortadas adornó su mano. Era una piedra grande y luminosa.

Gérard la besó con ardor y ella respondió de la misma manera. Él volvió a ocupar su asiento y la azafata sirvió el champagne que habían pedido.

Antes del brindis, Sofía se atrevió a un comentario.

—Nunca pensé que me propondrían matrimonio, menos aún en un avión a miles de metros de altura.

—Necesitaba altura suficiente para estar seguro de que no escaparas.

El comentario hizo reír a Sofía, quien lo adoró con la mirada.

—Por la señora Duval —dijo Gérard alzando su copa.

Sofía tomó un trago dejando que bajara despacio por su garganta. Miró al hombre con quien desde ahora compartiría su vida y supo que él era todo lo que había deseado.

Capítulo 32

Josefina veía nacer niños a diario, pero el mundo entero parecía haber cambiado para ella desde que sostuvo a su nieto en brazos por primera vez. Luciano se había clavado en el fondo de su alma, estableciendo un vínculo especial entre su corazón y el suyo.

Lo vestía para su bautismo con el mismo traje que había usado su padre veintiocho años antes. El parecido entre ambos era asombroso, salvo por sus ojos que eran celestes como los de su madre.

Marco fue el encargado de interrumpir esa intimidad.

—¿Ya están listos? Laura termina de vestirse y todos afuera esperan al protagonista.

Josefina levantó al niño y se lo entregó a Marco, quien a pesar de tener el tamaño de un gigante, lo sostenía como si pesara mucho. La imagen la hizo reír.

—¿No lo hago bien? —preguntó preocupado.

—Sí, claro, es un delirio verlos juntos —dijo Josefina llena de orgullo.

En la pequeña capilla de la estancia aguardaban los padrinos al pie del altar y un selecto grupo de invitados. Josefina y Emilio ocupaban el primer banco, seguidos de Giuliana y Tex.

Marco entró escoltando a Laura, quien llevaba a su hijo de cinco días en brazos. La imagen conmovió a la futura madrina, quien no pudo ocultar el brillo de unas lágrimas en su mirada.

Luciano sólo gruñó cuando el sacerdote mojó su cabeza sobre la pila bautismal y esta reacción les robó una sonrisa a sus padrinos. Unos minutos más tarde, Luciano Scorza estaba bautizado y comenzaba a pedir a gritos el alimento que sólo su madre podía proveer. Esta lo alzó en sus brazos y lo llevó a la casa, mientras Sofía los escoltaba.

—Es un niño hermoso —dijo.

—Sí, pero soy su madre, no podría decir otra cosa. Él ha cambiado mi

vida para siempre. Se ha vuelto el centro de mi existencia, pero no se lo digas a Marco. Tendré que disimularlo, si se enterara de que ha perdido protagonismo, sufriría una crisis.

Sofía rió con ganas al escuchar el comentario. Definitivamente, ella y Marco tenían mucho en común.

—Mejor que no se entere o hará un berrinche —agregó confiada en su predicción.

Laura sonrió, mientras Luciano se aferraba con voracidad a su pecho.

—¿Y me contarás o no? —preguntó Sofía.

—¿Qué cosa? —dijo Laura sorprendida.

—¿Por qué somos Gérard y yo los padrinos?

Laura sonrió y se demoró en contestar, como si repasara las razones que habían motivado esa decisión.

—Podríamos decir que fueron nuestros cómplices en su concepción. Si no hubiese sido por ustedes, tal vez Luciano no estaría aquí. Hay más… —dijo Laura después de una pausa—. Luciano, según Marco, es de origen francés y por eso necesitaba un padrino con la misma nacionalidad.

—Es mucho más de lo que esperaba. Y definitivamente estoy orgullosa de haber sido cómplice de ese momento. Marco y tú son una pareja espléndida.

—Las cosas pasan por una razón, ¿no es cierto?

—Claro, pero no se lo digas a Gérard. Yo dije eso después del inconveniente que tuvimos en Nueva York y no estuvo de acuerdo. Recibir dos balazos no estaba dentro de lo que entiende por razonable.

Ambas rieron y eso distrajo a Luciano, quien reiteró su reclamo.

—Este niño tiene el carácter de su padre —dijo Sofía.

—Sí, ya veremos qué es lo que hereda de la pila bautismal —agregó Laura.

Sofía se llevó ambas manos a la boca.

—¡Es verdad! Paulina siempre ha dicho que se hereda más de los padrinos que de los padres. Y Luciano nos tiene a Gérard y a mí como únicas opciones.

—Estoy segura de que con él nunca me aburriré, y mucho menos podré quedarme tranquila —dijo Laura.

Sofía sólo pudo sonreír. Su prontuario no le servía de defensa.

Capítulo 33

En Milán, Giuliana se vestía para acompañar a su esposo a una cena de negocios, cuando un extraño dolor de espalda la obligó a sentarse. Colocó las manos sobre su vientre y notó que se endurecía a medida que el dolor aumentaba. No podía tratarse de otra cosa, sino de las primeras contracciones.

Se asustó, recordó haber hablado con Laura acerca del parto, pero habían pasado cuatro años y el dolor intenso que sentía nublaba su mente.

Con cada contracción el dolor de espalda se volvía insoportable. Antes de que pudiera reaccionar tuvo una contracción mucho más dolorosa y, cerrando los ojos, gritó: "¡Tex!"

Este se demoró sólo unos segundos en subir al dormitorio y acercarse al sofá donde Giuliana se esforzaba por acompasar su respiración.

—Ya es hora de irnos —dijo al verlo.

Tex dio aviso a Lorenzo y llevó a Giuliana a la clínica que habían elegido para el nacimiento de su primer hijo.

El trabajo de parto de Giuliana, lejos de parecerse al de Laura, estaba siendo largo y agotador. Habían pasado ya seis horas desde que había sido internada. Paulina había ingresado en la sala de partos a pedido de su hija, mientras Tex y Lorenzo caminaban por el pasillo, atormentados por la ansiedad y la incertidumbre, e interrogaban a cada persona que entraba o salía de la sala de partos. Tex tenía el rostro desencajado por la impotencia ante la evidencia del sufrimiento de su mujer.

—Algo no está bien —dijo mirando con seriedad a Lorenzo—. Ella está sufriendo y aquí nadie hace nada. Yo ya no puedo aguantar más.

—No te preocupes muchacho, está en buenas manos y Paulina está con ella. Pero entiendo lo que sientes. Yo sentí lo mismo la noche en que Paulina dio a luz a Giuliana. Me moría de sólo esperar. Somos hombres, fuertes para algunas cosas, pero cobardes para otras, por eso son ellas las que tienen nuestros hijos. Ellas son las valientes.

Tex, angustiado, se llevó ambas manos a la cabeza y soltó la respiración de forma brusca. No soportaba que Giuliana tuviera que pasar sola por eso.

De pronto un silencio que pareció eterno alertó a ambos. Tex miró a Lorenzo sintiendo que sus piernas no lograban sostenerlo, y necesitó apoyar una mano contra la pared para no perder el equilibrio. En ese segundo su mente recorrió lugares oscuros y escenarios aterradores. Un llanto que se hizo escuchar en toda la clínica lo despertó de su pesadilla.

Las puertas de la sala de parto se abrieron y una enfermera salió a dar la noticia.

—Es un niño. Está sano y pesa cuatro kilos.

—¿Y la madre? ¿Está bien su madre? —preguntó Tex como si eso fuera lo único que le importaba.

—Sí, ella está bien. Agotada, pero ha hecho un excelente trabajo.

Tex se apoyó contra la pared y se tapó la cara con ambas manos.

Lorenzo, conmovido por la escena, se acercó a él y apoyó una mano en su hombro.

—Vamos muchacho, ella está bien y ya tienes un hijo.

Tex, con lágrimas en los ojos, abrazó a Lorenzo con fuerza.

—André —dijo con voz entrecortada—. Giuliana quería que se llamara así si era un niño.

—Ya tengo un nieto…. No hay nada más que pueda pedirle a esta vida mía.

Unos minutos más tarde la puerta de la sala de partos volvió a abrirse y una enfermera salió empujando lo que parecía una incubadora en donde André dormía plácidamente. Tex se acercó a preguntar si estaba todo bien, mientras veía por primera vez el rostro de su hijo.

—Sí, todo está bien. Sólo lo llevamos a la nursery.

Tex miró a Lorenzo con una súplica en los ojos.

—¿Qué pasa, muchacho?

—Tengo instrucciones precisas de Giuliana de no dejar solo a André ni un segundo. Ella dice que pueden perderlo, pero no puedo moverme de aquí sin verla.

—No te preocupes, será un honor escoltar a mi nieto —dijo Lorenzo mientras se marchaba detrás de la enfermera.

Veinte minutos más tarde, Giuliana salía de la sala de partos en una camilla. Le habían puesto un suero y Paulina la seguía. Tex detuvo su paso

sorprendiendo a las enfermeras que la llevaban. Con lágrimas en los ojos apoyó sus labios sobre los de su mujer que lo miraba con dulzura.

—Eres la mujer más valiente que conozco y me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Unas lágrimas comenzaron a rodar por el agotado rostro de Giuliana.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien? —preguntó Tex preocupado.

Ella sólo asintió, no pudo hablar. La emoción la embargaba. El amor de su esposo la desbordaba y definitivamente tener un hijo era lo más emocionante que le había pasado.

Las enfermeras interrumpieron a ambos y la camilla siguió su recorrido hasta la habitación asignada. Era la más exclusiva de la clínica, Tex se había asegurado de eso.

La imagen de Giuliana mirando con adoración a su hijo en brazos fue más de lo que podía resistir y no tardó en interrumpir el idilio.

—Es hermoso, ¿no crees? —dijo Giuliana.

—Como su madre —contestó Tex, buscando los labios de Giuliana con desesperación—. Eres la madre más hermosa que un niño pueda tener. Pero tendré que dejarle en claro que yo te encontré antes.

El comentario hizo sonreír a Giuliana que volvió a besar a Tex con todo el amor del que era capaz.

André acaparó desde ese momento la atención de sus padres y por supuesto la de sus abuelos, quienes no desperdiciaban oportunidad para malcriar a su nieto.

Era la viva imagen de su madre, con pelo castaño, ojos verde esmeralda y un carácter tranquilo y alegre.

Tex y Giuliana eligieron como padrinos a Marco y Laura, quienes orgullosos llegaron a Milán unos días antes del bautismo.

Laura viajaba sólo con Gavino que había nacido en mayo de ese mismo año.

En Buenos Aires, Josefina y Emilio cuidaban con devoción de sus nietos. Luciano ya tenía cuatro años y Olivia, dos. El oficio de abuelos era mucho más especial de lo que habían pensado y definitivamente agradecían a Dios verlos crecer día a día.

Olivia pasaba gran parte del día jugando y juntando flores, siempre a la vista de sus abuelos. Luciano, en cambio, sentía una atracción especial por los caballos y a pesar de su corta edad, montaba con sus abuelos todos los días. Caminaba de la mano de Emilio por la estancia, supervisando los trabajos que se hacían y visitando los establos donde de a poco aprendía el nombre de cada animal, aunque sentía especial afecto por Milano, el caballo que su abuela le había regalado.

Cuando se sentía cansado, Luciano siempre buscaba a Josefina intentando sorprenderla. Sigiloso, entraba en la casa o en la galería y le cubría los ojos con sus manos, o corría a sus brazos si era descubierto en su intento. Josefina adoraba esos momentos de intimidad. La profundidad y la sagacidad de su nieto la emocionaban.

Había un vínculo especial con el primer nieto, de eso estaba segura. Los sentimientos que despertaba en ella eran la evidencia.

Una tarde, Luciano llegaba a la galería buscando a su abuela. Josefina lo sentó en su falda y le besó la cabeza. El niño levantó la mirada para encontrarse con los ojos oscuros de su abuela. Ella disfrutaba perderse en el azul de esa mirada, que delataba sus emociones cambiando de un color oscuro a uno mucho más claro según la ocasión.

Luciano se concentró en un colgante que llevaba Josefina y sus manos lo sujetaron con suavidad mientras lo observaba con detalle.

—Es muy frágil —dijo Josefina—, puede romperse si no lo tratas con cuidado.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad el niño.

—Porque está hecho de arcilla.

—De barro —dijo Luciano con seguridad.

—Sí, algo parecido al barro.

—¿Por qué lo usas siempre? —preguntó Luciano sin soltarlo.

—Porque está firmado por un gran amor y al llevarlo puesto siento que está cerca mío todo el tiempo.

—Pero no tiene firma —dijo Luciano estudiando el rectángulo de arcilla que Josefina llevaba colgado.

—Tiene algo mucho más especial.

—¿Qué cosa? —preguntó su nieto con curiosidad.

—La huella digital del artista —dijo Josefina mirándolo con ternura.

La cara de sorpresa de Luciano exigía una explicación.

—¿Ves este huequito aquí? —preguntó Josefina señalando un relieve en su colgante.

Luciano asintió con un movimiento de cabeza, muy concentrado.

—Eso que ves es la huella del dedo índice de un niño de un año. Un niño especial que supo robarme el corazón.

Luciano la miró con un reproche en los ojos que comenzaban a volverse más oscuros.

—Pero soy yo el dueño de tu corazón —reclamó.

La desilusión en la cara de su nieto le robó una sonrisa.

—Exacto. Esta fue tu primera obra de arte y yo la llevo con orgullo.

Luciano sintió alivio al escuchar esas palabras y abrazó a su abuela con una fuerza posesiva. En eso era muy parecido a su padre.

Capítulo 34

Sofía tenía previsto pasar a retirar unos análisis de rutina que se había realizado unos días atrás. Esa mañana la sorprendió la llamada de una secretaria de la clínica apuntándola para una cita. Saber que su médico necesitaba conversar con ella sobre los resultados la alarmó. Imaginó un centenar de enfermedades, pero al llegar recibió un trato relajado y distendido que sólo logró confundirla.

—Sofía…, estás embarazada —dijo su médico con una sonrisa—. ¿Lo sabías?

Esas palabras desataron una tormenta en ella. No estaba preparada para escucharlas; de hecho, jamás había pensado en la maternidad. Si esa habilidad era hereditaria, entonces definitivamente ella no estaría capacitada. Sus padres nunca fueron buenos en ese trabajo. Y pensar en Gérard la asustó todavía más. ¿Estaría preparado para ser padre? Nunca habían hablado de tener hijos y ahora llegaba la hora de darle la noticia.

—Veo que te he sorprendido —dijo su médico intentando hacerla reaccionar.

—Definitivamente —contestó Sofía.

—Es una buena noticia. Estás embarazada y en excelente estado de salud. Tendrás que consultar a un ginecólogo. Sabes que puedes llamarme para lo que necesites.

Sofía dejó el consultorio confundida, aturdida por sus propios pensamientos. Agradecía que Gérard hubiera insistido esa mañana en que fuera Pierre quien la acompañara. No se sentía capaz de conducir. Pierre la vio caminar hacia el auto y en unos segundos le abrió la puerta.

—¿Vamos a *Le Parisien*? —preguntó, seguro de la respuesta.

—No —dijo Sofía—. Llévame a casa.

Pierre no dijo nada, no hacía falta. La cara de Sofía decía mucho. Algo no estaba bien. Su actitud y sus pocas palabras no eran cosa habitual en ella.

Pierre la dejó en el departamento, e incluso la escoltó hasta la puerta.

—¿Quiere que la espere? —preguntó casi en un susurro.

—Gracias, Pierre, pero no tengo intenciones de salir. Tal vez Gérard te necesite en el diario.

Dicho esto, cerró la puerta y se sentó en la sala. Todo le daba vueltas, se sentía nerviosa, preocupada. Esta vez no sabía cómo comunicar la primicia.

Casi como una autómata, levantó el teléfono y llamó a Giuliana. Necesitaba hablar con alguien capaz de consolarla. Agradeció que Gérard, Marco y Tex formaran parte del negocio de los teléfonos móviles. Era un invento fantástico, ya no había que llamar a un lugar, se podía llamar directamente a una persona. Eso resultaba fascinante.

—*Pronto* —dijo Giuliana al otro lado de la línea.

—Soy yo —dijo Sofía.

—Lo sé, el detector de llamadas te ha delatado. ¿Y por qué esa voz?

Sus cuerdas vocales parecían haberse congelado y unas lágrimas se escapaban de sus ojos.

—Estoy embarazada —dijo con esfuerzo.

—¡Es una excelente noticia! Me alegro muchísimo. Ya verás que es una sensación única. Y nuestros hijos sólo se llevaran unos meses. Creo que eso es lo que más me gusta.

Giuliana advirtió el silencio de Sofía cuando hubo terminado su monólogo.

—Sofi, ¿no te alegra? —preguntó Giuliana.

—En realidad, me aterra. Y no estoy segura de la reacción que vaya a tener Gérard. Nunca hemos hablado de tener hijos.

—¿Qué es lo que te aterra? —preguntó Giuliana preocupada.

—No creo que pueda ser una buena madre.

—Lo serás, y una muy especial. Y por Gérard no te preocupes, estará feliz como cualquier hombre que espera un hijo con la mujer que ama.

La confianza con que Giuliana hablaba ayudó a levantar el ánimo de Sofía.

—Gracias —dijo Sofía—. Gracias por estar siempre cuando te necesito.

—Eso es lo bueno de nosotras —dijo Giuliana—. Tenemos el don de la oportunidad.

Después de esa conversación, Sofía se sentía mucho mejor. Arregló su maquillaje y estaba a punto de salir para el diario cuando escuchó que Gérard entraba en el dormitorio.

Sofía lo miró con sorpresa.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Estaba preocupado porque Pierre te notó extraña después de tu consulta. Quería saber si estabas bien.

—Podrías haberme llamado —dijo Sofía en tono defensivo.

—Sí, pero no podría haber hecho esto... —dijo acercándose a su mujer y envolviéndola en un abrazo.

Sofía sentía que se desarmaba entre los brazos de Gérard y se entregó a sus besos sin protesta.

—¿Me dirás qué es lo que te pasa? —preguntó Gérard en un susurro sin abandonar por completo sus labios.

Sofía tomó sus manos y las llevó a su vientre. Gérard sintió que no era capaz de mover ni un músculo de su cuerpo. Abandonó suavemente los labios de Sofía y sus ojos azules se clavaron en sus manos entrelazadas. Levantó la mirada y Sofía respondió con una sonrisa. Ese fue el detonador. Gérard volvió a besarla. Su mirada delataba una gran emoción.

—¿Esto era lo que te preocupaba? —preguntó Gérard.

—Me inquietaba tu reacción. Nunca habíamos hablado de tener hijos.

Gérard la miró como si lo que acababa de escuchar no tuviera ningún sentido.

—Tal vez tú estés asustada. Yo sólo puedo sentirme inmensamente feliz.

Sofía buscó su boca y volvió a besarlo. Lo amaba, lo necesitaba, lo deseaba. Gérard recorrió con un dedo el cuello de Sofía y dibujó el escote de su vestido. Exploró el contorno de sus pechos con su pulgar y la reacción de Sofía lo excitó. Siempre la deseaba, pero saber que sería la madre de sus hijos le provocó una necesidad imperiosa de fundirse en ella una vez más.

Gérard bajó el cierre de su vestido que cayó al piso sin demora. Sofía suspiró cuando sintió sus manos contra sus pezones. Gérard la levantó en brazos y sus zapatos cayeron al suelo antes de que la recostara en la cama con delicadeza. Él se desvistió mientras ella admiraba su cuerpo fuerte y vital.

Se recostó a su lado y miró a Sofía con adoración.

—¿No sabías cuál sería mi reacción? —preguntó en un susurro ronco—. Intentaré demostrarte que ahora te deseo todavía más —dijo mientras cubría a Sofía con su cuerpo.

Sofía lo rodeó con sus piernas y él comenzó a fundirse en ella deslizándose con suavidad. Ella se entregó sin resistencia, ofreciendo su humedad, su calor y su pasión. Los movimientos de Gérard se aceleraron y

Sofía los recibía pegando sus caderas a él, buscando que llegara a lo más profundo de su ser. Una vez más se entregaban a esa loca pasión que compartían, hasta que una ráfaga de placer recorrió cada fibra de sus cuerpos, saciándolos.

Sofía se permitió disfrutar de esa sensación sabiendo que cualquier movimiento la arrancaría del Paraíso. Definitivamente, la piel era la mejor forma que tenían para comunicarse.

A fines de ese año, Gérard decidió organizar una sorpresa para su mujer. Se acercaba la Navidad y por su estado no estaría en condiciones de viajar a ninguna parte. Llevaba ocho meses de embarazo. Uno difícil que no le había sentado muy bien, pues como era típico en ella, se trataba de un embarazo original: esperaba mellizos.

Gérard estaba eufórico desde el día en que les dieron la noticia. Sofía, en cambio, descompuesta desde ese mismo instante.

Todos sin excepción habían aceptado la invitación de Gérard para pasar las fiestas en su casa en las afueras de París.

Gérard no había dejado ningún detalle librado al azar. Sus amigos con sus hijos, a quienes llamaba sobrinos, disfrutarían de infinitas atenciones. Incluso había comprado con tiempo los regalos de Navidad y algunos extras para que sirvieran de bienvenida y mantuvieran a los niños entretenidos.

Esa noche dormían en la casa para asegurarse de que todo quedara organizado con anticipación. Sólo habían pasado nueve días de diciembre, pero Gérard no quería dejar nada librado al azar. Los huéspedes llegarían alrededor del veinte y se quedarían hasta la fecha de parto de Sofía a principios de enero.

Habían disfrutado de una cena romántica y conversaban frente a la chimenea cuando de pronto Sofía sintió un fluido tibio entre sus muslos. El gesto en su cara y la reacción de su cuerpo alertaron a Gérard.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Sofía se puso de pie sin entender todavía lo que sucedía, cuando sintió un fuerte dolor que la obligó a sentarse.

—Creo que es hora de ir al hospital —dijo con voz entrecortada.

Gérard, que hacía sólo unos segundos disfrutaba de tener todo listo, se

demoró unos minutos en reaccionar. Definitivamente, no había considerado que sus hijos decidieran nacer un mes antes de lo planeado.

Se acercó a Sofía intentando calmarla, pero lo único que logró fue ponerla más nerviosa. Tomó su celular y llamó primero al médico, después al hospital y por último a su piloto. El helicóptero que los había llevado a la casa estaba listo para despegar.

Sofía daba indicaciones para que prepararan un bolso con sus cosas y Pierre se ocuparía de buscar el bolso con la ropa de los niños.

Quince minutos más tarde, Gérard la ayudaba a ponerse de pie y a pesar de sus reclamos, la levantó en brazos y la llevó hasta el helicóptero.

—¡Juro que si le dices a alguien todo el peso que has levantado te mataré! —dijo Sofía con voz amenazante.

El comentario hizo reír a carcajadas a Gérard. Incluso en los momentos críticos, Sofía no perdía el sentido del humor.

—Lo juro —contestó mientras apuraba el paso.

Sofía sentía cada vez más seguidas las contracciones y esto la preocupaba. Gérard era testigo del dolor que le causaban y del tiempo que duraban porque apretaba sin piedad su brazo intentado cambiar de posición y aliviar el dolor.

Les llevó treinta minutos llegar al hospital. Todo ahí estaba previsto para recibirla. La llevaron directamente a la sala de partos. Gérard entró con ella, aun cuando intentaron impedírselo. No pensaba dejar sola a Sofía en ese momento.

—Ha roto bolsa —dijo el médico mirando a Gérard—. Estos niños tendrán que nacer en unas horas. Podríamos intentar un parto natural si es lo que quieren.

—¿Qué es lo que usted recomienda? —preguntó Gérard con seriedad.

—Tratándose de un embarazo múltiple y de un nacimiento anticipado, yo recomendaría practicar una cesárea.

Gérard miró a Sofía buscando su aprobación y ella asintió con un movimiento de cabeza. Era la única vez en todos los meses que llevaba de embarazo que estaba de acuerdo con su médico.

—En ese caso, prepararemos el quirófano y esperaremos unos minutos a que un anestesista se desocupe. Estos niños traen prisa —con estas palabras el médico abandonó la sala.

Danielle, alertada de la noticia, dejaba su departamento rumbo al hospital. Estaba embargada de emoción ante la llegada de sus nietos. Cuando estuvo en

la puerta del hospital advirtió que no sería fácil entrar sin hacer declaraciones. Toda la prensa de París estaba apostada en la puerta del hospital esperando para hacer algunas preguntas y para informar en tiempo real del nacimiento de los hijos de la mediática pareja.

Pierre, quien la había buscado, acostumbrado a ese tipo de situaciones apagó las luces del auto y se desvió para ingresar por una puerta auxiliar ubicada en un frente lateral del hospital. Así la ansiosa abuela pudo entrar en el hospital para ser testigo del nacimiento de sus nietos, cuyo sexo desconocían hasta el momento.

Esperó sentada en un pasillo frente a la sala de partos hasta que una hora más tarde, las puertas se abrieron y vio a Sofía sobre una camilla. Estaban llevándola al quirófano. Danielle se acercó a ella y le besó la frente.

—¿Quieres que llame a alguien en especial? —preguntó.

—A Giuliana y a Laura —dijo en un susurro.

Gérard acompañó a su mujer al quirófano.

Sofía ya estaba anestesiada y no sintió ningún dolor desde ese momento.

El primero en nacer fue un niño. Su llanto fue feroz. Eso tranquilizó a Sofía y emocionó a Gérard, a quien los ojos se le pusieron vidriosos.

Cinco minutos más tarde nacía una niña, que pesaba dos kilos y medio. Su llanto fue suave.

—¿Están bien? —preguntó Sofía preocupada.

—Sí, muy bien. No tienen problemas respiratorios y su peso es excelente. Has hecho un muy buen trabajo —dijo su médico mientras limpiaba y suturaba a Sofía.

Gérard verificaba que sus hijos estuvieran sanos. Verlos nacer con ese color oscuro lo tenía preocupado, pero las enfermeras los habían limpiado y su aspecto comenzaba a mejorar. Se acercó a Sofía y la besó emocionado.

—Gracias —dijo casi sin alejarse de su boca.

—¿Cómo quieres llamarlos? —preguntó Gérard.

—Vincent y Charlotte.

—Me gustan. Les daré los nombres a las enfermeras —dijo Gérard alejándose.

La familia Duval abandonó el hospital cinco días después. Ni uno antes. Sofía seguía insistiendo en que ese era su número de la buena suerte.

No pudieron evitar los flashes de las cámaras, aunque un equipo de seguridad se ocupó de que nadie se acercara demasiado.

Se instalaron en su casa en las afueras de la ciudad donde se había acondicionado una habitación para los recién nacidos y contratado personal especializado para atenderlos.

Sofía y Gérard salían del cuarto de sus hijos cerrando la puerta detrás de sí. Ya desde el pasillo podían escuchar el murmullo de la conversación de sus invitados, interrumpida por alguna carcajada.

Todos estaban reunidos en el salón principal. La enorme mesa del comedor estaba al máximo de su capacidad. Incluso las diez habitaciones de la casa estaban ocupadas. Los padres de sus amigos y Danielle habían asistido a la celebración. La nueva generación que no dejaba de crecer estaba completa. A pesar de los esfuerzos de Sofía, Laura y Marco seguían llevando la delantera con tres preciosos hijos.

La cena fue armoniosa, cargada de bromas y anécdotas. El único que parecía ansioso porque todo terminara pronto era Luciano. Cuando ya no fue capaz de controlar su ansiedad, buscó a su padre y mirándolo a los ojos preguntó con seriedad:

—¿Podemos abrir los regalos?

Marco miró a su hijo, siempre encontraba en él la mirada dulce de Laura y eso hacía cualquier reclamo difícil de negar.

—Las reglas en Europa son diferentes —dijo Marco—. Los regalos se abren por la mañana.

Luciano frunció la frente manifestando su frustración. Sofía fue testigo de la escena, fascinada con el carácter temperamental del niño.

—Tratándose de mi ahijado, estoy segura de poder hacer una excepción —dijo levantando la voz para hacerse escuchar en el bullicio.

—¡Gracias, tía Sofía! —dijo Luciano corriendo a sus brazos.

—Cumplir las reglas me disgusta. ¡Incluso en Navidad! —dijo Sofía sujetando con ambas manos su cabeza y besándolo en la frente.

Con copas de champagne en sus manos, todos se trasladaron a la sala, donde se destacaba un enorme abeto decorado en tonos rojos y dorados. Sofisticadas bolas de cristal colgaban de sus ramas y brillaban bajo la luz de una araña de bronce.

Los paquetes envueltos en papeles metálicos y distribuidos al pie del árbol de Navidad eran lo más llamativo del espectáculo. Luciano corrió atraído por el brillo, los colores y las enormes dimensiones de algunos de los regalos y se ocupó de repartir todos antes de abrir los suyos. Como los otros niños

dormían, a excepción de su hermana Olivia, Luciano acercaba los paquetes con cariño y los dejaba bajo la custodia de los respectivos padres. Con sólo cuatro años, ya era capaz de leer los nombres de las tarjetas.

Sofía había fijado la vista en un inmenso ventanal que evidenciaba la caída de copos de nieve que comenzaban a amontonarse pintando de blanco el paisaje.

Su corazón estaba eufórico de felicidad. La Navidad le había hecho el mejor regalo del mundo: una inmensa familia. Siempre había soñado con una familia como la que estaba reunida esa noche en su casa. Ensamblada, pero incondicional. Una que se había elegido y que Dios unía para siempre.

Sofía volvió a unirse al grupo. Gérard se puso de pie y se acercó a ella.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

—Con esta visión podría despedirme del mundo ahora mismo y moriría feliz —dijo señalando a todos en la sala.

Gérard envolvió a Sofía en sus brazos y no pudo resistir besarla.

—¡Feliz Navidad, señora Duval! —dijo apretándola contra su pecho.

—¡Feliz Navidad, mi amor!

Capítulo 35

Como todo en la vida, el tiempo también pasaba, generando encuentros, historias y acontecimientos como el que se desarrollaba ese verano en la Estancia Villa María. Las camisetas negras volvían a reunirse en un partido de polo con fines solidarios. El físico de los jugadores no era el mismo, pero el compromiso del equipo seguía intacto. Esta vez, entre los espectadores se encontraban sus esposas y su descendencia.

Giuliana miraba con adoración a sus hijos, André y Alessia, que conversaban con sus abuelos mientras caminaban en dirección a la cancha. Para ella, serían niños para siempre a pesar de lo que revelaran sus ojos. André tenía ya la altura de su padre y Alessia el cuerpo de una mujer.

Animadas en una distendida charla de amigas, Giuliana, Laura y Sofía miraban el partido de reojo. Estaban instaladas en uno de los laterales de la cancha. Tex acababa de hacer un gol y eso le daba al equipo la ventaja que necesitaban. Faltaban sólo un par de minutos para que el partido terminara.

En el momento en que Tex se replegaba a su lado de la cancha después de haber anotado, un caballo de recambio del equipo visitante se soltó. Algo lo espantó y salió corriendo y corcoveando en dirección al público. Uno de los espectadores se puso de pie para impedir su paso, pero al intentar sujetarlo el animal reaccionó con rapidez cambiando de dirección. Todavía más asustado corrió rumbo a los establos.

El revuelo entre el público alertó a Giuliana, quien parada en la tribuna pudo ver que el animal corría en dirección a sus padres que caminaban abrazados por uno de los senderos de la estancia. Gritó, agitó sus brazos intentando advertirles, pero no la escucharon. Ajenos a lo que pasaba, mantuvieron su rumbo. Tex escuchó los gritos desesperados de su mujer y cuando volteó, la escena que vio hizo que se congelara sobre su montura.

Lorenzo escuchó los cascos del caballo golpeando el sendero de piedra cuando el animal ya estaba sobre ellos. En un intento por proteger y cubrir a

Paulina, levantó ambos brazos haciendo que el animal se detuviera, pero la velocidad que llevaba y el temperamento desatado, lo llevaron a pararse en dos patas y golpear con sus cascos a Lorenzo antes de asentarlos para retomar su huida.

Tex, abandonado la cancha en su caballo, desmontó y corrió los pasos que lo separaban de sus suegros. Lorenzo estaba tendido en el suelo, dolorido pero consciente y Paulina estaba arrodillada a su lado.

—Estoy bien —dijo Lorenzo mirando a Tex—. No te preocupes, no fue más que un golpe en el pecho.

Giuliana y André llegaron unos segundos después. Tex se ocupó de mantener a Lorenzo inmovilizado con ayuda de su hijo.

El rostro de Paulina estaba pálido y su cuerpo inmóvil, su mente procesaba con detalle la violencia de lo que acababa de presenciar. Lorenzo se había interpuesto entre ella y el animal, cubriéndola con su cuerpo, sabiendo que recibiría un impacto atroz. Sin embargo estaba vivo, y fiel a su carácter, daba a su nieto instrucciones para que lo trasladaran al Hospital Italiano y no a la sala de emergencias de un hospital público.

Unos minutos después, la ambulancia, apostada sobre el lateral opuesto de la cancha, se acercó. El médico intentó revisar a Lorenzo, pero este se negó.

—No haremos una escena aquí por un par de costillas rotas —dijo Lorenzo mirando a su yerno.

El médico dio su consentimiento y los enfermeros lo recostaron sobre la camilla con ayuda de Tex y André.

Paulina insistió en acompañar a su marido en la ambulancia. André se adelantó y buscó el auto en el que él, su hermana y sus padres los seguirían.

Ingresaron a Lorenzo por la guardia y fue internado para una minuciosa revisión.

La espera fue larga, hasta que un médico se acercó a la familia para informar sobre la situación del paciente. Paulina se puso de pie. Giuliana y Tex hicieron lo mismo. Alessia, en cambio, se quedó sentada junto a André, quien la envolvía en un abrazo protector.

Fueron guiados hasta una sala privada. Tomaron asiento y vieron en el rostro del médico que no recibirían buenas noticias.

—Hemos confirmado el diagnóstico y les advierto que no es alentador —dijo.

—¿Qué tiene mi esposo? —preguntó Paulina angustiada—. Hasta hace

unas horas estaba en perfecto estado de salud.

—Seré directo con ustedes. El diagnóstico que me preocupa no tiene nada que ver con el golpe que ha recibido. El caballo golpeó la parte superior izquierda de su abdomen, rompiendo sólo un par de costillas.

—¿Qué le preocupa entonces? —preguntó Tex, quien quería a Lorenzo como si fuera su padre; ese era exactamente el lugar que ocupaba en su corazón.

—Al examinar al señor Bertolini, pusimos especial atención en la zona del tórax y abdomen. Buscábamos descartar una lesión interna, algo típico en accidentes de contacto como este, pero encontramos un tumor. El diagnóstico al que hemos llegado es que padece cáncer de páncreas.

Cuando Giuliana escuchó la palabra “cáncer”, sintió que todo comenzaba a girar a su alrededor. El color abandonó su rostro y se aferró a la mano de Tex en un desesperado intento por no perder el equilibrio.

Paulina sintió que un puñal le atravesaba el cuerpo partiéndola en dos y en un susurro dijo:

—Mi esposo no tenía ninguna dolencia de importancia.

—Su último chequeo fue hace sólo dos meses —agregó Giuliana incrédula.

—La localización del tumor es compleja, lo que hace casi imposible detectarlo en una revisión de rutina —explicó el médico—. El tumor no suele dar síntomas al principio, y cuando se lo diagnostica, por lo general es demasiado tarde.

—¿Puede tratarse? —preguntó Tex.

—El nivel de mortalidad de este tipo de cáncer es el más alto, lo que lo convierte en uno de los más temidos —dijo el médico con seriedad.

—No es eso lo que mi esposo preguntó —dijo Giuliana levantando el tono de voz—. ¿Puede hacer algo por él? ¿Puede curarlo?

—Temo que lo hemos diagnosticado demasiado tarde. El cáncer ha invadido el estómago y no hay mucho que podamos hacer.

Giuliana se puso de pie y se acercó furiosa al médico, golpeando su pecho con sus puños cerrados.

—Haga lo imposible —dijo entre sollozos.

El médico entendió su reacción y la contuvo.

—El cáncer no llama antes de entrar, no avisa, no advierte, no envía emisarios que delaten su presencia. Está allí, y cuando lo descubrimos puede

ser demasiado tarde, y cuando nos declara la guerra, generalmente la tenemos perdida.

Dicho esto, se marchó dejándolos solos, dándoles la intimidad que necesitaban para procesar la información recibida.

Cuando salieron de la sala, la cara desencajada de Giuliana fue todo lo que sus amigos necesitaron para entender la gravedad del diagnóstico. Un silencio absoluto se apoderó de todos ellos, hasta que el llanto de Giuliana se hizo estridente.

Tex, con un gesto, alertó a André, quien se ocupó de contener a su abuela sin dejarla sola ni un segundo. Paulina quiso ser la primera en ver a su esposo después de conocer el diagnóstico.

Lorenzo estaba consciente y los calmantes lo habían ayudado a lidiar con el dolor, pero cuando la puerta se abrió y vio el rostro de Paulina desdibujado por la angustia supo de inmediato que no traía buenas noticias.

—¿Ya saben qué es lo que tengo? —preguntó.

Paulina asintió con un movimiento de cabeza.

—No intentes ocultarme nada —dijo Lorenzo—. Prefiero la certeza a la incertidumbre.

Paulina no creía tener el valor para decirlo. Le llevó unos minutos reunir el coraje que necesitaba.

—Cáncer —dijo en un susurro.

—¿Pueden tratarlo? —preguntó Lorenzo esperanzado.

El silencio que reinó en la habitación parecía haber dado todas las respuestas.

Paulina intentó decir algo, pero ninguna palabra salió de su garganta. Apoyó la cabeza sobre el pecho de Lorenzo y se entregó a un llanto desconsolado.

El cáncer era un depredador voraz, y una semana más tarde, la condición de Lorenzo había empeorado considerablemente.

Consciente de su precario estado, quiso aprovechar el momento a solas con su nieto para despedirse. André era la luz de sus ojos. Sentía un inmenso orgullo por el hombre en el que se había convertido. Tenía la apariencia física y los ojos de su madre, pero el carácter templado y analítico de su padre.

—Hay algo que quiero que sepas —dijo Lorenzo.

André se acercó a su abuelo, se sentó a su lado y sujetando su mano, escuchó con atención.

—Nunca te olvides de que la única certeza que tiene todo hombre es la muerte.

—Abuelo, yo no quiero perderte —dijo André con lágrimas en los ojos.

Lorenzo sonrió.

—La muerte siempre llega, sólo nos queda disfrutar la ventaja que nos otorga. Prométeme que no serás duro con la gente, mucho menos contigo mismo. No permitas que nadie te etiquete. No busques definirte y concédete todas las posibilidades, cambia de camino cuantas veces juzgues necesario. La vida es un constante optar. Diviértete, pero no exageres.

André sonrió ante la complicidad de su abuelo y apretó con fuerza su mano.

Lorenzo hizo una pausa para recuperarse y continuó.

—No aceptes la derrota y esfuérzate por ser feliz todos los días. La vida nos prueba a diario y siempre nos sorprende. Deseo que tus ojos vean siempre lo mejor de la gente y que tu corazón perdone. Deja en tu vida huellas, nunca cicatrices. Sé parte de los hombres que imaginan un mundo mejor y trabajan para ello.

Cuando Lorenzo terminó de decir esto estaba agitado, agotado. André sentía en su corazón una mezcla de emoción y dolor. Eso era lo que su abuelo esperaba de él y no estaba en sus planes decepcionarlo, pero tampoco creía estar listo para despedirse.

Esa misma noche, sabiendo que su vida se acababa, Lorenzo pidió hablar con su yerno. Paulina y Giuliana dejaron la habitación dándoles la intimidad que necesitaban.

Tex tomó asiento junto a la cama. Sabía que era el momento para comportarse como un hombre fuerte, pero no podía evitar sentirse como un niño aturdido y confundido por todo lo que pasaba a su alrededor.

Sentía un inmenso peso en su pecho. Ver a Lorenzo peleando contra una muerte arrolladora le resultaba injusto, incomprensible, casi irreal. No encontraba calma, mucho menos consuelo.

Su suegro era un hombre valiente, nunca se había rendido. Había sobrevivido a la guerra y al hambre, pero estaba perdiendo la batalla contra un enemigo silencioso y cruel.

Lorenzo abrió los ojos con esfuerzo y vio a Tex a su lado. Comenzó a hablar con dificultad. El dolor lo consumía, pero para ganar unas horas de conciencia sólo aceptaba una mínima dosis de morfina.

—La vida te hizo mi hijo —dijo en un susurro. Esas palabras se clavaron en el corazón de Tex, dejando que sus ojos claros se humedecieran y la voz se ahogara en su garganta. Sólo pudo asentir con un gesto.

—Estoy perdiendo esta lucha. La muerte acecha y sé que ya llega. Te pido que protejas a Paulina, no será fácil para ella esta despedida. Haz feliz a mi hija y sé un padre justo y amoroso con mis nietos. Protégelos en la adversidad y aconséjalos en su duda.

Tex tomó la mano de Lorenzo.

—Lo haré, lo juro. Tienes mi palabra —dijo con la voz quebrada.

—Gracias. Y no llores, deja eso para las mujeres. Sólo me adelantaré como siempre y estaré esperándolos cuando lleguen.

Lorenzo volvió a cerrar los ojos.

Tex no pudo contener las emociones y con la cara llena de llanto lo abrazó. Se puso de pie y salió de la habitación a paso veloz, como si huyera, con el rostro desfigurado de dolor. No podía verlo partir, su corazón se empeñaba en recordar la angustia que había vivido de niño con la muerte prematura de sus padres.

Giuliana entró en la habitación, se sentó junto a la cama y esperó pacientemente que Lorenzo volviera a despertar.

—*La più bella del mondo* —dijo en un susurro al abrir sus ojos y ver a su hija.

Giuliana entrelazó sus dedos con los de su padre y sus ojos húmedos lo miraron con adoración.

—Te extrañaré —le dijo.

Lorenzo apretó su mano.

—Seguiré siempre a tu lado, aunque ya no puedas verme —dijo con seguridad.

Lorenzo había soportado estoicamente cada despedida. Había resistido no sólo el tormento del dolor físico que sentía su cuerpo, sino también el dolor reflejado en los ojos de los que más amaba.

Se había despedido de su hija, de Tex y de sus nietos, pero para despedirse de Paulina necesitaba más resistencia de la que tenía. Era su derrota, su punto más vulnerable.

Cuando el dolor se volvió insoportable, Paulina intentó salir en busca de una enfermera. Lorenzo se lo impidió.

—Es nuestro último momento a solas —dijo con voz entrecortada—. No

dejes que nada lo interrumpa.

Paulina no podía escuchar más. Silenció sus palabras con un beso. Lorenzo supo que ese sería el último y disfrutó de la calidez de los labios de su mujer. Buscó con su mano la de ella y la apretó con fuerza.

—Eres una mujer valiente, luchadora y tenaz. Sé que tienes miedo, pero superarás el reto.

—No me dejes, no puedes irte sin mí —dijo Paulina en un sollozo.

Abrazó el cuerpo de Lorenzo y lo miró con devoción. Él adoró por última vez esos ojos grises que tanto amaba.

—Ahora puedo decirte adiós, porque sólo la muerte podía separarnos.

Con los labios de su mujer pegados a los suyos, Lorenzo cerró los ojos para siempre.

Paulina abrió la boca en un grito que fue silencioso durante algunos segundos, para volverse ensordecedor. Un grito que surgió desde lo más profundo de su ser y reunía en su estridencia el dolor y la impotencia. El grito fue para la muerte, ese enemigo implacable que sin piedad arrancaba el último aliento de Lorenzo.

Se aferró a su cuerpo con desesperación, intentando prolongar el momento de la separación, demostrando con ese gesto que no podía dejarlo ir sin que con él se fuera también parte de su vida.

La fuerza la había abandonado por completo. Las lágrimas bañaban su rostro y su corazón anunciaba que jamás volvería a ser el mismo.

Toda su vida había cambiado en un instante. Todo se había vuelto frágil, inestable, temporal. La inmediatez y la imprevisibilidad de la pérdida causaron en ella un efecto devastador, dejando que el dolor se impusiera sin tregua ni miramientos.

Nadie lograba separar a Paulina del cuerpo sin vida de Lorenzo. Ni siquiera Giuliana había logrado hacerla entrar en razón. La entendía, no podía juzgar su irracionalidad. Ella no se sentía capaz de sobrevivir a un dolor como ese.

Fue André quien llegado el momento se paró junto a su abuela, logrando su atención. No dijo nada, pero buscó con su mirada los ojos grises que amaba. No eran los mismos, habían perdido su luz y estaban oscurecidos por el dolor. Paulina se puso de pie, sosteniéndose del brazo de su nieto, mientras el cuerpo de Lorenzo era retirado.

Su llanto se escuchaba desgarrador incluso fuera de la habitación, donde

su hija intentaba con esfuerzo resistirlo.

Tex abrazaba con fuerza a Giuliana. Sabía que escuchar a su madre no era fácil. La vida cambiaba trágicamente para ella. Un cambio que sería difícil para todos.

La noche después del entierro, Paulina miró concentrada la luna. No estaba llena, menguaba, se apagaba como se había apagado la vida del hombre que amaba.

Nada era eterno. Sentía una amarga sensación de impotencia y rabia y, sin embargo, su cuerpo se mostraba inerte y sin vida, como si inconscientemente buscara morir.

La batalla era interna, brutal. La cordura amenazaba con abandonarla, no encontraba forma de manifestar el tormento que sentía. Era presa de su propio cuerpo, sabiendo que su alma sólo buscaba escapar, huir de la soledad que la vida le imponía y que ella no estaba dispuesta a aceptar. Sentía la muerte de Lorenzo como una amputación de su propia persona.

—Sabes que ahora más que nunca debes ser fuerte —dijo Giuliana—. No será fácil y sufrirás cada día y cada noche si es eso lo que tiene que pasar, pero tienes que resistir.

—¿Cómo resistir? ¿Cómo resignarme? Si respiro sólo porque resulta ser un acto involuntario e inconsciente —dijo a la defensiva Paulina.

—Pero aún respiras.

—Siento mi cuerpo mutilado. Todo mi mundo se ha oscurecido —dijo Paulina entre sollozos.

—Llora todo lo que quieras, mamá. Las lágrimas sirven para aliviar el dolor, pero cuando todo se ha oscurecido sólo queda volver a pintarlo. Y tú tienes la magia de los colores para intentarlo —dijo Giuliana.

Paulina no podía confiar en que el tiempo fuera capaz de apaciguar tanto dolor. Necesitaba esconderse, no sólo del sufrimiento, sino de la soledad inmensa que embargaba su alma. Un alma herida que no entendía por qué su vida tenía que seguir. Cómo podría continuar sin la risa que alegraba su corazón, sin el brillo de los ojos que la miraban siempre con orgullo. Sin la tibieza de unos labios sobre los suyos.

Las penas se revolvían en su corazón y, sin embargo, este se empeñaba en seguir latiendo, como si el corazón de Lorenzo hubiera quedado acoplado al suyo, dándole la fuerza que necesitaba para sobrevivir hasta volver a encontrarse.

Epílogo

Después de la muerte de Lorenzo, Giuliana se había replegado en Italia para acompañar a Paulina y no había vuelto a Villa María. Regresaba unos años después a pedido de André, quien a fuerza de insistencia, había logrado convencerla para que estuviera presente en el campeonato de polo. El equipo de su hijo estaba en la final y era el favorito para ganar el torneo.

Una turbulencia en el avión despertó a Giuliana. Su corazón latía sobresaltado. Su rostro estaba bañado en lágrimas y su garganta atravesada por la angustia del recuerdo más doloroso de su vida. Respirar resultaba una proeza.

Definitivamente, no era fácil volver sin recordar los motivos que la habían mantenido alejada tanto tiempo.

Escuchó a su piloto decir que estaban por aterrizar en Buenos Aires. El viaje había servido para revivir momentos importantes de su vida.

Las últimas palabras que su padre le había susurrado al oído antes de morir rugieron en su corazón. "*Nunca renuncies al sueño de darle a tu vida un final feliz.*"

Se enfrentaba a un gran desafío. Había huido de ese lugar que brutalmente le había arrebatado a su padre, dejándole una herida sangrando en el alma.

Sólo quería estar ahí sin desear desesperadamente volver el tiempo atrás.

Era la etapa del dolor la que debía superar. Debía de una vez dejarlo ir, debía finalmente sepultarlo. Su familia estaría allí para acompañarla en el proceso. Tex la estaba esperando. Llegaba el momento de cosechar los sueños que habían sembrado juntos.

El último partido del torneo comenzó con gran entusiasmo, llevando una numerosa y selecta concurrencia. Giuliana y Tex miraban juntos el juego. Él prestaba especial atención a las jugadas que eran festejadas con el aplauso de

los asistentes.

—No es en el juego en lo que estás concentrada, ¿verdad? —dijo Tex.

Giuliana sonrió.

—Sabes que no.

—¿En qué piensas?

—En el parecido de este equipo con el que formaste junto a Marco y Gérard.

—Pero este es un equipo profesional —comentó Tex.

—Sí, pero son todos alumnos de Oxford como sus padres. André, Luciano, Vincent y Ravi. Incluso parece que Kumar no dejará de cruzarse en tu camino.

Tex sonrió. Ravi era nieto de Kumar y ahora amigo de André.

Como si la vida fuera un círculo sin principio ni final, en el que nada se pierde sino que se transforma para continuar con un destino que muchas veces parece ya escrito, las nuevas generaciones volvían a encontrarse, a buscarse, a aceptarse, para delinear el principio de su propia aventura…

Giuliana se emocionó al recordar el día en que su hija Alessia y su madre habían diseñado las camisetas del equipo actual, después de un detallado debate sobre las virtudes de los diferentes colores. Finalmente habían coincidido, eligiendo el negro por su elegancia y misterio y el naranja por su creatividad y éxito. Sobre el corazón llevaban impreso el escudo del equipo que unía el mundo oriental de Ravi con el occidental que los había reunido.

Esa noche, cuando todos reunidos festejaban el triunfo del equipo de sus hijos, Tex se puso de pie, miró a Marco, luego a Gérard y propuso un brindis.

—Por las noches que se vuelven mañana, por los amigos que se vuelven familia y por los sueños que se hacen realidad.

Agradecimientos

A Dios, que me dio el coraje que necesitaba para enfrentar un nuevo comienzo.

A mis hijas Valentina, Inés y Paulina, pequeñas sabias, por su amor, su alegría y su paciencia.

A mi familia, por ser mi refugio y estar siempre presente en mi vida.

A mi mamá, que leyó y releyó esta novela mil veces, gracias por esa fe ciega en mí que siempre termina convenciéndome.

A Beatriz Barrantes, mi amiga del alma, por desafiarme a cumplir el sueño de escribir, por retarme siempre a enfrentar nuevos desafíos.

A mis amigas incondicionales, por compartir conmigo penas, risas, vida. Gracias por animarme constantemente.

A los que han partido de mi vida y hoy me cuidan desde otro lugar. Principalmente a mis abuelas, por los invaluables recuerdos que grabaron en mi memoria y mi corazón.

A Lucía Cornejo, por tener la valentía de corregir esta novela.

Y, para terminar, este libro no existiría sin la confianza de Guillermo Schavelzon, Julieta Obedman y el equipo editorial de Penguin Random House.